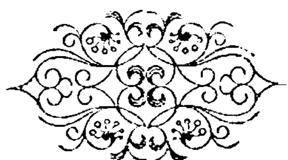
SELECTA COLECCION

DE LOS ESCRITOS

DEL SEÑOR DOCTOR

DON JAIME BALMES.



MEXICO:

Imprenta de La Voz de la Religion, calle de S. José el Real N. 13.

1850.

INTRODUCCION.

A fines del siglo XVIII dió principio en Europa una revolucion intelectual, precursora de las revoluciones políticas que años despues habian de trastornar el órden de las sociedades. Hacia mas de un siglo que no llamaba la atencion del mundo ningun hombre que por la influencia de sus escritos agitara los ánimos ó los calmara, atacara las creencias del cristianismo ó las robusteciera.

La Francia continuaba en las ideas religiosas que el gran Fenelon le habia inspirado. La Francia conservaba el órden político que la superior inteligencia de Bossuet le habia hecho conocer que era bueno; un siglo despues, Voltaire trastornaba las inteligencias, empleando su sarcástico y malogrado talento en atacar la religion, y Rousseau arrebataba los ánimos combatiendo los poderes ecsistentes, escitando á que se levantaran en contra de las potestades. Estos dos hombres, tristemente célebres, dieron el primer paso, despues del protestantismo, en una empresa que tuvo ardientes partidarios; y por entonces, el pais que habia tenido la desgracia de ver nacer á los agitadores, sufrió inmediatamente sus consecuencias, y las llamas revolucionarias fueron alimentadas con su sangre. No todos los hombres empuñaban las armas; muchos peroraban en las asambleas, muchos en los parages públicos, otros en las sociedades de familia, y las masas escuchaban de continuo principios que halagaban toda clase de pasiones.

La imprenta propagó las doctrinas de los innovadores y de los enciclopedistas; propagó tambien la de sus discípulos: los errores se estendieron por las demas naciones; la misma prohibicion de la espendicion de los libros fomentaba el deseo de leerlos; y los que solo conocian por rumores las doctrinas de moda, acudian ansiosos á apagar su sed de curiosidad á las fuentes de donde brotaban á raudales. Poco tiempo despues los escritos sociales, políticos y filosóficos se resentian de las doctrinas revolucionarias; la ciencia tomó otro aspecto, y los hombres que conservaban su entendimiento claro y su corazon vírgen de la im-

piedad, temian tomar en sus manos un libro, no estuviera impregnado de la perniciosa doctrina.

Los desengaños de la revolucion, los ensayos que se hacian de las teorías, la discusion, las enemistades personales modificaron algun tanto las primitivas ideas: éstas perdian su fuerza; pero todas las modificaciones no alteraban la esencia del error.

Las falsas doctrinas se hallaban, pues, generalizadas en toda clase de conocimientos; pero la base de ellos eran los errores religiosos, porque tambien el objeto era herir la religion: por eso la Europa creyente saludó con alborozo al autor del *Genio del Cristianismo:* por eso el mundo católico, y aun el mismo Pontífice, se dieron el parabien cuando leyeron un libro cuyo título era: *De la indiferencia en materias de religion.* Chateaubriand y Lamennais, estos dos hombres, fueron en su tiempo las columnas de la religion en Francia; en su tiempo decimos, porque los restos del primero hace dos años fueron depositados entre las rocas de la isla de Gran-Bey, y el segundo vive, pero apartado de la verdad.

Estos libros cortaron las alas del mal; pero arrastrándose éste por el suelo aun podia inficionar por donde pasaba. Así es que continuaron los èstravíos en las ideas; y como los medios para el desarrollo intelectual han sido portentosos en todo lo que va de siglo, si habia brillantes escritores de ideas sanas, abundaban tambien los de ideas peligrosas. Esto era en Francia, y aunque en grado muy inferior, sucedia tambien en España.

En la España actual hemos visto dominar la política de ecsageradas ideas, ó la de los doctrinarios franceses, ó la de la monarquía absoluta: los partidos estremos con sus ecsigencias como si nada hubiera pasado; el partido medio con sus teorías, hijas de la revolucion, pero acomodadas al interés de las individualidades. En ciencia social prevalecia el principio de utilidad de Bentham y la doctrina de Guizot, que fundaba la civilizacion europea desde el protestantismo. Poco tiempo se dedicaba en España al estudio de la filosofía, porque todo lo ocupaba la política; pero las escuelas empezaban á gustar las doctrinas de Kant y de Schelling, y no dejaba de sonar bien al oido el eclecticismo de Cousin, siquiera por lo sonoro de la palabra. Respecto á religion venia á ser esta una disputa en que el mejor tributo que podia prestar un hombre *ilustrado* era no hablar de ella.

Restablecer la verdad en todo, imbuir á todos en la razon, curar de raiz todos los males, no era posible: sin embargo, era necesario trabajar para modificarlo todo. Intentar solo esta modificacion era una gloria; conseguir la modificacion un triunfo; pero ¿quién lo hará? Para esto eran necesarios muchos hombres dotados de una inteligencia vasta, de un talento grande, de una grande firmeza de carácter, y que animados por el deseo del bien, se unieran para formar un plan y llevarlo

á cabo; que tuviesen conocimiento del corazon humano para introducirse en los de los demas y conquistarlos; que les hablasen el lenguaje de la verdad, pero en estilo inteligible para que pudiesen comprender toda la fuerza del razonamiento; en un estilo bello que encantara al oido; que supieran hablar á todas las clases, á todos los partidos, á todas las edades; que ausiliándose mútuamente en sus conocimientos, manifestaran la universalidad de su ciencia, para que cada cuestion fuese tratada bajo todos sus aspectos; y que este trabajo fuera constante, no admitiera descanso para robustecer mas y mas los entendimientos con la verdad, y no dar lugar con la tregua á que recordasen lo que iban olvidando. De este modo podia remediarse el mal que minaba las creencias antiguas, y si no remediarlo, al menos se proporcionaban recursos para que el que quisiera pudiera aprovecharlos. ¿Y dónde están esos hombres?

Pero atended. —¿qué rumor es ese que se levanta en la corte en el centro de los partidos, en medio de las discusiones mas agitadas que provoca una cuestion social, política y económica á consecuencia de un escrito salido de un rincon de España (1) y suscrito por una persona desconocida, en defensa de la devolucion de los bienes al clero?—Este libro es un anuncio consolador de que hay algun hombre que sale á la defensa del bien, armado de la razon, y el triunfo de ésta no se puede ocultar.—Pero el rumor crece: ¿qué será?—Es otro escrito (2) que parte de una ciudad populosa, y en el que los partidos políticos están considerados tales como son, con sus ecsageraciones, sus errores, su historia y su porvenir; en que se juzgan las cuestiones pasadas y se discurre sobre las futuras, en que se anuncia una conciliacion de intereses fundados en la conveniencia y en la necesidad, y robustecidos por el deseo del bien. Este libro pone en armonía á muchos hombres y hace recordar el primer rumor: ¿qué será?—Pero el rumor toma mas incremento, la curiosidad crece, los ánimos mas propicios al bien comienzan á agitarse. Se devora un anuncio de una revista científica en que se dice: "La Religion católica es refulgente como la lumbrera del dia, firme como las columnas del cielo, grande como el universo," y poco despues se lee en algunos de sus magníficos artículos: "La civilizacion, que, segun Guizot, es el desenvolvimiento de la actividad social y el de la vida particular, consiste en la mayor inteligencia, moralidad y bienestar posible del mayor número posible." El rumor se ha convertido en agitacion, la agitacion de algunas personas cunde en la generalidad de los españoles, el rumor de España pasa los Pirineos, atraviesa el canal de la Mancha, llega á las orillas del Rhin, se acerca al Vaticano:—¿qué será?—Es un escrito (3) en que con profundidad filosó-

---

(1) Observaciones sociales, políticas y económicas sobre los bienes del clero, por Jaime Balmes.

(2) Consideraciones políticas sobre la situacion de España, por el mismo.

(3) El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion.

fica, erudicion vastísima, ingenio grande para penetrar las cuestiones, inteligencia poderosa para resolverlas, belleza de estilo y sonoridad del lenguaje español, se prueba con la razon y los hechos, que los adelantos de la civilizacion europea no se han conseguido por el protestantismo, sino á pesar del protestantismo.—¿Quiénes son esos hombres?—Aguardad.

El genio de la civilizacion anunciada se presenta de nuevo, empieza por decir verdades amargas á un partido caido para que vea son mas sinceros sus futuros elogios (1); le da consejos, cuya bondad es reconocida, y los acepta, y suscribe á sus palabras; piensa como él, siente lo que él, quiere lo que él. Su poder tambien alcanza al partido vencedor, le habla con dignidad de sus faltas, medita sobre sus teorías, le advierte sus defectos, le aconseja reformas, y este partido se cree, tal vez á su pesar, en la precision de hacerlas.—¿Quiénes son esos hombres?—Esperad, que aun hay mas. ¿Temíais que el *sensualismo* de Condillac, la teoría de la *razon pura* de Kant, el sistema del *yo* de Fichte, el *panteismo* de Schelling, el sistema del *consentimiento comun* de Lamennais, el *eclecticismo* de Cousin hiciesen progresos en nuestras escuelas? No temais, que en España hay un sistema filosófico elemental y trascendental, donde los niños y los hombres pueden beber en abundancia una *filosofía cristiana* (2).—¿Quiénes son esos hombres que en diez años han modificado así la ciencia social, política, religiosa y filosófica? ¿cómo se nombran?—Oid. "Hace ya mas de un siglo que no llamaba la atencion del mundo científico ningun hombre que por la influencia de sus escritos agitara los ánimos ó los calmara, atacara las creencias religiosas ó las robusteciera." Aparecieron Voltaire y Rousseau, genios destructores: vinieron despues Chateaubriand y Lamennais, genios del bien. La Francia habia producido el mal, de ella vino tambien el remedio. La España ha debido mas á Dios. No tuvo genio del mal y tuvo el del bien, que fué mayor que los de la Francia y que con su inmensidad llenó el mundo.

Este bien lo debemos, no á varios hombres, sino á uno solo.—Es un jóven sacerdote, de talento inmenso, de poderosa inteligencia, de imaginacion ardiente, de vasta erudicion, que domina los principios generales de las ciencias y sabe hacer de ellas las mas oportunas aplicaciones, que posee todos los estilos, que habla de modo que todos le entienden, que posee todas las dotes que caracterizan á un escritor eminente, y enseña deleitando; y que es ademas un hombre de un carácter dulce, afable, angelical, es el tipo de las virtudes sociales y de familia, es, en fin, la personificacion del justo, y cuyo nombre era, porque ya no es, JAIME BALMES.—*Benito García de los Santos.*

---

(1) El Pensamiento de la Nacion, periódico religioso, filosófico, político y literario, redactado por Balmes.
(2) La Filosofía elemental.

LA CIVILIZACION.

Artículo Primero.

¿QUÉ es la civilizacion? ¿Hállase todavía fijado con la debida esactitud el sentido de esa palabra, tan invocada por los gobiernos, orgullo de tantos pueblos, objeto de tanto ecsámen, fecundo tema de tan fastidiosas declamaciones? Decir que no, casi tendria visos de paradoja, y sin embargo, nada hay mas cierto. Observad la palabra en su uso mas comun, tal como se la emplea en las conversaciones cultas, y solo encontrareis un sentido indeterminado, vago, fluctuante, que se modifica de mil maneras, á merced de las opiniones, de los sentimientos, de los intereses, de los caprichos, y de todo linage de circunstancias: abrid los publicistas, y la acepcion de la palabra es tan diferente, como lo son las escuelas á que pertenecen: para estos la civilizacion es el órden; para aquellos la libertad: para unos ocupa el primer lugar el esplendor de las ciencias, y el brillo de las bellas artes; para otros la prosperidad de la agricultura, el desarrollo de la industria, la estension y actividad del comercio: quien se deja deslumbrar por la lujosa ostentacion del poderío de los gobiernos; quien se entusiasma á la vista de pueblos valientes y emprendedores, ufanos de sus conquistas y radiantes de gloria.

Sin embargo, y á pesar de tamaña divergencia, descúbrese en el fondo una idea capital, que si bien cada uno la entiende y aplica á su modo, como que es abstracta y vaga, no deja, empero, de ser do-

minante siempre, y de acompañar la palabra en todas sus acepciones: esta idea es *la perfeccion de la sociedad.* Por manera que en esta parte no hay discordancia alguna, y toda la dificultad queda cifrada en definir, en qué consiste esa perfeccion de la sociedad: cuestion grave, profunda, dificil en estremo, y que lejos de haber sido agotada por el célebre publicista que se propuso describir la civilizacion, echando el resto á todos los recursos del talento y de la elocuencia, ha adquirido todavía mas grandor, se presenta mas oscura y complicada; porque hombres superiores como Guizot, cuando ventilan una cuestion y no la resuelven, la estienden y enmarañan.

"*El desenvolvimiento de la actividad social y el de la vida particular;*" he aquí, segun Guizot, las dos condiciones esenciales de la civilizacion, los dos caractéres con que se manifiesta; pero ¿en qué consiste ese desenvolvimiento? ¿Le hay de varias clases? y en tal caso, ¿son todos igualmente buenos? ¿Dónde está el bien? ¿Dónde el mal? ¿Dónde lo mejor? ¿Dónde lo peor? He aquí las cuestiones que se ofrecen desde luego al oir la palabra desenvolvimiento; he aquí los puntos que debiera dilucidar Guizot, y que sin embargo, deja intactos. La sociedad entraña verdades, éstas pueden ser objeto de la observacion y del estudio, y de consiguiente, no es problemática la ecsistencia de las ciencias sociales; pero si los estudios sobre la sociedad han de dar por fruto la ciencia, es necesario fijar el sentido de las palabras; sin este preliminar, no se dará jamas un paso adelante.

¿Qué significan las palabras de *actividad, movimiento, desarrollo del espíritu humano*, aceptadas ya como signo infalible de civilizacion? Ecsaminadas á fondo, se descubre que son moneda falsa, que contiene bastante metal precioso; pero que está muy distante de llegar á buena ley. Antes de apelar á raciocinios, echemos mano del concluyente testimonio de los hechos. Desarrollo del espíritu humano habia en Grecia en los tiempos que precedieron de poco el imperio de Alejandro: el espíritu se habia levantado á grande altura, y la sociedad estaba llena de un movimiento que parecia indicar sobreabundancia de salud y de vida. Sin embargo, aquellos pueblos no marchaban á la civilizacion, porque en la realidad avanzaba de un modo espantoso la cangrena, la disolucion social. ¿Creeis que ecsageramos? Pues dejad que pasen poquísimos años, y esa Grecia tan bella, tan brillante, tan activa, tan bulliciosa, la vereis postrada con el mayor desaliento, ora bajo la desdeñosa proteccion de Filipo, luego bajo la coyunda de Alejandro y de sus sucesores, hasta que aplastada bajo la mano poderosa de Roma, es reducida á polvo y desaparece. Desarrollo individual y social ha-

bia en Roma cuando contaba en su seno hombres como Ciceron y César; y sin embargo, aquella sociedad no marchaba á la civilizacion, sino á la muerte. Lució para ella el bello siglo de Augusto, claridad fugaz á la víspera de noche tenebrosa, fatídica sonrisa en los labios de un moribundo; pero con todo, su desarrollo y movimiento caminaba á pasos agigantados al amargo destino que le estaba reservado en un cercano porvenir: iba á postrarse á las plantas de los Calígulas y Nerones, iba á perder hasta el recuerdo de sus glorias, iba á olvidar el sentimiento de su dignidad, iba á ser presa de la ignorancia y de la corrupcion, iba á ser la befa y el escarnio de los bárbaros del Norte.

Bastantes son de seguro los ejemplos que acabamos de citar, para que se vea cuán vago, cuán ambiguo es el sentido de ciertas palabras, que se emplean tan á menudo en semejantes materias; deduciéndose ademas, cuán engañosas son algunas señales que se suelen tomar como indicio infalible de adelanto social, de verdadera civilizacion. Y sin embargo, esas palabras circulan como claras y determinadas, y esas señales se reconocen como incapaces de inducir á error, y para enseñar á los pueblos el camino de la civilizacion, solo se les dice: *moveos*, sin decirles *cómo; marchad*, sin decirles *á dónde*. Y los pueblos se mueven y marchan: pero adelantando muy poco, menos de lo que parece creible, porque su movimiento es convulsivo, y su marcha circular. Fijad la vista sobre ellos, y ora atendais á las formas políticas, ora á la organizacion social, los hallareis dudosos, vacilantes, deshaciendo hoy lo que hicieron ayer, restaurando mañana lo que destruyeron hoy.

En Francia, despues de los arrebatos democráticos de la Asamblea constituyente, y de los horrores de la Convencion, tomaron las ideas políticas un rumbo opuesto, y solo se suspiraba por un poder fuerte, la monarquía. Pasa el Imperio, llega la Restauracion, y desde luego vuelve á dispertarse el espíritu democrático que se agita inquieto, hasta que logra deshacerse de los príncipes de la primera rama y reformar la Carta. Sube al trono Luis Felipe, y en el corazon de la *monarquía republicana*, germinan por do quiera ideas conservadoras, y lejos de crecer en ascendiente las teorías democráticas, menguan rápidamente. No resuenan á la orilla del Rhin las armas de la *Santa Alianza*, amenazando la revolucion de Julio; pero la revolucion devora en secreto un temor mas humillante, un pesar mas profundo; el genio de la democracia francesa, débil en lo interior, va perdiendo en lo esterior su influencia propagandista: diríase que se ha eclipsado su estrella, cuando vemos que en el campo de la ciencia ¡quién lo dijera á Mably y á Mirabeau!

que en el mismo campo de la ciencia, la retan con orgullo los adalides de la escuela de Berlin. ¿De dónde tanta variedad? ¿De dónde tanta incertidumbre?

Desparramad la vista por otros paises y hallareis por do quiera fenómenos semejantes. En Alemania el espíritu democrático lucha de continuo con el realismo prusiano, y las miras conservadoras de Metternich; y en Inglaterra, en ese país que por su civilizacion anómala, y su movimiento escéntrico, debiera al parecer resentirse menos de la oscilacion política de Europa, obsérvase la misma variedad, la misma incertidumbre. Con lo que se llama el espíritu del siglo, y con el aliento de la revolucion de Julio, la preponderancia definitiva de los Wigs no debia parecer cosa dudosa, y sin embargo, vemos que en 1841, levantan todavía los Torys erguida frente, desafian á sus adversarios en las urnas electorales, y consiguen un señalado triunfo; y los observadores tomarán acta de la presente lucha electoral para inferir, que la influencia y las fuerzas de los partidos, están aprocsimadamente en equilibrio.

No tratamos ahora de calificar las tendencias políticas de la Francia, no simpatizamos con las ideas de los estudiantes de Alemania, ni con la centralizacion despótica de los perseguidores del catolicismo en Prusia, ni con la aristocracia inglesa, sostén del caduco protestantismo y opresora de Irlanda; pero consignamos los hechos para demostrar que en política, la Europa no adelanta, sino que fluctúa, que su situacion es precaria, que los partidos son insuficientes, que las escuelas son estériles, que el porvenir es incierto, que hay hondos vacíos que llenar, inmensos problemas que resolver. ¿Qué importa el orgullo de esta ó de aquella escuela, proclamando que ella ha dado en el blanco, que ella ha encontrado la solucion? ¿Qué importa que los pueblos incautos le den oidos, y le encomienden el gobierno, y la coloquen en el trono como los tebanos á Edipo, despues de haber descifrado el enigma del Esfinge? ¡Desgraciados! Ellos no saben que en pos viene el incesto de Iocasta, y la cólera de los Dioses, y la mortandad de Tebas.

Y ¿qué es lo que adelantamos en la parte social? con tanta ciencia, tanta investigacion, tantos proyectos, tanto ruido, ¿qué mejoras se palpan? Los dos grandes gérmenes de toda organizacion social, la educacion y la instruccion, ¿en qué estado se hallan? ¿Qué fecundidad muestran? ¿Qué frutos producen? ¡Eh! Vosotros, ilusos, que al solo nombre de Francia y de Inglaterra, os inclinais respetuosamente, creyendo haber oido nombres sinónimos de civilizacion y de sabiduría sobrehumana, ¿pensais acaso que la educacion y la instruccion están en aquellos paises organizadas de manera,

que ofrezcan un resultado muy halagüeño? Echad, pues, la vista en esos estados comparativos de la instruccion y del crímen, y la sangre se os helará en las venas, y os asaltarán dudas terribles sobre el porvenir de la civilizacion, sobre la suerte de la humanidad. Qué, ¿dudais? Dia vendrá, cuando lo consienta el órden de nuestros trabajos, en que os convenceremos con guarismos, y entonces caerá de vuestros ojos la venda; las ilusiones halagüeñas desaparecerán en presencia de una realidad espantosa, y os convencereis de lo que marcha la humanidad, de lo que adelanta la civilizacion, con el empeño de llenar con palabras vanas, con teorías brillantes, con disposiciones del gobierno, lo que el catolicismo llena con dogmas augustos, con moral pura, con instituciones sublimes.

En este punto sin duda no faltará quien nos cite los sistemas de Alemania, y en particular de Prusia: á este propósito solo diremos dos palabras. Un observador profundo, M. Bonald, hablando de la constitucion política de Prusia, dijo: "Cuando la constitucion de un Estado es un enigma, su porvenir es un problema:" pues bien, y suponiendo que no ignorais la abstraccion misteriosa en que divaga la ciencia alemana, os diremos, que cuando la *ciencia en un pais es un enigma, la educacion y la instruccion han de ser un caos.* Esta sola reflecsion basta á desvanecer las ilusiones producidas por un órden postizo, y una regularidad aparente. Pero ¿á qué tanta impaciencia para aplaudir sistemas que no han pasado todavía por el crisol del tiempo? ¿Tan fácilmente olvidamos que un dia viene á disipar las ilusiones de otro dia, y que el porvenir, preñado de crueles realidades, desmiente á cada paso nuestros menguados pronósticos, burlando las mas fundadas esperanzas?

Un mayor grado de bienestar en las clases mas numerosas, ó mejor diriamos, una menor suma de miseria y padecimientos, es otro de los puntos en que desearíamos que se nos mostrase el adelanto que hace en la actualidad nuestra civilizacion. ¡Cosa notable! Cabalmente en los dos pueblos que se dice que marchan á la cabeza de ella, la Francia y la Inglaterra, es donde cunde de un modo horroroso la miseria entre las clases proletarias. Hecho es este no bastante advertido; pero que tambien haremos sentir un dia con el argumento de los guarismos: entretanto, lo consignamos aquí para preguntar ¿qué significa la civilizacion, cuando el mayor número sufre de un modo espantoso? ¿Qué doctrinas, qué instituciones son estas que habeis sustituido á las doctrinas é instituciones católicas y que dan un resultado tan triste, tan doloroso, tan alarmante?

Lo hemos dicho y lo repetiremos; el *movimiento es convulsivo, y la marcha circular;* y no porque no haya en la civilizacion eu-

ropea un precioso caudal de grandor y de belleza, no porque no haya elementos de vida, no porque falte impulso para avanzar con paso firme y en direccion certera: pero sí porque el funesto dejo de tantas y tan profundas revoluciones, no se cura con teorías y orgullo; pero sí porque faltan principios regularizadores del movimiento; pero sí porque falta fijar el punto á donde la sociedad debe encaminarse, porque falta un norte que la dirija en el borrascoso viage. Decis al hombre: aprende, y no le enseñais; goza, y nada le ofreceis; abstente, y le estimulais; respeta la justicia, y le dais por norma su interés privado; seas benéfico, y le dejais perecer de hambre; respeta nuestros títulos, y vosotros no habeis respetado los de los otros; no te entregues á la disolucion y al libertinage, y habeis roto todos los frenos; no seas turbulento, y habeis quebrantado todos los diques; respeta los poderes cesistentes, y le hablais así desde un trono levantado sobre las ruinas de los poderes que vosotros habeis destruido; y cuando os pide educacion, enseñanza, amparo, pan, le arrojais un pedazo de papel, donde habeis escrito con pomposos caractéres: *ilustracion*, *libertad*.

No escribimos estas líneas complaciéndonos en destruir esperanzas, ni en derramar la amargura en los corazones; no hablamos contra la civilizacion europea, sino que la admiramos; mas añadiremos todavía, estamos en la profunda conviccion de que las civilizaciones griega y romana, nada son, comparadas con la nuestra. Solo nos lamentamos de que se la estravíe, queriendo dirigirla; de que se la detenga, queriendo impulsarla; solo nos lamentamos de que hombres que por sus talentos y posicion pueden ejercer grande influencia sobre ella, se olviden tan lastimosamente de cuáles son sus elementos vitales, cuál es el orígen de su grandeza y esplendor, cuál la mas firme garantía de su inmenso porvenir. No somos escépticos con respecto á los destinos de la humanidad: la Providencia no ha lanzado al linage humano sobre la tierra para marchar al acaso, á tientas, sin camino y sin norte; hay en el corazon de la sociedad un anhelo de mejora y de perfeccion, como lo hay en el de todo individuo: pero aberraciones lamentables la apartan del buen sendero, y si adelanta un paso en su carrera, es solo despues de largos sufrimientos, de inmensos rodeos. ¡Miserables decepciones! y los hombres que quizás han contribuido mas á embarazarla y descaminarla, esclaman alborozados: "nosotros somos los promovedores de la civilizacion, los guias del linage humano; esa civilizacion tan grande, tan viva y floreciente, miradla bien, es nuestra obra." Sí, verdad es; la civilizacion europea es grande, es rica, es floreciente, es admirable; pero no por vosotros, sino á pesar

de vosotros; verdaderos niños, que habeis manoseado y forcejado la máquina, que con vuestras imprudencias la habeis destemplado, y que os aplaudís de vuestra habilidad y fuerzas, cuando al tocar ciertos resortes, haceis que funcione con mas celeridad y mas ruido.

Permitido debia sernos al tratar de la civilizacion, indicar brevemente la debilidad de esas escuelas sin convicciones, *sin fé*, *impotentes* como la duda, infecundas como planta secada en su raiz, y que sin embargo, se empeñan presuntuosas en dirigir la sociedad, ora apelando á revoluciones estrepitosas, ora invocando principios conservadores, ora poniéndose de por medio como conciliadores oficiosos, y aconsejando transacciones insubsistentes: porque nosotros tomamos esas escuelas en una grande escala, comprendemos en ella á todas las que no cuidan de establecer sus doctrinas sobre bases *sólidas*, á todas las que libran la suerte de la sociedad sobre el movedizo cimiento de la razon humana. Poco nos importa que sea la ecsageracion democrática de Lamennais, ó las pretensiones aristocráticas del protestantismo inglés, el realismo de los protestantes prusianos, ó la escépitca templanza de Guizot.

Pues bien, se nos dirá, ¿á qué escuela perteneceis? ¿Qué principios profesais? en vuestro concepto ¿qué es la civilizacion? ¿La concebis en un circulo mezquino y apocado, en un horizonte tenebroso, en el sepulcral silencio, en la parálisis de la unidad? No, mil veces no; *queremos actividad*, queremos desarrollo de las facultades del hombre, queremos movimiento; pero no vago, no convulsivo, no tumultuoso: gústanos una civilizacion variada, rica, pródiga de hermosura como la naturaleza; pero en que haya unidad y concierto, que sin embargar el movimiento, sin impedir el desarrollo, produzcan el bien, la belleza y la armonía.

Para determinar en qué consiste la *perfeccion de la sociedad*, para conocer cuando los pueblos se civilizan ó no, cuando avanzan ó cuando retroceden, es necesario que tengamos á la vista un tipo ideal si se quiere; pero que nos servirá de punto de comparacion en el ecsámen, de piedra de toque para fijar los quilates de toda civilizacion. Sin este tipo las ideas divagan, y al recorrer la historia de la humanidad, al ecsaminar esa muchedumbre inmensa de acontecimientos, esa variedad infinita de hechos de distintos órdenes, de diferentes caractéres, de diversas tendencias, no es fácil encontrar una pauta para apreciarlos y calificarlos en sus relaciones con la civilizacion. Y no es que pretendamos amoldar los hechos al tipo, trastornando la naturaleza de las cosas, y transformando en realidades las creaciones de nuestra fantasía, sino únicamente tenerle presente para graduar en su vista el mérito de los hechos. Ese ti-

po nosotros le concebimos teniendo presentes los monumentos de la historia y las lecciones de la esperiencia, la naturaleza del hombre y de la sociedad, y sobre todo, las eternas leyes de órden y de moral impuestas al mundo por su Creador, y las santas mácsimas de amor y de fraternidad enseñadas al humano linage por el augusto Fundador del cristianismo. Procuraremos formular nuestro pensamiento con la mayor claridad y concision; hele aquí: *entonces habrá el máximum de la civilizacion cuando coexistan y se combinen en el mas alto grado, la mayor inteligencia posible en el mayor número posible, la mayor moralidad posible en el mayor número posible, el mayor bienestar posible en el mayor número posible.*

He aquí los elementos que han de entrar por necesidad en la verdadera civilizacion; he aquí la norma para apreciar debidamente cuando los pueblos avanzan ó retroceden; he aquí una luz para esplicar singulares fenómenos de la historia, y para augurar con algunas probabilidades de acierto el porvenir de las naciones. Porque es menester no perderlo de vista; esos elementos ecsisten á veces solos, á veces combinados: á veces predomina uno, á veces otro; y la combinacion se hace de tan distintos modos, son tan varias las graduaciones y matices que ofrece su resultado, sucede con tanta frecuencia que el uno gana á espensas de los otros, que es el mas bello campo que presentarse pueda á la observacion y á la filosofia, el seguir en la historia de la humanidad el carácter de esas combinaciones, con sus causas profundas, sus relaciones delicadas, y sus efectos inmensos.

Hemos presentado nuestro pensamiento, y en otro artículo procuraremos desenvolverle y afirmarle, á la luz de la filosofia y con los documentos de la historia; no nos lisonjeamos de encontrar en la realidad nada que se aprocsime á nuestro bello ideal, porque en esa tierra de infortunio, la realidad es tan triste como el pensamiento hermoso y halagüeño, y el hombre parece un proscrito condenado á embriagarse con sueños dorados, y á despertar en medio de la pesadumbre y la amargura.

Artículo Segundo.

Inteligencia, moralidad, bienestar, combinados y generalizados, dijimos que formaban el bello ideal de la civilizacion; por manera que á este objeto debe siempre encaminarse la sociedad, y con esta regla debe juzgarse de su adelanto ó retroceso. Tan sencilla es esta idea, que pareceria estraño no encontrarla fijada ya por todas partes, si la esperiencia no enseñase que el entendimiento humano suele buscar por mil rodeos lo que fácilmente podria encontrar por línea recta. Como quiera, no se podrá negar á nuestro pensamiento la sencillez; y en tal caso podemos recordar aquel célebre dicho que en tres palabras encierra filosofía tan profunda, *sigillum veri simplex*, la sencillez es el carácter de la verdad. Sin embargo, no queremos dejarle sin aclarar y desenvolver á la luz de la filosofía y de la historia; no pretendemos presentarle tan solo en una region elevada y abstracta, obligando á los lectores á mirarle de lejos y como en perspectiva: el ser ecsaminados de cerca solo daña á los pensamientos falsos, no á los verdaderos; el error, por brillante que sea, es una ilusion que se desvanece á medida que el entendimiento se le aprocsima; pero la verdad, como es la realidad misma, si es mirada de lejos se la ve oscura y de pequeño tamaño; pero en acercándonos á ella, sus dimensiones crecen, y sus colores se avivan.

Sin inteligencia no hay civilizacion; sin que brille en la frente del hombre ese destello divino, sin que ciña sus sienes esa bella aureola, esa esplendente diadema que le distingue como á rey de la creacion, no es concebible la perfeccion de la sociedad; falta el manantial del bien, falta el título mas hermoso, el mas noble blason, el orgullo del humano linage. Tan deslumbrador es su brillo, tan fascinadora su influencia, que allí donde le vemos, allí aclamamos la civilizacion; sin pensar en lo que le rodea, sin pararnos en que sea pasagero, en que sea tal vez una antorcha que resplandece en la cima de un edificio en ruína. El grandor de los imperios, su magnificencia y poderío, sus colosales conquistas, su robustez, su duracion al través de largos siglos, no bastan para grangearles el bello título de civilizados, si en ellos no se ha desarrollado la inteligencia, si no se halla embellecida su historia con tan precioso es-

malte. O si no ¿cómo es que al lado de los inmensos imperios del Asia merezca una atencion tan preferente la Grecia, que no es mas en comparacion que un pequeñisimo espacio, y que en la misma Grecia, honremos tan particularmente á la Atica, que no es mas que un punto? ¿Sabeis por qué? porque en Grecia, y mayormente en la Atica, *vemos el desarrollo de la inteligencia, y en Asia el de la fuerza*; vemos en Grecia una centella que fulgura, se agita y pasa, en Asia un coloso sombrío, firme sí pero inmóvil, silencioso como una estátua; y tal es el generoso instinto de la humanidad, que en nada estima la duracion, en nada el grandor, cuando faltas de inteligencia, carecen de movimiento, de vida, de luz.

La Roma conquistadora del mundo, la patria de los héroes, la ciudad de las costumbres austeras, era sin duda algo preferible á la Roma de Augusto, que embriagada de placeres empezaba á dormir el voluptuoso sueño precursor de su muerte; sin embargo, en la Roma antigua no vemos la civilizacion, en la de Augusto sí; y es que en aquella hay mayor grado de robustez y de fuerza, en esta de inteligencia; sus brazos se enervan, pero su frente se anima; el corazon se corrompe, pero el entendimiento se ilustra; viene la muerte, es verdad, pero es en medio de un brillante festin donde perora la elocuencia, donde cantan los poetas, donde ostenta el arte sus maravillas, donde resplandece la inteligencia con vivísima luz, con hermosísimos colores.

Pero cuanto mayor es el interés inspirado por el desarrollo de la inteligencia, cuanto mas deslumbrante y fascinador es su brillo, tanto mayor cuidado es menester para no cifrar la civilizacion en ella sola; porque es un error grave, gravísimo, el pensar que la sociedad se perfecciona siempre que la inteligencia se desenvuelve. Y cuenta, que de ningun modo tratamos de abogar por la ignorancia; cuenta que no la juzgamos ni saludable á la moralidad, ni conducente al bienestar; y la estraña paradoja sostenida por Rousseau en la Academia de Dijon en contra de las ciencias con respecto á la moral, nos parece muy digna de ser la primera del misántropo, que en su delirio buscaba la virtud y la dicha en medio de las hordas salvages. ¿Por qué habia de ser contrario á la moralidad el desarrollo de la inteligencia? la claridad del entendimiento ¿no ha de contribuir á que se vea la virtud mas hermosa y el vicio mas negro? una sensibilidad mas fina, cual suele acompañar á un espíritu cultivado ¿ha de ser contraria á la virtud, que se halla en tanta armonía con los sentimientos mas delicados del corazon? Los hombres mas grandes ¿fueron acaso grandes criminales? La santidad infinita ¿no es la misma inteligencia infinita? Penetrad en el caos

de esos siglos en que por un conjunto de causas aciagas y de trastornos espantosos, la ignorancia habia tendido sobre Europa su negro velo; y á cada paso tropezareis con el asqueroso vicio revolcándose á sus anchuras en medio de las tinieblas, á cada paso sorprendereis al crímen devorando sus víctimas en la oscuridad de las sombras. Pero renace el saber, y las costumbres se suavizan y se mejoran, todo cambia, todo se regulariza y se perfecciona; el escándalo y el crímen huyen pavorosos al asomo de la antorcha que esparce por do quiera sus claros resplandores, como al rayar la aurora, azorado el criminal busca su guarida, y disipándose la voluptuosa embriaguez de placeres culpables, corre presurosa la debilidad á ocultar su falta y su ignominia.

Si el desenvolvimiento de la inteligencia es saludable á la moralidad, no lo es menos al bienestar; bastando para convencerse de esto una consideracion bien sencilla: el bienestar en la sociedad resulta de la abundancia de medios para satisfacer las necesidades, y estos medios no se obtienen sin la inteligencia. La naturaleza es rica y abundante; pero ha de ser esplotada, pues que el hombre puede morirse de hambre entre montones de oro. Comparad paises con paises, tiempos con tiempos, y la verdad resalta tan clara que se hace inútil insistir en probarla.

Prévias estas salvedades, vamos á proseguir nuestra tarea ecsaminando en este artículo algunas de las relaciones de la inteligencia con la civilizacion; sin cuyo trabajo no seria dable comprender lo que nos proponemos decir en los siguientes números.

Para proceder con toda claridad, y no confundir cosas muy distintas dando lugar á equivocaciones de gran monta, es necesario considerar el desarrollo de la inteligencia en dos esferas: una superior, en cuyo espacio se mueven los entendimientos elevados, donde se labran las grandes reputaciones, y en que se elaboran aquellos monumentos, que trasmitidos á la posteridad inmortalizan la época; otra inferior, pero que comprende un mayor número, que se pone mas en contacto con las pasiones é intereses, que se aprocsima mas á los pormenores, y que ejerce sobre las relaciones sociales y sobre la vida del individuo, una influencia mas inmediata, mas directa, mas eficaz. Esta inteligencia, que podriamos llamar de segundo órden, no siempre anda acorde con la primera, no siempre le está subordinada, como á primera vista parece que deberia suceder; á veces marchan divergentes, tal vez en direcciones enteramente opuestas. Como juzgamos muy importante esta reflecsion, la apoyaremos con hechos.

En el siglo de Luis XIV las altas inteligencias eran religiosas;

habia diferencias de opiniones, de talentos, de genios, de miras, pero todo no hacia mas que crear diferentes centros de movimiento en el gran sistema, sin que esto obstase á que se conservara el centro comun donde se hallaba el regulador de todos los movimientos, *la religion;* pero debajo de ese movimiento se descubre otro en sentido muy diferente; nada menos que hácia la *incredulidad*. Por mas que pueda parecer estraño, juzgamos que es muy cierto; mediando dos razones incontestables que concurren á demostrarlo. La una, que podriamos llamar *á priori*, se funda en la brecha que debió de abrir en las creencias religiosas el protestantismo, brecha que no pudo repararse ni con la espulsion, y en la disposicion de los espíritus en Alemania, en Inglaterra, y sobre todo, en Holanda; paises que estaban en incesante comunicacion con la Francia, y cuyas relaciones no era bastante á romper toda la severidad de la revocacion del *Edicto de Nantes*. Otra razon, que podremos llamar *á posteriori*, es, que luego de muerto Luis XIV, levantó erguida su cabeza la incredulidad; es decir, que no suponiendo que en el siglo de aquel Rey germinaron en abundancia las ideas irreligiosas, no será posible comprender las épocas de la Regencia y de Luis XV.

La misma Francia nos presenta en la actualidad otra prueba del diferente camino que lleva la inteligencia superior y la inferior. En la region de las altas inteligencias cunden ahora las ideas religiosas, ó al menos sociales y conservadoras; y mucho dudamos que lo mismo se verifique en las regiones menos elevadas: posible fuera que esto no se realizase todavia en mucho tiempo, y que las nuevas aristocracias, levantadas sobre las ruinas de las antiguas, y que como es natural trabajan por conservar su puesto, tuviesen que sufrir, andando el tiempo, algunas arremetidas semejantes á la famosa escena del Trinquete, y al ataque de la Bastilla. En las doctrinas y en los hechos hay cierta lógica terrible, que los pueblos comprenden á las mil maravillas.

Pero á pesar de esta divergencia, menester es confesar que la situacion de un pais donde esto se verifique es violenta, y que por tanto deberá ser poco duradera. Porque los dos órdenes de inteligencia se tocan en mil puntos, se rozan á cada paso, sus límites mal deslindados se confunden á menudo, y esto, tarde ó temprano, produce uno de dos efectos; ó bien el un órden arrastra el otro y le somete á sus doctrinas, ó bien resultan en la sociedad conflictos y revoluciones. Para hacer palpable esta verdad, no será menester que salgamos de España.

Es indudable que á principios del presente siglo, habian cundido

entre muchos de nuestros mas claros talentos las doctrinas de la escuela del siglo XVIII. Atendidas las circunstancias en que se encontraba la nacion, esas doctrinas no podian penetrar en su seno, debian sobrenadar como sobrenadaron; pero esto no ha impedido que no se hayan derramado por ellas torrentes de sangre, y que todavía despues de 30 años de turbulencias y desastres, no se halle nuestra desgraciada patria en situacion tan angustiosa, no tenga un porvenir tan lóbrego y encapotado, que no es posible fijar la vista en él sin retroceder de espanto.

Hemos presentado estas reflecsiones con respecto al desarrollo de la inteligencia, para desvanecer una ilusion que suele ser muy comun, y consiste en que para apreciar el estado de la inteligencia en un pais, se toma por barómetro la parte mas esclarecida y brillante; aquella que estiende su fama hasta los paises estrangeros. es decir, lo mas selecto en ciencias y literatura. Añádese á esto la creencia, no menos comun, de que la literatura es un espejo donde refleja la sociedad, y he aquí que en viéndose una literatura llena de calor y de vida, fácil es ser llevado á imaginar que la sociedad se halla tambien robusta, floreciente y lozana. Consecuencia plausible, y á primera vista legítima, pero que sin embargo, está desmentida por la historia. Hay en la vida de las sociedades ciertas épocas críticas, en que suele aparecer la inteligencia en todo su esplendor: y, cosa notable, resplandece á veces con insólita y vivísima luz cuando la sociedad en cuyo seno vive y de cuya atmósfera se alimenta, está tocando al borde del sepulcro. Resultado de combinaciones anteriores que le han sido favorables, y de circunstancias pasageras que la secundan, no espresa la verdadera situacion del pais, es postiza, es un adorno mentido, es un magnífico cortinage que oculta el lecho de un moribundo. Entonces la inteligencia superior es infecunda, no ejerce influencia sobre la sociedad, es un mueble de lujo que al primer golpe se quebranta, y cuyos trozos se arrumban conservándose tan solo como preciosas antiguallas. Así con sus raptos sublimes el genio de Platon asiste á la agonía de la Grecia, así canta Virgilio la eternidad de un pueblo que va á perecer, así el brillante coro que rodea el sólio de Luis XIV, augura duradera gloria al trono de un gran rey, cuyo segundo sucesor habia de morir en un cadalso.

Para comprender completamente el influjo de la inteligencia sobre la civilizacion, conviene ademas observar, que será muy poca su eficacia, si no procura hermanarse con algunos intereses que sean poderosos en la sociedad, ó no estuviere trabada con ideas é instituciones de grande influencia y ascendiente sobre el ánimo de

los pueblos. La inteligencia dirige, pero no ejecuta; es la cabeza que necesita el brazo. Algunas épocas notables de la historia servirán de aclaracion y apoyo á esta verdad.

En los siglos medios, cuando todo el saber quedó concentrado en la clase eclesiástica, y particularmente en la regular, cuando solos los clérigos sabian leer y escribir, y los monges, con asiduo trabajo é infatigable perseverancia, transmitian á las generaciones venideras los sucesos que iban ocurriendo, y los restos del antiguo saber, formando los anillos de esa cadena que une á la inteligencia moderna con la antigua, tenia la clase eclesiástica el mayor ascendiente sobre el ánimo de los pueblos: llegando á pasar á sus manos la direccion en todos los negocios. Pero ¿por qué la inteligencia del clero era tan fecunda y poderosa? ¿lo era por sí sola? es bien cierto que no: y á poco que se reflecsione se echará de ver que lo debia en gran parte á su íntimo enlace con las ideas religiosas, á la sazon tan prepotentes; que lo debia á su trabazon con instituciones que miradas por los pueblos como descendidas del cielo, eran objeto de una veneracion y acatamiento sin límites. Todavía mas: aquella inteligencia se hermanaba admirablemente con todos los intereses de la sociedad, era un gérmen fecundo de establecimientos de beneficencia, de progreso en la legislacion, de mejoras administrativas, de organizacion social en todos los ramos, y los pueblos que aunque ignorantes, no carecian de aquel saludable instinto que jamas abandona á la humanidad, advertian fácilmente que en la inteligencia del clero tenian un inagotable manantial de bienes, y por esto se prestaban dóciles al movimiento y direccion que se les comunicaba. Por estas causas pudo la inteligencia en aquellos tiempos ser tan poderosa, y ejercer en la sociedad una saludable dictadura. Fué poderosa porque era fecunda, y fué fecunda porque siendo su alma la religion, llevaba en su seno el espíritu de vida.

Otra época notable nos ofrecerá un contraste bien singular, será como el reverso de la medalla. ¿Por qué la filosofía del siglo XVIII, la inteligencia estraviada, pudo ejercer tanto influjo sobre la Francia en tiempo de la Regencia y del reinado de Luis XV, y preparar la catástrofe del infortunado Luis XVI? Porque conoció sagazmente su posicion, porque vió un gobierno débil y corrompido y una sociedad indignada; y dijo para sí: "ataquemos al gobierno é involucremos con él á todas las instituciones antiguas; halaguemos empero á la sociedad, y constituyéndonos órgano de todas las pasiones, eco de todas las quejas, defensores de todos los intereses no satisfechos, reuniremos en torno nuestro una falange podero-

sa, que nos servirá por ahora de escudo para defendernos, y luego de ariete para derribar todo lo ecsistente." Así pensó y así obró la inteligencia estraviada, así encontró primero apoyo firmísimo, y en seguida un brazo irresistible: así consumó la Revolucion.

El solo recuerdo de la Revolucion de Francia, de ese acontecimiento colosal en sí y en sus efectos, nos lleva naturalmente á considerar lo que es la inteligencia separada de la moralidad, lo que la civilizacion puede prometerse del pensamiento del hombre, cuando no está regulado por los eternos principios de la moral, cuando quiere á toda costa realizar sus concepciones, sin atender á lo que demandan las inmutables verdades sobre que descansa la suerte del individuo, de la familia y de la sociedad. La inteligencia sin moralidad es el ángel caido que lleva herida su frente con el rayo del Eterno, y que en medio de su desesperacion, blasfema contra su Criador, lleva en su mano la tea de la discordia, hace temblar la tierra bajo sus plantas, y trastorna y abrasa el universo. Ved ó si no á ese hombre que con torva frente y la mirada encendida, deja caer sobre el papel sus pensamientos terribles; á ese misántropo que medroso de su propia sombra se figura ver á la sociedad que conjurada le persigue; que insulta á la civilizacion ponderando las ventajas de la vida salvage; que con su infausto talento hace problemáticas las mas altas verdades; que ora defiende el duelo y el suicidio, ora los condena; que ora pinta con negros colores el adulterio, ora procura protegerle cubriéndole con un velo; que mina el órden social en sus mas hondos cimientos; que lanza sus tiros vibrantes contra todas las instituciones ecsistentes; que no se asusta con la espantosa conflagracion que va á provocar, cuando su corazon la presiente y su mente la divisa: este hombre, cuyo libro es el código de la Revolucion mas formidable que vieron los siglos, este es el emblema de la inteligencia sin moralidad: es Juan Jacobo Rousseau.

¡Ay de la sociedad donde se verifica tan sacrílego divorcio! vivirá en la inquietud, se agitará en medio de las revoluciones, y si no conserva en su seno algun gérmen regenerador, su destino será la muerte. ¿Qué hubiera sido de la Francia con el tan decantado saber de sus grandes filósofos, si el genio de Napoleon no la hubiera salvado preservándola de la disolucion y estirpando la anarquía? Por cierto que no faltaba la inteligencia en la Asamblea constituyente, en aquella asamblea que contaba un Sieyes y un Mirabeau; ¿pero qué hizo aquella asamblea? derribar, nada mas. Echó por tierra el prestigio del trono, niveló todas las clases, dió rienda suelta á las pasiones, ecsasperó los ánimos, estravió las ideas, en-

tronizó la soberanía del pueblo, preparando de esta manera la ruina de la monarquía, el triunfo del Jacobinismo, la guerra civil, la estrangera, el reinado del terror, y todo esto para llegar ¿á donde? á postrarse á los piés de un hombre que diese á la Francia órden, códigos y administracion, mientras que la Francia le daba su sangre y sus tesoros, para levantarle un trono, y ceñir sus sienes con una diadema de gloria. Ya que tanto se pondera la fecundidad de la filosofia, su influencia en la civilizacion, en el adelanto de la sociedad; digasenos ¿qué ha hecho la Revolucion de Francia, esa hija predilecta de la filosofia, de la inteligencia abandonada á sí misma, sin moral, sin religion, sin ningun enlace con las tradiciones antiguas, en el completo aislamiento á que ella misma se habia condenado, mejor diremos, á que se habia entregado como á un hermoso sueño, como el bello ideal de la humanidad, como el apogeo de su poder, como el mas alto punto de su esplendor y de su gloria? ¿Qué ha hecho, qué es lo que ha creado, que obras son las que ha sustituido á tantas como derribó? Hay en Francia la monarquía, pero no por la Revolucion, sino á pesar de la Revolucion, socavada por la Revolucion, amenazada por la Revolucion; hay en Francia administracion, pero es debida á un hombre; hay en Francia la religion, pero es la que ha podido salvarse en medio de las ruinas del edificio social; hay movimiento industrial y mercantil, pero haylo en Inglaterra y no data de su Revolucion, haylo en Prusia bajo el absolutismo, haylo en Rusia bajo el poder ilimitado del autócrata. ¿Qué es lo que queda á la Revolucion? una cosa, una sola cosa, el haber derribado: obra por cierto grande, magnífica, propia de las tempestades arrasando bosques y campiñas, y sumiendo en el llanto y en la miseria á los pueblos.

Esto sabe hacer la inteligencia sin moralidad, á tanto alcanza su fuerza: disuelve, disipa, destruye, pero no le pidais nada mas: su mision concluye aquí, y se retira luego del teatro de sus hazañas, cediendo el terreno, ó á hombres estraordinarios á quienes envia de vez en cuando la Providencia para la realizacion de grandes destinos, ó á la accion lenta y regeneradora de los antiguos principios, que ocultos en el seno de la sociedad, vuelven á germinar y á florecer, luego que se retira del campo la hoz destructora. Así ha sucedido siempre, y así sucederá: tal es el carácter del espíritu del hombre, tal es el ejemplo de la historia, tal es la ley de la humanidad. La inteligencia del hombre solo es fecunda cuando está subordinada á la inteligencia infinita, cuando obedece á su impulso, cuando es su instrumento; y esto solo se verifica cuando la inteligencia no se aparta de los principios eternos de la moral, cuando es

vivificada por el espíritu de la religion, cuando no tiene el necio orgullo de renovar la guerra de los gigantes escalando el cielo, cuando no tiene la insensatez de atribuirse la fuerza omnipotente de aquel que dijo, *hágase la luz, y la luz fué hecha.*

Artículo Tercero.

Decia Newton que sin mácsimas de sana moral no es mas el saber que un nombre especioso y vano; nosotros llevaremos el pensamiento del célebre naturalista mucho mas allá, afirmando que no solo es inútil, sino tambien nocivo; y que cuando el divorcio de la inteligencia y de la moralidad se reduce á sistema, cuando es no solo en el órden de las acciones, sino tambien en la region de las ideas, cuando no es inmoral precisamente el sábio, sino su sabiduría, entonces ha sonado para la sociedad la hora fatal de sus calamidades, entonces se dislocan sus polos, se rompe su eje, falta todo principio de regularidad y de órden, se hunde en el caos. En el mundo moral hay sus leyes como en el físico; la inteligencia con su inquietud característica, su agitacion incesante, su actividad inagotable, su variedad infinita, representa el impulso en todas direcciones, el movimiento indefinido, sin regla, sin objeto; pero la moralidad es la ley de gravitacion universal, que todo lo arregla, lo tempera, lo armoniza, constituyendo diferentes centros particulares, que á su vez reconocen otro centro universal, que es Dios.

Nada en el mundo carece de ley, y la inteligencia no puede estar sin ella: esta verdad no quiso reconocerla la filosofia del siglo pasado, tampoco la reconoce lo bastante la filosofia del siglo presente; y por esta causa ni una ni otra conocen á fondo lo que es una religion; por esta causa no comprenden la profunda sabiduría entrañada en el principio de autoridad, base fundamental del Catolicismo; por esta causa desconocen ambas al hombre y á la sociedad, impulsan sin direccion fija, sin tino, proclamando un desarrollo sin regla, un movimiento al acaso, una libertad mil veces esplicada, nunca entendida.

El Catolicismo, tan profundo en sus miras como prudente en su conducta, penetrado de la insuficiencia de la razon humana, y de cuán peligroso es dejarla abandonada á sus propias fuerzas, no se contenta con afianzarla con el áncora de la autoridad; sino que tomando en brazos al hombre desde su mas tierna infancia, procura imbuir su entendimiento de ideas religiosas, de manera que todos los demas conocimientos que se le comuniquen le encuentren ya preparado: así consigue que siendo la religion el primer licor que se ha derramado en el vaso tierno, conserva éste por mucho tiempo la primitiva fragancia. Este sistema tan cuerdo, tan sábio, tan altamente social, se le ha designado con los nombres de *monástico, clerical*, y otros por este tenor, y se ha formado el empeño de denigrarle con mil apodos para preparar su descrédito y ruina; pero dia vendrá, y quizás no está lejos, en que la parte de Europa que le ha olvidado vuelva á reclamarle á grandes gritos como el único remedio de sus males. El divorcio que entre la inteligencia y la razon se habia procurado introducir en la esfera científica, se ha hecho descender á los sistemas de enseñanza, y para no esponer el resultado á contingencias, se ha procedido de manera que el hombre fuese ya *filósofo* desde niño. Mientras la sociedad se prepara en medio del mas profundo malestar para recoger á manos llenas los amargos frutos de semejantes sistemas, vamos á presentar á los ojos de los lectores un cuadro tristísimo, pero muy interesante; y por lo sucedido hasta ahora podrán conjeturarse las catástrofes encerradas en el porvenir.

Como la Francia ha sido el pais clásico de la filosofía irreligiosa, como en Francia es donde se habia proclamado en alta voz el divorcio de la inteligencia y de la religion, donde han debido dejar muy hondo sulco los sistemas irreligiosos, tomaremos aquel pais por punto de comparacion; y con datos irrecusables demostraremos que cuando la religion no preside al desarrollo de la inteligencia, este desarrollo es nocivo, es funesto, es peor que la ignorancia. Protestamos de nuevo que no es nuestro ánimo condenar la instruccion, que tenemos una conviccion profunda de que siendo bien dirigida, puede generalizarse sin ningun peligro para la sociedad, sin ningun detrimento de la moralidad ni del bienestar, antes con beneficio de ambos: y si presentamos noticias y cálculos que parecen á primera vista condenar la instruccion, hacémoslo tan solo con la mira de disipar las preocupaciones mas tenaces, que son las que se apellidan á sí propias despreocupacion y filosofía; hacémoslo con la mira de llamar la atencion pública sobre unos hechos que tanto interesan al porvenir de la humanidad.

Si tuviéramos que habérnoslas con hombres de la escuela de Voltaire, cuyo pensamiento dominante fuese el cubrir de ridículo la religion, y perseguirla sin cesar hasta las últimas trincheras, perderia fuerza nuestro argumento; porque entonces se podria decirnos: "Defendeis la necesidad de la Religion como elemento indispensa-"ble para el saludable desarrollo de la inteligencia, y para apo-"yar vuestro aserto echais mano de los funestos resultados que "acarrea una enseñanza basada sobre el ódio á la religion. Es-"te raciocinio no es lógico: porque *todavía no se ha ensayado un* "sistema que *sin tener* por basa principal la religion, como voso-"tros pretendeis, no estribe tampoco sobre el ódio á la religion: si "el ensayo de este sistema produjere malos resultados, entonces, y "solo entonces, habreis llegado á la consecuencia que os proponiais "*deducir.*" *Afortunadamente para* nuestro objeto, no puede dirigírsenos esta reconvencion, porque solo nos proponemos ecsaminar los resultados del sistema de instruccion popular planteado en 1833 por M. Guizot; y es bien sabido que Guizot, sean cuales fueren sus ideas y tendencias religiosas, está muy lejos de simpatizar con Voltaire.

Guizot, llevado de su celo por la propagacion de las luces, pensó sin duda hacer un inmenso beneficio á la Francia, inundándola de escuelas; creyendo que serian abundante semillero de civilizacion. La estadística va echando por tierra las previsiones del filósofo; y á buen seguro que á estas horas no deja de mirar con ojos azorados el fruto que va produciendo su obra, y que empieza á desconfiar de las bellas ilusiones á que se entregaba, cuando dirigia á los maestros aquellas instrucciones, dignas, como todo lo que sale de su pluma, de ocupar un lugar distinguido entre los monumentos literarios. Pero si son bellas las páginas de la literatura y de la filosofía, la realidad es algo de mas positivo y respetable; y á ella es menester apelar para la resolucion de los grandes problemas en que está librada la suerte de la humanidad.

Ya se deja entender que el sistema de instruccion de M. Guizot estará muy lejos de ser lo que se llama *monástico* ni *clerical;* y es sabido ademas que este sistema de profusion instructiva ha contribuido mucho á la estension y aumento de la instruccion. Ahora bien, he aquí la cuestion en sus términos mas precisos: ¿Este mayor desarrollo de la inteligencia ha contribuido al bien de la sociedad? La cuestion quedará resuelta si manifestamos que ha contribuido al aumento del vicio y del crímen; y esto es lo que de sí arrojan los estados siguientes.

Nos serviremos de los datos oficiales sobre estadística criminal, publicados en Francia en 1837 y 1838; cotejando el año de 1834 con el de 1838.

AÑOS.	ACUSADOS.		
1834	6.952 . .	Aumento de acusados. .	1.062
1838	8.014 . .		

Es decir, que en estos cuatro años en que ha cundido mas la instruccion, se ha aumentado el número de acusados cosa de una sesta parte. Nótese que en los diez que precedieron á la época de que nos ocupamos, el número de los acusados se mantenia poco mas ó menos el mismo; de lo que se infiere que en esta diferencia no ha podido influir considerablemente, ni el aumento de la poblacion, ni el desarrollo de la industria, ni las calamidades públicas, ni otras causas pasageras; pues que en los diez años anteriores anduvo tambien en aumento la poblacion, y progresó la industria de un modo notable. Ademas, tomando una base tan espaciosa como es un decenio, es claro que debieron de acontecer en este tiempo todos los accidentes que pudieran influir en aumentar el número de los acusados. Esta coincidencia del aumento de la instruccion con el de los acusados, cuando no se adivina otra causa que haya podido producir tan triste resultado, es ya de sí un indicio bastante grave de que el sistema de enseñanza no está libre de responsabilidad; pero todavía pueden presentarse otros datos que dejan la cosa fuera de duda. Para esto no hay mas que considerar el número de acusados en diferentes clases segun el grado respectivo de instruccion; y entonces se manifiesta tan claro el orígen del mal, que es menester cerrar los ojos para no verle.

	AÑOS.	ACUSADOS.
Acusados que sabian leer y escribir bien. .	1834	608
	1838	2.587
Acusados que habian recibido una instruccion superior	1834	203
	1838	276

Pero lo que hay de notable en este punto, es la mayor probabilidad que tiene el hombre instruido de cometer sus delitos impunemente; por manera que estando mal montada la instruccion, acarrea el doble daño de formar al criminal, y luego encubrirle y protegerle. Es bien claro que cuanto mayor sea la instruccion del acusado, mas medios sabrá escogitar y emplear para sustraerse á la accion de la ley; pero este resultado, previsto ya por la razon, viene en seguida confirmado por la estadística. Obsérvese la progresion en que va creciendo el número de los absueltos, en proporcion con sus diferentes grados de instruccion, tomando por punto de comparacion un mismo número de acusados.

GRADOS DE INSTRUCCION DE LOS ACUSADOS.	Acusados.	Absueltos.
Que no sabian leer y escribir	100	33
Que sabian leer y escribir imperfectamente . .	100	37
Que sabian leer y escribir bien.	100	42
Que tenian una instruccion superior.	100	60

Con la mira de que nuestros lectores se formen una idea de la progresion ascendente del crímen, y se convenzan de cuán fundado es el sobresalto que inspira á todos los hombres observadores la errada marcha de la civilizacion, presentaremos todavía nuevos datos que abarcando una escala mas estensa, nada menos que de trece años, presentarán mas ancho campo á la observacion, y servirán de base mas segura á los cálculos é ilaciones. El siguiente estado espresa los criminales condenados en Francia desde 1825 hasta 1838, ambos inclusive, pasándose por alto el de 1835, que falta en el documento que tenemos á la vista, publicado en Paris, sacado de una obra titulada *Education practique*.

AÑOS.	CONDENADOS.	AÑOS.	CONDENADOS.
1825. . . .	4.037	1832. . . .	4.448
1826. . . .	4.348	1833. . . .	4.105
1827. . . .	4.236	1834. . . .	4.165
1828. . . .	4.550	1836. . . .	4.623
1829. . . .	4.475	1837. . . .	5.117
1830. . . .	4.130	1838. . . .	5.164
1831. . . .	4.098		

Llamamos la atencion del lector sobre una particularidad notabilísima que se observa en el estado precedente. Desde 1825 hasta 1833, va fluctuando el número de los condenados, subiendo y bajando, de manera que se conoce que no hay ninguna causa particular que produzca ni aumento ni disminucion. Años hay en que se eleva de repente, como en 1828, pero volviendo luego á deprimirse, calmándose de esta manera la alarma que se hubiera podido ocasionar al observador. Pero desde el año 1833, el aumento es constante, pasando en cinco años desde 4.105 hasta 5.164. Resultado espantoso que hiela la sangre en las venas; ¡y cabalmente desde 1833 data el aumento en la instruccion! Aprocsimad estos datos, ved cómo del cotejo brota una luz sombría que os hace divisar pavorosos abismos.

Todavía mas. La estadística de la policía correccional viene tambien en comprobacion de lo mismo que estamos manifestando. Empecemos desde el año 1826 inclusive, y veamos lo que sucedió hasta 1838, tambien inclusive. Distribuyendo estos trece años en dos quinquenios y un trienio, resulta que el número de asuntos y de personas de que tuvo que ocuparse la policía correccional, anduvo siempre en aumento. He aquí los guarismos:

	ASUNTOS.	PERSONAS.
De 1826 á 1830.	49.357	62.880
De 1831 á 1835.	60.245	77.947
De 1836 á 1838.	47.020	61.204

Buscando el término medio para cada año, resulta:

	ASUNTOS.	PERSONAS.
De 1826 á 1830.	9.871	12.576
De 1831 á 1835.	12.049	15.589
De 1836 á 1838.	15.673	20.401

Este estado presenta tambien una particularidad notable, y es, que en solo el trienio de 1836 á 1838 hay mucho mas aumento que en el anterior quinquenio; cabalmente el trienio es la época en que mas se habia difundido la instruccion. . . .

Para no fatigar á los lectores con mas guarismos que nos seria muy fácil acumular, presentaremos traducido lo que dice sobre este punto el autor de la obra citada mas arriba, cuyo título es *Education practique.* Helo aquí:

"En resúmen las investigaciones que acabamos de hacer nos han "conducido á establecer:

"1.° Que á medida que la instruccion se ha propagado de año "en año, el número de los crímenes y de los delitos ha crecido en "proporcion análoga.

"2.° Que en estos delitos ó crímenes, la clase de los acusados "que saben leer y escribir, entra por un quinto mas que la clase de "los acusados enteramente rudos; y que la clase de los acusados "que han recibido una alta instruccion, entra por dos tercios mas. "guardando la proporcion correspondiente á la respectiva poblacion "de estas clases.

	Acusados.
"En otros términos; cuando en la clase enteramente ruda, "25.000 individuos dan	5
"En la clase que sabe leer y escribir, 25.000 individuos dan "mas de	6
"En la clase que ha recibido una instruccion superior, 25.000 "individuos dan mas de	15

"3.° Que el grado de perversidad en el crímen, y las probabi- "lidades de escapar de la persecucion de la justicia, y de la vindic- "ta de las leyes, están en proporcion directa con el grado de ins- "truccion.

"4.° Que en los departamentos donde la instruccion está mas "difundida abundan mas los crímenes; es decir, que la moralidad "está en razon inversa de la instruccion.

"5.° Que las reincidencias son mas frecuentes entre los acusa-"dos que han recibido instruccion, que entre los que no saben leer "ni escribir.

"A medida que la instruccion se propaga, hemos reconocido que "el número de delitos contra las personas y las propiedades, de aten-"tados contra las costumbres, de uniones ilegítimas, de expósitos, de "alienaciones mentales, de suicidios, aumenta en proporcion, no solo "con la estension, sino tambien con el mayor grado de instruccion.

. . . .

"¿Deberemos inferir de aquí que la instruccion sea un azote y que "ella produce el aumento de los crímenes y miserias morales que "acabamos de señalar, y que por consiguiente sea necesario compri-"mirla y restringirla? No ignoramos que esta opinion no carece de "partidarios, y que no faltan hombres que quieren que se ponga en "práctica. Nosotros, sin embargo, no podemos convenir en ella; y "afortunadamente podemos apoyarnos en la autoridad y opinion de "M. Laurentie, que ha sido el primero que la ha rechazado en nom-"bre de las opiniones é intereses religiosos; y que ha refutado con "tanta energía como razon, á un economista de la escuela utilitaria. "que no veia otro remedio al mal, que *cerrar las escuelas, y poner* "*en lugar del maestro al gendarme.*"

Hemos presentado estos datos para llamar vivamente la atencion pública sobre el inminente riesgo que corre la sociedad en no sirviendo de principal base á la enseñanza la religion. No se crea que hayamos agotado las pruebas, y que nuestra opinion sea aislada, y que nuestros clamores sean hijos de un temor ecsagerado; fácil nos seria apoyarnos en la autoridad de hombres distinguidos, y que no pueden pasar plaza de preocupados; tales como M. Guerry. M. Dupin, M. Moreau Christophe, el baron de Moragües, M. Quetelet y otros, todos acordes en la funesta relacion que se encuentra entre la instruccion y el crímen; y si hubiéramos querido echar mano de los trabajos del ilustre español D. Ramon de la Sagra, bastáranos abrir sus *Lecciones de Economía social*, para encontrar abundancia de guarismos que vienen en confirmacion del hecho lamentable que estamos indicando.

Ya que hemos nombrado á este distinguido economista, séanos permitido insertar aquí las notables palabras con que espresa su opinion sobre esta importante materia. "De lo dicho pudiera tam-"bien deducirse, que la instruccion primaria era un mal mas que "un bien, y que la cultura del entendimiento, lejos de debilitar la "inclinacion al crímen, tendia, al contrario, á aumentarla y fortifi-"carla. Pero afortunadamente no es tal la consecuencia que debe

"deducirse. Lo que sí resulta demostrado, de todo lo espuesto, es "que la sola instruccion sin estar unida á la educacion moral y re- "ligiosa, no ofrece contra la inmoralidad, el remedio que ha queri- "do suponérsele; que la instruccion superior, no estando unida á "un grado correspondiente de educacion moral y religiosa, no pro- "cura á los individuos los bienes intelectuales que tiende á promo- "ver, y que llega á ser nocivo á las clases inferiores que solo toman "de ella medios de perjudicar, al paso que la misma escitacion "mental producida por tales estudios, los saca de su esfera social y "perturba el órden físico y moral de los pueblos. La instruccion "primaria es necesaria á todas las clases para su ecsistencia y su "adelanto; pero la educacion es la única capaz de mejorar su mo- "ralidad y de dirigirlos por la senda de la virtud. La instruccion "superior es conveniente á las sociedades, pero debe ser privativa "de los individuos que pueden ser útiles con ella, y solo en el nú- "mero correspondiente á las necesidades de las naciones. El mal "de la instruccion, dice M. Moreau Christophe, procede del modo "como se proporciona, y no de ella misma. El modo actual vicia "la semilla en su gérmen, y hace producir al suelo frutos inútiles y "peligrosos. En nuestras escuelas, toda la enseñanza se sacrifica "al agrado del cuerpo, de la memoria y del talento; nada se reser- "va para las virtudes del corazon. Puede salirse sábio de tales "institutos, pero seguramente no se sale virtuoso. Y ¿qué vale la "ciencia sin la moral?" Continúa el Sr. de la Sagra copiando otro trozo de M. Moreau Christophe, y ponderando la necesidad de la educacion moral y religiosa, y despues añade: "*Lo que sí es cier- "to, constante y demostrado por la teoría y la esperiencia, es que "el vicio y el crimen siempre están unidos á la irreligion, y que en "infinitos casos, la irreligion conduce á la miseria y siempre á la "desgracia. La irreligion, señores, que supone la falta de la fé, "de la esperanza y de la caridad, virtudes sublimes cuanto nece- "sarias para la ventura del hombre y la paz de las sociedades. "destruye todas las semillas del bien y derrama todos los gérme- "nes del mal.*"

Ya lo ven nuestros lectores, no son ya solos los jesuitas, los frailes y los clérigos, los que invocan la Religion como base necesaria de toda educacion y enseñanza, si no se quiere hundir en un abismo al individuo y á la sociedad; no son ya hombres de aquellos que puedan ser tachados de adictos á los sistemas que se apellidan de opresion y oscurantismo; son hombres conocidos por sus opiniones liberales, distinguidos por su ilustracion, llenos de esperiencia adquirida en largos viages, y cuyas palabras solo pueden ser la es-

presion de convicciones profundas, hijas de la evidencia de los hechos.

Así ha querido la Providencia que triunfase la verdad; ha permitido que el hombre ensayase la obra insensata de sustraer á la inteligencia del influjo de la religion; y la inteligencia se ha prostituido formando monstruosa alianza con el vicio y el crímen. Vergüenza da el decirlo! ¡la instruccion fomentar la maldad!... Para honor del espíritu humano, seria de desear que ese hecho lamentable pudiera sepultarse en el olvido; pero los intereses de la civilizacion, la ecsistencia misma de la sociedad, ecsigen que se le publique en alta voz para eterna confusion de las doctrinas irreligiosas, ecsigen que se grabe por todas partes en caractéres indelebles la importante verdad de que, allí donde hay instruccion sin religion, allí hay desarrollo de inteligencia sin moralidad, allí hay un semillero de vicios y de crímenes, y allí hay, por consiguiente, un enemigo capital de la verdadera civilizacion.

Artículo Cuarto y último.

El mayor bienestar posible para el mayor número posible, dijimos que era otro de los objetos á que debia encaminarse la sociedad, si se queria que la civilizacion fuese sólida y verdadera. Desgraciadamente esta es la condicion que mas ha faltado á todas las civilizaciones; triste efecto, dimanado en parte de la injusticia de los hombres, pero que tiene su principal orígen en la misma naturaleza de las cosas. Ecsaminad las civilizaciones antiguas, y vereis que se verifica en ellas de un modo horroroso, aquello de *humanum paucis vivit genus*. Prescindiendo de la esclavitud y de la diferencia de estas, que ya por sí solas condenaban á una gran parte de la humanidad á las mayores miserias y padecimientos, y concretándonos tan solo á la clasificacion de pobres y ricos, vemos que las ventajas de la sociedad eran para pocos, y que de aquí dimanaba la eterna lucha entre los que trabajaban y los que gozaban. ¿Qué es

lo que principalmente embaraza á Solon, cuando se propone dar leyes á los Atenienses? Los ricos que quieren conservar sus riquezas, y ecsigir de los pobres lo que estos les deben; y los pobres que no pueden pagar, y que ademas pretenden un repartimiento de tierras. Bajo una ú otra forma, esta es la cuestion eterna de la república de Atenas. En Roma notamos una lucha semejante, dimanada de la misma causa. Entre los patricios y plebeyos, no se trata principalmente de honores y de mando; lo que se disputa es el pan que sobra á los ricos, y escasea á los pobres. Y cuenta, que aun no hablamos de los tiempos en que abrigaba Roma á los Lúculos y Crasos, cuyas desmedidas riquezas han pasado á proverbio; de aquellos tiempos en que los pretores y generales robaban con el mayor descaro en las provincias sujetas á su mando, seguros de que amontonando oro, y desparramándole despues en su patria, obtendrian los sufragios que necesitase su ambicion: épocas desastrosas, en que la *maldita sed del oro* se habia apoderado de todos los corazones, y concentrando en manos de pocos toda la riqueza, acrecentaba lastimosamente el número de los pobres, hasta el estremo de que en una ciudad de un millon doscientas mil almas, cual se calculaba Roma en los últimos tiempos de la república, era tan grande el número de los esclavos y de los proletarios, que apenas se contaban dos mil personas que poseyesen algo. No queremos que se diga que hemos escogido adrede el tiempo mas corrompido cuando se encumbraba la ambicion en brazos de la codicia.

Limitarémonos, pues, á los tiempos mas felices de la república, en que la austera pobreza, *sæva paupertas* de Horacio, formaba hombres tan esclarecidos como Camilo. Licinio fué el primer cónsul salido de la clase plebeya; y cabalmente en la misma ley que le eleva al primer puesto de la república, vemos involucrado el interés social; pues que es el mismo Licinio quien, siendo tribuno de la plebe, habia hecho establecer la famosa ley *Licinia*, sobre la limitacion del derecho de adquirir, poniendo coto á la escesiva acumulacion, y sobre el alivio de los pobres oprimidos por las usuras de los ricos. Los Gracos, que tanto dieron que entender á la nobleza romana, echaban mano tambien de la palanca mas poderosa, para remover la plebe; la ejecucion de la ley *Licinia*, era su tema favorito; el repartimiento de tierras entre las clases menesterosas, era el estimulante cebo con que atraian á la multitud, y que les labraba aquella popularidad, á que no encontraron otro remedio los patricios, que la muerte de los dos tribunos.

Fácil es calcular lo que sucederia en otros paises, cuando en las dos repúblicas donde fué mas vivo el espíritu de libertad, y donde

llegaron á ejercer mas influencia las clases inferiores, era, sin embargo, tan triste su situacion, y las mas de las disensiones políticas reconocian por orígen principal la falta de medios de subsistencia. Un hecho confirma la verdad que estamos indicando, y es la tendencia de los pueblos antiguos, al sistema de las colonias. Los Egipcios, los Fenicios, los Rodios, todos los griegos de las costas de Asia, los Cartagineses, los Romanos, todos ofrecen el mismo fenómeno. ¿Y cuál es la causa? Es muy sencilla: todos sobreabundaban de poblacion, y se veian precisados á buscar un desagüe en otras tierras para deshacerse de una parte de ella. Así es que el sistema de estos establecimientos en paises lejanos, que tanto prevaleció entre los Fenicios, los Rodios, los Cartagineses y otros pueblos, no debe precisamente considerarse como un sistema de factorías que les asegurasen la estension y prosperidad del comercio, sino como un remedio á los males que afligian á las clases mas numerosas, las que no teniendo de qué alimentarse, ponian en peligro la tranquilidad pública.

Ahora que se ofrece la oportunidad, nos permitiremos una observacion sobre el estudio de la historia. Creemos que por lo comun, se da sobrada importancia á los hechos que se presentan en la superficie de la sociedad, y se prescinde de los que se verifican en su fondo. Los trastornos de los gobiernos, las guerras, el engrandecimiento y decadencia de los imperios, se esplican demasiado por causas políticas, ó por la influencia de ciertos hombres; si se calara mas hondo en el corazon de la sociedad, se encontrarian otras causas mas profundas, y sobre todo, mas naturales y sencillas. El primer estudio preparatorio que á nuestro juicio debiera hacerse en la historia, es la investigacion de los datos que pusieran de manifiesto el vivir de los pueblos; entendiendo por esto, el formar una estadística tan esacta y minuciosa como fuera posible, no tan solo de su estado intelectual y moral, de las relaciones de familia, de su religion, de sus leyes, usos y costumbres, sino tambien, y muy particularmente, de cuáles y cuántos eran sus medios de subsistencia.

Enhorabuena que se describan los cambios de gobiernos y de dinastías, las vicisitudes de las guerras, los planes y proyectos de los hombres célebres que han ejercido influencia en la sociedad; pero estemos seguros que nada de esto basta para comprender á fondo la historia de un pueblo, y el verdadero carácter de su civilizacion. Es necesario saber en qué estado se hallaban su agricultura, industria y comercio, cuáles eran sus alimentos ordinarios, cuáles sus vestidos, cuál su habitacion, y la infinidad de detalles indispensables para pintarnos fielmente cómo pasaba su vida aquel pueblo

que nos proponemos estudiar. Como esto pudiera parecer estraño á algunos lectores, lo haremos sensible con un ejemplo.

Figurémonos que de aquí á dos mil años estudian los hombres la historia de la Gran Bretaña, como ahora nosotros estudiamos la de Roma; que leen las guerras sostenidas por aquel imperio en toda la redondez del globo, que contemplan asombrados la estension de sus posesiones en todos los puntos de la tierra, que con algunas noticias sobre su historia antigua, sobre sus revoluciones modernas, sobre algunos de sus políticos mas distinguidos, se atreven á esplicar las causas de su engrandecimiento y decadencia, las miras de sus hombres de Estado, las causas de la lucha entre sus varias clases, la razon de sus simpatías por esta ó aquella forma de gobierno, por este ó aquel sistema, por estos ó aquellos hombres en los paises estrangeros, los motivos secretos de sus guerras; en una palabra, todos los resortes de su política interior y esterior: figurémonos que los historiadores acometen tamaña empresa, faltos de datos estadísticos que les revelen la verdadera situacion de la Gran Bretaña; ¿no os parece que deberian de oirse esplicaciones peregrinas? Señalaríanse, á no dudarlo, razones plausibles, verosímiles á mas no poder; citaríanse hechos militares y políticos, que al parecer confirmarian las observaciones histórico-filosóficas; pero si entonces se les presentase un anticuario, mostrándoles estados fijos sobre sus máquinas de vapor, sobre sus caminos de hierro, sobre su asombrosa produccion de manufacturas, sobre su sistema de propiedad territorial, sobre el modo de vivir de sus diferentes provincias y ciudades; si entonces les señalase con el dedo las relaciones de su industria y comercio con Portugal, España, Francia, Alemania; mas breve, con todos los pueblos de la tierra; entonces, cuando verian mas claro que la luz del dia las verdaderas causas de los fenómenos que ellos esplicaban por otras muy diferentes, ¿no se quedarian avergonzados de su pretendida filosofía? ¡Oh! y cuánto, y cuánto de semejante nos sucederia á nosotros, si levantándose del sepulcro los hombres de la antigüedad, pudiesen sorprendernos con la presentacion de una minuciosa estadística! ¡Cuánto, y cuánto desengaño no nos prepara la posteridad, si fijándose los historiadores un poco menos sobre los ruidosos cambios políticos, sobre las campañas, sobre el número de los soldados que tomaron parte en los combates, y de los muertos y heridos que quedaron en el campo de batalla, y otras mil cosas mas fáciles de narrar que de probar, se dedican con mas ahinco á desenterrar libros y monumentos antiguos, y á aprovechar los ya descubiertos, reuniendo en cuerpos regulares todas las noticias que andan dispersas acá y acullá, sobre el verdadero estado intelectual,

moral y material de los pueblos! Tenemos la firme conviccion de que haciéndolo así, se aclararia y simplificaria en gran manera el laberinto de sucesos que nos ofrece la historia; y nos atreveriamos á pronosticar, que tambien en los tiempos antiguos, con mas ó menos semejanza á los modernos, muchas de las cuestiones de lo que se llama *alta política*, se resolverian en sencillas cuestiones de interés material, y que las mas de las grandes agitaciones políticas, se habrian remediado fácilmente, con algun aumento en los medios de subsistencia. Pero volvamos á nuestro propósito.

Con el establecimiento del Cristianismo, se mejoró inmensamente la suerte de la humanidad, pues abolida la esclavitud con su lenta y benéfica influencia, é inoculado en las leyes y en las costumbres su principio de amor y fraternidad universal, las clases mas numerosas han cambiado enteramente de situacion; y ya que no haya sido posible hacerlas felices, al menos se ha conseguido asegurarles una suerte incomparablemente menos desgraciada. Sin embargo, el Cristianismo, tan vasto y profundo en sus miras, como sábio y prudente en su conducta, nunca ha prometido á la generalidad de los hombres, cambios radicales en su suerte material; esta clase de beneficios los ha dispensado lentamente, sin ruido, sin que lo advirtiesen siquiera los mismos que los recibian.

El Cristianismo conoció una verdad, que han venido despues á confirmar los principios de la economía política; y es, la imposibilidad de que en una sociedad muy numerosa, todos los individuos tengan los medios necesarios para vivir cómodamente. La multiplicacion de los hombres está en desproporcion con el aumento de produccion de los medios de subsistencia; estos medios no llegan al nivel necesario, y por esto queda siempre una cierta masa, que ó padece privaciones, ó muere de hambre: masa que entre los antiguos quedaba abandonada á su suerte, sucediéndole todavía lo propio en los tiempos modernos, allí donde no ha prevalecido el Cristianismo. El pensamiento de la religion cristiana en esta materia, puede traducirse del modo siguiente: "el mal es incurable, y lo que conviene no es empeñarse en estirparle, sino en disminuirle y aliviarle." No ha engañado á los pueblos con las ilusiones de un bienestar universal; siempre ha predicado la fraternidad universal, el respeto á la propiedad, y ha procurado precaver las colisiones violentas.

Desde los primeros tiempos de su establecimiento sobre la tierra, empezó el Cristianismo la grande obra de la regeneracion social, mirando como uno de sus objetos mas predilectos, el mejorar la suerte de las clases mas numerosas. Los muchos y variados estable-

cimientos de beneficencia que se fundaron por todas partes, donde quiera que alcanzó su influjo, la abolicion de la esclavitud, la dulcificacion de las relaciones de los grandes con los pequeños, de los ricos con los pobres; he aquí sus obras.

Como la irrupcion de los bárbaros del Norte hizo pedazos el imperio romano, echando por el suelo casi todas sus instituciones, y mudando enteramente la faz del mundo, no es fácil decir á punto fijo, cuál hubiera sido el cambio que en la suerte de las clases mas numerosas habria introducido el Cristianismo, si sus influencias no hubieran tenido que luchar con aquel inaudito sacudimiento, y hubiesen podido desenvolverse pacíficamente en el seno de la civilizacion romana. Como quiera, inútil seria ahora aventurarse á conjeturas, mas ó menos verosímiles, sobre lo que en tal caso hubiera sucedido; y dejando lo que hubiera podido acontecer, mejor será entrar en algunas consideraciones sobre lo que realmente aconteció.

No es dificil atinar cuál debió de ser la suerte de la clase mas numerosa en los calamitosos siglos que siguieron inmediatamente á la irrupcion de los bárbaros: durante aquella época de fluctuacion espantosa, en que se encontraban con violento choque, no ejércitos, sino naciones enteras, disputándose el terreno como las fieras la presa, déjase desde luego entender, que el elemento que mas prevalecia, era la fuerza; y bajo el imperio de la fuerza, el débil es la víctima. Así es que los pobres, aunque cobijados bajo el manto de la Iglesia, aunque protegidos bajo su egida poderosa, gemian en una situacion lamentable: porque la Iglesia no tenia pan para todos; y en medio de tanto trastorno, no siempre podia acudir por todas partes á la defensa de todos.

De en medio de aquel caos brotó el primer embrion de organizacion social, bajo una forma monstruosa y repugnante á la verdad, pero que al fin debió de ser un muy natural y necesario efecto de la situacion social de los pueblos, dado que la vemos presentarse y establecerse, casi simultáneamente, sin ningun esfuerzo, en todos los paises de Europa. Ya se entiende que hablamos del *feudalismo*, y basta este solo nombre para recordar la pobreza y el malestar de las clases mas numerosas. Transmitidos por herencia los feudos, y concentrados por consiguiente en pocas familias todos los honores, todas las riquezas, todos los goces, todo el poder, la clase mas numerosa no solo debia estar en la pobreza, sino que estaba condenada á permanecer en ella, como cercada por un muro de bronce, como aprisionada con una cadena de hierro.

Es digno de notarse que el Cristianismo, minando sordamente y por medios legítimos el sistema feudal, preservó á la Europa de

una calamidad, que inevitablemente iba á caer sobre ella. El feudalismo, por su misma esencia, tendia á establecer el sistema de las castas; pero en un pais donde domina una religion que declara á todos los hombres iguales delante de Dios, hermanos en Jesucristo, salidos de un mismo orígen, y creados para un mismo fin, no podia arraigarse ese sistema; y así es, que lejos de que ese gérmen, que mas ó menos encubierto estaba en el seno del feudalismo, fuese desarrollándose con el tiempo, anduvo cada dia á menos, se fué amortiguando, hasta que pasando insensiblemente el feudalismo á convertirse en nobleza, se alejó mas y mas del carácter de casta, y se constituyó en clase: clase, que socavada al fin con la corriente de los tiempos: y la accion disolvente de las ideas, enervada por el descanso y el lujo, y debilitada por la política de los reyes, habia de saltar en polvo y astillas, al primer hachazo que le descargase la revolucion.

Arruinado el feudalismo, y desestancadas algun tanto las riquezas, pudieron derramarse por la sociedad, fecundando las demas clases; y entonces empezó á levantarse la clase media, que aunque salida de la misma masa proletaria, ejerció por sus riquezas y por su ilustracion, poderosa influencia en el destino de la sociedad. Con este cambio, y siendo muy numerosa la clase media, parecia resuelto en gran parte el gran problema social de proporcionar el mayor bienestar posible al mayor número posible; sin embargo, las mismas causas que contribuyeron al encumbramiento y poderío de la clase media, produjeron la multiplicacion de la que venia tras de ella; y la dificultad se presentó mas complicada, y los peligros mas alarmantes. La industria y el comercio robustecieron y ensalzaron la clase media; pero estas mismas causas acarrearon una asombrosa multiplicacion de la proletaria: insensiblemente se fueron separando las dos clases, y al presente han llegado las cosas á tal estremo, que en los paises donde ambas abundan mucho, como sucede en los industriales, consideran los mas pobres á los mas ricos, sean de la clase que fueren, como una verdadera nobleza.

Ha contribuido mas y mas á este fenómeno, el haber sobrevenido hondas revoluciones, donde las clases medias han figurado como agresoras, y en que se han pulverizado todo linage de privilegios; pues desde entonces la riqueza ha venido á ser el único blason, y quien le ha tenido ha sido reputado por noble. Una parte del pueblo no conoce sino pobres y ricos, y mira con igual envidia el palacio de un descendiente de los antiguos magnates, la espléndida casa del opulento banquero, ó la magnífica habitacion del *desinteresado* filósofo, encumbrado en uno de los primeros puestos del gobierno,

velando por los *intereses* de la humanidad, y por los *intereses* de su fortuna.

Esta separacion entre las dos clases, va haciéndose cada dia mas profunda, merced al aumento del pauperismo, que amenaza tragarse las sociedades modernas. Aquí llamamos la atencion de todos los hombres pensadores, y de cuyo corazon no se hayan borrado todos los sentimientos de la humanidad, sobre un lamentable error en que se incurre, *cuando se trata* de evaluar la civilizacion de los pueblos, señalando los quilates de perfeccion á que ha llegado la sociedad. Confúndese de un modo monstruoso el brillo y poderío de un gobierno, con la riqueza y bienestar de la *nacion*; se llama dicha, adelanto de una sociedad, lo que en el fondo no es mas que la riqueza de un número muy reducido.

Concretémonos á un ejemplo. ¿Quién no ha oido un millon de veces, señalar la *Gran Bretaña* como la nacion mas ilustrada, mas libre, mas rica, mas dichosa, mas civilizada del orbe? ¿Quién no la ha visto propuesta una y mil veces como el bello ideal, como el modelo inimitable de que no deberian apartar nunca sus ojos las demas naciones? Y sin embargo, en la Gran Bretaña es donde se verifica del modo mas escandaloso, el prevalecimiento del menor número contra el mayor, donde hay la acumulacion mayor de riquezas en pocas familias, donde hay las fortunas mas monstruosas, agrícolas, industriales y mercantiles; en la Gran Bretaña es donde se verifica, en toda la estension de la palabra, que muchos trabajan para pocos, que el lujo insulta á la miseria; en la Gran Bretaña es donde se encuentra el mayor número de pobres. Y nosotros preguntaremos ahora: ¿qué significa la civilizacion, cuando el mayor número carece de pan? ¿Dónde está la perfeccion de una sociedad cuya mayor parte es víctima de la desnudez y del hambre? A tantos desgraciados como perecen consumidos de miseria en las guardillas y subterráneos, ¿qué les importa la influencia del gabinete de San James, ni la prepotencia de su marina, ni la estension de sus colonias? A los infelices jornaleros, á las mugeres, á los niños, que amontonados en los establecimientos fabriles *vegetan* en la estupidez y en la miseria, dando maquinalmente el movimiento al manubrio de otra máquina, ¿qué les importa, ni la perfeccion de las manufacturas, ni de las máquinas, ni la magnificencia de las fábricas, ni la opulencia y el lujo de sus dueños? Afortunadamente no pensamos que la civilizacion inglesa sea el tipo de la civilizacion moderna; que si así fuera, diríamos que esa civilizacion, con su saber, con su industria, con su prensa, con su libertad, y con su todo, es una solemne impostura.

En España no ha cundido todavía el pauperismo; porque ni se encuentra la desmedida acumulacion de riqueza territorial en manos de pocos propietarios, ni en las poblaciones manufactureras se ha podido desarrollar la miseria que aflige á las de otros paises; y creemos que mientras es tiempo, seria muy importante que todos los hombres ilustrados y amantes de la humanidad, ecsaminasen á fondo, cuáles son los medios que podrian adoptarse para que sin cortar el vuelo á la industria, se evitase el arraigo en nuestro suelo, de un mal, que en Inglaterra y en Francia, no solo lastima los sentimientos de la humanidad, sino que pone tambien en peligro la tranquilidad pública.

Las clases que por su riqueza han adquirido por la nueva organizacion social mucha influencia y poderío, no deben perder de vista la importante verdad, de que su misma elevacion les impone el deber de ser civilizadoras; es decir, de procurar para el mayor número *la instruccion, la moralidad y el bienestar.* Toda clase que no cumple con su instituto, perece; este es el órden natural de las cosas, así lo tiene establecido la Providencia. El mayor error en que pueden incurrir las nuevas clases, que han venido á formar como una nueva aristocracia, es el creer que nada vale la antigua civilizacion de España, que es menester derribar hasta sus últimos restos, olvidar todas sus inspiraciones, abjurar todos sus principios, y amoldarnos enteramente á la Francia é Inglaterra. No olviden que la economía política inglesa, que considera al hombre como un mero capital, haciendo abstraccion de las relaciones morales, es no solo un enemigo de la humanidad, sino tambien de la misma industria; es un elemento de revoluciones políticas, es un gérmen de hondos trastornos sociales. En medio de los escombros de nuestras arruinadas instituciones, encontrarán todavía muchas preciosidades que aprovechar; y estas preciosidades, reorganizadas con buena voluntad y constancia, podrán producir ópimos frutos, mayormente siendo cobijadas por las creencias religiosas, que afortunadamente se conservan en nuestra patria.

Las clases están todas íntimamente enlazadas; intereses que en la apariencia son esclusivos y contradictorios, son en realidad intereses comunes. Las antiguas clases han caido; ellas, que tenian ciertamente mas fuertes parapetos y mas sólida organizacion que no tienen las nuevas; ¿qué será, pues, de éstas? Síntomas se presentan que hacen columbrar revoluciones, presentir catástrofes. Se empezó disputando sobre la legitimidad de antiguos y respetables títulos, y las propiedades que sobre ellos estribaban, bambolearon, y al fin vinieron al suelo. Mirad la revolucion francesa, mirad las

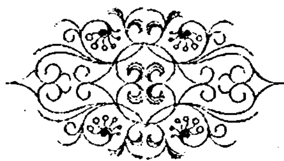
otras mas antiguas y mas modernas. Lutero publicó su libro del *fisco*, minando la propiedad de ciertos bienes, y en seguida vinieron los anabaptistas, declarando guerra á muerte á todos los ricos. San-Simon, Owen y otros reformadores predican la abolicion de toda propiedad; y estas doctrinas no carecen de séquito. Un nuevo carácter presentan los reformadores modernos, y es, el dar á sus sistemas un tinte religioso, muy propio para deslumbrar y para engendrar el fanatismo. Se ha querido hacer de la religion cristiana un sistema filosófico, y este nuevo Cristianismo forjado por el hombre, empieza á ser la enseña de los prosélitos de la nueva escuela.

Las doctrinas en que se ataca el derecho de propiedad, en que se ofrece á la multitud un estimulante cebo que le da esperanzas de mejorar de suerte, entrando en la participacion de los bienes de los propietarios, no se limitan ya á fundadores de nuevas sectas, sino que empiezan á reclamar un puesto en las páginas de la filosofía.

No siendo este el lugar de entrar en pormenores sobre esta materia, nos limitaremos á advertir á las clases ricas, que andan muy erradas si piensan que el medio de evitarse compromisos y apuros puede ser la *fuerza*. Esta no se halla en el número menor, sino en el mayor. Los medios morales son los únicos que pueden tener eficacia duradera; y así, todas las clases acomodadas tienen un interés en que se planteen sistemas de educacion, así para los niños como para los adultos, en que se conserve al pueblo la moralidad que tenga, y se le comunique la que le falta. Instrúyase al pueblo; pero instrúyasele bien, que la verdadera luz no daña jamas al hombre. En otro artículo hicimos observar cómo entendiamos esta instruccion, es decir, acompañada de moralidad, basada sobre la religion católica; y con irrefragables datos demostramos las funestas consecuencias que eran inevitables, si se daba á la enseñanza un rumbo diferente.

En Inglaterra y en Francia es muy temible el pauperismo; pero es menester advertir que si se introdujera en España, lo seria por necesidad mucho mas. En Inglaterra hay una organizacion social, que aunque monstruosa, es, sin embargo, muy antigua; está ademas enlazada con su constitucion y su legislacion, y es, por tanto, muy fuerte como elemento de gobierno. En Francia hay los desengaños de medio siglo de revolucion, hay un respetable conjunto de intereses nuevos, que puestos ya en juego de muchos años á esta parte, é ingertados con mas ó menos naturalidad en el sistema político, no dejan de formar una basa para asentarse un gobierno: y ademas hay sobre todo los hábitos de gobierno, restablecidos y robustecidos por Napoleon, y continuados en los gobiernos que le

han sucedido. En España no es así: tenemos escelentes elementos sociales; pero éstos carecen de la direccion necesaria para influir cual conviene en el órden político, y de consiguiente, para cimentar un gobierno. Así, vemos con frecuencia que nuestros gobiernos, en vez de dirigir á la sociedad, la han contrariado, y han luchado con ella. Todas las opiniones, todos los sistemas, están representados en los diferentes partidos que dividen á esta infortunada nacion, pero todos adolecen del mismo defecto: la debilidad para organizar y sostener un gobierno. Que no lo olviden todos los hombres pensadores; que no dejen de contribuir á la reorganizacion social, fundada en nuestras creencias religiosas; que no pierdan de vista las clases ricas, que su deber las obliga á procurar por todos los medios la moralidad de las clases inferiores, y el grangearse su buena voluntad, por medio del desprendimiento y de la beneficencia; que no se hagan ilusiones sobre lo remoto del peligro; á veces una débil ráfaga de viento empieza rizando ligeramente la superficie del mar, y á poco rato se ha convertido en tremendo huracán, que estrella contra las rocas las naves, cual quebradizos vasos de cristal.



O'CONNELL.

O'Connell es la Irlanda: he aquí el verdadero punto de vista para apreciar en su justo valor á ese hombre célebre; para estimar debidamente las colosales dimensiones de esa figura gigantesca, de ese tribuno mónstruo, que ha logrado fundar y afirmar un trono de diamante sobre el movedizo cimiento de la popularidad. *O'Connell es la Irlanda:* es la personificacion de un pueblo de 7 millones, oprimido por espacio de largos siglos, sufriendo la miseria mas horrorosa que imaginarse pueda, arrastrando una ecsistencia de infortunio, de calamidad, de dolores sin ejemplo. *O'Connell es la Irlanda* católica, aplastada durante tres siglos bajo la planta de hierro de la aristocracia protestante, implacable en sus ódios contra el catolicismo, insaciable en su sed de oro y de mando, recelosa, suspicaz, tiránica, como poder culpable atormentado por el remordimiento. *O'Connell es la Irlanda:* su voz de trueno es la voz de un gran pueblo que dice *basta;* basta de injusticia y de opresion, basta de violencia y esclavitud, basta de desnudez y de hambre; es la voz de un gran pueblo que se remueve como las olas del océano al comenzar la borrasca; que brama como el lejano huracán, esparciendo en su carrera la desolacion y el espanto; que muge como subterráneo fragor, indicio del terremoto que hace bambolear cual leves cañas los torreones y alcázares. Si no le mirais así, no comprendereis á ese hombre estraordinario, á ese Hércules de la política, que infatigable é invencible como el Hércules de la fábula, lucha hace treinta años con la aristocracia mas astuta y poderosa que se vió jamas sobre la tierra. Si no le contemplais rodeado de

millones de hombres cubiertos de andrajos y transidos de hambre, clamando por el remedio de sus males, con despecho, con furor, y hasta con desesperacion, no comprendereis esa estraña mezcolanza de entusiasmo religioso y de ecsaltacion democrática, de dignidad y de groseria, de generosidad y de virulencia, de rasgos sublimes y de dicterios vulgares, de palabras tiernas y sentidas, y del mas cruel sarcasmo; no comprendereis al grande *agitador*, como le llaman los whigs, *al rey mendigo*, como le apellidan los torys, al *libertador*, como le aclama con frenético entusiasmo el pueblo irlandés (1).

---

(1) Como al publicar en nuestra Revista algunas biografias de personages célebres, *mayormente contemporáneos*, no nos proponemos ofrecer á nuestros lectores articulos de puro esparcimiento y recreo, sino dar á conocer aquellos hombres en quienes se personifica un pais ó una época, logrando de esta manera nuestro principal objeto, que es el ecsámen y aclaracion de las altas cuestiones sociales y politicas; nos será preciso acompañar las biografias con algunas notas históricas que ilustren y espliquen la verdadera situacion del personage cuya vida y hechos describamos. Al principiar la biografia de O'Connell, hemos pintado con negros colores la situacion de Irlanda; situacion lamentable donde hemos dicho que se debia buscar el origen de muchas de las estrañezas y escesos de su fogoso tribuno; y bajo este punto de vista presentaremos á O'Connell tal como nosotros le concebimos, sin atenernos á lo que pueda haber dicho en pro ni en contra la ecsageracion ó el espiritu de partido. Pero con la mira de que á su vez no se nos tache tambien de ecsagerados en lo que hemos dicho de la miseria de Irlanda, copiaremos las palabras de un ilustre viagero, testigo ocular de los horrorosos padecimientos de ese infortunado pais. Es Mr. de Beaumont, en su obra titulada: *L'Irlande social, politique et religieuse*, publicada en Paris en 1839.

"Nada ecsiste mas infeliz, dice Beaumont, que esa multitud de labradores que pululando sobre el terreno, y pegados á él como la lepra, aumentan en miseria á proporcion que se multiplican; llegando al estremo de que siendo la poblacion de 8 millones de habitantes, se cuente el asombroso número de 2.600,000 pobres.

"Todo el pais, en todas partes, bajo todos aspectos, en todos los instantes del dia, se ve cubierto de miseria, de esa miseria desnuda y hambrienta, ociosa y vagamunda, que mendiga sin cesar, que se os presenta al llegar á las costas de Irlanda, que no se aparta jamas de vuestra vista, ya en el aspecto del pobre cubierto de andrajos, ya en las facciones del desgraciado enfermo, que os cuenta sus dolencias y os muestra sus llagas. Por todas partes os vereis acompañado, perseguido, con gemidos, con llantos, con quejidos dolientes, que si no os mueven á piedad, os importunarán y llenarán de espanto. No parece sino que esta miseria es inherente al suelo, y que es uno de sus productos. Cual una de esas plagas endémicas que corrompen la atmósfera, marchita todo cuanto toca. Hasta el mismo rico, en medio de sus goces, no puede sustraerse á la miseria del pobre; se le pega tenazmente como roña, y son vanos todos sus esfuerzos para sacudirsela.

"Como todos son pobres, se nutren con el alimento menos caro del pais, que son las patatas; pero no se crea que sean todos tan dichosos que puedan comerlas en abundancia: los que pueden comerlas tres veces al dia, se tienen ya por privilegiados; los hay que solo las comen dos veces, muchos una sola vez, y no son pocos los que pasan uno y dos dias sin tomar alimento."

Recuerden nuestros lectores que esa horrorosa miseria es en la Irlanda, en uno de los paises mas fecundos, mas variados y pintorescos de Europa; y vea si no es fundada la indignacion, si no es escusable el despecho del desgraciado irlandés, que merced á un sistema de opresion y de codicia, se ve precisado á morir de hambre en un pais donde podria vivir acomodado y venturoso. En la crisis actual de Inglaterra, y que tanta influen-

Nació Daniel O'Connell en el año de 1774, en Carhen, condado de Kerry, en la provincia de Munster. Su pais natal es montañoso y de aspecto salvage: digna cuna del hombre de hierro, no quebrantado todavía con 60 años de la ecsistencia mas agitada y borrascosa, en medio de trabajos y fatigas sin cuento. Era su padre Morgan O'Connell; labrador, que con título de arriendo cultivaba la tierra, que habia sido de sus mayores, y perteneciente á la sazon al colegio protestante de Dublin. A pesar de la situacion lamentable en que se hallaban los católicos de Irlanda, la educacion é instruccion de O'Connell no fueron descuidadas; pues que su padre no carecia de algunos medios para proporcionárselas.

La vida de un hombre se esplica muchas veces por las primeras impresiones que recibió en su infancia; y por cierto que en los primeros años de O'Connell encontraremos el gérmen de su espíritu agitador, y de su ódio implacable contra la aristocracia protestante. Cabalmente la época de su nacimiento y niñez fué una de las mas desastrosas para la Irlanda. Merced á la miseria, á la opresion, á la desapiadada esaccion del diezmo que el católico irlandés se ve forzado á pagar al clero protestante, es decir, á los ministros de una secta que detesta, hubo en 1761, en la provincia de Munster, la sublevacion de los *white-bois, niveladores* ó *mozos blancos:* sublevacion terrible, en que una muchedumbre hambrienta, furibunda, abrasada de sed de venganza, recorria la Irlanda, degollando los rebaños de sus opresores, invadiendo las casas de los particulares, derribando las cercas de las dehesas, quemando haciendas, y entregándose á todo linage de escesos y atrocidades. Por espacio de 15 años duró la insurreccion; porque si bien sufocada á trechos con la fuerza de las armas y el horror de los patíbulos, volvia siempre á rebrotar; hasta que en 1775 se presentó todavía mas terrible en los llamados right-bois, *defensores del derecho,* que sucesores de los *mozos blancos,* desolaron la Irlanda, y particularmente el condado de Kerry, patria de O'Connell.

Ya se deja entender lo que oiria el niño O'Connell sobre la insurreccion de los *defensores del derecho;* mayormente perteneciendo á una familia originaria de la raza irlandesa-milesiana, y cuyos ascendientes se habian distinguido en las guerras de la invasion Anglo Normanda, defendiendo con teson y bizarría la independencia de su patria. Oiria sin duda la insurreccion disculpada y escusada por la desesperacion á que se veian reducidos los pobres

---

cia tendrá sobre la política general de Europa, es muy importante conocer á fondo la cuestion de Irlanda, que será, á no dudarlo, uno de los principales embarazos con que tendrá que luchar el ministerio *Peel.*

paisanos, que en no pagando en el dia prefijado el canon bienal, eran lanzados sin compasion de la miserable choza que servia de abrigo á su familia; que al volver desnudos y hambrientos á su campo para desenterrar algunas patatas con que alimentarse, eran arrojados por los soldados; y para llevar á colmo la miseria y la desesperacion de esos infelices, hasta se llegaba á la barbarie de revolver el terreno y quemarles su choza, arrebatándoles así toda esperanza, echándolos con sus familias á morir de hambre en el camino real (1).

La primera educacion de O'Connell fué encomendada á un anciano sacerdote católico; á uno de esos sacerdotes irlandeses, que abrigan en su pecho el mas ardiente amor á su religion, y el mas acendrado patriotismo. Pobres, perseguidos, víctimas del ódio protestante, sucesores de mártires, no tienen otro consuelo que aliviar el infortunio de sus compatricios, prodigándoles los ausilios de la religion, y haciéndoles entrever la esperanza de mejores dias para

---

(1) La insurreccion ha sido tan frecuente en Irlanda, que en ciertas épocas ha llegado á ser como su estado normal. Sobre este particular se hallan curiosas noticias en un artículo titulado *Historia insurreccional de Irlanda* (*Local Disturbances in Ireland*) *desde principios del siglo* 18, que se publicó años pasados en un número de la *Revista española*. Allí se ve que el orígen de las insurrecciones y de los crímenes, estaba en la miseria, en la horrorosa miseria, que agotaba todo sufrimiento, y producia la desesperacion. Pero á mas de los datos que se encuentran en el escrito citado, y que se refieren á época mas remota, todavia pueden presentarse otros mas recientes y mas fijos.

En 1835 se propuso el gobierno inglés formar cabal concepto de la verdadera situacion de Irlanda, y al efecto ordenó una informacion ó pesquisa general. Los comisarios dirigieron á sus corresponsales en cada parroquia la siguiente pregunta:

"¿Teneis noticia de que los últimos tres años hayan acaecido algunas muertes, causadas "por la necesidad?"

Del ecsámen practicado para satisfacer á esta pregunta resultó: que habian muerto una infinidad de personas por la falta de alimento; que de estas las unas habian muerto de pura hambre; otras cuya muerte habia sido acelerada por la misma causa; otras habian perecido por una larga estenuacion, y otras, en fin, de enfermedad y de hambre á la vez.

De la misma pesquisa resultaron otros datos á cual mas tristes. En Connaught la poblacion agrícola carece de trabajo seis meses al año; y hay una parroquia donde solo le tienen un mes en todo el año; y en las poblaciones mas felices nada tienen que hacer por lo menos tres meses.

En un folleto publicado en Dublin en 1787, se encuentra un estado demostrativo del déficit anual en que se halla el labrador irlandés, para cubrir sus necesidades mas precisas; y comparando lo que gana con lo que tiene que pagar por el arrendamiento de su choza, campo destinado á patatas, diezmos, &c., resulta que indispensablemente una porcion considerable habia de morir de hambre. Los datos recogidos en la informacion de que estamos hablando, confirman esta triste verdad, presentando una prueba irrecusable en el precio de los jornales. Para que la suerte del labrador fuese no diremos acomodada, pero solamente tolerable, el jornal deberia ser de 10 penny, cosa de 30 cuartos; y por lo comun no pasa de 4 penny (12 cuartos): cuando llega al máximum, es de 6 penny (18 cuartos); pero á veces baja hasta 2 (6 cuartos). Añádase á esto, lo que hemos observado sobre la falta de trabajo, y que para cada palmo de terreno hay cien pretendientes, y véase si es concebible una miseria mas horrorosa.

la Irlanda. El niño O'Connell, con su inquietud incesante, su agitacion violenta, su comprension viva, su corazon sensible y ardiente, escucharia con los ojos arrasados de lágrimas los padecimientos de su patria, concebiria una aversion profunda á sus opresores, y presintiendo el inmenso porvenir que le aguardaba, revolveria en su mente la libertad de Irlanda como una ilusion encantadora, y diria con lengua balbuciente lo mismo que dice ahora al cabo de sesenta años: "Si un dia sonara la hora del combate de la Irlanda con-"tra la Inglaterra, yo me hallaria entre los combatientes en prime-"ra fila (1)."

A la época de que hablamos, estaban prohibidos los colegios católicos, en Inglaterra, en Escocia é Irlanda; y así es que al llegar á la edad de entrar en un colegio, encontróse O'Connell en la misma dura alternativa en que tenia á todos los jóvenes católicos la intolerancia protestante; ó abjurar el Catolicismo, ó ir á buscar la instruccion en tierra estrangera. No quiso el padre de O'Connell, ni que su hijo abjurase su religion, ni que creciese en la ignorancia; y así, le envió al continente para ser instruido en el colegio de los padres domínicos de Lovaina. Estuvo allí algun tiempo, hasta que pasó al colegio de los jesuitas de Saint-Omer, donde continuó sus estudios por espacio de dos años. Su alma inquieta y ardiente no se avenia bien con la sujecion del colegio; y así es que cuentan que no era de los mas distinguidos en el estudio; y no seria tampoco de los mas aplicados, cuando parece que á menudo andaba revuelto con sus colegas repartiendo sendas puñadas. Así es que dejó tambien la carrera eclesiástica, á la que le destinaban sus padres, siguió la del derecho, y vuelto á su patria, se recibió de abogado en 1798.

Las circunstancias en que comenzaba su carrera en el mundo el jóven O'Connell, no podian ser mas fatales. La Irlanda se habia

(1) Los sacerdotes católicos de Irlanda han sido mirados por los protestantes como promovedores de desórdenes. No tratamos de entrar en un ecsámen detallado sobre este particular, lo que ademas de inútil seria tambien imposible; pero si que se puede asegurar que lo que se ha dicho de los sacerdotes irlandeses, generalmente hablando, es una calumnia. Simpatizan, es verdad, con el pueblo, procuran aliviarle, no desperdician ocasion para mejorar la suerte de su patria; pero procuran tambien calmar la indignacion del pueblo para que no se propase á cometer desmanes. En la insurreccion de 1775, lejos de provocar el movimiento y de tomar parte en él, se le opusieron aun á riesgo de perder su popularidad. Los insurgentes llegaron á irritarse contra ellos, y hasta asesinaron á muchos.

Por lo demas, si algunos sacerdotes se hubiesen escedido alguna vez, ¿no serian algun tanto disculpables, por las violencias, privaciones y miseria de que han sido víctimas ellos y sus compatricios? ¿Se queria que fueran insensibles á los males de su patria? ¿Ignórase acaso que el patriotismo crece á medida que se aumenta la opresion, que se esfuerza en estinguirle?

sublevado repetidas veces; pero la insurreccion habia sido sofocada: los cadalsos continuaban vengando á la Inglaterra ofendida, y la opresion pesaba sobre la infortunada Irlanda con su mano de hierro. Para mayor desgracia se cerró al jóven O'Connell hasta la esperanza de figurar en el parlamento irlandés; verificándose en aquella época el *Acta de Union*, merced al oro derramado á manos llenas por el ministerio Pitt. O'Connell, que sentiria ya seguramente sus gigantescas fuerzas de tribuno, veia con despecho el *Acta de Union*, pues que suprimido el parlamento propio, no le quedaba á la Irlanda un órgano de espresion legal. Así es que en una reunion de abogados de Dublin, convocada para protestar contra el *Acta de Union*, se distinguió el jóven O'Connell por su vigorosa oposicion á la desaparicion del parlamento, y por su lenguaje atrevido y violento contra la tiranía de los ingleses. Al cabo de cuarenta años todavía recuerda O'Connell aquella época con emocion profunda. En un banquete que le dieron los amigos de la revocacion del *Acta*, en el dia 30 de Agosto del año de 1841, pronunció un largo discurso sobre este asunto, y decia: "Miembro del antiguo parlamento de Irlanda, recuerdo todavía mi estreno oratorio, "y la emocion que se habia apoderado de mí en aquel momento "solemne. Los principios de entonces, son todavía mis principios "de ahora: mi cuerpo ha sentido sin duda la influencia de los años; "mi alma no." El hecho, sin embargo, llegó á consumarse, y O'Connell quedó condenado á encerrar su inmensa actividad en el círculo del foro. Aquella alma impaciente, ¡quién se lo dijera! habia de esperar para figurar de nuevo en un parlamento, nada menos que hasta 1830.

Curioso es sobremanera observar á O'Connell en sus tareas de abogado, y ver cómo sabe esplotar su posicion civil, para grangearse una popularidad inmensa, y asentar el pedestal de su poderío político. Es notable que la misma intolerancia del protestantismo inglés, las medidas de rigor tomadas contra los católicos, el sistema de esclusivismo que contra ellos habia establecido, declarándolos indignos de todo empleo civil y militar, privándolos de todo derecho, sujetándolos á una legislacion injusta y cruel, y no considerándolos mas que como ilotas, este mismo sistema de injusticia y tiranía, contribuyó á que O'Connell pudiese, en medio de las ocupaciones del foro, asentar las bases de aquella prepotencia que un dia habia de dar tanto que entender á la opresora metrópoli.

La calidad de *católico* rodeaba al jóven abogado de numerosas trabas; pero merced á su talento, á su elocuencia, á su actividad prodigiosa, á su laboriosidad infatigable, llama vivamente la aten-

cion pública, é inspira una confianza tal, que se halla desde luego rodeado de una numerosa clientela. Alto de estatura, de formas atléticas, robusto de salud, de rostro colorado, de ojos centelleantes con la llama del genio, parece ya destinado para ser un dia el libertador de Irlanda; y los pobres irlandeses se agolpan á pedirle los ausilios de su saber y elocuencia, mirándole como su protector, como su amparo, para sustraerse á la intrincada red de leyes suspicaces y crueles, que les salen al paso por todas partes. Alienta la confianza de los clientes con su semblante amable, su mirada benévola, y aquella sonrisa que jamas se aparta de sus labios; y mezclando sagazmente en todas las discusiones del foro la causa de la Irlanda, pasando de las consideraciones del objeto particular que le ocupa á consideraciones generales sobre la causa de la justicia y de la humanidad, funda para sí una tribuna política, y empieza á ponerse en posesion del derecho de ventilar con entera libertad todo linage de cuestiones. Así personificando en el mas oscuro de sus clientes la Irlanda entera, hablando sin cesar del *Acta de Union* y de la tiranía inglesa, transformaba insensiblemente al abogado en hombre político, y la silla de jurisconsulto en tribuna de arengas.

Del bufete á las salas de los tribunales, del tribunal á los banquetes, á las reuniones numerosas; allí improvisando elocuentes discursos, entusiasmando al pueblo con su palabra abrasadora, ó divirtiéndole con sus salidas graciosas y familiares; siempre incansable, siempre con la Irlanda en los labios, siempre concentrando en su persona todas las simpatías, y manteniendo el pais en un estado de agitacion incesante; he aquí la vida de O'Connell abogado, he aquí cómo se forma su elevada reputacion, cómo se cimenta y se estiende su popularidad, tan grande y al propio tiempo tan duradera, que no tenemos un ejemplo semejante en la historia antigua ni moderna (1).

---

(1) La legislacion injusta y cruel que regia en Irlanda, contribuyó sobremanera á la elevacion de O'Connell. Para dar á nuestros lectores una idea de la barbarie de la opresion inglesa, citaremos algunos hechos. Ningun católico podia poseer un caballo, cuyo valor escediese de cinco libras esterlinas, unos 476 reales. Si contravenia el católico á esta ley llena de suspicacia y estravagancia, cualquier protestante estaba autorizado para apoderarse del caballo, pagando al católico las cinco libras esterlinas, aunque el valor fuera de cincuenta. Ya se deja suponer á cuántas tropelías debia de abrir la puerta una legislacion semejante.

Los católicos no solo eran incapaces de todo cargo civil y militar, sino tambien de poseer ninguna propiedad territorial; por manera que el gobierno inglés, no contento con los despojos practicados contra los católicos, repartiendo las tierras confiscadas entre los protestantes por via de recompensa, habia tambien tomado sus medidas para que los católicos no pudiesen elevarse jamas á la esfera de propietarios, es decir, á la de personas influyentes.

Seria un error el decir que O'Connell haya sido quien ha puesto la Irlanda en estado de agitacion, quien ha amontonado los combustibles que un dia pueden acarrear una conflagracion espantosa; las frecuentes insurrecciones que asolaban aquel pais antes de nacer O'Connell, y las que se repitieron y costaron tantos torrentes de sangre antes que él tuviese edad para ejercer ninguna influencia, prueban bien á las claras que no es él quien ha comunicado á su patria esa inquietud que no le deja descanso. No: la agitacion de Irlanda procede de su profundo malestar, de su espantosa miseria, del cansancio de sufrir la esclavitud y las esacciones á que la condenara el protestantismo inglés, arrastrado por su ódio al Catolicismo, y azuzado por su codicia. La obra de O'Connell, lo que honra sobremanera su talento, lo que ha mejorado la suerte política de Irlanda, y que quizás un dia mejorará su estado social, es el haber regularizado la *agitacion*, es el haber destruido, ó al menos atenuado en gran parte, las insurrecciones parciales, que solo servian para desolar el pais y hacerle caer de nuevo bajo un yugo mas pesado: es el haber concentrado las miras de los irlandeses hácia ciertos *puntos determinados; no es precisamente* el haberles hecho sentir con viva fuerza el ultraje de la violencia y esclavitud particulares, sino el haber dado á los sentimientos mas grandor, mas designio, imprimiéndoles un sello á la vez religioso y político, creando de esta manera un verdadero espíritu nacional. Bajo este punto de vista, la persona de O'Connell, que ha sido como el resorte del gran movimiento, ha hecho á la Irlanda un beneficio; beneficio que quizás un dia costará á la Inglaterra lágrimas de sangre.

Esta era su mision: y menester es confesar que reunia en un grado eminente las calidades necesarias para cumplirla. Su voz es clara, fuerte, sonora y armoniosa; su gesto nada elegante ni gracioso, pero lleno de brio y energía, y hasta con alguna estravagancia

---

Los sacerdotes católicos, ministros de una religion considerada como un crímen ante la ley, eran mirados con estrema suspicacia y perseguidos de muerte. Dejando aparte las crueldades cometidas en tiempo de Cromwel, y otras épocas de persecucion, podremos recordar un hecho reciente, sucedido en 1787, tanto mas notable, cuanto la iniquidad dimanó del mismo gobierno. Shechie, sacerdote católico, fué perseguido judicialmente de órden del gobierno como promovedor de desórdenes. Todo su crímen consistia en haberse compadecido de los pobres labradores, y dádoles algunos consejos y socorros; y así es que fué declarado inocente por el primer juicio de jurados. Sus perseguidores, viendo que se les escapaba la presa, hicieron que se le abriese otro proceso, que dirigido con manifiesta iniquidad, dió por resultado contra el desgraciado sacerdote la pena capital. Se le habia imputado un asesinato; pero algunos años despues cuidó la Providencia de que se manifestase la inocencia del ajusticiado. Bridge, que se suponia muerto á manos de los *mozos blancos* acaudillados por el desgraciado Shechie, vivia aún muchos años despues del suplicio de éste, y se presentó públicamente en Irlanda.

muy á propósito para cautivar el ánimo de la muchedumbre. Ora tira hácia delante la cabeza y estiende el brazo derecho, ora le retira, cruzándolos ambos sobre el pecho; á veces alarga desmesuradamente el cuello, y como que hace visages. Su lenguaje es rico, brillante, variado, como efusion de una fantasía fecunda, de un corazon que se abandona sin reserva á sus impulsos generosos. Unid todo esto con una grande elevacion de miras, con una penetracion superior, con un torrente tal de pensamientos robustos, que segun la espresiva frase de Shiel, no tiene mantillas para cubrirlos; añadid que nada tiene de refinamiento, nada de artificioso; la naturaleza en su grandor, en su sencillez, la causa de la justicia, de la humanidad, la suerte de su amada patria, de la infortunada Irlanda; imaginad este conjunto, y concebireis la elocuencia de O'Connell, esa elocuencia, ora tierna y patética, ora imponente y sublime; ora llena de elevacion y magestad, ora descendiendo á la vulgaridad y al insulto; ora pintando con grandes rasgos escenas grandiosas, ora atacando con ironía cruel, con desapiadado sarcasmo á una clase ó á un individuo; entonces concebireis esa elocuencia, siempre popular, siempre aplaudida, siempre arrastrando á una muchedumbre inmensa, que le sigue por todas partes, que le aclama, que le idolatra, que correria furiosa á las armas, el dia en que él dijese que ha sonado la hora.

Quéjanse algunos de su ironía cruel, de su sarcasmo punzante, de sus invectivas violentas, de sus apodos indecentes; pero es menester recordar lo que hemos dicho al principio: O'Connell es la Irlanda, la Irlanda que ha sufrido largos siglos, que sufre todavía de un modo que nosotros no podemos concebir, y que por consiguiente no es estraño que se esprese con un lenguaje virulento y de fuego.

Ademas, y en obsequio de la justicia, es menester advertir que O'Connell no ataca jamas sin ser provocado, y que si ha cubierto de lodo á la aristocracia inglesa en sus fogosas declamaciones, ésta á su vez no se ha demostrado muy comedida con su adversario. Si los torys no tienen reparo en llamarle *saltimbanquis sin pudor, mendigo sin vergüenza, perro arisco,* que deberia estar con cadena, no debe tampoco parecer tan estraño que él tenga la singular humorada de llamar á algunos lores, *viejas con pantalones,* á otro *cabeza de javalí,* y así por este tenor. Sin duda que seria de desear que el orador no se abandonase á semejantes escesos; pero seamos justos, y reconozcamos que hay ciertas posiciones en que es muy fácil escederse; y que O'Connell, acosado como se ha visto por la aristocracia inglesa, no es estraño que se haya desembarazado de

ella echando mano del primer instrumento que se le haya ofrecido (1).

Por lo demas, la generosidad de O'Connell nadie la puede poner en disputa: y para dar una idea de ella, vamos á referir lo que sucedió en su desafio con d'Esterre. Asistia O'Connell en Dublin á una de aquellas *grandes reuniones* en que su voz atronadora se levanta y dirige á su voluntad las pasiones populares cual Neptuno las olas del océano; y como en su arrebatada peroracion no suele poner gran cuidado en limitar la violencia del ataque, vínole á la mano la corporacion municipal de aquella ciudad, y la echó el apodo de *mendiga*. Un abogado llamado d'Esterre, individuo de la municipalidad, se dió por ofendido personalmente, y quiso ecsigir de O'Connell una satisfaccion enviándole cartel de desafio. O'Connell no quiso aceptar; y para satisfacer á su adversario, le declaró que no habia tenido intencion de insultar personalmente á nadie. D'Esterre no se dió por satisfecho, insistió en ecsigir el desafio; y cuando no, amenazaba á O'Connell con un bofeton. Tamaña in-

(1) Los demagogos de los otros paises escusarian en vano sus declamaciones y escesos con el ejemplo de O'Connell: la miseria y la opresion de que se lamenta O'Connell, es una horrible verdad, así como lo que se pondera en otras partes es una impudente mentira. ¿Dónde se halla, en España por ejemplo, esa aristocracia opulenta y cruel que viva de la sangre del pobre, y le deje morir de hambre? ¿Dónde se halla un clero que perciba el diezmo de un pueblo de religion diferente de la del ministro perceptor? Cuando se quiera imitar á O'Connell, es preciso estar en su lugar, es preciso que el viagero que recorre la España pueda decir lo que el viagero que recorre la Irlanda.

Oigamos de nuevo al ya citado Beaumont. "¿Referiré todo lo que he visto? No. Infortunios hay superiores á la humanidad y que la lengua no encuentra palabras para espresarlos. Si referir quisiese las escenas de luto y desolacion de que he sido testigo, los ayes y gritos de desesperacion que han sonado á mis oidos, lo que ofrece de doloroso la voz de una pobre madre que no tiene para sus hijos hambrientos un pedazo de pan; si en medio de tan espantosa miseria hubiese de pintar la insultante opulencia de que hacen los ricos público alarde; la inmensidad de sus dominios, á donde ha conducido la mano del hombre abundantes aguas, donde se ofrecen valles y colinas artificiales; la magnificencia de sus palacios, sostenidos por columnas de los mas bellos mármoles de la Grecia y de la Italia, resplandecientes con el oro de la América y lujosamente ataviados con las sedas de Francia y los tejidos de la India; la espléndida morada de los criados, la habitacion todavia mas rica destinada á los caballos, todas las maravillas del arte, todos los inventos de la industria, todos los caprichos de la vanidad, acumulados en estos lugares, donde el dueño ni residir se digna, donde solo se presenta de vez en cuando; la vida indolente y fastuosa de este rico, que hasta ignora las miserias que causa, que no las ha visto siquiera, que no las cree, y que sin embargo, estrae de los sudores del pobre cien mil duros de renta; en quien cada goce insensato, cada gasto superfluo representa la ruina y la miseria de un desgraciado; y que da cada dia á sus perros el alimento de cien familias, y que sin embargo, deja perecer de hambre á los desgraciados que con su sudor le procuran esa vida de lujo y de orgullo: en este caso, si hubiese yo de repetir las siniestras impresiones que esperimenté con tamaños contrastes, y las terribles cuestiones que á mi mente se ofrecian, la pluma me caeria de la mano, me faltarian las fuerzas para continuar mi tarea." ¿Hay algo de semejante entre nosotros? ¿Lo hubo jamas?

solencia irritó á los amigos de O'Connell, le instaron á que aceptase, y O'Connell, que no es nada cobarde, se resolvió por fin á tomar por árbitro las armas.

Escogióse la pistola, y el enemigo de O'Connell quedó muerto en el acto. Fué tal la impresion que causó á O'Connell la desgracia de su adversario, que al instante se fué con todos los testigos á la iglesia, y allí juró solemnemente no batirse jamas; voto que ha cumplido fielmente. Pero no paró aquí, sino que viendo el desamparo de la viuda de d'Esterre, ofrecióle una pension equivalente á lo que se calculó que ganaba el difunto marido, poco menos de 7.000 pesos. Verdad es que la municipalidad de Dublin, por cuyo honor habia muerto d'Esterre, no quiso permitir que la viuda aceptase nada de O'Connell, y le señaló una pension de sus propios fondos; pero por esto no dejó de ser muy sincera y caballerosa la oferta del generoso vencedor.

Ya que hemos tocado un punto de la conducta de O'Connell que se roza con sus ideas religiosas, diremos sobre ellas cuatro palabras. O'Connell es un tribuno, es un demagogo; pero es religioso, es católico; y cuando se atiende á sus ideas políticas y á su conducta, es menester no perder de vista esta circunstancia tan importante. Los radicales franceses, bien conocidos en su mayor parte por sus ideas irreligiosas ó anticatólicas, simpatizan poco con O'Connell, que no se olvida nunca de considerar el Catolicismo como la base de la restauracion de la Irlanda; que no se avergüenza del apodo de papista con que le apellidan los protestantes; y que si bien une sus esfuerzos á los de los radicales ingleses, es para derribar la Iglesia protestante, para socavar la aristocracia, y acelerar un cambio de cosas en que saliera gananciosa la Irlanda. Por esto algunos de los radicales franceses, que todavía no aciertan á olvidar la democracia tal como la concibiera Rousseau, y que con sus ideas de libertad, llevan casi siempre mas ó menos enlazadas las viejas preocupaciones irreligiosas de la escuela de Voltaire, dicen que O'Connell es un espíritu estrecho, de pocos alcances, servido por magníficos órganos y con la cabeza imbuida de viejas preocupaciones de secta. ¡O'Connell un espíritu estrecho! . . . . él, que ha comprendido su posicion política y religiosa mejor que ningun hombre del mundo; ¡O'Connell de pocos alcances! él, que ha organizado en una especie de insurreccion legal y permanente á un pueblo de siete millones, que ha hecho cara y ha humillado á la aristocracia mas poderosa y mas sagaz que recuerda la historia . . . . ¡Solo servido por órganos magníficos! él, que dispone del corazon de sus oyentes con un hechizo irresistible, cuya palabra remueve y agita

un inmenso auditorio como una chispa eléctrica ó un agente galvánico; que si quiere, hace vibrar las cuerdas mas delicadas del corazon; que con periodos breves y pastosos encanta el oido de un concurso de cuarenta mil almas; él, cuyo lenguaje es estremadamente conciso, porque toda la abundancia de sus palabras le bastan apenas para acanalar su raudal de pensamientos . . . . Él, lleno de viejas preocupaciones de secta. . . . . ¿y por qué? ¿porque es católico, porque conserva la religion de sus padres, porque conserva aquella creencia, único consuelo que ha quedado á la desgraciada Irlanda?

Por sus mismas ideas religiosas puede esplicarse la fidelidad con que ha cumplido su voto de no aceptar jamas otro desafio; sin que sea necesario achacarle que se atrinchera tras su voto para insultar á mansalva. Sabida es la severidad de las doctrinas y preceptos católicos con respecto al duelo; ¿qué estraño, pues, que O'Connell, de cuya sinceridad de creencias nadie duda, haya querido observar religiosamente un voto, confirmado ademas con sagrados preceptos y ligado con un recuerdo doloroso?

Pero digan lo que quieran la mayor parte de los radicales franceses, ni los torys ni los wighs, ni los mismos radicales ingleses, que le tienden la mano con alguna desconfianza; poco le importa á O'Connell: la Irlanda le clama por su libertador, allí tiene un verdadero trono; y si la reina Victoria manda en la Gran Bretaña, dista mucho de hacer en sus dominios tan ampliamente su voluntad, cual O'Connell lo verifica en Irlanda. Ni los insultos, ni los apodos, ni los contratiempos, nada le abate ni le entristece: se asegura que tiene la fortuna de mirar siempre las cosas por el lado alegre; y que abriga una fé tan viva en el triunfo de la causa de la justicia y de la humanidad, que jamas desconfia un momento.

En su misma ironía y sarcasmo, y en los espedientes de que echa mano para salir de pasos apurados, se conoce que tiene un fondo inagotable de buen humor. Como es calvo y lleva una peluca no muy disimulada, hallándose un dia en una de aquellas grandes reuniones, que son el elemento propio de su alma tempestuosa, uno de los concurrentes le llamó *calvo*. ¿Qué hace O'Connell? Se quita al instante la peluca, y se queda con la calva en presencia de todo el auditorio, con aquella sonrisita que no se aparta jamas de sus labios, y con un semblante bañado de satisfaccion y de amabilidad. El auditorio se puso loco de entusiasmo, y con ruidosos aplausos confundió al insolente, mientras O'Connell con ambas manos se calaba de nuevo y con pausa, su triunfante peluca. Disputaba un dia con un adversario que por desgracia era cojo: atacando éste á O'Connell, se dejó decir: "mi lenguaje es severo, pero jus-

to." "Sí, como vuestras piernas," repilcó con viveza O'Connell.

Pero volvamos á la política, verdadera vida de nuestro héroe. La obra maestra de O'Connell, la gran palanca que le sirve para multiplicar inmensamente sus fuerzas, es la grande *asociacion* de Irlanda; que se llamó *asociacion católica* en 1829, *asociacion general de la Irlanda* en 1837; que en 1839, tomó el nombre de *sociedad de los precursores*, y que actualmente se apellida *asociacion nacional*. La Irlanda desde el *Acta de union*, no tiene parlamento propio; y los ingleses sin duda se harán de rogar para otorgárselo, y quizás arrostrarán cualquier peligro, antes que restablecerle. Pero menester es confesar que la *Asociacion nacional*, tal como la tiene organizada O'Connell, suple la falta del parlamento; y si á la muerte de este hombre célebre, encontrase la Irlanda un digno sucesor, tal vez esta asociacion seria mejor arma que un parlamento, para ir quebrantando los anillos de la cadena con que la tiene oprimida la Inglaterra. Declarada asociacion ilegal, se la ha disuelto varias veces; pero en vano: siempre ha vuelto á renacer la misma, bien que cambiado el nombre; y los mismos peligros que la amenazan, la misma falta de legalidad, quizás la hacen mas popular, menos accesible á la corrupcion, mas á propósito para escapar de los tiros de la refinada astucia del gabinete de San-James, que no lo fuera un parlamento legal.

Por lo demas, y aunque establecida sin formas legales, es admirable su regularidad. Tiene su junta central, que puede considerarse como un verdadero gobierno: su presupuesto, su tesoro, sus periódicos, que son como sus gacetas oficiales; en fin, nada le falta. Carece, es verdad, de la facultad de hacer leyes obligatorias, pues no tendria tampoco medios coercitivos para hacerlas ejecutar; pero ¿qué le importa esta falta, si toda la Irlanda obedece sus insinuaciones como leyes? Tampoco posee la facultad legal de imponer contribuciones; pero sin embargo, la cuota de sus repartimientos se cobra con harto mayor facilidad, y se paga con mucho mas gusto, que los impuestos votados por el parlamento inglés. La sola ecsistencia de esta asociacion, de organizacion admirable, de profundo arraigo en el pais, y que ejerce una influencia sin límites, manifiesta el talento de O'Connell, y el alto beneficio que ha dispensado á su patria, convirtiendo en oposicion semilegal, lo que antes era insurrecciones armadas, y trocando en agitacion política, en reuniones animadas y ruidosas, las antiguas escenas de incendios y de sangre.

Y no se crea que por esta mudanza haya perdido la Irlanda nada de su fuerza y energía; al contrario, se le han aumentado toda-

vía mas, en una proporcion muy grande; porque reunidas las fuerzas antes diseminadas, centralizada en la junta principal toda la vida política, regularizado el movimiento, y dirigido por manos hábiles y esperimentadas, se ha conseguido levantar mas y mas el espíritu público, darle el sentimiento de su fuerza, crear una opinion nacional, distraer al pueblo de insurrecciones desastrosas y sin ningun provecho: y de este modo se ha obtenido de la aristocracia inglesa, sin sangre ni trastornos, lo que no se habia podido obtener jamas con la fuerza de las armas. De la prevision y tino con que fué creada y organizada la *asociacion*, de cuán profundamente sabe conocer O'Connell las necesidades y circunstancias de su pais, de cuánto es su arte de adaptarse á éstas para satisfacer aquellas, son prueba irrecusable los prodigiosos resultados que habia dado la asociacion, á poco tiempo de su establecimiento. Escasamente habian transcurrido seis años, desde que reunidos veinte individuos en la fonda de Dempsey en Dublin, se ocupaban de su fundacion, realizando el proyecto concebido y concertado por O'Connell y Shiel, y ya la *asociacion* se habia estendido de tal manera, era tal su influencia y poderío, que obligaba á la aristocracia inglesa á abandonar su envejecido sistema de la opresion de los católicos. Era en 1829, y Wellington y Peel presentaban á las cámaras el bill de *emancipacion* de los católicos; lo hacian á su pesar; pero era una necesidad indeclinable, era preciso ceder (1).

La medida de la emancipacion de los católicos no debe ser mirada como una concesion generosa de la aristocracia inglesa, sino como un paso forzado que no se podia diferir mas, atendida la actitud imponente que iba tomando la Irlanda, removida por la gran palanca de la *asociacion*. Esta palanca la movia principalmente O'Connell, y su influencia y popularidad, cada dia crecientes, acabaron por llevar á Wellington á la cámara de los Lores, y á Peel á la de los comunes, á declarar que era ya imposible resistir mas. "El "estado de Irlanda se ha agravado, decia Peel el 5 de Marzo de "1829 al presentar á la cámara de los comunes el proyecto de *eman-*

---

(1) Hasta el origen de la *asociacion* parece tener algo de estraordinario. Shiel y O'Connell se encontraron casualmente en casa de un amigo comun en las montañas de Wicklow. Con la entrevista, y con aquellos sentimientos que inspira á dos adversarios la presencia de un amigo que está dispensándoles hospitalidad, bien pronto se reconciliaron O'Connell y Shiel, que estaban antes algo reñidos; y allí mismo concibieron la gigantesca idea de la *asociacion*. Al hablar de O'Connell, es menester hacer justicia al talento y patriotismo de su compañero Shiel, quien no solo le ha servido mucho para levantar del suelo al partido católico por medio de la *asociacion*, sino que con su admirable elocuencia, casi rival de la de O'Connell, ha contribuido sobremanera, así en el parlamento como en las reuniones populares, al triunfo de la causa de Irlanda.

"*cipacion;* las reclamaciones son cada dia mas urgentes y apremia-
"doras: ¿no vale mas otorgar de buen grado, lo que quizás un dia
"nos veriamos precisados á conceder por necesidad?" La Irlanda, la asociacion, O'Connell, era lo que inspiraba á Peel tantos temores, y lo que habia producido su cambio de opinion con respecto á la emancipacion de los católicos.

El orígen de esta medida, es decir, la *necesidad*, se manifestó todavía mas en la cámara de los Lores. Allí la oposicion fué terrible, como era de esperar; pero nada se consiguió: O'Connell estaba al otro lado del estrecho, al frente de siete millones de almas, en actitud imponente, como un general al frente de su ejército, y que aguarda la respuesta de un parlamentario para obrar en consecuencia; y á este argumento no le encontraba solucion la cámara de los Lores. En vano el arzobispo de Yorck y el obispo de Durham, temerosos del golpe que amenazaba á la Iglesia protestante, combaten el bill de *emancipacion*, porque no deja á la Iglesia establecida las suficientes garantías; en vano se esfuerza Lord Eldon en suscitar obstáculos, alarmando la conciencia de los Lores con el recuerdo del juramento que prestan sus señorías, en que declaran que las prácticas de la Iglesia Romana son idólatras; todo es en vano; ni el gobierno ni la cámara podian olvidar las significativas escenas de la eleccion de Clare.

Ya que hemos pronunciado este nombre, quizás no desagradará á nuestros lectores el que les demos noticia del ruidoso suceso que acabamos de mentar; porque al paso que retrata al vivo la popularidad de O'Connell y la fuerza de la *asociacion*, sirve á fijar el momento decisivo en que principiaron la derrota de la aristocracia inglesa, y la libertad de Irlanda.

A la época de que hablamos (en 1828), estaban los católicos privados de ejercer cargos civiles y militares; pero para entrar de miembro de la cámara de los Comunes, tenian ademas otro embarazo, que era el que todo diputado, antes de ocupar su puesto en la cámara, debia prestar juramento á la *Supremacía protestante*, ó en otros términos, al supremo poder del rey de Inglaterra en materias eclesiásticas. Es decir, que O'Connell encontraba dos barreras antes de entrar en la cámara: la una el ser católico, que por consiguiente podia acarrear la anulacion del acta electoral, y despues la del juramento; porque es bien claro, que O'Connell no queria reconocer la *Supremacía protestante*, pues que en tal caso se hubiera separado de Roma y dejado de ser católico, haciendo así traicion á su conciencia, y perdiendo de un golpe toda la popularidad en su patria. A pesar de tamañas dificultades, O'Connell no se arredró:

y ofreciéndose la oportunidad de las elecciones del condado de Clare, se presentó como candidato en competencia con Fitz-Gerald. El golpe era atrevido, pero no podia ser mas acertado. Triunfando O'Connell en las elecciones, se ponia á la cámara inglesa en un conflicto muy duro; porque ó habia de luchar abiertamente con el pueblo irlandés, rechazando al nuevo elegido, ó habia de abrir un camino de conciliacion. Es decir, que habia de reformar la legislacion relativa á los católicos, habia de emanciparlos.

La *Asociacion* tomó sus medidas, la Irlanda se puso en agitacion, y la Inglaterra fijó sus miradas sobre lo que iba á suceder en aquella escena. Sale O'Connell de Dublin acompañado de otros gefes católicos, y á su paso todo se pone en movimiento; su tránsito es un continuado triunfo; el entusiasmo llega á su colmo. Los pueblos de la carrera se iluminan como por encanto, una muchedumbre inmensa se agolpa para verle de cerca; los párrocos salen á recibirle, como si fuera una autoridad de primer órden, y le dirigen afectuosas y entusiastas alocuciones. O'Connell entra en las iglesias, asiste al santo Sacrificio, y al salir dirige á la muchedumbre su palabra inflamadora: "¡La redencion de Irlanda se acerca!" esclama con acento profético, y el pueblo se agita como la selva azotada por el huracán, levántanse al cielo millares de brazos, y es interrumpido á cada paso con estrepitosos aplausos. Todos los que pueden ponerse en camino, acuden á Ennis, ó para tomar parte en la eleccion ó para presenciarla; y los que no pueden, siguen con ávidos ojos á la triunfante comitiva, invocando sobre ella la bendicion del cielo.

Llega por fin O'Connell; amanece el dia de la eleccion. Una muchedumbre inmensa se agolpa por todas partes; llegan los electores con los sacerdotes al frente, con las banderas en alto, en medio del mas estrepitoso ruido de aclamaciones, de alaridos, y al son de las gaitas y de todo linage de instrumentos. No es posible concebir la alegría de aquel pueblo sencillo, tan cansado de padecer, y embriagado á la sazon de entusiasmo y de esperanza. Todos los resortes se habian puesto en movimiento. Los amigos de O'Connell, los miembros de la *Asociacion*, arengaban á los electores; el religioso carmelita, el Padre Lestrange, se empleaba con ardiente celo para sostener la decision de la muchedumbre, y el Padre Maguire, franciscano, hombre de mucha influencia en Irlanda por sus sermones, y por una ventajosa controversia sostenida en Dublin contra un ministro protestante, arengaba tambien al pueblo para alentarle y enardecerle.

No tenia que habérselas O'Connell con un adversario poco temible.

Fitz-Gerald, aunque protestante, no dejaba de ser estimado en Irlanda, á causa de mostrarse, en política, favorable á los católicos, lo que en lenguaje irlandés, es sinónimo de hombre de bien. Tenia ademas relaciones abundantes; y en el discurso pronunciado antes de la eleccion, supo interesar el ánimo de los electores, con la memoria de los servicios prestados al pais por él y su familia, y conmovió el corazon del auditorio cuando con voz trémula y los ojos arrasados de lágrimas, recordó que su anciano padre, hombre muy venerado en el pais, estaba á la sazon enfermo y en las agonías de la muerte.

Pero ¿qué podia la palabra de Fitz-Gerald contra la palabra de O'Connell? Apenas comenzó su discurso el grande *agitador*, se borraron todas las impresiones producidas por el discurso de su adversario. El auditorio se olvidó bien pronto del *protestante honrado, de la familia benéfica* y del *anciano moribundo;* la muchedumbre recibia las palabras de O'Connell como la tierra sedienta los raudales de lluvia; el orador, tocando todos los resortes del corazon, conmovia el auditorio con todo linage de sentimientos: al mover de su brazo nervudo y de sus espaldas atléticas, al girar de su vista vibrante, al sonido de su voz robusta, sonora, rápida como un torrente, el auditorio, ó se agitaba como impulsado por un movimiento mágico, ó se quedaba profundamente silencioso, quieto, como petrificado, como herido de un rayo: y cuando el orador conoció que habian vibrado ya todas las cuerdas del corazon, calló; y en pos del estrepitoso *hourrah para O'Connell*, que se levantó por todas partes, quedó elegido por una mayoría de 1075 votos.

Vencida la primera dificultad, quedaba la segunda, no menos embarazosa, y que parecia insuperable. Bien lo sabia O'Connell, bien sabia que negándose á prestar el juramento protestante, no se le permitiria sentarse en los escaños del parlamento; pero la osada empresa se habia comenzado, y comenzado bien, y era menester llevarla á cabo. De todos modos, estaba resuelto O'Connell á reclamar su puesto de diputado; pero los acontecimientos marchaban á prisa, pues que entre tanto, se aprobó en las cámaras inglesas el bill de emancipacion de los católicos, merced, en buena parte, á la ruidosa eleccion de Clare. ¿Qué lograba O'Connell presentándose á reclamar su puesto en la cámara de los comunes, y arrostrando una negativa segura? Mucho, muchísimo; porque provocando una escena en que se le veia salir de la cámara por no querer prestar el juramento, interesaba en su favor á todos los hombres amantes de las convicciones sinceras, y de la firmeza de ánimo en defenderlas, ponia en abierta lucha á la Inglaterra con Irlanda, enardecia el espi-

ritu público del pais, presentaba en escena al derecho luchando cuerpo á cuerpo con la ley; en su persona y en la del presidente de la cámara, se personificaba vivamente la Irlanda católica oprimida por la Inglaterra protestante: es decir, que desacreditaba la ley, manifestaba á la luz del dia su injusticia y tiranía, la hacia imposible.

Preséntase O'Connell en la sala del parlamento: la ley de emancipacion se habia votado ya; pero como él habia sido elegido antes, el presidente, fundado en que la ley no podia tener efecto retroactivo, le ecsige el juramento. O'Connell se niega á prestarle; el presidente le intima que se retire, y O'Connell se retira seguido por la vista de un inmenso concurso, que no se sacia de contemplarle. Así, aunque derogada ya de antemano la ley opresiva, acabó O'Connell de hacerla pedazos, *asegurando el completo* triunfo y desarrollo del sistema de libertad que habia empezado á recabar en favor de los católicos. Anulada su eleccion, vuelve á Irlanda á pedir de nuevo los sufragios de los electores de Clare. Ningun triunfador del mundo se vió jamas rodeado de mayor entusiasmo. Figúrense nuestros lectores á O'Connell, atravesando la Irlanda en un coche descubierto, escoltado por mas de cuarenta mil personas, saliéndole los pueblos al encuentro embriagados de contento y de esperanza, arrojando flores al libertador, y colmándole de bendiciones: figúrense, si pueden, á la tumultuosa comitiva entrando en Clare á la una de la noche, rodeado el carro triunfal de hachas, de palmas, en medio del bullicio de toda la poblacion del condado, entre el estrépito de las aclamaciones y de las músicas; á los hombres levantando sus brazos y sus picas, las mugeres agitando sus pañuelos, y alzando en alto á sus niños para mostrarles al *libertador;* y figúrense sobre todo á O'Connell en pié, sobre su carro triunfal, ecsaltada su alma con el grandor del espectáculo, y con la embriaguez del triunfo, centelleando en su rostro y en sus ojos, las emociones tiernas, los sentimientos generosos, el ardor tempestuoso que á porfía agitan su pecho; contemplen su fisonomía realzada por el resplandor de las antorchas, sus gestos irregulares por la agitacion y el movimiento, y arengando entre tanto á la multitud, dominando con su voz el estrépito que le rodea: figúrensele empleando aquella elocuencia á la vez elevada y familiar, á la vez aterradora y tierna, á la vez enérgica y blanda, con que sabe remover el corazon de las masas; figúrense, si pueden, este cuadro, y vean si les presenta la historia otro mas grandioso é interesante.

Nadie se atrevió á competir con O'Connell: y á la verdad que era escusado. Despues de tanto triunfo, hasta las formas hubieran podido ahorrarse. Aquella segunda eleccion produjo en O'Con-

nell una emocion profunda; y en el discurso dirigido á la inmensa muchedumbre que le rodeaba, se elevó su elocuencia á un punto en que nada tenia que envidiar á los mas ilustres oradores antiguos y modernos. Creemos que los lectores nos agradecerán el que les presentemos una breve muestra; he aquí cómo terminaba su discurso, dirigido á un auditorio de cuarenta mil almas: "En pre-"sencia de mi Dios, y con el mas profundo sentimiento de la res-"ponsabilidad que consigo llevan los solemnes deberes que por dos "veces me habeis impuesto, irlandeses, yo los acepto; y la seguri-"dad que tengo de cumplirlos, la fundo, no en mis fuerzas, sino en "las vuestras. Los hombres de Clare saben que la sola basa de la "libertad es la religion: habeis triunfado; pero vuestro triunfo es de-"bido á que la voz que se levanta en favor de la pátria, se habia ex-"halado de antemano en plegarias al Señor. Los cánticos de liber-"tad se oyen ya en nuestras verdes campiñas, recorren las colinas, "han llenado los valles, murmullan en las ondas de nuestros rios; "y nuestros torrentes responden con voz de trueno á los ecos de "nuestras montañas: *¡la Irlanda es libre!*"

Entró O'Connell en la cámara de los comunes en Marzo de 1830, y en su nueva posicion ha sabido conservar el alto concepto que antes se habia adquirido. Su elocuencia, mas propia para las reuniones populares que para una asamblea de frios políticos, se ha mantenido, no obstante, en su elevada reputacion; y el tribuno de Irlanda ha sabido manifestarse tambien como distinguido orador parlamentario. Conservando en la cámara aquella superioridad que le grangean sus talentos, su elocuencia y la energía de su carácter, es el caudillo único del partido irlandés; y su voto es el voto de todos los diputados irlandeses. Por esto se ha llamado á esta fraccion de la cámara, *la cola de O'Connell.*

Seguirle en su vida pública desde que entró en la cámara, seria trazar la historia de las vicisitudes políticas de la Gran Bretaña; porque es imposible dar un paso, ni en las discusiones mas importantes, ni en las crísis ministeriales, sin encontrarse con O'Connell; con ese O'Connell que persigue, que acosa á todos los partidos que se suceden en el poder, que no les deja descanso hasta haberles arrancado una concesion, ó haberlos derribado del mando. Largo seria el entrar en pormenores sobre la vida pública de O'Connell en los últimos once años; y ademas fuera inútil, porque su historia es demasiado conocida. Así, nos limitaremos á señalar en general el rumbo de su política, presentando ademas algunas reflecsiones, que sin dar sobrada estension á nuestro trabajo, no carecerán quizás de provecho.

Se ha dicho que la política de O'Connell ha sido variable: esto es verdad hasta cierto punto; y no depende de otra causa, sino de la misma fijeza del pensamiento, única guia de su conducta. *La mejora de la suerte de Irlanda:* este es su norte, y á él se dirige por el camino que le parece mas conveniente. Se modera ó se ecsalta; forma alianza con un ministerio, ó le declara guerra á muerte; demuestra simpatías por un partido, ó rompe bruscamente con él, y le ataca sin miramiento; todo es cuestion de circunstancias, y éstas, subordinadas siempre al interés de Irlanda. ¿Las circunstancias reclaman templanza? el ímpetu del orador se modera, su lenguaje es pacífico, sus consejos rebosan de prudencia; en las reuniones populares, en los banquetes, en el parlamento, emplea aquel género de elocuencia que amansa las pasiones populares, que solo tiene fuerza para mantenerlas en el grado de calor y de movimiento necesarios para preservar de la flojedad y descuido. ¿Amenaza el peligro? El rio que corria pacificamente por el hondo cauce con sosegado murmullo, se hincha, se levanta, espuma contra las rocas que le encajonan, y se desborda con estrepitoso bramido.

¿Creeis que en su alianza con el partido whig habia perdido O'Connell su primitiva energía, ó que los años habian enfriado su corazon? Os engañábais: el leon dormia, y á su primer rugido tembló el ministerio tory, aun antes de tomar las riendas del mando. Era en la sesion del 27 del pasado Agosto, y el viejo tribuno rompia ya las hostilidades con el futuro ministerio Peel; haciéndolo con todo el arte de que es capaz su talento, amaestrado con tan larga esperiencia, y con todo el brio y energía de su corazon fogoso. Las leyes sobre cereales, habian sido el principal tropiezo del ministerio whig; quiere O'Connell concitar contra el ministerio tory las pasiones de la clase menesterosa, y hácelo presentando la cuestion bajo su aspecto mas crudo é irritante. "La cuestion, dice el sagaz ora-"dor, no puede ser mas sencilla: trátase de si el pueblo ha de comer "el pan barato ó caro; si se quiere que viva ó que muera." Ataca en seguida al partido tory, con toda la vehemencia de un jóven de treinta años, y manifiesta los temores que le atormentan con respecto á la suerte de la Irlanda: pero tomando nuevo aliento á la vista del peligro, termina su discurso con las siguientes palabras, que producen en la cámara una sensacion profunda: "Jamas mi-"nisterio alguno se habrá visto rodeado de mayores peligros; sean "cuales fueren los ministros, los invito á pesar bien en su ánimo la "verdad siguiente: *el hombre reducido á la estremidad, aprovecha "la ocasion de Dios:* tarde ó temprano, será preciso hacer justicia á "la Irlanda."

La vehemencia con que ataca O'Connell á los torys, se esplica fácilmente considerando que no todos los hombres de partido son tan templados como Peel, y que á la sombra del nuevo ministerio esperan los protestantes mas fanáticos empezar de nuevo su conducta reaccionaria contra los católicos. Sabido es que uno de los principales embarazos con que tiene que luchar la prudencia y firmeza de Peel, es la ecsaltacion de algunos de sus partidarios; y aunque no dudamos que este hombre ilustre sabrá mantenerse en el sistema de moderacion que ha anunciado en su famoso discurso, no debe admirarnos que se ponga en actitud hostil contra el nuevo ministerio el hombre sobre quien gravita la responsabilidad de los intereses de Irlanda. Si duros y violentos nos parecen sus ataques, debemos tambien recordar que son en gran parte provocados por ese partido furioso que declama todavía contra el Catolicismo con *toda la fogosidad y virulencia que pudo hacerlo el mismo Lutero.* ¿Quiérese que la Irlanda se mantenga en calmosa indiferencia, cuando todavía oye decir, "que el Catolicismo es la religion del "diablo, que sus sacerdotes no tienen mas honradez que los de "Mahoma, que no son mas puros que los del paganismo, que son "tan inhumanos como los de Jaggernaut?" ¿cuando uno de los nuevos ministros, el lord canciller, lord Lyndhurst, se ha mostrado tan ciego enemigo de los irlandeses, llamándolos "estrangeros por la "sangre, por la lengua y por la religion?" Sin duda que ningun hombre sensato aprobará el lenguaje virulento, y hasta injusto, de O'Connell, cuando atacando á los torys les echa en cara nada menos que el feo borron de traidores á su reina, y cuando proclama la libertad civil y religiosa con una ecsageracion que no podia ser de provecho ni á la misma Irlanda; pero unos escesos se esplican por otros escesos, y cuando la provocacion es tan irritante, no es estraño que el ataque sea tambien desmedido y violento (1).

A pesar de los escesos que hemos reconocido en O'Connell, y que somos los primeros en desaprobar, no puede negarse que su demagogia ofrece un carácter que hace sumo honor á la rectitud y pureza de sus miras, y que muestra sobremanera lo saludable de la influencia del Catolicismo; carácter sobre el que no sabemos que se haya llamado todavía la atencion, sin embargo de que presenta un

(1) Hablando el *Times*, periódico tory, de los insultos dirigidos por los protestantes á los católicos, dice: "Semejante lenguaje es insensato y profano; y escita un verdadero "disgusto en las personas juiciosas. Los agitadores de la asociacion protestante han "hecho mas papistas que protestantes.... ¿Cómo puede menos de irritarse hasta el último "estremo el carácter impetuoso de los irlandeses, al ver que los ministros de la Iglesia "establecida agotan el diccionario de taberna, para insultar lo mas sagrado que hay á los "ojos de los católicos?"

contraste muy notable entre O'Connell y los demas tribunos antiguos y modernos, y entre el Catolicismo y todas las sectas, ya religiosas, ya filosóficas.

Jamas pueblo alguno se quejó con mas razon que el pueblo de Irlanda; jamas hombre alguno alcanzó popularidad tan grande y duradera como O'Connell; jamas se amontonaron mas combustibles para una conflagracion espantosa; sin embargo, y á pesar de tantos años como lleva ya la lucha, á pesar de que bastaria que O'Connell gritase "*á las armas*," todavía se conserva en paz la Irlanda, todavía no ha reventado la revolucion. Recórrase la historia antigua y moderna, y es bien seguro que no se encontrará un ejemplo semejante. Los demagogos no se han contentado jamas con meros discursos: cuando se han sentido con bastante influencia sobre el pueblo, cuando han visto que la revolucion seria popular y encontraria apoyo en las masas, han pasado siempre á vias de hecho; y el poder atado primero con discursos, lo ha sido en seguida con las armas. En Irlanda al contrario: á medida que se ha creado un gran centro de agitacion política y religiosa en la *asociacion nacional*, las insurrecciones parciales se han disminuido notablemente; y se ha visto el estraordinario fenómeno de siete millones de hombres oprimidos y hambrientos, limitándose por espacio de muchos años á quejas y amenazas. Recientes son las guerras civiles provocadas por los protestantes, recientes son las revoluciones promovidas por los llamados filósofos; y por cierto que no pueden presentarnos ejemplo de tanta paciencia y longanimidad. Léase la historia, y se verá que tanto el protestantismo como la filosofia, para acudir á las armas, solo han esperado ser fuertes; para ambos, nunca ha sido cuestion de moralidad, sino de oportunidad.

Consignamos este hecho notable, que en nuestro juicio es el resultado natural de haberse combinado en Irlanda el elemento democrático con el religioso-católico; y de que la fogosidad del primero ha sido templada y detenida por el espíritu pacífico y prudente del segundo. En efecto: la norma de conducta del Catolicismo en la civilizacion de los pueblos es esta: reformar sin destruir; regenerar, pero contando con la accion del tiempo, nunca con trastornos, nunca con baños de sangre.

No obstante, y á pesar de la influencia amansadora del Catolicismo, no nos hacemos ilusiones sobre la verdadera situacion de las cosas; y mucho dudamos que el animado drama en que ha figurado O'Connell como el principal personage, pueda llegar á un desenlace pacífico. En el porvenir de Irlanda hay la revolucion. Los católicos están emancipados, disfrutan de los mismos derechos ci-

viles y políticos que los protestantes; pero la cuestion no está toda aquí; la cuestion de Irlanda es mas profunda, afecta el corazon de la sociedad, como que está íntimamente enlazada con el sistema de propiedad territorial. La cuestion de Irlanda es cuestion de pan: cerca de tres millones de mendigos, con dos millones mas de miserables poco menos desgraciados que los primeros, en un pueblo cuyos propietarios cuentan su renta anual por millones, es un problema demasiado grave para las fuerzas humanas; la política del hombre no alcanza á resolverle pacíficamente; solo nos falta saber cuándo sonará la hora en los arcanos de la Providencia; ó para valernos de las proféticas palabras de O'Connell, cuándo vendrá *la ocasion de Dios.* Cuando llegase esta hora, seria un inmenso beneficio para la Irlanda el que tuviese á su frente á un hombre como O'Connell; que si tal dicha pudiera caber á ese desgraciado pais, no seria perdido el sacrificio que hiciera, soportando por algun tiempo mas la pingüe renta con que todos los años asegura la subsistencia, el decoro y el esplendor de su tribuno rey (1).

Las clases como los individuos, expian sus crímenes; y la aristocracia inglesa, que segun la espresion de Sir Francis Burdett, ha dejado en Irlanda una *huella sangrienta*, se ve amenazada de recibir el castigo. Con las espoliaciones, y con un sistema opresor y cruel, ha llegado á arraigar en Irlanda el pauperismo, como una lepra incurable; pero el pauperismo se ha pegado tambien á la Inglaterra, y progresando de un modo espantoso, amenaza su porvenir con funestas catástrofes. Su actual crísis es mas bien social que política; porque no se trata ya de la abolicion de privilegios mas ó

(1) El verdadero rey de Irlanda no podia estar sin su lista civil; y en efecto, el pueblo irlandés paga todos los años á O'Connell una crecida suma para que pueda alternar dignamente con los aristócratas ingleses. El hecho es digno de ser contado.

Si bien no puede decirse que O'Connell fuese rico, no obstante, su padre le habia dejado lo necesario para vivir acomodadamente; y habiendo heredado de un tio suyo bienes de alguna consideracion, y ejerciendo la profesion de abogado, que por sí sola le proporcionaba crecido lucro, podia sostener su posicion particular con decencia y hasta con esplendor. Pero consagrado enteramente á la causa de Irlanda, ha tenido que abandonar su profesion y descuidar sus intereses; y así es que para que pudiera mantenerse en su alta posicion política, ha sido menester que se le ayudase con un crecido subsidio. El pueblo irlandés se le ofrece con mucho gusto; llegando al estremo de que hasta los mendigos, al recibir la limosna, separan una parte de ella para la renta de O'Connell. Ha sucedido á varios viageros, que dando algunas monedas á un mendigo, le han visto poner alguna cosa aparte, diciendo: "*Esto para la renta de O'Connell.*" Hasta los monacillos de las iglesias recogen para este objeto; y gracias á la buena voluntad del pueblo, se reune cada año una suma muy crecida. En 1835 pasó de 97.660 pesos. Esto da motivo á los torys para llamarle el *rey mendigo;* pero hecha la cosa con tanta publicidad, con tan buena voluntad de parte del pueblo, y mediando la necesidad evidente, en un hombre que hace tantos viages, de tantas relaciones, y que ocupa una posicion en que son indispensables crecidos gastos, no vemos que resulte al honor de O'Connell, ni mengua ni desdoro.

menos honoríficos, ó de estension de derechos que garanticen mas ó menos influencia; la cuestion se ha colocado en un terreno resbaladizo, altamente peligroso, donde toman parte muy fácilmente las pasiones de la clase mas numerosa. Cuando Lord Russell para conservar el poder, y O'Connell para atacar á los torys, han dicho que la cuestion estaba en si el pueblo habia de tener el pan barato ó caro, pueden estar seguros de ser entendidos por todas partes, y de escitar en las clases menesterosas, simpatías vivísimas.

La aristocracia inglesa se ha lamentado amargamente de O'Connell; pero se ha olvidado de que la muerte de su temible adversario, que seria una calamidad para la Irlanda, quizás lo fuera tambien para la Inglaterra. En efecto: supóngase que muere O'Connell, y que heredando algun otro mas ó menos parte de su popularidad, no se contentase con invectivas y amenazas; sino que prevaliéndose de la efervescencia de los ánimos, en alguna de aquellas situaciones críticas que tan á menudo se ofrecen en un pais como la Irlanda, provocase una revolucion: ¿qué podria suceder? La Inglaterra ha sofocado muchas insurrecciones; pero no le fuera tan fácil ahogar una revolucion. Antes, habia el hambre, la desesperacion, la sed de venganza; ahora mediarian tambien estas causas, pero secundadas por el espíritu nacional creado por O'Connell, dirigidas por la *asociacion*, que tan vastas y profundas relaciones tiene en el pais: antes tenia que habérselas la Inglaterra con oscuros conspiradores; ahora se encontraria con revolucionarios entendidos, con hombres amaestrados en los debates, en los manejos de la carrera política. Lo que antes eran bandas de insurgentes, podria convertirse en cuerpos de ejército, y las nocturnas reuniones de los conjurados, en imponente asamblea nacional.

Todos los revolucionarios de Inglaterra tienen la vista fija en Irlanda; todos la consideran como la gran palanca que ha de ejercer la principal fuerza en el movimiento trastornador. Léanse los discursos de los cartistas pronunciados en las turbulentas reuniones en que procuran inflamar el ánimo de la muchedumbre: la mejora del estado de Irlanda, la *revocacion de la union*, la alianza con la Irlanda, claman á voz en grito; y no siempre se encontrarán hombres tan íntegros como O'Connell, que rechacen con loable franqueza tamañas ofertas. La conducta de O'Connell ha sido en estas circunstancias muy noble y consecuente. Nunca ha tenido reparo en prestarse á ciertas avenencias, que sin comprometer sus principios pudiesen ser provechosas á su patria; pero al presente se trataba de que el pueblo irlandés se aliase con hombres de principios irreligiosos, y el honrado y religioso tribuno no ha querido permitirlo.

He aquí sus palabras en un discurso que pronunció en una reunion tenida en Dublin á principios del corriente mes: "M. Hayes, "en una reunion tenida poco ha, en Cork, recomendó al pueblo la "alianza con los cartistas, que quieren abreviar la duracion del par-"lamento, y dar mas estension al derecho electoral. Por lo que á "mí toca, rechazo esta mocion; no quiero asociarme con los cartistas, "porque soy *el enemigo de la fuerza.* No quiero ni la cooperacion, "ni el socorro de parte de unos hombres cuyas *declamaciones anti-"religiosas me inspiran un profundo desagrado.* El pueblo irlan-"dés es moral y religioso, y no necesita semejantes ausiliares. La "conciencia de los cartistas está manchada con demasiados críme-"nes para que pueda yo jamas aceptarlos como aliados."

En otra reunion numerosa tenida en Lóndres el 30 del pasado Agosto, despues de haber pintado con los mas negros colores la injusticia y crueldad de que por tanto tiempo ha sido víctima la Irlanda, y de haber manifestado su firme propósito de trabajar incansable para obtener la *revocacion del acta de union,* decia estas notables palabras: "Para hacer cesar la esclavitud y restablecer la "independencia nacional, no debemos apelar á la violencia, ni á la "efusion de sangre: lo proclamo aquí; la mejora de nuestras insti-"tuciones no podemos obtenerla sino por *medios virtuosos.*" Hombres que al comenzar la oposicion contra un ministerio del cual nada se prometen de bueno, se espresan no obstante con un lenguaje tan noble y templado, son acreedores á la estimacion general, y merecen que se les toleren con indulgencia los escesos á que los arrastra su posicion difícil y resbaladiza.

Lo repetimos: el dia en que baje á la tumba el adalid de Irlanda, el dia en que se vea á un pueblo inmenso llorando inconsolable sobre las cenizas de su libertador, el dia en que haya desaparecido de la arena ese adversario tan temible á la aristocracia inglesa, este dia podrá ser el principio de una nueva direccion del espíritu público en Irlanda, y de gravísimas complicaciones para el Reino Unido. La democracia es un elemento difícil de conservarse en su pureza: está siempre en inminente peligro de ser estraviado por intenciones pérfidas, de ser corrompido por pasiones bastardas. La revocacion de la union va haciéndose cada dia mas popular; en las actuales circunstancias un parlamento irlandés se convertiria desde luego en asamblea constituyente; y la revolucion política llevaria por necesario resultado una revolucion social de las mas profundas. ¿Y quién asegura que en medio de la tempestad pudiera hacerse oir la voz del Catolicismo, y que no fuesen desoidas sus severas doctrinas sobre el respeto que se debe á la propiedad? Una revolucion en

Irlanda gravitaria precisamente hácia ese punto fatal, *la violacion de la propiedad;* es decir, que tendria uno de los caractéres mas terribles que puede presentar una revolucion.

La Inglaterra conoce estas verdades, y se opondrá con todas sus fuerzas á que se dé el primer paso en la peligrosa pendiente. Con los trastornos que hemos indicado, se veria gravemente comprometida su tranquilidad interior, de suyo ya bastante amenazada por funestos gérmenes que se van desarrollando; y ademas dejaria de ser inaccesible á los ataques de las potencias del continente. ¿Conseguirá llegar salva á puerto en medio de tantos escollos? Este es un secreto de la Providencia; pero si la orgullosa Babilonia pereció, si Roma fué aplastada bajo la planta de los bárbaros, la reina de los mares podria tambien tener señalado un momento fatal en los decretos del Eterno. Una revolucion podria desarrollar mas y mas los numerosos gérmenes de muerte que abriga en su seno, y llevarla á la disolucion; y una espedicion afortunada, conducida por un nuevo Hoche y apoyada por la Irlanda, podria quizás manifestar que el enorme coloso tiene los piés de barro. Entonces, cuando vendrian los viageros del Oriente y del Ocaso, del Aquilon y del Sud, á contemplar el abatimiento de la altiva Albion, pasarian á Irlanda á visitar el sepulcro de O'Connell, y dirian: "*Aquí yace el hombre que preparó la caida del coloso; O'Connell no pensaba ser mas que el libertador de Irlanda, y fué el vengador del mundo.*"

Inútilmente nos esforzariamos nosotros en esparcir algunas flores sobre la tumba del célebre O'Connell, despues de leer el brillante artículo del Sr. Balmes; sin embargo, en obsequio de nuestros suscritores, y para complemento de la *Biografia* del gran caudillo de los irlandeses, daremos algunas noticias mas que tomamos de periódicos estrangeros, refiriendo rápidamente los hechos principales con que se distinguió O'Connell en su ilustre y dilatada carrera.

Descendia O'Connell de una línea de antecesores que habia gozado en otro tiempo del poder real en la parte de Irlanda hoy conocida con el nombre de condado de Kerry. El trono tradicional de esta provincia, que fué un tiempo el reino de Ivora, estaba ocupado en la actualidad por Daniel O'Connell.

Este hombre, á quien la historia tiene señalado un puesto entre los bienhechores pacíficos de los pueblos, nació en la segunda mitad del siglo décimo octavo. Lo revolucion francesa le sorprendió en Calais, donde terminaba sus primeros estudios. De vuelta á su

patria, se entregó, rodeado de muy diversos acontecimientos, á la profesion de abogado, en la cual supo conquistar el rango mas eminente. Pero la obra gloriosa de Daniel O'Connell es la que ha dado por resultado las franquicias de Irlanda y de los católicos ingleses.

Despues de una conquista y de guerras religiosas, Inglaterra no habia hecho una legislacion especial para Irlanda y para los católicos; los habia tratado como á enemigos, y les habia impuesto la ley de los vencidos. O'Connell, cual otro Moisés, acometió la empresa de salvar á sus hermanos cautivos. La lucha duró mas de treinta años; pero al fin la razon y la justicia triunfaron de los sectarios y vencieron sus antipatías.

La principal gloria de O'Connell consiste en haber aceptado para combatir á los enemigos de su patria, armas que ellos no podian rehusar, las de la legalidad, tal cual la Inglaterra las habia impuesto á la Irlanda.

De tiempo inmemorial los irlandeses, oprimidos, privados de sus derechos, despojados por los conquistadores, no empleaban otro medio para defenderse, sino la rebelion y la violencia material. Pero los ingleses, dueños de la fuerza pública, y organizada ésta con la superioridad que distingue las instituciones de su pais, vencian siempre á los irlandeses y ahogaban sus quejas en arroyos de sangre.

Mas vino O'Connell y dijo á sus paisanos: "Sois débiles porque "cedeis el campo á vuestros enemigos en la arena en que podeis ser "mas fuertes que ellos. En lugar de sublevaros, reuníos; en lugar "de obrar, deliberad y discutid; esto os lo permiten las leyes ingle-"sas, y no se atreverán á prohibíroslo, si de antemano, y en alta voz. "decís: queremos juntarnos, queremos hablar, queremos usar del "derecho de peticion."

Desde entonces comenzó la organizacion de la Irlanda. Ayudado por el clero, consiguió O'Connell dar unidad y concierto á los votos y á los deseos de sus paisanos, y generosamente sostenido por los defensores que la Irlanda conservó siempre en el parlamento, por los corifeos del partido whig, fieles siempre á la causa de la desgraciada Irlanda, en breves años desapareció la desigualdad en que estaban tenidos los católicos y los protestantes.

Cuando O'Connell comenzó su campaña legal, los católicos no podian ni poseer tierras, ni obtener cargos públicos, ni ejercer las profesiones liberales, ni obtener en el servicio militar un grado superior al de teniente. Contra todos estos intolerables abusos se levantó un tribuno popular con la energía que caracteriza á un pueblo opri-

mido, y sucesivamente, á fuerza de reuniones, de peroratas, de escritos y de peticiones, logró que las dolencias de sus conciudadanos fuesen escuchadas hasta el punto de remover casi todos los impedimentos civiles, en términos que á principios del siglo, solo quedaban por conquistar los derechos públicos.

Para conseguirlo redobló los esfuerzos el célebre orador y gefe de partido, al que llegaron á temer tanto los *torys*, que en su irritacion contra la inmensa popularidad que habia adquirido, le pusieron por nombre el grande *agitador*. Pero este agitador tenia la conciencia de su fuerza y de su derecho; y seguro de que disponia de los corazones de todos los irlandeses, y de que á su voz la nacion entera le seguiria; cansado de esperar que le hiciesen justicia, y despues que la célebre cuestion de la emancipacion católica habia sido desechada en el parlamento aun cuando se reproducia siempre con aumento de votos en favor de la Irlanda, resolvió salir al encuentro de sus enemigos y darles la batalla.

La ley concedia á los católicos el derecho de votar para la eleccion de individuos para el parlamento; pero ningun católico podia ser elegido. Cuando O'Connell creyó madura la opinion de Inglaterra, se presentó á los electores en una vacante, y les dijo resueltamente: "Enviadme al parlamento, y veremos si tienen valor para "echarme de él."

El agitador habia calculado bien su fuerza. El gobierno declinó el combate y presentó el bill de emancipacion, por el que quedaron igualados los derechos políticos de los protestantes y de los católicos, y admitidos éstos en ambas cámaras del parlamento.

A consecuencia de esta gran victoria, O'Connell dispuso en lo sucesivo de cincuenta á sesenta votos en la cámara de los comunes, con lo que constituyó en ella el partido irlandés, y se manejó con tanta habilidad, que ya amigo, ya adversario, logró arrancar de todos los gobiernos concesiones importantes á favor de su pais.

Este no fué ingrato á tan señalados servicios. O'Connell habia abandonado el foro para dedicarse al servicio público, renunciando á la fortuna que con sus talentos hubiera podido adquirir. Para resarcirlo de esta pérdida, los irlandeses se impusieron una contribucion voluntaria, á la que contribuian todas las clases indistintamente, desde el rico hasta el infeliz que solo podia dar un tlaco por semana. Este tributo de la gratitud nacional llegó á importar *ochenta mil duros* anuales, que componian la lista civil que el pueblo irlandés ha pagado por una larga serie de años á su infatigable defensor.

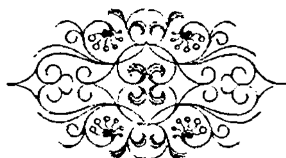
En sus últimos años, O'Connell se habia dedicado á contener el

movimiento popular por él primitivamente escitado; y sus aparentes cóleras contra los ingleses no eran sino ardides para arrancarles concesiones y obtener los desagravios y plena justicia que bien sabia habia de llegar para su pais.

O'Connell ha dejado una numerosa familia y cuatro hijos. El mas jóven de ellos, individuo del parlamento, y el mas querido del padre, le acompañó todo el tiempo en su penoso viage de Lóndres á Génova con el fin de ir á visitar al sábio Pio IX, y someter á la aprobacion del sucesor de S. Pedro sus hechos y sus escritos. Los otros tres, el mayor individuo tambien del parlamento, hace mucho tiempo se halla en su casa de campo muy delicado de salud. De los dos restantes, el uno ocupa una situacion muy honorífica, y el otro, si bien individuo del parlamento, se halla casi siempre en Dublin dirigiendo los asuntos de la asociacion *del rapeal.*

O'Connell, el libertador de la Irlanda, el que con su celo, laboriosidad y talentos logró alcanzar para los católicos de la infeliz Irlanda se rompiesen tantas cadenas como los aprisionaban, y luciesen allí para el Catolicismo dias de libertad y de justicia; O'Connell falleció en Génova en la noche del 15 de Mayo de 1847, á los setenta y dos años de edad. La Irlanda ha sufrido una pérdida irreparable, y el gobierno, aunque protestante, lo mismo que el mundo entero, sintieron vivamente la muerte del campeon del Catolicismo Irlandés.

El inmortal O'Connell ocupará en la historia un lugar eminente entre los ínclitos defensores de la humanidad, de la religion, y sobre todo, de la emancipacion de su amada patria la infortunada Irlanda, de esa nacion heróica, cuya constancia en la fé es la admiracion de todos, y cuya horrorosa miseria se resiste el ánimo á recordar. (*Nota del Editor.*)



LA INDIFERENCIA SOCIAL

EN

MATERIAS RELIGIOSAS.

La indiferencia del individuo en materias religiosas, es decir, un completo descuido del negocio que mas le importa, un olvido de verdades terribles que al fin la muerte le ha de recordar, es cosa reprobada por la razon y el buen sentido; es un sistema funesto que se sigue, pero que no se aprueba; y el hombre que camina por ese sendero de perdicion, es el primero en reconocer que su conducta es insensata. Sea cual fuere el grado á que llegue entre los hombres la incredulidad, sea cual fuere el apartamiento en que vivan de las convicciones religiosas, sea cual fuere el dominio que sobre ellos ejerzan las pasiones, interesadas, como es claro, en ahogar el recuerdo de las severas verdades que las enfrenan, siempre es cierto, siempre es innegable, siempre está patente á los ojos, que el hombre muere; que su vida es muy breve, que mas allá del sepulcro hay el temor de alguna realidad tremenda: temor que no han sido parte á disipar todas las cavilosidades de una escasa porcion de sofistas, empeñados en desmentir las creencias de todos tiempos y paises, en contrariar las tendencias religiosas del linage humano, en borrar del corazon del hombre ese misterioso sentimiento de la otra vida, que desplegándose en su alma desde que abre los ojos en la cuna, le acompaña en todos los periodos de su ecsistencia, y se despierta mas eficaz, mas vivo, mas pavoroso, en el momento terrible en que

va á pisar el borde del sepulcro. Por estas razones la indiferencia del individuo en materias religiosas no se defiende en teoria, por mas que se siga en la práctica; y cuando se reconviene á los indiferentes por su imprevision y ceguedad, no encuentran otra respuesta que uno de aquellos indefinidos aplazamientos á que apela en su confusion é incertidumbre la debilidad humana.

Pero si esto sucede con respecto al individuo, no se verifica lo mismo cuando se trata de la sociedad: ésta, en juicio de algunos, debe mostrarse del todo indiferente en religion: desde el gobierno supremo hasta la última rueda de la administracion, todo debe llevar el sello de este indiferentismo; y entonces dan los pueblos una relevante prueba de su adelanto, cuando se puede afirmar de ellos en toda la estension de la palabra aquel famoso dicho: *la ley es atea*. Dejaremos aparte lo equivocado y funesto de semejante sistema en sus relaciones con el bienestar hasta material de los pueblos, y con la conservacion del órden y paz en los Estados, pues que bajo este punto de vista se halla ya la cuestion tan bien dilucidada, que es difícil añadir nada que pudiera ilustrarla; y así, entraremos en otra clase de consideraciones, que por lo comun suelen tenerse menos presentes.

En este error han influido dos causas: una es la incredulidad disfrazada que se ha empeñado en desterrar la religion del corazon del individuo, aparentando que solo la combatia en las instituciones públicas; siendo la otra la mala inteligencia que se ha dado á ciertas proposiciones generales, susceptibles, como acontece en tales casos, de mil sentidos é interpretaciones. La diferencia de las dos sociedades, la religiosa y la civil, es una verdad incontestable que salta á la vista con solo considerar sus respectivos objetos. La una se propone asegurar los destinos temporales del hombre: la otra los eternos: la una toma por esfera de su accion esta vida mortal y pasagera, y no se estiende mas allá del sepulcro; la otra considera la mansion del hombre sobre la tierra como un tránsito para otra vida mejor, como un verdadero viage, y le muestra ya desde su nacimiento los altos destinos que le aguardan despues de la muerte: la una ejerce su accion sobre el hombre esterior, afectando su cuerpo ó sus intereses, y no obrando sobre el hombre interior sino de un modo muy indirecto: la otra influye directamente sobre el alma; á ésta se encamina sin rodeos, la busca en sus mas recónditos arcanos, le inspira los pensamientos, le prescribe las intenciones, arregla sus deseos, señorea todos sus movimientos, y no hay seno del corazon, por mas oscuro y profundo que sea, donde no llegue su vista penetrante, donde no alcance su accion reguladora. La sociedad civil, obrando so-

bre el individuo, es el hombre que obra sobre el hombre; pero la sociedad religiosa es la accion de Dios sobre el hombre; y los hombres, segun la espresion del sagrado testo, ven las cosas que se presentan esteriormente: Dios ve intituivamente el corazon.

Todo esto es de una verdad y certeza indisputables; y si de aquí se infiriese la diferencia de las dos potestades, las diversas esferas en que deben obrar, los diversos medios de que se deben valer, nada se encontraria que no estuviese muy conforme con la razon y con las sanas doctrinas religiosas. Pero desgraciadamente se trastornan de tal manera las ideas, que muchas veces solo se hace servir la diferencia indicada para vigilar con escesiva suspicacia las invasiones del poder espiritual sobre el temporal, y para dejar en lamentable descuido las obligaciones de la sociedad civil con respecto á la religiosa. Enemigos somos de que la potestad civil se entrometa en los asuntos religiosos, ni que bajo ningun pretesto se salven las barreras que son una garantia de la conservacion de la religion, de la tranquilidad de las conciencias, y del buen órden y paz en los Estados: sabemos muy bien que en este camino hay una pendiente resbaladiza, que empieza por una ecsageracion de las regalías, y acaba en la supremacía religiosa de Enrique VIII; pero si bien aplaudiriamos á todo gobierno que observase en esta parte una conducta prudente y mesurada, creemos tambien que seria muy funesto que el poder civil, lejos de mirar con rivalidad y celos el poder religioso, no pensase siquiera en él, abandonase á merced de las circunstancias los intereses religiosos, poniendo en planta un sistema de completa indiferencia.

Una cosa es no traspasar los límites que deben respetarse, otra cosa es no obrar cual conviene dentro del círculo de la accion respectiva: y así obraria un gobierno que sin hostigar las conciencias ni entregarse á ningun género de persecuciones, no dispensase la debida proteccion á los ministros del culto, permitiese que por la enseñanza se propagasen doctrinas irreligiosas, que por medio de malos libros se atacasen las verdaderas creencias, difundiéndose de este modo la irreligion y la indiferencia, y que no vigilando cual debe, sobre la educacion de la niñez, tolerase que se le inculcaran máesimas funestas, que deslumbrando su candoroso entendimiento, emponzoñasen su tierno corazon. Apelar entonces á la diferencia de los dos órdenes, civil y religioso, pretestar que la parte moral y religiosa no es de la incumbencia de la potestad civil, seria confundir monstruosamente las ideas, seria olvidar los deberes mas sagrados, seria dejar que se esparciesen semillas que un dia habrian de ser funestas á la misma sociedad y al mismo gobierno que lo hubiese consentido.

El espíritu de tolerancia que se ha difundido en las sociedades modernas, y que han tomado por norma la mayor parte de los gobiernos, es otro de los motivos con que pudiera escusarse tan culpable descuido, y con que no dejaria de escitar numerosas simpatías. En efecto, la intolerancia en materias de religion, las persecuciones por motivos religiosos, tienen en contra de sí el espíritu del siglo; y así es que hasta en aquellos paises en que domina una sola religion, se nota que los gobiernos siguen un sistema de contemporizacion y lenidad, que escepto el ejercicio público de los cultos disidentes, nadie es incomodado por sus opiniones particulares sobre semejantes materias. En la Italia domina esclusivamente la religion católica; y sin embargo, no vemos que á nadie se persiga por sus ideas irreligiosas; á pesar de que por un concurso de causas, que no es menester recordar, deben de haber cundido allí como en otras partes.

En otros paises donde ecsiste la tolerancia de cultos, el espíritu del siglo mantiene á raya la intolerancia de algunos gobiernos, ó impidiendo las persecuciones, ó atajándolas en sus principios. Así hemos visto á la Europa levantar un grito de indignacion contra los duros é injustos procedimientos del rey de Prusia con el respetable arzobispo de Colonia: es oida con disgusto y reprobada unánimemente la conducta del gobierno ruso con los católicos de su imperio; y cada dia va cediendo terreno la intolerancia del protestantismo inglés con respecto á la católica Irlanda. En una palabra, la tolerancia en materias religiosas, ha hecho por do quiera considerables conquistas: allí donde no ecsiste de derecho, va estableciéndose de hecho, siendo este un resultado natural del mismo curso de las cosas, mas bien que de las doctrinas de los filósofos, ni de la política de los gobiernos. Despues de largos años de controversias en materia de religion, despues de tantas guerras como por este motivo han afligido la Europa desde la funesta aparicion del protestantismo, despues de los ataques dirigidos contra todas las religiones, por la filosofia del siglo pasado, y de haberse dividido y subdividido los pueblos en tantas y tan diferentes sectas y opiniones, no es estraño que se haya apoderado de los ánimos un cansancio que los retrae de la lucha, y que á fuerza de tratarse con frecuencia hombres de sectas y opiniones opuestas, hayan llegado á sufrirse mútuamente, á no indignarse por la oposicion en las creencias, y á vivir en la misma sociedad civil en paz y armonía. Estas cosas se hacen mas bien por hábito que por convicciones.

Y nótese bien que de este conjunto de cosas ha dimanado la tolerancia, mas bien que de los discursos que en favor de ella han escrito algunos filósofos; que no siempre han sido ellos los mas tole-

rantes, pudiendo afirmarse que en sus teorías todo lo toleran menos la religion católica, y que en la práctica, siempre que su influencia se ha señoreado de los gobiernos, á nadie han perseguido sino á los católicos. Muy reciente está la revolucion francesa, la hija predilecta de la filosofia del siglo XVIII.

Prescindiendo ahora de la mayor ó menor estension que segun la variedad de paises sea conveniente dar á la tolerancia, y considerándola tan solo en general, en cuanto forma uno de los caractéres de nuestro siglo, conviene advertir que los irreligiosos é indiferentes la adoptan como un sistema consecuente al estado de su entendimiento, pues mal puede manifestarse intolerante con una religion particular, quien las mira todas con desprecio ó indiferencia: al paso que los hombres religiosos la miran como el resultado de hechos que ellos no pueden destruir, la consideran como una necesidad de la época; y en cuanto en la palabra tolerancia se entendiese la fraternidad universal, el amor á todos los hombres, el deseo de hacerles bien á todos, aunque profesen religion diferente, la juzgan un deber sagrado que se funda en la misma caridad prescrita por el Divino Maestro, que enseñó que toda la ley y los profetas estaban compendiados en los dos preceptos de amor á Dios y al prójimo, que no esceptuó á nadie de este amor, antes incluyó á los mismos enemigos, mandándonos espresamente que los amásemos, que hiciésemos bien á los que nos aborrecen, que orásemos por los que nos calumnian y persiguen.

Pero la tolerancia no es la indiferencia; y así como un individuo puede ser muy religioso, y sin embargo ser muy tolerante, así la sociedad civil puede abrigar en su seno hombres de diversas religiones, dejándolos vivir en paz, sin forzarlos á seguir esta ó aquella, y no obstante no ser indiferente. El gobierno puede proteger la religion de la mayoría de los pueblos gobernados, no permitiendo que se la ultraje, y dispensando á su culto y ministros los ausilios que necesiten, y por esto no hay necesidad de que se declare perseguidor de los que no profesan la religion dominante, ni de que se entrometa en ecsaminar las opiniones particulares de este ó aquel individuo; y puede muy bien ejercer esta tolerancia, sin dejar abandonados los intereses religiosos, sin permitir que una escasa porcion de novadores planteen cátedras públicas para estraviar al pueblo, apartándole de la creencia de sus antepasados. Léanse los doctores católicos mas ilustres, aun aquellos que escribieron en tiempos y paises donde no dominaba el espíritu de tolerancia, y se verá que con el ardiente celo por la conservacion y progresos de la verdadera religion, sabian muy bien aliar el espíritu de mansedumbre, y la cuerda aplicacion de las reglas de prudencia.

Y volviendo á la diferencia de las dos sociedades, civil y religiosa, conviene advertir que no es verdad que la sociedad civil, como tal, pueda prescindir absolutamente del interés religioso de sus miembros, y que su carácter de terrena le prescriba, ni aun le consienta, el dejar en descuido las cosas del cielo. Es cierto que los intereses espirituales y eternos de sus asociados, no corren principalmente á su cargo, y que esto es atribucion de otra sociedad mas elevada: pero tambien es cierto que obrando dentro de los propios límites, tiene un deber de no olvidar que los hombres, á mas de los destinos de este mundo, tienen otros mas altos y trascendentales en la otra vida. Dícese que la sociedad civil ha de procurar la felicidad de sus asociados; pues bien, si esta sociedad al paso que cuida del bienestar terreno de éstos, se porta con ellos de manera que los induzca con su indiferencia al olvido de la felicidad eterna, lejos de haberles procurado la verdadera felicidad, habrá preparado la desdicha, y habrá merecido las maldiciones de los que hayan sido sus víctimas.

En efecto: supóngase una sociedad donde el bienestar material sea llevado al mas alto punto que imaginarse pueda, donde á mas de la satisfaccion completa de todas las necesidades, se disfruten todos los goces que halagan nuestros sentidos y pasiones; si están en ella tan descuidados los intereses religiosos, que los individuos vivan en un entero olvido de los destinos eternos: si al descargarse la sociedad de las generaciones que se van sucediendo, las envia al sepulcro para hundirse en un abismo de penas y desdichas, ¿no se podrá afirmar con razon que la sociedad en que vivieron, y que contribuyó á su perdicion, fué para ellas una atmósfera envenenada, que mejor les era no haberla conocido, ó haber pasado la vida en otro pais menos dichoso, pero mas propio para guiarlos por el camino de otra dicha sin fin? Porque el hombre que ha de vivir en la otra vida, es el mismo hombre que vive aquí; y es absurdo el decir que sea un bien para él lo que proporcionándole algunos goces en esta vida perecedera, le conduce á una infelicidad eterna.

Pero ¡ah! la suposicion en que estribamos de una sociedad civil, donde se satisfagan completamente todas las necesidades, donde se obtengan en abundancia todo linage de goces, es una suposicion arbitraria, sin fundamento en la realidad, porque en cualquiera sociedad á donde dirijamos nuestros ojos, vemos un sinnúmero de desgraciados que vegetan en el abatimiento, en las privaciones y en la miseria; que nacen, viven y mueren en la desventura y en el dolor. Si para estos desgraciados no hay esperanza de dicha en la otra vida; si miembros de una sociedad que no puede sacarlos de la miseria, que apenas alcanza á proporcionarles algunos harapos y men-

drugos, todavía tienen la mala suerte de que nadie cuide de su educacion moral, de que nadie los prepare para alcanzar despues de la muerte una vida mas feliz; si la sociedad en que viven no ha cuidado de proporcionarles los debidos conocimientos en cuanto estaba en su mano; si antes bien con un sistema de culpable indiferencia, los ha dejado que atravesasen el breve trecho de esta vida, sin religion, sin moral, encenagados en la corrupcion, y quizás manchados con el crímen; si al cerrar los ojos en su última agonía pasan del lecho del hospital á una mansion de infortunio, ¿qué habrá sido para esos hombres la vida? ¿qué la sociedad? ¿qué el poderío y el esplendor del imperio bajo cuyas leyes han vivido?

El corazon se aflige y se angustia al considerar la triste realidad de las cosas, la desdichada suerte de la mayor parte de los hombres, la ciega ilusion con que son mirados los objetos. Cuando se trata de las sociedades, no parece sino que se habla de séres ideales ó abstractos, en que ninguna parte tuvieran los individuos; como si las sociedades pudieran ser dichosas sin serlo los asociados, como si la humanidad pudiera ser feliz no siendo felices los hombres. Pasa una série de guerras donde han perecido á millones los hombres, en medio de las cuales han desfilado en el llanto y luto muchas generaciones; revoluciones sangrientas han turbado la paz de los imperios, y conmoviendo los ejes del mundo, han acarreado á innumerables pueblos largos años de inquietud, de convulsiones, de trastornos, de lágrimas y de sangre; ¿y qué resta de todo esto? lo que se llama gloria de algun conquistador, el renombre de algun rey, la fama de algun tribuno; y entre tanto los infelices pueblos surcados por esos huracanes, han desaparecido de la faz de la tierra; ni el nombre de sus individuos se trasmite á la posteridad, yacen sepultados entre escombros y cenizas en el mas profundo olvido, despues de haber pasado una vida de calamidades y desastres.

¿Qué inferiremos de aquí? ¿qué leccion sacaremos de ese cuadro tan triste como verdadero? Las consecuencias son muy obvias. Que la misma historia de la humanidad, la esperiencia de cada dia, la simple observacion de la misma naturaleza de las cosas, nos está enseñando que la mayor parte de los objetos que mas ruido meten en este mundo, que mas deslumbran con su brillo, son una ilusion y una mentira. Que á la mayor parte de los hombres poco ó nada les toca de lo que se apellida gloria, esplendor, poderío, riqueza, bienestar de las sociedades; y que por consiguiente, el primer interés de todo individuo, el primer interés de la humanidad, es el interés religioso, es el interés de los destinos eternos; que el primer amigo del hombre es la religion, que va á buscarle en la cuna para en-

señarle las reglas de bien vivir y morir, que le conduce por la mano en el borrascoso tránsito de esta vida, para que no se estravie por los caminos de perdicion, y que abstrayéndole de las cosas terrenas, grabando fuertemente en su alma la verdad de que todo aquí abajo es pasagero, breve, instantáneo, de que lo que mas nos deslumbra y seduce, es vana apariencia y engañosa sombra, le induce á mirar todas las cosas como son en sí, á no darles una ecsagerada importancia, y á no poner su esperanza sino en aquel que habiéndonos sacado de la nada, nos ha colocado en un valle de lágrimas donde podemos merecer una bienaventuranza sin fin.

Leyendo la historia de la humanidad, es decir, la historia del dolor y del infortunio, salta á los ojos con toda evidencia la necesidad de otra vida, salta á los ojos que no ha podido ser criado el humano linage para ser en su mayor parte la víctima de toda clase de padecimientos, para ser el juguete de unos cuantos malvados, como en casi todos tiempos y paises le han hecho servir de instrumento á su ambicion, á su codicia y á otras pasiones; salta á los ojos que la organizacion de una sociedad donde se prescinda de los destinos eternos, donde domine el sistema de indiferencia en religion, donde se procure adormecer á los hombres con un lamentable olvido de lo que mas les importa, es una organizacion inhumana, que contradice las mas sanas nociones de la razon, que huella los preceptos de la Providencia, y que bajo una engañosa apariencia de felicidad, conduce á sus asociados á un abismo de desdichas.

Es, pues, un deber de toda sociedad civil, ó lo que es lo mismo, es un deber de los que la dirigen, el no olvidar los intereses religiosos, sin que sean parte á ecsimirlos de una gravísima responsabilidad, ni el pretesto de la tolerancia, ni de la diferencia de los órdenes civil y religioso. Manténgase en hora buena cada potestad en sus límites, no se entrometa la una en las atribuciones de la otra: pero á pretesto de la diferencia de los objetos que deben ocupar á las dos sociedades, no se hagan abstracciones imaginarias; no se considere al hombre del tiempo como si fuera un sér totalmente diferente del hombre de la eternidad, al paso que se cuida de su cuerpo; no se le mire de manera como si careciese de alma: mientras se promueven sus intereses materiales y terrenos, no se proceda de tal modo que se los ponga en contradiccion con los espirituales y eternos. La religion cuida de los negocios espirituales, su objeto es cuidar del alma; pero ¿olvida acaso el cuerpo? ¿no está cubierta la tierra de establecimientos de beneficencia que manifiestan hasta qué punto sabe aliar el celo por la salvacion de las almas, con el cuidado del bienestar aquí en la tierra? Cuando manda á los hombres

que se amen en Jesucristo, como hijos de un mismo padre, como herederos de un mismo cielo, como que han de cohabitar en la misma morada de felicidad eterna, no les prescribe un amor estéril en los negocios terrenos, sino que quiere, ecsige que se amen con un amor práctico, socorriéndose mútuamente en sus necesidades, no solo espirituales, sino tambien corporales. Y es que la religion cristiana concibe muy bien, que el hombre está formado de alma y cuerpo; que si tiene destinos eternos en otro mundo, tambien tiene destinos temporales en este; que cuidar de lo uno sin atender en nada á lo otro, es obrar prescindiendo de la realidad de las cosas, es querer reducir á la práctica, abstracciones que solo pueden tener cabida en nuestro entendimiento, es impropio de una institucion que haya de producir á la humanidad bienes sólidos y verdaderos.

He aquí una pauta para la sociedad civil, he aquí un ejemplo que imitar, y que está patente á sus ojos hace ya diez y ocho siglos. Si la religion cristiana pretestando que su objeto es el alma, que el destino á donde se propone dirigir á los hombres es el cielo, no prestase ninguna atencion á las necesidades de esta vida; si el amor que prescribe á los hombres fuese únicamente con respecto á las cosas espirituales y á la vida de la eternidad, ¿qué diriamos de ella? Pues análogamente se puede hablar de la sociedad civil, donde so pretesto de que el objeto de ésta es la paz y el bienestar temporal, no se considerase al hombre sino en cuanto vive en este mundo, planteando instituciones y sistemas que hiciesen completa abstraccion de que el alma sobrevive al cuerpo, de que á mas de los destinos de esta vida, nos están reservados otros mas altos, mas importantes, mas duraderos para mas allá del sepulcro. Proceder de otra manera, es olvidar un deber sagrado, es dejar abandonados los mismos intereses del órden civil, es no comprender al hombre ni á la sociedad, es mirar las cosas desde un punto de vista muy bajo, es contemplarlas en un círculo muy reducido; y lo que es mas sensible, es envenenar la atmósfera en que vive la humanidad, para dejarla sin esperanza de mejora en su suerte, despues de tantos infortunios como la trabajan en esta mansion de dolores.

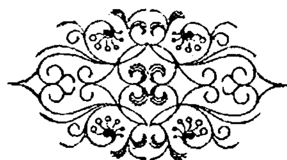
Cumpliendo la sociedad con los deberes que hemos indicado, es como se completa la verdadera civilizacion: de otra manera, ni nos deslumbra su esplendor, ni sus riquezas, ni su poderío, ni el mismo bienestar universal, aun cuando lo supusiéramos llevado al mas alto punto. Y no se diga por esto que somos intolerantes, no se diga que pretendemos confundir cosas muy distintas; que tamaña inculpacion seria sobremanera injusta, despues de las aclaraciones que hemos hecho, de los principios que hemos sentado y de la es-

plícita confesion consignada mas arriba, sobre cuál era en esta materia el espíritu del siglo. Por lo demas, si todavía no se quisiere comprender el verdadero sentido de nuestras palabras, diriamos que no hay intolerancia, que no hay confusion de órdenes ni de potestades en afirmar que es incompleto, que es falso, que es funesto un sistema social donde se considere el cuerpo sin atender al alma, donde se aisle enteramente el tiempo de la eternidad.

A propósito hemos reservado el tratar de tan importante materia, despues de la série de artículos que acabamos de publicar, definiendo y esplicando la verdadera *civilizacion*; y este le hubiéramos contado cual uno de ellos, y comprendido bajo el mismo título, á no reflecsionar que el aspecto bajo el cual considerábamos aquí la religion, no era en cuanto civiliza á los pueblos, sino en cuanto los guia al soberano complemento de toda civilizacion, al último fin de todo individuo y de toda sociedad, á Dios. Bajo este aspecto nos ha parecido que la religion demandaba un lugar aparte; como elemento civilizador ya habia sido objeto de nuestra apología y encomio, mientras íbamos señalando los caractéres de la verdadera civilizacion; pero en cuanto guia á la eterna felicidad, no puede decirse que forma parte de lo que comunmente se apellida *civilizacion;* es superior á ella, es de un órden mas alto, pertenece á una region mas pura, mas sublime; es á ella lo que el cielo á la tierra, la eternidad al tiempo; lo que son á la sombría luz de nuestra mansion terrestre los inefables resplandores del empíreo.

En España, donde tenemos la dicha de conservar la unidad religiosa del Catolicismo, única religion en que se encuentra la verdad, única religion que puede conducir á los hombres á la eterna salud, es de la mayor importancia el dilucidar á fondo semejantes cuestiones, porque así se fijan mejor las palabras, y se puede impedir quizás que no cundan en el pueblo ideas equivocadas que le predispongan á innovaciones funestas. Es preciso repetirlo: ser tolerante no es ser indiferente; y la religion católica nada tiene que no pueda conciliarse muy bien con las tendencias del siglo, en todo lo que abrigan de justo, de suave, de generoso. ¿No se predica la fraternidad universal, no se inculca la necesidad de sufrirnos unos á otros, de que la humanidad sea como una gran familia, trabada suavemente con lazos de paz, de beneficencia y de amor? Pues ¿quién puede reunir estas condiciones en mas alto grado que los hombres que profesan una religion cuyo principal precepto es la caridad? Esa caridad, que segun el Apóstol, es *sufrida, es dulce y bienhechora: que no tiene envidia, no obra precipitada ni temerariamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus inte-*

reses, no se irrita, no piensa mal, no se huelga de la injusticia, complácese sí en la verdad, á todo se acomoda.... y todo lo soporta. Nuestra religion divina está fundada sobre la cátedra de S. Pedro, de aquel á quien Jesucristo, antes de encomendarle su rebaño, le écsigió como por prenda el amor, le preguntó si le amaba, *¿Pedro, me amas?*, y que despues enseñaba en sus cartas á los fieles, esta tan hermosa, tan dulce como sublime doctrina: *Sed todos de un mismo corazon compasivos, amantes de todos los hermanos, misericordiosos, modestos, humildes; no volviendo mal por mal, ni maldicion por maldicion; antes al contrario, bienes ó bendiciones; porque á esto sois llamados, á fin de que poseais la herencia de bendicion celestial.*



DE LA ORIGINALIDAD.

Hay en la originalidad algo de tan seductor y brillante, que en cierto modo puede decirse que ella ya por sí constituye un verdadero mérito. Leed la obra mas bella que podais imaginar, donde campeen á la par el ingenio, la fantasía y los sentimientos del corazon: ¡ay de esa gloria si al través de los disfraces en que la habilidad del escritor ha sabido encubrir los lineamientos del modelo, alcanzais á conocer que no es en su mente donde se ha vaciado por primera vez la obra! Desde entonces podrá mereceros aprecio, pero no admiracion; leereis con gusto, mas no con entusiasmo.

A esta diferencia entre lo original y lo imitado contribuyen dos causas: es la primera una inclinacion natural que nos lleva á admirar al genio; que nos embriaga de entusiasmo al contemplar sus rasgos; que nos asombra y anonada ante la fuerza creadora: ¡cosa admirable! El trabajo, es decir, aquello en que nosotros tenemos una parte positiva, aquello en que contraemos un verdadero mérito, y que no es un don de la naturaleza; el trabajo, por útil, por digno que sea, nunca logra de nosotros la misma admiracion que la fecundidad del talento natural, y es fácil observar este hecho aun en los actos mas comunes de la vida; en el terreno de la naturaleza, es decir, de la verdad. Este mozo, decimos, es muy aprovechado, tan estudioso, tan asiduo. . . . . Aquel tiene un talento brillante; bastárale quererlo para aventajarse á todos sus compañeros. Lo primero es el elogio de la aplicacion; lo segundo es un tributo pagado al talento: ¿y cuál, sin embargo, se tiene por mas halagüeño? Es tan palmar la diferencia, que aquel se recibe con frialdad, si no con

disgusto, cuando el otro se recoge con avidez. El hombre se complace en sacrificar el sólido mérito de la laboriosidad al brillante título del talento; ambicion, si se quiere, caprichosa, llena de orgullo, de vanidad; pero que muestra el grandor del alma, sus deseos sin límites, su espansion que no cabe en el mundo, el ansia de parecer grande, cuando no pueda serlo. Todos queremos ocultar el sudor que nos cuestan nuestras producciones, todos abrigamos la secreta ambicion de acercarnos á la fuerza creadora que dijo: *hágase la luz, y la luz fué.*

Pero este entusiasmo por la facultad creatriz no es el único manantial de las ventajas de la originalidad sobre la imitacion: tiénele en sí misma, en su propia naturaleza, sin que háyamos de achacar la culpa á la preocupacion ó al orgullo. Lo que es original si es bello, es mas agradable porque es mas bello; y si es grande, es mas admirado porque es mas grande. El mérito de la literatura consiste en la perfecta y atinada imitacion de la naturaleza; pero el imitador de la literatura no imita á la naturaleza, imita al literato. Esta indicacion señala una diferencia inmensa. Desenvolvamos este pensamiento. Los trabajos literarios, tomando esta palabra en su estension mas lata, y si se quiere mas vaga, no son mas que la espresion de nuestro pensamiento, comprendiendo en este vocablo toda operacion ó pasion de nuestra alma. Pues bien: esta espresion nunca será la verdadera, la propia, si no es original; faltárale mas ó menos la primera de las calidades de toda buena produccion, la naturalidad, la verdad. Cada individuo, cada nacion, cada época tiene su carácter, tiene su modo de ver las cosas, de imaginarlas, de sentirlas. Prestar lo del uno al otro, es trasformar el órden natural, y por lo tanto poner en tortura las facultades del alma: es atajar su espansion, es secar las fuentes de lo bello y de lo sublime. Y cuenta que no se trata aquí de desterrar del mundo la imitacion, solo sí de indicar sus inconvenientes, y ponderar sobre todo las ventajas de la originalidad. El que se propone un modelo, por el mismo acto se doblega bajo su autoridad; y cuando se trata de rasgos felices y osados, no es buen agüero empezar bajando la cabeza: sin advertirlo, sin pensarlo, es entonces el modelo el bello ideal, no procuramos hacerlo bien sino en conformidad á lo que á la vista tenemos, y lo que es mas, copiamos por lo comun los defectos, sin copiar las bellezas. Este es el resultado natural de querer violentar las cosas. Los retóricos han escrito largos tratados sobre la imitacion: respetando su mérito, y sin negar su importancia, nos parecen mas propios para una literatura convencional, que para otro objeto. La ideología podria suministrarnos en esta parte abundantes reflecsio-

nes; pero deseamos huir del árido y escabroso terreno de la abstraccion, y espaciarnos por el ameno campo de la historia literaria.

Respetamos la literatura romana, y no intentamos disputarle el alto punto de gloria á que se elevó en su siglo de oro; sin embargo, todavía nos atrevemos á observar que no tomó el rumbo mas acertado para grangearse un renombre que hubiera sido mas justo. Y ¡qué! ¿será quizás esta proposicion demasiado avanzada? Puede ser así; pero al menos no la dejaremos sin apoyo: ¿qué es la literatura romana? Generalmente hablando, un traslado de la griega. Poetas, oradores, filósofos, todos son griegos que hablan en latin: y esto, á nuestro juicio, fué un mal, y mal gravísimo; porque si bien con esto se aseguraron los romanos una regularidad, una belleza artificiosa que de otra manera no hubieran alcanzado, perdieron todo el mérito de la originalidad, no se abandonaron lo bastante á su propio pensamiento, á sus propias inspiraciones, y así todo lo que ganaron en la forma, lo perdieron en el fondo; tuvieron mas regularidad, menos defectos: pero en cambio sacrificaron una buena parte de la elevacion, del fuego, del grandor, que en otro caso hubieran tenido en mayor abundancia.

Despojémonos por un instante de las preocupaciones que se nos han comunicado desde nuestra infancia; atrevámonos á pedir á la antigüedad los títulos con que ecsige nuestra admiracion; no desechemos como una tentacion de orgullo el pensamiento de ¿quién sabe si los antiguos que tanto admiramos no hubieran andado mejor por otro camino?: discurramos con la debida independencia, y entonces no nos parecerán osadas paradojas lo que son verdades inmensas. Es innegable que las ideas romanas, y sobre todo las mitológicas, tienen mucha semejanza con las de los griegos, y que por esta razon sus producciones leterarias no podrán menos de presentar muchos puntos de contacto; pero no nos es dado persuadirnos que el genio romano, ese genio que habia conquistado el mundo, no hubiera encontrado en sí propio mas recursos que el genio griego; no nos es dado persuadirnos que á ese pueblo que habia llevado sus armas desde las columnas de Hércules hasta el corazon del Asia, desde los arenales del Africa hasta lo mas hondo de los bosques de la Germania, á ese pueblo que hasta en el tiempo en que mas se desplegaba su espíritu, tenia todavía ante los ojos el inmenso espectáculo de tanto grandor; no nos es dado persuadirnos, repetimos, que le fuera ventajoso ceñirse á la imitacion de los griegos; de los griegos, que á la sazon solo vivian de recuerdos, y por cierto no tan grandiosos cual los recuerdos y la realidad de la señora del orbe. Si en vez de ceñirse los poetas romanos á traducir é imitar de los

griegos, si en vez de tener fijas sin cesar las miradas en ese pequeño recinto que se apellida Grecia, se hubiesen espaciado por los arenales de la Libia, por los campos de la Iberia, por los bosques de la Germania y por las nebulosas orillas del Támesis, si hubiesen estudiado el Asia por sí mismos y no entregándose ciegamente á las relaciones de los griegos, al través de las preocupaciones de ese pueblo tan amable, pero amable como un niño, segun la espresion de Bacon; si aprovechándose de las curiosas relaciones que debian de oir de boca de los soldados de las legiones que batallaron en todos esos paises, nos hubiesen presentado interesantes cuadros de costumbres, descripciones de nuevos paises; si hubiesen dado una forma poética á las inspiraciones de César, ¿qué interés tan nuevo no hubieran ofrecido? ¿cómo se hubiera desatado su alma tan llena de fuego á la vista de unos lugares testigos de la gloria de un padre, de un hermano ó de un amigo, regados quizás con su sangre, ó consagrados con sus despojos mortales? Recorred las las sublimes odas de Horacio; ¿cuándo es mas bello? ¿cuándo es mas sublime? Cuando canta las grandezas y las victorias de Roma, cuando es romano, solamente romano; cuando olvida un poco aquel su celebrado precepto "vos exemplaria Grœca nocturna versate mana versate diurna." ¿Es griego Tácito? ¿Ese escritor, entregado tan solo á merced de un pensamiento profundo y sombrío, y de un corazon ecsasperado por la vista de la tiranía y agriado por la corrupcion? Y sin embargo, ¿cuál es el autor romano que se hace leer con mas gusto? ¿quién no ha devorado con avidez aquellas páginas en que pintando tan admirablemente su objeto, retrata con tan vivos colores su grande alma?

La filosofia de los romanos se resiente un poco del mismo defecto; es una repeticion de la de los griegos y nada mas. O si no, ¿qué es lo que ha creado de original? Uno de los mas claros talentos de la antigüedad, el filósofo mas aventajado de Roma, Ciceron, ¿qué nos ha dicho que no se halle en los griegos? ¿brilla en sus obras una filosofia nueva, cual parece era de esperar de su portentoso ingenio? No seremos nosotros quienes le juzguemos acerca de este punto; no será tampoco un hombre desafecto á los antiguos; será un escritor muy versado en la literatura romana, muy aficionado á ella, D'Aguesseau.

"Ciceron, dice el ilustre Canciller, mas orador que filósofo, propio mas era para esponer los pensamientos agenos que para pensar por sí mismo." Estas son sus palabras en su instruccion, tratando del estudio del derecho; juicio severo sin duda, quizás demasiado duro. No estuvo el mal en la falta de genio, como parece preten-

derlo D'Aguesseau, sino en las circunstancias en que se hallaba Ciceron. Ciceron hubiera sido mas filósofo, si se hubiese parado mas en el fondo que en la forma, y hubiese pensado mucho mas por sí mismo; si no teniendo la cabeza tan henchida de conceptos agenos, y no tan preocupado por el mérito de los filósofos que le habian precedido, se hubiese arrojado por el difícil sí, pero fecundo camino de la invencion.

Es esto tanta verdad, que es bien notable que los romanos se aventajaron mas en aquellos ramos en que tuvieron poco que imitar. Sabido es que la jurisprudencia, en su parte propiamente científica, en cuanto constituye una série de estudios sobre los ramos de legislacion, y muy particularmente sobre el derecho privado, se debe principalmente á los romanos; aquí puede decirse que fueron originales; pues bien, aquí mismo cabalmente es donde fueron mas grandes.

Conviene notar que para ciertos talentos es un gran recurso la imitacion, á veces es imposible la originalidad, y bueno es que si no pueden acuñar nueva moneda, al menos sirvan para dar circulacion á la corriente. Pero para los talentos superiores es una verdadera calamidad la imitacion, es abandonar su puesto, es no querer aprovechar los dones con que les ha favorecido el autor de la naturaleza, y de aquí es que debe considerarse como un mal muy grave para la gloria literaria de una nacion el que se arroje á imitar, porque como es sobremanera difícil que los hombres, por superiores que sean, alcancen á sobreponerse á la atmósfera que les rodea, todos imitarán; aun los primeros talentos serán arrastrados por la corriente, y los que podrian producir obras originales de insigne mérito, consumirán sus fuerzas en imitaciones mas ó menos felices.

Si hay una literatura verdaderamente nacional, si los modelos se escogen dentro del mismo pais, los inconvenientes no son tantos, por que entonces el escritor lleva siempre en sí algun gérmen de originalidad, pues que imitando lo que está pintado sobre los mismos objetos que le afectan, no tendrá que hacerse violencia y se desenvolverán mas fácilmente sus talentos naturales.

Cuando se habla del renacimiento de las ciencias y de las letras en Europa, se pondera como una felicidad sin límites cada hallazgo que se va haciendo de las obras de los antiguos: se asegura que la toma de Constantinopla, arrojando á las costas de Italia los últimos restos del saber griego, produjo á la Europa beneficios inmensos.

Confesaremos que contribuyó mucho al desenvolvimiento del espíritu humano en Europa el hallazgo y la circulacion de las obras de los antiguos; confesaremos tambien que los espíritus siguieron la

direccion que era regular en aquellas circunstancias; pero juzgamos que aquella no fué la mas acertada. No era la mas acertada, pero la mas natural; porque natural es que lo muy brillante deslumbre, que la novedad interese, y que rindamos una especie de veneracion á todo cuanto se eleva mucho sobre nosotros. Y tales circunstancias reunia sin duda á la sazon la literatura antigua. Convenia sin duda cultivar la antigüedad: saludable era el entusiasmo que por semejante cultivo se escitaba; pero ese entusiasmo fué escesivo y no contribuyó poco á retardar la marcha de los conocimientos. Rico caudal ofrecian los manuscritos de los antiguos; pero la Europa poseia tambien caudales inmensos; y si se ponian á logro los primeros, necesario era hacerlo sin embargar el fruto de lo segundo; convenia reparar que nuestras ideas, nuestras costumbres, nuestros hábitos, nuestras leyes, nuestros climas, nuestra organizacion doméstica y social, nuestros sistemas políticos, eran muy diferentes de todo lo antiguo, y que por consiguiente era imposible que nuestra literatura se amoldase del todo á la antigua: que el obrar así era forcejar contra la naturaleza de las cosas, era tomar un empeño que no podia cumplirse, era, por decirlo así, una reaccion que en mayor ó menor lontananza preparaba una revolucion.

Tal fué el fanatismo por la antigüedad, que varios literatos, no contentos con trocar sus nombres en otros latinos ó griegos, no satisfechos con entregarse sin tasa al estudio esclusivo de la literatura griega y romana, hasta escrupulizaban en ver aquellos libros que trataban de religion, solo por el pueril recelo de que no se pegase algo de poco latino á su gusto afectado y melindroso; singular estravío, que llegó hasta á causarles un desvío por la lectura de la Biblia, no fuera caso que el traductor latino los infeccionara con alguna frase que no fuese de todo punto ciceroniana. Prescindiendo de los males que debió de acarrear á la misma latinidad y al cultivo de la literatura griega y romana, ese furor de imitacion, esa completa abnegacion de sí mismos en las aras de un fanatismo literario; débese advertir que nada fructifica en el órden intelectual, si no es plantado y cultivado por la razon y el buen juicio; todo se ahoga y marchita con la destemplanza y la ecsageracion. Pero remontándonos á otra esfera superior y mas en contacto con el objeto de la presente tarea, ¿qué efecto mas triste no debió de producir ese servilismo imitador para la causa de las ciencias y de la literatura? Desde luego se echa de ver que vueltos los ojos hácia la antigüedad, fijos allí con una especie de admiracion, de estupor, de hechizo, muchos sábios y literatos debieron de olvidarse del mundo real para vivir en otro de recuerdos, descuidando la rica y grandiosa ci-

vilizacion que en torno suyo se iba magníficamente desenvolviendo, para admirar solamente las arengas de los antiguos foros: y la religion con su admirable sublimidad y bellezas, y la humanidad con sus grandes adelantos hácia un órden social y político incomparablemente mejor que el de los antiguos, y la literatura propiamente europea, con su brillo naciente sí, pero encantador y lleno de presagio de un inmenso porvenir, todo debia desaparecer á sus ojos, todo eclipsarse; y el saber y el genio, y la civilizacion y la cultura, solo pudiéron encontrarse en Grecia y Roma. En tal caso la literatura no era ya una espansion del alma donde retratárase con toda su variedad, con todos sus matices; fué una cierta cosa fija, estable, que tenia un tipo del que no era lícito desviarse: hubo un culto esclusivo, intolerante, que no admitió en su comunion á quien no respetase hasta los yerros de los antiguos, y el espíritu del hombre se preocupó con la funesta idea de que la fuerza creadora se habia como agotado en la produccion de los grandes ingenios de Grecia y Roma. Así fué como el entusiasmo por los modelos, como el ciego furor de la imitacion acarreó á la ciencia y á la literatura gravísimos males; así fué como se cegaron, mas de lo que se cree, los manantiales de la inspiracion y del genio; así fué como se hizo que marchasen en direcciones divergentes la literatura y la sociedad. Y no se compensaron ciertamente los daños con los bienes de la regularidad y cultura que nos trajo el estudio de los antiguos, pues ignoramos que haya uno mas grave en este punto que el hacer que la literatura y la sociedad estén animados por dos espíritus diferentes, el hacer que el hombre no pueda recibir las inspiraciones de los objetos que le rodean, y que el literato haya de ser como un estrangero que solo vive de recuerdos, y que espaciándose por un mundo ideal, haya de estar privado del contacto y fraternidad con los demas hombres; que los acentos de armonía no hayan de ser una ecsaltacion de la naturaleza, sino un eco de lo que se dijo allá, á la distancia de veinte siglos.

Una literatura semejante tiene siempre un inconveniente, y es que nunca puede ser popular, y por tanto ni alcanzar profundo arraigo, asegurada duracion. Se circunscribe á un número por necesidad muy limitado, lleva el manto de la erudicion, las señales de largas vigilias, de asiduos trabajos, y por tanto es poco natural, es afectada; pretende la palma, no precisamente del genio y de la belleza, sino del saber adquirido á costa de penosos sudores. Menguadas disposiciones para que pueda presentarse ufana y rozagante, para que pueda ser variada y una como la naturaleza, voluble y delicada como nuestro corazon, tierna, cándida, natural co-

mo las producciones espontáneas de un suelo benigno y fecundo. Apliquemos estas observaciones á la historia literaria de España.

Al renacer las letras en Europa, elevóse el ingenio español al mas alto punto de esplendor: el brillo de nuestra literatura parecia competir con el grandor y brillo de aquel imperio, en que no se ponia jamas el sol; pero si fijamos profundamente nuestra atencion sobre los mas bellos florones de nuestro siglo de oro, veremos que son aquellos cabalmente en que el autor se olvidaba, por decirlo así, de su erudicion, y en que movido por alguna circunstancia grandiosa, ó abandonándose á los sentimientos recibidos de los objetos que le rodeaban, daba rienda suelta al vuelo de su fantasía y á las inspiraciones de su corazon, desatando su alma como en plateados raudales, en las espresiones de nuestra hermosísima lengua. Dando un paso mas, y cuando nos acercamos á la época de decadencia, nos encontramos con un nombre inmortal, honor del genio español y hasta del espíritu humano, con Cervantes. Pues bien, ¿dónde es mas bello, mas rico, mas interesante? ¿es allí donde pone en boca de su discreto loco, ó de otros actores, alguna de aquellas pláticas en que se encuentra como derramada la erudicion antigua y el sabor de griegos y romanos, ó allí donde da libre curso á su fantasía, recordando solo que es español, soldado, cristiano, enamorado? ¿allí donde nos describe los usos y costumbres del pais, donde nos retrata los caractéres, donde satiriza los vicios y las ridiculeces, donde Cervantes se olvida que haya leido, y solo se encomienda en brazos de su genio festivo, de su vista perspicaz, de su razon juiciosa, de su discrecion finísima, de su corazon delicado, de su portentosa fantasía? Dígalo quien le haya leido una y mil veces, siempre con el mas vivo interés, hallando siempre frescura y novedad, perdiendo á cada paso la gravedad de buen ó mal grado, merced al inagotable ingenio del escritor. Allí hay la originalidad con todo su mérito, con todo su interés, con todos sus atractivos, con toda su belleza: allí hay el génio en todo su candor, en toda su naturalidad, sin los atavíos de una afectacion pueril, sin el fárrago de una erudicion pesada, sin la monótona gravedad de una razon fria, que quiere pasar plaza de una completa madurez, adquirida en los largos trabajos del gabinete. Cervantes se espacía libremente, salta como la mariposa, por entre ramages y florestas, susurra como la abeja, en torno del cáliz de la flor, y forma el sabroso jugo de una lectura que jamas cansa. ¡Qué grato es entonces encontrarse con aquellos ligeros descuidos, con aquellos olvidos que muestran la espresion, el derramamiento del genio, que libre de trabas, conduce rápidamente la pluma sin repasar siquiera lo que ha escrito, que esparce las be-

llezas sin advertirlo, sin ufanarse, sin pretensiones de literato ni erudito! ¡Ah! ojalá que nuestros escritores no hubiesen desnaturalizado su genio con su manía de ser retóricos, y que en vez de pretender ser oradores ó poetas de profesion y arte, de acreditarse de cultos, hubiesen ensanchado mas y mas la vasta esfera en que se espaciaron los escritores del siglo de oro, pidiendo sus recuerdos á los héroes de Covadonga y de Clavijo, á las leyendas de los árabes, y formando esa literatura semi-oriental á que tan bien se brindaba nuestro suelo, nuestro clima, nuestras tradiciones, nuestros usos y costumbres, y hasta el dejo arábigo de nuestra propia lengua.

Quizá no se halló pueblo alguno de Europa en tan oportuna situacion para reunir el Oriente y el Occidente, el Norte y el Mediodía, los perfumes de la Arabia, con el helado aquilon, la fuerza y la blandura, el ardor y la calma, la ternura y la impetuosidad. Los descubrimientos del Oriente y de la América, la vuelta del mundo, las conquistas gigantescas, la vista de pueblos tan varios en idiomas, religion y costumbres, el mismo poderío avasallador de nuestra monarquía, todos estos elementos que sin duda contribuyeron notablemente á dar vuelo al ingenio español, ofrecíanle anchuroso campo para espaciarse, y le suministraban todo linage de materiales para levantar monumentos grandiosos; todo esto le escusaba bastante de no impregnarse en tal manera de ese fárrago de erudicion, que rebosando despues por todas partes y no encontrando fácilmente nuevos senderos por donde encaminarse, despues de haberlos recorrido con tanta gloria los escritores del siglo de oro, se desataba como raudal turbio estragando miserablemente el buen gusto, y haciendo nacer una literatura indefinible y monstruosa.

Cuando hubo transcurrido esa época tan triste para la literatura española, cuando se entró, por decirlo así, en el empeño de una restauracion, se notó por largo espacio una frialdad, una esterilidad, que causa lástima. No se ve en ninguna parte levantarse un genio, parece que la nacion que habia llegado al borde del abismo bajo el reinado de Cárlos II, habia perdido tambien su primitiva fecundidad literaria, su vigor y lozanía. Pero ¿por qué? ¿faltábannos recuerdos, faltábanos el clima, faltábanos la lengua? no: el mal estaba en que se acometió la empresa entregándose á una servil imitacion de los escritores del siglo de Luis XIV, cuyo brillo era natural que nos deslumbrase; que nos deslumbró en efecto, y que ahogó por largo espacio hasta el pensamiento de la originalidad. En la literatura antigua se habian encontrado antes las columnas de Hércules del ingenio humano: ahora se las encontraba de nuevo en el siglo de Luis XIV; se las duplicaba, como si no hubiera bastado

una barrera sola. Donde no alcanzase Horacio, llegaba Boileau, donde no Sófocles, Corneille, donde no Demóstenes y Ciceron, Bossuet y Bordalone; y el ingenio español se amilanó por haber oido un terrible *non plus ultra*. *Plus ultra*, podian clamar las sombras de Colon y de Magallanes, *plus ultra* las sombras de Hernan Cortés y de Pizarro, *plus ultra* las sombras de Ercilla, desde los bosques del Arauco.

Tuvimos regularidad, no incurrimos en faltas, observamos las reglas. Pero ¿ignórase acaso que es malísima señal el no hallarse que reprender en una produccion, que es esto indicio de las reglas del artista apocado, y no de los osados rasgos del genio?

Los inconvenientes de la imitacion, grandes en todas partes cuando se llega á tomarla por sistema, lo son mucho mas en España, á causa de que nuestra sociedad ha tenido siempre, y conserva aún cierta fisonomía característica muy diferente de todas las demas; y así es que ha debido sentarse con mucha mayor fuerza la violencia sufrida por el ingenio español, cuando se le ha querido encajonar, por decirlo así, en el carril abierto por otras naciones. Con el entronizamiento de la casa de Borbon, se procuró que nuestra monarquía tuviese con la de Francia toda la analogía posible, y el reinado de Cárlos III ofreció mas de un punto de semejanza con el de Luis XIV. Como en paises donde el monarca reina absoluto, tiene el gobierno de éste mucha influencia en señalar el giro hasta á la literatura, nos hicimos franceses, no solo en cuanto á la política, sino tambien en las letras. Como si las ideas dominantes en la estrecha esfera de la política, pudiesen derramarse en breve sobre la sociedad; como si esto lograse fecundizar el genio nacional, no pasando su influjo de un círculo muy limitado, como si fuera capaz de engendrar otra cosa que frívolas y vanas dedicaciones, y composiciones y trabajos de real órden.

Ha resultado de aquí un mal harto grave, y es, que no solo hemos imitado en el fondo, sino hasta en la espresion, en la lengua. Y no es poco lo que ha sufrido el habla de Garcilaso, de Fray Luis de Leon y de Cervantes.

Con laudable celo han procurado remediar tamaño mal algunos escritores distinguidos, y uno entre ellos hasta se ha arrojado á hacer frente á la sonrisa del galicanismo, hablando en el siglo XIX la lengua de una manera, que no parece sino que estamos leyendo un escritor del siglo XVI. A decir verdad, confesamos que nos place sobremanera el encontrar en un escritor moderno el sabor del antiguo lenguaje español, y que en gracia de lo puro y castizo del lenguaje, disimulariamos de buen grado algunos deslices en el vicio cercano,

cual es el de la afectacion. Pero fuerza es reconocer tambien, que si bien este medio de restaurar la lengua no deja de ser provechoso, dista mucho de poder producir efectos que se hagan sentir con alguna generalidad. Es ventajoso sin duda que los jóvenes tengan modelos que consultar, donde puedan beber en su pureza el idioma español; pero si los remedios no son mas radicales, no se obtendrá efecto notable, y el que se obtenga será poco duradero. Duro empeño es forcejar contra la corriente; perdónase á escritores de nombradía asentada, como se perdonó á Mariana, quien, segun espresion de Saavedra, "así como otros se tiñen las barbas por parecer "mozos, así él por hacerse viejo;" pero por lo demas, hay allí sobrado estudio, siéntese algo de afectacion, pálpase la dificultad que ha debido de superar el autor para hablar una lengua que no está en uso, y esto es bastante para que pase el trabajo como una cosa meritoria, singular, interesante si se quiere, pero que para reformar el abuso no dejará de ser estéril. Es una especie de reaccion sobrado violenta, y las reacciones no son lo mas á propósito para producir buenos resultados.

Demas que aquí median otras razones, que es preciso meditar bien. Cuando hay imitacion en la lengua, es porque la hay en el pensamiento, y esto esplica bastante que los remedios dirigidos á la lengua son meros paliativos. Pero ¿y el mal en el pensamiento, cómo se cura? ¿dejaremos de imitar en el órden de las ideas? He aquí la cuestion en toda su gravedad, en toda su desnudez.

Cuando una nacion imita, es necesario que medien para ello causas, porque nada se hace en el mundo sin razon suficiente. Esta causa se halla por lo comun en que una nacion tiene otra á la vista, mucho mas adelantada en civilizacion ó en cultura, y cuenta que nos valemos de la disjuncion, porque estas palabras espresan, ó al menos deberian espresar cosas muy diferentes. Si hallarse pudieran dos pueblos cuyos principios de civilizacion y cultura fuesen enteramente los mismos, entonces seria mucho mas natural que el que anduviese detras imitase al que marcha delante; entonces el pueblo imitador y el imitado, como salen del mismo punto y se dirigen al mismo término y todos por idéntico camino, vendrian como á confundirse en uno solo; el uno seria el tronco, el otro una rama. Pero sucede á menudo que dos pueblos de civilizaciones muy diferentes, quieren asemejarse en cultura, y esto es el orígen de grandes estravíos. La civilizacion romana era muy distinta de la civilizacion griega; halláronse los romanos con el esplendor, con la belleza de la cultura griega: de buen ó mal grado, tuvieron que emparejarse Régulo y Arístides, Escipion y Alcibiades, y esto era imposible: aque-

llos hombres en nada se parecian. Los pueblos europeos, sedientos de saber, se encontraron con los monumentos de Grecia y Roma, deslumbráronse: no se pararon en la inmensa diferencia de su civilizacion, y el cielo cristiano hubo de dar junto con el olimpo de los elisios, y la cruz con los dioses inmortales. El contraste es vivo, chocante, y no encontramos cosa mas á propósito para hacerle resaltar y al mismo tiempo para espresar todo nuestro pensamiento, que el secretario del Papa Leon X, el célebre cardenal Bembo, llamando á Jesucristo un héroe, á la vírgen *Dea lauretana*, y haciendo decir al Papa al anunciar á los príncipes y reyes su ecsaltacion al pontificado, que él habia sido creado pontífice por los decretos de los dioses inmortales.

Una gran cuestion ha ocupado en tiempos recientes á los literatos y á los filósofos, sobre las ventajas del cristianismo y del paganismo con respecto á la literatura, y en particular á la poesía. Pues bien, esta cuestion, no siendo de pura teoría, antes sí de práctica, en cuyo caso podia considerarse como un litigio entre la musa cristiana y la musa pagana, en que se disputaban la preferencia, y aun el establecimiento; no siendo, repetimos, de pura teoría, hubiera sido absurda, ridícula, si no hubiera sido necesaria; y decimos necesaria, porque tal habíanla hecho la monstruosa confusion de ideas, que merced á la ciega imitacion de los antiguos se habia introducido.

Por lo demas, á no mediar preocupaciones, la cuestion era muy sencilla: ¿el paganismo puede ser el alma de la literatura moderna? ¿puede continuar disfrutando de la preponderancia que habia adquirido? La respuesta debia ser muy fácil, consistia en una pregunta: ¿puede contarse con entusiasmo lo que no se cree, lo que se tiene por absurdo, lo que se mira como un tejido de bellas mentiras? ¿puede encontrar eco en la sociedad, lo que es rechazado por las ideas, costumbres y leyes de la misma sociedad? ¿puede entronizarse en el reino de la literatura lo que ha sido destruido y abolido para siempre en el órden social? ¿Sí ó no? Si se nos responde que sí, entonces diremos que la literatura es un puro pasatiempo, un juego, no es la espresion de la sociedad, no es la espresion del entendimiento, no la efusion del corazon; es un arte frívolo en que pueden atarearse los ociosos y desocupados, que puede servir como para lucir la habilidad, el ingenio y el trabajo, pero que no echará nunca raices en la sociedad, será una planta artificial, bella si se quiere, pero sin vida, sin aroma, sin fruto. No tememos asegurarlo; la cuestion presentada bajo este punto de vista, no llega á cuestion, no hay dos resoluciones; es un teorema, una verdad clarísima; el ponerla en duda, es no comprender lo que es literatura, es una

aberracion inconcebible. Y sin embargo, merced al prurito de imitacion, este teorema era una cuestion, y cuestion dudosa. Confundíase con otra de la que debe prescindirse enteramente, cual es si en literatura la fábula del paganismo es preferible á la religion cristiana. No debia tratarse de esto, sino de si una literatura impregnada de mitología, no era para nosotros un contrasentido. Porque ¿qué os pareceria si viérais en los juegos olímpicos disputar la palma la poesía hebrea á la griega? Así es que Chateaubriand, no tanto resolvió la cuestion de preferencia, como hizo sentir la necesidad del cambio.

No es tanta la diferencia que media entre los pueblos modernos entre sí, como la que se halla entre éstos y los antiguos; porque su civilizacion dimana toda de una misma raiz, y son numerosos los puntos de contacto y los aspectos de semejanza. Sin embargo, á pesar de ser uno mismo el color, no dejan de ser muy variados los matices, y esta variedad basta para producir considerables daños cuando se quiera importar en un pais la literatura de otro. Los críticos ingleses se quejan justamente de que con la restauracion se les introdujo la escuela del siglo de Luis XIV, que imitada por largo tiempo por sus primeros ingenios, contribuyó no poco á disminuir el número de las producciones originales, y alejando la época en que pudiera ser debidamente apreciado el mérito Shakespeare; sin que se crean integrados del daño por lo que ganó durante esa época su literatura en regularidad, en esactitud, y hasta en gracia, en cuanto así puede apellidarse el resultado de ingeniosos esfuerzos, sujetados inflecsiblemente á las reglas de un arte, y á la imitacion de los modelos que se tienen á la vista.

Nosotros, con mas razon que los ingleses, podemos lamentarnos de tal daño, pues que ha sido mucho mayor que entre ellos por la suma facilidad de causárnoslo. Fronterizos y dominantes los franceses, han ejercido sobre nosotros una influencia sin límites, y á pesar de las hondas diferencias que distinguen nuestra civilizacion de la suya, nótase hace mucho tiempo el tenaz empeño de hacernos cultos á la francesa, literatos á la francesa, y ojalá no hubiese habido tambien el empeño de civilizarnos á la francesa.

En la larga distancia á que marcha de nosotros esa gran nacion, en el inmenso poderío que le asegura sobre nuestro pais una poderosa influencia, no solo sobre nuestro suelo, sino tambien sobre la Europa entera, hay un grande obstáculo para que podamos desentendernos de su influencia literaria, mayormente cuando en los tiempos actuales no puede ninguna nacion aislarle en lo que toca á las ciencias; y siendo los franceses por su genio comunicativo, los pro-

pagadores natos de todos los conocimientos de Europa. Estas circunstancias embarazarán por mucho tiempo nuestro movimiento literario; y si nuestra patria puede levantarse de la postracion en que la tienen abatida tantas guerras y discordias, es regular que el ingenio español participará del mismo desfallecimiento, y que no tendremos el gusto de ver muchas producciones originales.

Entre tanto, si se nos pidiera cuáles son los medios mas á propósito para restaurar nuestra literatura, para darle vida y originalidad; si nos fuese dado dirigir una palabra á esa juventud que se levanta tan sedienta de saber, y que ciertamente es digna de mejores tiempos, le diriamos que sin descuidar el gran movimiento científico y literario que se está operando en Europa, sin descuidar las modificaciones que consigo llevan hasta en la lengua, los adelantos de la filosofía, procuren ser ante todo españoles. Si quereis estudiar la historia, consultad enhorabuena á esa escuela filosófica rica de observacion que se ha levantado en el presente siglo, y que andando el tiempo dará grandes frutos de verdad; pero no olvideis el escudriñar nuestros archivos, revolver nuestras crónicas, y leer con incansable teson nuestros sábios y sesudos historiadores. Si os abandonais á las inspiraciones de la literatura, prendaos en hora buena del fuego de los sentimientos, de la viveza de los colores, de la osadia de los rasgos con que se distinguen esas producciones tan variadas, tan ricas, que esmaltan algunos paises estrangeros; pero si quereis andar tras sus pisadas, no cerreis la puerta á la inspiracion, no malogreis las prendas con que os ha dotado la naturaleza, buscando en la historia estrangera los tipos de vuestras concepciones. ¿Acaso no os ofrecen bastantes materiales una tierra donde encontrais á cada paso la torre de los sarracenos, al lado de un castillo feudal, una mezquita convertida en templo cristiano, donde oís todavía los sentidos trobos en que se recuerda la colosal lucha de dos grandes pueblos, de dos grandes principios religiosos, de dos civilizaciones, por el largo espacio de 800 años? ¿Nada podrá decir á vuestra inspiracion un pueblo que salido de la cueva de Covadonga avasalló el poderío de la media luna, sojuzgó la Italia y la Flandes, dominó el Africa, descubrió un nuevo mundo, é hizo conquistas que parecerian fabulosas si no fueran tan recientes?

No cabe placer mas puro despues de tanta lectura francesa, que solazarse con nuestros escritores del siglo de oro, y hasta es una diversion no escasa de provecho, el pasar algunos ratos con nuestros escritores de la época Gongorina. A pesar de sus estravíos, á veces intolerables, conservan todavía cierta pureza de lenguaje, cierto sabor tan español, descúbrense tantas trazas de costumbres que em-

pézamos á olvidar, hay tanta travesura de ingenio, recógese tanta luz para comprender á fondo nuestra sociedad, y aun para esplicar las causas de nuestra decadencia, de nuestras revoluciones y desdichas, que á buen seguro que quien haya empezado á saborearse en su lectura, andará afanoso en busca de libros españoles; y á pesar del empalagoso afilosofamiento de que está saturado el aire que respiramos, no verá con repugnancia los títulos peregrinos, las dedicatorias estravagantes, las aprobaciones pomposas de que andaban atestados nuestros libros. Un verdadero filósofo recogerá mucho oro en medio de aquel indigesto é informe monton de materiales: allí estudiará, allí verá con un conocimiento intuitivo á la sociedad espoñola, de allí copiará los caractéres, los cuadros verídicos interesantes, si es que se dedique á las bellas letras; de allí tomará rico caudal de reflecsiones para proceder con seso y mesura, si es que su destino le dé alguna influencia en los negocios de nuestra patria.

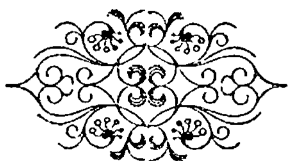
Y no es que no conozcamos la inmensa distancia que de aquellos tiempos nos separa, no es que se nos oculten los adelantos de la filosofia y las hondas diferencias que esto ha debido introducir hasta en el lenguaje; pero por ser diferentes y aun lejanos los tiempos, no dejan de influir todavía sobre la época presente; y aun si bien se mira, *la misma lejanía es un manantial de ilusiones poéticas.*

Tal vez nos habemos equivocado en el modo de mirar esa importante materia, quizás nos hemos dejado llevar por la pasion que tenemos, y lo decimos sinceramente, y hemos tenido siempre por la originalidad. No pretendemos desterrar la imitacion; conocemos que es útil, que en muchas cosas es necesaria, pues que la mayor parte del linage humano, no ha nacido para abrir nuevos senderos, sino para seguir los ya trillados. Pero hemos querido sí, hacer notar los escesos que en esta parte ha habido; hemos querido sí, que se advirtiese que estos escesos habian acarreado males de monta á la literatura y á las ciencias; y que se viese la necesidad de reducir la imitacion á sus justos límites, y que se procurase no esterilizar el ingenio, sujetándole á trabas que para nada son necesarias.

Echase de ver que no era de este lugar el entrar detalladamente en señalar reglas para la imitacion: esta es tarea que no han descuidado los retóricos, y que hubiera estado fuera de su puesto en un breve artículo, en que solo se trataba con algunas indicaciones, de llamar la atencion sobre un punto que tan ancho campo presenta á la investigacion filosófica, que tanto interesa á la verdadera inteligencia de la literatura, y que afecta profundamente su porvenir.

No simpatizamos con esa escuela llena de talento y de monstruo-

sidades, que no solo ha saltado las eternas vallas prefijadas por la razon y el buen gusto, sino, y esto es lo mas doloroso, ha olvidado que la literatura es para moralizar y no para corromper; pero confesamos francamente que esa especie de revolucion que se ha practicado contra el clasicismo, es decir, contra la imitacion reducida á sistema, y con todos los atavíos del saber, de la erudicion y del buen gusto, la miramos hija de causas muy naturales y legítimas, demandada por la misma fuerza de las cosas, en armonía con nuestras necesidades sociales, y destinada á alcanzar su blanco, que será armonizar la sociedad y la literatura, quitar ese divorcio que circunstancias infaustas habian acarreado, y hacer que siendo las producciones del genio la verdadera espresion de la sociedad, no sea un mero pasatiempo, sino una efusion del alma; no un arte limitado á la esfera de los eruditos, sino una armonía celeste que pueda hacer resonar sus acentos muy alto, esparciéndose sobre las otras clases; creándose así una literatura somal ó social, una recíproca correspondencia en que la sociedad influya sobre la literatura, y la literatura sobre la sociedad.



EL ABATE DE RAVIGNAN.

Nada de cuanto puede influir sobre los destinos de la Francia, debe ser indiferente á los ojos de un observador de las sociedades modernas, porque lo que tiene accion sobre aquella, lo tiene sobre éstas. Así, es de la mayor importancia el fijar la atencion sobre los grandes hombres que descuellan en este pais, porque aun suponiéndolos de dimensiones mas pequeñas que los hombres eminentes de otros paises, se hallan indudablemente colocados en una posicion mas á propósito, sea para el bien, sea para el mal. Sin entrar ahora en investigaciones sobre el conjunto de causas morales y aun físicas, que contribuyen á la produccion de semejante fenómeno, causas en cuyo señalamiento andarian muy discordes las opiniones, menester es confesar un hecho que salta á los ojos de todo el mundo, cual es que la nacion francesa tiene algo de mas *comunicativo* que las demas de Europa. Esto, ni es un título de superioridad, ni tampoco es siempre una ventaja: no juzgo el hecho; no hago mas que consignarlo. Pero lo cierto es que si una idea, si una institucion se han de generalizar, si han de estenderse por todo el mundo, es necesario que vayan á Francia á buscar, por decirlo así, el sello de *cosmopolitismo;* cuando se hayan difundido por la Francia, pueden estar seguras de su propagacion por el universo. Para este efecto no sirven tanto ni la altanera seriedad del inglés, ni la meditabunda flema del aleman, ni la sesuda gravedad del español; necesítase algo de aquella flecsibilidad, de aquella ligereza, de aquella prontitud y vivacidad que caracterizan el genio francés; á veces hasta conviene aquel entusiasmo, que en otros paises se calificaria

de atolondramiento, y que no obstante, es uno de los vehículos mas seguros y eficaces de una propagacion rápida y estensa.

Cuando digo esto, que es como un preámbulo de la grave materia que me va á ocupar, no tengo la insensata pretension de esplicar por causas naturales los prodigios de la gracia en los grandes senderos marcados por la Providencia para el progreso del Catolicismo. Semejante pretension estaria en desacuerdo con mis creencias, pues que convertiria la obra de Dios en obra de la mano de los hombres. Pero ¿por qué no me ha de ser permitido hacer observar la sabiduría de Dios en escoger por foco de una regeneracion religiosa y social, el mismo pais que medio siglo antes lo fuera de impidad y de ateismo? ¿Por qué dejariamos de admirar los altos designios del Eterno en hacer servir para el bien las mismas calidades que sirvieron para el mal? ¿No es esto, por ventura, lo mismo que en cierta manera ha reconocido el vicario de Jesucristo, dejando que continuase en Francia el centro directivo de la *obra de la propagacion de la fé*, que tantos y tan pingües frutos ha producido en la viña del Señor? La *gracia no destruye la naturaleza:* Dios, en la profundidad de sus arcanos, se vale de las causas naturales para contribuir á los efectos sobrenaturales; porque como centro infinito de luz y de vida, fecunda con su palabra omnipotente la naturaleza, como fecundó en el principio de los tiempos el caos y la nada.

Estas reflecsiones eran indispensables para comprender en toda su estension la importancia del objeto que nos va á ocupar, y para que se conociese que los grandes hombres suscitados en Francia por la diestra del Escelso para la defensa y esplendor de la religion católica, son como otras tantas lumbreras colocadas sobre el candelabro para la iluminacion del mundo. Así debemos esperarlo, cuando vemos que la patria de Voltaire es tambien la patria de ***Ravignan***.

Este nombre ilustre es ya conocido en México; pero quizás no lo sea lo bastante para escitar todo el interés á que se hecho acreedor. No me propongo escribir una biografia cumplida, sino consignar algunos apuntes, por si en algo pudiesen interesar la curiosidad de los lectores. Aun mas: el escribir esta biografia no fuera posible tampoco, por la sencilla razon de que faltan noticias detalladas sobre la vida del hombre que es su objeto. Dificil se hace de creer que un hombre de celebridad europea, sea casi desconocido del público en lo tocante á las particularidades de su persona; y no obstante, nada hay mas cierto; bastando decir, que en la biografia del clero contemporáneo que se está publicando en Madrid, se encuentran muy escasas noticias sobre los pormenores de la vida de este hom-

bre estraordinario. ¡Tanto es el retiro en que vive! ¡tanto el cuidado que emplea su humildad en ocultarse de los ojos de los hombres! La ecsistencia de Ravignan pasaria desapercibida como un grano de arena en la inmensidad del océano, si no apareciendo de vez en cuando en la cátedra de la verdad, como un ángel del cielo para anunciar la palabra del Señor, no fijase por algunos momentos la atencion de un mundo ligero y corrompido, atrayéndole como por encanto al rededor de su humilde persona, teniéndole suspenso de sus labios con el hechizo de su palabra, y arrancándole un homenage á la verdad con la irresistible fuerza de su lógica elocuente.

M. de Ravignan nació en Bayona en 1793. Sus primeros años nada ofrecen de particular; y por ahora no se cuentan de él ninguna de aquellas anécdotas interesantes de que con mas ó menos fundamento y verosimilitud, suele complacerse la admiracion pública en rodear la cuna de los grandes hombres. Sin embargo, no puedo pasar por alto una particularidad que conviene notar como de alta importancia para demostrar una verdad muy sabida por cierto, pero no bastante atendida, cual es la influencia de las madres en los destinos de sus hijos. La respetable madre de M. de Ravignan era una muger sobremanera piadosa, que procuraba educar á sus hijos en el santo temor de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas. Asi, despues de haberse observado ya la influencia que tuvieron la madre de Voltaire y la de lord Byron, podrá tambien notarse la que ejerció la madre de M. de Ravignan. Es preciso no olvidarlo: á la formacion del hombre intelectual y moral, contribuyen un sinnúmero de causas cuya influencia es tanto mayor, cuanto es mas continua, y cuanto mas encuentra nuestro entendimiento desprovisto de ideas, y nuestro corazon mas tierno para recibir todo linage de impresiones. Y he aquí por qué las madres son las que forman principalmente al hombre: he aquí por qué no pocas veces debe buscarse en ellas una de las principales causas de la direccion que toma en la carrera de la vida. Pero volvamos á nuestro objeto.

Por mas escasos que sean los pormenores que se tienen de la vida de M. Ravignan, sábese, sin embargo, que en su primera juventud, y mientras seguia sus estudios de abogado, conservaba en su corazon la enseñanza recibida en la casa de sus padres; y lo que es mas, procuraba ponerla en práctica, no queriendo que quedase estéril, como semilla arrojada en terreno pedregoso. Todos los que tuvieron el gusto de conocerle cuando seguia sus estudios, recuerdan todavía con placer la noble sencillez, los modales apacibles, la interesante modestia que formaban el adorno de sus elevados talentos, que se iban desenvolviendo cada dia mas con su aplicacion asidua y cons-

tante. Concluida su carrera, y habiendo obtenido el diploma de licenciado en derecho, recibióse de abogado en Paris, y empezó á ejercer su profesion con aquel lustre que habian prometido sus felices disposiciones. El abogado de veintidos años, que empezaba á grangearse una nombradía brillante, que se veia respetado de cuantos le rodeaban, que colocado en Paris miraba abierta ante sus ojos la doble carrera de la magistratura y de la política, ¿quién dijera que pudiese abrigar ni el mas remoto pensamiento de abandonar el mundo, de vestirse una humilde sotana, y de consagrar el resto de sus dias al Señor en la oscuridad del mas profundo retiro!

Crece todavía de punto la admiracion cuando se sabe que lejos de frustrársele las bellas esperanzas de un brillante porvenir, se le fueron confirmando cada dia mas, y que, apenas se habia presentado en la escena del mundo, las distinciones y los honores venian á favorecerle á porfia. A la edad de veintitres años fué nombrado consejero auditor, y no tenia mas que veintiocho cuando ocupaba ya el distinguido puesto de sustituto de procurador del rey en el tribunal del Sena. En ambos casos portóse de tal suerte, que no desmintió las esperanzas que se habian fundado mucho antes en las bellas disposiciones de su espíritu; y cuantos le conocian no abrigaban la menor duda de que el jóven jurisconsulto iba á encumbrarse rápidamente á los primeros puestos de la magistratura.

Habria pasado un año desde su nombramiento para sustituto de procurador del rey, cuando la Gracia habia llevado á complemento la admirable obra que habia de desconcertar los livianos pensamientos de un mundo que no conoce otro brillo que el esplendor de una gloria pasagera, ni otros goces que los que alcanza á proporcionar un pedazo de oro. Difundióse de repente entre los amigos y conocidos de M. de Ravignan una noticia que los dejó frios de asombro. El jóven magistrado habia hecho renuncia de su destino y habia entrado en el seminario. Su justificacion y delicadeza en el ejercicio de sus funciones judiciales, la severa moralidad de su conducta privada, su estricto cumplimiento de los deberes religiosos, manifestaban ciertamente desde mucho tiempo, que M. de Ravignan abrigaba en su mente algo de mas grave y elevado de lo que suele acompañar á edad tan temprana y á posicion tan halagüeña; pero de aquí á renunciar completamente todas las ilusiones de un brillante porvenir, de aquí á entrar en un seminario y á sepultarse en el retiro para meditar y orar, habia una distancia inmensa, y pocos hubieran creido que M. de Ravignan la hubiese salvado tan pronto. Hizolo, sin embargo, y no alcanzaron á apartarle de su propósito todas las reconvenciones que le dirigie-

ron hasta personas muy sábias y religiosas. He aquí lo que le escribia el procurador del rey, M. Bellard, contestando á la carta en que le habia enviado su renuncia, junto con la noticia de su resolucion. "Mi querido Ravignan: Si yo, lo mismo que vos, no estuviese desengañado de las ilusiones humanas, vuestra carta me hubiera afligido profundamente, y sentiria sobremanera, para mí y para el mundo, la pérdida de un jóven que prometia ser el ornamento de la magistratura, y dispensar al pais señalados servicios. Sentiria vivamente que vos mismo pusiéseis tan pronto fin á una carrera empezada con tan brillantes auspicios, y que lisonjeando noblemente vuestro orgullo, os hubiera ofrecido mil ocasiones de ser útil á la religion, á la sociedad y al rey, con la profesion de las buenas doctrinas y con una ilustrada distribucion de la justicia. Pero por mas que me sienta inclinado á aplaudiros, por el disgusto que me inspira el espectáculo de demencia y perversidad á que asisto, creo, sin embargo, que debo en conciencia elevarme sobre esta especie de egoismo que me lleva mas bien á envidiar vuestra resolucion que no á desaprobarla, é invitaros, mi querido Ravignan, á que mediteis de nuevo sobre ella. Pensad que es muy grave, que va á imponeros deberes muy austeros, muchas privaciones sobrehumanas, y que es menester que os veais bien seguro de plegaros á ellos, hoy, mañana, muchos años, para siempre, vuestra vida entera, sin quejas, y sobre todo, sin arrepentimiento.

"Por lo que á vos toca, si estais seguro de vuestra perseverancia, os considero muy feliz en salir de ese tumultuoso teatro, donde siento yo con demasiada frecuencia el tedio de la vida, para no apreciar en su justo valor la dulce paz del alma de que debe de gozar el que favorecido de Dios, es capaz de vivir lejos de esa desenfrenada escena de pasiones, de crímenes y de locura, tales que no creo se haya visto jamas cosa igual en ninguna época. Pero ¿no seria posible que en vuestra resolucion cupiera tambien alguna parte al egoismo? A buen seguro que conquistando una posicion dichosa en que escapareis á todos los peligros, habreis sacado buen partido de las ventajas de la sociedad humana; pero ¿estais bien seguro de que no sacrificais á vuestro gusto algunos deberes?

"Yo venero en el fondo de mi alma á los héroes de la religion, que se consagran á esta vida de perfeccion y de continuos sacrificios, en la que pueden hacer tanto bien á sí mismos y á los demas, con tal que no tengan otras miras que las del cielo y de la caridad; pero un heroismo semejante solo puede dimanar de la gracia del Todopoderoso, pues que si el héroe da un paso atras, si vuelve á ser hombre, queda todavía menos que hombre. Mi tierna y sincera

amistad, mi querido Ravignan, es quien me sugiere esas reflecsiones; meditadlas bien: es posible que vuestra empresa espante demasiado mi imaginacion, porque no me siento como vos, capaz de acometerla; como quiera, mi afeccion paternal me obliga á espresarme con tanta libertad. No combato vuestro designio; solo os invito á que le madureis bien: el empeño no está contraido aún; pero si lo fuere algun dia, yo solo procuraré afirmaros en él, ansiando vivamente que en el nuevo estado hagais tanto bien, como podeis hacerlo en el que vais á dejar."

Reflecsiones tan graves y sentidas de parte de un amigo, y de un amigo tan respetable como M. Bellard, uno de los magistrados mas distinguidos que hayan honrado la Francia, natural era que produjesen en el ánimo del jóven Ravignan una impresion profunda. Iba á dejar el mundo, iba á renunciar una carrera brillante para entregarse, en la oscuridad del santuario, á la oracion y al retiro; y si despues no tuviera bastantes fuerzas para proseguir el penoso camino que iba á emprender, ¿qué dirá el mundo? ¿cómo le será posible soportar la maligna sonrisa de la disipacion y del vicio, que se gozarán en la derrota que en cierto modo sufriria el espíritu de abnegacion cristiana? Así es que la sensible alma del jóven Ravignan se encontró vivamente afectada al leer las paternales advertencias de un hombre que le amonestaba con toda la efusion de su alma, de la gravedad del empeño que iba á contraer. Pero la gracia del Todopoderoso alcanza infinitamente mas allá de las fuerzas humanas. Confirmándose, pues, M. de Ravignan en su primera resolucion, entró en el seminario de San Sulpicio. Permaneció allí un año, y pasado éste, abrazó el instituto de los jesuitas.

Los curiosos se han ocupado en averiguar las causas de este último paso; entrando con esta ocasion en cotejos y en conjeturas de que se abstendrá el que escribe estas líneas. En asuntos de esta clase es necesario mantenerse en prudente reserva; estos son secretos del interesado, y nadie puede lisonjearse de aclararlos con visos de probabilidad. Mejor diremos, son secretos de la Providencia, que hace del hombre lo que quiere conforme á sus insondables designios.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que la Compañía de Jesus pudo aplaudirse por adquisicion tan preciosa; y se ve por aquí que la Compañía, salida de sus ruinas, conserva todavía el don que de antes le habia distinguido, y es el contar entre sus miembros hombres eminentes. El marqués de Pombal y el conde de Aranda no pensaban, á buen seguro, que en el primer tercio del siglo décimonono hubiesen de realizarse hechos semejantes. ¡Es tan escasa la prevision del hombre! . . . . . Pero volvamos al intento.

Ya se deja suponer que el ilustre sustituto del procurador del rey, trocado en novicio de jesuitas, debia de escitar la curiosidad del público, y particularmente de cuantos tenian proporcion de verle de cerca. Pero M. de Ravignan no habia entrado en los jesuitas para captarse vana celebridad; su abnegacion no era la de los filósofos antiguos, que se ocultaban para ser buscados; era una abnegacion enteramente cristiana, que abraza la cruz y sigue á Jesucristo. Así es que presentando el modelo de las virtudes de un verdadero religioso, procuró ocultarse cuanto le fué posible. Y esto con sinceridad, con espíritu de humildad cristiana, dejando á la Providencia el cuidado de ponerle algun dia cual luz sobre el candelabro.

Rígido observante de las reglas de su instituto, como el menor de sus hermanos, parecia haberse olvidado completamente de que habia vivido en el mundo ocupando una posicion distinguida. Así es que al paso que escitaba la admiracion de todos, se grangeaba tambien su afectuoso aprecio, adquiriendo al propio tiempo sobre sus compañeros, aquel ascendiente suave y decisivo que solo puede nacer de una superioridad formada de un talento elevado, de una índole amable, y de una virtud acrisolada. Nombrado *admonitor* al cabo de poco tiempo de su entrada en el noviciado, aprovechó sus felices disposiciones para contribuir al bien de sus hermanos, ejerciendo sus funciones cual era de esperar de su prudencia y de su celo. Su mejor consejero era la oracion; allí iba á beber las santas inspiraciones, no solo para la direccion de su conducta, sino tambien por lo que le incumbia de la de los otros. Al pié de la cruz aprendia el sublime enlace de la prudencia de la serpiente, con la sencillez de la paloma.

La verdadera sabiduría, aquella sabiduría que reconoce por principio el temor de Dios, y que está destinada por la Providencia para producir frutos de salud, no entra en un alma malévola, segun la espresion del sagrado testo; semejante luz no se alberga en el entendimiento cuando no está puro el corazon. Por esta causa se preparaba M. de Ravignan con el ejercicio de todas las virtudes, antes de acometer la dificil tarea de los estudios eclesiásticos, que debian habilitarle para el ejercicio del santo ministerio. Pero cuando llegó la hora de empezar su obra, se dedicó á esa clase de estudios con todo aquel ardor de que es capaz una alma grande, que guiada por una inspiracion sublime, se adelanta generosa hácia el cumplimiento de un alto destino. La Sagrada Escritura, los Santos Padres, los Concilios, la historia eclesiástica, formaban el objeto de sus asiduos trabajos; mostrando en su nueva tarea la misma laboriosidad, el mismo ardor, la misma constancia que habia manifestado en el es-

tudio de la jurisprudencia. Que los jesuitas tuvieron en M. de Ravignan un alumno muy aprovechado, y que al ser promovido á profesor se grangeó el aprecio y la admiracion de sus discípulos, inútil es decirlo, y los lectores lo habrán adivinado desde que le habrán visto entrar en la Compañía. Voy, pues, á fijar la atencion sobre el punto de vista bajo el cual ha considerado el padre Ravignan sus estudios eclesiásticos, y cuál ha sido la direccion que ha creido conveniente darles.

El dogma de la Iglesia católica es inmutable, porque este dogma es la verdad, y la verdad es siempre la misma. La moral de la Iglesia es tambien inmutable, porque esta moral es el dogma aplicado á los actos humanos; y así es qué está tambien comprendida en el dogma. Depósito sagrado que la Iglesia ha recibido de Jesucristo, y que ella no puede enagenar ni mutilar; depósito que ha de comunicar incesantemente á los fieles, transmitiéndole de generacion en generacion hasta la consumacion de los siglos. Por esta causa la Iglesia no puede transigir en materias de dogma ni de moral, y los doctores y los oradores católicos no pueden, sin abdicar de este carácter, enseñar á los pueblos otra doctrina que la misma que se ha enseñado desde el principio de la Iglesia. Esto es muy cierto; pero tambien lo es, que la misma doctrina es susceptible de esposiciones muy diferentes, sobre todo cuando se trata de hacerla plausible á los ojos de la razon, y de acomodarla á la capacidad y aun al gusto de cada época. San Cipriano, San Agustin, San Juan Damasceno, Santo Tomás de Aquino, todos son doctores católicos, todos esplican y apoyan la doctrina de la Iglesia; pero no obstante, la diferencia entre sus escritos es incontestable, no solo por lo que toca al estilo que es propio de cada época y de cada autor, si que tambien con respecto á las razones que alegan, y al punto de vista bajo el cual presentan la verdad de la doctrina de la Iglesia. Andando el tiempo, han ido apareciendo otros doctores insignes que han consagrado su vida á la defensa de la fé católica, y en todos se ha podido observar el mismo sistema de conducta, esto es, de acomodarse á las necesidades y al gusto de cada época; y no transigiendo en puntos de dogma, no haciendo al error concesiones sacrílegas, pero sí empleando en pro de la causa de la verdad, todos los medios que se empleaban de la parte opuesta en apoyo del error.

Infiérese de aquí la necesidad que tienen tambien los escritores y oradores de nuestro tiempo de imitar la conducta de sus predecesores; y que por tanto deben procurar colocarse en el verdadero punto de vista, para apreciar debidamente el espíritu y las tendencias del siglo en que viven; conociendo los elementos que abriga, así

buenos como malos; aquellos para aprovecharlos en la ocasion oportuna, éstos para que no se ignore donde debe aplicarse el remedio. He aquí lo que ha procurado hacer M. de Ravignan. ¿Quereis persuadiros de la esactitud de esta observacion? leed los temas sobre que giran sus discursos, ved las proposiciones que asienta, las razones en que las apoya, y notareis que él ha comprendido el espíritu del siglo, y que conoce de qué manera debe lucharse contra ese espíritu con las armas del espíritu de Dios.

En su primera conferencia tenida en 12 de Febrero de 1837, ya manifestó el orador su alta penetracion, cuando se propuso ecsaminar las dos cuestiones siguientes: ¿Cuáles son los elementos favorables al Catolicismo, que abriga la sociedad actual? ¿cuáles son los contrarios? He aquí dos cuestiones grandes, inmensas, á la par que difíciles y delicadas: cuestiones sobre que debe fijarse la primera mirada del escritor y del orador cristiano: pues que de ellas depende nada menos que el acierto en la eleccion del camino que ha de seguir; cuestiones que no pueden resolverse por el mero estudio de la historia, porque la historia de lo presente no ecsiste aún, y lo que pasa á nuestros ojos, es muy diferente de lo que vieron nuestros mayores; cuestion que demanda nada menos que una atenta observacion de los hechos que nos rodean, una apreciacion tranquila de los acontecimientos que se verifican, sin ecsagerar ni el bien ni el mal, sin transformar en realidades lo que no es mas que un temor ó un deseo. Cuestiones hay que honran, no diremos á quien las resuelve, sino á quien solamente las propone; porque una de las pruebas de la superioridad, es colocarse de golpe en el verdadero punto de vista para la contemplacion de los objetos.

En su segunda conferencia tenida en 19 del propio mes, asentó M. de Ravignan esta proposicion: *el dogma del pecado original es la verdadera base de la filosofía de la historia.* Proposicion digna de ser como el punto de partida, de seguir inmediatamente á la propuesta en la conferencia antecedente, en que el orador se habia como preguntado: ¿dónde estoy? ¿qué camino debo seguir para llegar al término que me propongo? El anhelo, ó si se quiere el prurito de este siglo, es el de las investigaciones filosófico-históricas. Hay en esto sin duda algo de hueco, como en todo lo que pertenece á una época en estremo ligera y movediza; pero en el fondo se descubre un desengaño, fruto de dolorosos escarmientos, un deseo inspirado por necesidades apremiadoras, un profundo sentimiento del vacío que abrigan en su corazon la sociedad y la ciencia. Sin duda que desde la cátedra del Espíritu Santo, no se debe halagar las tendencias y el gusto del siglo, en lo que tengan de frívolo y de

nocivo; pero ¿por qué el orador que se encuentra con un auditorio que no respira otro ambiente que el de la época, no deberá colocarse al nivel de sus oyentes, trayendo las verdades católicas al terreno donde puedan ser ecsaminadas y desenvueltas del modo mas á propósito, para que haciéndose primero plausibles y agradables al espíritu, produzcan con el tiempo pingües frutos?

Así ha considerado M. de Ravignan su posicion de predicador evangélico en presencia de un siglo, que sumergido en la incredulidad legada por el anterior, está sediento, sin embargo, de encontrar la verdad, y se afana en buscarla en los inestricables laberintos de la filosofía. Salirle al paso en medio de este mismo laberinto, presentarle el hilo misterioso para sacarle de él y conducirle por suaves senderos á los brazos de la religion, he aquí lo que debe hacer un orador cristiano, que se encuentra en presencia de lo que se llama gran mundo, y que con razon ó sin ella presume de ilustrado. Y no se crea que M. de Ravignan procure deslumbrarle con la ostentacion personal, no se crea que olvide que uno de los milagros del Altísimo en la conservacion y propagacion de la fé cristiana, es *confundir lo fuerte con lo débil;* no lo olvida, por cierto, el hombre que vive en el mas profundo retiro, que sale de su humilde celda y se endereza al púlpito sin otros ausiliares que un entendimiento lleno de luz, que un corazon rebosante de caridad y de celo, y alentado con la esperanza en la omnipotencia de Dios, en cuyas manos están los corazones de todos los hombres. Y sin embargo de esta sencillez apostólica, logra reunir en torno de su cátedra lo mas escogido de la capital, viéndose junto con los obispos y el nuncio del Papa, Chateaubriand, Hannequin, Berryer, Lamartine, Cofarelli, Dupin, y Guizot.

Sin duda que el asombroso concurso que asiste á los sermones y conferencias de M. de Ravignan, es debido en parte á la curiosidad que escita naturalmente un orador distinguido; pero sin hacernos ilusiones sobre la verdadera situacion de las cosas, y sin pretender atribuir al espíritu religioso lo que pertenece á la curiosidad y á la moda, menester es confesar que hay en el fondo algo de sólido y consolador, y que las palabras del nuevo apóstol, no caen todas en terreno estéril. Mas de mil ochocientos hombres, la mayor parte jóvenes, recibieron la sagrada comunion en los ejercicios que se hicieron en la iglesia de Nuestra Señora de Paris en la última cuaresma, bajo la direccion del padre Ravignan: este hecho por sí solo dice mas que todos los comentarios.

Es sumamente consolador el ver que la religion vuelve á recobrar su ascendiente sobre los espíritus, y lo es todavía mas, cuando

esto se verifica con respecto á jóvenes pertenecientes á aquellas carreras que forman los hombres destinados á ser dueños un dia de los destinos de la sociedad. De esta clase eran en su mayor parte los jóvenes de que acabo de hablar, cursantes de leyes, de medicina, alumnos de la escuela politécnica, de la normal, literatos, empleados en las administraciones públicas; en una palabra, un escogido conjunto que desparramado dentro de pocos años por toda la sociedad francesa, y ocupando una posicion influyente, no podrá menos de ser muy útil á la estension y arraigo de las creencias y prácticas religiosas.

No me estiendo mas sobre este particular, porque no me propongo tocarlo sino por lo que tiene relacion con M. de Ravignan: fácil me será, sin embargo, presentar sobre este asunto detalles muy interesantes; porque hallándome en el mismo terreno de los hechos y en posicion bastante favorable para esaminarlos de cerca, podré consignar algunos tan preciosos como poco conocidos, con respecto al movimiento religioso que se realiza en Paris en un círculo escogido de jóvenes. Este número no es por cierto tan crecido todavía como fuera de desear; pero aumentándose como se aumenta de continuo, y en una direccion no solo de fé, sino tambien de piedad, ofrece á los ojos del observador un verdadero milagro de la gracia.

Segun todas la apariencias, una buena parte está reservada á M. de Ravignan, en el adelanto y la consumacion de la grande obra de la Providencia; y sin duda que ya en este mundo Dios quiere recompensar abnegacion tan sublime, con los inefables consuelos que le proporcionará la contemplacion del fruto de sus palabras. Luego de haber entrado en la Compañía, quiso M. de Ravignan desasirse de todos sus bienes; y cuando el escribano hubo estendido el acta que los transmitia á sus herederos naturales, se dice que esclamó: *Gracias á Dios, ya no tengo nada, ya soy libre;* pero en él se han verificado al pié de la letra las palabras del Divino Maestro, de que quien deja por Dios todas las cosas, recibe el céntuplo de lo que ha dejado. Cuanto mas pobre y mas humilde se presenta, mas grande parece á los ojos de todos; y su completo desasimiento de las cosas terrenas, hace mas fecunda su palabra, que todo el fausto y ostentacion de que pudieran rodearle las grandezas humanas. —Paris, 28 de Mayo de 1842.



INSTITUTO HISTORICO DE PARIS.

Estos últimos dias se me ha ofrecido la oportunidad de asistir á las sesiones del congreso histórico (1), que empezó el 15 de Mayo prócsimo pasado y terminó el 12 del corriente Junio. Este congreso es el octavo de los que ha celebrado la sociedad literaria, apellidada *Instituto histórico*, y de la que tiene el mundo literario noticia. Escusado es decir que aproveché la ocasion que se me brindaba; tanto mas, cuanto en el programa del congreso noté una porcion de cuestiones históricas, filosóficas y literarias, á cual mas importantes. La primera sesion á que me fué posible asistir, era para mí tanto mas grata, cuanto al interés del punto que debia ventilarse, se añadia la circunstancia muy particular de que un español célebre en la literatura y en la política, debia leer una memoria en francés, sobre la cuestion siguiente: *¿Cuál es la influencia del espíritu del siglo actual sobre la literatura?* Fácilmente se concibe la curiosidad que debia de inspirar á los españoles una sesion semejante, cuando el autor de la memoria era el Sr. Martinez de la Rosa.

No entraré en pormenores sobre el mérito del mencionado discurso (2); es regular que lo inserten traducido los periódicos de España;

---

(1) El Sr. Balmes pasó á Paris en el mes de Abril de 1842, con el fin de revisar la traduccion que se habia hecho del primer tomo del *Protestantismo comparado con el Catolicismo*, aun antes que se publicase el segundo. En Paris recibió los distinguidos homenages de las personas mas notables; y despues de visitar á Lóndres, regresó á Madrid.

(2) Esta brillante produccion del Sr. Martinez de la Rosa, se publicará en el núm. 38 de la revista religiosa, científica, literaria y amena, que se publica en esta capital, titulada: "La Civilizacion."—(Notas del editor.)

y el público sin duda le hará la justicia que le hizo el congreso, interrumpiendo repetidas veces al orador con ruidosos aplausos. Solo diré que el autor tuvo el cuidado de dejar en buen puesto el honor de la literatura española; y todavía mas, en una hermosa improvisacion con que rebatió á cierto orador que se habia permitido contra Lope de Vega acusaciones injustas, tuvo la habilidad de hacer sentir á los franceses lo mucho que nos deben, así ellos como otras naciones de Europa; pero diciéndolo todo con tal circunspeccion y miramiento, que las mismas verdades que en boca de otros hubieran sido quizás algo duras, saliendo de la suya eran aceptadas y aplaudidas.

Abrióse en seguida la discusion, y empezaron á hablar diferentes oradores en varios sentidos, conforme á la diferencia que se echaba de ver en sus opiniones religiosas, políticas y literarias. Bien que la cuestion se brindaba de suyo á dejarse trasladar á otro terreno diferente del literario, el Sr. Martinez de la Rosa no salió nunca de él; y colocado en el centro de la cuestion, si bien tocaba de paso la sociedad, las ideas religiosas, la política; en una palabra, todo cuanto debe figurar precisamente cuando se trata del espíritu del siglo, no olvidó que estaba hablando á un congreso histórico, y no á una asamblea política. Pero no imitaron su conducta algunos de los oradores que le siguieron, pues que insistiendo todos en el mismo pensamiento que habia sido el dominante en el discurso del Sr. Martinez de la Rosa, á saber: *la literatura es la espresion de la sociedad*, de tal manera les llamó la atencion esa sociedad, que no pocas veces olvidaron la literatura. La religion, la política, la industria; en una palabra, todas las ideas y todos los intereses que se agitan y que luchan en el mundo, hicieron una especie de irrupcion en aquel pacífico recinto, donde al parecer no debiera oirse otra cosa que los templados acentos de las ciencias y de las letras.

Que el siglo era un caos, decian unos; que era ecléctico, sostenian otros; estos ponderaban su fecundidad; aquellos se lamentaban de su esterilidad completa: quien decia, por ejemplo, que en la actualidad era imposible el poema épico, á mas de otras causas, por falta de héroe; quien encontraba ese *héroe* en el *pueblo*, afirmando que este era el héroe cantado por todos los poetas y los altos genios del presente siglo.

Por manera, que en buena parte de la discusion, allá se estaba arrumbada la cuestion literaria, tal como la habia dejado el Sr. Martinez de la Rosa, y de todo se trataba, menos de lo que al parecer debia considerarse como la cuestion dominante. Bien conocia ese estravío el señor presidente, que advertia á menudo á los oradores

que se sirviesen ceñirse á la cuestion, conformándose á lo que prescribe el reglamento. Vanos esfuerzos: los oradores protestaban de su deseo de atenerse á la observancia del reglamento; pero como se repitió una y mil veces que la literatura era la espresion de la sociedad, claro es que en tratándose de literatura, no dejaban los oradores de tener sus visos de razon, pretendiendo que no podian tratar de lo uno sin hacer algunas escursiones en lo otro. Se ventilaba ademas, cuál era la influencia del espíritu de este siglo sobre la literatura, y escusado era el pensar que todos los oradores habian de mantenerse en la línea trazada por el mesurado autor del primer discurso, y así se permitian, no solo las discusiones políticas, sino tambien una que otra descarga contra partidos y sistemas, que si no iban espresamente nombrados, bien podian los oyentes señalarlos con el dedo.

No se crea, sin embargo, que trate yo de culpar á los oradores por haber dado á la discusion un giro semejante. No tienen ellos la culpa, sino que ésta debe echarse sobre la cuestion misma, vaga de suyo y casi indefinible. Lo mas difícil que habia en ella, era el fijarla; porque para fijar una cuestion, no basta establecerla en pocas palabras y en términos que de puro usados parezcan estar al alcance de todo el mundo, sino que es preciso definir esos términos, y entenderse bien sobre ellos los contrincantes, si no quieren gastar inútilmente el tiempo sin aclarar nada. En mi juicio, ninguno de los oradores reparó bastante en esta necesidad: todos sentian lo difícil, lo vago, lo aéreo, por decirlo así, de la cuestion: y en verdad que no era menester mucho trabajo para advertirlo, cuando se veia la discusion flotando, por decirlo así, á merced de los vientos. Pero ninguno de ellos hizo un esfuerzo suficiente para salvar esa dificultad, ninguno insistió, como era debido, en remover el primer obstáculo, que todo lo oscurecia y confundia. Achaque comun á la mayor parte de los escritores y oradores de nuestra época, aficionados en demasía á considerar en globo los hechos, sin descender al análisis indispensable para conocerlos en detalle: conocimiento sin cuyo requisito es imposible dar un paso en ninguno de los ramos científicos y literarios. El análisis á la manera de Condillac, es insuficiente y aun dañoso; porque empeñado en aislarlo todo, lo desconcierta y lo corta todo. Pero el método seguido por otros escritores, que consiste en no definir nada, en no fijar nada, en no tomarse la pena de aclarar el sentido de las palabras mas importantes, mirarlo todo en grupo, ensanchando de tal manera las cuestiones, que todo lo abarquen, aun lo mas remoto del objeto de que se trata, es otro esceso condenado por la razon y el buen sentido, y que puede conducir las ciencias y las letras á un verdadero caos. Está muy bien

que en tratándose de apreciar el mérito de una obra perteneciente á aquel género de belleza, de sublimidad, *que mas bien se siente que no se conoce*, no se descienda á pormenores, á un ecsámen prolijo de todas las partes, que al fin acabaria por sofocar los movimientos del corazon, inhabilitándole para estimar debidamente su objeto; pero cuando lo que se propone es una cuestion filosófica, cuando los mismos términos en que viene entablada reclaman un análisis detenido, ¿por qué no emplearle? ¿por qué no tomarse la pena de definir las palabras antes de disputar sobre su sentido?

He aquí lo que faltó, á mi entender, en la discusion indicada. Bien es verdad que esto hubiera reclamado quizá mayor trabajo; pero es indudable que se hubiera ahorrado tiempo, y sobre todo, se habria dado algun paso mas para llegar al despejo de la incógnita.

Se preguntaba cuál era la influencia del espíritu del siglo actual en la literatura. Yo creo que nada se puede adelantar para resolver acertadamente la cuestion, si no se sabe de antemano lo que se entiende por *literatura* y por *espíritu del siglo actual.* Ademas, hasta convendria tambien ponerse de acuerdo sobre lo que se entiende por *influencia.* De suerte, que tenemos las palabras *literatura*, *siglo actual*, *espíritu*, *influencia*, todas á cual mas confusas y oscuras, cuya aclaracion es necesaria, absolutamente necesaria, no diré para resolver cumplidamente la cuestion, pero ni aun para hablar sobre ella con algun acierto.

He dicho que esas palabras eran á cual mas oscuras y confusas, y voy á demostrarlo.

En primer lugar ¿qué se entiende por *literatura?* Se dijo en la discusion que la literatura era la espresion de la sociedad. Claro es que no puede esto tomarse como una verdadera definicion, y que lejos de espresar la naturaleza del objeto de que trata, indica cuando mas una de sus cualidades. De otra suerte, siendo muchas y muy varias las espresiones de la sociedad, la literatura se confundiria con todas ellas. La legislacion de un pais, sus formas políticas, y otras cosas semejantes, espresan la sociedad; y sin embargo, no son la literatura. La arquitectura espresa tambien la sociedad, pues que como ha dicho un escritor con tanta profundidad como ingenio, la arquitectura es *la historia de los pueblos escrita en letras mayúsculas.* La pintura espresa tambien la sociedad, pues que de ella se podria decir una cosa análoga á lo que se ha dicho de la arquitectura. No basta, pues, decir que la literatura es la espresion de la sociedad: esta proposicion señala, si se quiere, uno de sus caractéres; nos da, por decirlo así, un rasgo de su fisonomía, pero no nos retrata esa fisonomía en su totalidad, no nos la hace conocer completamente.

Se dijo tambien que la literatura era la forma del pensamiento. Esta proposicion puede admitirse hasta cierto punto, porque siendo de suyo general y vaga, se presta á un sinnúmero de esplicaciones y sentidos. Pero tomada como una definicion, es tan incompleta como la que se acaba de desechar. En efecto, ¿qué significa *forma del pensamiento?* Sin duda que no es mas que aquello que sirve, por decirlo así, de vestido al pensamiento; en otros términos, es la espresion del pensamiento, pues que si el pensamiento se reviste de esta ó aquella forma, es para darse á conocer, para ser espresado. Ahora bien: si de esta suerte definimos la literatura, podrá decirse que el lenguaje es la literatura, que el gesto es la literatura, que las artes son literatura; en una palabra, todo lo que espresa el pensamiento del hombre, vendrá comprendido bajo esta palabra. Se dirá que cuando se emplea aquí el término *forma*, no se le toma en esta acepcion; pero entonces será necesario determinar esta misma acepcion, fijarla de un modo inequívoco, es decir, que se habrá definido una palabra por otra, que á su vez necesitaba de otra definicion, por cierto nada fácil.

Con el empeño de sacar la literatura del círculo en que parecia encerrarla la definicion antecedente, se dijo tambien que la literatura comprendia un espacio mas vasto, que abarcaba todos los pensamientos y sentimientos del hombre, que era la espresion de sus necesidades, de sus deseos, y hasta de sus caprichos; que no se limitaba á ser el órgano de este ó de aquel individuo, de esta ó de aquella clase, sino que era como el idioma de la sociedad entera, el espejo donde ésta reflejaba; lo que al fin no venia á ser otra cosa que repetir y amplificar lo mismo que se ha impugnado ya mas arriba, á saber, la definicion de la literatura, diciendo que era la espresion de la sociedad. Esta manera de definir la literatura, es ciertamente muy acomodada á cierta clase de espíritus que gustan de generalidades; pero tiene el inconveniente de abrir la puerta á toda clase de discusiones en que no se fija nada. El Sr. Martinez de la Rosa, si bien insistió sobre este pensamiento, estuvo muy lejos de adoptarle como una verdadera definicion. Desde el comienzo de su discurso trató con cierto desden esa espresion favorita de la época, diciendo: *Si como se ha repetido tantas veces* (*maintes fois*), la literatura no es mas que la espresion de la sociedad, &c.

Paréceme que si debiera yo tratar una cuestion semejante, empezaría por hacer algunas distinciones, que si no allanaban el camino, quizás podrian desembarazarle algun tanto. El mejor medio de dar con la verdad en casos semejantes, esto es, cuando se trata de saber el verdadero significado de alguna palabra, es atenerse al sentido

que comunmente se le da, no precisamente en la esfera científica, sino entre la generalidad de los hombres. Porque conviene no perder de vista que quien determina el sentido de las palabras hasta en sus mas delicadas diferencias, hasta en sus mas imperceptibles modificaciones, no son los sábios, sino el comun de los que hablan la lengua. Hay en esto un fenómeno singular que hasta raya en misterioso, pero cuya ecsistencia es indudable para quien se haya dedicado alguna vez á ese linage de observaciones. Las palabras, tales como se las emplea comunmente, encierran un fondo de verdad y de esactitud, que asombra. No pocas veces caemos en error por empeñarnos en darles un sentido diferente del que les da lo que llamamos vulgo: son, por decirlo así, como una moneda corriente, acuñada de tal manera, que bastando para el uso comun y para distinguirla á la primera ojeada quien la necesite, cuando se quiere ecsaminarla con ojos científicos, se le atribuye no pocas veces un valor que no tiene. Sucede á menudo á los que quieren apartarse de la significacion comun de las palabras, lo que á ciertos anticuarios, que preocupados de su erudicion y saber, se imaginan descubrir en lineamentos medio borrados, los signos que caracterizan paises remotos y épocas lejanas.

Ahora bien, ¿en qué sentido suele tomarse la palabra literatura? ó mejor diremos, ¿á qué objetos se la aplica? y esta segunda cuestion es seguramente mas á propósito que la primera, pues que nos acontece á menudo que estando vacilantes sobre el verdadero sentido de una palabra, inciertos y dudosos sin saber cómo fijarle, si se llega á una aplicacion, si se hace uso de la palabra para designar ó calificar un objeto, decimos desde luego que está bien empleada ó no, y eso *de golpe, sin rodeos, sin ecsámen*, no mas que por una especie de instinto, y casi siempre con admirable acierto. Sucédenos lo mismo que cuando hemos visto un hombre, y nos vemos precisados á señalar los rasgos de su fisonomía: quizás no acertamos siquiera á señalar uno; pero si se nos ofrecen á la vista diferentes personas, diremos siempre con toda seguridad, si alguna de ellas es ó no la que antes habiamos visto, y cuya fisonomía no acertábamos á caracterizar.

Hagamos aplicacion de esta doctrina á la cuestion que nos ocupa. Sabido es que la palabra literatura, no se aplica nunca sino á la espresion del pensamiento de palabra ó por escrito; así, todo lo que salga de este círculo, no viene comprendido en la voz literatura. Tampoco se comprende en esta palabra lo que solo tiene relacion con las ciencias propiamente dichas, es decir, lo que se endereza á la pura inteligencia. Un ejemplo lo hará mas sensible: tóme-

se una obra de matemáticas, de ciencias físicas, de metafísica y hasta de ciencias morales; ¿bajo qué aspecto entra esa obra en el círculo de la literatura, y se sujeta al tribunal literario? Mientras se trata de ecsaminar el valor intrínseco de la obra bajo el aspecto puramente científico, es decir, mientras se fija únicamente la atencion sobre el producto de la inteligencia, las proposiciones que se asientan, los principios en que se fundan, los razonamientos con que se apoyan, las consecuencias que se deducen, en nada de esto se entremete la literatura, se reconoce incompetente; y nadie dirá que ecsaminada la obra bajo dicho punto de vista, se la considere en sentido literario. Pero se pasa á ecsaminar el lenguaje, el mérito del estilo, la parte de belleza, de interés de la obra, entonces hemos entrado ya en el terreno de la literatura; así es que decimos que tal obra tiene un escelente mérito científico, pero que es miserable bajo el aspecto literario; y que cuando se reunen las dos circunstancias, el fondo de la ciencia y la manera agradable é interesante de presentarla, decimos que el escritor se ha manifestado tan sábio como buen literato. ¿Quién impedia que Buffon hubiese publicado sus obras llenas de datos científicos y de observaciones filosóficas, pero sin el interés de los cuadros, sin la belleza de las descripciones, sin la elegancia de su estilo, sin el encanto de su elocuencia? Entonces tuviéramos en Buffon un escelente naturalista y un mal literato. La ciencia le deberia mucho; la literatura nada.

De estas consideraciones se infiere, que la literatura comprende la espresion del pensamiento hablada ó escrita; pero que no es esto lo que la constituye, sino el ser considerada esta espresion, no precisamente en cuanto se dirige al puro entendimiento, sino en cuanto es bella, ó sublime ó interesante; en una palabra, en cuanto de un modo ú otro afecta el corazon ó la fantasía.

Fácil me fuera desenvolver este pensamiento, haciendo de él innumerables aplicaciones; pero como no es este el lugar de hacerlo, dado que me alejaria del objeto que me propongo, me basta haber presentado esta indicacion, siquiera para que no pueda decirse, que combatiendo las opiniones agenas, he mantenido la mia en cautelosa reserva para que no pudiese ser atacada.

Pasando á las otras palabras que entraban en la cuestion que nos ocupa, diré que si no era fácil determinar lo que se entiende por literatura, quizás lo fuera menos todavía fijar el verdadero sentido de las demas. En efecto, se habla de espíritu del siglo actual: ¿qué es este espíritu? ¿qué es este siglo? Si tomamos la palabra *espíritu* en su acepcion mas óbvia, atendido que aquí se la emplea en sentido metafórico, deberemos decir que espíritu del siglo es el

principio que hace mover el siglo, ó bien el conjunto de causas, que combinadas entre sí, y dando impulso al siglo, le comunican cierta tendencia principal que eclipsa y domina todas las otras. Pero ahora, para determinar este principio, para *señalar este conjunto* de causas que se combinan y se aunan, es necesario que se sepa qué es el siglo actual, y á qué pais nos referimos, de qué época tratamos, porque es necesario confesar que este siglo, jóven como es todavía, pues no ha llegado aún á la mitad de su carrera, ha presentado ya fases muy diferentes. Francia, Alemania, Inglaterra, España, Italia, son paises todos importantes en el mapa de Europa, todos reclaman consideracion cuando se quiera ecsaminar el espíritu del siglo actual, y sin embargo, en todos estos paises la situacion de los espíritus es muy diferente; no solo por lo que toca á la índole y al carácter propios de cada nacion, sino tambien por lo relativo á las doctrinas y á la tendencia de los ánimos, así en el órden religioso, como en el social, en el político, en el científico y literario.

Pero se nos dirá: si quereis comprender un sistema, colocaos en el centro; entonces, abarcando de una ojeada todo el conjunto, no encontrareis las partes tan anómalas y discordantes. Pero yo preguntaré: ¿dónde está ese centro? ¿es la Francia? A buen seguro que no le permitirá tal dictado la Alemania, que ufana de lo que ella apellida su filosofia, pretenderá ser el verdadero centro, la fuente de la inteligencia europea, la piedra de toque del espíritu del siglo. Añadirá que ella es quien inspira á la Francia, quien reanima su filosofia, quien le ha dado su Cousin y su La-Mennais. Si os volveis de parte de la Alemania, y reconoceis allí el centro de Europa, la Francia protestará contra semejante preferencia, diciéndoos que una idea no se generaliza en el mundo civilizado hasta que ha recibido de la inteligencia francesa un sello humanitario y cosmopolita: que ella es la encargada de llevar á cabo todas las revoluciones que cambian la faz del mundo; que su lengua se ha difundido por todos los paises del orbe, ejerciendo en cierto modo las funciones que en otro tiempo cupieron á la latina; os dirá, en fin, que el fuego y el entusiasmo que distinguen á la nacion francesa, son lo mas á propósito para hacerla servir como de corazon al mundo civilizado; corazon de donde se comunica á las otras partes el calor y la vida.

Y ¿creeis, por ventura, que la Inglaterra se mantendrá fria espectadora en la contienda? ¿ella, que dirá haber precedido á todas las demas naciones de Europa en la conquista de la libertad política, haber *sido la primera que planteó el sistema* de tolerancia, la que ha dado el vuelo á la industria y comercio, produciendo con este impul-

so una revolucion social, cuyas consecuencias son incalculables?

Sea de esto lo que fuere, supongamos, para salir de embarazos, que la Francia se considere como el centro del mundo civilizado, y que nos propongamos conocer por este medio el espíritu del siglo. Hecha esta suposicion, todo al parecer se allana, y ya no queda mas que echar una ojeada sobre la Francia, para formarse idea del espíritu del siglo. Vana esperanza: una sola pregunta va á desconcertarlo todo, á disipar todas las ilusiones. En Francia, preguntaré, ¿quién es el siglo? ¿dónde está? ¿quién lo representa? Recorred la religion, la política, la ciencia, la literatura, los intereses materiales; preguntad á todos los partidos, á todas las escuelas, ¿dónde está el siglo? ¿quién lo representa? Todos pretenderán que está entre ellos, que ellos son sus únicos representantes, sus legítimos apoderados. De suerte que no parece sino que el siglo es un ser misterioso, que se complace en mantenerse oculto, en mostrarse ambiguo, teniendo como asalariados un sinnúmero de agentes que pretenden hablar y obrar en su nombre. Preguntad á los partidos que están en el poder, y os dirán que todo cuanto en torno de ellos se agita, todo lo que se les opone, todo es absurdo, todo es incalificable, un verdadero anacronismo; pues que ó pertenece á los siglos pasados, ó debe reservarse para los venideros. Preguntadlo á los partidos que pretenden el poder, y os dirán que ellos son los hombres del siglo: todo lo que se hace fuera del círculo de sus ideas, todo lo que se edifica fuera del recinto por ellos señalado, todo es flaco, perecedero, sin porvenir, porque el espíritu del siglo, es decir, el suyo, no lo consiente, lo resiste, y á no tardar ha de levantarlo por los aires como el soplo del viento un monton de arena. Remontaos á la ciencia, entrad en su esfera mas elevada, en aquella esfera en que ecsamina las cuestiones mas altas, en que se ocupa de lo pasado y de lo presente, arrojándose con atrevido vuelo á penetrar en las profundidades del porvenir. Encontrareis en primer lugar esa filosofia importada de Alemania, que predicando su alianza con el cristianismo, pero con un cristianismo sin base, sin dogma, sin forma alguna, pretende poseer el secreto de los destinos de la humanidad. Hasta ella nadie habia comprendido la marcha de los acontecimientos, nadie habia alcanzado fijar los destinos del humano linage, nadie habia señalado el sendero por donde se encaminaba; ella sola es el siglo, ella sola le representa, ella sola comprende el verdadero sentido de las pomposas palabras ***libertad***, ***igualdad***, ***tolerancia***, ***humanidad***, solo ella ***presiente el porvenir:*** ese porvenir grande, feliz, poético á que se abalanza con los brazos abiertos, con la luz en la frente y la esperanza en el corazon. A sus ojos, es nada todo lo que

no es ella: el Catolicismo es cosa que ya pasó, que murió al aparecer el protestantismo, que no ejerce ninguna influencia sobre los espíritus, que de nada sirve en el curso de los acontecimientos, casi indigna de ser mentada actualmente: tanta es su pequeñez, su esterilidad, su nulidad. El protestantismo, objeto de algun mayor miramiento, quizás por aquella especie de respeto natural que inspiran siempre los padres aun á los hijos mas desnaturalizados, es, sin embargo, una escuela caduca, buena para una época de transicion, pero absolutamente incapaz en la época presente para contribuir en lo mas mínimo á la grande obra del porvenir. La filosofia denominada Ecléctica, bien que iniciada tambien en los principios, en los misterios de los filósofos alemanes, no ha comprendido tampoco su mision; ha aceptado un respeto hipócrita por alguna de las tradiciones establecidas, y distinguiendo la religion de la filosofia, ha olvidado el alto descubrimiento que acaba de hacer la ciencia, á saber, que el cristianismo no es mas que una especie de ramo de la filosofia, que no tiene de divino mas de lo que á ésta le pluguiere otorgarle, y que si quiere conservar su ecsistencia, le es preciso acomodarse resignado á la forma que ella le señalare, absorviéndose la religion en la filosofia como las aguas de un rio en la inmensidad del océano.

Ahora bien: esta filosofia tan llena de orgullo y pretensiones, que así se levanta en juez único de todo lo presente y lo pasado, que así se ostenta cual un Dios leyendo el porvenir; esa filosofia que desgraciadamente tanto ruido mete en la literatura, y que en los rangos de ésta ocupa no pequeña parte; esa filosofia, repetiré, ¿es el siglo en Francia? ¿es ella la que representa el espíritu del siglo? Quien rechaza todas las tradiciones mas venerandas, quien desprecia todas las instituciones ecsistentes, quien pretende vivir en un porvenir que nadie conoce, y ella menos que nadie, ¿puede espresar el espíritu de una nacion que por lo mismo que ecsiste, por lo mismo que tiene elementos de vida, no puede romper bruscamente con todo lo pasado, debe resignarse á su suerte en lo presente, y dejar á la Providencia el arreglo del porvenir de las generaciones venideras?

Si escuchamos á ciertos hombres, si nos atenemos á la enseñanza que con tono ofensivo, de puro magistral, nos dan ciertos escritores, será menester que reconozcamos el espíritu del siglo tan solo en esa escuela, debiéndole acatar en todas partes, sea cual fuere la forma literaria bajo que se presentare. Sin embargo, fuera desconocer el siglo el dejarse alucinar por la ostentacion orgullosa de esa escuela que todo pretende saberlo, que se empeña en descifrar los

misterios de lo pasado y revelar los arcanos del porvenir. *Transformacion, progreso, perfectibilidad, regeneracion*, y otras palabras semejantes que se emplean sin cesar, no bastan á satisfacer un espíritu sólido. Necesario es decir cuál debe ser esta transformacion, que con tanto énfasis se anuncia, cuál la nueva vida á que nos ha de conducir esa regeneracion misteriosa, cuáles esos nuevos destinos que aun aquí bajo en la tierra, se pronostican á la humanidad. Direis que no lo veis claro, pero que los presentís con certeza; pues entonces será menester replicaros que vuestra filosofia no se eleva tan alto que justifique vuestras pretensiones. Si presentís algo de fijo, decidlo: si no presentís mas que mudanzas, sin poder asegurar cuáles serán éstas, todo el mundo las presiente con vosotros, pues que no hay hombre de comprension elevada que no esté persuadido de que la humanidad está en vigilias de revoluciones inmensas. ¿Serán éstas pacíficas, ó correrá en ellas la sangre? ¿cuál principio quedará dominante? ¿qué ganará con ellas la humanidad? ¿dónde comenzarán? ¿cuál será el acontecimiento que provocará su desarrollo? He aquí lo que todo el mundo ignora, inclusos vosotros: he aquí lo que solo Dios sabe; Dios, á cuyos ojos está presente lo pasado como lo porvenir.

El siglo actual, con respecto á las ideas, es un verdadero caos; y si la literatura debe ser su espresion por necesidad, ha de tener tambien una fisonomía incierta, variada; siendo muy difícil designar un rasgo bien pronunciado que la caracterice. Así vemos en ella obras morales y otras inmorales, cristianas y anticristianas, religiosas é irreligiosas, llenas del gusto de los goces materiales y rebosantes del mas elevado espiritualismo; vemos publicaciones frívolas hasta la puerilidad, al lado de otras altamente sérias y graves; y todos estos partos del ingenio, abundan, se multiplican cada dia, se cruzan y se chocan en todas direcciones, por manera que se hace sumamente difícil seguirlas con la atencion, y será poco menos que imposible escribir su historia.

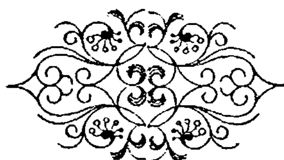
Algo hay, sin embargo, que distingue esta literatura de todas las que la han precedido. Esto consiste en que su *objeto preferente es la sociedad*. Que ria ó que llore, que levante al cielo un himno de alabanza, ó que blasfeme como un mónstruo del abismo, que juguetee como un niño, ó que haga resonar un acento profético, que analice los hechos mas complicados, que se ocupe de las ideas mas abstractas, ó que se espacie por un campo llano y ameno, retratándonos escenas apacibles, siempre, en todos casos, ó directa ó indirectamente, se ocupa de la sociedad.

Ningun escritor se cree dispensado de este deber, ó quizás á na-

die es dado dejar de cumplirle. No parece sino que hay una necesidad irresistible que conduce al ecsámen de las cuestiones sociales. Cuando se leen los autores de otra época, se observa que son hombres cuyo entendimiento piensa, pero cuyo corazon está tranquilo. Son como los astrónomos, que contemplan las revoluciones de los *astros desde un observatorio quieto y silencioso. Pero los escritores* de nuestro siglo se asemejan al observador que contempla el universo desde la frágil tabla encomendada al capricho de, las olas: fija alternativamente su vista sobre los astros que le ocupan; pero dando con frecuencia una mirada inquieta al movedizo elemento que bate los costados de la nave, y al punto del horizonte donde teme descubrir señales de borrasca.

No creo que pueda descubrirse otro carácter mas pronunciado en la literatura actual: este se encuentra en los escritores de todas opiniones. ¿De dónde nace? Si yo hubiese de señalar su orígen, diria que proviene, no del *espíritu del siglo*, sino *de la situacion del siglo.*

Paris, 20 de Junio de 1842.



DE LA INGLATERRA.

Siguiendo la línea de conducta observada hasta aquí, de decir de vez en cuando cuatro palabras sobre lo que mas llame mi atencion, con tal que esté en analogía con el objeto de nuestra *Revista* (1), voy á hacer algunas indicaciones, fruto de mi corto viage á Inglaterra. Poco diré sobre la viva impresion que causa la vista del asombroso desarrollo material de aquel pueblo. Parece, en efecto, que le ha sido dado un especial dominio sobre los elementos, y que posee en el mas alto grado el secreto de aplicar la materia á todos los usos de la vida. La vista del Támesis, cubierto de infinitas velas, y surcado sin cesar por un sinnúmero de barcos de vapor, ofrece á la vista un cuadro el mas grandioso que imaginarse pueda; así como los *Docks* de Santa Catarina, los de Lóndres y los de la India, junto con el colosal trabajo del *Tunnel*, atestiguan al viagero el estraordinario poderío de la reina de los mares. Al atravesar el Tunnel, al adelantarse por aquel inmenso corredor iluminado de gas, teniendo á la derecha el otro corredor todavía incompleto, oscuro, donde resuenan sin cesar las goteras del agua que se filtra en abundancia; al escuchar el ruido de las máquinas, que colocadas á la entrada de la honda escalera por donde uno ha descendido, estraen de continuo el agua que se ha filtrado; al observar la construccion irregular de los arcos, cuya posicion misma parece presentar de bul-

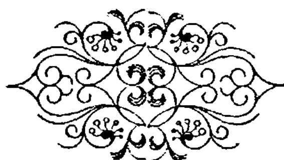
---

(1) Alude el Sr. Balmes á la *Revista filosófica, política y literaria*, que publicaba el año de 1842 en Barcelona, asociado con el distinguido literato el Sr. Roca y Cornet, y el malogrado jóven el Sr. Ferrer y Subirana. (Nota del editor.)

die es dado dejar de cumplirle. No parece sino que hay una necesidad irresistible que conduce al ecsámen de las cuestiones sociales. Cuando se leen los autores de otra época, se observa que son hombres cuyo entendimiento piensa, pero cuyo corazon está tranquilo. Son como los astrónomos, que contemplan las revoluciones de los *astros desde un observatorio quieto y silencioso. Pero los escritores* de nuestro siglo se asemejan al observador que contempla el universo desde la frágil tabla encomendada al capricho de las olas: fija alternativamente su vista sobre los astros que le ocupan; pero dando con frecuencia una mirada inquieta al movedizo elemento que bate los costados de la nave, y al punto del horizonte donde teme descubrir señales de borrasca.

No creo que pueda descubrirse otro carácter mas pronunciado en la literatura actual: este se encuentra en los escritores de todas opiniones. ¿De dónde nace? Si yo hubiese de señalar su orígen, diria que proviene, no del *espíritu del siglo*, sino *de la situacion del siglo.*

Paris, 20 de Junio de 1842.



DE LA INGLATERRA.

Siguiendo la línea de conducta observada hasta aquí, de decir de vez en cuando cuatro palabras sobre lo que mas llame mi atencion, con tal que esté en analogía con el objeto de nuestra *Revista* (1), voy á hacer algunas indicaciones, fruto de mi corto viage á Inglaterra. Poco diré sobre la viva impresion que causa la vista del asombroso desarrollo material de aquel pueblo. Parece, en efecto, que le ha sido dado un especial dominio sobre los elementos, y que posee en el mas alto grado el secreto de aplicar la materia á todos los usos de la vida. La vista del Támesis, cubierto de infinitas velas, y surcado sin cesar por un sinnúmero de barcos de vapor, ofrece á la vista un cuadro el mas grandioso que imaginarse pueda; así como los *Docks* de Santa Catarina, los de Lóndres y los de la India, junto con el colosal trabajo del *Tunnel*, atestiguan al viagero el estraordinario poderío de la reina de los mares. Al atravesar el Tunnel, al adelantarse por aquel inmenso corredor iluminado de gas, teniendo á la derecha el otro corredor todavía incompleto, oscuro, donde resuenan sin cesar las goteras del agua que se filtra en abundancia; al escuchar el ruido de las máquinas, que colocadas á la entrada de la honda escalera por donde uno ha descendido, estraen de continuo el agua que se ha filtrado; al observar la construccion irregular de los arcos, cuya posicion misma parece presentar de bul-

(1) Alude el Sr. Balmes á la *Revista filosófica, política y literaria*, que publicaba el año de 1842 en Barcelona, asociado con el distinguido literato el Sr. Roca y Cornet, y el malogrado jóven el Sr. Ferrer y Subirana. (Nota del editor.)

to el esfuerzo con que han de resistir los empujes de la caudalosa corriente; al notar la humedad del suelo, de las paredes y del techo del corredor iluminado; al aspecto de aquella luz vacilante y débil en un lugar condenado, al parecer, á perpetuas tinieblas, siéntese en el ánimo una impresion tan profunda, que dificilmente podria escitarse con ningun monumento levantado á la claridad del dia; siéntese entonces con viveza lo que puede el genio del hombre, ayudado del arte y de la constancia.

A la primera ojeada que se echa sobre Lóndres, sobre todo viniendo de Paris, se ve la enorme diferencia que media entre esos dos pueblos: en nada se parecen. Paris, risueño, brillante, embriagado de placeres, ostenta sin reserva su esplendor y sus riquezas, y pone todo su conato en hablar á los ojos, en hechizar la fantasía: Lóndres, sombrío y melancólico, como que respira algo del genio de Young y de Byron; diríase que aquel pueblo, orgulloso con la conviccion de sus adelantos y el sentimiento de sus fuerzas, se desdeña de apelar demasiado á los medios de puro aparato. A esta diferencia, creo que á mas del genio y de la posicion de ambos pueblos, contribuirá no poco el espíritu democrático del uno, y el aristocrático del otro: siendo digno de recordarse á este propósito, que un periódico inglés, denostando no ha mucho al pueblo de Paris, le llamaba *pueblo de tenderos*.

No se crea, sin embargo, que los ingleses descuiden la hermosura de los edificios, ni la limpieza y buena policía en las calles; muy al contrario, en esta parte Lóndres es superior á Paris; y por cierto que ha bien cambiado bajo este aspecto la capital de Inglaterra, desde el primer tercio del siglo pasado cuando Montesquieu decia: "Nada hay mas repugnante que las calles de Lóndres; son muy sucias, mal empedradas, de suerte que es casi imposible ir por ellas "en coche," pues que ahora los que andan á pié hallan una acera muy buena y espaciosa, y los coches tienen en casi todas, una carretera muy ancha y bien empedrada. Las casas de Lóndres son bajas y de una forma muy regular y uniforme, de suerte que son bellas á los ojos de quien se contente de la regularidad. Pero esta uniformidad, esta misma regularidad, acompañadas ademas de ese color oscuro de todas las paredes, no son muy del gusto de los hombres del mediodía, acostumbrados á la vista de casas elevadas, con sus fachadas enlucidas, ó al menos de un color de piedra claro, que refleja muy bien la luz. Lo interior de las casas es generalmente muy reducido, siendo esto un resultado necesario del rigor del clima. Pero sin embargo de que los aposentos son pocos y pequeños, están distribuidos y arreglados de manera, que se encuentran en

ellos todas las comodidades; y bien se conoce que los ingleses saben lo que se llama sacar partido de la vida. Por lo demas, esto les es en cierto modo necesario, viviendo como viven mucho en casa; una familia puesta en aislamiento, natural es que se ocupe en imaginar los medios de disminuir el fastidio y procurarse bienestar. Este aislamiento en que vive el inglés, se representa en el mismo esterior de los edificios; son infinitas las casas resguardadas por verjas de hierro; y donde no hay tiendas, las puertas están siempre cerradas. De manera, que para nosotros, acostumbrados á otro clima y á otras costumbres, no deja de ser curioso el ver aquellas calles inmensas, rectas, y cuya estremidad apenas se divisa, guarnecidas de una hilera de vallados de hierro, y con las puertas cerradas, como si fuera media noche. La pasion por los jardines es estremada; vense calles enteras con uno en cada casa; y no por la parte de detras de los edificios, sino por la de delante; de manera, que si el cielo fuese un poco mas hermoso, fuera muy agradable el pasearse por entre aquellas hileras de jardines. Muchas plazas no son otra cosa que un gran jardin, como se supone, rodeado tambien de hierro; porque en aquel pais cuya libertad é igualdad tanto se nos ha ponderado, tropieza uno por todas partes con el símbolo de la esclavitud y de la desigualdad. Al ver el sumo gusto de los ingleses por los jardines, y el esmero con que los cultivan, no parece sino que se empeñan en mimar la naturaleza, que se les muestra ceñuda y rigorosa; los habitantes del mediodia no ponemos en esto tanto cuidado, porque la naturaleza nos da por sí misma las flores y los frutos.

Dejando la parte material, paso á la religiosa, que fué la que principalmente llamó mi atencion. Todas las noticias están contestes en que el Catolicismo progresa en Inglaterra de un modo estraordinario; cada cual señala las causas de éste, segun la diferencia de opiniones y de creencias; pero en cuanto al hecho, todos convienen. De suerte, que lo que hemos leido en los periódicos sobre este particular, no debe tenerse por ecsageraciones, hijas del espíritu de partido; es la realidad de los hechos, que arranca á los católicos movimientos de alegría y de aplauso, así como inspira á los protestantes un despecho que les hace levantar el grito de alarma.

En la actualidad lo que hay mas débil en Inglaterra por lo tocante á religion, es la Iglesia anglicana, ó Iglesia establecida. Verdad es que dispone de inmensas riquezas, que está ligada con la aristocracia, que forma una de las partes del edificio político, y que por consiguiente, tiene en su favor todo lo que de sí pueden las instituciones ecsistentes; pero en cambio, ha perdido la fuerza mo-

ral, el ascendiente sobre el ánimo del pueblo, y sin ganar un paso de terreno en ningun sentido, lo va perdiendo cada dia, atacada de un lado por el Catolicismo, y de otro por el Metodismo, Cuakerismo, y otras cien sectas que pululan en aquel pais. El carácter dominante de estas últimas, es una especie de radicalismo religioso; no hacen mas que sacar las consecuencias del principio asentado por la misma Iglesia anglicana. Toda vez que ésta se creyó con derecho de apartarse de Roma, ellos se han creido con derecho igual para separarse de Cantorbery, y con la Biblia en la mano, se considera facultado el último de sus individuos para decidir el dogma religioso, tan bien como puedan hacerlo los obispos de la Iglesia anglicana.

Pero no se crea que el mal de ésta tenga todo su orígen en los ataques que le dan sus adversarios; ella lo lleva en su propio seno, está herida de muerte, porque carece de fé.

En medio de las muchas sectas que hormiguean, por decirlo así, en aquel pais, no puede negarse que hay todavía el *sentimiento religioso;* el pueblo siente la necesidad de una religion, y no sabe encontrarla en una Iglesia, que ni tiene fé en sus propias doctrinas, ni es bastante á producir nada que la muestre dotada de un elemento de vida. Por esta causa, ó se inclina al Catolicismo, ó devora sediento la Biblia para encontrar allí lo que su corazon necesita. De esto resulta la abundancia de disidentes.

Para formarse idea de la fuerza de estos sentimientos religiosos, que estraviados en diferentes sentidos, indican, sin embargo, al observador un gérmen que algun dia la Providencia quizás desenvolverá, basta recordar la singular escena que se está presenciando los domingos. Sabido es cuán rigurosamente se guarda en Inglaterra la observancia de la fiesta; cosa que deja sorprendido á quien ha visto la licencia que sobre este punto hay en Paris, y desgraciadamente en otras partes que no son Paris. Pero no es esto lo que en la actualidad me propongo describir, sino una particularidad muy notable que yo ví con mis ojos. En los lugares mas concurridos se presentan al público algunos individuos que empiezan á conferenciar sobre materias de religion, ó á predicar sobre algun punto de la Biblia; va agrupándose la gente, y he aquí que se forma á veces un auditorio considerable. En los dias de mi permanencia en Lóndres, en solo el parque del Regente, se contaban un domingo diez predicadores, que colocados debajo los árboles, iban llamando con su declamacion la atencion de la multitud. Otro domingo ví tambien varios de éstos en el mismo lugar, entre ellos una muger, que por su trage me pareció cuákera, que estaba conferen-

ciando muy pausadamente con varios hombres y mugeres, que le iban dirigiendo preguntas ó proponiendo dificultades. El mismo dia ví un predicador, segun creo metodista, que me llamó bastante la atencion. Se habia colocado debajo un árbol muy copudo, y vuelto de cara al sol, que estaba por ponerse. Su figura era grave, su voz fuerte y clara, su ademan bastante natural y espresivo, y con la Biblia en la mano ibia esponiendo varios puntos religiosos. Parecióme que no carecia de disposiciones para ser un buen orador, á lo que puede juzgarse por la primera ojeada.

Al presenciar semejantes estravagancias, reflecsionaba yo que debe de ser bastante vivo el sentimiento religioso en un pueblo donde se presencian estas escenas, sin que los oyentes interrumpan el orador á silbidos y risotadas. Esto me hacia sentir mas vivamente el desbarro del protestantismo en poner la Biblia en manos de todos, concediendo el derecho de interpretarla conforme al capricho de cada uno. Habia visto al predicador de la Iglesia anglicana en el púlpito de su templo, conservando todavía algun remedo de la predicacion católica; y al ver entonces al predicador disidente, en un paseo público, con su frac, sin nada que lo distinguiese de sus oyentes, no veia mas que una consecuencia inevitable del principio sentado por los protestantes, que condenan al disidente. Pero al par de esta reflecsion, ocurre tambien otra, cual es, que aquel pueblo, si bien ha perdido la fé, conserva todavía el sentimiento religioso; sentimiento vago, estéril, impotente, mientras no esté animado por el verdadero principio de vida; pero que no dejará de ofrecer una disposicion favorable á la accion del Catolicismo en el inmenso porvenir, que segun parece, se ha propuesto abrirle la Providencia, en medio de una nacion que tres siglos ha está sentada en las tinieblas y en las sombras de la muerte.

Son muchas las capillas que tienen ya los católicos; pero como todo lo han de hacer con sus propios recursos, ya se deja entender que sus pequeños templos distan mucho todavía de poder compararse á los muchos y soberbios de la Iglesia anglicana. Sin embargo. la magnificencia y esplendor del culto católico, son de suyo tan grandes, que aun allí mismo se hacen notables cuando se los compara con la sequedad y frialdad del culto protestante. Allí es donde se siente vivamente la hermosura del dogma católico sobre el culto de las imágenes; los ojos buscan en vano en los templos protestantes objeto donde fijarse para encontrar alguna de esas espresiones sublimes del arte con que en los nuestros se nos presentan los pasos de nuestra religion, ó se nos hacen sensibles las mas altas verdades. ¿Qué motivo razonable puede señalarse á la obra impía

de arrojar de los templos esas imágenes, esos cuadros, donde se desplegaba el genio del artista y donde se consolaba el corazon del cristiano? Digna obra de la malhadada reforma, el arrebatar á la fantasía sus encantos y al corazon sus consuelos, despues de haber oscurecido el entendimiento con las tinieblas del error.

Los protestantes nos han calumniado de idiotas por el culto que tributamos á las imágenes y á los santos; cuando hasta los niños católicos saben que el culto se dirige principalmente á Dios; que cuando honramos á los santos, intentamos principalmente honrar á Dios en ellos, y que cuando imploramos el socorro de éstos, es considerándolos como meros intercesores, sin que ni remotamente pensemos en atribuirles nada de lo que es propio de la divinidad. Por lo que toca al culto de las sagradas imágenes, tampoco han podido concebir una cosa tan sencilla, que si bien se mira, no es mas que una aplicacion en el órden religioso de lo mismo que se ha practicado en todos los pueblos de la tierra. ¿Cuál es el pueblo que no ha levantado estátuas y monumentos á los hombres mas ilustres? ¿quién no procura tener retratos y otros recuerdos de las personas á quienes ama ó venera? ¿por qué, pues, no podrán los cristianos tener retratos y estátuas de los héroes de la religion, por qué no podrán conservar con acatamiento sus reliquias, por qué no podrán venerar esas imágenes, esas estátuas, esas reliquias, adorando en ellas los prodigios de la gracia, y tributándoles un culto cuyo final objeto es el mismo Dios, autor de todo bien, y á quien es debida la gloria que han alcanzado sus santos? Es tanto mas chocante esa afectada severidad del culto protestante cuando se ven en sus iglesias una nueva clase de santos. El templo de S. Pablo, por ejemplo, así como la abadía de Wesminster, están llenos de monumentos erigidos á los hombres mas ilustres de la Gran Bretaña. Generales, políticos, escritores, artistas; en una palabra, todo lo que se ha levantado sobre la esfera comun encuentra allí su apoteosis. ¿Y es posible que no puedan tener cabida en el mismo templo monumentos erigidos á la gloria de Dios y en honor de aquellos que por sus altas virtudes se distinguieron aquí en la tierra, y cuyo premio están gozando ahora en el cielo? ¿Cómo no han advertido que siguiendo esta conducta niegan á los héroes de la religion lo que conceden á Shakespeare, á Newton, á Nelson y á Pitt?

Tan pronto como el Catolicismo haya podido desplegar su culto con algunos mas recursos de los que ha tenido hasta aquí, será vivísimo el contraste que éste ofrecerá comparado con el protestante, y de esto sin duda que la Providencia sabrá sacar abundantes frutos de bendicion. A mas de las varias iglesias que tienen ya en

Lóndres los católicos, están construyendo una que será la principal: como se estaba trabajando en ella, no pude verla por la parte de dentro; sin embargo, en lo que presenta por defuera, parecióme que empezaba á tener pretensiones de una verdadera catedral.

Ahora que he pronunciado la palabra catedral, esplicaré lo que lleva naturalmente á la memoria el nombre de *obispo:* quiero decir dos palabras sobre el escándalo que causaba á Villanueva el ver que en Inglaterra algunos obispos tenian el título de *vicarios apostólicos*. En su Vida literaria, publicada en Lóndres, se queja amargamente de esta denominacion, manifestando sus temores de que con esto no resultasen cercenados los derechos de los obispos, y estendidas en demasía las facultades del Sumo Pontífice. Pero si no le cegara su rencor contra todo lo que de un modo ú otro concierne á Roma, bien pudiera haber comprendido ese escritor, que cabalmente en esa denominacion se ve la profunda prudencia de la Santa Sede, y que esto no habrá sido estéril para la conservacion de la fé y de la disciplina entre los católicos de aquel pais, así como para su progreso en adelante. Sabido es cuántos eran los peligros que amenazaban en Inglaterra hasta nuestros dias, á los restos de la fé católica que habian podido conservarse en Inglaterra. Ataques repetidos de parte de los protestantes, que dueños de todos los recursos, podian intentarlos con muchas ventajas, persecuciones de parte del gobierno, privacion de empleos y honores, imposibilidad de instruirse en su propio pais, á no ser que abjurasen la fé de sus padres, escasez de medios para sufragar á la subsistencia de sus ministros y necesidades del culto; en una palabra, todo se habia conjurado en Inglaterra para que acabase de desaparecer enteramente esa preciosa semilla que tan pingües frutos habia de producir con el tiempo, y de lo que afortunadamente somos nosotros testigos. En situacion tan apurada y peligrosa, ¿qué es lo que necesitaba la afligida Iglesia de Inglaterra? Claro es que lo que principalmente le convenia, era tener desplegado en toda su fuerza el principio vital que solo podia conservarla y defenderla contra los embates de tantos enemigos. Este principio era la *unidad en la fé;* y el mejor medio de conservar esta unidad, era mantenerse de un modo muy particular bajo la potestad del Pontífice romano. La Iglesia católica de Inglaterra, era una verdadera mision: no estaba en el órden regular de otras iglesias particulares de Europa; si pues en las misiones nadie estraña que se llamen á veces los obispos vicarios apostólicos, ¿por qué estrañarlo con respecto á Inglaterra?

No podia esperarse que se hiciese cargo de semejantes consideraciones el ánimo preocupado de Villanueva, ó mejor diremos, no era posible que él se resignase á sufrir una disposicion que tanto cho-

caba con su espíritu de resistencia á la autoridad del Papa. Y añadiré de paso, que esa *Vida literaria*, que sin duda publicó Villanueva para asegurar su nombradía literaria, me pareció poco á propósito para semejante objeto. El desempeño es menos que mediano, pues el autor no ha hecho mas que un indiscreto hacinamiento de cien cosas diferentes, que en último resultado vienen todas á reducirse á dos: invectivas contra Roma y alabanzas de los talentos, del saber y de las virtudes del autor. Por de pronto ya es cosa algo chocante ver á un escritor que tanta humildad afecta, publicar dos volúmenes en 8.° mayor, para contar y encarecer sus méritos; pero cuando se va leyendo la obra y se encuentra que él tuvo el *piadoso y humildísimo* fin de hacernos saber que desde sus primeros años descolló de un modo sobresaliente en sus estudios; que entrado en la sociedad trabó y conservó relaciones con los españoles mas distinguidos de la época; que fué profundo teólogo y canonista, erudito muy crítico, anticuario laborioso, poeta distinguido, hasta el punto de que el estro no se le habia apagado ni con los infortunios ni con las canas: cuando uno ve que el autor quiere hacernos saber sus virtudes evangélicas, su mansedumbre, su desprendimiento católico, hasta el estremo de contarnos que se llegó á llamarle *Padre de pobres*, se acaba la paciencia, cierra uno buenamente el libro, y dice al bendito autor que ya murió: *sit tibi terra levis*.

Pero volvamos al punto principal. Las ceremonias en la Iglesia católica de Inglaterra, son en estremo graves y mesuradas. Se conoce que es una Iglesia que tiene todavía muy reciente la memoria de la persecucion, y que camina con circunspeccion y tino, con el doble objeto de edificar á los fieles, y de no prestar á sus adversarios el menor motivo para calumniarla. Sin embargo, hay una costumbre que no se miraria bien en España, y que hasta seria entre nosotros una especie de escándalo; las mugeres cantan hasta en el coro: yo asistí á una funcion donde los cantores eran dos mugeres y un hombre. Pero estas son diferencias de costumbres, que disonarian mucho en un pais, y que en otro se encuentran muy naturales, y no causan la menor estrañeza. Por cierto que yo prefiero en este punto la costumbre contraria; pero no me atraveré á condenar lo que he visto en Inglaterra.

Por lo tocante á lá parte intelectual, es tambien mucho el ascendiente que van tomando los católicos; sus publicaciones son numerosas, y no es pequeña la brecha que se abre con este medio á la Iglesia anglicana. Esta se encuentra, ademas, vivamente combatida por individuos de su mismo seno, cuales son los puseistas; de suerte que puede decirse que va levantándose contra ella una discusion tan bien sostenida, á que dificilmente podrá resistir. Los

puseistas han dado mucho que entender á los protestantes; pues que no habiendo entrado todavía en el seno de la Iglesia, ni aun despues de haber avanzado tantas proposiciones favorables al Catolicismo, se ha podido vér que escribian bajo la esclusiva influencia de la verdad de los hechos, sin que pueda sospecharse que los católicos han tenido en ello la menor parte. Ya se tiene generalmente noticia de lo mucho que pueden servir á la causa de la verdad, las confesiones hechas por los profesores de Oxford; *pero* seria muy conveniente que se escogiesen y entresacasen los pasages mas á propósito, y que se publicasen por separado. Esto, al propio tiempo que daria una idea mas completa del puseismo, serviria tambien para dar á conocer las diferencias que de nosotros los distinguen, y á señalar las causas que retardan una conversion, que segun las apariencias, parece que al fin habrá de llegar. Acabo de ver indicada la idea de esta publicacion, en un periódico católico que se publica en Lóndres, titulado *The True Tablet*, en su número del 30 de Julio pròcsimo pasado, donde se refiere que en la última sesion del ***Instituto Católico***, el R. Mr. O'Neal hizo una mocion para dicho objeto, en atencion, dijo, á que en los escritos publicados por los profesores de Oxford, se hallan muy poderosos y convincentes argumentos en favor de las mas importantes doctrinas de la Iglesia católica.

Otra causa contribuirá tambien al progreso del Catolicismo en Inglaterra, á saber, las comunidades religiosas, así de hombres como de mugeres. No he tenido tiempo para visitar un convento de benedictinos que está á 60 millas de Lóndres, y que segun me han informado, se halla en un estado muy brillante. Tienen una casa de educacion muy bien montada; y ademas, se han ocupado mucho de perfeccionar la agricultura; de modo, que en sus posesiones la han llevado al mas alto punto. Los jesuitas ecsisten tambien en Inglaterra, y á lo que parece, no es escasa su influencia. Los conventos de mugeres son tambien bastante numerosos: en general se proponen algun objeto de beneficencia. En Hammersmith, puebleeito que está á las inmediaciones de Lóndres, hay un convento que se ocupa en recoger mugeres arrepentidas: estiende su caridad á las católicas y á las protestantes, y de varias entre esas, ha conseguido que se convirtiesen á la religion católica. En solo el puebleeito que acabo de nombrar, se cuentan cuatro mil católicos.

El antiguo rencor contra el Catolicismo, ha disminuido en gran manera entre los protestantes. Las inauditas calumnias de que habian sido objeto los católicos, se han ido disipando con el tiempo, y el nombre de papista no es mirado con el horror que años antes. Esta mejora del espíritu público, data ya de algunos años; sirva de prueba el hecho siguiente. En la base de la magnífica columna le-

vantada en memoria del horroroso incendio que en 1666 destruyó una parte de Lóndres, habia una inscripcion, en la que se atribuia este incendio á los católicos. Ya se deja entender cuánto debia de contribuir un recuerdo semejante para inspirar á los habitantes de Lóndres un ódio profundo contra los que se suponian culpables de tan horrible atentado. Conocíanlo asi los interesados en sostener ese ódio por medio de la calumnia, y así es que habiendo sido borrada dicha inscripcion por Jacobo II, fué luego restablecida por Guillermo III. Pasaban los años, y los católicos tenian que sufrir una calumnia tan atroz; pero al fin la verdad ha llegado á triunfar, la odiosa inscripcion no ecsiste ya. La autoridad, avergonzada de semejante impostura, la hizo borrar en 1830.

No es dado al hombre penetrar en los secretos del porvenir; pero en verdad que si como algunos han creido, no estuviera lejos el tiempo en que la Inglaterra ha de volver al seno de la Iglesia católica, este acontecimiento marcaria una de las épocas mas estraordinarias de la historia de la Iglesia, no solo por lo que fuera en sí mismo, sino por sus incalculables consecuencias en las mas remotas regiones del globo. El protestantismo en Inglaterra, ha dejado muy mal parada la religion en todo lo tocante á dogmas; y á él se debe esa anarquía á que se la ve sujeta en la actualidad en toda la estension de la Gran Bretaña, escepto entre aquellos que se han conservado adictos al Catolicismo, ó que abriendo los ojos á la verdad, han vuelto á entrar en su seno, abjurando los errores de secta que se les habian comunicado con la educacion. Sin embargo, propiamente hablando, no puede decirse que el pueblo inglés haya estado sujeto directa é inmediatamente á la accion de la incredulidad. La Inglaterra no ha tenido el siglo de Voltaire; y así es que su situacion religiosa es mas bien una anarquía de creencias, resultado natural de la muchedumbre de sus sectas, que no una absoluta falta de ideas religiosas. Así es que, como he indicado mas arriba, se observa que el sentimiento religioso es todavía bastante vivo; y tal hombre se encontrará, que no sabrá á qué atenerse en punto á creencia, y que sin embargo, no está en aquella disposicion de ánimo que llamamos impiedad. Y este es uno de los rasgos característicos que distinguen la Inglaterra de la Francia. En Francia, apenas hay medio entre el Catolicismo y la incredulidad. Esta disposicion de los ánimos en Inglaterra, serviria admirablemente el dia en que se verificase su conversion al Catolicismo. Sin ningun nuevo esfuerzo se hallaria en una posicion escelente para una reorganizacion en su interior, y para apagar la propagacion del Evangelio; obra que entonces podria realizarse en una escala inmensa.

Para formarse ideas de esto, no basta considerar el inmenso po-

derío de la Gran Bretaña, sino que es necesario atender á los elementos que entraña esa sociedad para producir los efectos mas colosales, el dia que esos elementos aunados bajo un principio pudiesen obrar con regularidad y concierto. Son innumerables las sociedades que hay en sola la ciudad de Lóndres, con objetos de religion ó de beneficencia. A mas de la famosa sociedad Bíblica y otras que tienen objetos análogos, hay sociedades para la propagacion del Evangelio en los paises estrangeros, para la conversion de los esclavos negros, para la conversion de los judíos, para distribuir libros religiosos á los pobres, para la instruccion de los adultos, para la supresion del vicio, para la abolicion de la esclavitud; y otras varias que pudiera enumerar si fuera necesario. Gástanse en estos objetos sumas inmensas; de suerte, que si los resultados correspondiesen á los esfuerzos, seria incalculable el bien que de ellos resultaria. Desgraciadamente la reconocida esterilidad que distingue las sectas separadas de la Iglesia católica, no permite que el fruto de semejantes asociaciones sea muy beneficioso á la humanidad; y cuando de esto no tuviéramos otras pruebas, las encontrariamos en el escaso provecho de las misiones protestantes. Todo el oro de que ellas disponen, no alcanza á la fuerza maravillosa de las palabras de uno de nuestros misioneros, que sin mas armas que su cayado, ni mas recursos que su caridad, anuncia á los pueblos bárbaros el nombre de Jesucristo. Nuestros misioneros no se presentan en medio de sus neófitos con el aparato de la fuerza, con la ostentacion de la riqueza, ni rodeados de comodidades como los protestantes; pero en cambio, llevan consigo la dulzura, el desinterés y el celo que los devora por la conversion de las almas. No miran la mision como un destino para vivir, sino como un deber sagrado que llenar; los pueblos á quienes se dirigen, no son una mina para esplotar, sino un campo estéril que se ha de cultivar y fecundar; los infelices que viven en las tineblas de la idolatría, no son hombres sobre quienes se haya de ejercer una dominacion soberbia, sino almas rescatadas con la sangre del Cordero *sin mancilla*, á quienes es menester hacer llegar algunas gotas de esa preciosa sangre. Todo el mundo sabe, por medio de las relaciones que de ello hacen con frecuencia los papeles públicos, cuán enorme es la diferencia que media entre las misiones protestantes y las católicas. Por mi parte, he tenido el gusto de oir esta verdad de boca de un testigo de vista, que ha recorrido una gran parte de América, y que por su posicion ha tenido la oportunidad de observarlo de cerca. En una memoria muy interesante que tiene escrita sobre aquellos paises, y de la que tuvo la bondad de leerme algunos fragmentos, observé notada esta diferencia, que varias veces el autor me habia asegurado de palabra;

siendo de advertir, que así como en los misioneros protestantes habia encontrado demasiada dureza, asi en los católicos hallaba una blandura que, á su juicio, era escesiva. De suerte que, en su concepto, los padres de cierta mision llevaban sobrado lejos su solicitud caritativa en favor de sus neófitos, y se desvelaban con esceso en socorrer todas las necesidades: no dejando á la actividad individual bastante estímulo para su completo desarrollo. Ya se deja ver que semejantes inculpaciones son bien honrosas: dichoso aquel á quien *no puede achacarse otra falta, que un escesivo desvelo por el bien de sus semejantes.* Quizás algun dia podré vencer la modestia del viagero de quien acabo de hablar, para que me permita consignar algunos trozos de la memoria que acaba de espresarse. Sus palabras en esta materia, son en cierto modo de mas peso, porque siendo, como es, un secular, no podrá tacharse de parcialidad.

Quiera Dios que no esté lejos el tiempo en que todos esos elementos que ecsisten en la Gran Bretaña, en la actualidad estériles en buena parte, y aun á veces dañosos para el humano linage, puedan reunirse bajo la vivificante accion del Catolicismo y producir frutos de salud en los cuatro ángulos de la tierra.

Se me preguntará quizás qué es lo que pienso de la probabilidad de semejante acontecimiento; si lo cuento todavía en el órden de aquellas cosas que mas sirven para halagar los buenos deseos, que para hacer concebir esperanzas sérias y fundadas. No me aventuraré á conjeturas vagas que fácilmente pueden hacerse sobre todas materias, y que luego el curso de los acontecimientos viene á manifestarlos como sueños y delicias. Pero menester es confesar que la Providencia debe de abrigar altos designios sobre la suerte de la religion católica en Europa, dado que estamos presenciando cosas que años atrás nos hubieran parecido imposibles. ¿Quién dijera que despues del acontecimiento de la primera revolucion de Francia, acontecimiento hijo *principalmente de una escuela cuya enseña era* la irreligion, habia de datar el mas notable progreso del Catolicismo en Inglaterra, habiendo influido mas ó menos aquella revolucion en todos los paises del orbe civilizado, y de un modo muy particular en Inglaterra? ¿cómo es que en ésta cabalmente se haya pronunciado un movimiento directamente opuesto al que segun todas las apariencias debia esperarse? En la misma Francia, ¿cómo es que desde la revolucion de 1830, cuando las ideas religiosas debian al parecer quedar arruinadas con la caida del principio politico que en los juicios humanos le servia de tan poderoso apoyo, cómo es, repetiremos, que la religion, lejos de perecer, haya vuelto á recobrar un nuevo ascendiente entre las diferentes clases de la sociedad? Nece-

sario es confesar que en esto, como en todo, son incomprensibles los caminos de Dios; siendo de notar que el Eterno se ha complacido en llevar adelante su obra por medios diferentes de los que los hombres se habian imaginado. ¡Cuántos desengaños no han venido á disipar los pensamientos que en 1815 se habian basado sobre combinaciones políticas! Lo que se habia llamado la *Santa Alianza*, habia sido mirado por algunos como el paladion de todo lo bueno que habia en Europa: pues mirad; de los cuatro poderosos monarcas que la formaban en el continente, el uno ha desaparecido del trono, hundiéndose con toda su descendencia en el sacudimiento de una revolucion, y otros dos oprimieron tiránicamente á los católicos de sus dominios, causando á la Iglesia gravísimos males, contra los que ha tenido que levantar repetidas veces la voz el vicario de Jesucristo. Pues á pesar de todo esto, la religion continúa triunfando, siendo su triunfo tanto mas brillante, cuanto se ve con toda evidencia *que en nada* es debido á los esfuerzos humanos.

Mientras por una parte se ve esa pronunciada tendencia hácia el Catolicismo, se nota de otro lado la estrema disolucion de las sectas disidentes; de manera que en varias no va quedando mas que un puro deismo. A esto se añade que no dejan de circular por allí las nuevas doctrinas socialistas, empeñadas en crear un órden de cosas enteramente distinto á todo cuanto se ha visto hasta aquí. Y es lo *peor, que empiezan* ya á fundar algun establecimiento de educacion; de suerte que así como hasta ahora esas teorías han sido únicamente el patrimonio de las cabezas ardientes, ahora podrian llegar á ser el primer alimento de la infancia. A este propósito recordaré que tuve la ocasion de visitar un establecimiento de esta clase, que se ha fundado á pocas millas de Lóndres, donde vi con mis ojos lo que de otra manera me hubiera sido difícil creer con respecto á la direccion estravagante que se da al espíritu de las pobres criaturas que allí se educan. Quizás otro dia haré una ligera reseña de las prácticas de ese establecimiento, como y tambien de las doctrinas en que éstas se fundan; cosa que puedo hacer tanto mejor, cuanto tuve la ocasion de asegurarme por mí mismo de todos los pormenores, y ademas, los directores del establecimiento me proporcionaron los diferentes cuadernos en que se espone su método y sus principios. Hoy no me es posible hacerlo, porque seria estenderme en demasía.

Uno de los embarazos que median para un mayor desarrollo del Catolicismo en Inglaterra, es el poderío material de la Iglesia anglicana, la que poseyendo inmensas propiedades, es regular que resista á todo lo que pueda traer eventualidades que se las podrian quitar. Está ligada, ademas, con la aristocracia inglesa, que en-

cuentra en ella un instrumento dócil y un apoyo para continuar el sistema en que tan bien se encuentra por espacio de dos siglos. Menester es confesar que si este órden de cosas hubiese de desaparecer en Inglaterra, solo á fuerza de espíritu democrático, solo á impulsos de ideas de igualdad, no fuera tan fácil la obra ni tan hacedera como en otros paises; pues que allí la diferencia de clases está tan profundamente arraigada, que no es solo la alta aristocracia quien la sostiene, sino tambien el mismo pueblo. Para nosotros que estamos acostumbrados á no distinguir entre el noble y el plebeyo, y que vemos confundidas las varias clases de la sociedad sin otras pretensiones que el vivir con mas ó menos comodidad quien tenga para ello mayores medios, apenas es concebible la organizacion social de un pais, que sin embargo nos le han presentado algunos como un modelo de libertad é igualdad. Si teneis dinero, si habeis podido alcanzar una gran fortuna, se os admitirá en las clases mas elevadas; tendreis entrada en el seno mismo de la aristocracia, aunque vuestro orígen sea plebeyo; se os espedirá un título que hará olvidar la humildad de vuestra cuna. Pero desde entonces estais obligado á manteneros separado de los que no han podido alzarse tan alto: guardaos del roce con las clases inferiores á la vuestra, pues que empañarian el lustre de vuestra posicion, y os veriais privado de alternar con la alta sociedad que os ha adoptado. Y aquí hay que notar un secreto de la política de la aristocracia inglesa, que consiste en hacer siempre nuevas adquisiciones de hombres ó familias de otras clases, sin perder el espíritu esclusivo que la anima con respecto á la generalidad del pueblo. En otros paises, la nobleza se ha acercado al pueblo, bajando de su puesto, y así ha venido á confundirse con él: en Inglaterra la nobleza no se ha acercado al pueblo, y cuando ha necesitado robustecerse con nuevos refuerzos, ha tomado los individuos del pueblo que mas le han convenido, y sin abajarse ella, los ha levantado hasta su nivel propio. Así ha conseguido perpetuar el espíritu de clase, presentar la suya como un premio de grandes servicios, como un término á la carrera de los hombres mas distinguidos, quitándola de esta suerte una parte de la odiosidad que naturalmente la acompaña. Esto ha contribuido tambien á comunicar á las clases inferiores un espíritu semejante, y de esta suerte se ha formado una série de aristocracias que empieza en las gradas del trono y acaba en el último mendigo. Pensarán algunos que la buena organizacion de gobierno impedirá que esta separacion de las clases no produzca males de consideracion, y que la buena administracion de justicia no permitirá la opresion de los inferiores por los superiores; pero esto es un error, porque és tan escesivo el coste de la justicia civil, que lo desme-

dido de los gastos necesarios para obtenerla, equivale á una denegacion.

Esta combinacion de circunstancias forma, en verdad, un estado de cosas, del que pareceria difícil salir, si no se hubiese presentado en la arena donde luchan los intereses contrarios, un agente el mas poderoso é irresistible, *el hambre*. El mal ha llegado á su estremo: todos los paliativos son inútiles; y lo peor está en que el mal no es hijo de causas pasageras, sino de la misma naturaleza de las cosas; y por tanto, mientras ellas subsistan, es irremediable. Dos son las causas principales de tan horrible miseria; la produccion escesiva y la escandalosa acumulacion de la riqueza en pocas manos: ambas causas están íntimamente trabadas con la organizacion actual de la Inglaterra en lo social y en lo político. Júzguese, pues, si hay probabilidades de que no acabe este siglo sin que haya sufrido cambios muy radicales. Ahora la aristocracia inglesa no está encarada solamente con la Irlanda, lo está con la misma Inglaterra: su habilidad es mucha, su prevision grande, sus recursos inmensos; pero hay cierta fuerza en los hechos, contra la que nada pueden ni la habilidad, ni la prevision, ni los recursos. Un sistema de colonizacion organizado en una vasta escala, parece á primera vista un medio á propósito para salir del apuro; pero es menester advertir que la emigracion, si bien no regularizada bajo un sistema, ha sido grande hasta aquí en Inglaterra, y que no es fácil calcular si esta misma emigracion fomentada y dirigida por la administracion pública seria tanta como fuera menester, ni si produciria los resultados que serian de desear. En semejantes materias el interés individual y la fuerza de la necesidad son de suyo muy poderosos para mover, y previsores para dirigir; y así es, que cuando obra en ellas la accion del gobierno, no siempre se obtienen en la realidad las ventajas que habia prometido el proyecto.

La actitud que van tomando en Inglaterra las clases trabajadoras, es cada dia mas alarmante: ya no son simples reuniones con algunos discursos y peroratas; ya no son esposiciones con millares de firmas; son verdaderos motines lo que allí se presencia: se apela repetidamente á vias de hecho; y este es un camino resbaladizo, cuya pendiente es muy rápida, cuyo fondo es un abismo. Como quiera, si la aristocracia inglesa se ha de encontrar en graves peligros, por cierto que no abandonará el campo sin desplegar los inmensos recursos de que dispone. Una revolucion en Inglaterra tendria por necesidad dimensiones colosales. La aristocracia inglesa es un gigante, que al sentirse herido de muerte, tendria tales convulsiones, que haria estremecer el mundo.

Todos los hombres amantes de la humanidad deben desear que

la cuestion se resuelva por vias pacíficas, y que los fastos de Europa no se manchen con otra página, que segun todas las probabilidades, seria sangrienta y terrible. El pueblo bajo de las grandes poblaciones de Inglaterra, seria formidable si llegase á desencadenarse. *Todavía* no se han olvidado en Europa las horrorosas escenas del siglo XVII, y por cierto que no fueran éstas imposibles en el pueblo del siglo XIX. El espíritu de alejamiento y desconfianza seguido por el gobierno inglés con respecto á la Irlanda, ha sido no solo injusto, sino impolítico, pues que de esta suerte ha conseguido que se propague mas y mas el movimiento que allí ha provocado. Sin duda el pueblo inglés no suportaria por tanto tiempo la miseria como el pueblo de Irlanda; y esto podria ser una leccion para apreciar debidamente el carácter pacífico y manso de una religion que tan gratuitamente han calumniado los aristócratas ingleses. ¡Cosa admirable! cabalmente despues de tanta ceguera en ciertos hombres que por su ilustracion y demas circunstancias debieran haberse mostrado mas imparciales y mas templados, el Catolicismo ha obtenido justicia de parte del genio mas tempestuoso que haya producido la Inglaterra, lord Byron. Sus palabras tienen demasiada importancia para que pueda menos de recordarlas despues que tanto me he estendido sobre la situacion religiosa de Inglaterra. Dignas son de ser recomendadas á los hombres pensadores de todas las opiniones y de todos los paises. Helas aquí: "No soy yo enemigo de la religion; al contrario, y es de esto buena prueba el que "hago educar mi hija natural *en un Catolicismo estricto*, en un "convento de la Romaña. Mi opinion es, que cuando se tiene "religion, jamas se tiene la bastante: cada dia me inclino mas á las "doctrinas católicas." (Memorias de lord Byron, tomo 5, página 172.)

Testimonio imponente, que viene á ponerse al lado de tantos otros como han tributado á la verdad los mas grandes hombres que ha tenido el mundo por espacio de largos siglos. ¿Qué dirán en vista de estas palabras de Byron, esos hombres pequeños que piensan que el Catolicismo es solo el patrimonio de los fanáticos é ignorantes? Estos homenages tributados á la religion verdadera por los hombres de quienes menos debia esperarse, alientan al corazon y reaniman la confianza en los sucesos del porvenir. Dios, que ha comenzado la obra, la conducirá á su *término por* caminos que nosotros no podemos atinar.

Paris, 10 de Agosto de 1842.

MARIANA.

En Mariana todos conocen al historiador, muchos no conocen al hombre: el autor de la *Historia de España*, es célebre entre nacionales y estrangeros; pero muchos de éstos y no pocos de aquellos, están lejos de pensar que el jesuita de Toledo haya sido uno de los hombres mas estraordinarios de su tiempo. Y no es porque no se halle escrita su vida, ni porque sus obras yazgan en la oscuridad: al contrario, se ha tenido el *cuidado* de escribir la vida de este hombre ilustre con mucha diligencia y notable esmero; y en cuanto á sus obras, forman todavía nuestra lectura cotidiana. ¿Qué falta, pues, para conocerle debidamente? Falta, en nuestro entender, la cabal apreciacion del conjunto de sus cualidades, de su talento, de su carácter, de su espíritu de altanera independencia; calidades que le crearon una posicion particular, y le mantuvieron en ella durante su dilatada carrera. No nos proponemos hacer esta apreciacion, cosa que ecsigiria mas tiempo, y que no podria encerrarse en los límites de un artículo; sin embargo, como dicho escritor es una de las figuras mas interesantes de nuestra historia literaria, vamos á trazar algunos de sus rasgos, siquiera para comunicar á los demas las impresiones que hemos sentido al pararnos, no pocas veces, á contemplarla. Ademas, que Mariana es una de nuestras glorias, y el recordar su nombre, es recordar uno de los mas bellos títulos de nuestra pasada grandeza. ¡La España ha caido en tanto abatimien-

to! ¡es tan desgraciada! ¡y los desgraciados toman tanto gusto en alimentarse de recuerdos (1)!

Por de pronto, es bien singular el conjunto que se nos ofrece en Mariana: consumado teólogo, latinista perfecto, profundo conocedor del griego y de las lenguas orientales, literato brillante, estimable economista, político de elevada prevision, he aquí su cabeza; añadid una vida irreprensible, una moral severa, un corazon que no conoce las ficciones, incapaz de lisonja, que late vivamente al solo nombre de libertad, como el de los fieros republicanos de Grecia y Roma, una voz firme, intrépida, que se levanta contra todo linage de abusos, sin consideraciones á los grandes, sin temblar cuando se dirige á los reyes; y considerad que todo esto se halla reunido en un hombre que vive en una pequeña celda de los jesuitas de Toledo, y tendreis ciertamente un conjunto de calidades y circunstancias, que rara vez concurren en una misma persona.

La reputacion de Mariana no se debió al lustre de su familia, tuvo la desgracia de no poder señalar sus padres; desgracia que no oscureció la gloria de su carrera: de nadie necesitaba: su fuerza estaba en su cabeza; la hidalguía en su corazon. Echósele en cara que habia nacido de un estrangero: esto no es verdad; como quiera, entre los que recordaron al ilustre escritor su nacimiento oculto, deseáramos no encontrar un nombre tan esclarecido como el de D. Antonio Hurtado de Mendoza. Nadie ignora que los padres de Mariana eran españoles, y que nació en Talavera, diócesis de Toledo, en 1536. El recordaria seguramente lo que debió á su pais natal, cuando aprovechó la ocasion de dejarnos una descripcion hermosa de Talavera y sus alrededores.

Siéntese en el fondo del carácter del ilustre escritor, cierta agrura, que parece deslizarse en sus obras, comunicando á muchos pasages un dejo sentido y acerbo: quizás pueda esto atribuirse á aquellas gotas de amargura que se derraman en el corazon de un niño, cuyo llanto no fuera jamas acallado con las caricias de la ternura maternal. Quien no tiene familia, menester es que sienta en su corazon un profundo vacío; desde el momento que conoce su ecsistencia, se encuentra solo, abandonado, despegado de todo el mundo:

---

(1) *Téngase presente que el Sr. Balmes* escribia este artículo á mediados del año de 1842, cuando abrumada la España por una série interminable de terribles catástrofes, ofrecia el cuadro sombrío y aterrador de una nacion trabajada por una guerra civil de largos años, y amenazada de otra revolucion sedienta á un tiempo de sangre y de venganza. Felizmente la Providencia ha escuchado las plegarias de los españoles, y á la sombra de un gobierno fuerte y justiciero, en la actualidad progresa rápidamente en las ciencias y en las artes, y la perspectiva de su brillante porvenir deslumbra aun á los mismos estrangeros. (Nota del Editor.)

esto ha de producir naturalmente una reaccion. El infortunado se repliega sobre sí mismo y se endurece contra todo. El escritor tenia ya setenta y tres años, y el recuerdo de su nacimiento resonaba quizás tristemente en su alma, cuando dirigiéndose al Papa Paulo V se apellidaba *infimæ conditionis homo.*

No diremos al lector que Mariana mostró desde luego las disposiciones mas felices; bien lo dará por supuesto, aunque no se lo diga: sin embargo, observaremos que á la edad de diez y siete años debia de prometer mucho, pues que habiendo á la sazon entrado en la Compañía de Jesus, cuéntase que el santo fundador recibió esta noticia con satisfaccion muy particular, enviándole desde Roma su bendicion. Hizo sus estudios con mucho lustre, y se entregó al trabajo con aquella decision que podia esperarse de su carácter de hierro. La filosofia y teología de las escuelas, no bastaban á su avidez de aprender, quizás no satisfacian cumplidamente su espíritu; así es, que al propio tiempo que estudiaba con ardor esta ciencia, no olvidaba ocuparse en las lenguas y en la literatura. El jóven teólogo no tenia mas que veinticuatro años, pero ya no podia temer que se le hiciese el cargo que Melchor Cano dirigia á algunos teólogos de su tiempo, diciéndoles, que para combatir con los hereges, no tenian otras armas que largas cañas, *arundines longas.* Por lo que toca á su moral severa y á su irreprensible conducta, pudo aprenderlas en escelente escuela; pasó su noviciado bajo la direccion de San Francisco de Borja.

Los jesuitas, que entendian en materia de hombres y talentos, no se habian equivocado sobre las brillantes disposiciones del jóven estudiante; y así es, que cuando en tiempo del general Laine fundaron el colegio Romano, proponiéndose reunir allí la flor de los talentos de la Compañía, fijaron los ojos en Mariana, nombrándole profesor á la edad de veinticuatro años. Se ha dicho que entre sus discípulos contó al célebre Belarmino: lo que hay de cierto es, que mientras nuestro profesor enseñaba teología en Roma, el insigne controversista seguia el curso de filosofia en el mismo colegio. Consérvase un interesante pasage en que Mariana se complace en recordar al cardenal aquellos tiempos felices, que echaba menos todavía en su vejez. "Quisiera, le dice, solazar un poco mi espíritu con la memoria de las cosas pasadas: permítasele ese recuerdo á un anciano." Nombra en seguida á Parra, Ledesma, Toledo, que despues fué cardenal, Perera, Acosta, al matemático Clavio, á Bautista, profesor de hebreo, al valenciano Esteve, maestro de griego, á Organtino, que murió en el Japon, y por fin, al insigne Maldonado, y luego esclama: "¡Oh qué tiempos, qué hombres! Yo los recuerdo con frecuencia, y ese recuerdo fortifica mi corazon."

La salud de Mariana se alteró notablemente en Roma, ó á causa del clima, ó bien por el escesivo trabajo de las tareas de su cátedra: quizás contribuyeron las dos cosas; y así parece creerlo él mismo cuando dice: "El trabajo escesivo de enseñar y el clima mal sano, sobre todo para los estrangeros como yo, debilitaron desde un principio mis fuerzas." Precisado á salir de Roma, pasó á Sicilia, donde enseñó una temporada, hasta que fué llamado á la universidad de Paris. En ese vasto teatro, confirmó la justicia de su reputacion; siendo de ello la mejor prueba el gran número de discípulos que acudian á sus lecciones. Allí fué donde sucedió aquel hecho estraño, que bien merece recordarse, por retratar el espíritu de la época. Uno de los estudiantes mas aplicados, llegó un dia demasiado tarde, y no pudo entrar para oir la esplicacion del profesor. ¿Qué hace el estudiante? vuelve atrás á toda prisa, va en busca de una escalera, la arrima á la pared y sube á la ventana, colocándose de suerte que pudiese oir la leccion. Mariana advierte el raro espediente del alumno, interrumpe su discurso, dale una mirada, y le dirige aquellas palabras del Evangelio, "quien no entra por la puerta es un ladron." "Sí, señor, replicó con viveza el estudiante, para robar vuestra doctrina."

Bien se deja entender que si el profesor de la universidad de Paris hubiese deseado figurar en el mundo, ora continuando su enseñanza en las mas distinguidas escuelas de Europa, ora elevándose á los mas altos rangos de su órden, la posicion que habia conquistado le hubiera ofrecido en abundancia los medios de satisfacer su ambicion. Su nombradía, establecida ya muy sólidamente, se iba ensanchando cada dia mas y mas, y ligado en amistad con los hombres mas distinguidos de su siglo, no hubiera escaseado de apoyo para levantarse á los puestos mas importantes. Pero su genio pensador, su carácter indomable, su deseo de independencia, se avenian mejor con la soledad, con la oscuridad misma, donde podia entregarse sin reserva á la meditacion y al estudio. Esto esplicaria quizás por qué á la edad de treinta y siete años se resolvió á dejar Paris, donde podia prometerse un porvenir tan lisonjero; bien que mediaba otra causa poderosa que le obligaba á volver á su patria. El clima de las márgenes del Sena, no era menos contrario á su salud que el de las orillas del Tiber: una grave enfermedad que le forzó á interrumpir todos sus trabajos, le dió á conocer la necesidad de respirar el aire de su pais natal; y así, despues de una ausencia de trece años, volvió á España, y se fijó en Toledo. Esta ciudad no yacia entonces en el abatimiento en que ahora se encuentra; descendia sí, la dolorosa pendiente que la llevaba de un rango tan eleva-

do entre las ciudades, á no ser mas que un recuerdo; pero no estaba todavía tan lejos de la cumbre de su gloria, que no se la rodease de consideracion y respeto. La antigua corte de los reyes, era á la sazon una reina viuda, cuya belleza se ha marchitado con los años, pero en cuyo semblante se descubren aún los rasgos que recuerdan la diadema. Por esta causa no se hallaba mal en Toledo el profesor de Roma y Paris; su espíritu podia vivir en una esfera en que no le faltaban los medios de nutrirse y de derramarse; tal vez encontraba allí las ventajas de la corte sin sufrir sus inconvenientes. La abundancia de libros, el trato con personas instruidas, no le faltaban, en una poblacion donde ecsistian tribunales superiores, un clero rico y numeroso, comunidades religiosas en un estado brillante, familias ilustres, y tantos restos de una antigua grandeza, que el tiempo no habia consumido, que el soplo de las revoluciones no habia dispersado.

El alto mérito de Mariana fué apreciado cual merecia: no se presentaba un negocio grave y espinoso que no fuera enviado á su consulta; y sabida es la confianza que le dispensaba el cardenal de Quiroga, arzobispo de Toledo, quien se aprovechaba de sus luces en los negocios mas importantes. Una prueba de la reputacion que disfrutaba Mariana, fué el nombrarle censor en la ruidosa cuestion de la Políglota de Amberes, llamada Biblia Régia ó Filipina, del nombre de Felipe II, que fomentó y sostuvo la empresa. Nadie ignora cuán graves cargos se hacian al insigne Arias Montano, que habia dirigido la edicion por órden espresa del monarca. El testo, los prefacios, los comentarios, todo era objeto de la crítica mas dura; la fé del ilustre sábio se habia hecho sospechosa para algunos; acusábanle de haber bebido en las fuentes de los rabinos y de los hereges, y aun se llegaba á decir que se inclinaba al judaismo. Por mas predileccion que mereciese á Felipe II Arias Montano, las acusaciones eran tan graves, y la disputa se habia empeñado de tal suerte, que fué preciso fijar en ella la atencion y tomar decididamente un partido, para saber si habia de continuar ó no la circulacion de la nueva Biblia. Instruyóse el debido espediente con la idea de sacar en claro la justicia ó sinrazon de las inculpaciones dirigidas contra Montano; pero los ánimos se hallaban tan ecsaltados con el calor de la disputa, que no era fácil tarea distinguir entre la voz del celo y el grito de la envidia. Ademas, para resolver una cuestion semejante, no bastaba una consulta de teólogos que no conociesen mas que la Vulgata; el negocio pedia por juez competente un hombre versado en las lenguas contenidas en la Políglota, instruido en la ciencia de los rabinos, conocedor de los antiguos padres

de la Iglesia, que ademas reuniese la erudicion necesaria para formar paralelo entre la nueva edicion y las antiguas, y dotado, por fin, de una comprension bastante para abarcar y profundizar la cuestion en todas sus ramificaciones, y de un juicio maduro, prudente, y sobre todo, firme é imparcial, para no dejarse doblegar ni arrastrar por las pasiones ó intereses de partido. Las miradas se fijaron sobre Mariana; el resultado justificó la eleccion.

Bien se alcanza con cuánto ardor se entregaria á su tarea; no solo para sostenerse con dignidad en presencia de los contendientes, sino para hacer frente, si necesario fuese, á un hombre cuya fama rayaba tan alto como Arias Montano. Al cabo de dos años, la censura salió á luz, y fué tan aplaudida, que habiendo llegado á Roma la noticia de su mérito, el Papa Gregorio XIII deseó verla, y pidió una copia, que en efecto le fué enviada. Los límites del artículo no permiten entrar en sus pormenores sobre el contenido de la censura; pues aun cuando nos contentásemos con el estracto que de ella se encuentra en la *Vida de Mariana*, que precede á su *Historia de España*, en la edicion de Valencia publicada en el último tercio del pasado siglo, llenariamos con esceso el espacio de este número. Bastará decir, que sin disimular lo que le pareció reprensible en la edicion de Montano, dió un juicio favorable á la totalidad de la obra; siendo de notar, que la Políglota continuó circulando, cortándose por la autoridad de un solo hombre una cuestion que al parecer debia de haber ocupado una numerosa junta. Un documento como este debia haberse impreso á su debido tiempo, y no dejarle espuesto á perderse: á fines del pasado siglo, el manuscrito se habia hecho muy raro, y costaba ya dificultad el procurárselo.

Algunos han dicho que los jesuitas se habian entrometido en el negocio, y que se habian esforzado en doblegar contra Montano la rectitud del censor: no ignoramos que Montano no era amigo de los jesuitas; pero no vemos que puedan producirse documentos fehacientes de la supuesta intriga. Al menos, el autor de este artículo no los conoce, y cuando se quiere hacer un mérito á la imparcialidad de Mariana, diciendo que todo el ascendiente de su órden no alcanzó á torcerla, nos inclinamos á creer que hay aquí más bien el prurito de inculpar á los jesuitas, que el interés por el jesuita. Hay quien funda semejante cargo, diciendo que Mariana sabia anticipadamente su nombramiento para la censura; pues como él mismo dice, se preparaba de antemano á desempeñarla; pero esto, en nuestro juicio, nada prueba, pues que es claro que antes del nombramiento oficial, debieron de mediar algunas pláticas en que se ha-

blaria de la persona que se consideraba mas á propósito, y que entre los sábios capaces de corresponder á tan distinguida confianza, se designaria á Mariana. Este, por otra parte, conocia sus fuerzas, y no seria estraño que pensase que al fin el negocio habiá de parar en sus manos. Si como quieren suponer algunos, el nombramiento de Mariana fué procurado por intrigas de los jesuitas, no mostraron mucha habilidad designando á un hombre cuyo inflecsible carácter bien habian podido conocer, y de quien debia constarles que nada podian esperar.

En 1595 publicó la primera edicion de su *Historia de España;* escribióla en latin por dos razones: primera, porque esta era la costumbre de la época; segunda, para facilitar su circulacion en el estrangero; pues como él mismo nos dice, habia conocido en sus viages, que las demas naciones tenian vivos deseos de saber la historia de un pueblo que se habia levantado á tan alto punto de esplendor y pujanza. La primera edicion no contenia mas que veinticinco libros; pero queriendo comprender la historia del reinado de Fernando el Católico y de Isabel, añadió otros cinco, que se publicaron en las ediciones siguientes. Tradújola él mismo en castellano, y la dió á luz en Toledo en 1601. La *Historia de España* es un glorioso monumento que aseguró al autor la inmortalidad, por mas que digan críticos descontentadizos que salen ahora protestando contra el fallo de los siglos. No nos es dable hacer en este lugar, ni la apología ni la crítica de la *Historia* de Mariana; no pertenece á aquella clase de obras que se juzgan de paso, como se leen caminando; diremos, sin embargo, dos palabras sobre ello, pues que seria estraño consagrar un artículo al autor y pasar por alto su obra maestra.

Severos cargos se han hecho al historiador por lo que toca al fondo de la obra; y nadie ignora que no son de hoy, como lo acredita la acalorada polémica de Mantuano en vida del mismo autor. Pero si se quiere juzgar con imparcialidad, es necesario colocar la cuestion en el verdadero terreno, y no discutir si Mariana bebió ó no siempre en manantiales puros, si fué estraviado por su nímia deferencia á los escritores que le habian precedido, ni tampoco si desde su tiempo se han aclarado varios puntos de nuestra historia, poniendo de manifiesto las equivocaciones del historiador; lo que conviene hacer es, colocarse en el puesto de Mariana y ecsaminar si hizo todo lo que hacer podia, atendidos los medios que tenia á la mano. No le faltaron ni detenido estudio de la materia, ni un juicio severo, ni una imparcialidad inflecsible; es decir, que reunió las principales calidades del historiador: lo demas no debe achacarse á él, sino al

atraso de su tiempo. Sabido es que él mismo confiesa que algunas veces habia caido en error, y que señala la causa de ello en haber fiado en demasía en la autoridad de los antiguos cronistas. "Y "aun por seguirlos habremos alguna vez tropezado; yerro digno "de perdon por hollar en las pisadas de los que nos iban delante." (Prólogo dirigido al rey.) En su respuesta á Mantuano, dice espresamente que su intencion no habia sido formar una historia, sino únicamente poner en buen órden y estilo lo que habian recogido los otros. Queria levantar un edificio cuyos materiales tomaba prestados. Si el autor no tuvo otra intencion, menester es confesar que escedió en mucho el fin que se habia propuesto, dado que nadie puede negar á su obra el mérito de una verdadera historia. Sea cual fuere el juicio que sobre ella se forme, nunca se dirá que no sea algo mas que una coleccion bien ordenada. Por muy modesta que fuese la idea del autor, no dejó de satisfacerle sobremanera cuando la vió ejecutada. "La grandeza de España conser- "vará esta obra," dice en su prólogo, y la España no ha desmentido su pronóstico. Hasta se inclina uno fácilmente á perdonarle esa jactancia: un mérito muy alto se conoce á sí mismo, y no siempre tiene la superioridad necesaria para hacer el sacrificio de callar. Oimos con demasiada frecuencia aquello de *exegi monumentum œre perennius*, de Horacio.

Por lo que toca á la imparcialidad, una de las calidades mas indispensables y mas raras en los historiadores, Mariana la poseyó en alto grado; y de él no puede decirse como de tantos otros, que al escribir la historia de su patria bien se conocia que estaba hablando de su madre. Al contrario, fué en esta parte tan severo, que hirió vivamente el orgullo nacional; y con esta ocasion se le dijo que su ódio contra España mostraba á las claras su orígen estrangero. Hasta llegó á discutirse en el seno del congreso si convendria suprimir una obra que mancillaba el honor de la nacion: la Providencia, que vela sobre nuestra patria, apartó seguramente de tan desatentada medida á los buenos consejeros.

El estilo y el lenguaje de Mariana no están esentos de defectos: espresóse á veces de una manera sobrado cortada, y afecta en demasía el género sentencioso; su habla, por hermosa que sea, no es siempre tan sonora y corriente cual demanda el genio de la lengua. Gusta mucho de las palabras anticuadas, lo que hizo decir muy felizmente á Saavedra: "que así como otros se tiñen las barbas para parecer mozos, así él para hacerse viejo." Ya se ha observado en defensa de Mariana, que estos defectos, sobre todo, lo tocante á las sentencias, eran mas bien de la época que suyos: Tácito era un au-

tor de moda. Quizás las cosas estaban en buen punto, si la gravedad de aquellos tiempos pudiese comunicársenos algo á nosotros, para neutralizar la escesiva ligereza que por desgracia se nos va pegando de una nacion vecina. Todavía puede hacerse otra refleccion en favor de Mariana por lo perteneciente al estilo: su historia fué escrita en latin; temeroso de que no cayese en manos de algun mal traductor, la puso el mismo en español, y claro es que el lenguaje debia resentirse algun tanto del molde en que por primera vez se habia vaciado la obra, y que la imitacion de los autores latinos debia resultar mas sensible. Seguramente no fuera muy difícil descubrir en diferentes pasages de la obra castellana el dejo de la latina. El carácter grave y severo de Mariana, le inclinaba al estilo sentencioso y al lenguaje anticuado; parece que se hallaba mal con todo lo que le rodeaba; echaba menos los tiempos pasados: *priscæ gravitatis exemplum*, como dice él mismo. Por esto le gusta el arcaismo, por esto procura dar á su estilo un aire anticuado, y le agrada vestir el trage del siglo XIV. Sea como fuere, el lenguaje de Mariana puede servir de modelo, y hasta es digno de elogio el autor por haberse opuesto ya de antemano al prurito de desnaturalizar nuestra lengua con la introduccion de palabras estrangeras, y dejando sin uso el riquísimo caudal de voces, que aprovechadas cual conviene, podrian darle decidida superioridad sobre los demas idiomas de Europa. No se crea que el autor de la *Historia de España* desconociese esta calidad de su lenguaje, ni dejase de prever la crítica que por esta razon podria dirigírsele. Todo cuanto se diga sobre el particular, lo adelantó él mismo con las siguientes palabras: "Algunos vocablos antiguos se pegaron de las crónicas de España, de que usamos por ser mas significativos y propios, por variar el lenguaje, y por lo que en razon de estilo escriben Ciceron y Quintiliano."

Llegamos al famoso libro *de Rege et Regis Institutione*, quemado en Paris por la mano del verdugo de órden del parlamento: preciso es confesar que esta corporacion no se alarmó sin motivo; un pais donde habian sido asesinados en pocos años dos reyes, debia naturalmente temblar á la lectura de algunos capítulos de dicha obra. Estremecimiento causan las páginas donde resuelve la cuestion de si es lícito matar al tirano: en la manera con que habla de Jacobo Clement, bien se echa de ver que no miraba en el asesino aquel mónstruo de que nos habla Cárlos de Valois, cuando refiriéndonos que le habia encontrado al dirigirse al palacio del rey para ejecutar su formidable proyecto, dice, que la naturaleza le habia hecho de tan mala catadura, que su rostro parecia mas bien de un demonio que de hombre. A los ojos de Mariana se presentaba co-

mo un héroe, que da la muerte y la recibe para libertar su patria. ¿Qué pensaremos de Mariana? La respuesta no es difícil: hay épocas de vértigo que trastornan las cabezas, y aquella lo era. Por cierto que el autor no está solo en el negocio. Cuando se supo en Paris la nueva de la muerte del rey, madama de Montpensier, en coche con su madre madama de Nemours, andaba de calle en calle gritando: "Buena noticia, amigos mios, buena noticia; el tirano es muerto, ya no hay en Francia Enrique de Valois." Nadie ignora lo que en seguida se practicó en Paris; el término fué digno del principio. Las simpatías de España estaban en contra de Enrique III; por consiguiente, nada estraño es que el espíritu del escritor se resintiese de la atmósfera que le rodeaba. No quiero decir por esto que sus doctrinas sean el fruto de un momento de arrebato; al contrario, basta leer la obra para advertir que sus mácsimas están ligadas con su teoría sobre el poder, y que las defiende con profunda conviccion. Verdad es que al abordar de frente la terrible dificultad, se ecsalta su ánimo como si quisiera tomar aliento para salvarla; pero no es la ecsaltacion lo que le sugiere las doctrinas, antes bien son éstas lo que le enardece y ecsalta. Es lamentable por cierto, que Mariana no haya tratado la cuestion con mas tino, y que haya sacado tan formidables consecuencias de sus principios sobre el poder: sin la doctrina del tiranicidio, su libro fuera en verdad muy democrático; pero á lo menos no espantaria al lector con el siniestro reflejo de un puñal que hiere: en dicha obra se encuentran lecciones de que pueden aprovecharse los reyes y los demas gobernantes: feliz el autor si no hubiese dado á su enseñanza una sancion tan terrible.

Una particularidad se halla en dicha obra digna de no ser pasada por alto: el autor se pregunta si es lícito matar al tirano por medio del veneno, y resuelve que no; quizás se trasluce aquí un rasgo de su carácter, quizás deseaba que quien tenia bastante audacia para matar, tuviese la fortaleza de morir. Esto podria parecer un freno para los asesinos; desgraciadamente la historia y la esperiencia de cada dia nos muestran que ese freno no basta.

El alma de Mariana, su índole inflecsible, su carácter altivo, se pintan en su obra. Complácese en recordar á los reyes, que han recibido del pueblo su autoridad, y que deben valerse de ella con mucha templanza, *singulari modestia;* que deben mandar á sus súbditos, no como á esclavos, sino como á hombres libres; y que habiendo recibido del pueblo su poder, deben procurar toda su vida conservar esa buena voluntad de sus vasallos. *Et qui a populo potestatem accepit id in primis, curæ habet, ut per totam vitam*

volentibus imperet. Un análisis de este libro, daria lugar á muchas y graves consideraciones.

Es bien notable que una obra tal pudiese publicarse en España con todas las condiciones requeridas. La edicion de Toledo lleva el privilegio otorgado por el rey, la aprobacion del padre Fray Pedro de Oña, provincial de los mercenarios de Madrid, y es dedicada al rey Felipe III. Advertiré de paso que el autor de la vida de Mariana que precede la edicion de Valencia de la *Historia de España*, se equivocó afirmando que este libro se habia publicado en vida de Felipe II; verdad es que fué compuesto en el reinado de este príncipe, por insinuacion de Loaisa, preceptor á la sazon del heredero de la corona, despues Felipe III; pero cuando el libro salió á luz, Felipe II ya no ecsistia. El título de la obra es: *De Rege et Regis Institutione ad Philippum III, libri* 3. La impresion es de Toledo en 1599.

Esta tolerancia será inconcebible para aquellos que no conocen nuestra historia política y literaria sino por medio de los autores que no saben escribir una página sin hacernos erizar los cabellos con las hogueras de la inquisicion y el sombrío despotismo de los monarcas: para quien haya meditado friamente sobre el espíritu de aquella época, calificando con imparcialidad los hombres y las cosas, el fenómeno no es tan inesplicable. Creerán quizás algunos que se toleró la obra de Mariana por sostenerse en ella el partido de la Liga; pero entonces la Liga habia dejado de ecsistir, y ademas el autor habla en general, y no se concreta á la Francia sino para ofrecer un ejemplo que, por ser tan reciente y ruidoso, le viene á la mano. De seguro que otros pensarán que Mariana se guardó muy bien de decir una palabra contra los reyes de España, ó de asentar nada que tendiese á limitar su absolutismo; pues muy al contrario, si habla recio contra los reyes de Francia, no tiene mucho miramiento con los de España. Al tratar de las contribuciones, punto siempre muy delicado y quisquilloso, se espresa con atrevimiento increible: no quiere que el derecho de las córtes sea meramente nominal, reprueba severamente los hechos que conducian á la pérdida de la libertad, y se queja sin rodeos de que se nos quisiese importar de Francia la costumbre de imponer los reyes los tributos de la autoridad propia, sin el consentimiento de la nacion. "Cuando menos, dirian otros, el clero debe ser muy bien tratado en esta obra, y el autor habrá conseguido la tolerancia, obligándose á no decir la menor palabra que pudiese desagradar á esa clase, entonces tan poderosa." Nada de esto: cuando se le ofrece la ocasion, habla del uso que debe hacerse de los bienes eclesiásticos, con entera li-

bertad; y donde le parece ver un abuso, le condena, sin consideracion á nadie. Esto nos pinta Mariana; pero tambien nos retrata la España.

El atrevido escritor tocaba al término de su larga carrera, sin haber sufrido ninguno de aquellos grandes infortunios que son comunmente el patrimonio de los grandes hombres, y que dan á su mérito mas esplendor y realce. Habia cumplido setenta y dos años, y su alma de fuego, que abrigaba todavía el ardor de la juventud, no podia estar tranquila, y meditaba la publicacion de otras obras. El fogoso anciano no se hallaba en disposicion de emprender largos viages para llevar á imprimir fuera de España escritos que le habian de acarrear la enemistad de los poderosos; conocia, ademas, que si éstos llegaban á tener noticia del contenido de los nuevos escritos, impedirian su publicacion en España. ¿Qué hace, pues? dispone las cosas de manera que la edicion se haga en Colonia, quedando satisfecho que salieran á luz, sin curarse de las consecuencias que podian acarrearle. Permanece tranquilamente en Toledo, y resuelto á no desconocer su obra, aguarda impávido que estalle sobre su cabeza la cólera de los magnates. "Lo que á otros hubiera asustado, dice el intrépido viejo, á mí me incita y alienta: ¿qué hay que hacer? este es mi genio." "*quot alios terrere potuisset, me magis ad conandum incitavit, ¿quid facias? ita est ingenium.*"

En tiempo de Felipe III, hízose una mudanza en la moneda, aumentando la cantidad de la de vellon, que por otra parte era de ley inferior á lo que correspondia. Los resultados fueron los que son siempre que los gobiernos se aventuran á esas desastrosas medidas; la moneda crece nominalmente, pero permanece la misma en realidad: la ley le señala un valor mas alto de lo justo; pero los interesados elevan en la misma proporcion los precios, reduciendo de esta manera la estimacion del dinero, y esforzándose en establecer el debido equilibrio. De esto dimana la alteracion de todos los valores, el trastorno en las relaciones mercantiles, el desórden, la desconfianza, y por consiguiente la miseria del pueblo. Mariana habia sido testigo de esos males, y en el libro de *mutatione monetæ* levanta su voz con el valor acostumbrado. En su libro de *morte et immortalite*, habló tambien con su natural osadía; y así es que el gobierno se dió por ofendido, y se trató de formarle causa. Ya se deja suponer que su obra *De Rege et Regis Institutione*, debia de haber llamado la atencion en España y escitado mayores recelos, desde que el parlamento de Paris le habia condenado con tanta severidad. Este conjunto de causas decidieron la formacion del proceso, y el autor fué preso en Setiembre de 1609, y conducido al con-

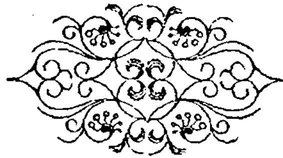
vento de San Francisco de Madrid. No cabe en los estrechos límites de un artículo hacer la historia de este proceso; basta decir que el reo contestó á *todos* los cargos con su acostumbrada firmeza, y que si bien recordó á los jueces sus antiguos servicios en pro de la religion y de las letras, y hasta su avanzada edad, sin embargo, no hizo traicion á sus sentimientos, y se confesó paladinamente autor de los escritos que se le atribuian. Es notable que uno de los cargos consistia en que Mariana habia echado en cara á los procuradores á córtes el ser hombres viles, livianos y venales, que solo cuidaban de alcanzar la gracia del rey, sin pensar en los intereses del pueblo; el acusado respondió osadamente ser verdad que habia dicho todo esto, y lejos de escusarse, añadió que *así se decia públicamente*, sobre todo en Toledo, lugar de su residencia. No deja de ser peregrino encontrarse con un jesuita que aboga por la causa del pueblo contra el rey y contra los procuradores á córtes. Como quiera, ahí está la historia, que depone de la verdad del hecho: y á buen seguro que si en aquellos tiempos hubiese tenido la España sus procuradores á córtes del temple del jesuita, el poder de los privados hubiese encontrado un freno, y no es poco lo que hubiera ganado la nacion en bienestar y en gloria. Es digno de notarse cuán adelante llevaba su prevision política el religioso de Toledo. En nuestros dias se ha hecho la observacion de que una de las causas de la decadencia de las antiguas córtes de Castilla, fué el haber sido escluido de ellas en tiempo de Cárlos V, la nobleza y el clero; medida que á primera vista podria parecer muy favorable á la democracia, pero que en realidad preparaba su abatimiento, quitando de en medio el principal obstáculo formado por las clases aristócratas. Un paso semejante debia halagar naturalmente el ánimo de Mariana, poco adicto de suyo á distinciones de rango; no obstante, su entendimiento dominó en esta parte su corazon, y en su libro ***De Rege et Regis Institutione***, pronostica que el abatimiento de la aristocracia ahogará la libertad.

Durante el proceso, el embajador de España en Roma, conde de Castro, seguia muy activamente una negociacion para obtener que se condenasen las obras del acusado. El conde habia recibido la órden de pedir al Papa los ejemplares ecsistentes para entregarlos á las llamas; pero antes de entablar oficialmente la demanda, se dirigió al auditor de la Rota, D. Francisco de la Peña, pidiéndole sus luces y consejos. En la respuesta de D. Francisco de la Peña, se nota que á Mariana no le faltaban simpatías en Roma, y que no se queria agravar la penosa situacion del afligido anciano. Recogiéronse al fin los libros, bien que segun parece, el embajador desistió

de pedirlos al Papa para quemarlos, movido sin duda de las reflecsiones que le habia hecho sobre este particular D. Francisco de la Peña, diciéndole que el Papa no accederia á la demanda. No debe pasarse por alto una de las razones sentadas por D. Francisco de la Peña, de la indulgencia con que era favorecido en Roma el acusado, á saber, la pureza de su vida y su conducta sin tacha. Despues de un año de mision, fué puesto en libertad, y volviendo á su retiro de Toledo, publicó á la edad de ochenta y tres años sus Escolios sobre el viejo y nuevo Testamento, y murió en 16 de Febrero de 1623, edad de ochenta y siete años.

Antes de concluir, detengámonos un momento á dar una ojeada sobre el carácter y demas calidades de este hombre singular. Descúbrese en todas sus obras un espíritu elevado, pero profundamente religioso. Acabamos de recordar la pureza y severidad de sus costumbres; y por lo que toca á sus funestas doctrinas sobre una gravísima materia, es preciso confesar que al través de un tono atrevido y fogoso, y que no asienta muy bien á su profesion y estado, se manifiesta, no obstante, una intencion recta, un ardiente celo por el bien de los reyes y de las naciones. Echase de ver que no escribia sus obras como folletos incendiarios, sino con la mira de que sirviesen de remedios cáusticos, ó para atajar el mal, ó para evitarle si fuera posible. Los desórdenes y calamidades del tiempo de la Liga, atribuíalos Mariana á Enrique III; por esta causa se espresa con tanta dureza y ecsaltacion; y en cuanto á España, al ver el ascendiente que iban tomando los privados, y esa dejadez en que se sumia el gobierno, y que por desgracia se hizo hereditaria, levantábase su pecho con generosa indignacion, temiendo, no sin motivo, que así se oscurecia nuestra gloria, se enflaquecia nuestra pujanza, y vendria al suelo toda nuestra grandeza. "Grandes males nos amenazan," decia: desgraciadamente su prevision no ha salido fallida; porque si bien es verdad que la revolucion nos ha causado grandes desastres, tampoco lo es menos que los reyes no cuidaron siempre cual debian, el magnífico patrimonio que á sus descendientes legaron Fernando é Isabel. El reinado de Cárlos II, último vástago de la raza austriaca, y los de Cárlos IV y Fernando VII, no nos han dejado recuerdos muy gratos. Mariana asistia al comienzo de esta decadencia, creia ver sus causas, y señalaba los preservativos. Formado su espíritu en el estudio de los grandes acontecimientos nacionales, no podia sufrir las pequeñas intrigas de palacio, ni las tortuosas y mezquinas miras de ambiciosos cortesanos: queria que el trono salido de Covadonga, se asentase sobre cimientos sólidos y anchurosos: la religion, la justicia, las libertades antiguas. Imagi-

nábase en sus bellos sueños, que el trono de Pelayo no debia ser ocupado por indignos sucesores; y la indignacion latia en su pecho al ver que el impuro aliento de una corte corrompida y aduladora, comenzaba á empañar la diadema de Isabel de Castilla. Por esto gritaba con fuerza, á veces con arrebato, levantando su voz mas alto de lo que convenia al reposo del escritor y al bien del público: así lo reconoce él mismo escribiendo al cardenal Belarmino. Sin mas armas que su pluma, sin mas apoyo que el testimonio de su conciencia, llegó á formarse una especie de poder tribunicio, muy esactamente espresado por el famoso dicho del presidente del consejo de Castilla, D. Francisco de Contreres, cuando al saber la muerte de Mariana, esclamó: "hoy ha perdido el freno nuestro consejo."



LA INFLUENCIA RELIGIOSA.

La influencia de los ministros de la religion no es un hecho limitado á este ó aquel pais, ni circunscrito á determinados tiempos, sino general, constante, que abarca la humanidad entera en todos los periodos de su ecsistencia. Remontaos hasta la cuna de las sociedades, cuando el padre de familia ejerce las augustas funciones de sacerdote, ofreciendo á Dios el sacrificio bajo formas trasmitidas por antiquísimas tradiciones; pasad á aquellos tiempos en que separadas ya las funciones religiosas de las atribuciones de la patria potestad, comienzan algunos hombres privilegiados á encargarse de ellas, ora conservando las tradiciones primitivas y siguiendo las inspiraciones y revelaciones de Dios, que jamas faltaron al humano linage, ora adulterándolas y corrompiéndolas de una manera lastimosa; continuad observando en su marcha á los pueblos, cuando á proporcion del aumento de sus recursos y de la viveza é intensidad de sus creencias religiosas, levantan á la divinidad templos mas ó menos grandiosos y espléndidos; miradlos, por fin, hasta cuando llegados á un alto grado de civilizacion y de cultura, y orgullosos de su saber y de sus adelantos en todos géneros, se inclinan al indiferentismo y á la incredulidad, cuando á la primera ojeada no os parece descubrir otra cosa que la vanidad científica y la sed de los goces materiales; y encontrareis por do quiera ese ascendiente del ministerio religioso. Epocas hay en que apenas acertareis á ver en la sociedad otra accion sino la suya, en que notareis que el sacerdocio lo es todo, y todos los demas poderes no son mas que instrumentos suyos; otras en que se combina la influencia religiosa con

diferentes elementos que domina ó dirige; habiéndolas tambien en que sumergida en el fondo de la sociedad, no se presenta de bulto ni figura á los ojos de los observadores superficiales como poder de gran valía; pero no os alucinen engañosas apariencias, no juzgueis de la fuerza de las cosas por el ruido que meten y el oropel que ostentan; calad en las entrañas del cuerpo social, analizad los móviles secretos, las causas indirectas, y descubrireis que la influencia de los ministros de la religion era todavía muy fuerte y estensa, cuando quizás os imaginábais que habia desaparecido del todo. Las formas bajo las cuales se presenta, son muy varias; los modos de ejercer su accion, muy distintos; pero cambiando de formas no se anonada, empleando de otra suerte sus medios, no los abdica ni pierde. Echad una ojeada sobre la historia y recoged su enseñanza. Allá en la infancia de las sociedades sirve la influencia del ministerio religioso á confirmar y consolidar la autoridad doméstica, reuniendo en una misma persona los dos venerables caractéres de padre y de sacerdote; desenvueltas y complicadas las relaciones sociales, tal vez contribuye á la estension y afianzamiento del poder de una familia que ha logrado investirse de los derechos del gobierno civil y de las prerogativas del sacerdocio; tal vez se le emplea para asegurar á una casta privilegiada un rango distinguido en la sociedad, un decisivo influjo en los negocios del Estado, y un pingüe patrimonio de honores, consideraciones y riquezas; tal vez se presenta formando una clase que contrabalancea el poderío de otras clases, sin monopolizar en una familia ni en una casta los beneficios y prerogativas de que disfruta; tal vez se ofrece destituida de todos los apoyos que suministrarle pueden los medios puramente humanos, y ejerciendo únicamente su accion directa sobre el entendimiento y la voluntad; accion que se estiende luego en diversos sentidos, y que manifiesta poderosamente su fuerza fecundante, como agua que se filtra en las entrañas de la tierra, como suave calor que fertiliza los campos; pero ya sea bajo una forma ó bajo otra, con mas ó menos estension, con mayor ó menor eficacia, con estos ó aquellos resultados, la influencia ecsiste siempre, el ministerio religioso no es ni puede ser una cosa indiferente en la vida de la sociedad. Acontece á menudo escribirse la historia de un pueblo, y no hacer figurar en ella la religion sino como cosa muy secundaria; de manera, que refiriéndose cien y cien usos y costumbres mas ó menos interesantes, describiéndose los pormenores de las batallas, las vicisitudes de las guerras, los cambios políticos con las mudanzas de instituciones y dinastías, el progreso ó la decadencia de las ciencias, de las artes, del comercio, y buscándose en este conjunto

las causas de la pujanza ó del abatimiento, y de la prosperidad ó desgracia de las naciones, no se para debidamente la atencion en las ideas religiosas, en las modificaciones que anduvieron sufriendo, y en los inmensos resultados que de esto suelen dimanar; de lo que proviene que los pueblos ecsaminados quedan desconocidos, que solo se ve la corteza de las cosas, que se presencian los sucesos y no se atinan las causas, y que bajo las apariencias de un análisis filosófico-histórico, se *nos* presentan los sueños de la imaginacion de un escritor. En toda historia debiera figurar en primera línea el cuadro de las ideas y costumbres que ó formaban el cuerpo de la religion, ó eran su inmediata consecuencia; narrándose muy circunstanciadamente las vicisitudes que sufriera la influencia de sus ministros. Porque es menester advertir, que la causa de éstos no se separa tan fácilmente de la de aquella; el ascendiente de ésta, puede ser muy bien calculado por el de la clase que es su órgano y representante.

General ha sido la influencia de los ministros de la religion; y si investigamos la causa de este fenómeno, no nos será difícil encontrarla, en que siendo la religon un hecho comun á todos los tiempos y paises, y que por su propia naturaleza tanto influye sobre los ánimos de los hombres, es imposible que los ministros de ella no participen de aquella fuerza y eficacia entrañadas en las creencias, en los preceptos, en los actos de que son ellos los maestros, los órganos, los directores y principales ejecutores. Si hallarse pudiera un pueblo donde no ecsistiese la religion, allí faltaria esta influencia; pero siendo imposible lo primero, lo es en el mismo grado lo segundo. Vano es el intento de ahogar el sentimiento religioso, indestructible en la humanidad, como identificado en cierto modo con la ecsistencia de ella. Si no se deja á los pueblos la religion verdadera, seguirán otra falsa; y si el nombre de religion se destierra, se escogitarán otros nombres que espresarán la misma cosa. ¿No se ha reparado en el raro fenómeno que estamos viendo, en pueblos donde la incredulidad ha hecho sus estragos? En Paris, por ejemplo, donde por cierto no es mucho el ascendiente de las ideas religiosas, encontrareis las supersticiones mas ridículas; y mugeres y hombres que quizás no creen en Dios, escuchan silenciosos y recogidos las predicciones de un charlatan, que especulando sobre la credulidad, pronostica los acontecimientos futuros que decidirán el destino de los individuos y de las familias. ¡Cosa notable! el mismo hombre, que estraviado por las funestas doctrinas de Voltaire y de otros de sus discípulos mas ó menos encubiertos, abandonó la religion de sus mayores, y en nombre de la ilustracion protesta con-

tra la enseñanza de todos los siglos, y desprecia las altas verdades confirmadas con todo linage de pruebas, cree en la divinacion de miserables impostores, en dias infaustos y en otras semejantes ridiculeces. ¿Y sabeis qué significan esas estrañas anomalías? Significan que no le es dado al hombre ceñirse al breve espacio de esta vida, á los estrechos límites de la tierra: una voz íntima le está diciendo que no acaba todo aquí, que no está todo aquí, que hay otro órden de séres, otra manera de ecsistir, otra vida, otro mundo; y perdida la luminosa antorcha que le guiaba por el camino de la verdad, anda á oscuras, á tientas, formándose ídolos de madera, despues de haber abandonado el culto del Dios vivo. Por esto se inclina fácilmente á creer que hay hombres privilegiados, cuya prevision alcanza á donde no llega la de los otros hombres; por esto se imagina que hay combinaciones misteriosas que revelan los secretos del porvenir; por esto acude á un impostor, en falta del sacerdote del Dios verdadero.

Esto mismo demuesta con cuánta razon estamos encareciendo la influencia religiosa, pues que indica que en faltándole al hombre sacerdotes, él propio se los forma, prestándose á seguir al primero que se presenta á dirigirle. ¿Qué importa que tengan este ó aquel nombre? El orígen es idéntico, y el fanatismo y la supersticion no son mas que el sentimiento religioso estraviado.

No reclamamos para los ministros de la religion mayor influencia de la que les corresponde, y no deseamos ni conceptuamos posible que gran parte de los negocios de la sociedad vayan á parar á sus manos, como se verificaba en otros tiempos donde mediaban circunstancias totalmente distintas; pero no consentimos la ceguera de aquellos hombres, que no contentos con la decadencia sufrida en los últimos siglos por el clero, se han empeñado en falsear la historia, señalando como un hecho funesto y altamente dañoso á los intereses de la sociedad, este influjo de los ministros de la religion, donde quiera que le han encontrado, y bajo cualquier título que se haya ejercido. A estos que así desconocen la historia de la humanidad, que así prescinden de la influencia de los ministros de la religion en el curso de los acontecimientos que engendraron y desarrollaron las diferentes civilizaciones, y que de tal suerte han hablado de la religion, cual si dado fuera á los pueblos el pasar sin ella, podriamos recordarles, entre otros pasages de la antigüedad pagana, aquellas graves palabras de Plutarco, cuando redarguyendo á un filósofo epicúreo, le decia: "Si recorres el orbe todo, encontrarás ciudades sin letras, sin rey, sin casas, sin moneda, sin teatro, sin escuelas; pero nadie la halló ni la hallará jamas sin templos, sin dio-

ses; que no ore, no jure, no consulte á los oráculos, no ofrezca libaciones y sacrificios, ya para atraerse los bienes, ya para desviar los males. Mas fácil juzgo edificar una ciudad sin suelo, que no fundar ni conservar una sociedad, faltando la fé en los dioses."

Conocida fué en todos tiempos la influencia que estamos ponderando, y favorecida ó contrariada, segun la variedad de circunstancias; pero menester es confesar que el clero católico ha presentado en esta parte algo de propio y característico, que en vano se buscaria en los ministros de otra religion. Dos causas han contribuido al aumento de la influencia del clero católico, y á que se mostrase mas de bulto á los que la miraban con suspicacia ó la solicitaban como un apoyo y reclamaban su ausilio: hablamos de la independencia de dicho clero en todo lo concerniente á los asuntos espirituales, y de su íntima comunicacion con la conciencia y la vida de los fieles.

La independencia del ministerio católico en los negocios de su incumbencia, ha sido en todas épocas la pesadilla, por decirlo así, de los gobiernos arbitrarios; ora hayan ejercido esta arbitrariedad bajo la forma del despotismo ministerial, ora se hayan disfrazado con distinto trage mas ó menos seductor. Leed la historia de los primeros siglos de la Iglesia, despues de la conversion de los emperadores, y notareis que el gérmen de gravísimos males que la afligen, se halla en buena parte, en el prurito de entremeterse la potestad civil en las atribuciones de la eclesiástica, en que no recordaban cual debian, aquellas inmortales palabras con que el grande obispo español, Osio, interpelaba al emperador Constante: "He dado testimonio, le decia, de mi fé, en la persecucion de vuestro abuelo Maximiano; y si os preparais á repetir la misma prueba, estoy pronto á sufrir todos los tormentos antes que faltar á la verdad mancillando mi inocencia. No intervengan vuestros gobernadores en las decisiones de la Iglesia; dejad de desterrar á los obispos, cuyo crímen, á vuestros ojos, consiste en no prestarse á los abusos. ¿Acaso vuestro augusto hermano hizo nunca cosa semejante? No olvideis, emperador, de que á pesar de este magnífico título, no dejais de ser hombre, ni estais menos sujeto á la muerte. Temed la eternidad. No os mezcleis en las cosas eclesiásticas: en esta materia no teneis órdenes que darnos, antes bien debeis recibirlas de nosotros. El Señor os ha entregado las riendas del imperio, y á los obispos el gobierno de la Iglesia; y así como quebrantariamos el órden de Dios si atentásemos á usurpar vuestro poder, del mismo modo no podeis apropiaros, sin pecar, lo que nos pertenece."

Este grande obispo parecia presentir las calamidades que á la Iglesia habia de acarrear la manía teológica de los emperadores de

Oriente, atacando la independencia de los ministros de la religion, en el punto mas delicado, que es el del dogma. No se crea, sin embargo, que sea indiferente esta independencia cuando se refiere solo á la disciplina; un abismo llama otro abismo; y quien se arroga hoy el derecho de formar un reglamento, mañana no tendrá tanta dificultad en formular una decision dogmática.

Es curioso observar cómo hablan algunos del dogma y de la displina, cual si fueran dos cosas tan separadas y distantes, que no se tocasen jamas en ningun punto. Si se trata de señalar las facultades de la autoridad eclesiástica, se las conceden ilimitadas en materia de dogma; pero muy circunscritas en lo tocante á la disciplina; y como dividida ésta por algunos en interna y esterna, se presta elásticamente á cuanto ecsigen los enemigos de la Iglesia, se otorgan al poder espiritual tan escasas facultades, que ó se le reduce de golpe á la nada, ó si algo se le deja, es de tal modo, que se vea precisado á perderlo al primer ataque de sus adversarios.

Es muy importante no perder de vista que el dogma y la disciplina, si bien son cosas distintas, sin embargo, se enlazan en tantos puntos, que difícilmente se toca mucho en ésta, sin que se resienta tambien aquel. La eleccion y confirmacion de los obispos, es asunto de disciplina; pero de seguro que no se puede tocar en ello sin conmover el dogma. En efecto: cambiad esta disciplina, seguid los consejos de los que pretenden que aquí no se interesa el dogma, y vereis como os encontrais desde luego con el primado del Sumo Pontífice, uno de los dogmas fundamentales del Catolicismo. El asunto de las dispensas pertenece tambien á la disciplina; pero de tal suerte, que se liga tambien íntimamente con el dogma que acabamos de indicar. Mil y mil ejemplos podrian aducirse en confirmacion de esta verdad; pero basta lo que se acaba de decir, para dejar fuera de duda que la independencia de la Iglesia en negocios de disciplina, está íntimamente enlazada con su independencia en materias de dogma.

La religion, que no asienta por uno de sus principios fundamentales la independencia de sus ministros en lo tocante al ejercicio de las funciones que les pertenecen, no alcanzará jamas á procurarles tanta influencia, como otra que esté asentada sobre este firme y anchuroso cimiento. A la verdad, cuando los ministros de la religion se encuentran sujetos á un poder de órden diferente, sin que puedan llenar sus atribuciones privativas de otra manera que resignándose á ser los instrumentos de dicho poder, abdican en cierto modo su carácter religioso; y lejos de presentarse á los ojos del pueblo como enviados de Dios, solo se le muestran cual delegados de los hom-

bres. Desde entonces cesa la principal causa de la eficacia, del influjo religioso, que es el que este influjo se considera como una emanacion del poder divino, y los hombres que le ejercen como órganos de la voluntad del cielo. En el caso en que los ministros de la religion han perdido su independencia, la parte principal de la fuerza religiosa no queda en manos de ellos, sino de aquel que los domina y dirige; por cuyo motivo sucede que esta influencia se debilita considerablemente, y lo que de ella queda, el poder civil es quien lo absorve y esplota.

Y es de notar, *que aun al mismo poder civil* le sirve muy poco esta influencia; hállase dislocada, fuera de su elemento, y por consiguiente muy escasa de accion y de vida. Hay en este punto una diferencia muy señalada entre el cristianismo y las demas religiones: éstas se prestan mas ó menos á la autoridad y direccion del poder civil; pero el cristianismo no: el cristianismo por sus dogmas, por sus leyes, por su origen, por la manera de su propagacion, por su historia entera, es independiente, no puede ecsistir sin esa independencia, y en el momento que le falta, echa menos desde luego *una condicion necesaria para su vida.* Hasta en las sectas separadas se observa este instinto, que les recuerda el seno de que se desprendieron; pero rebeldes á la autoridad establecida por el Divino Maestro, sufren la merecida pena de la esclavitud bajo una mano estrangera.

En la cátedra de San Pedro, columna de la verdad, roca inmóvil sobre la cual está edificada la Iglesia; contra la que no prevalecerán las puertas del infierno: en esa cátedra donde no solo se conserva intacto el depósito de la fé, sino tambien un caudal de sabiduría y prudencia que tanto tino y acierto le ha dado en su conducta en el tormentoso trascurso de diez y ocho siglos de contrariedades y combates; en esta cátedra, repetimos, se ha conocido de una manera admirable lo que significa y vale la independencia; y así es que los Papas han empleado siempre todos sus esfuerzos en conservarla, teniendo aquí su orígen la mayor parte de las ruidosas cuestiones que se han debatido entre ellos y los reyes.

A mas de lo arriba indicado con respecto á los emperadores romanos, podemos observar que el mismo fenómeno acontecido en aquella época, se ha reproducido en los siglos posteriores bajo diversas formas y con varios pretestos. Un instinto fatal ha guiado en esta parte á todos los gobiernos que propendian al despotismo: todos trataron de debilitar la influencia del clero en cuanto formaba un cuerpo independiente, procurando absorverla toda, reuniendo en manos del poder civil la supremacía eclesiástica. En los siglos me-

dios vemos las ruidosas contiendas de los emperadores con los Papas, ó valiéndonos de los términos usuales, las guerras del sacerdocio con el imperio. Si ecsaminamos á fondo aquellos acontecimientos, si dejando aparte sucesos inconducentes y aislados, fijamos nuestra atencion sobre lo que de sí arroja el conjunto de los hechos, veremos que lo que se agita en el fondo es, si el poder eclesiástico ha de quedar ó no independiente en el ejercicio de sus atribuciones, pudiéndose levantar al lado del civil como amigo y aliado, ó si se le ha de sujetar como el esclavo á su señor. No es este el lugar, ni lo consentirian tampoco los límites de un artículo, de confirmar con abundancia de pruebas históricas la proposicion que acabamos de emitir; pero recuérdese la famosa cuestion de las investiduras, téngase presente que la filosofia de la historia, mas cuerda é imparcial que el espíritu de secta y de incredulidad, ha justificado ya, y va justificando cada dia mas al gran Papa Gregorio VII, y á otros de sus sucesores, que imitaron el heróico ejemplo de aquel hombre estraordinario; téngase presente que se ha reconocido ya con cuánta sinrazon se escandalizaban algunos de que se hubiese colocado sobre los altares á un Papa mirado por ellos como temerario y poco menos que insensato; no se olvide que aun los mismos enemigos de la Santa Sede, confiesan en la actualidad la justicia y la prudencia de la conducta de tan calumniados Pontífices, y entonces se verá que no era la ambicion de los Papas la causa de las discordias y calamidades acarreadas por aquellas desavenencias, sino las tentativas del poder civil, que olvidado de sus deberes y hasta de sus intereses, se empeñaba en engrandecerse apoderándose de toda la influencia religiosa, lo que pensaba conseguir arrogándose las facultades de la autoridad eclesiástica, dando así por el pié á la independencia de la Iglesia.

¡Qué hubiera sido de ésta si en los calamitosos tiempos que corrian, se hubiese mostrado débil la silla de Roma en el sostén de la independencia eclesiástica! La simonía, este vicio, por desgracia tan comun en aquella época, habria hecho todavía mayores estragos, y las dignidades y la jurisdiccion de la Iglesia, se hubieran librado como en pública subasta al mayor postor. No fueran entonces patrimonio de la ciencia y de la virtud, sino mercancía comprada con dinero, y la Iglesia hubiera llorado inútilmente su decadencia motivada por un mal que en tal caso careciera de remedio. El valor y la firmeza de los Papas en sostener las atribuciones de la autoridad espiritual, previnieron un daño de tanta trascendencia; los usurpadores tuvieron que cejar en su empresa, tan temeraria como injusta; y usando el poder eclesiástico de sus facultades con mayor

libertad, pudo atender á la curacion de un mal cuyos progresos se habian hecho ya tan alarmantes.

La opinion que acabamos de manifestar sobre las causas de las ruidosas desavenencias entre el sacerdocio y el imperio, en nada escluye otra causa que algunos han señalado ya, cual es el empeño de los Papas en salvar la independencia de la Italia, amenazada y atacada por los emperadores. Hechos de tal naturaleza, rara vez dimanan de una causa sola: siendo poco menos que imposible el dejar de combinarse en su produccion agentes de distintos órdenes y de mayor ó menor eficacia. Pero el que mediaran otras causas, no quita que una de las principales no fuese la necesidad de resistir los Papas al poder civil, obstinado en atribuirse facultades que solo pertenecian á la autoridad eclesiástica.

Cuando la revolucion religiosa del siglo XVI vino á torcer el curso de las sociedades europeas, llevándolas por el camino del cisma, se manifestó este instinto del poder civil de una manera lamentable, en todos aquellos paises donde prevalecer pudo la malhadada reforma. Una de las causas que le dieron al protestantismo mas estension y apoyo, fué su sistema de lisonja en favor del poder civil, atribuyéndole sobre los negocios eclesiásticos, facultades que no le competian de ninguna manera. Prescindiendo de lo que sucedió en Alemania, notamos que en Inglaterra se presentó de bulto el fenómeno, erigiendo los novadores un nuevo pontificado supremo, para investir con él al gefe del Estado. Enrique VIII, declarándose cabeza de la Iglesia anglicana, y sostenido en su usurpacion sacrílega por los corifeos del cisma introducido en aquella nacion, es una prueba evidente del espíritu que en esta parte guiaba al protestantismo; y ademas, un escarmiento para los ministros de la religion, que abdicando su dignidad, inseparable de la independencia, se sometan á desmesuradas é injustas ecsigencias del poder civil, constituyéndose sus instrumentos. Desde la época de la reforma, el clero anglicano ha ido perdiendo sin cesar su influencia y ascendiente, hasta el punto de haber llegado en la actualidad á no tener apenas otra fuerza, que la que saca de sus cuantiosos bienes, y de la parte que le cabe en la organizacion política.

Muy al contrario ha sucedido con el clero católico en los diferentes puntos de Europa: se han cambiado ó modificado las ideas, han sobrevenido vicisitudes y trastornos; pero la influencia del clero ha continuado siendo mucha todavía, á pesar de los quebrantos que ha sufrido en el trascurso de los años, y con el sacudimiento de las revoluciones.

Echese una ojeada sobre la historia entera, recórranse los diferen-

tes cultos no cristianos y las varias sectas no católicas, y es bien seguro que no se encontrarán ministros de una religion que por este solo carácter hayan ejercido una influencia tan general y eficaz, á pesar de los multiplicados obstáculos con que se han visto precisados á luchar. No ignoramos que en algunas naciones, así antiguas como modernas, ecsistieron clases privilegiadas, que reuniendo á otras prerogativas la del ministerio religioso, disfrutaban de alta preponderancia en todos los negocios de la sociedad; pero menester es advertir que el clero católico ha conseguido lo mismo, no solo en aquellos paises donde la organizacion social y política le era favorable, sino tambien allí donde le era contraria! Por manera, que puede establecerse como regla general, que el clero católico es siempre, ó bien objeto de mucha consideracion y respeto, lo que pone naturalmente en sus manos mil y mil medios de influir sobre la sociedad, ó bien es mirado con suspicacia y ojeriza, cuando no abiertamente perseguido. No se le ve nunca sumido en aquella abyeccion en que caen los ministros de otras religiones; si en algunos momentos ha podido parecer que así sucedia, bien pronto han venido los sucesos á desvanecer el engaño.

Si bien se observa, esta influencia no ha desaparecido nunca, ni aun en medio de la mas deshecha borrasca, cuando parecia no haber quedado de ella el rastro mas mínimo. ¿Qué tormenta mas espantosa cabe imaginar que la revolucion francesa? ¿dónde se dió jamas tan recio empuje á todas las instituciones ecsistentes, siendo uno de los principales blancos el clero católico? ¿dónde se vieron jamas tan escandalosos ejemplos de impiedad y ateismo, derribando los altares y los templos, ó prostituyéndolos hasta un punto que la pluma se resiste á describir? ¿quién hubiera dicho que ecsistiese todavia la influencia del clero en Francia, durante el periodo de la Convencion? y sin embargo, esta influencia ecsistia: oculta en las entrañas de la sociedad y privada de presentarse en la superficie, no dejaba de porducir sus efectos, y aun bajo la férrea mano de la mas sanguinaria tiranía, se reservaba mostrarse de nuevo, cuando la Providencia, apiadada de la Francia, le deparase dias mas bonancibles. Observad lo que sucede cuando fatigada aquella nacion de tantos cadalsos, de tantas persecuciones y destierros, de tantos disturbios y trastornos, se arroja en brazos del primer cónsul pidiéndole tranquilidad y sosiego. El afortunado general, levantado á la cumbre del poder en brazos de aquel mismo pueblo que hundiera el trono de sus reyes apellidando libertad, echa apenas una ojeada sobre la sociedad que le rodea y cuya suerte se le ha encomendado, cuando lo primero que descubre su vista de águila, es la necesidad de llamar en su

apoyo y ausilio en la grande obra de la reorganizacion de la Francia, la influencia del clero católico: anduvo en esta parte tan atinado el primer cónsul, que jamas se arrepintió de semejante conducta, á pesar de que sus posteriores desavenencias con el Papa, parecian haber podido cambiar su modo de ver las cosas. El restablecimiento de la religion católica en Francia, intentado y llevado á cabo por Bonaparte en el momento de proponerse crear un gobierno fuerte y conciliador, es un claro indicio de lo mucho que pesaba todavía en la balanza política la influencia del clero; porque es menester no olvidar, que si bien es cierto que Bonaparte levantó del suelo los altares, abrió de nuevo los templos y apoyó y sostuvo con su poderoso brazo á ese mismo clero poco antes perseguido y proscrito, no por esto se infiere que él crease esa misma influencia, ni que le diese nueva vida. Lo que hizo fué dejarle espedito el camino para que pudiese obrar abiertamente; pero no le dió nueva ecsistencia, pues que una influencia semejante no se crea con un decreto, ni se establece con un reglamento: ó está en la misma naturaleza de las cosas anteriormente á la voluntad de un hombre, ó no puede producírsela por ningun medio repentino, sea cual fuere la inteligencia que le conciba y la mano que le ejecute. Tan cierto es lo que estamos diciendo, que dicha influencia ecsistia en el fondo de la sociedad francesa, por mas que no pareciese haber dejado ni siquiera vestigios; que tan luego como se le dió camino para mostrarse, se presentó derepente con tal poderío, que los discípulos de Voltaire se llenaron de asombro y espanto. La reaccion religiosa verificada en aquella época fué tan grande, que cambió como por encanto la faz de la nacion; pareciendo imposible que con tan plausibles resultados y con tanta facilidad se pasase de un estremo á otro, en un pueblo donde se acababan de presenciar tan inauditos escándalos, que fueran hasta ridículos si no hubieran sido horriblemente sacrílegos. Fenómeno tanto mas estraño, cuanto los atentados cometidos contra la religion, no habian sido golpes repentinos descargados por sorpresa, sino largamente preparados con las doctrinas de una funesta escuela que habia estado señoreando la Francia durante medio siglo. Ni la pluma del sofista, ni el hierro del perseguidor, y alcanzando triunfos mayores de lo que se prometieran jamas los enemigos de la Iglesia, no bastaron á estirpar esa religion divina, *que sostenida por la diestra del Omnipotente, puede* desafiar todas las fuerzas del infierno; y la calumnia y el ridículo, y la pobreza y la persecucion que tan cruelmente pesaron sobre el clero en aquellos calamitosos tiempos, no fueron suficientes á desvirtuarle hasta tal punto, que cuando se trató de reorganizar una nacion disuelta,

no se le considerase todavía como uno de los principales elementos de que debiera echarse mano.

Tanta verdad es lo que hemos dicho sobre el profundo arraigo de la influencia del clero católico en aquellos paises, donde por largo tiempo ha podido establecerse, dado que no alcanzan á destruirla tan terribles sacudimientos; y tan esacto es lo que llevamos asentado de que una de las causas de tan poderosa influencia es el ser el clero católico independiente en las atribuciones de su ministerio, que el restablecimiento de dicha influencia, ó por mejor decir, su manifestacion, coincidió con el arreglo de los negocios eclesiásticos por medio de un concordato, en cuyo acto se consignaba de una manera esplícita y terminante, el principio de la independencia de la Iglesia, recurriendo á su gefe supremo para la solucion de todas las dificultades, y un definitivo acuerdo que enlazara con lo pasado, lo presente y lo venidero.

Así dispuso la Providencia, que la misma revolucion que tenia por uno de sus principales objetos el consumar el descrédito y ruina de la influencia católica en Francia, sirviese para evidenciar cuán impotentes eran los esfuerzos del hombre contra la voluntad de Dios; así quiso el Eterno que el hombre mismo que surgió del seno de la revolucion y que la llevó triunfante por los cuatro ángulos de Europa, ese mismo hombre diera á los gobiernos y á los pueblos la inolvidable leccion de que la religion es la primera necesidad de los pueblos; de que solo ella puede reorganizar las sociedades disueltas; de que una nacion formada bajo la accion del Catolicismo, necesita volver á él aun despues de los mayores trastornos; y de que, en fin, no es posible alcanzar en estas materias ningun resultado satisfactorio, sin ponerse de acuerdo con el Sumo Pontífice. ¿Qué importan los desaciertos cometidos posteriormente por ese mismo hombre, cuando ciego de orgullo y desatentado con tanta fortuna, marchaba rápidamente al precipicio? ¿Qué vale para desvirtuar las reflecsiones que estamos haciendo, el que olvidando su primitiva política y las causas de su encumbramiento y consolidacion, se arrojase con inconcebible desacuerdo á eclipsar su gloria y preparar su ruina? Tan lejos de que por esto se debilite la fuerza de nuestros asertos, se confirman, al contrario, mas y mas; pues que así como su anterior conducta le habia ensalzado hasta un punto que pareciera fabuloso si no fuera tan reciente, así sus últimos errores y atentados le condujeron á Santa Elena.

La historia y la esperiencia nos están diciendo, que en ningun pais del mundo ha sido mirada con desprecio la influencia del clero católico, ni considerada como cosa de poco valer. O ha sido ha-

lagada y buscada con solicitud, ó mirada con suspicacia, cuando no con aversion; lo que muestra bien claro cuánta es la fuerza que en sí propia entraña, cuando unánimes la reconocen amigos y enemigos.

Observad lo sucedido en Inglaterra. Desde el cisma de Enrique VIII hasta nuestros dias, ha continuado mas ó menos violenta, mas ó menos desembarazada, la persecucion contra el clero católico y cuanto tuviera relacion con el aumento de su ascendiente; y si bien en la actualidad se ha mejorado considerablemente la situacion del Catolicismo en aquel pais, no se debe á la condescendencia y benignidad del gobierno, sino á la estraordinaria reaccion que allí se está verificando en favor de las doctrinas católicas; reaccion que combinándose felizmente con la situacion política de Irlanda, ha inclinado á los gobernantes á que otorgasen lo que no les era posible negar. Cuando el ruidoso negocio de la emancipacion de los católicos, se viô con toda evidencia cuánta importancia se daba á todo lo concerniente á esta materia; pues que una medida reclamada por la sana política, dictada por la prudencia é imperiosamente ecsigida por el espíritu del siglo, encontraba todavía tan violenta oposicion, que á duras penas pudo llevársela adelante. *Solo la imponente actitud de Irlanda fué capaz* de recabar una concesion tan disputada; solo la aterradora voz de O'Connell alcanzó á doblegar una terquedad, que se trasmitia como un funesto legado entre los gobernantes de la Gran Bretaña por espacio de tres siglos. En Rusia, donde al parecer debiera contentarse el gobierno con medios suaves que atenuasen el ascendiente del clero de esta comunion, guardándose de medidas que están en oposicion con el espíritu de tolerancia, tan general en este siglo, vemos, sin embargo, que son tantos los recelos que el autócrata ha concebido de que dicho ascendiente no contrarie sus miras, que no acierta á mantenerse en los límites señalados por la prudencia, y reclamados por su propio interés, y se arroja á un sistema de persecucion y de crueldad, que deslustran el reinado de aquel monarca. En Prusia, donde tanto prevalece en el gobierno el espíritu de moderacion y de templanza, donde se procura aliar el vigor y el órden de un gobierno absoluto, con la libertad que acompaña al representativo, allí, donde la tolerancia de cultos y el dilatado ensanche concedido á las discusiones religiosas y morales, deben de apartar naturalmente cuanto tiende á coartar la libertad de conciencia, notamos tambien con asombro la suspicacia del gobierno con respecto al clero católico, y sus deseos de neutralizarle y embarazarle la accion en cuanto sea posible, sin valerse de medios sobrado estrepitosos. Aun se ha llegado al estremo de recurrir á ellos, como en el ruido-

so asunto del arzobispo de Colonia; bien que los hombres que dirigen los negocios de aquel Estado, fueron bastante previsores para divisar los abismos á donde podia conducirlos una conducta semejante, y tuvieron prudencia para cejar en el peligroso camino en que se iban empeñando.

Estos ataques tan repetidos y tan recios contra la influencia del clero católico, revelan de una manera inequívoca el vigor de ella; pues que no se combate con un sistema tan sostenido sino lo que inspira mucho temor y recelos: y en verdad que este vigor, á mas de presentarse desde luego á la vista al reflecsionar sobre los dogmas y disciplina de la Iglesia católica, se ofrece muy de bulto á la primera ojeada que se echa sobre la historia.

General como es este hecho, hácese empero notable de una manera muy singular en la historia de España, no siendo posible recorrer una sola de sus faces, empezando á contar desde la invasion de los bárbaros, sin que se le encuentre donde quiera, cuando no en el lugar principal, al menos en un puesto muy señalado y preponderante. La decadencia y ruina del dominio romano en España, debia de llevar consigo, segun todas las apariencias, una desorganizacion tan completa en lo político y en lo social, que apenas se concibe cómo á tamaña catástrofe pudo sobrevivir la organizacion eclesiástica. Con sorpresa advierte el observador al recorrer las páginas de la historia de aquella época, que tan lejos estuvo la Iglesia española de quedar sumergida y anegada en las oleadas de aquella especie de diluvio, que antes bien se presenta desde entonces mas activa, mas enérgica, mas influyente, acrecentándose sus fuerzas á proporcion de la necesidad que de ellas tenia, y redoblando su accion y su celo, á medida que lo crítico y lo calamitoso de las circunstancias reclamaban con mas imperiosidad y mas urgencia, el apoyo de una institucion que habia alcanzado á salvarse en medio de tan espantosa tormenta.

Palpóse entonces cuánta ventaja llevan á las demas instituciones las que están basadas sobre la religion; todo se desmoronó, todo cayó al recio golpe de la invasion de los bárbaros, escepto la Iglesia y lo que en ella se apoyaba. ¿Qué se hizo de los generales del imperio, de sus ejércitos, de sus fortalezas? ¿Qué de los magistrados y de su autoridad? ¿Qué de la legislacion y del sistema administrativo? Todo se dispersó, se hizo trizas, cual endeble red que se opusiera al robusto empuje de un enorme cetáceo; y los hijos del Aquilon, sentados en un campo de trofeos, de ruinas y de sangre, no vieron en rededor suyo otra cosa en pié, que los altares, ni otras armas que no hubiesen quebrantado sino el báculo de los obispos.

¿Qué indica este fenómeno? indica el firme establecimiento que á la sazon tenia ya en España la religion católica; muestra que no era una cosa postiza importada por los emperadores cristianos, que no habia menester el sostén de la política, y que cuando le faltase el asilo material, podia encontrar otro mas seguro en el corazon de la mayoría de los españoles. La sangre de los mártires, tan copiosamente vertida en nuestro suelo, durante las persecuciones de los emperadores gentiles, no habia quedado estéril; y cuando la caida de la señora del mundo dejó huérfanos los pueblos, abandonados á sí mismos, espuestos á ser víctimas del primer conquistador; cuando la España se vió inundada con las sucesivas irrupciones de las hordas del Norte, mostró la Iglesia nueva pujanza y brio, dominando con increible serenidad la desencadenada borrasca.

Asombro causa ver entonces la influencia del clero, cuál se conserva, cuál se estiende y arraiga, á pesar de faltarle el apoyo que encontraba en la trabazon del imperio romano, y no obstante las contrariedades y persecuciones que tuvo que sufrir de la heregía arriana, dominante á la sazon entre los pueblos conquistadores. Cuánta debia de ser, aun bajo el dominio de dicha heregía, la influencia católica, échase de ver por los acontecimientos de la historia contemporánea; bastando á convencer de esto la para siempre memorable conversion de los godos, pues que no era posible, atendido el curso ordinario de los acontecimientos, que se verificase de una manera tan repentina como satisfactoria, en no suponiendo que la influencia del clero católico habia tenido de antemano tal incremento y grangeádose tal ascendiente, que predispuestos muy favorablemente los ánimos, no se necesitó otra cosa que la voluntad y determinacion del monarca para operar en el pueblo un cambio tan fundamental y estraordinario.

Despues de tan feliz y trascendental mudanza, encuéntrase la influencia del clero tan pujante y dominadora, que así el trono como los magnates, como el pueblo, todos á una están pendientes de los labios de aquellos grandes obispos, que mientras sostenian y arreglaban la disciplina eclesiástica, creaban una gran nacion, formando una sola masa de vencedores y vencidos, realzando y ennobleciendo á los pueblos conquistados, que enflaquecidos poco ha con una civilizacion muelle y caduca, tenian su frente hundida en el polvo y su corazon pegado á los goces brutales; amansando y civilizando á los bárbaros conquistadores, orgullosos de sus triunfos, y que conservaban todavía una buena parte de aquellos hábitos feroces que trajeran de sus selváticas guaridas, y fundando de esta suerte una monarquía tan grandiosa y espléndida, que si bien cayó al em-

puje de la invasion sarracena, presentó el inaudito fenómeno de renacer de sus ruinas, mas poderosa y brillante que *no fuera en los tiempos de su antigua gloria.*

Magnífico cuadro nos ofrecen las asambleas de Toledo ocupándose con profunda sabiduría en los negocios de la Iglesia y del Estado. Disputase algunas veces si eran concilios ó córtes generales: ¿qué importa el nombre si estamos de acuerdo en lo que él significa? Si eran córtes cuando se ocupaban de los negocios civiles, estaban dirigidas por los obispos de tal suerte, que no se descubre ni una centella de inteligencia que no salga del seno de la Iglesia, ni un elemento de fuerza que no se apoye y radique en las doctrinas y el ascendiente de la Iglesia; no se ve que la sociedad dé un solo paso no recibiendo la direccion y el impulso de la misma Iglesia. Ella asegura á los monarcas sus prerogativas, los rodea de prestigio, robustece su autoridad y garantiza la inviolabilidad de sus personas y familias; ella protege los derechos de los pueblos, señalando un límite á las facultades de los monarcas y empleando su poder y sus riquezas para oponer un dique á la *tiranía* y á la opresion, amparando al desvalido y sosteniendo al débil; ella reforma la legislacion, aprovechándose, á la verdad, de las luces del derecho romano, pero haciendo uso, sobre todo, de las sublimes mácsimas contenidas en el divino código del Evangelio: ella, por fin, hace de cien y cien pueblos un gran pueblo, creando ese espíritu de nacionalidad, que fugitivo de las orillas del Guadalete y guarecido en la cueva de Covadonga, se mantuvo tan entero, tan compacto, tan uno, que sin arredrarse por el colosal poderío de la Media Luna, peleó por espacio de setecientos años, sin desfallecer, sin cejar, sin darse por contento y satisfecho, hasta que hizo ondear el pendon cristiano en los torreones de Granada.

Repetidas veces se ha observado que la civilizacion española presenta un carácter peculiar que la distingue de las del resto de Europa; y con bastante generalidad se designa como una de las principales causas de este fenómeno, la política que ha dominado en nuestro pais desde los reyes católicos, y muy particularmente desde el entronizamiento de la casa de Austria. Se ha culpado inecsorablemente á nuestros monarcas por haber dejado que tomara tanto incremento la influencia del clero, no imitando la conducta de los gobernantes de otros Estados, que procuraron con todas sus fuerzas abatirla y quebrantarla. Sin entrar ahora en disqusiones agenas de nuestro objeto, cuales serian las *en que se ecsaminase* el curso de la civilizacion española durante los tres últimos siglos, observaré á los que tanto insisten sobre los pretendidos desaciertos de dicha época, que ol-

vidan de una manera estraña la historia de nuestro pais, cuando señalan como propio y característico de uno de los periodos de ella, lo que es general á todos desde la invasion de los bárbaros. La rápida ojeada que acabamos de echar sobre los principales acontecimientos que se realizaron desde la caida del imperio romano, prueba hasta la evidencia la esactitud de esta observacion; pero se la puede apoyar mas y mas cotejando nuestra historia con la de otras naciones.

En efecto, despues de la invasion de los pueblos del Norte, si bien fué general la influencia de la Iglesia en suavizar las costumbres de los conquistadores, en mejorar la suerte de los conquistados, y en conducirlos á unos y otros por el camino de la civilizacion, en ninguna parte se nota que fuese tan eficaz y dominante la accion religiosa como en España; en ninguna parte se ve surgir de en medio del caos una nacion tan grande y poderosa dirigida esclusivamente por obispos. Dad una mirada á las regiones del Norte, y vereis que allí prevalece el elemento bárbaro de una manera muy particular, resultando que la organizacion social se resiente de él en todas sus partes. Las costumbres feroces, la legislacion con los caractéres de la barbarie, la fuerza de las armas erigida en árbitro de todo, despues el feudalismo en todo su auge y en toda su dureza; en una palabra, la sociedad de los pueblos conquistadores; bien que algun tanto modificada por la accion del tiempo, por el cambio de situacion, y sobre todo, por el suavizador influjo de las ideas religiosas.

En el Mediodía de la Francia, y particularmente en Italia, se nota que los restos de la sociedad romana obran muy poderosamente sobre los de los pueblos invasores; verificándose, como era muy natural, que la civilizacion antigua se despegase mas difícilmente de un suelo donde alcanzara mayor arraigo. Por de pronto no dejaba de ser útil que la organizacion romana sobreviviese en Italia á la ruina del imperio, puesto que el gobierno y la administracion son una de las primeras necesidades sociales; pero andando el tiempo se palpó cuán poco sirve para crear nada grande y duradero todo lo que lleva en su propio seno la caducidad y la muerte. Jamas llegó la Italia á organizarse de manera que pudiese formar una gran nacion: ora bajo la fluctuacion de los pueblos invasores, ora bajo la tiranía de los emperadores de Alemania, ora bajo la anarquía de las repúblicas, ora bajo la prepotencia de la dominacion española, ó el protectorado de la casa de Austria; siempre ha mostrado la misma impotencia para formar un gran pueblo que figurase en la línea de las potencias europeas. Quizás, y por mas aventurada que sea es-

ta conjetura, quizás la causa de este fenómeno podria encontrarse en las escepcionales circunstancias que se combinaron en aquel pais, para que despues de la invasion no pudiese prevalecer con decisiva preponderancia, ninguno de los elementos que se hallaron confusos y revueltos en la cuna de la civilizacion europea.

No sucedió así en España, donde el principio religioso adquirió desde luego tanta pujanza y predominio, que lo sometió todo á su accion, creando una sociedad enteramente nueva y conforme, en cuanto lo permitian los tiempos, á la enseñanza de la religion cristiana. La legislacion emanada de los concilios de Toledo se ha grangeado un renombre inmortal; y los amantes de la filosofia de la historia, le han hecho cumplida justicia, sean cuales fueren las prevenciones que hayan abrigado contra la religion y el clero. Desde aquella época la influencia religiosa ha figurado en primer puesto en la historia de nuestra patria; y las vicisitudes de tanto siglos no han bastado á borrar de la monarquía española el carácter que se le imprimió en la cuna.

He aquí donde buscarse debe la primera causa de que entre nosotros haya figurado siempre en primera línea el elemento religioso, y de que el feudalismo no haya tenido el arraigo y el poderío que en otras partes, y que la nobleza, las municipalidades y demas instituciones democráticas, y la monarquía misma, hayan ofrecido un sello propiamente español, y que mas ó menos semejante al de otros pueblos, se haya siempre conservado de manera que nunca pudiese confundirse ni equivocarse.

Recorred toda la historia de España y observadla en sus diferentes periodos, en sus variadas faces, y nada encontrareis que sea general, uno, capaz de formar un espíritu de nacionalidad, sino la religion. Todo se modifica, cambia, y á temporadas desaparece, escepto la religion: el poder de los reyes sufre alternativas: la aristocracia las tiene tambien: la democracia á veces no ecsiste, á veces se muestra pujante y amenazadora; los diferentes pueblos y Estados cuyo agregado forma la monarquía española, se rigen por diferentes leyes, usos y costumbres; en nada se parecen en hábitos, en idiomas, en inclinaciones; nada vereis que pueda unirlos, ligarlos, hacer de ellos una nacion de hermanos sino la religion; solo ella se conserva intacta, invariable, una, al través de tantos trastornos, mudanzas y variaciones: solo ella domina esa multiplicidad de elementos que dificilmente se avienen, y que á veces hasta se rechazan; solo ella triunfa de tantos obstáculos como se oponen á la creacion de una verdadera nacionalidad, llegando á presentar al mundo asombrado la gigantesca monarquía de Fernando é Isabel.

Con la irrupcion de los bárbaros desaparece la dominacion romana: la sociedad española se halla entregada á la mas espantosa anarquía, quedando en confusa mezcolanza conquistadores y conquistados, sin mas ley que las armas, sin mas instinto de gobierno que la ambicion de cien caudillos, sin mas objeto en los dominadores que la posesion y el repartimiento de la pingüe herencia que habia sido su presa; y he aquí que se presenta la religion como astro refulgente en pos de noche tenebrosa; y bastan sus solos resplandores para formar la monarquía goda, que no tiene igual en aquella época. Las armas sarracenas invaden el territorio español, las orillas del Guadalete miran cuál perece en el infausto trance la flor de nuestros guerreros; el monarca mismo no ha podido salvarse, y con su muerte espira la monarquía. Nada se opone á la triunfante marcha de las huestes de Muza, nada defiende á los pueblos cristianos de la repentina acometida de los nuevos invasores; todo se ha perdido, y no queda otro remedio que doblar humildemente la cerviz bajo la cimitarra de los sectarios de Mahoma.

¿Quién puede resistir á tamaña catástrofe, quién podrá ni siquiera concebir el pensamiento de que sea dable reorganizar la monarquía cristiana, rescatar los pueblos que gimen bajo la esclavitud sarracena, espulsar á los conquistadores y pasear triunfante el pendon cristiano en toda la circunferencia de la Península? Caber podia únicamente en el principio religioso toda la fuerza y brio necesarios para arrojarse á tamaña empresa; y sin la firme esperanza en el Dios de los ejércitos, los héroes de Covadonga, refugiados en lo mas áspero de las montañas, en reducido número, sin recursos de ninguna clase, no pudieran, sin arredrarse, dar una ojeada á la España, ocupada por innumerables enemigos, en el apogeo de su gloria y poderío, dominadores del Oriente y del Occidente; no pudieran, repetimos, tener bastante aliento para empeñarse en tan desigual lucha; no pudieran decir á los numerosos ejércitos que los asediaban por todas partes: "Nosotros os venceremos en cien y cien combates, trasmitiremos á nuestros hijos la obligacion de haceros incesante guerra, y nuestros descendientes llegarán un dia á espulsaros de un suelo que habeis usurpado y que profanais con vuestra presencia."

No conocemos en la historia de la humanidad un hecho semejante al que acabamos de indicar; nada mas á propósito para dar á comprender cuánta es la fuerza y energía entrañadas en el principio religioso-católico; nada que retrate mas al vivo de cuánto es capaz un pueblo que posea este precioso tesoro. Un entusiasmo pasagero, un arrojo de algunos instantes, bien se concibe que puede

dimanar de muchas otras causas; pero la decision de un pueblo entero por espacio de ocho siglos, la transmision hereditaria del valor y de la constancia, pasando de generacion en generacion como el mas sagrado patrimonio, esto no puede nacer sino de un principio religioso: á tanto heroismo no alcanza un pueblo á quien no impulsan otros motivos que los intereses de la tierra, á quien no sostiene otra esperanza que la fundada en los recursos humanos; solo se elevan á tanta altura aquellas naciones que miran al cielo declarado en su ayuda, que no confian en el número ni en el valor de los combatientes, y que simbolizan sus creencias en una enseña tan denodada como sublime: *Santiago y cierra España.*

Durante este largo periodo se presenta tan de bulto la religion dominando todos los otros elementos, que apenas se descubre alguno que no esté bajo su dependencia. La idea grande, fuerte, general, que impulsa la nacion entera en la lucha contra los moros, es la religion cristiana. Por ella hacen la guerra los reyes, por ella combaten como héroes los magnates, por ella se arroja á la muerte la turba popular, invocando la proteccion del cielo; por ella no se repara en peligros de ninguna clase, cuando se trata de abatir el estandarte odioso, cuya presencia en la Península se considera como un continuado ultraje á la enseña de los cristianos. ¿Quereis apreciar debidamente el espíritu de aquella época, deseais comprender las causas que engendraron tanto heroismo, trayendo una completa victoria á pesar de tantos obstáculos como oponian la tenacidad, el valor y la abundancia de recursos de los sarracenos? No andeis disecando con el aliento de una crítica indiferente y fria los acontecimientos históricos y las leyendas populares; no os detengais á ecsaminar minuciosamente las mas pequeñas circunstancias, cotejando escrupulosamente las fechas con el prurito de sorprender en fragante error la candidez de un cronista; reservad estos estudios para cuando os propongais simplemente la esactitud histórica, pero no os dejeis preocupar demasiado de ellos cuando sean vuestras miras mas elevadas, mas vastas, teniendo por blanco, no la cronología y el minucioso rigor de los acontecimientos, sino el formaros una idea clara y viva del espíritu que los producia y animaba. Entonces no serán á vuestros ojos cosas despreciables las leyendas prodigiosas en que se cebara la credulidad del pueblo; no mirareis como cosa de poco valer los sencillos cantares con que el cristiano vencedor se solazaba en sus triunfos recordando las gigantescas victorias en que se inmortalizaran sus progenitores, no serán insignificantes á vuestra vista las narraciones de los portentos con que el cielo, tomando parte en la lucha, se complacia en alentar á los fieles decidiendo en

su favor encarnizadas batallas; hallareis en todo esto, sean cuales fueren vuestras creencias religiosas y vuestras opiniones históricas, un abundante caudal para formar juicio acertado sobre un periodo de la historia de España, que bien merece figurar entre los mas grandes y estraordinarios que se admiran en los fastos del humano linage.

Se os ofrecerá la influencia religiosa en todas las faces de dicho periodo, dirigiéndolo todo, dominándolo todo. Quitad al sacerdote del lado del guerrero, y vereis cómo el brazo de éste se enerva, desfallece, cae: apartad á los obispos del consejo de los reyes, dejad que no se vea en la ciudad que van á conquistar la futura purificacion de una mezquita, la restauracion de una catedral, el restablecimiento de la religion, la libertad de los fieles que gimen bajo el yugo mahometano, y hallareis que los monarcas no acometen la guerra, no piensan siquiera en ella; y tranquilos ante el pendon enemigo que les está amenazando, inclinan de nuevo sus cervices bajo la prepotencia musulmana; apagándose el fuego del santo entusiasmo que se alumbrara allá en la misteriosa cueva donde se refugiara el invicto Pelayo. ¿Qué mas? Si en el pueblo bajado de las montañas de Asturias y que avanza intrépido hácia las orillas del Mediterráneo, prescindís un instante de la influencia religiosa, aquel pueblo desaparece, se disipa como un vano fantasma; porque carece de vida, de alma, y su ecsistencia misma fuera una anomalía inesplicable, supuesto que faltando el motivo religioso que le mueve y empuja, ni aun concebirse cabe cómo pudo venirle á la mente la idea de empeñarse en lucha tan desigual, y cómo no prefirió el resignarse tranquilo á sobrellevar el yugo bajo el cual se habian doblegado tantas otras naciones, y del que no se habia podido sustraer la inmensa mayoría de sus hermanos en el resto de la Península.

Mucho nos engañamos si no se halla en la historia de este periodo otra de las razones del *ascendiente que en los tiempos sucesivos* ha tenido la religion entre nosotros; supuesto que no es dable que se borren tan fácilmente en un pueblo las ideas, los sentimientos, las costumbres, los hábitos, que arraigados desde antiquísimas épocas, se han estado sellando con sangre vertida en los combates por espacio de ocho siglos. Fuera de desear que no se olvidaran de esta reflecsion cuantos estudian y escriben nuestra historia, y que se persuadiesen de cuán grave desacuerdo es, no diremos el separar de ella la religion, pero ni siquiera el tratarla con desconfianza ó mirarla con desvío; que esto equivale á falsear dicha historia, á dejarla sin vida, á borrarla.

Decidida completamente en favor de los cristianos la victoria con

la conquista de Granada, y formado el gran cuerpo de la monarquía española por la reunion de las dos coronas en el enlace de Fernando de Aragon con Isabel de Castilla, desplegóse la influencia religiosa con el vigor y lozanía que era de esperar en pos de tan señalado triunfo; ni á eclipsarla alcanzaron los deslumbrantes resplandores de la soberbia diadema donde se engastaban cual piedras de inestimable valor los dominios de nuevas provincias y nuevos mundos. Sosteníase con dignidad al lado de tanta grandeza, acrecentándose si cabe con el homenage y acatamiento que le rendian los poderosos monarcas, tendiéndole amistosamente la mano, hasta en los negocios civiles y políticos, en ademan de solicitar su apoyo y de aprovecharse de sus fuerzas. No ignoramos cuanto se ha dicho pretendiendo probar que la influencia religiosa fué en aquella época, bajo diferentes aspectos, altamente dañosa y funesta; no nos empeñaremos en una cuestion que en otro escrito llevamos ventilada, y en cuya continuacion la ventilaremos todavía mas; solo nos proponemos recordar el hecho, consignarle aquí para que figure como le corresponde en el bosquejo que de la influencia religiosa vamos rápidamente trazando.

Mucho podria decirse sobre la influencia del clero en los últimos tiempos, comenzando á contarlos desde el principio de la revolucion de 1808; pero como este es un hecho que nadie ignora, y en cuya ecsistencia todo el mundo conviene, por mas discrepancia que haya en los juicios que se forman sobre su naturaleza y efectos; y por otra parte, proponiéndonos ecsaminarle mas detenidamente en uno de los prócsimos números, nos dispensaremos de darle cabida en este artículo, mayormente cuando notamos que ya va tomando mayor estension de la que le hubiéramos señalado. No queremos, empero, concluirle sin detenernos algun tanto sobre otra de las causas que segun hemos indicado, contribuye á proporcionar al clero católico tan duradera y poderosa influencia.

Dijimos que á mas de la independencia en el ejercicio de las funciones religiosas, tenia este clero la particularidad de mantener con la conciencia y la vida entera de los fieles, una comunicacion mas continua de lo que haya tenido otra religion cualquiera con la de sus respectivos sectarios. Comprenderemos mejor este carácter del Catolicismo, ecsaminando por separado las varias y principales causas que á formarle contribuyen, y que en nuestro concepto pueden reducirse á las siguientes:

Primera. Unidad y fijeza del dogma.

Segunda. Decision, declaracion y enseñanza del mismo dogma, esclusivamente reservadas al clero.

Tercera. Sábia organizacion de la gerarquía eclesiástica.

Cuarta. Nervio de la disciplina.

Quinta. El celibato del clero.

Sesta. Vigilancia sobre las costumbres de los fieles, y el sistema de predicacion.

Sétima. Esplendor y magnificencia del culto.

Octava. Los sacramentos, y en particular el de la penitencia.

Procuraremos declarar con la claridad y precision posibles, los indicados puntos, señalando á cada cual la parte que le corresponde en crear esa influencia del clero católico, objeto de tan continuadas invectivas de los enemigos de la Iglesia. De esta suerte se echará de ver, que lo que se atribuye á intrigas mezquinas, está radicado en la misma naturaleza de las cosas, y es independiente de la voluntad de los hombres.

Señaladas ya las principales causas de donde dimanaba que el clero católico alcanzase mayor influencia sobre los fieles, que la que tienen sobre sus respectivos sectarios los ministros de otra religion cualquiera; indicando una, cual es la incesante comunicacion con la conciencia y la vida entera de los fieles; comunicacion cuyos motivos encontramos en la unidad y fijeza del dogma, decision, declaracion y enseñanza del mismo, esclusivamente reservadas al clero, sábia organizacion de la gerarquía eclesiástica, nervio de la disciplina, celibato del clero, vigilancia sobre las costumbres de los fieles, sistema de predicacion, esplendor y magnificencia del culto, y en los sacramentos, particularmente el de la penitencia. Vamos ahora á ecsaminar rápidamente cada uno de estos puntos, haciendo ver cómo se ligan con el principal, que forma nuestro objeto.

Unidad y fijeza del dogma. Esta propiedad característica de la Iglesia católica, y que en vano se buscaria en ninguna de las otras religiones, ha debido de contribuir sobremanera á proporcionar al clero católico una influencia sólida y eficaz, donde quiera que haya podido establecerse esta religion divina. Cuando las creencias son diferentes, cuando varían á cada paso, cuando se las ve seguir el mismo flujo y reflujo de las opiniones humanas, teniendo por absurdo la generacion de hoy lo que reputaba cómo verdad la generacion de ayer; los ministros encargados de la enseñanza no pueden presentarse á los ojos de los pueblos como enviados de Dios; y por mas que procuren acreditar su mision con vanos esfuerzos, por mas que se empeñen en pretenderse legítimos sucesores de los que los precedieron, traslúcese siempre la tosca trama de la obra del hombre, cubierta con el velo de la hipocresía y de la mentira. Las preocupaciones, los hábitos, los intereses, la seduccion, la violencia

y otras causas semejantes, sostendrán mas ó menos tiempo el dominio de la impostura, cerrando los ojos á los pueblos para que no reciban la luz de la verdad; la Providencia, en sus inescrutables secretos, tendrá reservado para época mas ó menos lejana el que las víctimas del engaño salgan de las tinieblas y sombras de la muerte; permitiendo al genio del mal que las mantenga largo tiempo en el error, y no las haga salir de uno sino para precipitarlas en otro mas funesto; pero los alucinados sectarios, por mas ciegos que se los suponga, no dejarán de percibir algun tanto las inequívocas señales que siempre acompañan al error, no dejarán de sentir cuál se levantan repetidas veces en su espíritu vehementes sospechas sobre la verdad de lo que se les enseña; y no podrá menos de obrar á menudo sobre ellos la indestructible fuerza de aquel argumento: la verdad es una, lo que varía no es la verdad. La comunicacion doctrinal entre el ministro y el fiel, queda, ó rota ó muy lastimada, desde que la doctrina enseñada por aquel está sujeta á este ataque: serán á lo mas un maestro y un discípulo, no un enviado del cielo, y un hombre que recibe con acatamiento sus oráculos. Entonces las doctrinas y los motivos ó razones en que se las apoya, llegan con mas ó menos fuerza al entendimiento, producen mas ó menos conviccion; pero no se engendra de esta suerte la fé religiosa, no se cautiva el ánimo del oyente, no se le inspira aquella profunda veneracion con la cual, señoreado el espíritu, se humilla á la presencia de Dios, que se digna comunicarle los arcanos que en los siglos anteriores comunicara tambien á otras generaciones. El ministro de la religion tendrá menos este carácter que el de un filósofo mas ó menos sábio, que el de un hombre de bien mas ó menos celoso de la salud de aquellos á quienes se dirige; cosas impotentes para dejar en el entendimiento y en la voluntad aquella impresion fuerte, duradera, que no se borra al primer soplo, que levanta al hombre á una esfera mas elevada, y le dispone para el ejercicio de aquellas virtudes, cuya práctica vanamente se busca entre los que se atienen á medios puramente humanos.

¿Y qué veneracion puede inspirar un ministro que viene llamándose sucesor de otros, y sin embargo, enseña una doctrina muy diferente de la de éstos? ¿Qué importa que se apellide con el mismo nombre, que ocupe el mismo puesto, que disfrute las mismas prerogativas, y que la sociedad le haya otorgado las mismas ventajas? La veneracion religiosa no pende de la voluntad de los hombres, no se prescribe con decretos, no se alcanza con vana ostentacion, no se obtiene con el oropel de fascinadores títulos, ni se inspira con engañosas palabras: esta veneracion si ha de ser fuerte, profunda, perma-

nente, necesario es que dimane de la verdad, constantemente enseñada, dado que este es un carácter que no puede ser largo tiempo remedado por la astucia del hombre. Hállase en esto la razon de la consideracion y respeto que en todas partes han inspirado á los pueblos los ministros de la religion católica; pues que su enseñanza de hoy, es su enseñanza de ayer, y ésta la de todos los siglos desde la fundacion de la Iglesia.

Y ni aun allí se interrumpe la cadena de la tradicion: el fiel que sigue atentamente al ministro de la religion en la enseñanza de los sagrados dogmas, se ve remontar todavía mas alto, se halla conducido á las épocas anteriores á la venida de Jesucristo; los principales acontecimientos que en las mismas figuran, los mira enlazados con las verdades que se proponen á su creencia, y subiendo de generacion en generacion, de siglo en siglo, encuentra la cuna de la religion cristiana en los primeros tiempos de la creacion, descubre el orígen del misterio de la reparacion en el misterio de la caida del humano linage, y con esto al Hijo de Dios hecho hombre para satisfacer á la divina justicia y reconciliarnos con su Padre, y la fundacion de la Iglesia donde se conservaran las augustas verdades que Dios ha querido comunicarnos, y donde se hallasen los medios por cuyo conducto se complace en inundar la tierra con los raudales de su gracia. Así la voz del ministro de la religion es el eco de la voz de los Apostóles, que enseñan lo que oyeron de boca del mismo Hijo de Dios, quien á su vez era el cumplimiento de todas las profecías, la realizacion de todas las promesas, el término de todas las esperanzas; promesas y esperanzas que resonaron sin cesar en los anteriores tiempos, trasmitiéndose de profeta en profeta como una seña misteriosa que se halla á cada paso en la carrera de los siglos, para que el hombre pueda conocer los caminos de la infinita sabiduría.

El sacerdote católico no enseña lo que él ha inventado, sino que comunica lo que ha recibido; no es un filósofo, sino un enviado del Señor que lleva en una mano el depósito que se le ha confiado, mostrando en la otra los títulos que justifican la legitimidad de su mision.

Pero esto no seria bastante á producir completamente el indicado efecto, si todos los fieles tuviesen el derecho de decidir en materias de fé, y si el sagrado depósito anduviera en manos profanas espuesto á todo viento de doctrina. No se ligaria tan íntimamente la conciencia del fiel con la del ministro, si el primero no se viese precisado á recibir del segundo la enseñanza y la esplicacion del dogma, y si en las dudas que pudiesen ocurrir sobre estas materias, no estuvie-

se pendiente de los labios del sacerdote, *custodios de la ciencia* divina y órganos é intérpretes de la ley.

Decision, declaracion y enseñanza del mismo dogma, esclusivamente reservadas al clero. La constante separacion que se ha hecho en la Iglesia católica entre los ministros y los fieles, quedando á cargo de los primeros el enseñar los dogmas y la moral, y el resolver las dificultades que en este punto se suscitasen, ha contribuido sobremanera á ligarlos íntimamente; pues que no ha sido posible tener fé, ni por consiguiente pertenecer á la comunion católica, sin recibir de la boca del sacerdote continuas instrucciones. Esto engendra naturalmente la veneracion hácia el ministerio religioso, y establece una incesante comunicacion entre los que dan y reciben la enseñanza. De la propia suerte que el simple fiel se halla en continua relacion con su párroco, comenzando desde el catecismo que aprende en su infancia, hasta los últimos consejos en la hora de la muerte, así las parroquias enteras se hallan ligadas con respecto á sus obispos, de quienes reciben el pan de la divina palabra, ora por pastorales, ora por instrucciones verbales, ora por correspondencia epistolar; como todas las diócesis lo están con el Sumo Pontífice, á quien recurre el obispo siempre que alguna ocurrencia grave, alguna disputa reñida ú otra causa cualquiera, reclaman el ausilio de las luces de la cátedra de S. Pedro.

Para concebir cuánta es la fuerza de esa decision y enseñanza de los dogmas en producir una comunicacion incesante entre la cabeza y los miembros, y entre los ministros inferiores y los superiores, figurémonos por un momento que cesa esta prerogativa divina, y que no diré cada fiel en su conciencia ni cada párroco en su parroquia, sino tan solo cada obispo en su diócesis se halla con facultad de decidir irrevocablemente todas las dudas que se ofrezcan sobre un punto de moral ó de dogma, sin que sea lícito apelar de este fallo al Sumo Pontífice; desde luego vemos desaparecer uno de los principales lazos que unen los miembros con la cabeza, desde luego se borran de la historia eclesiástica un sinnúmero de causas en que ha ejercido de una manera solemne la supremacía el sucesor de S. Pedro; desde luego vemos que cesa la comunicacion entre los obispos y el Papa, y que el primado de éste pasa á ser un título honorario sin ningun efecto en la práctica. Porque, bien claro es, que una vez roto el vínculo en lo tocante á los puntos de dogma, lo quedara tambien en cuanto á la disciplina; pues entonces se suscitaria al instante la cuestion sobre la potestad disciplinar, y cada obispo podria resolver que es de fé que los obispos son árbitros supremos en el arreglo de sus diócesis respectivas, y que las facul-

tades ejercidas por los soberanos pontífices eran usurpaciones sobre los derechos del episcopado. Así se ligan en la Iglesia unos puntos con otros; así se encuentran vínculos que muestran la dependencia de los miembros con la cabeza; así no es posible tocar en una parte del edificio, sin que todo se resienta y amenace ruina.

Si esta anarquía resulta por solo suponer que los obispos tuviesen, cada cual en su diócesis, un fallo irrevocable en materias de dogma y de moral, esclusivo de la autoridad pontificia, échase de ver á dónde iriamos á parar si cada párroco lo tuviese en su parroquia, y mucho mas, cada fiel en su conciencia. Desde entonces quedan hechos trizas todos los lazos que unen al sacerdote con el fiel, porque faltando el primero, que es el derecho de enseñanza, desaparecen *por necesidad los demas. Y esta es la razon porque* entre los protestantes ha debido aflojarse hasta tal punto la comunicacion de los ministros con el pueblo; pues que establecido el principio de la inspiracion privada, ó el del libre ecsámen, que al fin á lo mismo se reduce, destruida enteramente la autoridad doctrinal, se han encontrado naturalmente los ministros al nivel de los simples legos, y las separaciones que se han querido introducir han tenido siempre escasa consistencia, como que se hallaban en fragante contradiccion con la primera base de la llamada reforma.

La sábia organizacion de la gerarquía eclesiástica, modelo de buen gobierno, donde se encuentran todas las garantías de órden con las debidas precauciones contra todo linage de arbitrariedad, donde la multiplicidad y complicacion de las relaciones se simplifica y desenlaza con la admirable unidad que les comunica su invariable centro, donde el fiel ve de una ojeada todos los trámites que ha de seguir para la aclaracion de una duda ó la resolucion de un negocio, donde no se ve una autoridad aislada que ose obrar por su capricho, sin que se pueda ecsigirle la debida responsabilidad ante un legítimo superior, subiendo de unos á otros jueces hasta llegar al Sumo Pontífice, que ha recibido su autoridad del mismo Dios; esta organizacion, repetimos, ha hecho del clero católico ese cuerpo tan compacto, tan uno, cuyo semejante en vano se buscaria en todas las demas corporaciones que han ecsistido. Desparramada por todo el universo la Iglesia católica, hubiera sido víctima de la mas espantosa anarquia, á no estar dotada por su divino Fundador de una organizacion tan robusta. La violencia de las pasiones, el choque de los intereses, los amaños de las intrigas, la desidia en el cumplimiento de los deberes, hubieran bien pronto destruido, enflaquecido, dividido ese inmenso cuerpo, que por su propia naturaleza se halla espuesto, mas que otro alguno, á la accion disolvente de innumera-

bles elementos. La Iglesia combate sin cesar la vanidad del sábio, el orgullo del poderoso, la sed de la codicia, el furor de la venganza; y no dejando en reposo ningun vicio, ya que no pueda estirparle, va cuando menos á turbar la falsa paz del vicioso, lanzándole el aguijon del remordimiento. ¿Qué le hubiera sucedido, qué hubiera sido de ella á no estar tan firmemente constituida por la misma mano del Todopoderoso? No, no habria podido continúar en esa comunicacion con la vida entera del fiel, no se habria podido dirigir incesantemente á su conciencia, sino que bien presto se la rechazara como un estímulo importuno, y se desatendieran con desdén sus santas amonestaciones. Pero ahora cuando el simple párroco corrige, no es él quien lo hace, sinó la Iglesia; cuando se entromete en algun negocio grave, no lo hace de autoridad propia, sino con autoridad de la Iglesia. En pos del párroco ve el fiel al obispo, y en pos del obispo al Sumo Pontífice, y al rededor del Sumo Pontífice la Iglesia universal, y la tradicion de todos los tiempos, y la autoridad de los concilios, y el voto de los Santos Padres, y la práctica de los santos, y todo ordenado, compacto, ligado, sin que en ninguna parte divise al hombre solo, el dictámen de la razon aislado, el predominio de la voluntad individual, sino en todo el cuerpo místico formado por Jesucristo, nutrido con los méritos de su preciosa sangre, amaestrado por sus santísimas doctrinas, guiado por sus consejos, rebosante del calor y de la vida de las lenguas del Cenáculo, y sostenido milagrosamente por el poder de la diestra del Eterno.

Así ocultándose á los ojos del hombre la accion de otro hombre, solo se le presenta la accion de la Iglesia, ó mejor diremos, la accion de Dios; y ni se encuentra humillado en la sumision, ni envilecido en la obediencia; porque se cumple de un modo admirable la condicion necesaria para facilitar la obediencia y hacer espontánea la sumision, cual es, el que no se halle el hombre en presencia de otro hombre, y obligado á someterse á la simple razon, á la sola voluntad de otro de sus semejantes, sino que en aquel que enseña, decide ó manda, vea la personificacion de un poder superior, de un grande interés ó de un gran principio, ó lo que vale mas que todo, un representante del mismo Dios. Esto se verifica en la Iglesia católica: jamas, desde el último ministro hasta el Soberano Pontífice, habla nadie en nombre propio: el encargado de la mas oscura capilla, es el *vicario* de su legítimo superior, y el sucesor de S. Pedro él es el *vicario* de Jesucristo. Así hay una unidad admirable en medio de la mas complicada multiplicidad; así las partes no se confunden, no se embarazan, no se chocan, sino que obrando en la ma-

yor armonía, funcionan cada cual en su puesto, llenando el objeto de su santo instituto, y cumpliendo los designios del divino Fundador.

Las iglesias separadas, quebrantando esta unidad y destruyendo la gerarquía, desconocieron los eternos principios de todo buen gobierno, y se privaron de los medios para influir sobre el ánimo de los pueblos. Vano es que se llamen Iglesia; falta la unidad, y no son una Iglesia, sino muchas iglesias; falta la conveniente dependencia de los ministros, falta un punto céntrico de donde pueda dimanar la eficacia del influjo sobre la conciencia de sus subordinados. Niegan la divina institucion de la ordenacion sacerdotal, conceden el sacerdocio con mas ó menos restriccion á la generalidad de los fieles como cosa que de derecho les corresponde, se burlan de la gerarquía y la miran como una invencion de los hombres, otorgan á todo el mundo el derecho de interpretar la Biblia, y por consiguiente la ilimitada facultad de decidir en materias de dogma y de moral, como mejor parezca: ¿qué puede resultar de una organizacion y sistema semejantes, ó mejor diremos, de la falta de todo sistema, de toda organizacion? Dígalo la esperiencia de cada dia, dígalo la historia de los tres últimos siglos.

El nervio de la disciplina ha debido por consiguiente ser cosa desconocida entre los protestantes; y dejando aparte las virtudes mas ó menos severas que hayan podido encontrarse en algunos ministros de la pretendida reforma, y la mayor ó menor asiduidad con que se hayan dedicado al ejercicio de sus funciones, puédese, no obstante, asegurar que la disciplina como tal, no ha ecsistido ni es dable que ecsista en las iglesias disidentes: no hay disciplina sin autoridad, ni autoridad sin gerarquía, ni gerarquía sin cabeza. En la Iglesia católica ha sucedido todo lo contrario: hasta en aquellas épocas cuya turbacion traia consigo el trastorno de las ideas y el olvido de los deberes, no careció nunca de disciplina: á veces se la desatendia, se la conculcaba; mas por esto no dejaba de ecsistir, no faltaba quien la proclamase, quien protestase contra las infracciones, quien alzase enérgica voz para demandar la estirpacion del mal y el castigo de los culpables. Particularidad notable que solo en la Iglesia católica se encuentra, el que nunca la ley sea tan impunemente hollada, que no se adelanten ánimos esforzados á defenderla; el que la ley nunca sea tan abatida que se la fuerce á la prostitucion doblegándose á las insaciables ecsigencias de las pasiones. En la Iglesia, la ley á veces se quebranta, pero no se doblega; el mismo legislador obra quizás mal, pero legisla bien; por un efecto de la debilidad humana, no está esento de ser injusto en algunas de

sus obras; pero aun en este lamentable caso, proclama la justicia; desordenado en las costumbres, ensalza la pureza de la moral, y la predica á la faz del mundo aun á riesgo de hacerse subir él propio los colores al rostro; y sin temor á los poderosos, sin consideracion á la humana flaqueza, sin indulgencia para sí mismo, muestra á todos los fieles la regla inflecsible, sin curarse de que haya de resultar así mas palpable este ó aquel escándalo, y escitar la ecsecracion de la conciencia pública. Aun en los tiempos mas calamitosos de la historia eclesiástica, notamos un constante movimiento en el seno de la Iglesia hácia una reforma que remediase los males que la humana miseria habia introducido. San Gregorio VII, S. Bernardo, S. Buenaventura, eran los precursores de los padres del Concilio de Trento. Por cuyo motivo los cristianos de una fé pura y de una intencion recta, no ven jamas en los males que á la Iglesia afligen, una señal de que la haya abandonado el Espíritu Santo, ni creen necesario destruir para reformar, ni que sea menester poner otros cimientos de los que puso el divino Arquitecto; pues que á mas de las indefectibles promesas de éste, ven siempre que la llama del Paráclete no se ha estinguido aún, que el fuego sagrado arde todavía en el santuario, y que debajo del tabernáculo se conservan intactas y enteras las tablas de la ley. La disciplina se relaja, la autoridad parece dormirse; pero los centinelas de Israel no se entregan juntos al sueño; hay algunos que están velando y que recuerdan á los demas el sagrado deber que les incumbe de custodiar con temor santo los celestiales tesoros de la casa del Señor. O reunidos en concilio los obispos, ó desparramados en sus diócesis, cumple el episcopado la mision que le encargó el Espíritu Santo de regir la Iglesia de Dios; si una niebla oscura parece ofuscar los entendimientos, y la corrupcion señorear las voluntades, si flotando á la merced de los vientos y de las olas la combatida navecilla, amenaza con inminente naufragio, llenando de espanto á los que no tienen firme la fé y fijada en el cielo la esperanza, levántase Jesucristo para salvarla, manda á los vientos y á los mares, bastando su palabra para restablecer la bonanza. No se presenta él mismo, pero suscita hombres como Ildebrando, como S. Bernardo, como S. Cárlos Borromeo, como S. Ignacio de Loyola, y derramando sobre ellos los raudales de su gracia, renueva milagrosamente la faz de la tierra. Que sean los vicios de los fieles ó de los sacerdotes, que el genio del mal haya conseguido llevar sus estragos á regiones las mas elevadas, nada queda sin notar, nada sin reprender, nada esento del clamor de correccion y enmienda. Lo que hoy es el proyecto, el simple deseo de una caridad ardiente, se abre mañana paso en

la legislacion eclesiástica y forma uno de los artículos de la disciplina. Así, cuando circunstancias lamentables han ocasionado mayor ó menor descrédito de los ministros de la religion amenguando los respetos y consideraciones de que se los rodeara, bien pronto con una reforma legítima se ataja la corriente del mal, se rejuvenece la autoridad del sacerdocio, se aumenta su ascendiente é influencia, restableciéndose mas íntima, mas afectuosa la comunicacion entre el sacerdote y el fiel, reparándose de esta suerte los males que á la fé y á la moral se acarrean con el alejamiento y la desconfianza. ¿Quién ignora los prodigios que en esta parte se realizaron en la Iglesia desde el siglo XVI? ¿quién no sabe el profundo y saludable cambio que fué el inmediato efecto de la reforma hecha por el Concilio de Trento?

El celibato del clero, tan combatido con ostentoso aparato de razones político-económicas, cuya futilidad han venido á demostrar los adelantos de la economía política, es un elemento tan precioso en el ministerio eclesiástico, que su desaparicion relajaria de golpe los lazos de la disciplina, y entibiando la confianza y la intimidad con que los fieles están ligados con el ministro de la religion, y despojando su sagrado carácter de la santa austeridad que le embellece y realza, acabaria por dejarle en la clase de los hombres honrados, y si se quiere influyentes, pero en grado muy poco superior al que le grangearian sus calidades personales. No tratamos aquí de esaminar á fondo esta cuestion, cuya inmensa importancia reclama por cierto, mayor espacio del que los límites de un artículo consienten: solo nos proponemos tocarla rápidamente en lo que concierne el celibato á proporcionar mayor influencia al clero católico, facilitando la comunicacion de la conciencia de los fieles con la de los ministros, é inspirando aquella veneracion y confianza indispensables para que las funciones sacerdotales puedan ser ejercidas cual cumple á la alta mision de su instituto.

Por de pronto, échase de ver á la primera ojeada, que es el celibato un sacrificio en las aras de la religion y de la salud de sus semejantes, emblema sublime del desprendimiento que acompañar debe el ministerio eclesiástico, pues que encierra nada menos que la rigurosa obligacion de una virtud, cuya práctica no fué prescrita en el Evangelio mas que por via de consejo, y de la que hablando la sagrada Escritura, nos la pinta como uno de los rasgos característicos de la vida angélica.

Aquella completa abstraccion de los placeres sensuales, aquella ilimitada renuncia de sentimientos tan gratos al corazon humano, cuales son los que resultan de la formacion de una familia, y de la

esperanza de sobrevivir en la prosperidad, desligan en cierto modo de las cosas terrenas, y consagran á las celestiales el hombre entero. No se albergan entonces en el ánimo la solicitud y los cuidados que consigo trae el ser cabeza de familia; y en cambio, hállase el espíritu mas libre, mas espedito para ocupar sus pensamientos y deseos en objetos de mayor importancia, de un interés mas trascendental, y para acometer empresas que arredren por sus peligros, ó desalienten con la ecsigencia de sacrificios dilatados y penosos.

¿Cómo se hubieran podido verificar los prodigios de las misiones católicas, si aquellos apostólicos varones se hallaran embarazados con el cuidado de mugeres é hijos? ¿Cómo fuera posible que llegaran á la sublime abnegacion, que nada reserva al hombre, que en nada repara, que por nada se detiene, y que sufre con igualdad de ánimo la pobreza, las privaciones de toda clase, las mas insoportables fatigas, los tormentos mas esquisitos, la muerte mas horrorosa? ¿Eleváronse jamas á tanta altura los misioneros protestantes? ¿Mostraron jamas tan heróico desprendimiento? ¿No es su primer cuidado al llegar al punto de su destino, el proporcionar á sus esposas y familia una habitacion decente y cómoda, y el no olvidar su propia fortuna en medio de sus predicaciones evangélicas? ¿Cuándo recabaron de sus neófitos igual admiracion y entusiasmo, igual sumision y obediencia, al que alcanzaron nuestros misioneros, que sin oro para distribuir, sin poderosas escuadras para protegerlos, sin numerosos ejércitos para sostenerlos y hacerlos respetar, se presentan á los fieles no llevando otras riquezas que su breviario, ni mas armas que su cayado, ni otros medios de persuasion que el ardor de su celosa palabra y el ejemplo de sus virtudes, y el escudo de una infatigable paciencia?

Por lo mismo que el hombre no pertenece entonces á ninguna familia, es, por decirlo así, el padre de todas; y viviendo en medio del mundo, solo y aislado como peregrino en tierra estrangera, representa mejor á Jesucristo, quien proponiéndose enseñarnos que el hombre debe anteponer las cosas del cielo á todas las consideraciones de familia, dijo: "¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?" Y que estendiendo la mano sobre sus discípulos, continuó: "He aquí mi madre y mis hermanos, pues cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos, este es mi hermano, mi hermana y mi madre." [*San Mateo, cap.* 13.]

A un hombre que no está ligado con una muger, se le abren con menos dificultad los arcanos del corazon; y el fiel que lleva oculta en su pecho una afliccion angustiosa, que quizás no osara revelar á sus mas íntimos allegados, depositala sin el menor recelo en el áni-

mo del sacerdote, seguro de que no hará traicion á la confianza quien *no tiene mas vínculos sobre la tierra, que los impuestos* por la ley de la caridad. ¿Cuántos secretos no se lleva al sepulcro el sacerdote que ha ejercido por algun tiempo las funciones de su ministerio en el sacramento de la penitencia? Y aun fuera de él, ¿cuántos son los delicados y espinosos asuntos que no salen del círculo de una familia, sino para pedir consejo al ministro de Dios, ó para constituirle medianero en circunstancias críticas? Los mismos que menos adictos se muestran á la religion, los mismos que quizás se desatan en mas acerbas injurias contra el clero, no reparan, y esto lo enseña la esperiencia de cada dia, no reparan, *repetimos*, en confiar á un eclesiástico los mas hondos secretos, sobre todo si son éstos de tal naturaleza que demanden un depositario discreto y caritativo, á propósito para buscar remedios ó proporcionar consuelos. Se nos habla á veces de la dulzura de los sentimientos paternales, de la influencia que ellos pueden ejercer sobre el carácter; pero no se advierte que los sentimientos que han de obrar en el corazon del ministro de Dios, no es necesario ni tampoco conveniente que tengan aquella sensual ternura, que si bien es muy á propósito para cumplir en el recinto de la familia los fines destinados por el autor de la naturaleza, no se adaptan, sin embargo, á la elevacion y austeridad de las funciones en que se ha de ocupar el sacerdote. La caridad es tierna, afectuosa, *mas no* débil ni liviana; descendida del cielo, tiene por objeto al mismo Dios, y cuando reside en el alma, no tiene su morada en la region de los sentimientos terrenos, *sino* en la voluntad superior, en lo mas elevado del espíritu. Se alegra con los que se alegran, pero su alegría es en el Señor; llora con los que lloran, pero sus lágrimas las ofrece al Señor; quiere el bien de todos los hombres, los estrecha á todos en sus brazos, los socorre en sus necesidades, los alivia en sus penas, pero todo para llevarlos á la eterna bienaventuranza, todo para purificarlos en esta vida y hacerlos dignos de sumirse en la otra, en un piélago infinito de luz y de amor.

Estos deben ser los sentimientos del sacerdote: hijos de la caridad, animados por la caridad, guiados por la caridad; que nada ofrezcan de mundano, de sensual, que en nada se asemejen á los que se fundan en motivos puramente humanos, y que aun en medio de su condescendencia, dejen entrever el cumplimiento de aquellas palabras del apóstol: "Todo para todos para ganarlos á todos."

Suponed que se llama para consolar á la esposa que acaba de perder el apoyo de su debilidad y el objeto de su ternura conyugal, al padre á quien una muerte prematura arrebató el orgullo de su juventud y la esperanza de su vejez. ¿Cuál es en estos casos el pa-

pel que en la triste escena le corresponde al ministro del santuario? ¿llorando con los que lloran, deberá hacerlo de tal suerte que tambien muestre participar de aquel abatimiento que desalienta y postra, imitando á las personas á quienes se propone consolar? ¿asentaríale bien, por ventura, que al través de la tristeza pintada en su semblante se trasluciesen sentimientos puramente humanos, con la debilidad y desfallecimiento que en tales casos los acompaña? No, por cierto: en aquella ocasion solemne no va á consolar dando rienda suelta al dolor, y aliviando la pena con solo compartirla, sino que va á confortar con los grandes pensamientos que en el seno de la religion se ligan con la muerte. Dios, sus secretos designios, la necesidad de conformarse á ellos, lo breve de la separacion que tanto aflige; las probabilidades de que el finado disfruta ya mejor vida, la prócsima reunion de todos que en el seno del Dios viviente se ha de verificar en los abismos de la eternidad: he aquí los puntos sobre que han de girar las palabras del sacerdote, he aquí los pensamientos cardinales de donde ha de hacer brotar las consideraciones adaptadas al caso que le ocupa, he aquí donde buscar debe los consuelos que intenta proporcionar á la desolada familia.

Para ejercer dignamente estas elevadas funciones, no es necesario que el sacerdote haya esperimentado en toda su viveza las afecciones conyugales ó del amor paternal; bástale un corazon sensible en que de algun modo vibren las mismas cuerdas que en los de los afligidos; y la misma diferencia que resulte de no estar su corazon ejercitado en aquel género de emociones, contribuirá á conservar á su alma un temple mas fuerte, que se acomodará muy bien con la santa resignacion que deben respirar las palabras y las acciones de quien habla en nombre del cielo.

Digase lo que se dijera, el instinto del humano linage manifestado en las tradiciones de todos los tiempos y en la práctica de todos los pueblos, segregando mas ó menos completamente de los placeres sensuales á toda persona que debiera intervenir en el ministerio religioso, entraña una sabiduría tan profunda y delicada, que solo puede ocultarse á entendimientos ciegos ó á corazones poco sensibles. En este punto, como en todos los demas, nos ofrece el Catolicismo una prueba de su divinidad, realizando de una manera mas cumplida, mas sublime, el pensamiento que en embrion se encuentra en las otras religiones; con esto nos da una nueva señal de que ha bajado realmente del cielo, cuando se manifiesta en plena posesion de todo lo verdadero y de todo lo bueno, que disperso acá y acullá, desfigurado de mil maneras, se encontrara en las tradiciones del género humano. Leed la historia religiosa de todos los pue-

blos, y en todas hallareis algunos rastros de la union del ministerio religioso con la abstinencia de los placeres sensuales, en todos notareis alguna percepcion de esta secreta armonía de la castidad del corazon con el ofrecimiento del sacrificio; y hasta en aquellos que divinizaron el placer y lo presentaron á la veneracion humana bajo las formas mas voluptuosas, descubrireis alguna institucion que protesta contra tamaño estravío, simbolizando mas ó menos á las claras esta idea, tradicion, instinto, llámese como se quiera, que en medio de sus vicisitudes y aberraciones ha conservado la humanidad.

Pero reservado estaba á la Iglesia católica, enseñada por el mismo Dios, el presentar en esto un tipo sublime elevando á precepto para un considerable número de hombres, lo que en el Evangelio solo se propone como un consejo, y el realzar de esta manera la dignidad del sacerdocio, obligándole á una privacion que á los ojos de la humana sabiduría solo pareciera posible para el heróico desprendimiento de algunos varones privilegiados. ¿Quién no conoce, mejor diremos, quién no siente cuánto mayor es la elevacion, cuánta mas la dignidad y magestad del ministro del santuario, á quien al postrarse en el altar orando por los pecados del pueblo, ú ofreciendo al Todopoderoso un sacrificio de propiciacion, se le contempla como un ángel que sin lazos que le vinculen con ninguno de los objetos que hechizan á los demas hombres, ofrece al Dios de Sabaot un incienso puro, que sube al cielo mezclado con los afectos y las súplicas de un corazon sin mancilla? Si apartándonos del ara sacrosanta miramos al sacerdote en sus relaciones directas con los fieles, ora enseñando, ora reprendiendo, ora amonestando, ora comunicando las gracias celestiales por el conducto de los sacramentos, ¿no es su autoridad inmensamente mayor, no inspira mayor respeto, mayor confianza y veneracion, si en la mente de los fieles no pueden encontrarse juntas las dos ideas de un ministerio tan augusto, y la del símbolo de la hermosura, pero tambien del capricho y de la flaqueza? ¿Quereis representaros al vivo la influencia que tendria el matrimonio del clero en disminuir su ascendiente, en debilitar su influjo, en rebajar la veneracion que á los fieles inspira? Tomad por ejemplo un gran santo: imaginaos que veis á San Francisco de Sales, asiduo y fervoroso en la oracion, arrobado en el acto de ofrecer el augusto sacrificio, incansable en la administracion del sacramento de la penitencia, desvelándose sin cesar para atraer al redil de la Iglesia almas descarriadas por el cisma protestante, socorriendo á los pobres, consolando á los afligidos, instruyendo á los ignorantes, consumiendo su vida entera en la tarea de la salvacion de sus prójimos, y en el ejercicio de las mas austeras virtudes, y ofrecién-

dola á Dios como un holocausto en las llamas de purísimo amor; decidme, cuando contemplais ese ángel de paz, esa lumbrera del mundo, esa víctima de la caridad, ese apóstol que se hace todo para *todos para ganarlos á todos*, cuando llenos de entusiasmo le tributais los homenages de vuestra admiracion; decidme, repito, ¿quisiéraisle casado? "¡Oh! no: ciertamente que no; ni quisiéramos, direis, que se hubiera pronunciado este nombre que así disipa de un golpe la celestial vision en que estábamos embargados." El santo obispo de Ginebra al lado de una muger, no fuera ya un ángel, no fuera un ser privilegiado que aparece sobre la tierra para consuelo y alivio de la humanidad; sino un hombre como los demas, y á quien sospecháramos tal vez juguete de la debilidad ó del capricho. Esto no son razones teológicas, no son argumentos de escuela: es una inspiracion que arranca de lo mas íntimo de nuestra alma; no es solo la voz de la religion, es el grito de la naturaleza misma.

Vano fuera empeñarse en luchar con la evidencia de esta verdad; no necesita pruebas; es de aquellas á que se adhiere el corazon, mucho antes que no las acepte el entendimiento. Y cuenta que estas verdades que así cautivan desde luego nuestro espíritu, señal es que encierran alguna fuerza intrínseca muy poderosa, dado que bastan á producir un efecto instantáneo; señal es que espresan algunas relaciones delicadas, que aun cuando no se presentasen á nuestros ojos con entera claridad, no dejarian de ser muy positivas, y de estar fundadas en la naturaleza misma de las cosas. En esta materia no deseáramos que los jueces fueran filósofos, interesados quizás en torcer el fallo en contra de la verdad; no pocas veces la filosofía, á fuerza de analizar, diseca, y de dividir y subdividir, descompone y aniquila: pero no temiéramos la decision, no recusariamos la autoridad del simple buen sentido, aun cuando no anduviese acompañada de la fé. Las inspiraciones de un corazon no predispuesto á resistir los sentimientos mas naturales y espontáneos, fueran suficientes á resolver en nuestro favor la cuestion; y no dudamos que donde quiera que se la plantee prácticamente, como se hace á menudo en los paises donde viven infieles, saldrá el Catolicismo airoso en la demanda. No es necesario repetir lo que acabamos de notar, parangonando las misiones católicas con las protestantes; pero un muy reciente ejemplo se presenció no ha mucho en la llegada de un obispo anglicano á Jerusalén.

Cuando el reverendo enviado por los ingleses, recorria las calles de la ciudad santa acompañado de su esposa, que á la sazon se encontraba en aquel estado que tan casta y delicadamente espresaban los periódicos ingleses por una frase que no habrán olvidado nues-

tros lectores, y el pueblo le andaba regalando duros guijarros, bien sentia, aun la generalidad de los mismos infieles, que el enviado de lord Palmerston estaba muy lejos de ser, como pretendia, sucesor *de los apóstoles y enviado de Jesucristo;* bien sentia que el nuevo enviado no era del número de aquellos que encargados por el Salvador *de predicar el Evangelio á toda criatura, y de bautizarlos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo,* marchaban á cumplir su mision, habiendo renunciado antes á todo lo que poseian, negándose á sí mismos y crucificando su carne, para confesar á Cristo crucificado.

Muy bien comprendian la fuerza del celibato religioso en aumentar la autoridad y la influencia del clero, los enemigos de la religion católica, pues que unos, segun dicen, por el celo de aumentar la poblacion, otros para comunicar á los sacerdotes mayor dulzura y apacibilidad de sentimientos, quiénes para libertarlos de carga tan pesada, quiénes para hacerlos de costumbres mas puras, todos, en una palabra, con miras altamente *filantrópicas,* se han empeñado en persuadir que debia borrarse de los artículos de la disciplina eclesiástica, la ley del celibato: bien comprendian que en esta ley se encerraba uno de los mas poderosos resortes de esa influencia que se proponian abatir, de esa autoridad que intentaban desvirtuar. Nosotros, empero, apoyados en la razon, en la esperiencia, en lo que dictan los sentimientos mas delicados del corazon humano, tenemos por acertadísima esta disciplina; mirámosla como un paladion que cobija la dignidad del clero, y juzgamos que la religion es deudora de un incalculable beneficio á los sumos pontífices, que con firmeza apostólica se han opuesto á las ecsigencias de las pasiones, haciéndolas entrar con brazo fuerte dentro los límites debidos, cuando amenazaron desbordarse.

En la actualidad, gastan inútilmente el tiempo los enemigos de la Iglesia cuando le aconsejan que suprima esa ley; lo que no pudieron conseguir la ignorancia, la corrupcion y la confusion de los siglos medios, lo que no recabaran las declamaciones de los protestantes y de los filósofos en los tres últimos siglos, no es posible que se logre en adelante; mayormente quedando ya fuera de duda, que el Aquiles de los argumentos con que se atacaba el celibato religioso, á saber, el daño que causaba á la poblacion, es un miserable sofisma fundado en falsas suposiciones, desmentidas por los progresos de la estadística y las observaciones de la ciencia económica. Que por lo tocante á la influencia que pudiera tener el matrimonio en endulzar los sentimientos del clero, bien cierto es que mejor y mas seguro efecto produce la caridad, con la cual se forman espíri-

tus tan blandos y apacibles, como son los de nuestros santos. No es, pues, el matrimonio lo que se ha de introducir, sino dejar á la Iglesia espèdita su accion para cuidar de la estricta observancia de los sagrados cánones; de suerte que se verifique una completa armonía entre la enseñanza y las obras. Lo que se ha de procurar es, que á la Iglesia no se le quiten los medios para formar hombres dignos de tan alto ministerio, y que no se la reduzca á inferior condicion que las otras instituciones, cualesquiera, privándola de los necesarios recursos para proveer á la instruccion de los jóvenes que se dedican á la carrera eclesiástica. Esto es lo que conviene; lo demas son insidiosos consejos que á nadie alucinan, palabras que de nada sirven sino para poner en descubierto la insensata vanidad de los que se proponen enmendar la obra de Dios, y sustituir á sus santísimos y profundos designios, los miserables proyectos del hombre.

Vigilancia sobre las costumbres de los fieles. Ninguna religion ha prescindido completamente de la moral; y los que se han adelantado á decir que no debieran andar unidas la moral y la religion, se han mostrado muy poco conocedores, tanto de ésta como de aquella. La religion que se desentendiese de la moral, seria una monstruosidad; así como la moral es inconsistente cuando no puede afianzarse sobre la sólida base de una religion. Y no intentamos poner en duda la ecsistencia de una luz natural, que independientemente del ejercicio de este ó aquel culto, nos enseña lo que es bueno y lo que es malo: sabemos que esta luz es uno de los mas ricos patrimonios de la humanidad, y ha sido una de sus tablas de salvacion para que no pereciese del todo, víctima de sus lamentables aberraciones; pero tampoco podemos menos de hacer notar, que sin culto religioso, la idea de Dios se debilita en nuestro espíritu, ó cuando menos se la relega al entendimiento, dejándole muy poco influjo sobre la voluntad; y en llegando las cosas á tal estado, es evidente que la práctica de las sanas mácsimas morales, aun las dictadas por la razon natural, se ha de resentir sobremanera, ha de caer en desuso; y por esto decimos que la moral para ser duradera y eficaz, necesita apoyarse en las ideas religiosas, y encontrar en el culto un ausiliar incesante.

Entre las varias creencias que han dividido á los hombres, así en los tiempos antiguos como en los modernos, no se ve ninguna donde se conozca que el fundador haya perdido de vista estos eternos principios; pero en algunas de ellas ha sido tan débil el elemento moralizador, y tan flacos los medios de que podia echar mano, para influir sobre los hombres, que al observar cierta moralidad de

los adheridos á las mismas, mas bien parece un fruto espontáneo de los dictámenes de la luz natural y de las buenas inclinaciones del corazon, que no un resultado de la influencia religiosa. Mirad el paganismo, y vereis que si bien esparce acá y acullá algunas buenas mácsimas divinizando esta ó aquella virtud, tambien en cambio erige altares al vicio, y le ofrece como digno presente la corrupcion, abandonando lastimosamente el cuidado de que germinase entre la muchedumbre la semilla de la moralidad que se habia esparcido. Nadie corrige el vicio, nadie estimula la virtud, nadie se ocupa en hacer aplicaciones de la moral á los actos de la vida; solo algunos vanidosos filósofos disertan ostentosamente sobre ella, y muestran pretension de suplir con huecas palabras la ineficaz accion de los medios religiosos, que á la sazon obraban sobre el mundo sometido á la idolatría. La misma política reconoció esta falta; y así es, que mientras de una parte procuraba apoyarse en la religion y acrecentar su influjo para que la ausiliase en la dificil tarea de dirigir la sociedad, creaba por otra, instituciones civiles que alcanzasen á donde no alcanzaba la religion. Recuérdese lo que eran en Roma los *censores*, las atribuciones que las leyes y la costumbre les señalaban, y véase si no es bien claro que aquella institucion civil era un medio supletorio de la insuficiencia religiosa. Sin negar los buenos efectos que de esta suerte se pudieron obtener, siempre es verdad que ecsistia en ella una dislocacion de funciones, y que por tanto no era posible que fueran cumplidamente desempeñadas. Así es, que bastó poco tiempo para que el mal se presentara con toda su deformidad; y la inmoralidad y la corrupcion mas asquerosas, habian ya consumido lentamente el imperio romano, siglos antes que lo hiciera pedazos la acometida de los bárbaros. Los sacerdotes de los falsos dioses, se limitan á cuidar de las ceremonias, de los sacrificios, de los augurios, es decir, de la parte esterna de la religion, sin que se crean obligados á ocuparse de la situacion de los espíritus, del estado de la conciencia, ni á darle alguna luz para guiarla en sus tinieblas, ni comunicarle aliento para fortalecerla en los combates. El hombre adora á los dioses, levántales magníficos templos, conságrales ricas ofrendas, consulta en sus dudas á los oráculos, se dirige sin cesar al cielo; pero víctima de mil groseras supersticiones, tributando á las obras de sus manos ó á las creaciones de su fantasía, el culto debido al Dios verdadero, no recibe un rayo de luz que pueda servirle para ordenar su conducta. La falsa religion habia dominado c asi toda la tierra, y la estension de sus dominios no habia llegado á impedir que el vicio se levantase por do quiera al lado del altar, si es que no se colocaba á sí mismo en lugar de un Dios, re-

cibiendo los homenages del culto. Llega la religion cristiana, y al mismo tiempo que enseña sus dogmas y establece su culto, se ocupa incesantemente de la moral; y dando á las prácticas esteriores la debida *importancia, tiene principalmente fijos los ojos en lo que* afecta el hombre interior, procurando primero su renovacion por la gracia, y velando y trabajando en seguida por la conservacion de las disposiciones de ánimo traidas por aquella venturosa mudanza. Es necesario, dice ella, adorar á Dios en los templos, como que son su morada predilecta; se han de observar las prácticas esteriores prescritas por la tradicion ó por la autoridad de los pastores legítimos; es necesario asistir á las augustas ceremonias donde se nos recuerdan los misterios de nuestra redencion, donde se eleva al cielo humilde plegaria, poniéndonos á la vista la altura de nuestro destino, no dejándonos olvidar el fin para que fuimos creados; pero añade la Iglesia, que todo esto será estéril para nuestras almas, será vano á los ojos de Dios, si no le adoramos en espíritu y en verdad, si no le ofrecemos un corazon contrito y humillado, si no hacemos frutos dignos de penitencia, y si purificados con la sangre del Cordero, y nacidos á una vida nueva con las aguas regeneradoras de su bautismo, no procuramos conformarnos á él, absteniéndonos de todo mal, y caminando en presencia del Señor con espíritu recto y puro, y con intencion sencilla y santa.

Así procura la Iglesia que las prácticas del culto vayan acompañadas del ejercicio de una sólida virtud, y que no se puedan aplicar al pueblo cristiano aquellas palabras: "Este pueblo me adora con los lábios; pero su corazon está lejos de mí." No es esto decir que consiga del todo su objeto; pero sí que tal es su intento, que este es el blanco á que se encamina, guiada por el Espíritu divino. La humana flaqueza inutiliza á menudo esos esfuerzos, la malicia los contraría; pero esta es la condicion del hombre, y mientras vivimos sobre la tierra, vano es que soñemos un *optimismo.* donde no se vea nada malo: la mezcla del bien y del mal es una ley del universo, desde que caido el humano linage de su primitivo estado, está sujeto á un terrible castigo. Ademas, que no se ha de atender precisamente al mal que ecsiste, sino al que se evita; consideracion poderosa, que no se debe perder de vista nunca cuando se quiere hacer justicia á una institucion en vista de sus efectos. No hay institucion sobre la tierra que pueda resistir al ecsámen, si se admite como valedero el siguiente raciocinio: "Es mala, porque deja males en pié:" nada hay mas inconsistente, nada mas sofístico; porque ó es preciso cambiar la naturaleza del hombre, ó resignarse á presenciar males donde quiera que se le encuentre, sea cual fuere la insti-

tucion bajo la cual viva. Lo repetimos, este argumento nada prueba contra la Iglesia católica; solo recuerda la cuestion filosófica sobre el orígen y la ecsistencia del mal; cuestion que solo puede resolverse cumplidamente con el dogma católico de la prevaricacion del primer padre, y de la degeneracion de su descendencia.

La Iglesia católica ha conocido profundamente el corazon humano, teniendo por regla de su conducta el insistir sin descanso sobre la práctica de la virtud, el inculcar constantemente los principios de la sana moral, no contentándose con una enseñanza estéril, sino procurando que aplicada la doctrina á todos los actos, se realizase en la vida del cristiano. La religion pagana no tenia ni cátedras donde se enseñase la moral, ni medios prácticos para hacerla poner en planta; y limitándose á una que otra mácsima saludable, á uno que otro ejemplo personificado en alguna de sus divinidades, dejaba al hombre abandonado á sí mismo. De donde resultaba, que tan pronto como las sociedades perdian la primitiva sencillez de costumbres, natural patrimonio de su infancia, y comenzaban las pasiones á sentirse estimuladas por efecto de los mismos progresos de la cultura, cundia desde luego la mas desenfrenada corrupcion, cayendo al fin los pueblos en aquel estado abyecto y degradante en que vemos á los romanos de los primeros tiempos del imperio, y aun de los últimos de la república. No le basta al hombre conocer los principios de la sana moral, sino que necesita oirlos incesantemente predicados, repetidos, inculcados; porque lo que nos falta no es principalmente la noticia de ellos, sino un sentimiento vivo, fuerte, de la conveniencia y necesidad de ponerlos en práctica; una voluntad firme, decidida, bastante á superar todos los obstáculos que nos ofrezcan nuestras inclinaciones depravadas, bastante á confortar y sostener el espíritu cuando desfallece y cae, en vista de la obstinada lucha á que se halla precisado al empeñarse en caminar por el sendero de la virtud. Por esto es de la mayor importancia, es hasta indispensable, si se quiere obrar eficazmente sobre el ánimo del hombre, el recordarle sus deberes en todos tiempos, á todas horas, no distinguiendo ni edades, ni secsos ni condiciones; sin miramientos á las posiciones sociales mas elevadas, sin condescender con las ecsigencias de hábitos arraigados, sin plegarse á los hipócritas raciocinios de una moral acomodaticia; sino proclamar la moral en alta voz, aguzando de esta suerte los remordimientos; y ya que no sea posible estirpar el vicio, al menos no dejarle que prescriba. Esta es la línea de conducta de que no se apartó jamas la Iglesia católica en los diez y ocho siglos que cuenta de duracion; esta es la regla de que no se desviará nunca hasta la consumacion de los tiempos: por-

que así se lo tiene ordenado su divino Fundador, porque tiene prometidos, ademas, el valor y aliento necesarios para hacer frente á todas las dificultades y peligros que acarrearle pueda el cumplimiento de su instituto. En vano ni aun en las épocas mas calamitosas ni en las circunstancias mas críticas se le ha pedido que aflojase algun tanto en la severidad de su moral, procurando acomodarla á las pasiones é intereses del mundo: este ó aquel individuo han podido hacerlo; la Iglesia no. Y no es que olvidándose de aquella misericordiosa indulgencia de que le dió sublime ejemplo Jesucristo en la manera dulce y apacible con que trataba á los pecadores, haya caido en aquel rigorismo destemplado, que no atendiendo á la humana miseria, pretende abrumar á los fieles con ecsigencias desmesuradas, y que haciéndoles poco menos que imposible el perdon de los pecados é inaccesible el camino de una penitencia purificadora, los lanza en un abismo de desesperacion; muy al contrario, la Iglesia desecha, reprueba este rigor farisaico, porque recuerda aquellas consoladoras palabras del divino Maestro: "Venid á mí los que estais afligidos y agobiados, y yo os aliviaré; tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon, y encontrareis el reposo para vuestras almas; pues que mi yugo es suave y mi carga ligera." Sosteniendo con la firmeza acostumbrada el dogma de la facultad que en ella reside de perdonar todos los pecados, por graves, por horribles que sean, ha puesto constantemente en práctica la enseñanza y ejemplo del divino Fundador, manteniéndose con los brazos abiertos para recibir en nombre del Padre celestial, al hijo pródigo que, cansado al fin de sus estravíos y dilapidaciones, entra en sí, y se resuelve á implorar misericordia buscando de nuevo con humildad y confianza el techo de la casa paterna.

Los que tanto declaman contra la relajacion de la disciplina, contra la indulgencia dispensada por la Iglesia á la flaqueza humana, deberian distinguir entre las doctrinas de este ó aquel escritor católico, y las doctrinas de la Iglesia. Sabida es la muchedumbre de proposiciones que por su laxitud han sido condenadas por los Sumos Pontífices; y que si bien se ha procedido en esta materia con el debido pulso para no envolver en la censura opiniones que mas ó menos fundadas, no estaban, sin embargo, en contradiccion con la moral cristiana, no por esto puede decirse que se haya permitido la circulacion de ninguna que tuviese este carácter; aun cuando ó por la forma en que venia espresada, ó por la naturaleza del objeto, ó por otra causa, no fuera posible anatematizarla como herética.

Los mismos que están suspirando sin cesar por el restablecimien-

to de todo lo antiguo, y que al parecer hasta echan menos la penitencia pública y la estricta aplicacion de la severidad canónica de los primeros siglos, serian, á no dudarlo, los que acusarian altamente de inconsiderada y temeraria la conducta de la Iglesia, si se arrojase á seguir los insidiosos consejos que le están dando; fueran los primeros que le echarian en cara el olvido del ***espíritu de la época***, su falta de tino, su ciega tenacidad en luchar demasiado de frente con las ideas y las costumbres. Esa táctica en la actualidad ya puede engañar á muy pocos hombres de buena fé; nadie desconoce que estas declamaciones eran, como si dijéramos, un arma de oposicion; y así no es estraño que en mostrándose la Iglesia justa, se la llame opresora, y que en propendiendo á la indulgencia, se la apellide relajada y connivente. La Iglesia no confundió jamas la indulgencia dispensada al culpable, con la indulgencia por la culpa: teniendo en cuenta que no nos es posible llevar vida de ángeles mientras andamos por esta tierra de peregrinacion, y vestidos de una carne que está en contradiccion y lucha perenne contra el espíritu, no deja por esto de amonestarnos de continuo, que por el mismo hecho de ser cristianos, renunciamos al diablo y á sus pompas y obras, y que trasladados por la gracia de Jesucristo á una nueva vida, quedamos obligados á conservar el *hombre nuevo*, que cometemos una negra ingratitud revistiéndonos otra vez del *hombre viejo;* y que por fin, habiéndosenos hecho participantes de la naturaleza divina, debemos recordar nuestra dignidad, no volviendo á la primitiva vileza con una conducta indigna del nombre cristiano.

De esta suerte están sin cesar los fieles pendientes de los labios del sacerdote, y éste se muestra digno representante del Señor que le ha enviado, ensalzando las bellezas de la virtud, pintando el vicio con los negros colores que le son propios, y amenazando al impenitente con la justicia de un Dios vengador. A este elevado fin se consagra principalmente la *predicacion* de la divina palabra, hecha sin cesar en todos los puntos del orbe católico. Institucion hermosa, altamente saludable, necesaria para perpetuar entre los hombres la práctica de la virtud, con el vivo recuerdo de una sana moral, institucion propia del cristianismo, desconocida de toda la antigüedad, y que si se ha puesto en planta fuera de la Iglesia, ha sido imitando el ejemplo que ella antes que nadie habia ofrecido.

Estamos tan acostumbrados á ver en torno de nosotros los prodigios del cristianismo, y nos hemos connaturalizado de tal suerte á las prácticas por él establecidas, que apenas reparamos en el alto mérito que encierran, y en los inmensos efectos que producen. Si Sócrates, si Platon, si Ciceron, si Séneca, si Epicteto y demas fi-

lósofos de la antigüedad, aficionados á la moral, se levantaran de sus sepulcros y recorriesen un pais cristiano, no volverian de su sorpresa y asombro á la vista del espectáculo que se presentaria á su vista. Si se los introdujera en alguna de nuestras magníficas catedrales, donde oradores elocuentes desenvuelven con maestría las mácsimas evangélicas, haciendo de ellas innumerables aplicaciones á todos los actos de la vida humana, donde un numeroso auditorio escucha atento y conmovido las palabras del ministro de Dios, que descienden de la cátedra del Espíritu Santo, ora como raudales de benéfica lluvia sobre una tierra agostada, ora como rayos del Eterno que se complace en amedrentar el mundo para apartarle del camino de la maldad, llenáranse de admiracion al ver cuál se derraman sobre todo un pueblo, sin distincion de edades, secsos, condiciones ni clases, principios que ellos tuvieran allá reservados cual recónditos secretos, cual inefables arcanos, accesibles únicamente á un reducido número de sábios. Avergonzáranse de su filosofia, al ver que lo que ellos se imaginaran tocar á los últimos confines de la sabiduría humana, se hallaba escedido, eclipsado por el raudal de mácsimas sublimes que salen de la boca de aquel hombre, y de quien conocieran desde luego que no las ha bebido en ninguna de sus escuelas. ¿Y cuál no fuera su pasmo si se les añadiese que la escena que acaban de presenciar, nada tiene de desusado ni estraordinario, que se la repite á un mismo tiempo en muchos puntos de una misma ciudad, y en todas las regiones del globo; si se les dijese que desde la poblacion mas opulenta hasta la aldea mas miserable, están distribuidos hombres encargados de llenar el mismo objeto, obligados estrictamente por su instituto á repetir á los pueblos aquellas altas lecciones; si se les advirtiese que á mas de esto, circulan, así entre las clases ricas como entre las pobres, entre los sábios como entre los ignorantes, una muchedumbre de libros, donde en variados estilos, en distintas formas, en todas las lenguas, encontrarán esplicadas y desenvueltas de mil maneras aquellas mismas mácsimas que acaban de oir de la boca del orador sagrado? Llorarian, llorarian sin duda de enternecimiento, si se les condujera á una de esas aldeas retiradas, pobres, donde se albergan un escaso número de infelices que alcanzan apenas á ganar con el sudor de su rostro, el alimento de sus familias, y los groseros trages con que se cubren, y se los introdujese un domingo en la pequeña iglesia, donde un hombre revestido con los hábitos sacerdotales, en pié, junto al ara del sacrificio, está esplicando á los sencillos feligreses, un punto del Evangelio, algun pasage de la vida de Jesucristo, ó algun trozo de sus sermones, y deduciendo en seguida mil y mil re-

glas de conducta á que debe acomodarse la vida del cristiano, y reprendiendo los vicios que contra ellas se han tal vez introducido, y señalando los remedios de que pueden echar mano para curarse los que adolezcan de aquellas enfermedades del alma. Confesarian, á no dudarlo, que su ciencia era vana, que en sus escuelas se malgastaba inútilmente el tiempo; que ven realizado lo que ellos ni siquiera habian concebido como posible; esclamarian que sin duda ha bajado del cielo algun Dios para enseñar esas cosas á los hombres; que sin duda él les ha dado la pauta que debian seguir para perpetuar por los siglos de los siglos tan sublime doctrina; dirian que á tanto no podia llegar *el pensamiento del mortal, y que una organizacion* semejante donde se hallan establecidas por todo el universo, abiertas para todas las clases de la sociedad, cátedras de tan elevada filosofía, solo puede haber dimanado de un Dios, que compadecido de las tinieblas en que yacia el mundo, habrá querido ilustrarle, renovando de esta manera la faz de la tierra.

Apelamos al juicio de todos los hombres pensadores, de cuantos saben apreciar el verdadero mérito de las cosas, sin que sea menester el verlas acompañadas de novedad; á ellos apelamos para que nos digan si careciera de motivo la admiracion de esos filósofos. La influencia de esas instituciones es mas difícil de ser apreciada debidamente, por razon de que se ejerce en derechura sobre el entendimiento y la voluntad; y así afectando lo que hay de mas íntimo en el hombre, y no produciendo sus resultados en lo esterior, sino á medida que va ofreciéndose la ocasion oportuna, no mete en el mundo gran ruido, aun cuando sea causa de las mudanzas mas trascendentales y profundas. Su accion es lenta, pero segura; sus efectos *por ser ú ocultos ó poco ruidosos,* no dejan de tener inmensa importancia. Comparad el mundo moderno con el antiguo, ved la incalculable distancia que los separa, y decid si el cristianismo obrando lenta y continuamente sobre la sociedad, no ha destruido mayor suma de males y producido mas bienes, que no otras causas tanto mas ineficaces cuanto mas estrepitosas. El hombre que oyendo un sermon concibe un buen pensamiento, quizás no le comunica á nadie, quizás le encierra en el fondo de su alma, sin que ni sus personas mas allegadas puedan conjeturar que las palabras del sacerdote han penetrado hasta lo íntimo de ella, como un rayo de luz celestial, como una inspiracion milagrosa. Pero de esa luz, de esa inspiracion, brotan tal vez firmes propósitos para enmendar una conducta desarreglada, para restituir la felicidad y el sosiego á una esposa, á una familia; tal vez aquella luz disipa en un instante un proyecto criminal, que iba á producir desastrosas consecuencias; tal

vez aquella inspiracion hace nacer en el espíritu saludables resoluciones, que formarán un hombre recto, útil para sí y para los demas, del mismo que sin esto habria sido ó un zángano en la sociedad, ó un corruptor de las costumbres públicas. ¿Y cuánto y cuánto no se podria decir de semejante si atendiésemos á la diferencia de secsos, edades y condiciones? ¿Cuánto no nos enseñaria sobre esto la historia, y nos mostraria la esperiencia, y nos haria conjeturar el mismo curso regular de las cosas!

El esplendor y magnificencia del culto católico, es otra de las causas que poderosamente contribuyen al aumento de la autoridad del clero, y de su ascendiente sobre el ánimo de los fieles, haciendo sensible la religion de tal suerte, que sus mas altos misterios se ofrezcan como de bulto aun á los espíritus mas limitados. Mucho se ha declamado contra la pompa desplegada en los templos católicos, achacándole que encerraba gran parte de lujosa ostentacion, y diciendo que no eran estas esterioridades lo que de los hombres reclama un Dios, cuya vista penetra los corazones y lee los mas recónditos secretos de nuestra alma. Vanas puerilidades en que pudo entretenerse la filosofia del pasado siglo, que prevenida contra todo lo concerniente á la religion católica, condenaba sin apelacion todas las creencias, todas las ceremonias, todas las prácticas, seguidas por espacio de diez y ocho siglos; puerilidades que deben estar ya juzgadas por todos los hombres que hayan meditado algun tanto sobre nuestra naturaleza y sobre el objeto que la religion se propone. Es innato en el hombre el manifestar en lo esterior sus pensamientos y afectos: esta sencilla consideracion basta para legitimar el culto esterno; y si á esto añadimos que dicha manifestacion es naturalmente proporcionada á la intensidad y viveza con que pensamos y sentimos, resulta bien claro que siendo las ideas y sentimientos religiosos los que mas fuertemente impresionan nuestro espíritu, y embargan y absorven todas sus facultades, los actos que revelan en lo esterior lo que pasa en nuestra alma con respecto á los altos objetos de la religion, deben distinguirse de los demas y elevarse sobre ellos, cuanto se eleva sobre lo pegado á la tierra lo que se encamina con derechura al cielo.

Todos los pueblos de la tierra han estado acordes en este punto, y ninguno vereis donde los monumentos religiosos no se hagan notar por el grandor y la magnificencia, proporcionalmente, empero, á los recursos y cultura de las naciones que los levantaran. Por manera, que desplegando la Iglesia católica ese esplendor que su culto distingue, no ha hecho mas que realizar de una manera mas grandiosa una idea, un instinto que mas ó menos desenvueltos,

abrigó siempre el humano linage: á saber, que lo que se consagra á Dios, *debe ser digno de servir de ofrenda al Señor del universo.*

El culto de las imágenes y de los santos, que tan bellamente eslabona el espíritu con la materia, y que condescendiendo con nuestra flaqueza, levanta nuestra alma hasta el cielo en las alas de la imaginacion, es tambien uno de los caractéres distintivos del culto católico, y que hace sensible, por decirlo así, la providencia de Dios en todas partes, ofreciéndonos á cada paso un intercesor, que libre ya de las miserias de la tierra, rogará por nosotros con oracion tanto mas fervorosa, cuanto hubo tambien un tiempo en que vestido de carne mortal, padeció en este valle de lágrimas los mismos males, los mismos trabajos, las mismas aflicciones, para cuyo remedio estamos implorando su poderoso valimiento.

¿A cuántas reflecsiones, á cuántas pláticas, á cuántos libros no equivale la vista de un Crucifijo? ¿Quién es capaz de calcular las dulces emociones que produce una Virgen con el Niño en los brazos, ó la religiosa melancolía que causa en el ánimo María al pié de la Cruz? Tantos pasages de la Sagrada Escritura, de la tradicion, de las vidas de los santos que cubren las paredes y los altares de nuestros templos, no son, por cierto, estériles para el bien de las almas; y así como la inspiracion del genio inflamó el ánimo de los artistas cristianos, para producir esas maravillas que honran el espíritu humano, y son la mas elocuente apología de la belleza y sublimidad del cristianismo, así el Señor, valiéndose de las criaturas para sus altos designios, se sirve de aquellas estátuas, de aquellos cuadros, para hacer bajar sobre el alma pensamientos que la reconcentren en si misma, que la abstraigan de las cosas criadas, levantándola hácia el cielo, donde está su origen y su fin.

Háblase tal vez de lo que es el pueblo católico, de sus estravíos, de sus flaquezas, de su olvido de la religion, á pesar de tantos signos, de tantos objetos esteriores como se la están presentando sin cesar á todos los sentidos; pero ahora se ve lo que es el pueblo con esto, pero no lo que fuera sin esto: ahora se ve que no obstante los continuos recuerdos que le están amonestando de su destino y de los medios que debe emplear para alcanzarle, vive distraido, quizás vicioso y relajado; pero no se ve que faltando estos recuerdos se borraria enteramente de su memoria la religion, ó no le quedaria mas que una idea vaga, confusa, que no estendiera su influencia sobre el corazon, y mucho menos sobre los actos de la vida. Dejadle, pues, al fiel que asista á las augustas ceremonias de la Iglesia, y que contemple allí representados al vivo los arcanos y los hechos que forman el objeto de sus creencias: dejadle que se postre ante

una imágen implorando el socorro del cielo, ó rindiéndole gracias por algun beneficio: dejadle que busque al sacerdote, y que lleno de fé y de confianza le entregue el *Exvoto* que recuerda el ausilio recibido en algun grande infortunio, ó el cirio misterioso que ha de arder sobre un altar durante alguna crísis terrible; dejadle que ofrezca á una imágen de la Vírgen ó de algun santo tutelar, el precioso vestido, ofrenda de fé, de amor y de agradecimiento; dejad que así derrame con tierna espansion los sentimientos del alma en actos tan sencillos como inocentes; si no comprendeis lo que en semejantes casos esperimentan los corazones religiosos, si no sabeis los grados que añaden á una santa alegría y el bálsamo que vierten sobre un pecho desconsolado, confesad al menos que hay aquí algo de bello y de sublime, y que la religion católica abunda en inefables armonías con los mas delicados afectos de nuestro corazon.

Los sacramentos, y particularmente el de la penitencia. Desearíamos que los límites de un artículo nos permitieran espaciarnos en desenvolver este punto cual su importancia merece, señalando los innumerables conductos de íntima comunicacion que se abren entre el sacerdote católico y el fiel, por medio de estos augustos símbolos en que Dios ha querido vincular los tesoros de su gracia. El bautismo, purificando de la mancha original al niño recien nacido, nos presenta al sacerdote como un ángel tutelar que rescata del poder del infierno aquella débil criatura, y la devuelve á una familia alborozada por la indecible felicidad que acaba de esperimentar; la confirmacion nos ofrece al obispo imprimiendo al bautizado el sello de los soldados de Jesucristo, para que le sirva de signo confortador en los combates que se verá precisado á sostener contra el mundo, el demonio y la carne; en la sagrada comunion hallariamos la impresion indeleble que deja en el alma el acto de acercarse á la augusta mesa, sobre todo, si es por la primera vez; y así en todos los demas sacramentos descubririamos poderosos motivos para obrar sobre el alma de una manera eficaz, aun dejando aparte los superiores efectos que en ella producen por solo el misterioso enlace con que Dios se ha complacido en vincular con su inefable gracia aquellas augustas ceremonias; veriamos que el sacerdote toma en brazos al hombre desde que abre los ojos á la luz, y no le deja de su mano hasta que exhala el último suspiro, hasta que reposa en la tumba. Recorriendo los santos usos, las venerables prácticas que á semejantes actos acompañan, notariamos por do quiera suaves y poderosos resortes obrando sobre el corazon del fiel, y ligándole íntimamente con el ministro del santuario, á quien confiara Dios la distribucion de sus gracias; y cada uno de los siete sacramentos que

conserva la Iglesia como sellos misteriosos de que la hiciera el Señor depositaria, podria darnos ocasion á estensas y gravísimas consideraciones. Pero toda vez que nos vemos obligados á circunscribirnos á estrechos límites, pasaremos por alto lo mucho que sobre esto se podria decir, contentándonos con pararnos algunos momentos en el sacramento de la penitencia.

Mal comprende, así el corazon del hombre como la religion, quien señala poca importancia á los efectos de dicho sacramento; hasta humananamente hablando, y dejando aparte lo que sobre el mismo nos enseña nuestra augusta creencia.

Es el sacerdote en la administracion del sacramento de la penitencia, médico y doctor á mas de juez; hermosa distincion que hacen los teólogos, y muy fundada en la naturaleza misma de los objetos á que se la aplica. Las dolencias del alma no son menos tenaces y de dificil curacion que las del cuerpo; y así como éstas han menester un médico conocedor de las causas de que dimanan y de los remedios que deben aplicárseles, así aquellas lo necesitan tambien. Si el arte que se ocupa del cuerpo está sujeto á innumerables dificultades, que el doliente, entregado á sí mismo, no es capaz de superar, se verifica lo propio con respecto al alma. Es complicada la composicion de nuestro cuerpo, y dificil analizar y clasificar cual conviene las partes que le forman; pero no presenta un conjunto menos inesplicable el espíritu humano, habiéndose tenido siempre por un timbre de alta sabiduría el profundo conocimiento de los resortes que hacen obrar nuestro corazon. Este arte admirable es el que se practica de continuo en la administracion del indicado sacramento: y por cierto que los filósofos que tanto peso atribuyen á las ciencias que tienen por objeto el hombre, debieran señalar alguna mayor importancia á una institucion en que millares de individuos se ocupan muchas horas al dia, no solo en la parte teórica, sino tambien en la práctica de dicho conocimiento.

En los autores que tratan de moral, y á veces bajo un estilo muy sencillo y lenguaje no muy correcto, se hallan, no obstante, un caudal de observaciones sobre los actos humanos, sobre los principios de que dimanan, las circunstancias que los rodean, los fines á que se encaminan y los efectos que producen, que su estudio bien dirigido y aprovechado puede servir sobremanera para adelantar en la interesante ciencia del hombre. No se hallan, es verdad, en ellos, ni pretensiones filosóficas, ni estilo florido, ni salidas agudas, ni reflecsiones picantes; nada, en una palabra, de lo que apellidarse suele ingenio, y que ordinariamente envuelve tanto vacío como oropel; pero en cambio encierran sus libros mácsimas sólidas, reglas fijas,

á las que uno puede atenerse no sólo para ordeñar la propia conducta, sino tambien la de los otros; indican señales infalibles que revelan la disposicion de los ánimos, y de las que puede un hombre entendido valerse mucho aun en los negocios del mundo; medios eficaces para vencer las pasiones mas obstinadas, desarraigar hábitos inveterados, precaverse contra los amaños mas encubiertos: en breve, contienen un código de moral y de política, de que puede servirse con gran provecho así el particular como el hombre público.

Pero donde se deja sentir el influjo saludable del sacramento de la penitencia, es en lo concerniente á aquellas situaciones apuradas, en que angustiado el espíritu necesita un consuelo con tanta urgencia como el cuerpo su alimento, como el viviente la respiracion. Casos hay en que ó por desgracias imprevistas ó esperanzas fallidas, ó agudos remordimientos, se encuentra sumida el alma en la mas profunda desesperacion. Para ella el sol está despojado de sus rayos, el firmamento cubierto de luto, la faz de la tierra mústia y agostada; todo es negro en torno de ella, triste lo presente, triste el porvenir, sin una gota de consuelo, sin un rayo de esperanza; la vida se hace pesada, un tedio indecible se esparce sobre todos sus actos, y no pudiendo el hombre sobrellevar la ecsistencia, da cabida en su mente á un pensamiento terrible. Suponed que quien de tal suerte se halla angustiado, tiene fé, y que no ha olvidado enteramente las prácticas de la religion: en el tribunal de la penitencia encontrará con la absolucion de sus culpas un lenitivo, ya que no un remedio á sus males. Pero suponed que la lectura de libros impíos haya comunicado al infeliz la incredulidad ó el escepticismo; ¿quién detiene su mano? ¿quién le persuade que no atente contra su propia ecsistencia? ¿qué es lo que le liga á la tierra? ¿qué es lo que puede temer para mas allá del sepulcro? Hubo un tiempo en que el jóven disipado, el padre de familia distraido, la doncella frágil, guardaban en sus corazones la fé, aun en medio de sus estravíos; semejantes al dilapidador que malgasta toda su hacienda, pero teniendo la precaucion de conservar escondido un precioso diamante, cuyo inestimable valor le sacará en último apuro de todos sus agobios. Perdia el jóven su salud, su reputacion, el aprecio de sus padres, la esperanza de adelantar en su carrera; el hombre de costumbres desordenadas habia reducido á la miseria y al último abatimiento á su esposa é hijos, y se habia convertido en objeto de ódio ó desprecio de sus amigos y conocidos; la doncella se encontraba en la última amargura, víctima de la seduccion y cubierta de ignominia; pero ecsistia aún un templo, y allí habia un sacerdote, y este sacerdote tenia mil consuelos que prodigar; y el desgraciado

que conservaba la fé, se dirigia á él, y le contaba sus penas y desahogaba su pecho afligido, y cuando se creia solo en el mundo, encontraba todavía unos brazos abiertos que pronunciaban sobre él la palabra *perdon*, que le sugerian recursos para atenuar sus penas que, finalmente, compartian sus angustias con la ternura de un padre. Entonces el pensamiento terrible se habia desvanecido del espíritu, se conservaba apenas un recuerdo de él, como de un sueño infernal en una noche aciaga; y el desgraciado suspiraba con mas desahogo, y sus lágrimas corrian con suavidad; y con la confianza de estar perdonado en el cielo, se resignaba á pasar sobre la tierra los dias malos que él propio se habia preparado. Ahora comienza á faltar para algunas almas este poderoso remedio; y ¡horror causa el decirlo! vienen á cada instante afligiéndonos noticias de suicidios. Unos perecen con el veneno, otros con el dogal; estos se precipitan de una eminencia, aquellos se sumergen en las olas; quién se abrasa las sienes con arma de fuego, quien se ahoga con el humo del carbon; siendo de notar que muchos de los que en este número figuran, son jóvenes de pocos años, hasta niños y niñas de muy tierna edad, en la primavera de la vida, al asomar las pasiones, cuando al parecer tienen apenas tiempo para haber perdido la inocencia. ¡Oh! esto es horrible, es la mas elocuente protesta contra las doctrinas incrédulas que no poco se empeñan todavía en difundir; es la mas cumplida vindicacion de la moral y de las prácticas religiosas; es la contestacion mas cabal que darse pueda á los que se obstinan en burlarse de todo lo que ellos apellidan antiguo, en tratar á nuestros antepasados cual si hubieran vivido en la clase de ilotas.

Pero concluyamos reasumiendo lo dicho. Hallamos la influencia religiosa en todos los tiempos, en todos los paises, bajo todas las formas sociales, en todas las faces del desarrollo de los pueblos; pero notamos que la religion católica se distingue de una manera muy particular aventajando á todas las otras, no solo en alcanzar mayor grado de esta influencia, sino tambien en adquirirla mas sólida y duradera; analizadas las causas de dicho fenómeno, las hemos encontrado en la esencia misma de esta religion. Es falso por consiguiente el que se deba á intrigas ni á designios particulares el ascendiente que el Catolicismo disfruta sobre el ánimo de los pueblos, pues que son tantos los manantiales de donde dimana dicho ascendiente, que no es menester buscarlos en causas heterogéneas, las que ademas son de un órden circunscrito en demasía, para que puedan producir efectos tan generales y permanentes.

Tan lejos está el clero católico de deber su ascendiente á intrigas mezquinas como le achacan sus enemigos, que antes bien puede

asegurarse que le tendrá tanto mayor, cuanto menos echa mano de ellas. Lo que necesita este clero para ejercerle grande, poderoso, irresistible, es la rigorosa práctica de las mácsimas evangélicas, aplicacion para sí y para los demas de las reglas que le han dado los Santos Padres, los cánones de los concilios, las instrucciones y decisiones de los sumos pontífices: esto necesita y nada mas; y puede vivir seguro de que no desviándose de dicha línea, su influencia crecerá cada dia, y se estenderá, mas ó menos directamente, hasta á los negocios temporales.

La ciencia, no solo en lo tocante á la religion, sino tambien en lo perteneciente á los demas ramos del humano saber, figura como uno de los poderosos medios que han de realzar el prestigio y la influencia del clero. No cabe pensamiento mas astuto, mas maligno, que el privarle de la instruccion, que el procurar alejarle de aquellos lugares donde podria adquirir nuevos conocimientos y manifestar los adquiridos. Esto fuera peor para la Iglesia que las persecuciones de los tiranos; porque éstas, si vierten sangre inocente, ciñen al menos á la víctima una aureola radiante; matan el cuerpo, pero ennoblecen el espíritu, dándole en el cielo la bienaventuranza y grangeándole en la tierra el honor y la admiracion de los hombres. Cuando Juliano Apóstata se habia empeñado en cerrar á los cristianos las escuelas, les hacia guerra mas cruel que los Nerones y los Decios; y en los últimos siglos, coartando los protestantes ingleses la instruccion de los católicos, poniéndolos en la impía alternativa de abjurar la fé, ó de marcharse á estudiar en pais estrangero, causaban no menor daño á la causa del Catolicismo que las crueldades de Enrique VIII é Isabel.

Estas son verdades que no pierden de vista los enemigos de la Iglesia, y que por lo mismo no deben olvidarlas los católicos; recordamos que para los padres de los primeros siglos no habia una materia en que no pudieran entrar en palestra para dar *razon de su fé*; que en los siglos siguientes se encontró en el clero secular y regular todo el saber que pudo librarse de la irrupcion de los bárbaros; y que por fin, en tiempos mas cercanos vemos que figuran en primera línea los eclesiásticos, no solo en el renacimiento de las ciencias y de las letras, sino tambien en épocas muy posteriores, cuando el espíritu humano habia tomado ya toda la altura de su vuelo. El oro, las riquezas y cuanto se apellida material y positivo, tiene, es verdad, un fuerte ascendiente en los corrompidos tiempos que alcanzamos; pero menester es confesar que la inteligencia no ha abdicado su imperio, que no ha descendido del elevado puesto que le corresponde, cediendo villanamente su lugar á los goces sensuales: conserva to-

davía sus honores, lucha generosamente contra la materia que pretende arrebatárselos; recuerda sus títulos antiguos y sus títulos presentes para merecer la gratitud, el aprecio, el respeto del género humano, y sobre todo, demanda tambien su parte en la resolucion de los grandes problemas que se columbran en el porvenir.

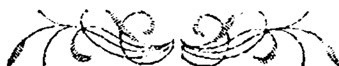
La Iglesia no ha olvidado nunca estas verdades, ni se ha mostrado descuidada en ponerlas en planta: y así, al propio tiempo que en épocas difíciles se esforzara en restablecer la disciplina, corrigiendo y purificando las costumbres del clero, procuraba que se ocupase con ahinco en el estudio de las ciencias, para que los hijos de Dios no fueran menos prudentes que los hijos de este siglo. Esforcémonos por nuestra parte en llenar sus altas miras, y no dudemos que tarde ó temprano el mundo hace justicia á la bella y sublime reunion del sacerdocio, de la virtud y de la ciencia.

La religion católica encierra, como hemos visto, tantos medios de influir eficazmente sobre el ánimo de los que la siguen, que es bien estraño que se haya buscado en todas partes, menos en ella, el orígen del poderoso influjo que han ejercido sus ministros. Se habla con énfasis de la ignorancia de los pueblos, y no se advierte que esta religion ha sido muy influyente, no solo en las épocas de ignorancia, sino tambien en las de ciencia; se recuerda la confusion introducida por los bárbaros y la facilidad con que entonces podia el mas diestro ó astuto apoderarse de la preponderancia; y no se repara en que no eran épocas de confusion las de los emperadores cristianos; ni lo fueron los reinados de los monarcas europeos: se ponderan las ricas propiedades de que ha disfrutado ese clero, y se las señala como una de las causas que mas acrecentaron su valimiento, sin advertir que con la pérdida de estas propiedad no ha estado ciertamente en proporcion el descaecimiento de esta influencia; y sobre todo, no se ha querido tener presente una observacion que salta á la vista, cual es, que el clero católico no nació rico, que para adquirir riquezas era necesario que fuera influyente, y que por tanto, la influencia precedió á la riqueza.

No negamos el concurso de algunas de estas causas; pero decimos que no fueron las únicas, y mucho menos las principales; sostenemos que sin ellas hubiera ejercido tambien poderosa influencia el clero católico. Esta dimana de la misma naturaleza de la religion; está radicada en sus entrañas, y cuanto se considere fuera del círculo religioso, debe ser mirado para dicho efecto, como cosa no del todo necesaria. Despues de la virtud, ponemos en primera línea el saber; y si algo hay que estimemos muy importante, ademas de lo puramente religioso, es sin duda el que el clero pueda alternar con las

demas clases en todo linage de conocimientos, si no con ventaja, al menos sin desaire. No rechazamos, pues, el apoyo de la ciencia, antes bien lo deseamos ardientemente: cuando decimos que la religion no ha menester el ausilio del mundo, no intentamos que deba vivir separada de la luz, ella que descendió del seno de la misma luz.

Pero esto en nada se opone á lo que llevamos establecido sobre su fuerza intrínseca, sobre su vida propia: esto no destruye lo que hemos asentado de que ella de suyo entraña todo lo necesario para grangear á sus ministros la debida autoridad, y levantarlos al alto rango que les pertenece como enviados del Señor. El divino Fundador de la Iglesia no escogió lo que era fuerte en el mundo para la propagacion de su divina enseñanza; plúgole escoger lo débil para confundir lo fuerte, valiéndose de la ignorancia para humillar la ciencia, de la pobreza para abatir el orgullo del rico; y proponiéndose cambiar la faz del mundo, encomendó la gigantesca empresa á doce hombres, sencillos, rudos, sacados de las ínfimas clases del pueblo. A pesar de las cavilaciones de los filósofos, de la resistencia de las pasiones, de los esfuerzos de los poderosos, de la obstinacion de los sacerdotes idólatras, del tenaz empeño de los príncipes, y de los aunados recursos de infierno, la religion se estendió, se arraigó, echó por tierra los altares de los ídolos, derribó sus templos, se apoderó de las escuelas, cautivó el ánimo de los sábios, triunfó de las pasiones, corrigió las costumbres, y no paró hasta sentarse en el trono de los Césares, haciendo que la enseña de salud flotase en el Lábaro de los emperadores que por espacio de tres siglos habian entregado á los tormentos y á la muerte innumerables cristianos. Lo que era entonces, lo es hoy, y lo será mañana, y continuará así hasta la consumacion de los siglos. El cielo y la tierra pasarán; pero mis palabras no, dijo el Divino Maestro; y sus profecías se han cumplido, y cuantos proyectos, cuantos planes se han trazado para sacarlas fallidas, todos han servido á manifestar con cuánta verdad dijo el sagrado testo: que los pensamientos del mortal son vacilantes, y que sus providencias son inciertas.



IMPUGNACION

DE UN ARTICULO DEL CONSERVADOR

TITULADO:

ESPAÑOLES-AMERICANOS.

Tomamos la pluma para rebatir un artículo de uno de los periódicos mas acreditados de la corte; y escusado es advertir que lo hacemos con alguna repugnancia. El público ha podido conocer que no somos amigos de entrar en polémica con ninguna clase de periódicos, pues que en la temporada que lleva la publicacion de nuestra *Revista*, todavía no hemos trabado ni la mas insignificante disputa, á pesar de que no esquivamos el tratar algunas cuestiones de la mas alta importancia. Sin embargo, y á pesar de que seguimos esta conducta por inclinacion y por principios, y no obstante el respeto que nos merece un periódico como *El Conservador*, en cuya portada leemos cuatro nombres tan distinguidos como son los de sus redactores, apenas hemos acabado de leer el artículo titulado *Españoles-Americanos*, que se halla en el núm. 11 del espresado periódico, correspondiente al dia 21 de Noviembre de 1841, nos ha asaltado un irresistible deseo de impugnar las opiniones allí emitidas, manifestando las equivocaciones en que, á nuestro juicio, ha incurrido su autor. Estamos seguros, abrigamos la mas profunda conviccion, de que el autor del indicado artículo no ha creido degradar la dignidad española, ni zaherir en lo mas mínimo el carác-

ter nacional; pero á nuestro parecer lo ha hecho sin advertirlo, y esto basta para que nosotros nos juzguemos con derecho de rebatirle, ó mas bien que en cierto modo lo consideremos como un deber. Entregado el articulista á reflecsiones amargas y desconsoladoras con la noticia de la nueva insurreccion que acaba de estallar en México, y en vista de la profunda anarquía que devora las provincias de América desde que se separaron de la madre patria; al considerar la sangre que se derrama en las eternas querellas de sus enconados partidos, sus continuas luchas, sus incesantes y siempre renovadas insurrecciones; al pensar que aquella *sociedad es de nuestro mismo origen, que es nuestra propia raza la que en aquellas apartadas regiones se agita y lucha,* afligese con la comparacion de ambos paises; comparacion que le induce á tanto mas tristes presentimientos y mas aciagos pronósticos, cuanto está persuadido de que "los "males sociales y políticos que sobre ellos y sobre nosotros pesan, "no son solamente producto de circunstancias é influencias esterio- "res, ni el desenvolvimiento de causas y acontecimientos históricos, "sino que *residen en gran parte en la índole y carácter del pueblo "que constituye estas agitadas y convulsas sociedades.*" Sigue comparando á la raza española con la raza inglesa: hace notar la diferente suerte que ha cabido á las colonias españolas y á las inglesas despues de su emancipacion, y dominado por su pensamiento de la diferencia de las razas, empéñase en encontrar en ella la esplicacion de los fenómenos sociales y políticos que se observan en América. Llegando á España, no repara en apelar al mismo principio para señalar una de las principales causas de nuestra deplorable situacion; y valiéndose de espresiones tan duras, que sentimos en el alma el verlas estampadas en un periódico español, y sobre todo, en un periódico tan templado, tan sesudo, y de tanta ilustracion como es el *Conservador.*

Parecíanos ver á los estrangeros, á nuestros eternos é injustos detractores, devorar con avidez el indicado artículo, recorrerle una y otra vez con maligna sonrisa, y luego tomar en manos el número del periódico para ostentarle en triunfo, para apoyar en una autoridad española, y de un periódico tan respetable, su dicho favorito de que la Europa acaba en los Pirineos, de que solo por equivocacion pertenecemos á la Europa. Y á esta idea la sangre española hervia en nuestras venas, y latia fuertemente en nuestro pecho el corazon español, y nuestra frente se alzaba altiva protestando contra la inferioridad de nuestra raza; y evocábamos las sombras de los Pelayos, de los Cides, de los Guzmanes; veiamos en torno nuestro á Hernan Cortés con sus prodigiosas hazañas, al Gran Capitan inmor-

talizándose en Italia, á Ercilla peleando de dia y componiendo de noche su *Araucana*, á Garcilaso de la Vega cantando sus versos inmortales, y pereciendo luego víctima de su arrojo en el asalto de una torre, y á Cervantes asombrando al mundo con su ingenio, y perdiendo una mano en la batalla de Lepanto; veiamos al insigne portugués Basco de Gama, que los portugueses son tambien de nuestra raza; veíamosle doblando osadamente el cabo de Buena Esperanza, y abriendo un camino para las *Indias Orientales*; á Magallanes emboeándose el primero, en el estrecho que lleva su nombre, en busca de un derrotero para dar la vuelta al mundo, y al español Juan Sebastian de Elcano regresando á San Lucar, despues de haber medido el primero la redondez de la tierra.

Pero dejando aparte el recuerdo de las antiguas glorias de la raza española, que muy fácilmente podriamos todavía realzar con hechos de épocas mas recientes, pasaremos á hacer algunas observaciones sobre el artículo cuya impugnacion nos ocupa. En primer lugar, creemos que es muy equivocado el decir que la raza que en nuestras antiguas colonias se agita, sea raza española. No hay duda que está mezclada nuestra sangre con la suya, dado que no puede ser de otra manera, despues de tres siglos de dominacion y de continuas comunicaciones; pero ¿desapareció, por ventura, completamente la raza indígena? Decir que los habitantes de aquellos paises son de nuestra raza, ¿no equivale á decir que nosotros somos de raza árabe por la razon de que los árabes nos sojuzgaron por muchos siglos? Quien dijera que en nuestra lengua y en nuestras costumbres, sobre todo en las regiones meridionales, se encuentran todavía notables vestigios de la nacion dominadora, no se apartaria de lo que muestra la esperiencia, y hasta de lo que sin ella conjeturaria la razon; pero de aquí no podria inferirse, ni que los españoles fuesen de raza árabe, ni mucho menos podrian esplicarse por semejante causa nuestros fenómenos sociales y políticos.

Todavía nos ha sorprendido mas la opinion indicada, cuando hemos notado que la importancia que se da al carácter de la raza española, en los Estados que un dia fueron nuestras colonias, es tanta, que hasta se prescinde en cierto modo de las modificaciones que pudiera haber introducido en ella la diferencia del clima. "Nosotros, dice el *Conservador*, al ecsaminar, así los sucesos de la historia antigua, como los fenómenos de la historia contemporánea, "somos hombres que damos mucha importancia á las razas, mucho "mas todavía que á *los climas* y á las instituciones." Prescindiremos ahora del mayor ó menor fundamento con que se ha estimado la gradacion de la inteligencia y de las disposiciones morales, se-

gun la diversidad de las razas en que se considera dividido el género humano; pero siempre es indudable que en la misma formacion de la diferencia de razas ha debido contribuir en gran manera la diferencia de los climas. Todo el linage humano ha salido de un mismo tronco; luego las diferencias tan marcadas como se notan ahora entre la raza blanca, la negra, la mongola, &c., debe de haber provenido en gran parte de los climas en que han vivido por largo tiempo; climas que influyendo primero en los individuos de un modo poco sensible, habrán debido modificar á fuerza de siglos la fisonomía y el carácter de las generaciones. Así es que si el *Conservador* se hubiese ceñido á razones de clima, y por ellas hubiese querido esplicar algunos fenómenos sociales y políticos de los pueblos de América, no lo hubiéramos estrañado tanto: recordando que la propia idea se encuentra tambien en otros publicistas, en cuya opinion es considerada como de mucho peso la influencia de los climas en las costumbres é instituciones. Pero prescindir del clima y atenerse principalmente á la raza, mayormente tratando de la raza española, raza blanca, y que salvas algunas modificaciones, es la misma que la de los otros paises de Europa; esplicar por este principio los fenómenos sociales y políticos de América y de Europa, y el motivo de la dificultad de la organizacion de un gobierno, nos ha parecido poco conforme á razon; y casi nos atreveríamos á decir que es una de aquellas esplicaciones fatalistas que le ocurren al hombre en un acceso de mal humor, cuando fastidiado, aburrido de lo que pasa en torno de él, desespera del remedio de los males que contempla, y si es bastante religioso para no atreverse contra la Providencia, se desahoga sin advertirlo inculpando á la naturaleza. Y cuenta, que con esta indicacion no pensamos rebajar en nada el mérito del escritor cuya opinion impugnamos, que hasta los escritos de los hombres mas eminentes se resienten de las circunstancias privadas ó públicas en que éstos se encontraron. De otra suerte, ¿cómo es posible que un escritor tan ilustrado tratase tan desapiadadamente á la raza española, con respecto á la capacidad política, olvidando que por las venas de los españoles corre la misma sangre que por las de los otros pueblos de Europa? ¿no advirtiendo que si de alguna diferencia debiera tratarse, no fuera de razas, sino de climas, y que á nadie ha ocurrido jamas el clasificar á los españoles en raza distinta de la de los otros europeos? Camper se ha ocupado en medir los ángulos faciales de las diferentes razas del linage humano, haciendo observar que están distribuidos en una escala de 75 hasta 90 grados. Los europeos ocupan el primer puesto; siendo comunmente su ángulo facial de 85 á 90 grados; y no

creemos que las caras españolas puedan ser escluidas de esa distinguida categoría. Ademas, que si fuera verdad lo que algunos sospechan de que los peruanos y mexicanos pertenecen á la raza mongola ó sinotártara, cuyo ángulo facial es solo de 80 grados, quedaria aun mas destituida de fundamento la opinion que impugnamos.

Como quiera, siempre nos parece muy aventurado el buscar en razones de climas ni de razas, las causas de los fenómenos sociales y políticos; no les negamos su influencia, no entraremos en disputas sobre su mayor ó menor predominio; pero sí que afirmaremos que es dificil en estremo el señalar aprocsimadamente el grado de esa influencia, y que es poco menos que imposible indicar las épocas y los hechos en que hayan podido ejercer un verdadero predominio. Ora busquemos el desarrollo individual, ora el social; ora fijemos nuestra vista sobre el adelanto del entendimiento en los diferentes ramos de conocimientos, ora atendamos al espíritu de independencia, ó á la aficion á las formas de libertad política, vemos que los pueblos de los climas mas encontrados, van presentando la mayor variedad en las fases de su civilizacion; sin que sea dable que las ciencias que se ocupan en estos objetos, puedan encontrar un punto donde afianzar un sistema con alguna seguridad.

¿Qué hombres del mundo están sujetos á mas abyecta esclavitud que los que habitan el pais donde fueron las repúblicas de Cartago, y las bulliciosas é indomables ciudades de las costas del Asia, y de las islas de los mares que bañan la Grecia? Y esos griegos ¿son ahora, á pesar de su independencia, son ahora lo que fueron un dia? En los siglos medios, y hasta en la época del robustecimiento de las monarquías europeas, el espíritu de libertad política se agitaba principalmente en Italia; ahora el aspecto de las cosas ha cambiado completamente, y sin embargo, son las mismas razas y los mismos climas. Hubo un tiempo en que las costas de Africa, ahora pobladas de hombres bárbaros y degradados, producian generales como Aníbal, y algunos siglos despues sábios tan eminentes como Tertuliano, San Cipriano y San Agustin; hubo un tiempo en que las costas de Asia, ahora sumidas en la mayor postracion é ignorancia, ostentaban pueblos tan activos é ingeniosos como los habitantes de las famosas ciudades Tiro y Sidon; y en que las innumerables ciudades que poblaban aquellas regiones, brillaban en todo linage de conocimientos científicos y artísticos, grangeándose, junto con sus hermanos de la otra parte del Archipiélago, los griegos, un renombre que habian de pronunciar con respeto todas las generaciones venideras; y todo ha desaparecido de aquellos infortunados paises, y el genio de Platon no cierne ya sobre

aquellas hermosas campiñas; y las artes y las ciencias, y todo el esplendor y lujo de la mas rozagante civilizacion, se ostenta en aquellas regiones donde todavía siglos despues del apogeo de la civilizacion fenicia y griega, se abria paso César, con espada en mano, hostigado por numerosas hordas de bárbaros que le salian al encuentro en todas direcciones, y entre las fragosidades y malezas de un terreno inculto, rudo, feroz como sus habitantes. ¿Veis lo que valen los climas y las razas? ¿Veis como las causas de los fenómenos sociales se han de buscar en otras raices mas profundas? ¿No veis como la ciencia y la ignorancia, la civilizacion y la barbarie, van paseándose alternativamente por diferentes climas bajo los hielos del septentrion, como bajo los ardores del Mediodía?

Sin constituirnos defensores del carácter y demas calidades de los habitantes de las antiguas colonias españolas, sin entrar en la cuestion de la superioridad que sobre ellos puedan tener los moradores de los Estados-Unidos, cosas que hasta cierto punto son indiferentes para el principal objeto que nos proponemos, que es la vindicacion de la raza española, haremos notar, sin embargo, que no creemos que ni en esta parte ande muy acertado el *Conservador*, cuando pretende descubrir en la diferencia de las razas, la causa del diferente aspecto que han presentado las dos colonias española é inglesa, despues de su respectiva emancipacion. Por desgracia, es demasiado evidente que mientras la república de los Estados-Unidos se ha elevado en pocos años al *mas alto punto de felicidad* y de esplendor, y que desde la época de su emancipacion ha pasado rápidamente *desde el humilde puesto de colonia al rango de las primeras naciones del mundo*, los pueblos que fueron un dia nuestras colonias han caido en la mas profunda y desastrosa anarquía, sin que se vea cuál puede ser el término de sus prolongados padecimientos; y hasta llegando á hacernos desesperar de que puedan constituirse de un modo estable para progresar en la carrera de la civilizacion. Esta verdad la reconocemos en toda su estension, la vemos en toda su negrura: y nos contrista tambien, como al humano articulista del *Conservador*, el que tan malhadada suerte haya cabido á nuestros hermanos de ultramar. Pero lo que no podemos concebir, es que la causa de estos fenómenos se haya de buscar principalmente en las razas, haciendo abstraccion de la influencia del clima y de otras causas sociales y políticas.

El articulista ha señalado, sin advertirlo, una de esas causas, y que á nuestro juicio no es de poca cuantía. Ensalzando la superioridad de la raza de las colonias inglesas, manifestada á su ver por el bello resultado que ha tenido en ella la emancipacion; des-

pues de observar que llegaron en poco tiempo, y casi por la natural tendencia de sus costumbres y el natural resultado de su posicion, de su manera de obrar y de vivir, á constituir un Estado floreciente, y á elevarle en pocos años casi al rango de las grandes potencias, continúa en los siguientes términos, sobre los que llamamos muy particularmente la atencion del lector: "Y no data esta fun-"dacion desde los tiempos de su independencia. Puede decirse que "la república anglo-americana esistia ya de hecho antes de su in-"dependencia. Despues sí, ha crecido mas maravillosamente en "prosperidad y en poblacion; pero en mucho esta prosperidad y es-"tos adelantos, mas que producto de las nuevas instituciones, han "sido obra del tiempo transcurrido, que ha permitido desenvolverse "y fructificar los gérmenes y elementos que abrigaba desde mucho "antes en su seno, una sociedad que mas que colonia, era desde el "principio un Estado independiente y emancipado." He aquí consignado un hecho, que lejos de probar lo que se propone el ilustrado articulista, contribuye sobremanera á manifestar una cosa directamente opuesta; pues que echa por el suelo la razon de la diferencia de las razas. En efecto, si la sociedad de los Estados-Unidos, *mas que colonia, era desde el principio un Estado independiente y emancipado;* si esto no puede decirse de ninguna manera de las colonias españolas; si éstas no estaban acostumbradas á gobernarse á sí mismas, sino que recibian toda la direccion de la metrópoli, ¿qué estraño que habiéndolas puesto de repente en el goce de la mas ámplia libertad política, sin preparacion alguna, ni en las ideas, ni en los hábitos, ni en las costumbres, hayan caido en la mas profunda anarquía, hayan sido víctimas de la mas completa desorganizacion? ¿Acaso no se ha visto siempre que cuando dos pueblos, aunque sean de la misma raza, pasan á una situacion política nueva, están sus agitaciones y su dificultad de constituirse en proporcion con la mayor ó menor preparacion que las haya predispuesto, y con la mayor ó menor rapidez con que se haya efectuado la mudanza? Introducid de repente las formas liberales entre los pueblos que obedecen sumisos á la autoridad del autócrata de Rusia, y vereis cuál será el fruto de emancipacion tan violenta; introducidlas en la Prusia, y vereis que sean cuales fueren los inconvenientes que consigo traigan, nunca serán de tanta monta como en Rusia, nunca conducirán á los mismos resultados. Y en tal caso, ¿seria justo apelar á la diferencia de razas para esplicar la diferencia de los resultados sociales y políticos? Esta sola comparacion arroja tanta luz sobre la cuestion que nos ocupa, que juzgamos inútil aducir otros hechos, que en abundancia nos ofreceria la historia antigua y la con-

temporánea. No podemos, sin embargo, pasar por alto unar eflecsion general, que si no nos engañamos, decide por sí sola la cuestion. ¿Cómo es que las revoluciones en los pueblos de Europa han dado resultados tan diferentes de las de los Estados-Unidos? ¿Deberemos tambien apelar á diferencia de razas? Este hecho, ¿no nos está diciendo que la diferencia de los resultados debe esplicarse por causas sociales?

A mas de la causa que acabamos de señalar, y que en nuestro juicio es una de las principales, todavía puede encontrarse otra, y nada despreciable, en la diferencia de las épocas. Cuando ocurrió la revolucion de los Estados-Unidos, no se habia contaminado la democracia moderna con ese espíritu febril y violento que adquirió con la revolucion francesa; todavía no se hallaba estraviada por esa tendencia destrozadora que adquirió con la sangrienta division de los partidos engendrados por la revolucion francesa; no habia adquirido aquella ferocidad que le inspiraron sus combates interiores y esteriores; no se habia manchado con la crueldad de los delirantes convencionales, ni se habian desplegado en su seno las ambiciones militares, escitadas y alentadas por el encumbramiento de Napoleon, y por la fortuna de los generales de su imperio. La revolucion de los Estados-Unidos fué un movimiento nacional, fué la esplosion de un sentimiento de independencia y libertad; y cuando el pueblo emancipado trató de constituirse, lo hizo, no por el prurito de vanas teorías, sino satisfaciendo una imperiosa necesidad. Pero ninguna de estas circunstancias concurrieron en la emancipacion de nuestras colonias americanas; recuérdese la época de su insurreccion contra el gobierno español, y esto será bastante para que se eche de ver, que lejos de ser en sus principios un movimiento verdaderamente nacional, debió de ser el resultado de sugestiones facciosas, atizadas por los gabinetes celosos de nuestro grandor y riquezas, interesados en crearnos nuevas complicaciones y en preparar nuestra ruina; se echará de ver que debieron de tomar una parte considerable los revolucionarios de Europa, que cual ardiente lava se habian desparramado en todas direcciones, ó huyendo del despotismo de Napoleon, ó sirviéndole de instrumentos para abrirle paso por medio de la anarquía. Medítense bien ese conjunto de circunstancias que acabamos de enumerar, y véase como es muy natural todo lo que esta sucediendo en las Américas españolas; y como aquellos pueblos incautos pagan con sus tesoros y su sangre el haber dado oidos á sugestiones insidiosas é interesadas, y el haberse arrojado desatentadamente por el camino de las revoluciones.

Pero dejemos á los americanos, y pasemos á los españoles, sobre

quienes se espresa el *Conservador* con una dureza que nos abstenemos de calificar. "La masa del pueblo español, dice, es, políti-"camente hablando, indolente, perezosa, abandonada, fatalista. No "gusta el español de obedecer, ni de mandar." Pero si es así, ¿cómo esplicaremos, con tanta indolencia, con tanta pereza, con tanto abandono y fatalismo, cómo esplicaremos que ese mismo pueblo haya sostenido por espacio de siete años, con un valor, con una constancia, con una tenacidad sin ejemplo, una guerra como la que acabamos de sufrir, y en que lo que principalmente se disputaba el triunfo, eran dos opuestos principios políticos (1)? Si no gusta el español de mandar ni de obedecer, es decir, si le faltan los dos sentimientos indispensables para toda organizacion social, ¿cómo es que en la deshecha borrasca que vamos corriendo hace ya muchos años, á pesar de la parte que en diferentes sentidos ha tomado en la contienda el pueblo español, como lo atestiguan los raudales de sangre española que se han derramado, y cuyos regueros se encuentran todavía por do quiera, si el pueblo español tiene uno de los caractéres distintivos de los pueblos bárbaros, que es el carecer del gusto de obedecer y de mandar; cómo es, repetiremos, que sea nuestro suelo el que menos se ha manchado con los horribles trastornos que ennegrecen y ensangrientan las páginas de las revoluciones de Inglaterra y Francia, de esos paises de quienes suele decirse que marchan á la cabeza de la civilizacion?

Traza en seguida el *Conservador* un cuadro de la sociedad española, pretendiendo señalar algunos de sus rasgos característicos; consigna el hecho de lo estendido y arraigado que se halla entre nosotros el espíritu de la democracia, entendiéndola en el sentido social, y luego infiere de aquí que por esto *necesitamos monarquía, poderes tradicionales, familias dinásticas.* ¿Y qué pueblo de Europa no lo necesita? ¿No lo necesita la Alemania, donde solo se encuentran poderes eminentemente monárquicos, tradicionales y dinásticos? Quitadle á la Alemania esos poderes, esos poderes á cuya sombra disfruta tan profunda paz, y se eleva á tan alto grado de prosperidad; quitádselos, y vereis como á pesar de toda su ilustracion y de todas las calidades físicas y morales que querais suponer á la raza alemana, vereis como se hunde en la mas horrible anarquía, y como no acierta á constituirse por espacio de largos años. Y la Inglaterra, esa Inglaterra citada hasta el fastidio como modelo de civilizacion y libertad, ¿no necesita tambien la monarquía, y

(1) La guerra civil entre Isabel II y el príncipe Cárlos V por sostener ambos su derecho al trono, con motivo de la muerte de Fernando VII.

esos poderes tradicionales, y esas familias dinásticas? ¿Qué significa, ó si no, esa alegría y alborozo á que se entrega en estos momentos el pueblo inglés por el nacimiento del heredero de la corona? ¿Qué mas tradicional y dinástico que un pais donde no solo está vinculado el trono á cierta familia, sino que hasta podria decirse que casi todos los poderes, todas las riquezas, toda la influencia, se trasmiten de padres á hijos en su aristocracia? ¿Qué sucederia en Inglaterra si *una revolucion* trastornase repentinamente todo el órden de los poderes, si el pueblo se quedase solo, abandonado á sí mismo? ¿Manifestaria acaso la sensatez del pueblo español? ¿Hánse olvidado, por ventura, las catástrofes de su tan duradera revolucion?

La misma Francia, que es seguramente el pais de Europa donde ha echado mas profundas raices la filosofía niveladora, no puede tampoco vivir sin poderes tradicionales. La garantía de su unidad, de su poder y de su órden, no está á buen seguro en las instituciones improvisadas por la revolucion; está en la monarquía, en esa monarquía tan combatida por espacio de medio siglo, y que malparada como ha quedado despues de tantos embates, es, sin embargo, la principal prenda de la estabilidad y grandor de la nacion francesa. Cuando la revolucion de 1830 destronó á la primera rama de los Borbones, arrojando á pais estrangero á tres generaciones de reyes; cuando la Francia quedó por algunos dias abandonada á sí misma, sin ningun poder tradicional, sin ninguna familia dinástica, ¿qué es lo que hicieron los hombres que se hallaban á su frente, los hombres en cuyas manos estaban los destinos de aquella gran nacion? Sea prevision, sea instinto, sea lo que fuere, conocieron, sintieron que el poder para ser acatado y fuerte, debia vincularse de nuevo á una familia dinástica; por eso colocaron sobre el trono á la segunda rama, por eso dirigieron sus ojos á la casa de Orleans, por eso fijaron su eleccion en el duque de Orleans, no á *pesar* de ser de la familia real, sino *por* ser de la familia real.

Por la reseña que acabamos de presentar, se echa de ver que el necesitar monarquía, poderes tradicionales, familias dinásticas, no es esclusivo de los españoles, sino que esta calidad les es *comun con* los demas pueblos de Europa. De todos los europeos se puede decir lo que el *Conservador* atribuye tan solo á los españoles: "que to-"do mando de sus iguales, por blando que sea, suele considerarle "el español como tiránico; y que está acostumbrado á mirar el po-"der á que se somete, como una institucion predestinada á mandar, "cuya mision reconoce, pero sobre cuyo orígen *no disputa*; que pa-"ra obedecerle con gusto, tiene que remontarlo á las nubes, que con-

"siderarle muy superior á él, elevado sobre él á mucha distancia; "que ante la masa general del pueblo, el poder de los reyes pudo "haberse considerado como popular, como protector y escudo con- "tra la opresion de otras tiranías bastardas, y sobre todo, mas inme- "diatas." Y no es que neguemos que en Francia y en Iglaterra, y en lo restante de Europa, no se dispute sobre el *origen* del poder y de la soberanía de los reyes; pero lo que afirmamos es, que estas disputas se limitan mas de lo que se cree, á la *arena* filosófica; que afortunadamente la sociedad no se guia por las convicciones que los filósofos pretenden comunicarle con *sus doctrinas*; y que obedece mas bien á un hábito, á un sentimiento, que le hace llevadera la sumision, y no le presenta el poder como una *desigualdad* mons- truosa, capaz de herir el orgullo y de provocar la resistencia.

Si bien se observa la situacion de Europa y se medita sobre las causas que debilitan el poder, rebajando su prestigio y quebrantando su fuerza, se encontrará que es una de las principales el que haya menguado el sentimiento monárquico, por mas que hasta cierto pun- to se haya esclarecido la teoría del poder que se llama *trono*, y evi- denciado su necesidad; se encontrará que la monarquía, como ha dicho un escritor célebre, ha pasado del corazon á la cabeza. Afor- tunadamente, como hemos indicado ya mas arriba, esta mudanza no ha cundido todavía bastante en la sociedad; y ¡ay de los tronos el dia en que esto se verifique! el dia en que el trono sea para los pueblos como para los filósofos, solo una institucion necesaria, sos- tenida por las convicciones, no por el sentimiento; el dia en que los gefes de las familias dinásticas no sean mirados de otra suerte que como simples gefes del Estado, como los primeros magistrados de la nacion, en la misma línea que lo son los presidentes de las repú- blicas: ¡ay de los tronos aquel dia! desde entonces habrá caducado su mision, desde entonces no llenarán su objeto, desde entonces po- drán ser sustituidos por otra institucion; desde entonces se verifica- rá para ellos en toda su estension y fuerza aquel dicho célebre: "*Les rois s'en vont.*"

Toca de paso el *Conservador* las causas que han motivado la re- *sistencia que* ha encontrado en España el establecimiento del go- bierno representativo, y despues de hallarlas en el mismo carácter *demasiado* democrático del pueblo, y en su apego á los poderes tradicionales, despues de decir que "por eso ha resistido largo tiem- "po, *con un* instinto eminentemente democrático, el establecimiento "del gobierno representativo." añade: "porque ese gobierno llama al "poder á *una* aristocracia de clase media, cuya dominacion le pesa "mas que otra alguna, sobre no creer jamas que ejerza el poder de

"una manera beneficiosa para él." Tampoco creemos que lo que se llama plebe en España, tenga en contra de las clases medias mas prevencion ni ojeriza que la plebe de otros paises; y si hemos de juzgar por lo que nos van revelando los síntomas que se observan en las otras sociedades de Europa, y particularmente la de Francia, podriamos decir que no es la plebe española la mas inclinada á insubordinacion y resistencia.

En este punto se padece una equivocacion cuando se estudia la historia de España, desde la época en que principiaron las tentativas y ensayos para cambiar la forma de gobierno. Se ha dicho que el poder de las clases medias era débil, que esta debilidad impedia el establecimiento del gobierno representativo, y que una de las diferencias capitales entre España y Francia, era el que en ésta las clases medias colocadas al lado del gobierno, le apoyaban y robustecian para resistir á los embates de los amigos de la restauracion y de los partidarios de la república. Creemos que realmente ecsiste en esta parte una diferencia entre España y Francia; pero no podemos convenir en que esto provenga precisamente del poco número y debilidad de nuestra clase media. Lo que sí creemos es, que no se ha comprendido bastante en qué consistia en España la verdadera clase media, y que se la ha limitado en demasía, considerándola encerrada casi en su totalidad en las grandes capitales. El comercio, la industria y las profesiones literarias, he aquí lo que de hecho se ha considerado como clase media: las ideas, las costumbres y las tendencias de aquellas clases, es lo que se ha tomado por tipo en las diferentes organizaciones que se han ensayado, sin reparar en que la nacion española es una nacion agrícola en su inmensa mayoría, y que las ideas, las costumbres y las tendencias de la clase agrícola, era menester que fuesen respetadas, y que se armonizasen del mejor modo posible con las de las otras clases. No se ha visto que contentando á cierta porcion que se llamaba clase media, se disgustaba á otra que con igual justicia podia reclamar este título; y que de esta suerte se elaboraban y hacinaban elementos de discordia, no solamente entre la plebe y la clase media, sino entre las dos fracciones de esta última; y sin advertir que una de estas fracciones, que era la agrícola, tenia siempre á su mano una numerosa clientela. Este es un error en que han incurrido todos los matices del partido liberal español; y por esta causa se ha podido notar el constante fenómeno de que el realismo ha estado en los campos, el liberalismo en las capitales; siendo, ademas, reparable que entre las capitales se han distinguido mas las en que preponderaban aquellas clases, á las cuales hemos dicho que se habia concedido mas influencia y predominio.

Estas indicaciones, que podriamos desenvolver estensamente si lo consintiese el objeto de este escrito, manifiestan bien claro que la diferencia entre la clase media española y la francesa, no es tal como se la ha querido esplicar; y que mas bien deberia decirse que nuestra clase media es débil por poco compacta, que no por poco numerosa; y que nuestros fenómenos políticos no deben precisamente esplicarse por la lucha de la plebe contra la clase media, sino por la lucha de una parte de la misma clase media contra la otra. El dia que un gobierno bastante sâbio y previsor se penetre profundamente de estas verdades; el dia que con medidas conciliadoras se hagan desaparecer los elementos de discordia que mas arriba hemos indicado; el dia que se comprenda á fondo en qué consiste la verdadera clase media española, y se la haga funcionar como elemento de gobierno, aquel dia veremos en España un gobierno firme, estable, á la prueba de los embates de las pasiones y partidos, y de las asechanzas de nuestros enemigos esteriores.

No podemos soltar la pluma sin manifestar la estrañeza que nos han causado las palabras en estremo agrias con que el *Conservador* esplica la adhesion del pueblo español á la monarquía. Helas aquí: "Apenas conoce medio entre el puro absolutismo y el mando absoluto de la plebe. *Por abandono, por fatalismo, por instinto de obedecer*, prefiere el mando de uno solo." ¿Tan despojado de convicciones se halla el pueblo español, tan falto de sentimientos hidalgos y elevados, que se haya de decir que en política, en la adhesion á sus reyes, es conducido por abandono, por fatalismo, por instinto? Lo repetimos; nos duele en el alma que semejantes palabras se hayan estampado en un periódico como el *Conservador;* de todo corazon deseábamos que nos fuera posible borrarlas, para que no esparciesen entre nosotros el desaliento, y para que no llegasen á noticia de nuestros injustos detractores estrangeros. Nosotros pescindiremos del mayor ó menor número de partidarios que tenga en España el gobierno absoluto; y considerando tan solo la adhesion del pueblo español al trono de sus reyes, prescindiendo de que el poder real sea absoluto ó limitado, sustentamos que ese sentimiento que tan hondamente arraigado se encuentra en el suelo español, envuelve algo mas que abandono, que fatalismo, que instinto; que la nobleza del sentimiento monárquico español, en nada cede al de otras naciones de Europa, y que si de este sentimiento se envanecen los ingleses, no tenemos para qué avergonzarnos los españoles. Si nuestra adhesion al trono fuera por abandono, por fatalismo, por instinto, entonces fuéramos monárquicos á la manera de los musulmanes. En España y en toda Europa se concibe de

otra manera la monarquía. En España hay el sentimiento monárquico en toda su viveza, pero no va acompañado de abandono ni de fatalismo; sino que es aquel sentimiento que pertenece esclusivamente á los pueblos cristianos, que se hermana admirablemente con el sentimiento de la propia dignidad, que está ademas robustecido con profundas convicciones, que nada tiene de comun con la abyecta humillacion de los esclavos de Oriente, que es un abundante semillero de pensamientos pundonorosos, y un resorte para nobles acciones, que se enlaza íntimamente con el amor de la pátria, que hace llevaderos, suaves, dulces los lazos de la obediencia. La historia de Europa de los tres últimos siglos, es la historia de la monarquía europea; y puede asegurarse que el sentimiento monárquico esmalta las mas bellas páginas de esa historia, sembrando por do quiera sublimes rasgos de hidalguía y de heroismo.

La misma inferioridad que con respecto á la política descubre el *Conservador* en la raza española–americana, comparada con la inglesa, la encuentra tambien en lo que toca á los progresos materiales, es decir, en todo lo concerniente á la agricultura é industria. Claro es que segun lo que lleva asentado el *Conservador*, este defecto se estenderá tambien á los españoles; pues que segun él, los americanos son de nuestra misma raza. Entiéndese, ademas, cuál es el verdadero sentido de sus palabras, cuando despues de haber tachado á los americanos–españoles por su indolencia, pondera la tenacidad, el genio emprendedor de los infatigables industriosos septentrionales, y sobre todo, de los ingleses. Es verdad que muchas provincias de España ofrecen en esta parte un espectáculo bien triste, y que tienen sus puntos de semejanza con la que fué América española; pero insistiremos de nuevo en combatir la opinion de que las causas de ese atraso se hayan de buscar en la índole de nuestra raza. No somos de raza estrangera los catalanes; y sin embargo, se halla en Cataluña lo que el *Conservador* admira en los ingleses: "La actividad incansable, la sed devoradora de trabajo y de "riqueza, el gusto por las comodidades de la vida y por los íntimos "goces del hogar doméstico: ese tenaz espíritu de lenta y perenne "conquista con que se asimila, por decirlo así, á la naturaleza que "le rodea." Mucho nos agradaria que el articulista del *Conservador* recorriese el principado de Cataluña, para mostrarle en las montañas á nuestros infatigables labriegos, ***luchando tambien con la naturaleza á brazo partido***, para hacerle notar la actividad industrial que reina en nuestras poblaciones subalternas, y para conducirle por fin á la industriosa capital del principado, donde bajo un clima templado y apacible, encontraria la actividad, el movimiento, la

constancia de las grandes ciudades manufactureras que pueblan las heladas regiones del septentrion.

Terminaremos esta desagradable tarea, manifestando la viva esperanza que nos anima de que no se cumplirán los tristes presagios del *Conservador* sobre la suerte de España; no podemos persuadirnos que nos quepa tan negro porvenir como amenaza á nuestros hermanos de América. Ni con respecto á éstos parece probable que no les quede ninguna esperanza de mejora, como muestra temerlo el *Conservador*, cuando afirma la incapacidad radical de aquellos desgraciados pueblos, aplicándoles lo que dice Byron de los pueblos de Oriente: "allí todo es bello *menos el espíritu* del hombre." Palabras terribles para el porvenir de la civilizacion de un pueblo, y que no quisiéramos que nadie las aplicase al pueblo español, fundándose en las doctrinas del *Conservador*. Pero, no lo dudamos, el *Conservador* seria el primero en rechazar con indignacion tamaño insulto; y si alguno se empeñase en deducirlo de sus palabras, ó retractaria esas palabras, ó buscaria un asilo en la inconsecuencia. Bello fué siempre en España el espíritu del hombre; y bien debe de serlo aun ahora; pues que vemos todavía tan esquisita muestra de espíritus bellos en los mismos *redactores del Conservador*.



ACLARACIONES

MOTIVADAS POR LA REPLICA DEL CONSERVADOR

á nuestra impugnacion del artículo titulado

ESPAÑOLES-AMERICANOS.

En el número 19 del *Conservador*, acabamos de leer una réplica al artículo que publicamos en el número 8 de nuestra *Revista*, impugnando otro del número 11 del citado periódico, titulado: *Españoles-Americanos*. Como no son esa clase de publicaciones las mas á propósito para dilatadas polémicas, creemos que será conveniente dar fin desde ahora á la disputa; y así, declaramos por nuestra parte, que no entraremos de nuevo en la cuestion que se debatia; mayormente cuando nos parece que con lo que se ha dicho hasta aquí queda ya la dificultad bastante ventilada. Y así, por lo que toca al fondo de la cuestion, no daremos otra contraréplica, que invitar á los lectores para quienes pueda ser de algun interés esa polémica, á leer de nuevo, así nuestro artículo citado, como los correspondientes del *Conservador;* y abandonamos tranquilamente el fallo á lo que de sí arrojen los artículos mencionados. Ora nos sea éste favorable, ora contrario, estamos seguros que se hará justicia á la buena fé que nos ha guiado en la discusion, y que no podrá menos de reconocerse, que si bien hemos impugnado las opiniones, hemos salvado siempre la intencion del escritor que las emitia. Literalmente copiamos las palabras que nos proponiamos impugnar, deseosos de que si padeciamos alguna equivocacion en la inteligencia de ellas, supliesen nuestra falta los que se tomasen la pena de leer nuestro escrito. Ahora no somos nosotros quienes háyamos de juz

gar si entendimos bien ó mal las palabras, si acertamos ó no á comprender el conjunto del discurso, si las palabras de *pereza, indolencia, fatalismo, abandono*, debian tomarse ó no en buen sentido, sin que arguyesen defecto en el pueblo al cual se aplicaban, si á los españoles y á los americanos se nos comparaba ó no de un modo desventajoso con otros pueblos de América y de Europa, si este parangon se estendia tambien algo mas que á la política; en una palabra, no somos nosotros quienes hayamos de juzgar si el artículo del número 11 del *Conservador* contiene ó no algo de que pueda resentirse el carácter nacional.

Y aquí hubiéramos dejado el debate, y tal vez ni una sola palabra mas hubiéramos escrito sobre este asunto, si el *Conservador* no nos hiciese una especie de inculpacion, bien que salvando nuestras intenciones, de que damos sobrada importancia al movimiento político de los pueblos; cuando cabalmente nuestras palabras mas severas, mas fuertes, mas calurosas, fueron en defensa del *sentimiento monárquico* del pueblo español, fueron para vindicarle de una inculpacion que nos pareció ver en aquellas palabras del *Conservador:* "Apenas conoce medio entre el puro absolutismo y el mando absoluto de la plebe. *Por abandono, por fatalismo, por instinto de obedecer, prefiere el mando de uno solo.*" Y ¿qué dijimos nosotros contestando á estas palabras? ¿Ensalzamos acaso estas ó aquellas formas? ¿Abogamos en favor de la democracia? No. Lo que hicimos fué defender, sincerar de todo cargo el sentimiento monárquico del pueblo español, manifestando que este sentimiento era comun en cierto modo á todos los pueblos cristianos, deslindando la monarquía cristiana del despotismo musulman, del despotismo que pesa sobre aquel pueblo envilecido, á quien cuadran las palabras de *abandono, de fatalismo, de instinto de obedecer.* Esas palabras sonaron mal á nuestros oidos, es verdad; pero si nos engañamos atribuyéndoles un sentido que no les queria dar quien las escribió, no tenemos nosotros la culpa; pues que quien las escribió no era un escritor adocenado, sino muy distinguido, y de aquellos que saben perfectamente lo que valen las palabras en el diccionario de la lengua.

El escritor á quien nos dirigimos ha llevado, segun nos parece, la cuestion á otro terreno, ha querido involucrarla con otras, apartándola de un campo en que podia presentar un aspecto desagradable. Nosotros aplaudimos su sagacidad, y lejos de atribuirlo á deseos de emplear armas de mala ley, consideramos este procedimiento como uno de aquellos hábiles giros que dan á la discusion los hombres versados en el arte de discutir; giros que tienen alguna

semejanza con aquellas maniobras estratégicas de que echan mano los generales esperimentados, cuando conociendo lo flaco ó lo embarazoso de la posicion que ocupan, procuran apoderarse de otra por medio de un movimiento bien dirigido. Lejos de nosotros la idea de pretender impedir á nuestro adversario el que ocupe una nueva posicion, y de que se mantenga en ella; lejos de nosotros el prurito de insistir sobre sus primeras palabras, llamando la atencion sobre el genuino significado que presentan, no dejando al escritor que las consignó en el primer escrito, ámplia libertad para interpretarlas; sabemos muy bien que á veces se desliza la pluma y escribe lo que está mas lejos de la mente del escritor; y que entonces es muy poco conforme á razon el no dejar al escritor salidas honrosas.

Réstanos, pues, únicamente abandonar del todo el terreno de la disputa, y consignar aquí cuál es nuestra opinion, cuál ha sido siempre en los importantes puntos sobre los cuales nos interpela el *Conservador*. Afortunadamente podemos manifestarlo sin rodeos, sin interpretaciones, dado que lo que diremos aquí, lo hemos dicho tiempo ha, cuando en circunstancias críticas, quizás las mas críticas en que se habia visto la nacion, en todo el curso de la deshecha borrasca que está corriendo desde 1833, consignamos nuestro parecer sobre los principales puntos que formaban el complexo de nuestra enmarañada situacion. ¿Quiérese saber lo que pensamos sobre el orígen de los males que aquejan á esta nacion desventurada? He aquí lo que deciamos en un escrito publicado en Barcelona á mediados de Agosto de 1840. Despues de haber trazado rápidamente un cuadro de los elementos de trastorno que se fueron amontonando en nuestro suelo antes de la invasion francesa de 1808, continuábamos: "Oyóse entre tanto el grito de alarma, y el pueblo español, solo, sin rey, sin gobierno, sin caudillos, se levantó como un atleta, y se arrojó con brioso denuedo sobre las numerosas y aguerridas legiones que inundaban ya sus campos y ocupaban sus principales ciudades y fortalezas: y este pueblo era el mismo pueblo á quien apellidaran flaco, aletargado y envilecido, y aquellas eran las legiones del hombre á quien servian de rodillas los entusiastas de la igualdad, y á cuya mirada temblaban medrosamente los altos potentados de Europa. ¡Pueblo grande y generoso, tan ilustre como infortunado! Tanto valor y heroismo debian sacarte airoso de la demanda, y quebrantar las cadenas que aherrojaban la Europa; pero debia ser para tí el comienzo de una larga cadena de desastres; así queria permitirlo la Providencia, é iban á acometer la empresa de labrar tu desgracia, el ciego orgullo, y miras mezquinas y villanas.

"Un suceso de tal naturaleza y tamaño, nunca pasa sin graves

resultados para el pais en que se verifica: la gravedad del peligro, la sorpresa, la repentina desaparicion del rey y de todo gobierno, la consiguiente relajacion de los lazos sociales, el desórden y confusion que de suyo ya llevaban tales circunstancias, los medios que debian de emplearse por los agentes del invasor, procurando la disolucion para facilitar la conquista; claro es que tantas causas reunidas creaban una escelente oportunidad para que fermentase todo linage de ideas, y campeasen á su talante toda clase de proyectos.

"Muy natural era tambien que todos los elementos que tenian mas ó menos antipatía con los dominantes á la sazon en el pais, salieran de aquel estado de invisibilidad é ineficacia en que los mantenia su separacion y aislamiento; y que obedeciendo á las leyes de sus afinidades, se buscasen, se pusiesen en contacto, y como heterogéneos con respecto á la masa de la nacion, se segregasen de ella, desprendiéndose en porcion separada, donde pudieran manifestar su cantidad y naturaleza. Reflecsionando sobre esta crísis de nuestra historia, y sobre los efectos que produjo en España la entrada del ejército francés y la sacudida del alzamiento, he pensado varias veces en lo que sucede cuando un líquido contiene en disolucion un considerable número de moléculas que pertenecen á otras materias: en cesando la causa que las mantenia separadas, se buscan, se aprocsiman, se reunen y se depositan en el fondo del vaso: y observan los químicos, que se decide la cristalizacion con un movimiento brusco ó la presencia de un cuerpo estraño.

"Trazar ni siquiera en bosquejo los sucesos que luego se verificaron, no lo consienten los límites de este escrito, ni lo necesita tampoco el objeto: los recuerdos son bien recientes, los documentos auténticos, y á buen seguro que los efectos son palpables. Bastará decir que se abrió en la prensa una cátedra de la escuela apellidada del siglo XVIII, que en la tribuna resonó un mezquino eco de los oradores de la asamblea constituyente; y para que nada faltase en la semejanza, para acabar de envenenarlo todo, salieron tambien á campaña los discípulos de Port-Royal; por manera, que las palabras fueron un remedo, los medios y procedimientos una imitacion, y las instituciones una copia. Yo refiero lo que hallo escrito; ahí está la historia que sale en mi abono, con sus colecciones de periódicos, de sesiones de córtes, de leyes, de decretos, de proyectos, y sobre todo, ahí está el sepulcro de la famosa constitucion de 1812: observad su fisonomía, y allí encontrareis en bien señalados rasgos, cuál era su orígen, cuál su genio, ó si os place mas, dad una mirada á los trofeos que rodean su tumba: ellos os recordarán sus hazañas.

"En una nacion que en sus ideas, costumbres y usos, era enton-

ces, y no podia menos de serlo, altamente monárquica, erigir en ley fundamental una constitucion esencialmente democrática; en una nacion altamente religiosa, prodigar abiertamente á la religion la sátira y el escarnio; en una nacion tan grave y severa, sustituir á la sesuda gravedad de los consejos castellanos la precipitacion y el mas desatentado desacuerdo; y todo esto derepente, sin mediar ninguna gradacion que pudiera influir en las ideas y costumbres; ¿qué debia suceder? ¡Ah! lo que sucede siempre que se encaran de improviso dos enemigos irreconciliables: debia empezar la lucha, y encarnizada, y duradera, resultando de aquí el sumirse la nacion en un piélago de revueltas, de sangre y de lágrimas. Tan singular concurso de circunstancias, no se verificó en Francia, ni en las revoluciones de otros paises, y he aquí el orígen de tantas anomalías como se notan en nuestras prolongadas convulsiones, he aquí por qué es muy impertinente el traer á comparacion la revolucion de Francia, cuando se trate de esplicar lo que ha sucedido y está sucediendo entre nosotros. En Francia tenia la revolucion el mismo espíritu, iguales tendencias; pero el elemento donde obraban, era muy diferente. En Francia habia tambien monarquía absoluta y religion católica; pero sobre la Francia habian pasado ya las guerras civiles de los Hugonotes, la Francia habia visto ya la libertad de culto mas ó menos establecida, habia oido las ruidosas controversias sobre puntos capitales de dogma, habia presenciado las escandalosas desavenencias del altivo Luis XIV con el Papa, habia recibido las inspiraciones de la escuela de Port-Royal, habia visto la época de la regencia, y finalmente, habia sentido por largo tiempo el influjo de la escuela de Voltaire, como una de aquellas constelaciones malignas que vienen á desenvolver los dañinos elementos de una atmósfera preñada de enfermedades y tormentas. ¿Qué tiene que ver posicion semejante con la posicion de España? No niego yo que la revolucion francesa sea un gran libro donde tengan mucho que aprender los reyes y los pueblos; pero cuenta con fiar demasiado en semejanzas, que si bien suelen servir mucho á la poesía y á la declamacion, por lo comun son débiles para cimientos de ciencia, y el confiar sobrado en ellas, es arriesgado en la práctica.

"Esta es la diferencia capital entre nuestra revolucion y la francesa: la Francia estaba preparada, la España no. La revolucion francesa era hija en gran parte de una escuela que por antonomasia se ha llamado francesa, y ya se ve que este solo nombre indica bastante que sus doctrinas no eran nuevas para la Francia. La revolucion española fué hija de la misma escuela; escuela que lejos de hallarse aclimatada en nuestro suelo, lo tenia todo contra sí, y

solo pudo penetrar entre nosotros y hacer aplicaciones de sus sistemas, en medio de la confusion y trastorno que consigo trajo la guerra de la independencia, en medio de la distraccion en que se hallaban los pueblos: lo diré en una palabra, aquello fué una *verdadera sorpresa.*" [*Consideraciones políticas sobre la situacion de España, cap.* 6.]

Cuando ecsaminando el orígen de nuestros males habiamos dicho lo que se acaba de leer, cuando señalábamos á nuestra revolucion semejante orígen, cuando hemos sustentado las mismas doctrinas siempre que la oportunidad se ha presentado, mal pudiéramos mirar como una injuria hecha al pueblo español, el no concederle los requisitos necesarios para establecer un poder *esencialmente democrático y realmente popular*, mal se podria suponer que pertenezcamos á la clase de aquellos que "quisieran arrancar á la sociedad de sus productivos trabajos, de los talleres de la industria, del estudio de las ciencias, del cultivo de las artes, de los purísimos goces del hogar doméstico, de los blandos placeres de la sociedad, y de las santas alegrías de la religion y solemnidad del culto, para alimentarla dia y noche con las borrascosas agitaciones del foro, para cebar su actividad con las irritantes pasiones democráticas que enloquecen á la muchedumbre." El *Conservador* nos hace la justicia de creernos muy distantes de semejante pensamiento, y sin duda que tiene fundamento para ello. En cuantas ocasiones se nos ha ofrecido oportunidad de hablar de política, nunca hemos dejado de consignar nuestra opinion constante, fija, de que los diferentes partidos que de algunos años á esta parte han gobernado en España, todos han sido impotentes para labrar nuestra prosperidad, para asegurar nuestro sosiego, á causa de no haberse querido penetrar bien del verdadero estado del pueblo español, de que se han dejado llevar en demasía de su aficion á utopias galanas, de que se habian empeñado en importar ciegamente en España cuanto han visto en el estrangero. Por esto no adulamos jamas á ninguno de los partidos políticos que de algunos años á esta parte han alternado en el mundo; por eso creimos siempre que para labrar la prosperidad de la nacion, y para dominar su porvenir, no le bastaba á cierto partido político el *reorganizarse*, sino que era menester que se *regenerase.* Esta no es opinion que nos la formamos de nuevo; así lo hemos pensado siempre, y así lo deciamos sin rodeos en la misma ocasion que mas arriba hemos indicado.

"No hay otro medio: los hombres que han de gobernar la nacion, es menester que respeten altamente los principios que ella respeta; de otra manera no hay que esperar remedio á nuestros males. Cuando

una nacion ha estado por largo tiempo esclusivamente sujeta á la influencia de algun principio, llévale siempre grabado en el corazon, y espresado en su fisonomía, así como un individuo apenas puede despojarse en toda su vida, de las ideas, costumbres y modales que se le han comunicado con la leche. El principio monárquico, y aun mas el católico, han tenido por largo tiempo bajo su influencia á la nacion española; y he aquí la razon de la gran fuerza que tienen en España estos dos principios; he aquí por qué han sobrevivido á tantos trastornos, por qué han resistido á tantos elementos disolventes como los han atacado; he aquí por fin, la causa de que despues de siete años de la mas deshecha borrasca, cuando parece que ambos debieran haber naufragado y descendido al fondo del abismo, vuelven á presentarse todavía en la superficie del piélago la monarquía y la religion católica, ofreciendo una tabla de salvacion, y consolando el alma con lisonjeras esperanzas. Observad, ó si no, el curso de las ideas, escuchad esa voz que se levanta por los cuatro ángulos de la Península, para que se robustezca sin demora el poder, para que nada pierda el trono de su esplendor y magestad, para que se respete la religion católica, para que se asegure la subsistencia á sus ministros, y no se les disputen las consideraciones y veneracion que por su alto ministerio les son debidas. ¿Qué significa todo eso, sino que vuelven á tomar su ascendiente aquellos mismos principios que aun cuando parecian casi ahogados por el torbellino de las pasiones y partidos, conservaban no obstante su vida en el fondo de los corazones, único asilo que les habia quedado? ***Estos dos principios son como los dos polos, en torno de los cuales debe girar la nacion española. Si se la saca de aquí, será sacarla de su quicio;*** yerro tanto menos perdonable, cuanto se reunen para prevenirle las lecciones de nuestra historia, y de bien reciente y dolorosa esperiencia.

"Admitida, como ha de serlo por los hombres de todas opiniones, la fuerza que en España tienen los dos principios, el monárquico y el religioso, aun conviene notar, que el principio religioso escede mucho en energía al principio monárquico. Esta diferencia, que podria ya esplicarse atendiendo solo á los objetos sobre que versan esos principios, y á las relaciones que tienen con el corazon humano, fúndase con respecto á España en hechos propios y característicos de la nacion. La religion católica ha sido desde Recaredo la única religion de los españoles; y bajo su principal y casi esclusiva influencia, se han formado nuestras ideas, nuestros hábitos, nuestras costumbres, nuestras instituciones, nuestras leyes: en una palabra, todo cuanto tenemos y todo cuanto somos. Así es, que en Es-

paña las únicas ideas religiosas son las católicas, los únicos sentimientos religiosos son los católicos, y que el principio católico es fuerte, enérgico, esclusivo, incapaz de ceder terreno á ninguno de sus adversarios. En España no hay, como en otras naciones, aquel sentimiento medio religioso, medio filosófico y literario que se alimenta de las vaguedades del protestantismo, y de las inspiraciones de la filosofía, y que no esperimentando ni choques ni resistencia, y acercándose ya de suyo al frio indiferentismo, carece de suspicacia, así como de calor y de fuerza. En España hay convicciones *católicas las mas vigorosas, sentimientos católicos los mas profundos*; y como ademas la introduccion repentina de la filosofía de Voltaire hizo que se hallasen encaradas de golpe, y sin ningun preparativo, la religion católica y la impiedad, ha resultado que entre nosotros los sentimientos católicos son recelosos, suspicaces, se alarman con mucha facilidad, porque se les ha dado demasiado motivo para hacerlo.

"Es menester no perder nunca de vista estas verdades, pues que ellas indican que por lo que toca á materias religiosas, no cabe en España transaccion, sino que es menester que el Catolicismo sea respetado y acatado en toda la estension de la palabra. No se verifica lo mismo con respecto á la forma de la monarquía, pues si bien es verdad que el principio monárquico es muy robusto en España, y que aun tomado en el sentido absoluto no deja de tener, como es evidente, numerosos partidarios; sin embargo, no me parece que haya en esta parte tanta fijeza de ideas, tanto apego á determinadas formas, que la generalidad de los españoles no se acomodase de buen grado á las instituciones políticas que con tanta tenacidad han sido combatidas. La preponderancia del principio religioso sobre el monárquico, no se estrañará si se observa que éste no se ha presentado bajo la misma forma en todos los periodos de nuestra historia, ni en todas las provincias de cuya agregacion se ha formado el reino. Las leyes de Castilla, de Navarra, de Aragon, de Valencia, de Cataluña, las colecciones de fueros, privilegios y libertades; algunos hechos no muy antiguos, y ademas muy ruidosos, y restos bastante notables de los antiguos usos, recuerdan todavía á los españoles que la monarquía no ha sido siempre entre nosotros tan absoluta é ilimitada como en tiempo de Cárlos III. No negaré yo que la monarquía absoluta no estuviera profundamente arraigada, y que los hábitos de la nacion no se le hubiesen completamente acomodado: observaré, no obstante, que bastaron las escandalosas escenas del reinado de Cárlos IV para que el pueblo español escuchase sin alarmarse mucho, al principio de la guerra de la inde-

pendencia, que era conveniente poner cortapisas á la autoridad del poder supremo, para que no abusase de la fuerza en contra de los verdaderos intereses de la nacion: y tengo para mí, que si los hombres del año de 12 se hubieran convencido que la nacion española estaba fatigada de la tiranía de los privados, pero que no queria en cambio la tiranía filosófica, con todo el séquito de las teorías descabelladas del siglo XVIII y de la asamblea constituyente, no hubieran encontrado tan tenaz resistencia, ni hubiéramos visto nuestra desgraciada patria anegada en un piélago de sangre y de lágrimas.

"Ahí está el orígen de nuestros males: en ese muro de division que se ha levantado entre la religion y la política, en haberse hecho el nombre de novedad sinónimo de irreligion, el de reforma sinónimo de destruccion, el de libertad de licencia: y este pueblo grande y generoso, que á pesar de ser motejado de bárbaro por miserables habladores que no son capaces de conocerle, conserva un fondo de nobleza que pocas naciones sabrian imitar, ha dicho ya mas de una vez: "Si quereis la libertad, si quereis nuevas instituciones políticas, enhorabuena, hágase lo que se juzgue conveniente; pero si me engañais, conozco mi fuerza y sabré emplearla;" palabras terribles en boca de un pueblo como el español, que tiene tan vivo sentimiento de su fuerza, y que sabe echar mano de ella con tanto brio y energía, con tan heróica constancia. Yo no sé si se ha reparado que este pueblo, á quien algunos han querido pintarnos tan indiferente, tan apático y tan abatido, es, sin embargo, el pueblo mas terriblemente tenaz é indócil, cuando se le quiere manejar contra su voluntad, cuando se le quiere imponer la ley á la fuerza.

"Todos los grandes ejércitos, todos los inmensos recursos, toda la habilidad y astucia del capitan del siglo, se estrellaron contra la firmeza y heroismo de los españoles. Las grandes naciones de Europa, esas naciones tan brillantes y poderosas, habian doblado humildemente su cerviz, y la tenian aplastada bajo la planta del vencedor de Marengo, Austerlitz y Jena; y los bisoños soldados españoles peleaban impertérritos con los veteranos imperiales que venian orlados con los trofeos de la Europa vencida; y cuando las grandes capitales de Europa y sus mas inespugnables fortalezas se habian humillado ante los ejércitos franceses, contemplando sus triunfantes entradas con asombro y espanto, Zaragoza, Tarragona y Gerona burlaban con su constancia y denuedo todos los esfuerzos del valor, de la esperiencia y del arte. Nadie ignora cuáles eran las grandes ideas que pusieron á la sazon en movimiento al pueblo español: *Religion, patria y rey;* he aquí las palabras que circulaban

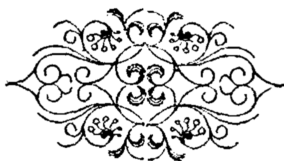
por todas las bocas; hé aquí lo que resonaba en todas partes, lo que se aclamaba en el combate, lo que se oia en los himnos de victoria, lo que daba aliento y esperanza en la adversa fortuna; he aquí lo que comunicaba á los españoles aquel brio y energía que les grangeó la admiracion de la Europa entera.

"Cuando los pueblos están dominados de ideas tan grandiosas, adquieren aquel temple de alma necesario para salir airosos de las mayores empresas. Como ideas semejantes se ligan con todo lo mas caro que tiene el corazon del hombre, y con cuanto le inspira mas veneracion y acatamiento, la accion que de ellas resulta es irresistible, duradera, tenaz, á la prueba del tiempo: y si ha llegado á encrudecerse con el combate, es menester ó respetar las ideas del pueblo, ó aniquilarle. Los choques vivos, la compresion lenta y poderosa, no conseguirán mas que aumentar la fuerza y elasticidad del resorte; éste gastará siempre el agente que le contraresta, y si una mano imprudente se le opone de golpe para detenerle del todo, esta mano será hecha pedazos." (*Consideraciones políticas sobre la situacion de España, cap.* 14).

Así mirábamos en Agosto de 1840 la situacion del pueblo español, así la miramos todavía ahora. No desconocemos los sulcos que ha dejado entre nosotros la revolucion; no se nos ocultan los que puede abrir de nuevo; no alimentamos la ilusion de que las creencias de la España del siglo XIX sea tan generales y tan vivas como las de la España del siglo XVIII; no pensamos que la España monárquica de Isabel II, sea la España monárquica de Cárlos III; pero sin que dejemos de hacernos cargo de las mudanzas que consigo lleva el curso del tiempo y de los acontecimientos, sostenemos, sí, que no hay sistema de salvacion para nuestra desgraciada patria; que no hay otro medio para volverla á su movimiento regular y saludable, que hacerla girar sobre los dos polos que arriba hemos indicado. Sostenemos, sí, que los dos poderosos elementos que deben regenerar á esta nacion desventurada, son los dos sentimientos que todavía se conservan entre nosotros: el *monárquico y el religioso.* Porque lo que necesita la nacion, es poder, y el poder en España es imposible sin monarquía; lo que necesita la nacion, es una reorganizacion social, y la reorganizacion social no se llevará á cabo si á ella no preside la religion.

Véase, pues, cómo ha hecho muy bien el *Conservador* en suponernos agenos del pensamiento de abogar por la *democracia pura;* véase cómo ha hecho muy bien en no suponernos ciegos admiradores de otros pueblos, tomando por vigor y energía, lo que es en realidad una agitacion febril. Mil veces hemos fijado nuestros ojos so-

bre esa gran nacion que aterró al mundo con su revolucion colosal, que se desbordó en seguida como un torrente devastador é inundó la Europa con raudales de ardiente lava, que pareció entrar por algunos momentos en su álveo, para correr por él sosegada y dichosa; pero que, agitándose de nuevo, arrojó con sola una convulsion á pais estrangero, á tres generaciones de reyes; mil veces hemos fijado sobre ella nuestros ojos, y al verla con un poder que mas bien lucha que gobierna, que mas bien se defiende que no protege, que se ve forzado á velar de continuo por su conservacion, sin que pueda velar por los intereses de la sociedad; al verla con esa tribuna imprudente que la enflaquece y la compromete; con esa prensa impetuosa que la perturba; al verla minada de sociedades conspiradoras que trabajan incansables, no solo para derribar el poder ecsistente, sino tambien para trastornar radicalmente la sociedad; al verla cuál consume en disputas estériles, en recriminaciones personales, en conmover y levantar las pasiones, ese caudal de inteligencia y conocimientos de que se halla enriquecida; lejos de admirar esa agitacion, ese movimiento, lejos de envidiar su posicion, lejos de juzgarla ventajosa, oprímesenos el corazon al pensar en su porvenir: porque nos parece que en el siglo presente como en el pasado, está tambien destinada á ofrecer á los pueblos algun doloroso escarmiento.



LA CIENCIA Y LA SOCIEDAD.

Hombres hay que viven en lo pasado, y los hay tambien que viven en el porvenir. Unos y otros condenan lo presente; aquellos ensalzan lo que fué, estos lo que será; los primeros se consuelan con recuerdos, los segundos con esperanzas: al fijar sus miradas en lo futuro, los unos exhalan un gemido y entonan funerales endechas, los otros saludan con himno entusiasta la aurora de un nuevo dia.

No nos afligen presentimientos tan tristes, ni nos deslumbran ilusiones tan halagüeñas: la descendencia de Adan sigue su penosa marcha sobre la tierra, segura de no encontrar aquí las perdidas mansiones de Eden; pero tampoco nos parece que la sociedad haya de sumirse de nuevo en el caos, y que su doliente seno haya de ser entregado sin piedad al suplicio del buitre. En pos de horrorosa tormenta, el Eterno hace resplandecer en las nubes el arco de la esperanza.

Creemos que en esto, como en muchas otras cosas, hay no escasa ecsageracion de una y otra parte; y no acertamos á ver qué beneficios pueden resultar á la humanidad, ni de ser engañada con mentidas promesas, ni espantada con tan formidables amenazas. De esta suerte se enciende en demasía el ardor de los unos, y se hiela la sangre á los otros; é impulsada la sociedad hácia puntos diferentes, pierde en la incertidumbre un tiempo precioso.

Contribuye no poco al aumento de la confusion de semejantes ideas, la falta de buena fé en algunos de los que en opuestos sentidos militan; notándose que en las razones alegadas, mas bien es-

fuerzan un argumento, que no espresan una conviccion. Triste condicion de las ideas en la época actual, el verse convertidas en instrumento de intereses, careciendo así de la libertad de campear en el terreno de la discusion con independencia é hidalguía. Si estos intereses, que toman á sueldo el pensamiento, fueran generales, se estendiesen á largo trecho de duracion, no limitándose á pequeño círculo de personas ó á breve espacio de lugar y de tiempo, no seria el daño de tanta monta; y aun sucediera casi siempre, que el entendimiento, luchando por ellos, no se apartaria de su natural objeto, que es la verdad. Pero desgraciadamente acontece muy á menudo lo contrario: las ideas se encuentran encerradas en un miserable recinto, y se agitan y revuelven en una atmósfera que las ahoga.

En la dilatada estension que han tomado las discusiones por medio de la prensa en Europa y América, complícanse á menudo en un mismo punto las cuestiones religiosas, filosóficas, políticas, legales y administrativas: resueltas de una manera, favorecen ó dañan á un partido, á un sistema, á una institucion, quizás á una persona, y esto basta para que se sepa de antemano cómo las resolverán las inteligencias militantes. Este es el efecto necesario de lo que se apellida *oposicion*, y que se ha pretendido legitimar á los ojos de la filosofia, como elemento indispensable en los gobiernos representativos. Si se hubiese dicho que esto era un mal que no se podia evitar y que no deja de producir bienes, compensando así los daños que acarrea, hubiéramos comprendido muy bien esta esplicacion; y dado caso de no hallarla satisfactoria, al menos nos pareciera razonable. Pero lejos de que se entienda en este sentido, se da por muy legítimo, ó al menos se mira como escusable, el emplear el error como arma de oposicion, y el combatir la verdad misma, si con ella se escuda el adversario. Doctrina funesta así á la ciencia como á la moral; pues que despojada del falso aparato con que se la cubre, no es mas que la canonizacion de la mala fé.

No desconocemos los beneficios traidos por la prensa; admiramos como el que mas ese conducto eléctrico, que en un momento comunica á un pueblo, á una nacion, al mundo, los pensamientos de un hombre; pero necesario es confesar que jamas se verificó un abuso como el que de este medio están haciendo las naciones civilizadas. La prensa es una nueva palabra, instantánea, general, duradera; y de ella sí que podria afirmarse lo que tan malignamente aplicaba Talleyrand á la oral, diciendo: que era concedida al hombre para disfrazar sus pensamientos.

Todo se da por bueno si favorece; todo por malo si contraría: se juzga de una opinion, no por su verdad intrínseca, sino por su va-

lor instrumental; hay una verdadera acepcion de doctrinas, como la hay á veces de personas; así como en éstas se arrumba el mérito para atender únicamente á la recomendacion que llevan, ó al interés ó afecto que inspiran, en aquellas se deja á un lado la verdad, y solo se mira el uso á que pueden servir. Es el principio utilitario aplicado á las ideas.

II.

Esta parcialidad se encuentra especialmente en las cuestiones sociales, políticas y administrativas; pero no están esentas de ella las demas, por tener á menudo puntos de contacto con las primeras. La nacion que en esta materia ha ofrecido el principal escándalo, ha sido la Francia; escándalo tanto mas funesto, cuanto las escuelas francesas ejercen grande influjo, sobre todo, en el Mediodia de Europa. Las revoluciones religiosas y políticas de Alemania, de Inglaterra y demas paises del Norte, acontecieron en épocas en que la prensa no habia tomado ni de mucho el vuelo que hoy; hallábase limitada á obras de alguna estension, y por consiguiente mas meditadas, y donde podian tener menos parte las pasiones del momento. Verdad es que los folletos no eran cosa desconocida, y que contribuyeron tambien á la ecsaltacion de las pasiones populares, y al favor de ciertas miras; pero la prensa no habia conocido la fuerza que podia adquirir con una accion continua. El periodismo propiamente dicho, no ecsistia; faltaba, por tanto, el principal medio que ahora tiene la prensa de dirigir todas las grandes cuestiones é influir en todos los negocios.

La inteligencia por sí sola, no se habia erigido en poder; éste no era considerado como legítimamente poseido, y mucho menos ejercido, si no estaba vinculado con determinado rango social, ó con alguna institucion respetable. Así, los primeros ensayos del periodismo, versaron sobre objetos científicos y literarios, y se ocuparon en la crítica de las obras que veia la luz pública. Los artículos de costumbres fueron un gran paso para acrecentar la accion é influencia de los periódicos: con la crítica de las costumbres, quedaban de hecho erigidos en censores de la sociedad; un paso mas, y se les venia á la mano la censura de la política.

Cuando la revolucion de 1789, la Europa habia sufrido ya el lento cambio que preparaba el ascendiente de la inteligencia, considerada en sí misma y con independencia de las clases é instituciones; por cuyo motivo, tan luego como se trabó la gigantesca lucha entre lo antiguo y lo nuevo, apareció, cual uno de los principales contendientes, la prensa periódica. Este ejemplo influyó naturalmente en

el resto de Europa y de América, particularmente en los paises sometidos á un régimen de libertad política; y en Inglaterra y en los Estados-Unidos, tomó bien pronto el naciente fenómeno dimensiones colosales. En estos dos paises, la discusion ha podido ejercitarse de otra manera que en Francia: la Francia era un pais viejo en que se planteaba de repente un sistema nuevo; la sociedad de los Estados-Unidos se levantó por su independencia y libertad; y despues de la victoria no se halló con opiniones encontradas ni intereses en pugna: la Inglaterra era un pais amaestrado ya en la dura escuela de las revoluciones, disfrutaba de un régimen nacido de ellas, y por lo mismo tenia mas embotada la susceptibilidad, y menos anhelo de mudanzas.

En la revolucion inglesa descollaba el fanatismo religioso; en la americana el sentimiento de independencia nacional; en la francesa preponderaba el filosofismo: estos caractéres no se han borrado todavía de la frente de estas naciones. En las cuestiones sociales y políticas de la Gran Bretaña, figura siempre en primer puesto la Irlanda, esa gran víctima, terrible personificacion de todas las víctimas de la persecucion religiosa; la patria de Washington se conmueve todavía al menor asomo de prepotencia de su antigua dominadora; en Francia encontrareis aun en la sociedad, en las cámaras, en el poder, personificada la filosofia en Lamennais, en Lamartine, en Cousin. En este último pais, la filosofia ha dañado á la política; pero en cambio la política ha dañado á la filosofia: esta amalgama ha hecho que la política participase de la abstraccion teórica, y que la filosofia se resintiese de la mezquina estrechez de la práctica; los sistemas puramente ideales se apoderaron del gobierno, intereses de momento penetraron en la region de las ideas.

He aquí una de las diferencias características entre la Francia y la Alemania. En ésta, la política es eminentemente práctica, y por tanto, mas juiciosa; la filosofia es eminentemente abstracta, y por lo mismo es mas concienzuda. Y adviértase que no decimos *sólida*, ni *verdadera*, sino *concienzuda;* porque las opiniones mas estravagantes se profesan á veces con la mayor buena fé. Los filósofos alemanes no han cambiado las instituciones sociales y políticas de su pais, no han pasado del bufete al ministerio, de la cátedra á la tribuna; encerrados en sus gabinetes, sedientos de una verdad que no han de encontrar, porque la buscan donde no está, se entregaron á penosos estudios, á meditaciones profundas; allí pasaron sus dias ofreciéndolos en holocausto á la ciencia. Kant no salió nunca de Koenisberg. De los hombres que en Francia figuran en los primeros puestos del Estado, no puede ciertamente decirse lo

mismo. ¿Quién ignora lo que son ahora, y lo que eran antes de la revolucion de 1830 Cousin y Villemain, Thiers y Guizot? La revolucion, debilitada por sus escesos y hasta por sus triunfos, y vencida, en fin, por la Santa Alianza en los años de 1814 y 1815, se disfrazó durante la restauracion con el manto de la filosofia; vino la nueva era de 1830; las cátedras quedaron desiertas, la revolucion no necesitaba su disfraz; quitóse la máscara y tiró su manto. En cierta época M. Cousin, que despues ha sido ministro *conservador*, rodeado de sus discípulos, les leia en misterioso secreto las páginas de los periódicos de la revolucion, cual otro Sócrates iniciando á sus adeptos en los arcanos de recóndita sabiduría; pero M. Cousin ha conquistado una posicion brillante, y Sócrates bebió la cicuta; para palpar la diferencia, no habiamos menester que el filósofo francés tuviese la singular humorada de hacer, como hizo, la apología de los jueces del filósofo griego.

Hubo un tiempo en que el genio andaba con mucha frecuencia hermanado con la desdicha y la pobreza: Horacio y Virgilio necesitaron un Mecenas; Cervantes y Shakspeare vivieron y murieron pobres; Tasso sufrió la miseria; Camoens mendigaba su sustento. Esto era una injusticia social; pero bajo cierto aspecto producia un gran bien; el camino de la inmortalidad no era paralelo con el de las riquezas y de la ambicion; la ciencia era un medio mal seguro para amontonar tesoros ó escalar encumbrados puestos; y por esto mismo era mas sólida, mas grave, mas paciente, y sobre todo, mas cándida y sincera.

III.

Si la codicia y la ambicion contaminan las ciencias, el febril ardor de la atmósfera en que viven los hombres de la presente época, las malea y estravía. Hasta los corazones bien nacidos, hasta aquellos hombres de conviccion firme, intencion recta y espresion osada é independiente, es casi imposible que no se resientan de las pasiones de su tiempo, como el viviente del elemento en que respira. Antes no solo estaban la sociedad y la política separadas de la ciencia, sino que la misma ciencia se hallaba distribuida en distintas clases que no se rozaban, que moraban en regiones totalmente diferentes. ¿Qué tenian que ver con la jurisprudencia las ciencias naturales, ni la poesía con la organizacion social y política de los pueblos? En la actualidad todo se toca, cuando no se confunde: los conocimientos han de ser universales; una obra completa sobre una ciencia particular, es poco menos que una enciclopedia. Los filósofos se elevan á la cumbre del gobierno, los comerciantes llegan á

ser hombres de Estado, los médicos y los naturalistas tratan de metafísica, de moral, de religion, y los defensores de la religion y de la moral han de abarcarlo todo, porque se los interroga ó ataca en todas materias y bajo todos los aspectos.

La intervencion popular en todo linage de negocios, se ha hecho efectiva; bajo los gobiernos libres, como bajo los absolutos. Todos nos ocupamos de todo; de palabra ó por escrito, pública ó privadamente, todo se ventila, se somete á discusion, se aplaude ó censura; y la influencia que de esta intervencion resulta, podrá ser mas ó menos directa, mas ó menos pronta, mas ó menos visible, pero siempre es eficaz.

Uno de los caractéres distintivos de los escritos de nuestra época, es que el autor se manifiesta ocupado, si no afectado, de los objetos que le rodean. Quizás no se haya reparado bastante en esta particularidad, y así no será fuera del caso hacerla sensible, aclarando la observacion por medio de un cotejo. Recorred las obras de los siglos anteriores, aun de los mas agitados y turbulentos, y vereis que los autores escriben con una calma envidiable, con una abstraccion incomprensible. Será tal vez durante las guerras entre los señores y los comunes, entre el feudalismo y la monarquía, y sin embargo, los escritos llevan el sello de la tranquilidad mas sosegada. No parece sino que el autor se trasladó á un desierto, y que nada sabia de lo que en el mundo pasaba. Mientras arde el pais en vivas discordias y se derrama á torrentes la sangre, ellos hablan calmosamente de política, y van á buscar las razones y los hechos en las sociedades griega y romana. ¿Era miedo? ciertamente que no; pues en las crónicas no refieren lo que está sucediendo, y no hay motivo para callar en un caso lo que espresan en otro. Además, que antes de la invencion de la imprenta, los escritos no alcanzaban tan fácilmente publicidad, y muchos de los que actualmente disfrutamos, quizás á ella no los destinaba el autor. Estas razones no militan para despues de la invencion de la imprenta, en cuyo tiempo se verifica tambien en cierto modo el mismo fenómeno; pero tampoco es posible atribuir á miramientos ó temor, lo poco que se fijan los autores sobre lo que en su alrededor acontece. En una obra publicada en Alemania, podíase decir de la Italia todo lo que se quisiese; y ni Isabel de Inglaterra, ni Felipe II de España, se hubieran cuidado mucho de lo que se dijera en su reino sobre la organizacion social y política de los pueblos gobernados por el odiado rival.

La causa, pues, de la diferencia que estamos indicando, consiste en el espíritu de los tiempos, en que á la sazon se estudiaban los li-

bros y no la sociedad. Esta es ahora como una escena que se ejecutara en un salon cubierto de grandes espejos: todos los actores tienen doble atencion, directa sobre lo que ejecutan, refleja sobre la misma ejecucion reproducida en el espejo. La observacion continua del hombre y de la sociedad en todas sus partes, bajo todos aspectos, en todas sus relaciones, he aquí la señal característica del espíritu humano en este siglo. La poesía, la literatura, la historia, las mismas ciencias naturales y esactas, las metafísicas, las religiosas y morales, todo se endereza á este punto, todo converge hácia él, por distinto que sea el objeto inmediato.

Esto seria un bien de alta importancia, si las convicciones fuesen mas frecuentes y robustas; porque el espíritu, hallándose afectado mas vivamente, se espresaria con mayor entonacion, empleando un acento mas alto y penetrante: pero desgraciadamente el escepticismo ha hecho estragos hasta en las materias mas graves y trascendentales: y un entendimiento escéptico, es inseparable compañero de un corazon seco. ¿Qué importa la sensibilidad mas ó menos delicada con que pueda haber favorecido la naturaleza? Dejad que algunos desengaños hayan venido á marchitar las ilusiones, bien pronto vereis que desaparece esa sensibilidad natural, como de un frasco vacío y espuesto al aire, se escapan los restos del delicioso aroma.

IV.

Comparando nuestro siglo con los precedentes, se echa de ver que antes las facultades del espíritu humano, se ejercitaban y desarrollaban aisladamente: ahora se desenvuelven con simultaneidad. Quién se entregaba á la imaginacion, quién á los sentimientos, quién cultivaba la razon, quién la memoria; pero acontecia con mucha frecuencia, que el hombre ocupado en uno de estos objetos, conocia apenas otro diferente. Los poetas, los literatos, los eruditos, los filósofos, eran clases que tenian entre sí poco contacto; y no se habia creado esa homogeneidad que asemeja, en cuanto es posible, á todos los hombres de alguna ilustracion. En la actualidad, se piensa sintiendo, se siente pensando, se amontona erudicion, pero se filosofa sobre ella; se trata de filosofia, pero se la siembra de erudicion; el poeta razona como un filósofo; el filósofo canta como un poeta; ambos disertan como un erudito: y este á su vez, suelta, cuando le viene en gana, el fárrago de sus noticias, y os entretiene largo rato con narraciones de novelista, con observaciones filosóficas, ó con los armónicos acentos de un vate.

Lo que se verifica entre los hombres formados, desciende tambien

á los rudimentos de la educacion; un niño aprende de una vez muchas cosas, y lejos de limitarse al catecismo y al latin, estudia la geografía, la historia, la literatura, la poesía, la ideología, y recibe noticias de todo en diminutas enciclopedias.

En ningun pais del mundo se puede notar mejor esta diferencia, que en España. En los demas, el mundo antiguo ha desaparecido mucho tiempo ha; pero entre nosotros es tan reciente su destruccion, y se conservan todavía tantos de sus restos, que es muy fácil hacer este cotejo. Para convencerse de esto, es necesario salir de la region de los escritores, y descender á la sociedad; porque muchos de los que escriben, ó han recibido ya en un principio educacion é instruccion á la manera del siglo, ó conocedores de las necesidades de la época, han cuidado de procurarse conocimientos que los elevasen al conveniente nivel, y se han acomodado á las nuevas formas que, mas ó menos convenientes, se han hecho no obstante indispensables.

Cuando se compara el mundo antiguo con el nuevo, no es menester, como algunos creerian quizás, ceñirse á los hombres de cierta edad, instituyendo la comparacion entre ancianos y jóvenes. Lo nuevo y lo antiguo han marchado paralelos entre nosotros por espacio de medio siglo; con las alternativas de clandestinidad á que recíprocamente se han condenado, segun andaran los respectivos tiempos y fortunas: y así es que se han formado crecido número de hombres en una y otra escuela, que ahora se encuentran cara á cara, y que así se entienden entre sí, como allá en los siglos medios entenderse pudieran árabes y germanos.

La fijeza de principios, la unidad de miras, caracterizan á los alumnos de la escuela antigua; la vaguedad de éstas y la movilidad de aquellos, distinguen á los de la escuela moderna; en los unos prevalecen y dominan las creencias religiosas, las mácsimas morales; en los otros preponderan los intereses materiales, el gusto por una civilizacion brillante y seductora, la tendencia á cierto progreso social, vago, indefinido, de que ellos mismos no alcanzan á darse razon. Los primeros se señalan por un raciocinio severo, pero seco; los segundos por una esposicion oratoria, pero inesacta; aquellos no comprenden la sociedad nueva; éstos en cambio no conocen la antigua; son pueblos que han plantado sus tiendas en un mismo pais, pero que hablan distinta lengua, vienen de regiones diferentes, y se encaminan á region diferente tambien. ¡Dichosos los hombres que conociendo la lengua de ambos, puedan mantener relaciones leales con unos y otros, sirviéndoles primero de intérpretes, y luego de conciliadores!

Los que pertenecen á la escuela antigua, están en posesion de principios de eterna verdad; los que se han inscrito en la moderna, se han apoderado del movimiento del siglo; ¿por qué no podrian entenderse y avenirse? Ni cabe transaccion en materias de verdad, ni es posible detener el siglo en medio de su veloz carrera; pero ¿es, por ventura, la verdad enemiga del movimiento, ni el movimiento incompatible con la verdad?

El universo entero está entregado á un movimiento incesante, á pesar de hallarse sometido á leyes constantes y fijas: el planeta que describe su órbita con la misma regularidad que la aguja de un péndulo, no deja de seguir su carrera con la velocidad del rayo.

Esta conciliacion, que es, á no dudarlo, una de las primeras necesidades de nuestra época, y cuya satisfaccion presenta de cierto un complicadísimo problema que resolver, puede, sin embargo, obtenerse á fuerza de trabajo, de perseverancia, y sobre todo, de buena fé. Mas ó menos, el problema está por resolver en todos los paises civilizados; pero en España, es urgente, apremiador, porque no solo se refiere al porvenir como en otras naciones, sino que se liga íntimamente con la situacion actual, se enlaza con los demas de interés presente, inmediato; y todo cuanto se haga para aplazarle indefinidamente, no es mas que prolongar las angustias y dolores de un enfermo que sufre.

Estas consideraciones nos hacen desear con ansia que cuantos toman parte en la discusion de las cuestiones que motivan nuestras desavenencias, procuren, en lo posible, abstenerse de irritar las pasiones, ocupándose de cosas, no de personas, y mostrando con lenguaje cuerdo y mesurado, que se pugna lealmente por la causa de la verdad, que no influye en el ánimo el espíritu de resentimiento y de venganza.

Defiéndanse en hora buena los sanos principios con aquel hidalgo calor, con aquella robusta entonacion que nacen de profundas convicciones, que inspira el interés de una causa noble; no importa que en el acento se deje conocer la indignacion de un pecho herido por el descaro de la mentira ó la impudencia de la injusticia; lo aplaudimos con toda la efusion de nuestra alma, porque sabemos que el corazon se ha dado al hombre para sentir, y que la religion y la razon declaran santa una indignacion que por tales motivos se concibe; lo aplaudimos, porque tenemos fé en el triunfo de la verdad y de la justicia, y no creemos que sean impotentes y estériles las voces que en su defensa se levanten. Pero no olvidamos tampoco, que la vehemencia no es el insulto, que la indignacion no es la rabia, que una protesta enérgica é hidalga, no es el repugnante

ahullido de ciega desesperacion. Solo á los débiles que en ella se agitan con impotente cólera, les es tolerable el estéril desahogo de abrumar al adversario con indecorosos denuestos. El fuerte que está seguro de tener la razon de su parte, pronuncia algunas palabras firmes, pero mesuradas. Si no producen efecto, con la mano puesta sobre el corazon, protesta ante Dios y los hombres de la injusticia que se le irroga, y se retira sosegado y calmoso, diciendo en su interior: "mi hora sonará."

La verdad y la justicia no han menester armas innobles, ni los esfuerzos de un delirante; en su propio seno llevan la seguridad del triunfo; su mas bien templado escudo es la santidad de su causa. No empañeis su lustre escoltándolas con indigno cortejo; no creais robustecerlas dándoles ausiliares villanos; no hagais que se defiendan con armas vedadas: éstas les asientan mal; contaminan su mano, las degradan y envilecen, como á caballeros hidalgos y valientes, las tretas de la alevosía ó el puñal del asesino.



LA PALABRA FILOSOFIA.

Palabras hay que todos pronuncian, que pocos profundizan, que los mas entienden con aquella inteligencia superficial, vaga, fluctuante, que es lo que basta para que circulen sin cesar como una moneda conocida, de cuyo valor nadie duda, cuya ley, á punto fijo, nadie determina. Tal es la palabra *filosofia;* esa palabra que ha invadido todos los objetos, que se ha desparramado sobre todas las clases, que domina la literatura, que se estiende á las bellas artes, que predomina en las ciencias. Hubo un tiempo en que se consideró la filosofia como una ciencia esclusiva, del todo separada de las demas, limitada á ciertos objetos, formando lo que se llama un cuerpo de ciencia; pero ahora, y desde el siglo pasado, la filosofia no es un ramo de los humanos conocimientos, no es su raiz, no es su fruto; es un jugo precioso que se desliza suavemente por todas partes: y así hay filosofia científica, filosofia literaria, filosofia artística, filosofia de mundo, filosofia de todo. Y pues bien, ¿qué significa esta palabra, tomada en todo su vigor, en toda su esactitud, pero sin quitarle nada de su generalidad, para que sea aplicable á tantos y tan variados objetos, de tan diferente naturaleza, de tan distintas formas, de tanta diversidad de colores, de tanta gradacion de matices? Daremos una definicion fácil, sencilla, pero que en su sencillez lo abrazará todo; procuraremos que aquí se verifique el célebre dicho inscrito sobre la tumba de Boherarve: *Sigillum veri simplex*, "la sencillez es el carácter de la verdad." La filosofia consiste en *ver en cada objeto todo lo que en él hay, y sin*

mas de lo que hay. Hagamos la prueba: tomemos esa palabra en la acepcion que se acaba de fijar, y hagámosla recorrer todos los objetos á que aplicarse suele; y si se les ajusta perfectamente, si basta un simple careo, digámoslo así, para que se conozcan y se unan, será señal evidente de que hemos dado en el blanco, de que hemos señalado el rasgo característico de la verdadera filosofía.

Y ante todo, es menester advertir cuán necesaria era la limitacion que muy de propósito hemos añadido, y *no mas de lo que hay;* porque así como hay entendimientos cortos y oscuros que nada aciertan á ver y distinguir, los hay tambien demasiado vivaces y puntiagudos que en todo cavilan, que todo lo aguzan, pareciéndose á las cabezas desvanecidas por algun accidente, que pretenden ver centellas estando á oscuras, y estar mirando muchos y variados objetos cuando en realidad no ven nada. ¡Oh! y cuánto abunda en el mundo esa menguada filosofía; de todo se habla, sobre todo se discurre, son fáciles las ilaciones, se sientan arbitrarios principios, y la pobre verdad sale tan mal parada, cual puede esperarse de haberse encomendado su investigacion al mas temible de sus adversarios: *el charlatanismo.*

Hasta el verdadero talento, mayormente el que raya en genio, corre no escaso peligro de caer en este vicio. Llevado de la impetuosidad que suele acompañarle, orgulloso con el sentimiento de su fuerza, precipitado por la misma facilidad que tiene en concebir, toma en manos los objetos, juguetea con ellos como con cosa baladí, y mas de una vez los desflora y los estropea. Pero dadle un momento de reposo, haced que algo concentrado pueda fijar sobre el objeto su mirada de lince, y entonces el objeto, á sus ojos, se vuelve cristalino, penetra su corazon, desenvuelve todas las sinuosidades, y señalando con mano certera el punto esencial, dice: *vedle, ahí está.*

Pero hagamos una rápida reseña de los principales ramos á que se aplica la palabra filosofía. ¿Que es lo que se llama filosofía de la historia? Es el verdadero conocimiento de los hombres y de las cosas; es la ojeada penetrante sobre los acontecimientos en todo su enlace y trabazon, en todo el encadenamiento de los efectos y causas; es la concepcion intuitiva de los hechos, parecida á la contemplacion de una escena en las tablas; es el sentimiento mismo de las pasiones que agitaban á los hombres en los varios tiempos y paises. Esto es la filosofía de la historia, porque así se ven los objetos tales como son y no de otra manera; porque no es una simple narracion de guerras, de batallas, de nacimientos y muertes de príncipes; es decir, es algo mas que una relacion descarnada, que nada ani-

ma, nada pinta, á nada comunica vida y movimiento, haciendo que asistamos á las escenas históricas, no con el interés de apasionados espectadores, sino como curiosos frívolos que están ecsaminando un museo de estrañezas y preciosidades.

¿Qué es la filosofia en literatura? ¿es acaso ni el conocimiento ni la aplicacion de las reglas? No: es la razon de las mismas reglas, es el análisis combinado del entendimiento y del corazon, es el estudio de todo el hombre en sus relaciones con la espresion. ¿Y por qué este conocimiento se denomina *filosofia en literatura*, y no se apellidan así las reglas? Porque las reglas son nada sin la razon que las apoye, ó son vagas generalidades que no se llegan bastante de cerca á los objetos, para que por medio de ellas se pueda descubrir qué es lo bueno ó lo malo.

Llamamos filósofo á un hombre que sabe dar á las cosas su verdadero valor, que nada desquicia ni ecsagera, que imponiendo silencio á sus pasiones y rechazando el estímulo de los intereses, deslinda los objetos, aprecia sus diferencias, coteja sus semejanzas, clasifícalo todo cual conviene, y lo deja en su verdadero lugar y punto de vista. Por la misma razon, cuando hay un hombre desprendido que se desentiende de vaciedades, que se eleva sobre las preocupaciones que ciegan al comun de los hombres, obedeciendo nosotros á aquellas secretas convicciones que mas ó menos todos abrigamos de que en el mundo hay mucho de hueco y de vano, como para dar á entender que aquel hombre no estima las cosas en mas ni en menos de lo que son, le llamamos *afilosofado*.

Bastantes son estas breves indicaciones para dar á conocer lo que se entiende por *filosofia:* bastan para dar á conocer que no hay filosofia donde no hay mas que palabras, que no hay filosofia donde solo se encuentran pensamientos atrevidos ó imágenes brillantes; que solo hay filosofia donde hay verdad.



UN CASTILLO Y UNA CIUDAD. (*)

I.

—Encumbro hasta las nubes mi frente soberana; mis plantas besa el mar: al rugir la tormenta, miro con desden alzarse las olas embravecidas que se estrellan á mis piés. La hermosa llanura de Barcino me sirve de riquísima alfombra; y cuando el mar en calma se tiende sosegado en su lecho, los navegantes que se dirigen á la orilla, dirian que tengo mi asiento en estrado de bruñido y resplandeciente cristal.

Al rayar la aurora, relumbran en mis sienes los primeros destellos de su luz; y antes que el sol naciente convierta el mar en un lago de fuego, me paga su tributo esmaltándome de perlas y de oro.

En la oscuridad de la noche me columbra el marinero cual gigantesca fantasma que guarda las entradas de la tierra; ¡guay de quien se aprocsime no queriendo yo!

Orladas mis sienes de antiquísima muralla, la llevo airosamente sobre mi cabeza, como un antiguo conquistador su capacete de hierro: entregados al viento, no flotaran con tanta magestad sus penachos, cual sobre mis soberbios baluartes el pabellon de Castilla.

(*) *Diálogo entre Monjuich y Barcelona*, una de las mas ricas é importantes provincias de España. Monjuich, situado sobre la elevada cumbre de una montaña, es un *castillo inespugnable que* domina la capital del antiguo principado de Cataluña, y que en breves horas podria reducirla á cenizas. El Sr. Balmes, en su brillante composicion, hace varias alusiones á los diferentes movimientos revolucionarios de que fué teatro Barcelona durante los últimos años; pero muy particularmente al pronunciamiento que estalló en dicha capital contra la *regencia de Espartero* el año de 1847. (*Nota del Editor.*)

El bramido del trueno no es tan terrible como mi voz; mis saludos hacen temblar la tierra, y retumban á lo lejos en la inmensidad de la mar: cuantos vivientes hay á largo trecho, se estremecen y azoran; el labrador suspende sus faenas y contempla la llama y humareda de mis fuegos, cual inflamado aliento que lanzara entre los mugidos de su cólera, espantosa fiera.

II.

¿Veis la reina de Cataluña, la mas preciosa joya de los monarcas íberos, que yace á las orillas del mar, semejante á una riquísima concha que las oleadas arrojaran á la playa? Es mi esclava.

—No soy tu esclava.

—¿No sabes que mientras yo quiero, alegre y bulliciosa retozas á mis piés, cual niña juguetona á los de su amo; y que alzando mi voz aterradora, no se estremece mas vivamente la endeble caña?

Si en dia de alborozo y gala retumba mi bramido sobre tu cabeza, tus edificios se conmueven, retiemblan tus cristales, tus doncellas palidecen, y el niño sobresaltado corre lloroso y vacilante en busca del regazo de su madre.

—No soy tu esclava.

—¿No eres mi esclava? un dia, solo un dia me indigné contra tí, ¿no lo recuerdas? ¿olvidaste aquellas horas en que mis bocas formidables, rebramaban enfurecidas, derramando sobre tí torrentes de fuego, é inundándote con espesa lluvia de hierro candente?

¿No eres mi esclava? ¿Tan en breve olvidaste el estridor horrísono de los descomunales proyectiles que yo te arrojaba, mas ligero que el niño al lanzar las piedras de su honda? ¿Olvidaste cuando se alzaban rápidos hasta la region de las nubes, y suspendidos sobre tu cabeza parecian buscar la víctima, y blandian su inflamada cola á manera de aciagos cometas? ¿Olvidaste cuando descendian, veloces como el rayo, y el estrepitoso hundimiento de los techos, y el desplomarse de los edificios, y el espantoso estallido al reventar, saliendo de las entrañas de la tierra?

¿No eres mi esclava? y bandada de tímidas palomas no se dispersan mas presto al estallar el arma del cazador, que tus hijos al retronar mis cañones!

Esas fábricas que orgullosa levantas, ostentando tus tesoros y opulencia; esos vistosos edificios donde preparas suntuosas y brillantes moradas, do pasar puedas las horas en que te embriagas de placer, reducirlas á pavesas está en mi mano: si me place, en breves instantes tu hermoso cielo cubrirse ha de la polvareda de las

ruinas; y envuelta en nube de humo, contemplarán con espanto los paises comarcanos, que Barcino está ardiendo cual despreciable pajar.

III.

—En paz y armonía. largos siglos viviéramos; y el cebarte en mi destrozo, y el insultar mi llanto, y el alzarte erguido sobre mí, cual buitre sobre su presa mirando si respira aún, posible no creyera. Si á dominacion estraña trasladado te hubiese traicion aleve, entonces, y solo entonces, sospechara que tus fuegos pudieran contra mí.

Un dia infausto, sacudiendo sobre mi seno la fatal discordia su viperina cabellera, de sangre regó mis calles; cegados de insana cólera pelearon hermanos contra hermanos, con la impetuosidad y bravura que los terribles trances recordaran de las huestes de Berwick.

Si en la aciaga hora en que revolcándose en su sangre las infortunadas víctimas del popular corage clamaban venganza, llamado te creiste á socorrerlas, continuaras vomitando el fuego que ya entonces comenzaste, viera yo armas contra armas, furor contra furor. Pero cuando amansada la popular tormenta, quedaron mis calles desiertas, y solitarias mis murallas; cuando tantos de mis hijos en atropellada fuga se esparcieran por la campiña, esperando con angustiosa impaciencia el desenlace de tan funesto drama; cuando pacífica y sumisa franqueara yo mis puertas, tendiendo á los sitiadores una mano amiga; cuando de la lealtad de mis palabras ofreciera tan seguro garante en mediadores esclarecidos; cuando mi venerable pastor llevaba enlazado con el báculo episcopal el ramo de olivo; cuando. . . . .entonces, sobre mí desmantelada, indefensa, casi desierta, vomitar fuego! . . . . . No, no era esto lo que les decia á los soldados su corazon español; mas gustosos á una brecha se arrojaran, que no asistir friamente al incendio y ruina de infortunada ciudad.

Guardian de mi reposo, protector de mis riquezas, te creia yo: y el lienzo armado de cañones jamas me causara mella, porque asestados tan solo los veia á campos enemigos. Si el pabellon britano asomar columbraba en lejano horizonte; si soberbio con los trofeos de las orillas del Indo y de las playas del Celeste Imperio, parecia recordarme de Trafalgar las aguas, de Gibraltar las almenas, involuntaria mirada daba yo á tus murallas; y ensanchado el corazon, latia de contento, y me decia: "tu defensa está allí."

¿Qué me importaran las bravas legiones que del Pirene descender pudieran hasta mis llanuras? cuando trabada en mis campos encarnizada lucha, tronará sobre sus cabezas el gigante de las cien bocas

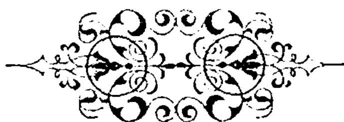
de fuego; despavoridos correrán á ampararse á sus trincheras, escondiendo su afrenta.

Si orgulloso retumbar hicieras en festivo dia el aire estremecido, tu orgullo era mi orgullo: izaba ufána el estandarte de mis reyes, que alzado [illegible] mis naves á la vista de estrañas velas, parecia decirlas: "escuchad y temblad."

En mal hora deshojaste tan hermosa ilusion; en mal hora, á codiciosa envidia de estrangeros, cruel placer suministraste, con horrendo espectáculo de mi incendio y ruina; en mal hora, con fúnebres recuerdos enlazaste hasta el estampido de régia gala.

¡Aciago, aciago recuerdo que otro estampido ha de borrar! ¿Sabes cuál es? Vendrá un dia, vendrá un ansiado dia, en que montará sobre el horizonte el sol mas esplendente y bello, hermosa aurora matizará el Oriente con delicados colores, y mi pueblo apiñado sobre la muralla, esperará ansioso que llegue á tu cumbre un rayo de oro. Entonces tronarás como el Etna en sus horas de corage, y al son de tus truenos danzarán alborozados mis hijos, con la misma tranquilidad que el sencillo aldeano al son de rústica zampoña. ¿Sabes lo que dirán tus truenos? dirán que ha sonado la hora en que la escelsa hija de cien reyes se ha sentado bajo el dosel de San Fernando.

Entonces desearas espesa nube que te ocultara á los ojos de la reina; entonces, cuando por vez primera la indignacion enciende el rostro de la inocente magestad, temblarás medroso en su presencia, y le dirás sumiso: "Señora, no fuí yo."



ALBION.

¡Albion! ¡Albion! ¡de la torva frente sombreada con eterna bruma! Inhospitalarias fueron un dia tus ateridas costas; arribando á ellas temblaba medroso el navegante, arrebatado por brava tempestad. Hoy, señora de los mares, temida de las naciones, estiendes tu renombre y tu pujanza de Oriente á Occidente, de Aquilon al Sud. Mil y mil velas en tus puertos reposan, mil y mil despides á lejanas regiones, mil y mil te llegan conduciendo las riquezas de nuevos mundos, los tesoros de cien pueblos que orgullosa dominas. Jamas pujanza se igualara á tu pujanza, jamas altivez á tu altivez. Tiro, cuyas riquezas asombrada narra la docta antigüedad; Cartago, la rival de la soberbia Roma, la patria de Aníbal, nada fueran en presencia de tí. Nunca sus naves llegaron á tus naves, nunca sus obras á tus obras, nunca su imperio á tu imperio.

Babilonia, la ciudad de los jardines suspendidos, de las inmensas murallas, de los diques con cien puertas de bronce, comparable apenas fuera con la populosa ciudad asentada á las márgenes del Támesis. Magestuoso templo, de la Roma cristiana recuerda los prodigios con su magnífica fachada, sus altísimas torres, su soberbia cúpula. ¡Oh dolor! el cisma lo profana; con el nombre del apóstol de las gentes en vano se intitula; que el apóstol de verdad homenages del error no acepta. Westminster, de caprichosas labores con indecible trabajo enriquecida, con sus atrevidas pirámides, su viejo semblante, sus innumerables capillas, sus antiquísimos sepulcros, recuerda al viagero lo que fuiste un dia, cuando de Patricio y Agustin conservaras intacta y pura la augusta enseñanza. ¿Quién con

asombro y estupor no contemplara la línea de magníficos puentes que enlazan los dos costados de la inmensa ciudad? ¿quién la cordillera de palacios, de soberbios monumentos que atestiguan el poder de un gran pueblo? ¿quién sus grandiosos parques, sus doks y sus inmensos astilleros? ¿quién las velas sin número que cubren las aguas del rio lleno un dia de incultos cañaverales, ahora sulcado por humeantes caños, que cual flechas verticales, recorren el caudaloso cauce? ¿quién sin asombro atraviesa la prodigiosa arcada subterránea, que en sus hombros sostiene la desmesurada mole de arrebatada corriente?

Poderosa Albion, ni tu suerte envidio, ni deseo tu ruina: que si á la patria mia males sin cuento acarrearle intentas, si recordando el poder de la invencible armada te vengas sobre el imperio del gran monarca, no satisfecha con el ausilio que en hora aciaga te prestó la tempestad, no á tí se encomendó nuestra defensa, no á tí nuestras glorias.

Si el pabellon lusitano se abate sumiso en presencia del tuyo, si altiva y desdeñosa los destinos riges de la patria de Gama, no es tuya la culpa. Pujanza y gloria buscan con afan las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú: baldon á quien prepara ignominia tanta; baldon á quien la sufre. ¡Oh! quién evocara de la tumba al héroe ilustre que con tanto brio y osadía zarpara de las costas lusitanas hácia las distantes regiones donde nace el sol! ¡quién al doblar el formidable cabo de las tormentas, guardado por la gigantesca sombra, inmortalizada por el genio de Camoens, le predijera que su patria en tres siglos transformarse habia en humilde colonia del poder britano! ¡quién le dijera que en medio de tanto abatimiento, se apellidaria libertad, y con desden se condenaran la *ignorancia* y *fanatismo* de aquella generacion gloriosa!

Si en las márgenes del Sena tus ecsigencias triunfan, si tus amenazas amedrentan á la *política modesta* (1) de los hombres que la gloria mancillan de Luis XIV y de Napoleon, si en Oriente tu pabellon prevalece sobre el pabellon de San Luis, si cada dia mas y mas eclipsas los recuerdos de Godofredo y del vencedor de las Pirámides, no es tuya la culpa: pujanza y gloria buscan las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú. No es tuya la culpa, si entronizada sobre las ruinas de las creencias de un gran pueblo bastarda filosofía, no acierta á darle actividad sin frenesí, ni sosiego sin mengua.

De Isabel de Castilla la gloriosa enseña, el pabellon que triunfan-

---

(1) Espresion de Guizot en una célebre discusion.

te paseara por mundos desconocidos, hallando el primero nuevos rumbos para medir la redondez del globo, que venciera en Pavía, en San Quintin y en Lepanto, ¡oh dolor! tampoco en tu presencia desplegarse osa con ufana gallardía; tambien en tu presencia se humilla en las mismas costas de donde salieron un dia soberbias flotas para conquistar un mundo. Tambien resuenan gritos de insensato alborozo, si alguno de tus magnates, con premeditado intento, suelta ambiguas palabras que interpretarse puedan en sentido propicio. . . . ¡Ilustre sombra del gran Gonzalo, cuya fulminante espada aterró un tiempo poderosos monarcas, insigne capitan cuyo nombre acata la Italia y venera la Europa; inmortal Cortés, vencedor de cien pueblos, que amontonabas provincias como el soldado las prendas de un rico botin; Pizarro, Alba, heróico mozo vencedor de Lepanto, sombras venerables que encumbrásteis un dia el renombre hispano hasta donde no llegaran jamas las fábulas de los héroes hijos de dioses, ved si sufriérais vosotros insulto á vuestra patria, ved si mendigárais desdeñoso favor! . . . .

Todo pasó: todo desapareció cual leve sueño que un momento embarga la encantada fantasía, y en pos de él no mas se encuentra que triste realidad. ¿Y es tal nuestro destino que remedio no consienta, y que á ejemplo del infeliz lusitano, de colonia hasta el rango humilde hayamos de bajar? ¿Legado de esclavitud y envilecimiento trasmitirá á las generaciones venideras, la generacion que derrocara al vencedor de Europa, apellidando independencia? No, que la España conserva todavía hidalgos corazones donde el amor patrio se alberga: no, que de Doaiz y de Velarde las ilustres sombras con semblante airado, ¡con ademan fiero, turbaran el muelle descanso de innoble servidumbre: no, que de la invicta Zaragoza, de la inmortal Gerona, los héroes, baldon y afrenta arrojaran sobre nuestro rostro, cual torpe lodo sobre frente infame: no, que la memoria se conserva todavía de cuando medrosas las armas del poder britano amparo buscan en sus naves, á la vista de las águilas francesas, mientras el denodado español peleaba solo, sin mas trinchera que su pecho, sin mas ausilio que su valor, sin mas sosten que su constancia, uno contra mil.

Allá en sus proyectos de insaciable ambicion, el formidable coloso, buscando en nuestro infortunio el secreto de nuestras fuerzas, cual agorero en las entrañas de víctima palpitante, descubre el hondo misterio, la mansion de la vida, y con mano trémula de temor y de esperanza, ansioso la señala y dice: "*Estirpémosla:* ella triunfó de la barbarie de los hijos del Aquilon, y crió la gloriosa nacionalidad que pereciera orillas del Guadalete; ella, conservada cual sacro

fuego en la cueva de Covadonga, inspiró y enardeció á los ínclitos fundadores de una nueva monarquía acaudillados por Pelayo; ella humilló en cien y cien combates la pujanza agarena, sostuvo una lucha de ocho siglos, triunfó en Granada, y llevó hasta las costas del Africa el pendon castellano; ella condujo á intrépidos marinos á playas desconocidas, abriendo nuevos mundos á la civilizacion; ella condujo á inmortales guerreros á la conquista de inmensas regiones; ella hizo formidable el nombre español en todos los ángulos de Europa; ella dispertó el leon dormido y le hizo romper de un solo esfuerzo las cadenas con que le sujetara usurpacion estrangera, ausiliada por traicion aleve; ella . . . . estirpémosla, propinemos á ese pueblo incauto el violento tósigo á cuya accion no resiste la complexion mas robusta. El Libro Santo que nuestras manos profanaran, derramemos con profusion sobre ignorante plebe; de ilustracion, de paz, de fraternidad los bellos nombres á sus oidos sin cesar resuenen; mentidos enviados, del Cristo augusta mision fingiendo, inspiren desprecio de la antigua creencia, ódio á Roma."

Pujanza y gloria buscan las naciones todas, pujanza y gloria buscas tú; mas no del error y de la mentira innobles armas blandir debiera un gran pueblo: la sangre que chorrea de impetuosa lanza ennoblece al guerrero; la que gotea de puñal aleve deja indeleble mancha. Cuando de lo alto brilla sobre tí prodigiosa estrella para iluminarte de nuevo, cuando la sangre de los mártires que inhumana vertiste en momentos de furor horrible, clama al cielo, no venganza, sino perdon y luz; las tinieblas que en tu horizonte se esclarecen, no arrojes con mano impía sobre un pueblo fiel. Tu orgullo no alces contra el cielo, que hay un Dios vengador; nada pudieran tus designios y esfuerzos contra la nave misteriosa protegida del Altísimo. Tambien allá en remotos siglos, poderosas naciones con atentados sacrílegos, la cólera provocaron de Aquel, cuya omnipotente palabra convierte en árida hondonada el cauce de los rios, y deja en seco el mar: tambien contra el pueblo escogido la opresora mano estendieran, profanando el santuario. ¿Sabes cuál fué su suerte? Abre los profetas, y escucha á tus viageros que te narran asombrados el pavoroso cumplimiento. ¿Dónde está Nínive, la ciudad de Senacherib, del orgulloso monarca, contra quien descendiera con vibrante espada el ángel del Señor? Mas fueron sus *negociantes que las estrellas del cielo*. . . . Eran sus guardas como langostas. . . . no se halla el lugar donde estuvieron. . . . La hermosa Nínive se ha tornado en soledad despoblada como un yermo. (Véanse los profetas Nahum, y Sofonias.)

¿Dónde está Babilonia, la gloria de los reinos, la ciudad de oro, el

orgullo de toda la tierra, del gigantesco templo, del alcázar murado, del lago igual á un mar? Las espantosas profecías se han cumplido. Destruiré el nombre de Babilonia y los residuos. Será habitacion de aves de rapiña, y mansion de dragones; una soledad, un pais árido, un desierto, una llanura rasa, enteramente desolada, pantanosa, llena de montones de escombros y ruinas.—Todo el que pasa por ella se queda atónito.

La hez del cáliz no se ha agotado aún; el Señor indignado la derrama todavía sobre los pueblos que provocan su indignacion todopoderosa: y si á expiacion tremenda condenada está la triste Iberia, no insultes su llanto, su dolor no insultes, no le arrebates ¡cruel! su único consuelo, su sola esperanza, la fé de sus mayores, la esperanza en Dios. Sonar pudiera para tí una hora terrible, que aleje Dios: sonar pudiera la terrible hora en que á discordia sangrienta abandonada, tu seno desgarraran esos hijos, cuyos andrajos no cubre tu ostentoso lujo, cuya hambre no sácias, nadando en la opulencia. ¡Ay de tí el dia en que el pueblo fiel, cuya cerviz oprimes hace largos siglos, lance el grito de *basta!* . . . . y se levante, y se presente á tus ojos cual sangriento espectro, demandando venganza, ya que le negaste justicia! Ay de tí el espantoso dia en que cien pueblos que te aborrecen en distantes regiones, contemplen la turbacion y el sobresalto pintados en tu frente por discordia intestina! el dia en que las tempestades no encadenadas por la Mano omnipotente, no dispersen ya las flotas que á tus orillas se enderecen! Ay de tí el dia en que esos pueblos heróicos que impune molestas, fiada en las hondas que te ciñen, saltar pudiesen sobre tu tierra, y medir sus fuerzas con las tuyas, brazo á brazo!

La patria de los Viriatos, de los Vascos, de los Pelayos, Guzmanes y Gonzalos, ecsiste aún; doliente y abatida, espera tan solo aquel momento en que la Providencia llama á los pueblos á nueva vida diciéndoles: "Levantaos y marchad." No en vano con la altísima muralla del Pirene resguardo y defensa la otorga el cielo contra invasion estraña; no en vano los mares que la circuyen le indican que ser debiera tu mas temible rival; no en vano se conservan en la peña de Mauritania atalayas los soldados españoles, como esperando la seña de arrojarte de la opuesta fortaleza. ¡Delirio! ¡oh! delirio, ¡no!.... Hay un gran pueblo, solo falta un grande hombre. ¿Ha nacido? ¿nacerá? Adoremos los arcanos del Eterno, y no abandonemos el último consuelo de los desgraciados: la esperanza.

LA FUERZA DEL PODER,

LA MONARQUIA.

El poder que gobierna la sociedad, ha de ser fuerte, porque en siendo débil, tiraniza ó conspira. Tiraniza, cuando se esfuerza por hacerse obedecer; conspira, cuando sufre en silencio la resistencia y el ultraje. Augusto se siente fuerte, y su imperio es suave; Tiberio se halla débil, y maquina y oprime; de los monstruos que mancharon el sólio de los Césares, fueron los mas violentos é insoportables, los que oian ya cercano el ruido de los pretorianos que venian á degollarlos.

Recorred la historia, y encontrareis escrita por do quiera con letras de sangre esta importante verdad: *¡Ay de los pueblos gobernados por un poder que ha de pensar en la conservacion propia!*

Esta es la clave para esplicar los inconcebibles escesos á que se abandonan los poderes revolucionarios y los despóticos, una vez dado el primer paso en el camino de la tiranía: todos son tiránicos porque son débiles; y cuando los veais tocar á la demencia en sus medidas de tiranía, dad por seguro que están por espirar. El moribundo mejor que nadie, augura su prócsimo finamiento. La Convencion presentia la dictadura. El temor aumenta la opresion, y la opresion acrecienta el temor; la impulsion es recíproca, y sigue la misma ley que el movimiento de un péndulo; el punto de elevacion está en el mismo nivel que el punto del descenso; la oscilacion continúa hasta que media la única causa capaz de restablecer el aplomo: la justicia.

Esta reflecsiones nos ocurrian meditando sobre los misterios de la monarquía; porque misterios tiene esa institucion maravillosa, como los tiene todo lo grande. '"La monarquía es el despotismo," ha dicho una política superficial: ¿y por qué? "porque el monarca dispone de inmenso poder, y este poder es sobrado robusto y sólido, dado que las leyes lo aseguran al soberano para sí y para sus hijos." Entonces no comprendeis la institucion, pues señalais por orígen de la tiranía de los reyes, las causas que precisamente les impiden el ser tiranos.

¿Quereis un poder suspicaz? asentadle sobre un terreno minado, donde oiga á cada instante el golpe de la zapa que prepara la mina. ¿Lo quereis violento? presentadle enemigos que sin cesar le amenacen. Quitad hasta la idea del peligro, y tendreis la suavidad y la confianza.

La gravedad y trascendencia del asunto, ecsigen que se esplane con toda la claridad lo que debe entenderse por fuerza de un poder; pues son muy distintas las acepciones de que esta espresion es susceptible.

La fuerza del poder consiste: 1. ° en la seguridad de su ecsistencia: 2. ° en los medios necesarios al cumplimiento de su objeto legítimo. Supóngase un pais donde llegue á establecerse y arraigarse una constitucion mal combinada, viciosa, que no deje al poder bastantes medios para ejercer sus funciones en pro del comun; de suerte que en el mantenimiento del órden público, en la administracion, en la aplicacion de las leyes civiles y criminales, en sus relaciones con las potencias estrangeras, carezca de los recursos que ha menester, y no tenga una accion eficaz, espedita y pronta: en este caso será posible que el poder disfrute del primero de los requisitos indicados, la seguridad propia; pero echará menos el segundo, y por tanto no será fuerte en la verdadera acepcion de la palabra.

Así, un rey de Esparta ó de Roma, entre los antiguos, un monarca de los tiempos feudales en los siglos medios, un soberano con una constitucion como la del año 12 entre los modernos, por mas que á causa de los hábitos, de las costumbres ó de particulares circunstancias, alcanzaran toda la seguridad que imaginarse pueda, no fueran un poder fuerte. Un hombre falto de alguno de los miembros mas precisos para ejercer la profesion á que se dedica, disfrutará tal vez de buena salud, prometiendo largos años de vida, y quizás se hallará en circunstancias á propósito para continuar en su ocupacion todo el tiempo que le agradare; pero no dejará por ello de ser incapaz de ejercer muchos actos, y por consiguiente llenará de una manera muy defectuosa el objeto de sus tareas.

No obstante, es menester advertir que la falta de los medios necesarios para cumplir el poder su mision, tarde ó temprano le acarrea la falta de la propia seguridad, amenazando su misma ecsistencia: como el hombre que no puede desempeñar cual conviene el cargo que le incumbe, de grado ó por fuerza suele hallarse precisado á abandonarle.

De aquí resulta un fenómeno constantemente observado en todos los periodos de la historia, y bajo todas las formas de gobierno, y es, que el poder que se halla sin los medios necesarios al ejercicio de sus atribuciones, trabaja sin cesar para procurárselos. Se dirige á su objeto por caminos diferentes, segun la situacion en que se halla; si abunda de accion material, emplea la violencia; si es rico, corrompe; si todo le falta, maquina villanamente como el último de los conspiradores.

En vano le ecsigireis que obre de otra manera; esta es su posicion, esta la ley indeclinable de su naturaleza: ni las calidades de las personas que ejerzan el poder, serán parte á evitarlo. Estas podrán quizás mantenerse estrañas al soborno y á la intriga, podrán hasta odiar semejantes medios; pero los emplearán por ellas los que están en su alrededor, los que gozan con los goces del poder, los que á la ecsistencia de éste tienen vinculada la ecsistencia propia.

Contribuyen á dicho efecto dos causas: 1.ª la natural inclinacion del hombre á la estension y eficacia del mando que ejerce: 2.ª el instinto de conservacion. La primera no ha menester esplicacion ni comentarios; no así la segunda. Hemos observado que la falta de los medios necesarios al cumplimiento de las atribuciones del poder, compromete tarde ó temprano su misma ecsistencia; y he aquí por qué en sintiendo esta falta, los busca por todos los recursos que tiene á la mano. La cuestion que en apariencia versa únicamente sobre los límites de la esfera del mando, es en el fondo, y para un tiempo mas ó menos cercano, cuestion de vida ó de muerte. Todo poder que se encuentra en semejante situacion, conoce instintivamente esta verdad, y obra en consecuencia.

Gracia nos hace la candidez de ciertos escritores que con la mayor seriedad del mundo echan en cara á Luis XVI y á Fernando VII, el haber sido causa de que la revolucion se desbocase, no resignándose á la posicion que les habian creado las circunstancias, no dándose por satisfechos con las facultades señaladas por las respectivas constituciones; como si las condiciones de la ecsistencia y de la accion de un poder, dependiesen de la simple voluntad de la persona que lo ejerce, como si el poder público no fuese mas bien una institucion que un hombre, como si esta institucion no estuvie-

se sujeta á las leyes generales de todo ser, que se esfuerza siempre en procurarse lo que necesita para su ecsistencia.

Casos hay en que al parecer el hombre es la institucion, y ésta no es nada sin el hombre; pero en la realidad no es así: la institucion ecsiste, bien que de tal naturaleza, que necesita una personificacion, un representante que no pueda dividirse ni compartirse. Entonces la institucion en provecho propio, se absorve en el hombre, se confunde con él, se vale de su prestigio, habla por su boca, como los sacerdotes del gentilismo se ocultaban tras el ídolo, y comunicaban al pueblo los oráculos.

César, vencedor de los galos, pasa el Rubicon, ahuyenta á Pompeyo, triunfa en Farsalia, y se levanta con el mando de la república: ¿creeis que en el dictador no hay mas que la persona del general victorioso? Si así lo creyéreis, recordad que la dictadura era una institucion en Roma. Los sucesos presentan sin duda otro aspecto, las circunstancias son muy diferentes, pero el hecho es el mismo; solo que los romanos mandados por el dictador Camilo, no eran los mismos romanos del dictador amante de Cleopatra.

Que la dictadura era necesaria, que César no era mas que su personificacion, que desapareciendo la persona la institucion debia continuar, los sucesos lo demostraron hasta la evidencia. El puñal de Bruto rasga el pecho del dictador; Antonio, ofreciendo á los ojos del pueblo la túnica ensangrentada de la ilustre víctima, inaugura el triunvirato, es decir, la nueva dictadura que no ha escogido todavía su representante, que no se atreve á identificarse con un solo hombre, que aguarda el curso de los acontecimientos, que atormenta atrozmente á los romanos para hacerse mas necesaria, para conquistar la unidad. Bruto y Casio mueren, Antonio es vencido; la antigua libertad perece para siempre, la dictadura se organiza y perpetúa, se convierte en imperio, y se inaugura magníficamente en Augusto.

Resulta, pues, que la dictadura, es decir, la institucion que mas parece confundirse con un hombre, prescinde de la persona: y de un modo ú otro, mas ó menos poderosa, mas ó menos brillante, mas ó menos benéfica, se presenta siempre que la hace necesaria el estado de la sociedad. Tres grandes dictadores nos ofrece la historia: César, Cromwel y Napoleon. En cuanto á César, no queda dificultad en la aplicacion del principio asentado, y por lo perteneciente á los dos últimos, haremos una observacion que lo dejará fuera de duda. La Inglaterra, desde la época del protector, ha continuado en su estado normal, á pesar de algun trastorno pasagero; y lo que es mas singular, hasta mediando un cambio violento de dinas-

tía. Veintiocho años hace que Napoleon fué vencido por última vez, y confinado á Santa Elena; la Francia ha sufrido desde entonces revueltas de momento, pero el desórden no ha podido prolongarse: y es notable que habiendo realizado, lo mismo que la Inglaterra, una mudanza dinástica en 1830, ha continuado tranquila, se han hecho esfuerzos hercúleos para que la revolucion no siguiese su carrera, y se ha conseguido. ¿Qué prueban estos hechos? en nuestro juicio, la consecuencia es muy sencilla: prueban que en tiempo de los dos dictadores, ambas naciones habian ya tocado el término de la revolucion; que ésta habia consumido sus elementos; que no podia continuar; que el órden se habia hecho una necesidad indeclinable, y por lo tanto esos dos grandes hombres no fueron mas que la personificacion de esta necesidad social, sirviendo con su brazo de hierro, á que de una situacion se pasase á otra que parecia separada por un abismo.

Si la posesion de los medios necesarios al cumplimiento de su objeto legítimo, es condicion indispensable para que un gobierno pueda llamarse fuerte, lo es todavía mucho mas la seguridad de su ecsistencia. Y no le basta esta seguridad, sino que es menester que las personas que lo ejercen, abriguen sobre esto una conviccion que los deje á cubierto de todo linage de recelos. La mayor calamidad que sobre un pais puede venir, es un gobierno mal seguro, que esté en continuo acecho contra los conspiradores reales ó aparentes; en tal caso es imposible que el gobierno no tienda mas ó menos á la tiranía, porque quien se ve atacado, natural es que se defienda. No le bastan las leyes comunes, que regularmente hablando, están fundadas en el supuesto de que se respeta el principio del gobierno: si algunas ecsisten que prevengan el caso de atentado contra este principio, están de suyo mal deslindadas, se rozan en diferentes puntos con los demas ramos de legislacion, y el gobierno que ordinariamente pone su atencion principal en cuidar de la conservacion propia, se estralimita, se escede, y comienza á caminar por una pendiente en cuyo fondo se halla un abismo.

Cuando hablamos de los medios necesarios al gobierno para ejercer las funciones que le incumben, no entendemos limitarnos á los puramente materiales, no juzgamos que la fuerza de un poder se halle en proporcion con la fuerza material de que dispone; antes al contrario, la sobrada abundancia de ésta, suele enflaquecerle conduciéndole á la ruina. Un conquistador que acaba de tomar por asalto una plaza, tiene en su mano la vida y hacienda de los ciudadanos: nada puede resistirle, su ley es su voluntad; los medios materiales le sobran para oprimir y vejar, dado que ha sido bastante fuerte pa-

ra derribar ó salvar las murallas; sin embargo, nadie dirá que el gobierno fundado sobre aquella base, tenga verdadera fuerza. Dejad que corra el tiempo, y así como un imperio que estriba en la justicia y las leyes, resiste al embate de largos siglos, el otro no será parte á durar algunos años, atravesando los mas insignificantes sacudimientos. Una circunstancia nueva, una combinacion imprevista, una noticia que alarme al vencedor, que aliente al vencido, vereis que rompen cual endeble caña, el cetro que creyérais de diamante.

En Turquía, el soberano dispone á su voluntad de la vida de sus vasallos; manda, y las cabezas caen como las espigas segadas por la hoz: no obstante, allí el poder no es fuerte; la mejor prueba de su debilidad, son las catástrofes que esperimenta. Luis XIV, jóven é inesperto, hallábase un dia rodeado de sus cortesanos, y llegó á decir que no conocia mejor gobierno que el establecido entre los musulmanes. "Señor, le respondió con hidalga entereza un magnate que se hallaba presente, tampoco conozco yo pais donde los soberanos sean degollados con mas frecuencia."

Durante el imperio romano, el hombre que ocupaba el sólio disponia de innumerables legiones, los pueblos se inclinaban ante él, le ofrecian sus homenages cual hacerlo pudieran á una divinidad; ¿pero sabeis cuál era la suerte de esos señores del mundo? Perecian casi todos á manos de la soldadesca.

El secreto de la monarquía europea, es decir, cristiana, consiste en que el soberano, aun en las monarquías absolutas, tiene limitado el poder por la moral, por las costumbres, por la conciencia pública; distinguiéndose de todas las monarquías de los paises donde no ha reinado el cristianismo, en que entre éstos la palabra monarca es sinónimo de déspota, y entre nosotros significa un soberano que gobierna con arreglo á las leyes.

Por estas consideraciones se echa de ver cuán lastimosamente se falsea la historia moderna cuando no se quiere reconocer esta importante verdad, obstinándose en no ver el poder limitado, sino allí donde ecsisten asambleas que de continuo le vigilan y censuran. Por mas que se ecsagere el poder ejercido por Felipe II, por Luis XIV y Cárlos III, nadie que no carezca de sentido comun, llegará á confundirle con el de los déspotas de Oriente. Poco importa que el freno no se vea si en realidad ecsiste. En este punto, menester es confesar que los adversarios del gobierno absoluto le han tratado con mucha injusticia, cuando se han empeñado en apellidarle con negros nombres, que en la realidad está muy lejos de merecer. No pretendemos suscitar aquí la cuestion agitada entre los publicistas, sobre las ventajas ó desventajas de estas ó aquellas formas; pero

opinamos que aun los mas ardientes apologistas de un estremo, no pueden dispensarse de hacer al opuesto la justicia que le corresponda. Dígase en hora buena que en el absolutismo hay peligro de que el poder se estralimite conculcando las leyes, y hasta sosténgase si se quiere, que la mejor forma de gobierno es aquella en que se combina en el mayor grado posible el elemento democrático; y si place, ofrézcase como el bello ideal en esta materia, la república donde domine esclusivamente la democracia pura; pero ensalzando un principio, no se lleve tan allá la intolerancia con los otros, que se les niegue lo que no puede disputárseles en el tribunal de la filosofia y de la historia.

Si bien se observa, la opresion dimana mas bien del estado de las ideas y de las costumbres, que no de la forma del gobierno. En las repúblicas de América, no predominan por cierto, ni la monarquía ni la aristocracia; no obstante, el mas fiero despotismo devasta con frecuencia aquellos desgraciados paises; y en época reciente hemos leido narraciones que nos han hecho estremecer con la increible atrocidad de los hechos. ¿Quién prefiriera vivir en las repúblicas de América, si pudiese disfrutar de un gobierno como el de Austria ó el de Prusia? En la misma Inglaterra, la verdadera libertad no data del establecimiento de sus asambleas: ecsistiendo éstas, la tiranía mas cruel se ha entronizado mas de una vez en la Gran Bretaña; y hasta en nuestros tiempos vemos á la Irlanda sometida á dura esclavitud, no obstante las formas representativas del gobierno que la domina.

La monarquía hereditaria tal como ecsiste en Europa, ni deja al hombre recelos, ni peligros á la institucion, ni á la ambicion estímulo: por esto es tan suave su accion, tan benéfico su influjo, su conservacion tan preciosa para el sosiego y la felicidad de los pueblos. El monarca es un hombre colocado en region superior á la de todos sus súbditos, aun los mas elevados por sus calidades personales ó por su nacimiento; nada tiene que esperar ni que temer; su juez no se halla entre los mortales, está en el cielo. Desde que abre los ojos á la luz, descubre la carrera de su vida; en vano avivaria sus deseos para encontrarles nuevos objetos: autoridad, honores, riquezas, placeres, todo se halla ya al rededor de su cuna: no se pregunta lo que vale, sino lo que es: su mérito personal, si alguno posee, es no solo estimado, sino encarecido, ecsagerado; la lisonja cuida de hacerle creer que aun no habiendo nacido en el régio alcázar, fuera tambien digno de la corona; y los defectos mas evidentes y palpables, se cubren con cien velos para que no ofendan ó entristezcan al mismo que de ellos adolece.

En pura teoría, nada mas absurdo que una institucion semejan-

te; en la práctica nada mas cuerdo: vano es luchar contra los hechos, pues los hechos están ahí. La historia entera, la esperiencia de cada dia, deponen de esta verdad: si la razon no la esplica cual conviene, el buen sentido la comprende perfectamente. Pero no es esacto tampoco que la razon sea impotente á señalar las causas de este singular fenómeno; si bien quizás no llegara á tanto, entregada á la mera especulacion, amaestrada, empero, con las lecciones de la práctica, conviene en la prudencia que á ésta preside, é indica los motivos del acierto que se patentiza en la felicidad de los resultados.

El problema del poder público, envuelve tres partes: primera, órden: segunda, estabilidad: tercera, hacer el mismo poder bondadoso. Estas tres condiciones se hallan satisfechas en la institucion monárquica, de una manera admirable. Para el mantenimiento del órden, se depositan en manos del rey inmensos recursos; para asegurar la estabilidad, se cierra la puerta á la ambicion, asegurando el mando, no solo al soberano, sino á toda su descendencia. Se quita al poder su malignidad, y se le hace bondadoso, no dejándole espuesto á las pasiones comunes. ¿Qué codiciará quien todo lo posee? ¿cómo tendrá cabida la envidia en el corazon del que es mirado poco menos que como una divinidad? ¿es fácil que conozca la venganza quien de nadie recibe injurias, quien halla siempre á su encuentro la veneracion y el homenage? ¿con quién alimentará rencorosas rivalidades quien se halla constituido sobre todos, mirando hasta las clases mas altas de la sociedad colocadas en grado muy inferior al suyo, á larga distancia de su trono?

He aquí la razon por qué la historia y la esperiencia de la Europa moderna en los paises donde la monarquía ha estado plena y sólidamente establecida, nos presenta á menudo soberanos débiles, pero pocos malvados. En efecto, la region en que moran, la educacion que reciben, las ideas en que se los imbuye, si algun inconveniente tienen, es el de enflaquecer su carácter, el de desarrollar aquellas pasiones que llevan al corazon la molicie, pero no la perversidad.

No ignoramos las escepciones que de esta regla se nos pueden objetar; pero lejos de ser verdaderas escepciones, son mas bien una confirmacion de la regla general. Casi todos los soberanos que se han distinguido por su perversidad, ó han vivido en medio de discordias intestinas, ó han sido conquistadores. En uno y otro caso, el principio se verifica; porque en el primero, el monarca se veia mal seguro hallándose en peligro, ó su persona, ó su dinastía, ó la institucion misma; en el segundo, el soberano se hallaba agitado por una pasion vehemente: al lado del poder que gobernaba, habia el poder que invadia; y por tanto faltaba la condicion que hemos indicado: el soberano todavía *deseaba*.

Este carácter benéfico de la monarquía hasta pudiera descubrirse en aquellos paises donde reina el despotismo. La crueldad y demas vicios que allí deslustran el poder soberano, no tanto dimanan del esceso de los medios que en su mano tiene, cuanto de las ideas y costumbres de la sociedad que gobierna. Falta en ella el verdadero conocimiento de la dignidad del hombre, de las consideraciones que por solo este título le son debidas, de las verdaderas relaciones de éste con sus semejantes, se tienen ideas muy equivocadas sobre el orígen y objeto de toda autoridad. Cuando el soberano maltrata á sus súbditos, cuando abusa de su poder en contra de las vidas y haciendas, que debiera ser el primero en proteger y respetar, aplica en la esfera de su accion las mismas reglas que halla establecidas en las demas clases de autoridad. En semejantes paises, la potestad patria es por lo comun escesiva y tiránica; los hijos viven bajo el dominio del padre como el esclavo del de su señor, y la muger misma, que nació para ser compañera del hombre, no es mas que una de sus esclavas. Se ignoran los medios de conducir á los hombres por la razon y por las persuasiones; solo se conoce como medio eficaz la fuerza; se la emplea en todo, y no se concibe que un gobierno firme pueda ser otra cosa que un mando violento. La obediencia del súbdito, no fundada en motivos superiores, le envilece y degrada: ó se somete temblando como un animal doméstico al oir el chasquido del látigo, ó se levanta como fiera indómita y hace pedazos á su dueño.

Para comprender que no es la monarquía la causa de estos males, supóngase que en uno de estos desgraciados paises sometidos á un régimen brutal y envilecido, se introducen por un momento las formas democráticas antes que se haya verificado un cambio en las ideas y costumbres. ¿No veis á la primera ojeada convertirse aquellos hombres en una infinidad de recíprocos tiranos, que se oprimen y se atormentan segun prevalece la fuerza? El órden público, este órden semejante entre ellos al silencio de los sepulcros, pero que tal como sea es muy preferible á los ahullidos de una manada de fieras, deja en el momento de ecsistir, faltando el supremo poder que le sirve de centro y apoyo. Los malos tratamientos que reciben la muger del marido, los hijos de los padres, y los esclavos de su señor, subirán á un punto mas alto de crueldad, no mediando el recuerdo de que hay un poder superior al doméstico, capaz, si le place, de intervenir en la querella y castigar al desmandado padre de familias. Los gefes inferiores que gobiernan las provincias ó las ciudades, se convertirán en otros tantos déspotas, cuya tiranía será tanto mas dura é insoportable, cuanto no reconocerán á un superior, que dada la oportunidad, pueda hacerlos responsables

de los daños que causen, de las injusticias que irroguen, de las arbitrariedades que cometan. El estravío de las ideas y de las costumbres se ofrecerá á la vista en toda su negrura y desnudez, echándose de ver que no es el poder soberano quien oprime á la sociedad, que no nacen de la soberanía los males que ella causa, sino que de la sociedad misma, corrompida y degradada, se levanta el pestilente aliento que contamina el sólio, y que cuando la persona que le ocupa se entrega á la crueldad y otros escesos abominables, recibe de la misma sociedad que le rodea sus inspiraciones perversas.

Esta es la causa porque natural y espontáneamente la monarquía europea se ha hecho tan suave y benéfica, hasta en aquellos paises donde la falta de todo límite legal parecia deber arrastrarla á los mayores desmanes. Las ideas, las costumbres, las reglas de gobierno á que se amoldan los monarcas, las reciben de la misma sociedad gobernada: en ella domina la razon, prevalece la moral, levanta la conciencia pública su voz imperiosa; y si el orgullo y el desvanecimiento se obstinan en guiar al monarca por estraviados senderos, álzase de todos los puntos del reino, de todas las clases de la sociedad un rumor sordo que atestigua el descontento, que pone de manifiesto el escándalo, que es mas eficaz para enfrenar al poder que las insurrecciones y motines.

Los demagogos se sonreirán quizás de estas doctrinas con la sonrisa del desprecio; como quiera, nosotros les haremos observar, que hasta en los gobiernos fundados sobre las constituciones mas latas y populares, se asienta como principio indisputable la inviolabilidad, la irresponsabilidad del monarca, ó del que ejerce sus veces. "Al rey, dicen acordes todos los publicistas constitucionales, solo es lícito atribuirle el bien; nunca se le puede imputar el mal: constitucionalmente hablando, el monarca es impecable." ¿Y de dónde creeis que se ha originado semejante teoría? ¿Os imaginais que es el producto de las combinaciones de los publicistas del *equilibrio?* Muy al contrario: todos sus principios, todas sus doctrinas, todas sus tendencias los guiaban en direccion opuesta; pero el buen sentido europeo, los hábitos de largos siglos, las lecciones de la historia, los escarmientos de la esperiencia, los han forzado en este punto á negarse á sí mismos, rechazando las consecuencias de la saberanía popular. Jamas los hombres de la antigua escuela se valieron de tantos circunloquios para nombrar al rey. "Persona sagrada," "pensamiento irresponsable," "voluntad superior," "region elevada sobre la esfera de las pasiones," y otras frases semejantes, se pronuncian de continuo en la tribuna y en la prensa, esquivando llamar al rey con el nombre propio. Diriase que se trata de una divinidad que los mortales no se atreven á tomar en boca temiendo

profanarla. Pues bien, todo esto no es mas que un sacrificio, un doloroso sacrificio que ha hécho la escuela democrática á las ideas antiguas: todo esto no es mas que una proclamacion de la impotencia de sus principios abandonados á sus fuerzas; todo esto es un plagio del antiguo sistema, al mismo tiempo que con tanta serenidad se le desacredita é insulta.

Se proclama como dogma indisputable que el poder supremo es un simple mandatario, un mero delegado del pueblo; y sin embargo, se declara desde luego que este poder de nada es responsable á su principal, á su delegante: se recuerda con mofa el *derecho divino de los reyes*, y no obstante, se los apellida inviolables, sagrados, se los compara de continuo á una divinidad, que no puede obrar mal, que solo es capaz de ejercer el bien; se establece como única tabla de salvacion para la sociedad, el principio de *eleccion;* y á pesar de esto, es rechazado este principio con respecto al poder supremo, y se inculca sin cesar la necesidad de la monarquía hereditaria; nada se quiere dejar al curso natural de las cosas, todo se ha de arreglar con la discusion, todo se ha de practicar por la *espresa voluntad* del hombre; y esto no embargante, cuando se trata de lo mas importante que ofrecerse pueda en los negocios de la sociedad, se cierran los ojos, se huye de la deliberacion, el hombre teme la razon y la voluntad propias, se abandona á todos los azares, para evitar la *eleccion*.

Hombres que tan inconsideradamente condenais todo lo antiguo, que creeis haber iluminado el mundo, que os figurais á la humanidad envuelta en densas tinieblas hasta que vosotros las disipásteis con los vivos resplandores de la filosofía, no reprobamos, no, vuestra conducta; no os echamos en cara vuestra inconsecuencia para que obreis de otro modo; pero sí tenemos derecho á ecsigiros que mediteis algo mas sobre vuestros principios, que no achaqueis tan livianamente á fanatismo y apocamiento, lo que anduviera guiado por profunda sabiduría, que no os imagineis que la humanidad marchaba á la decadencia y envilecimiento si vosotros no hubiéseis venido á torcer su carrera. Si demandais tolerancia para vuestras opiniones, dispensadla vosotros á las agenas; ya que no os avergonzais de tomar de vuestros adversarios doctrinas que repugnan á vuestros principios, al menos sed justos, decid de dónde las habeis recibido. Confesad que entre las ruinas que habeis amontonado, os hallais forzados á conservar un pabellon para guareceros contra las tempestades que braman sobre vuestras cabezas: engalanadle como os pluguiere; pero no negueis que quien lo construyó tan sólido, quien lo recamó con tan preciosas labores, no fuísteis vosotros, sino vuestros padres. Este pabellon es la monarquía.

EL HUERTO DE GETHSEMANÍ.

I.

Estaba la noche en la mitad de su carrera: la luna despidiendo sus lúgubres resplandores, parecia en la inmensidad de los cielos la pálida antorcha de vasto panteon, donde reposan los restos de un poderoso monarca. Divisábanse acá y acullá en la azulada bóveda, algunas estrellas cuya vibrante luz se eclipsaba de vez en cuando con el brillo del astro nocturno: la ciudad de David, sus baluartes, sus encumbradas torres, sus alcázares, su templo, presentábanse confundidos en tenebroso grupo, cual fúnebres espectros que en las sombras desplegaran sus miembros de gigante. Los metales, heridos por los rayos de la luna, relumbraban tal vez con algun reflejo, como feble llamarada que se exhala de la lobreguez de las tumbas, ó siniestro fulgor de acero blandido en las tinieblas. Las aguas del Cedron murmullaban sordamente, y los ecos del valle respondian al ruido: hubiérase dicho que los reyes enterrados allí despedian algun lamento desde la hondura de sus sepulcros.

II.

Con ala medrosa, leve airecillo osa sacudir apenas las ramas de los árboles; divísanse tres hombres en un grupo, que medio tendidos en el suelo, manifiestan dificultad de mantenerse velando. ¿Qué hacen allí? ¿son viageros estraviados á quienes sorprendiera la no-

che en medio de su camino? ¿abrigan quizás malvada intencion, acechando el momento oportuno de satisfacer una venganza, ó de acometer al desprevenido viandante? . . . . Mas allá, no muy lejos, cuanto alcanza el breve trecho de una piedra arrojada, descúbrese una sombra inmóvil. . . . . acercaos; veréisle en humilde compostura, hincado de rodillas, orando con fervorosa plegaria; pintado en su semblante el raudal de tristura y de dolor que inunda su angustiado pecho: su alma está triste hasta la muerte. Tiene á su vista el cáliz do rebosa la terrible justicia de un Dios indignado: el espíritu está pronto, pero la carne es flaca. Levanta al cielo sus ojos, y dirigiéndose al Padre celestial, con inefable ternura le dice: "Padre mio, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad, sino la tuya." Así dijo, y sumido otra vez en el silencio de la meditacion, apuraba ya en espíritu las acerbas heces del cáliz mas terrible.

III.

Entre tanto no olvida su amor á sus predilectos discípulos: se levanta, se les acerca, y reconviniéndolos con dulce cariño, les exhorta á que velen con él siquiera un momento: "¿Una sola hora no pudísteis vigilar conmigo?" Indulgente se aparta el mansísimo Cordero, los deja que disfruten de reposo, mientras él, para salvarlos, tiene destrozado el corazon. Enderézase de nuevo al punto escogido, y comenzando otra vez la sentida plegaria, invoca á su Padre celestial para que aparte, si es posible, el formidable cáliz. Y otra vez se les acerca, y los encuentra tambien dormidos; y dejándolos, torna de nuevo á orar, para que pase de él, si es posible, el amargo cáliz; pero de tal manera, que no se haga su voluntad, sino la de su Eterno Padre.

IV.

¡Qué pensares tan dolorosos ocupan su mente! ¡qué agobio tan angustioso oprime su pecho! ¡qué congojas de mortal agonía despedazan su alma, pues copioso sudor de sangre baña el sacro rostro y corre en arroyo hasta el suelo! ¡Ay! que está viendo del Gólgota la horrorosa cumbre, y la afrentosa muerte del madero, y la burla del soldado, y el escarnio y feroz insulto del desapiadado fariseo: ¡ay dolor! ¡y está viendo tambien las angustias de una Madre amorosa, que sin alivio, sin consuelo, sin amparo, andará confundida entre las oleadas del numeroso pueblo, oyendo los furiosos alaridos de una plebe sedienta de sangre! ¡de una Madre que está oyendo el ruido de las armas y el sonar de las trompetas, y sufriendo el bru-

tal empujon de fiero satélite que con desprecio y altivez le veda acercarse al Ajusticiado! Marcha á morir, á padecer el último tormento; pero ya conserva apenas la figura de hombre: no tiene parte sana, desde la planta de los piés hasta la coronilla de la cabeza. Le desnudan, dislocan sus huesos de manera que pudieran contarse; echan la suerte sobre sus vestidos, le retan á que descienda de la cruz y se salve. . . . .

V.

Pero ¡ah! que no son únicamente los dolores que va á sufrir su cuerpo lo que llena hasta rebosar el terrible cáliz de amargura. El porvenir preñado de infaustos sucesos, negro como nube tempestuosa, prometiendo todavía triunfos al infierno, merced á la ceguera y perversidad del hombre, se despliega con toda claridad á los ojos de Jesus; y la luz divina que penetra hasta lo mas hondo de aquella oscuridad, sirve á presentar en toda su viveza la ingratitud y los crímenes que desperdiciarán para tantos y tantos el infinito precio del rescate pagado con la sangre de un Dios.

VI.

¿Veis cuál destrozan la túnica inconsutil las sacrílegas manos de un soberbio, que con vano cavilar atenta contra el cielo, blasfemando de aquella *Generacion* que la lengua del mortal no *puede narrar*, de aquel Verbo que era ya en un principio, y estaba ante Dios, y era Dios, por quien se han hecho todas las cosas? ¿no veis cómo en la astuta maraña se encuentra enredado el mundo entero, y y asombrado del error en que ha caido, se apesara y gime? ¿no veis cómo beben el mortífero veneno numerosos pueblos llamados á la luz de la verdad, preparando larga serie de desastres á la Esposa del Cordero? De entre los escombros de escuelas pulverizadas renacen como pestíferos insectos los febriles delirios que en su fiera altivez apellidara el hombre prodigios de concepcion vasta y elevada: el Hijo de Dios padece y muere para iluminar y salvar el mundo; y la vanidad, y el orgullo, y la ambicion, se conjuran para hacer inútiles tanta dignacion y misericordia. . . .

VII.

Allá en la ilustre Bizancio, inmortalizada por Constantino, está mirando al hombre de perdicion, que vano de su saber, ostenta los dones que le otorgara el cielo. En la cátedra de almo templo, revestido con pomposa magnificencia, enarbola el estandarte del cisma, arrastrando gran tropel de pueblos, que estraviados por la se-

ñal pérfida y deslumbradora, desoyen las amonestaciones y consejos que les dirige la cátedra de la ciudad eterna. ¡Oh! ¡quién fuera capaz de concebir el profundo y agudísimo dolor que atormentaria el corazon del Salvador del mundo, al contemplar tal cúmulo de males, al sentir en un momento toda la fuerza del daño causado en el transcurso de largos siglos! ¡quién mirara con él, tanto orgullo, tanta blasfemia, tanto error é insensatez, tanta ilusion y seduccion, tantos medios, tantos afanes y fatigas, para perder millones de almas! ¡quién considerara la vanidad, la disipacion, la corrupcion, el fraude, la violencia, la injusticia, los ódios, las venganzas, reinantes todavía entre los cristianos; ellos, que se glorían de no haberse apartado de los muros de la Jerusalén militante para abrazar las profanaciones de las gentes!

VIII.

¡Ay! aparta tu vista, que bastante sufriera ya tu pecho; no los mires: del Occidente desvia tus ojos; no contemples cuál rompen con desprecio tus leyes mas sagradas, cuál despedazan de tu Esposa el seno, cuál, ¡ingratos! olvidan hasta el ternísimo recuerdo de amor que á los humanos dejaste, en la víspera de tus tormentos y de tu muerte. No contemples cuál dispersan tu rebaño lobos rapaces; cuál, en nombre tuyo, siembran entre hermanos discordia horrible; cuál á cien pueblos incautos el mortal veneno propinan, preparando dias de luto y llanto.

IX.

Abandonado á tanto padecer, ¿es posible que te mire el alto cielo sin darte siquiera alivio en tanta pena, en angustia tanta? No: que el amoroso ruego que elevaste al Padre celestial, en cuyo seno fuiste engendrado, subió ya hasta las gradas de su trono; de entre las nubes que acá y acullá están sembradas, se desgaja con portento un hermoso grupo que semeja la peana de celeste mensagero. Debilísimos reflejos despide la vision maravillosa, y descúbrese melancólico y sombrío el ángel encargado de la mision tremenda. En su semblante está pintada la tristeza; su mirada es respetuosa y de ternísimo amor; toca apenas al suelo cuando hincada la rodilla se prosterna ante el Hijo del hombre, y abatida la frente, besa la tierra regada con el sudor de sangre. Ya despliega sus labios, ya le habla: ¿qué le dice? Mortal, no pretendas saberlo: retírate, mantente lejos . . . . no oses escuchar las palabras que articula el mensagero divino, al proponerse confortar al que criara al mensagero y el mundo. . . . .

UN CRISTIANISMO ESTRAÑO.

Hay en Europa una escuela absurda en sus principios, errónea en sus doctrinas, falaz y seductora en sus apariencias, que se ha propuesto combatir el cristianismo á fuerza de apologías filosóficas, destruirle con incesantes reformas, y disiparle y anonadarle con radicales transformaciones. Habladle de Jesucristo, bienhechor de la humanidad, regenerador de las sociedades, destructor de los antiguos errores, defensor de la dignidad humana, y fundador de un nuevo órden de doctrinas y hechos, que han cambiado y mejorado de una manera asombrosa la faz del mundo; y la peregrina escuela os oirá con muestras de adhesion y hasta de respeto, quizás llegará al punto de participar de vuestro entusiasmo, y repetirá las elocuentes palabras que ofreció en homenage al Hombre Dios el filósofo de Ginebra. Habladle de los beneficios dispensados á la humanidad por el cristianismo, y convendrá en que son indecibles, inmensos; que la gratitud con que le corresponden numerosas generaciones hace ya largos siglos, es un tributo de justicia que no podian negarle; hasta si quereis, se os permitirá hablar con elogio de la Iglesia Católica, refiriéndoos, empero, á determinadas épocas; y ya que no se os escuche con placer, á lo menos se os dispensará el favor de la tolerancia. Proseguid ponderando los destinos del cristianismo en los siglos venideros, y de la influencia que le está reservada en la suerte de la humanidad, tampoco se rechazarán vuestras esperanzas; antes las vereis acogidas con ardor, y oireis saludados los nuevos tiempos con fervientes cánticos de alborozadas albricias. Vendrá un dia, un afortunado dia, en que reinarán, señoras en el mundo, la fraternidad y la caridad, predicadas por el Hijo del

hombre, ese bello pensamiento importado en el mundo por Jesucristo, inoculado por los apóstoles á la sociedad, propagado y arraigado con los sublimes ejemplos de los primeros cristianos, y esterilizado despues, notadlo bien, esterilizado despues por la supersticion y el fanatismo, y esplotado en provecho de la ambicion, de la corrupcion y de la holgazanería. ¿Comprendeis toda la fuerza de estas palabras? ¿sabeis lo que con ellas indican esos filósofos que á su manera se *pretenden cristianos*? helo aquí.

Segun esa escuela, la humanidad progresa siempre marchando sin desviarse hácia la perfeccion, que allá en lontananza está envuelta en misteriosos destinos, destinos ignorados de todo el mundo, escepto de algunos genios privilegiados, á quienes concediera el cielo en momentos de sublime inspiracion, asistir al inefable espectáculo que ha de ofrecer la humanidad, llegado el venturoso siglo en que pluguiere á la Providencia trocar en encantado paraiso, esa tierra de *infortunio* y de miseria. ¿No alcanzais todavía qué parte pueda caber al cristianismo en el simbólico sistema, y no atinais qué lugar le está reservado allá cuando se descifre el misterioso enigma del porvenir de la humanidad? escuchad y aprended.

El linage humano, que se dirige á su destino por senderos incomprensibles, posee un cierto caudal de civilizacion, que se transmiten fielmente unas á otras las generaciones que pasan y desaparecen. Esa civilizacion, ese precioso depósito, encierra una idea que lo anima y vivifica, cual es la perfectibilidad, el progreso indefinido, el presentimiento de sus destinos. Si no concebís estas fatídicas palabras dignas de los antiguos oráculos, contentaos con haberlas oido, con haber visto al filósofo semejante á la antigua sibila, que con el cabello desordenado y los ojos desencajados, os clamaba, señalando azorada las sombras del pavoroso santuario: *Dios, he aquí el Dios: Deus, ecce Deus.*

Antes de la venida de Jesucristo, se agitaba el humano linage en busca de una idea grande, de un pensamiento sublime que encerrase y compendiase lo pasado, descifrara y mejorara lo presente, formulara y fijara el porvenir. ¡*Cosa singular*! ¡estraordinaria coincidencia! Moyses y Homero, Salomon y Sócrates, todos se afanaban en pos del indicado pensamiento, rebullia en sus cabezas como un mal formado embrion; tenia ya la vida, pero le faltaba el desarrollo competente, porque el género humano no se lo consentia. Las ideas eran tan groseras, las costumbres tan duras y feroces, los pueblos vivian en tanto aislamiento, era tal la imperfeccion de las diferentes organizaciones sociales, tan estrañas é injustas las condiciones del *poder* púbico, tan mal reconocidas y deslindadas las atribucio-

nes del doméstico, tanto, en una palabra, el atraso de la verdadera civilizacion, que lanzada en medio del mundo la sublime idea, de nadie fuera comprendida, por todos menospreciada y conculcada, verificándose lo de las preciosas perlas arrojadas á los piés de animales inmundos.

La antigua filosofía, á pesar de sus errores, de sus estravagancias, de sus absurdos, y lo que es todavía mas doloroso, de sus infames doctrinas, repugnantes á la sana moral, trabajaba, si hemos de creer á la indicada escuela, en la promocion y fomento de los grandes intereses de la humanidad, en la vindicacion de los derechos del hombre; preparando así la era venturosa en que la verdad oculta entre las sombras, solo conocida en tenebrosos conciliábulos, y presentada al pueblo con indescifrables enigmas, podria salir á la luz del sol, apellidarse con su propio nombre, y pasear triunfante por la faz de la tierra.

Necesitábase, empero, para la grande obra, un hombre estraordinario, que concibiese con viveza y fuerza la idea, que la formulase, que se mostrase él propio como una personificacion de la misma, y que antes de descender al sepulcro, acertase á cubrirla con misterioso velo, que dejando entrever su hermoso resplandor, la salvase de la profanacion de manos impuras. He aquí el mote del enigma, he aquí el secreto de esa funesta escuela. Segun ella, la religion no es mas que la filosofía, Jesucristo no es mas que un hombre, los dogmas por él establecidos, no son mas que mudables formas en que se envuelve la verdad, hasta el dia en que habiendo progresado bastante el humano linage, sea capaz de contemplarla cara á cara, como la vista del águila los rayos del sol.

Desde el momento que en medio del cristianismo se levanta una autoridad, esa autoridad evidentemente instituida por el divino Fundador, se comete la mayor de las usurpaciones; las heregías que en diferentes sentidos y bajo distintos nombres, surgen y se rebelan contra las pretensiones de la Iglesia, son una protesta de la razon contra la fé, de la filosofía contra la religion, de la legitimidad contra la usurpacion, de la libertad contra el despotismo. Cuando al cabo de quince siglos alza su voz un fraile apóstata en el corazon de Alemania, y con labio profanado con escandaloso sacrilegio, se llama apóstol del Señor, enviado para convertir á las gentes, para destruir la *Prostituta de Babilonia*, para echar por el suelo una autoridad reconocida durante quince siglos, ese apóstata, ese seductor, es á los ojos de la funesta escuela un grande hombre, á pesar de todos sus vergonzosos estravíos. Los arrebatos de su cólera no son mas que el noble acento de una indignacion justa, generosa y santa; sus es-

fuerzos para derrocar el poder temporal y espiritual del romano Pontífice, corresponden á los vivos y ansiosos deseos que abriga la Europa entera; la adulteracion de los dogmas, la destruccion de toda disciplina, la relajacion de costumbres, predicada en sus palabras y en sus ejemplos, el vértigo fatal que introduce en Europa en todo lo perteneciente á las mas elevadas cuestiones religiosas, sociales y políticas, todo se ensalza con los mayores encomios, todo se pondera como un inmenso beneficio dispensado á la humanidad.

¿Qué importan los dogmas, qué la disciplina, qué la gerarquía? Esto eran formas gastadas en que se hallaba envuelta la idea antigua, primitiva, que servir pudieran quizás allá en otros tiempos, pero que á la sazon era indispensable rasgar con mano osada, dejando que se entretuvieran con los despreciables fragmentos, el fanatismo y la ignorancia. Pasan dos siglos, los funestos principios se desenvuelven, se llevan hasta el estremo sus fatales consecuencias, la impiedad se erige en dogma, y arrojada la hipócrita máscara con que se cubriera, niega abiertamente la divinidad de la religion cristiana, declara absurdas sus augustas doctrinas, ridiculiza sus venerables prácticas, y se esfuerza en hacer objeto de befa y escarnio la santidad del sacerdocio. Nada importa todo esto á los ojos de la escuela que nos está ocupando: la filosofía del siglo XVIII con sus errores, con sus blasfemias, con su olvido de la historia, con su ódio á todo lo antiguo, con su encarnizamiento contra lo ecsistente, bañada de la sangre que hiciera verter á torrentes en todos los puntos de Europa, goteando todavía sus manos la inocente que derramara con sus puñales y sus cadalsos, esa filosofía que se presentara como reparadora de todos los males de la humanidad, mientras se hallaba reducida á la modesta mansion de un gabinete, que se convirtió en feroz Medea tan pronto como pudo escalar la cumbre del mando, esa filosofía es tambien un inmenso beneficio dispensado á la sociedad y al individuo. Ella quebrantó las cadenas que aprisionaban el humano pensamiento, ella derribó las barreras que separaban unas clases de otras clases, que defendian la usurpacion de las poderosas, que servian para la opresion de los pobres, que monopolizaban en manos de pocos el fruto del trabajo de todos, que esplotaban en beneficio de los goces del fuerte, los sudores y las penalidades del débil. Los mayores estravíos, los mas grandes esceses, los mas horrendos crímenes, todo se escusa, todo se disculpa con inconcebible indulgencia, en obsequio de la utilidad y grandor de los resultados. Si los filósofos del siglo XVIII desconocieron no solo la verdad, sino el mérito mismo del cristianismo, si negaron que hubiese acarreado ningun género de beneficios á la sociedad,

á la familia, al individuo, si le calumniaron de la manera mas atroz, si le convirtieron en objeto de mofa con la mas indecente impudencia, esto no quita que la escuela filosófico-cristiana los reconozca como sus ilustres progenitores, que les tribute rendidos homenages, que les obsequie con aquellas muestras de reverencia, de respeto y gratitud con que los buenos hijos honran á sus padres.

Hemos trazado con rápidas plumadas los rasgos característicos de esa engañosa y funesta escuela, de esa escuela que se ha empeñado en cubrirse con ciertas apariencias de cristianismo, cuando hace ostentosa gala de mostrarse heredera de todas las heregías, de todas las escuelas de impiedad con que ha luchado el cristianismo por espacio de diez y ocho siglos. ¿Quereis conocerla á fondo? ¿quereis una evidente señal de cuáles son sus intenciones? ¿quereis saber el blanco de sus tiros? esa misma escuela que todo lo escusa, todo lo tolera, solo en un punto se muestra intolerante, en lo relativo á la Iglesia católica. A esta Iglesia no se le conceden treguas ni descanso; fortuna si se le otorga que á pesar de su supersticion, su fanatismo, su corrupcion, produjo quizás algunos bienes allá en los siglos bárbaros; pero en llegando á los modernos, en tratando del actual, en hablando del venidero, no menteis ni Catolicismo ni Iglesia católica, tales como los entienden los verdaderos fieles; son nombres gastados que nada espresan, nada significan; sino es algo de repugnante á la causa de la civilizacion, á los intereses de la humanidad. El cristianismo, el único cristianismo que podrá servir para labrar el siglo de oro á que se encamina el humano linage, es ese cristianismo indefinible, fluctuante, aéreo, del modo que le han dejado el ecsámen protestante y el análisis filosófico; ese cristianismo, esa religion inconcebible, que carece de dogma, es decir, de doctrinas, que no admite formas esteriores, es decir, que no consiente culto, que no necesita ministros que enseñen y practiquen, dado que ella abdica toda enseñanza, y no prescribe ninguna práctica.

Ocúltese bajo ese indigesto fárrago, bajo ese tejido de absurdos é incoherencias, la mas profunda hipocresía: es la impiedad, el indiferentismo, que llevados de un sentimiento egoista, encubren con mentidos velos sus asquerosas formas, y procuran seducir con vanas palabras á los pueblos incautos. Las creencias cristianas están todavía en el corazon de las naciones europeas, y de cuantas han participado de su espléndida civilizacion; hasta los pueblos arrastrados por el cisma y la heregía, y arrojados despues en un piélago de errores, de dudas é incertidumbre, conservan en el fondo de su alma el sentimiento cristiano, echan menos la verdad que perdieran en aciago dia, y con la Biblia en la mano recorren afanosos y se-

dientos aquellas páginas divinas, inintelegibles á sus ojos, velados con las tinieblas del error. Eso lo ha comprendido la escuela que estamos combatiendo, y ha dicho para sí: "no hostilicemos cara á cara al ctistianismo, manifestémonos sus ardientes defensores, no desaprovechemos la dura esperiencia que nos ofrece la filosofia del pasado siglo, que por su frenesí anticristiano, manifestado de una manera prematura é imprudente, si bien logró deslumbrar por algunos momentos, se atrajo y se está atrayendo cada dia mas la ecsecracion universal; digamos que en el fondo del cristianismo hay verdad, distingamos entre ella y las formas que la cubren, afectemos tanto respeto por aquella, como desprecio manifestamos por estas, inculquemos la necesidad de mudarlas segun las circunstancias y los tiempos, hablemos sin cesar de símbolos, de emblemas, de enigmas, de transformaciones, hagamos que en todo intervengan los arcanos del porvenir; así confundido y mezclado en inestricable laberinto, lo pasado, lo presente y lo futuro, engañaremos á nuestro sabor á los pueblos; y cuando esperen el nuevo cristianismo, que cual otro fénix ha de renacer de las cenizas de la pira que nosotros le levantamos, se hallarán bastante preparados para recibir sin rodeo, sin disfraz, nuestra enseñanza, que consiste en absoluta abdicacion de todo linage de creencias, en completo escepticismo sobre el orígen y los destinos del hombre, en un culto de los intereses materiales, en la divinizacion del goce, en el entronizamiento del principio de utilidad privada; mas breve, en la ruina de toda religion y de toda moral."

No es menester mucha penetracion para conocer lo que se abriga bajo el transparente velo; y descubierta la falsedad hipócrita, deja de ser tan peligrosa para los que aman de veras la sinceridad. Una vez desenmascarada la escuela á que nos referimos, queda evidente su error y su mala fé; y por consiguiente, está juzgada en el tribunal de la sana filosofia. Sin embargo, y á pesar de que estas consideraciones podrian dispensarnos de impugnarla, lo haremos á continuacion atacando sus dos ideas capitales: primera, la transformacion sucesiva que segun ella ha esperimentado el cristianismo: segunda, la necesidad de que el Catolicismo desaparezca por motivo de su supuesta impotencia de satisfacer las necesidades de la generacion presente y de las venideras.

Para transformarse una cosa, es menester que ecsista: los aristotélicos, admitiendo las formas sustanciales, suponian una materia prima que las perdia ó adquiria; esperimentando de esta suerte las correspondientes mudanzas. Si, pues, hay en el cristianismo algo que dura al través de los siglos, pero que se transforma, es decir,

que muda de formas, les preguntaremos á los pretendidos filósofos, ecsigiéndoles que nos respondan categóricamente á la pregunta: ¿en qué consiste eso que permanece y sufre la mudanza de las formas? ¿qué se entiende por estas formas? Consecuentes á sus principios, que están en oposicion con los dogmas admitidos por la Iglesia católica, nos dirán que esos mismos dogmas no son mas que puras formas, que lo son ahora como lo fueron siempre, y que las pretendidas tradiciones, no fueron mas que la transmision de los enigmáticos emblemas con que se disfrazara la verdad. Entonces nos han de confesar, que los cristianos de todos los tiempos que no miraron esos dogmas como formas enigmáticas, sino como positivas espresiones de la realidad, fueron ó engañados ó engañadores. Si lo primero, los cristianos no conocieron jamas el cristianismo; si lo segundo, fueron una turba de miserables impostores, á quienes en mala hora dispensais no merecidos encomios. Léanse todos los documentos modernos y antiguos, donde se declara la fé de los cristianos, consúltense los anales de aquellas épocas, que tan afectadamente se califican de posesoras de la verdad primitiva; á cada paso se conocerá, se palpará que lós hombres que hablan, que escriben sobre los dogmas, que las generaciones que los profesan, los héroes que por ellos sufren y mueren, todos á una entienden que esos dogmas espresan la verdad, todos miran como horrendo pecado la negacion ó la duda, todos se estremecerian al oir que sus creencias versan sobre cosas sujetas á reformas y mudanzas.

Ademas, ¿qué son los dogmas de una religion? son sus doctrinas; la que los tiene falsos, tiene su enseñanza falsa; y tanto dista de merecer el nombre de religion, que con dificultad podrá vindicar el de escuela. Al menos una escuela se apoya en raciocinios, no finge revelaciones, apellídase hija del entendimiento, no del cielo; si yerra, se equivoca y no engaña; pero una religion falsa es un tejido, no solo de errores, sino de imposturas; es un insulto dirigido á un tiempo contra Dios y los hombres; pues que á éstos los engaña abusando sacrílegamente del nombre de la eterna verdad. Ni vale para escusar esa impostura el decir, que allí hay alegoría, y que ésta significa, mas no engaña: ¿qué será una alegoría que nadie entiende, de la cual nadie sospecha que no sea la sencilla esposicion de la realidad de las cosas? ¿podrá merecer el título de tal la alegoría que no comprenden ni los ignorantes ni los sábios, ni los enseñados ni los que comunican la enseñanza? Si versara sobre objetos de escasa importancia, si el error de maestros y discípulos se limitase á proposiciones de poca entidad, de ninguna consecuencia, entonces seria menos absurda la suposicion que estamos impugnando; pero se tra-

ta nada menos que del mismo Dios, de los augustos misterios que en cuanto al mísero mortal le es dado entender, esplican la Divina naturaleza, las Personas, las relaciones de éstas entre sí; se trata nada menos que del hombre, de su naturaleza, de su orígen, de su destino, de sus relaciones con Dios, de los medios que le han sido concedidos para alcanzar su fin; se trata de saber si ecsiste una prevaricacion primitiva, si de ella ha participado todo el humano linage, si en efecto sufrimos ó no la pena de un primer pecado, si hay ó no una degeneracion del estado en que Dios nos criara, si la redencion es una verdad, si el Hijo de Dios se dignó descender por nosotros á la tierra para lavar nuestras manchas, rescatarnos con su sangre y abrirnos las puertas del paraiso: se trata de saber si ecsisten algunos conductos por los cuales se nos comuniquen los tesoros de la gracia de la redencion; en una palabra, en los dogmas se encierra lo mas grande y mas importante que el hombre puede imaginar, lo que mas de cerca le interesa, lo que está íntimamente enlazado con su suerte, aquello de que ésta depende, aquello que no nos es dado ignorar, sin ignorar al propio tiempo lo que somos, de dónde venimos, á dónde vamos. Si en esto caben alegorías, si cuanto se propone en las creencias que á tales puntos se refieren, puede calificarse de emblemático y simbólico, si nos es dado sospechar que aquí no se encierran mas que sublimes mentiras para indicarnos una verdad terrena, que el mundo hasta ahora no conoce, y que solo columbran ciertos filósofos, dígase que por espacio de diez y ocho siglos, una considerable porcion de la humanidad ha sido víctima del mas grosero engaño, añádase que todavía lo es, y no se dispensen hipócritas elogios al cristianismo, que en tal caso no fuera mas que un conjunto de estravagancias sin objeto, de palabras sin sentido, de enigmas indescifrables, estériles, completamente estériles para producir el triunfo de la verdad. Al error no se añada el amaño, á la falsedad la astucia seductora. Si no creeis en el cristianismo, si os empeñais en combatirle continuando la impía tarea de la escuela de Voltaire, no digais por lo menos que os proponeis esplicar lo que tan abiertamente negais, que intentais perfeccionar lo que deseais destruir. Entonces si conquistais alumnos, sabrán al menos á qué atenerse; y desde el momento en que abracen vuestras doctrinas, no podrán ignorar que abandonan su fé.

"La moral cristiana, dirán esos filósofos, es lo único que se encuentra verdadero en las doctrinas de la religion; esa moral, pura, santa, sublime, es lo único que conviene salvar: no debe á la humanidad pesarle de haber vivido en piadosos errores, si con éstos ha podido adquirir tan inestimable tesoro. Esa moral se aviene con todas las

creencias, con todas las organizaciones sociales, con todas las formas políticas; es elevada, ilustrada, tolerante, grande como el mundo, digna de señorearle, digna de reinar sobre el individuo, sobre la familia, sobre la sociedad, digna de presidir á la resolucion de los actuales problemas y de marchar al frente de las generaciones venideras, conduciéndolas al destino que les señalara la Providencia." Oyense á cada paso estos encomios, tributados á la moral cristiana hasta por los mas declarados enemigos del cristianismo; pero ¿son sinceras esas alabanzas? ¿salen del fondo del corazon? ¿no podrian á veces envolver un amaño, procurando adormecer con lisonjas la víctima que se intenta sacrificar? ¿es verdad que vuestro entusiasmo por la moral del Evangelio sea tanto como afectais? Si es asi, ¿cómo no andan mas conformes con ella vuestras doctrinas? Vosotros divinizais la materia, el Evangelio la anonada; vosotros predicais incesantemente el goce, el Evangelio el sufrimiento y la abstinencia; vosotros escusais todos los estravíos del corazon, el Evangelio ordena circuncidarle con mano severa; vosotros ensalzais y escitais el orgullo, el Evangelio prescribe la humildad; vosotros inculcais como base de la moral el amor propio, el egoismo, el principio de la utilidad privada, el Evangelio prescribe la abnegacion, el desasimiento de los intereses terrenos, el amor de Dios, el del prójimo, el sacrificio por el bien de sus semejantes; vosotros ridiculizais, ó al menos tachais de estremado rigor, la virtud sublime que nos hace vivir la vida de ángel, el Evangelio la aconseja como una de las ofrendas mas agradables al Señor, como el incienso mas puro que alzarse pueda del humano corazon hácia las gradas del trono del Eterno.

¿Qué hay de semejante entre vuestra moral y la del Evangelio? La de éste formaba anacoretas, la vuestra forma sibaritas; la de éste corrigió las costumbres del mundo pagano, la vuestra corrompe las del mundo actual: la de éste desterró el egoismo para entronizar la caridad, la vuestra, protestando una fraternidad estéril, produce en los hombres un horrible aislamiento, levantando en los corazones el mezquino ídolo del interés propio; la de éste organizó la familia, santificó el matrimonio; la vuestra desordena la familia, y relaja ó quebranta el lazo conyugal: donde quiera que ha prevalecido la moral evangélica, se ha verificado un cambio prodigioso, desterrándose la corrupcion de entre los fieles: donde se ha introducido vuestra filosofía, han degenerado las costumbres de una manera lastimosa, distinguiéndose en la perversidad á proporcion de lo difundidas que estaban vuestras doctrinas. Ved, contemplad vuestra obra: no os señalaremos un punto oscuro, donde alegar pudiérais que no ha pe-

netrado en toda su plenitud el caudal de vuestras luces; no os indicaremos un pueblo bárbaro del que os sea dado decir que en su torpe grosería no comprende el sentido de vuestra enseñanza; queremos que fijeis vuestras miradas sobre la ciudad rica, populosa y floreciente, emporio de las artes y de las ciencias, orgullo de una gran nacion, capital del mundo civilizado. Hace poco menos de un siglo que vuestra filosofía reina allí con ilimitado imperio, allí vivieron y murieron, allí viven todavía vuestros grandes hombres, allí ha resonado, y resuena todavía, vuestra voz con mas elocuencia, con mas seductor acento, que en ningun punto del globo; allí habeis hecho en grande vuestros ensayos, allí lo que no alcanzárais con la persuasion lo conseguísteis con la fuerza de las armas; allí vinieron las guillotinas en apoyo de los argumentos, y el estruendo del cañon en sosten del clamoreo de vuestra prensa; allí triunfásteis, y sin embargo, dolor causa decirlo, ¿qué habeis hecho de aquella sociedad? ¿en qué habeis convertido aquel gran pueblo? ¿quereis que levantemos el velo que encubre la ignominia de vuestra obra? No, no lo haremos; contentarémonos con recordar un hecho que no podreis contestarnos, que es público, que depone del modo mas concluyente contra vuestros sistemas: en Paris, la tercera parte de los niños que nacen no son de legítimo matrimonio.

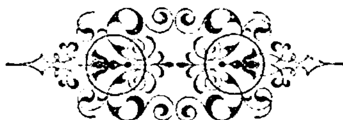
Id ahora, y predicad la escelencia de vuestra moral: decid, si os place, que está conforme con la del Evangelio; ¿creeis, por ventura, que las mácsimas de la moral se formulan en bandos de policía? ¿que la saludable vigilancia sobre las costumbres se ejerce bastante con los tribunales de correccion? ¿creeis que la civilizacion es la cultura, que la perfeccion de las leyes es el adelanto de las artes, que la sensatez y el buen juicio son lo mismo que el progreso de las ciencias, que la pureza de la conducta consiste en la finura de los modales? ¿creeis que desaparece la corrupcion por solo cubrirla con velos resplandecientes?

No es esto lo que dicta la razon, no es esto lo que enseña la religion cristiana; una y otra nos dicen en alta voz que para reformar el corazon del hombre y conservar en él las mejoras, no bastan reglamentos, no bastan libros, no bastan declamaciones, sino que son necesarios medios vivos y eficaces que penetren en lo interior, que ejerzan directamente su influencia sobre el entendimiento y la voluntad, que enflaquezcan el ascendiente de las pasiones, que quebranten su ímpetu y abatan su vuelo. Para conseguir esos efectos son indispensables motivos superiores á los que se encuentran en la esfera terrena, son insuficientes los que se fundan en combinaciones del interés privado, pues desde el momento que éste se entroniza,

se concede á las pasiones rienda suelta. La razon y la religion están acordes en que la sana moral y la práctica de la virtud no se oponen al interés propio bien entendido; pero sostienen al mismo tiempo que el ejercicio de la virtud demanda, ecsige una y mil veces el sacrificio del placer del momento, de la utilidad presente, y tal vez la utilidad de toda la vida; sostienen que la moral, para ser firme, sólida, duradera, á la prueba de los ataques de las pasiones y de la inconstancia de la humana flaqueza, debe arrancar del cielo y dirigirse al cielo; debe fijar sus miradas mas allá del sepulcro, debe salir del tiempo y estenderse á la eternidad; no debe limitarse á la estrecha esfera de la criatura, sino levantarse hasta las regiones infinitas donde mora el Criador. Ved si es esta la enseñanza de vuestros libros, si algo tiene de semejante la tendencia de vuestras doctrinas; descended al ecsámen de vuestros principios, pesad sus consecuencias, dad una mirada á las aplicaciones que de ellas haceis; jamas hablais sino de la tierra, jamas hablais de los destinos del hombre, sino ciñéndoos á esa vivienda pasagera, hablais siempre del género humano, nunca del Dios que lo crió y que lo llama á sí; y cuando una que otra vez mentais el nombre del Ser Supremo, si una que otra vez pronunciais ó escribís Providencia, bien se conoce que tributais un estéril homenage á una divinidad que no ve ni oye, que se pasea por las alturas del cielo sin considerar las cosas de la tierra. Si una que otra vez recordais los destinos del hombre mas allá del sepulcro y la inmortalidad que nos espera en regiones desconocidas, lo haceis de paso, solo para hermosear vuestras páginas, para dar realce á vuestra palabra, porque no ignorais que la tumba, la inmortalidad, la eternidad, encierran una sublime poesía y esmaltan y realzan cuanto tocan.

La filosofía anticristiana divaga perdida por las vanas regiones de la duda y del escepticismo, abrazada con mentidas sombras, brillantes de lejos, negras y repugnantes de cerca; desásese á cada instante de los brazos de una para correr en pos de otra que la deslumbra, y á su turno la engaña. Varía sin cesar, continuamente se transforma, y por lo mismo pretende que todo se transforme y varíe como ella; por esto, no conociendo su propia flaqueza, su impotencia para alcanzar la verdad, se levanta desvanecida y orgullosa, se erige en juez de todas las religiones, las prescribe el camino que deben seguir, les indica los escollos que deben evitar, pesa los grados que les quedan de fuerza y de vida, pronostica magistralmente el término de su duracion, decide que ésta ha muerto ya, que aquella está en agonía, que la una ha menester cierta transformacion, que la otra es del todo inútil, que es necesario arrumbarla para que no e n

torpezca la rápida marcha de los pueblos. Nada hay nuevo debajo del sol, ha dicho con profunda sabiduría el sagrado testo; y no es nueva tampoco esa loca vanidad, ese insoportable orgullo del espíritu humano. Tambien en otro tiempo condenó el cristianismo como absurdo, como criminal, como contrario á las leyes del imperio, como incompatible con el órden público y la ecsistencia de la sociedad, como religion despreciable, envilecedora, propia únicamente de miserables y esclavos; y sin embargo, el cristianismo vió disipar á su presencia las escuelas filosóficas como ligera niebla tocada de los rayos del sol; y se arraigó, y se propagó, y se apoderó del sólio de los Césares, y resplandeció en el lábaro de los señores del mundo, y sojuzgó y civilizó á los bárbaros, y triunfó de los árabes y crió la Europa moderna. Tambien en otro tiempo el mismo orgullo, con la Biblia en la mano, pretendia marcar la caida de la ciudad eterna, el fin de la cátedra de San Pedro, con la misma precision y esactitud con que señalan los astrónomos el momento de un eclipse; y no obstante, esa cátedra permanece y vive, acatada por numerosos pueblos, y la palabra del Divino Salvador no se encuentra fallida. Tambien en el siglo anterior, en la época de la pujanza filosófica del hombre de Ferney, se pronosticaba con tono de seguridad y de certeza, que estaba por sonar la hora estrema para la *supersticion y el fanatismo:* sonó, sí, una hora terrible; pero no fué mas que la hora de persecucion, semejante á la que saliera de la urna del Eterno en los tiempos de los Nerones, de los Decios, de los Dioclecianos. Sonó la hora en que Dios quiso probar á la Iglesia como el oro en el crisol, para presentarla mas resplandeciente á los ojos de las naciones y sacarla victoriosa y triunfante de las manos de sus enemigos: cubierta de tanta mayor gloria é inspirando interés tanto mas vivo, cuanto eran mas anchas y profundas las cicatrices recibidas en el terrible combate.



LA PRENSA.

La prensa comenzó dando á luz la Biblia, y ha descendido hasta el lenguaje de las verduleras; como la música, la poesía, la pintura, nacieron en los templos, y han bajado hasta los burdeles y tabernas. Pero de la propia suerte que los poetas ramplones no desacreditan á Homero, Virgilio y Tasso, que las sonatas de un mal instrumento nada quitan á los acentos de Rossini y de Mozart, y los prodigios de Miguel Angelo y de Rafael nada pierden de su mérito sublime por ecsistir mamarrachos en patios y esquinas, tampoco debe caer en desprecio la prensa porque algunos la hayan desacreditado por sus desmanes y escesos. El abuso y el uso son cosas que no deben confundirse jamas; si para destruir aquel se debiera prohibir éste, apenas ecsistiera nada sobre la tierra. ¿De qué no abusa el hombre? Abusa de su entendimiento, de su voluntad, de todas sus potencias y facultades, de sus sentidos, de su cuerpo, de su fortuna, de su reputacion, de sus relaciones, de todo cuanto le rodea: porque no hay mal que no se consume abusando del bien: hasta el blandir aleve acero que desgarra un pecho inocente, es un abuso de la mano y de un metal; instrumentos preciosos que nos ha concedido el Criador para labrar nuestra dicha.

Si bien se observa, la prensa no es mas que una manera de hablar: es una especie de lengua que solo se diferencía de la comun, en que suena mas alto, se hace oir con mas rapidez y universali-

dad, y deja consignado é indeleble para mucho tiempo todo lo que dice. Es una perfeccion del órgano que nos ha dado la naturaleza; es un suplemento á su debilidad, á su poco alcance, á la breve duracion de sus sonidos: como lo es tambien la escritura, como lo son todos los signos de que el hombre se ha valido para estender y conservar su palabra; no siendo otra cosa que el mas perfecto entre estos signos, una manera mas perfecta de escribir, y por tanto de hablar. La imprenta es á la escritura lo que son al dibujo el arte daguerreotípico, y todos los demas que tienen por objeto trasladar de un golpe al lienzo, al papel ú otra tabla cualquiera, lo que la mano del dibujante no podria hacer, sino con mucha lentitud y procediendo por partes.

Con estas observaciones se deja en claro el mérito que encierran las declamaciones que en pro y en contra de la prensa se están oyendo todos los dias: es un hecho como los demas que ecsisten en el mundo: es un bien cuyo abuso constituye un mal: si por estas razones se intenta condenarla, condénense la pintura, la escultura, la poesía, la música, condénense todas las ciencias, todas las artes: condénense el cuerpo del hombre, sus sentidos, su voluntad, su entendimiento, su espíritu inmortal: condénese todo cuanto hay mas respetable, mas santo, mas augusto sobre la tierra, pues que desgraciadamente el hombre de todo abusa. Se habla de inconvenientes; ¿y dónde no ecsisten? Se lamentan los males: ¿cuántas cosas hay que no los acarreen directa ó indirectamente, cuando no sea por otra causa, por la manera con que de ellas nos valemos? El lenguaje cuyo ausiliar es la prensa, á la par de sus buenos efectos, ¿no los produce tambien malos y de trascendencia incalculable? ¿han podido olvidarse los proverbios en que la sabiduría de la esperiencia ha compendiado el bien y el mal que hace la lengua, segun el modo con que la empleamos?

Se habla mucho de esta *lepra de las sociedades modernas*, de ese *elemento disolvente*, usándose á cada paso espresiones semejantes. Reconocemos como el que mas los daños acarreados á las sociedades modernas por ese instrumento terrible, por ese formidable agente, órgano del entendimiento é imágen de su inmensa actividad, de su fuerza espansiva, de su increible rapidez; pero tampoco podemos echar en olvido los bienes de que le son deudoras las ciencias, las artes, la sociedad, la religion misma. Así miramos como un singular favor del cielo la sublime inspiracion que tantos beneficios nos trajera: estando de acuerdo sobre este particular con el gran Papa Leon X, en el concilio de Letran celebrado en 1515, cuando proponiéndose remediar y precaver los males acarreados

por la prensa ya en aquella sazon, tributaba, no obstante, los mayores elogios al sublime descubrimiento, mirándole como un favor particular del cielo: "*Ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris divino favente numine, inventa, seu aucta et perpolita, plurima mortalibus attulerit commoda, &c.*" Es notable que ya en aquella época, aun antes de la aparicion del protestantismo, y cuando el arte de imprimir estaba todavía tan prócsimo á su cuna, se cometian notables y numerosos escesos, que la autoridad apostólica se ve precisada á reprimir. En diversas partes se publicaban *libros en idioma latino y vulgar; ya originales, ya traducidos del griego, del hebreo, del arábigo, del caldeo, en los que se propagaban errores y perniciosos dogmas contrarios á la religion cristiana; y lo que es todavía mas particular, se dirigian ataques contra las personas aun las mas condecoradas por su elevada dignidad; resultando de esto grandes errores en la fé, y en la vida y costumbres, originándose repetidos escándalos, cuya gravedad enseñaba ya la esperiencia, y temiéndose para en adelante otros mayores.* Ya entonces se recelaba que *una invencion saludable, destinada á la gloria de Dios, al robustecimiento de la fé y á la propagacion de las buenas artes, no sirviese para todo lo contrario, dañando á la salud de los fieles, haciendo crecer espinas junto con las semillas buenas, y mezclando el veneno con la medicina.* No cabe apreciar con mas pulso, con mas prudencia, los efectos buenos y malos de la prensa; no cabe mas moderacion en distinguir el abuso del uso, y en reconocer en el descubrimiento un gran beneficio de la Providencia, á pesar de la manera dañosa con que de él se servia la malicia de algunos hombres.

Recordamos con mucho placer las graves sentencias de aquel Sumo Pontífice, para que se vea que la cuestion de la prensa es ya muy antigua, para hacer notar que lo que han dicho posteriormente de mas grave y juicioso los publicistas y legisladores, lo habia compendiado en pocas palabras mucho antes que ellos, un Papa, y al mismo tiempo para evidenciar cuánta prudencia, cuánta prevision manifestaron en este negocio los romanos Pontífices. Es, por cierto, muy curioso é interesante, el ver ahora cómo luchan con la agobiadora dificultad, los mismos que miraran tal vez *como horrendos atentados contra la libertad humana*, las providencias de los Papas, en que se procuraba contener el abuso de esa arma terrible, poniéndole algunas limitaciones para que no atacase la fé, no corrompiese las costumbres, y respetase *el decoro de las personas constituidas en dignidad.* Ya en aquellos tiempos el mal era mucho y el peligro mayor; ya desde entonces la cátedra de San Pedro, depositaria

de la verdad, y vigilante atalaya de los mas sagrados intereses de las naciones, las amonestaba de los riesgos que consigo traeria esta invencion en los siglos futuros (1).

La accion de la imprenta se ha estendido á todos los órdenes, ha obrado en los sentidos mas diferentes, no siendo posible señalar ninguna institucion, sobre la cual no haya ejercido notable influencia. La religion, la sociedad, la política, las ciencias, la literatura, las bellas artes, todo se ha resentido de la portentosa invencion; todo tiene mucho que agradecerle, y no poco de que acusarla. Mas por lo mismo que la accion del nuevo agente era tan universal y eficaz, necesario es resignarse á encontrar el bien al lado del mal: el mismo sol que alumbra, fecunda y embellece la tierra, agosta con sus ardores las campiñas, corrompe las lagunas, y levantando exhalaciones pestilentes, siembra la desolacion y la muerte por estendidas comarcas.

Mucho tiene que lamentarse la religion, pero en cambio, no poco de que alegrarse; pues si bien es verdad que la imprenta ha servido para difundir los errores y preparar esa era de incredulidad y escepticismo que nosotros alcanzamos, tambien lo es que la ciencia

---

(1) Hemos presentado ya las sentencias del citado Papa; pero deseosos que los lectores se formen clara idea de la prudencia, moderacion y prevision que encierra el indicado documento, transcribiremos original su preámbulo.

LEO X. IN CONCILIO LATERANENSI.

Inter sollicitudines nostris humeris incumbentes, perpeti cura revolvimus, ut errantes in viam veritatis reducere, ipsosque lucri facere Deo (sua nobis cooperante gratia), valeamus; hoc est quod profecto desideranter exquirimus, ad id nostræ mentis sedulo destinamus affectum, ac circa illud studiosa diligentia vigilamus. Sane licet litterarum peritia per librorum lectionem possit faciliter obtineri, *ac ars imprimendi libros, temporibus potissimum nostris divino favente numine, inventa seu aucta et perpolita, plurima mortalibus attulerit commoda, cum parva impensa, copia librorum maxima habeatur, quibus ingenia ad litterarum studia percommode exerceri, et viri eruditi in omni linguarum genere, præsertim autem catholici, quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facile evadere possunt, qui etiam infideles sciant et valeant sacris institutis instruere. fideliumque collegio, per doctrinam christianæ fidei salubriter aggregare:* quia tamen multorum querela nostrum et sedis apostolicæ pulsavit auditum, quod nonnulli hujus artis imprimendi magistri, in diversis mundi partibus, libros, tam Græcæ, Hebraicæ, Arabicæ et Caldeæ, linguarum in latinum translatos, quam alios latino, ac vulgari sermone editos, errores etiam in fide ac perniciosa dogmata, etiam Religioni Christianæ contraria, *aut contra formam personarum etiam dignitate fulgentium* continentes, imprimere, ac publice vendere præsumunt, ex quorum lectura non solum legentes non edificantur, sed in maximos potius tam in fide, *quam in vita et moribus prolabuntur errores, unde varia sæpe scandala* (prout experientia rerum magistra docuit) *exorta fuerunt et majora in dies exoriri formidantur.* Nos itaque, ne id, quod ad Dei gloriam et fidei argumentum, ac bonarum artium propagationem, salubriter est inventum, in contrarium convertatur, ac Christi fidelium saluti detrimentum pariat, super librorum impressione curam nostram habendam fore diximus, ne de cætero cum bonis seminibus spinæ coalescant vel medicinis venena intermisceantur.

religiosa se ha levantado á un punto á que de otra manera le fuera difícil llegar; y que la misma contradiccion que ha sufrido la fé católica, ha hecho que se demostrase la solidez de sus fundamentos con una evidencia, con un caudal de erudicion y de saber, que sin el poderoso vehículo de la imprenta, quizás no se hubiera logrado. Sin este ausiliar, ¿cómo seria posible que disfrutásemos de esa muchedumbre de ediciones de la Biblia, hebreas, caldaicas, siriacas, griegas, y en tantos otros idiomas? ¿cómo seria dable que los sábios tuviesen á la mano aquellos riquísimos depósitos, que todos contribuyen á manifestar la verdad de nuestra santa religion, su augusta antigüedad, y los demas títulos que la acreditan de divina? ¿y las innumerables paráfrasis, y las interpretaciones, y los comentarios, y tantos trabajos como se han hecho sobre el sagrado testo por los santos padres y doctores eclesiásticos, cómo se hubieran podido generalizar, y muchos de ellos ni tal vez conservar sin el socorro de la imprenta? ¿y qué diremos de las ediciones de los concilios, de las obras de los santos padres, de las decisiones pontificias, de los escritos de los teólogos y canonistas, de los apologistas de la religion, que la han defendido á la luz de las tradiciones, de la crítica, de la historia, de la cronología, de la filosofía, de las ciencias naturales y esactas, que han interrogado la inmensidad del cielo, han preguntado á la entrañas de la tierra, han sondeado los misterios de la metafísica, han penetrado en la noche de los tiempos, han evocado los antiguos pueblos con sus legisladores, sus sábios, sus sacerdotes, y ora recogiendo la preciosa verdad, ora señalando la negrura del error, se han aprovechado de todo para defender la augusta religion del Crucificado, y desbaratar á sus obstinados enemigos? Reflecsionemos que si la imprenta ha sido arma terrible cuando la ha manejado el genio del mal, tambien ha sido un beneficio inestimable en manos de la Providencia. ¿Quién es capaz de calcular el daño acarreado por la propagacion de los malos libros? ¿pero quién calculará tampoco el bien producido por los buenos? Estendiéronse las obras de Lutero, de Calvino, de Melancton, de Teodoro de Beza, de Ecolampadio, de Jurieu; pero á su vez se difundieron de la propia suerte las de los antiguos padres, las de Santo Tomás de Aquino, de Melchor Cano, de Belarmino, de Suarez, de Petavio, de Natal Alejandro, de Bossuet, y otros innumerables, con cuyos nombres se honra la causa de la verdad. En tiempos mas cercanos se han hecho numerosas ediciones de las obras de Voltaire y de los filósofos de su escuela; pero ¿son pocas acaso las que se han publicado tambien de los apologistas católicos? Voltaire se propuso mostrar el critianismo como cosa despreciable, ridícula, enemiga de la ciencia, de las be-

llas artes, é inconciliable con todo adelanto social; Chateaubriand acometió la noble empresa de manifestar todo lo contrario, demostrando que la religion de Jesucristo está en inefable armonía con todo cuanto hay de grande, de sublime, de bello, de tierno; y preguntaremos nosotros, ¿qué obras se han difundido mas, las del filósofo de Ferney, ó las del cantor de los Mártires? ¿cuáles se han traducido á mayor número de lenguas? en igual tiempo, ¿de cuáles se han tirado y espendido mayor número de ejemplares? ¿cuáles andan en manos de mayor número de personas? esto lo saben los versados en la bibliografía; pero hasta cierto punto no puede ignorarlo quien alcance siquiera á leer. Entrad en un gabinete ora pertenezca á un sábio, ora á una persona medianamente instruida; recorred los estantes de sus libros; pocas veces encontrareis á Voltaire, casi siempre á Chateaubriand.

Los que han dicho que la imprenta habia sido un golpe de muerte para la causa de la *supersticion y del fanatismo*, es decir segun ellos, para la causa de la religion católica, se han mostrado bien poco conocedores de la historia científica y literaria de Europa, desde la invencion de Guttemberg. Sucédeles á no pocos de los adversarios de la religion, que habiéndose formado en un pequeño círculo de hombres y de libros, se imaginan que no ecsiste otro mundo que aquel donde han vivido; manifestando á menudo tan crasa ignorancia de lo que ha pasado y está pasando todavía fuera de los estrechos límites de la region en que se han encerrado, que bien han menester la tolerancia de otros que han alcanzado mayor estension de noticias y mas elevacion de ideas. No les hableis á esos hombres de tal ó cual ilustre apologista de la religion, no les menteis los trabajos que se están haciendo en este ó aquel sentido; nada saben de cuanto les decís; paréceles bien estraño que haya todavía necios que se ocupen en defender una causa que creian *fallada sin apelacion*. Saben el nombre de Bossuet, pero quizás nunca abrieron sus obras; conócenle porque han visto acá y acullá que se habla del ilustre obispo de Meaux, porque han oido apellidar su escuela, ó porque en las obras de literatura le han hallado en el catálogo de los oradores eminentes. ¿Pronunciais el nombre de Belarmino? quizás ignoran hasta la ecsistencia del insigne cardenal, ó si á tanto no llega su falta de noticias, tal vez no tienen de él otro conocimiento que el haber oido hablar de no sé qué doctrinas sobre la potestad temporal de los Papas. Si recordais el nombre de Santo Tomás de Aquino, notareis desde luego que no lo reputan bueno para otra cosa, que para alimentar la curiosidad de los escolásticos; y si citais algun santo padre, conocereis que sin haber visto nunca sus obras,

las miran como antiguallas, solo respetables por el tiempo que sobre las mismas ha transcurrido. Así, imaginándose que los católicos viven en estrechísima esfera, donde no se respira otro aire que el de los seminarios conciliares ó de los claustros, paréceles inconcebible que haya todavía hombres *ilustrados* que sostengan ó *aparenten* sostener doctrinas que caducaron para no rejuvenecer jamas.

A los ojos de estos hombres, verdaderamente preocupados por la impiedad, y dignos de lástima por su ceguera, la imprenta fué la muerte de la religion católica, y es en la actualidad, y será en adelante la mas segura garantía de que no podrá resucitar. Lejos de participar de semejantes temores, abrigamos la firme conviccion de que la misma imprenta será uno de los medios de que Dios se servirá para hacer triunfar la religion verdadera, haciéndole reconquistar el terreno perdido; esperamos, que así como la Providencia ha hecho ya que por este vehículo se esclareciesen admirablemente las mas profundas cuestiones, y se diese solucion cabal á las dificultades con que los enemigos de la religion se proponian abrumarla, así tambien hará en adelante, que en la profusion con que se derraman los libros de todas clases, prevalezcan en número y en tractivo, los útiles y los saludables; y pues que atendido el curso ordinario de las cosas, no es dable impedir la circulacion del veneno, al menos se propinará en abundante cantidad el preservativo, con las sanas doctrinas que forman el verdadero alimento de los espíritus. No, no nos asusta ese prodigioso movimiento que en las sodiedades modernas se desplega, y que se hace sentir particularmente en las producciones de la prensa; no nos asusta el ver sustituido á la fuerza del hombre el vapor, dando impulso al admirable mecanismo que con rapidez instantánea lanza y fija sobre el papel las concepciones del humano entendimiento, multiplicándolas en escasísimo tiempo de una manera asombrosa; aquellas máquinas que estampan los pensamientos del genio del mal, estampan del mismo modo las revelaciones hechas por Dios al hombre, conservan las augustas tradiciones de los tiempos primitivos, consignan los descubrimientos que la historia y la filosofía están haciendo en pro de la causa de la verdad, reproducen en abundancia los libros de educacion, donde encuentra la niñez sanos principios que le enseñan la verdadera fé y la purísima moral de Jesucristo, y cien y cien otros escritos, que bajo diferentes formas, en distintos aspectos, en variados estilos, en todas las lenguas, cuentan como los cielos, la gloria del Señor, y anuncian como el firmamento, las obras de sus manos.

Es indigno de espíritus católicos el asustarse á la vista de semejante movimiento, y el abrigar desmedidos temores con respecto á

las consecuencias de tan sorprendente desarrollo: ya que sabemos que la Iglesia católica ha de durar hasta la consumacion de los siglos, que contra ella no prevalecerán las puertas del infirno, que así lo tenemos prometido por aquel cuya palabra no pasa sin cumplimiento, y que los hechos han de venir á confirmar y demostrar verdadera, no podemos dudar ni un momento de que tiene preparados los remedios oportunos para curar el mal que originarse pueda en circunstancias nuevas, ni debemos desfallecer á la vista de los peligros, por mas insuperables que se ofrezcan á nuestra pequeñez y debilidad.

Cuando el divino Fundador de nuestra religion envió á los Apóstoles á predicar el Evangelio por todo el universo, no ignoraba las revoluciones y mudanzas de que el mundo habia de ser teatro. Patente estaba á sus ojos cuanto habia de suceder en los siglos venideros; y veia ya el momento en que surgiera de la cabeza de Guttemberg la sublime invencion, y veia el profundo cambio que esto habia de producir, el irresistible impulso que con esto habian de adquirir las ideas, y los abusos á que se habian de arrojar la volubilidad, la flaqueza y el orgullo del espíritu del hombre; veia los peligros que la fé estaba destinada á correr en tantos entendimientos, y los naufragios que en muchos sufriria, y las pérdidas que esto debia acarrear á su religion sacrosanta; veia todo esto, y sin embargo dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Admiremos, pues, con humilde reconocimiento, su inefable dignacion en salvar la combatida nave, hasta el tiempo que nosotros alcanzamos; y por lo tocante á los peligros del porvenir, dejemos al Todopoderoso el cuidado de conservar su obra. ¿Dónde estábamos nosotros cuando establecia los fundamentos de la tierra, cuando señalaba sus límites al mar, cuando estendia el cielo como un magnífico pabellon, y alumbraba la inmensidad del firmamento con torrentes de luz salidos de la nada al imperio de su voz?

La religion católica no ha menester envolverse en tinieblas para conservar el legítimo ascendiente que le aseguran los títulos celestiales que puede presentar; jamas ha esquivado la discusion; antes al contrario, se ha esforzado en promoverla por cuantos medios han estado á su alcance. Siglos antes que apareciese la imprenta, se habian escrito ya innumerables volúmenes sobre todos los puntos de la religon, y sobre los fundamentos en que estriba; pero menester es confesar que sin este descubrimiento no hubieran logrado los escritos antiguos la asombrosa propagacion que obtienen ahora, ni habria sido dable tampoco multiplicar de la manera que se ha he-

cho en los tiempos modernos, las obras de historia eclesiástica, de controversia dogmática, de teología escolástica, de crítica, de filosofía, de ciencias naturales y esactas, formando ese admirable conjunto de erudicion y sabiduría que nos han legado tantos insignes escritores, y del cual brota un raudal de vivísima luz, bastante á convencer á todo hombre sensato, de que la religion católica es la única verdadera.

En todas épocas, y particularmente despues de la invencion de la imprenta, se ha podido notar cuán diferente es la religion de Jesucristo, de las demas que han ecsistido y ecsisten todavía. En estas, la discusion religiosa no ha tenido jamas un desarrollo considerable. Oscuras en su origen, enigmáticas en sus espresiones, tortuosas en su conducta, tiránicas en su gobierno, han tendido su férrea mano sobre la miserable humanidad, condenándola á vivir en el ilotismo, ó cegándola y corrompiéndola con dar rienda suelta á las pasiones mas vergonzosas. La luz era para ellas temible, *porque obraban mal;* y así procuraban desterrarla del espíritu de sus prosélitos, inclinando al goce los corazones, y pegando al polvo las frentes que debieran mirar al cielo. Muy al contrario nuestra augusta religion: sin admitir el desatentado y funesto principio de ecsámen, tal como lo entienden los protestantes, pues que no le era posible sin negarse á sí misma, faltando á la institucion del divino Fundador, ha procurado, no obstante, que no cesase nunca la discusion sobre las materias mas graves, fomentando ella misma la fundacion y progreso de aquellos establecimientos, cuyo objeto era la conservacion y el lustre de los estudios religiosos.

Lejos, pues, de que sea justo decir que la imprenta ha sido para el Catolicismo un golpe de muerte, por haber promovido con mayor estension las controversias sobre las cuestiones mas importantes, puede afirmarse con el testimonio de los hechos, que ese nuevo medio de propagacion, secundaba los designios de la Iglesia católica; sin que valga lo que en contrario pudiera alegarse, fundándose en el lamentable abuso que de él han hecho y hacen todavía las falsas sectas, la incredulidad y las pasiones bastardas. Ya hemos visto cuán atinadamente se espresaba sobre este asunto el Papa Leon X, al propio tiempo que se proponia reprimir los abusos que ya en aquella época se introducian. Ecsamínense las palabras del citado Papa, y se echará de ver que no encierran vanas protestas contra los adelantos del siglo, que la cátedra de San Pedro no forceja como le achacan sus calumniadores, para detener el curso de la civilizacion, que no se empeña en hacer que la humanidad vuelva atras, que no anatematiza la obra del genio, ni condena las nuevas

alas que acaba de alcanzar la inteligencia. Se propone, sí, refrenar los escesos, precaver los grandes males que amenazan á la religion y á la sociedad, si no se acude á tiempo; pero no confunde el uso con el abuso, no desecha el bien por el solo peligro del mal, procura evitar éste sin destruir aquel, y reconoce de la manera mas clara y terminante, que la invencion de la imprenta ha sido un favor particular del cielo, *divino favente numine;* que de ella pueden los hombres reportar grandes beneficios, principalmente los sábios católicos, de los cuales abunda la Iglesia romana, *et viri eruditi in omni linguarum genere præsertim autem catholici quibus sanctam romanam ecclesiam abundare affectamus, facile evadere possunt,* que este descubrimiento habia sido para la gloria de Dios, apoyo de la fé y propagacion de las buenas artes, *quod ad Dei gloriam et fidei argumentum ac bonarum artium propagationem salubriter est inventum.* De esta suerte se habla cuando se procede de buena fé, cuando el espíritu está guiado por intenciones rectas y un sincero amor á la verdad; así ha procedido siempre la Iglesia católica, y los que la han achacado otra conducta, ó ignoraron su historia, ó la calumniaron á sabiendas.

Uno de los mas notables efectos producidos en la sociedad por la imprenta, es el haber dado al pensamiento una fuerza é influjo, mucho mayores de los que disfrutara en las épocas precedentes, ni era posible que disfrutase. En efecto, si bien es verdad que la inteligencia, como la primera facultad del hombre, ha ejercido siempre sobre la sociedad una accion muy poderosa, tambien es cierto que habia menester vincularse con algunos intereses ó instituciones, para que pudiera producir resultados de alguna trascendencia. Esto último se verifica tambien ahora, pues que tambien ahora como antes, las ideas necesitan hacerse, por decirlo así, palpables, y personificarse de suerte, que la sociedad vea en ellas alguna cosa mas que la mera enseñanza de una escuela. Pero no puede negarse que con la imprenta han adquirido las ideas un conducto de espresion, por el cual se ponen desde luego en contacto con todas las pasiones é intereses que tengan con ellas alguna simpatía; y por tanto llegan con mucha mas facilidad á formar un cuerpo que las adopta como propias, que se constituye su representante, que les sirve de brazo para obrar sobre la sociedad, saliendo de los límites de meras teorías, y que trabaja para afirmar y estender instituciones á propósito para realizarlas y escudarlas.

De aquí ha resultado esa fuerza terrible que en nuestro tiempo han adquirido las ideas, y el notable efecto que todas producen, aun cuando pertenezcan á aquel número, que faltas de principios de vi-

da, están destinadas á pasar como ligera exhalacion que brilla y desaparece. Así tienen las sociedades modernas un nuevo poder que se combina con los demas, y que obra mas ó menos á las claras, pero siempre con grande eficacia.

Ni se crea que en aquellos paises donde se ejerce una estricta vigilancia sobre la imprenta, deje ésta de influir sobre las ideas y hasta sobre el curso de los negocios. Su accion será oculta, lenta, indirecta; habrá menester mas tiempo para consumar sus obras, pero no por esto será menos real y efectiva. Algunas veces, cuando se estravíe de su legítimo objeto, el daño que le causen las trabas que lleven en su ejercicio, lo compensará con los engañosos velos de que sabrá cubrirse, atrayéndose mas partidarios, por lo mismo que en misteriosa reserva se ostentará como víctima de la persecucion, por haberse constituido defensora de la causa de la humanidad.

En Francia, durante el siglo XVIII, estuvo la imprenta sujeta á la censura, y sin embargo, difícil fuera señalar una época en que su accion hubiese sido mas terrible. ¿Qué importaban las prohibiciones de imprimir ciertas obras, si por lo mismo que eran prohibidas se propagaban con mas abundancia, y se leian con mayor avidez? Al estallar la revolucion de 1789, se proclamó la libertad de la prensa; pero los miembros de la asamblea constituyente, no habian, por cierto, necesitado esta libertad para adquirir aquel caudal de ideas subversivas, con las cuales destruyeron un trono, derribaron todas las instituciones antiguas, é inauguraron la nueva época que nosotros estamos presenciando.

En España, en el último tercio del siglo pasado, la imprenta estaba sometida tambien á vigilante censura, y esto no impidió que se nos inoculasen las ideas circulantes allende el Pirineo, que llegasen hasta las gradas del trono, cerrasen sus avenidas á los acentos de la verdad, y preparasen las trabajosas agitaciones de que es víctima la generacion actual. En tiempo de lo que se llama la *ominosa decada*, tambien es de notar el profundo cambio que en silencio se verificaba, por medio de la lectura pública ó clandestina de libros nacionales y estrangeros. En confirmacion de este aserto, véase lo que sucedió á la muerte de Fernando; muchos de los antiguos adversarios de las ideas reinantes, ó habian fallecido, ó comian el pan de la emigracion en paises estraños; esto no embargante, se hallaron imbuidos en los nuevos sistemas, una muchedumbre de jóvenes que no habian podido aprenderlos en ninguna de las escuelas públicas, y que por tanto, debieron de haberlas bebido en libros que leerian con tanto mayor placer y con mas viva curiosidad, por

lo mismo que veian su contenido en oposicion con todo cuanto los rodeaba.

Lejos de nuestro ánimo la idea de que no deba trabajarse por medios legítimos, en atajar los escesos de la prensa, en impedirle que no acarree daño á las sanas ideas y á la buena moral; solo queremos dejar consignado el efecto que de todos modos produce, y manifestar de esta manera la pujanza que con ella ha conquistado el pensamiento.

La *opinion pública* es una palabra de que se abusa lastimosamente, sobre todo, en tiempo de revoluciones, haciéndola muchas veces consistir en la opinion de unos pocos, que por engaño, pasiones ó intereses, sostienen doctrinas y sistemas que están en abierta oposicion con el pensamiento, y el deseo de la inmensa generalidad de aquellos cuyo nombre se usurpa. Pero no puede negarse que en la realidad ecsiste una verdadera opinion pública, y que no impidiéndoselo la violencia, se da á conocer tan á las claras, que tomándose para observarla el tiempo conveniente, no se la puede equivocar con la gritería y el ruido de las facciones y de los bandos. Entendemos por opinion pública, la de la mayoría de los hombres juiciosos; y que ademas sean inteligentes en la materia sobre la que se deba formarla. Con la imprenta, al par que se han facilitado medios de fingir la ecsistencia de esta opinion, tambien se le han proporcionado conductos para mostrarse tal cual es; de manera que alcancen á encontrarla los hombres que la buscan con sinceridad y buena fé.

De aquí ha resultado que la intervencion de la sociedad en los negocios que la interesan, se ha hecho mas contínua y eficaz; porque teniendo á la mano un órgano tan espedito para espresarse, le ha sido mas fácil ejercer su accion directa ó indirectamente, segun las circunstancias del pais y las formas políticas establecidas en él. Aun cuando no se suponga la imprenta libre, circulan siempre una muchedumbre de escritos, en los cuales se manifiesta cuál es la opinion pública sobre los mas graves negocios; y ora se publiquen con permision del gobierno, ora salgan á luz á pesar de sus prohibiciones, ponen en discusion el asunto de que se trata, ilustran los entendimientos, agitan los ánimos, y fuerzan al poder á dejar los malos caminos en que tal vez se empeñara. Puede asegurarse que la sola imprenta, considerada en sí, y prescindiendo de la latitud que se le concede en los paises regidos por un sistema constitucional, ha dado mayor impulso y desarrollo á la intervencion popular, que las formas políticas mas liberales.

Estas llenan tanto mas cumplidamente el objeto de garantizar lo

que se apellida *libertades públicas*, cuanto mas espedito dejan el camino para desahogarse en quejas y protestas los intereses vulnerados ó las opiniones contrariadas. Cabalmente la imprenta por su misma naturaleza es un medio seguro para lograr este fin; mayormente no dependiendo, como no depende su ecsistencia, de las combinaciones de esta ó aquella escuela, ni de las concesiones de un príncipe. Ella no es propiamente una institucion política, y por lo mismo no está sujeta á las mudanzas de todo cuanto á este órden pertenece. Es una conquista de la industria, un arte de elaboracion de unos productos que siempre encontrarán salida; y por tanto, es un hecho social que los hombres pueden modificar pero no destruir.

Los efectos que esta invencion ha producido en la ciencia, son incalculables, y es uno de los trascendentales el que ha vulgarizado el saber, estendiendo las luces, verdaderas ó falsas, á un número mucho mayor del que antes las alcanzaba. Prescindamos por ahora del beneficio ó daño que bajo el aspecto de la profundidad hayan recibido por esta causa las ciencias, comprendiendo en este nombre todo linage de conocimientos; pero en lo tocante á la difusion, no puede negarse que la há aumentado considerablemente. Apenas concebimos nosotros cómo era posible adquirirlos ni aun medianos por medio de los simples manuscritos; de suerte, que cuando no tuviéramos otra prueba de la laboriosidad de los siglos anteriores, bastaríamos recordar el crecido número que contaron de hombres eminentes en todos ramos, y la noticia de la popularidad que en algunas épocas adquirieron cierta clase de conocimientos. Como quiera, es indudable que éstos debian limitarse á un número inmensamente menor; y que si los antiguos pudiesen presenciar la sobreabundancia de medios de que nosotros disfrutamos, lejos de admirarse de que los aventajemos en este ó aquel punto, se asombrarian de que en todos no les llevemos incomparable superioridad.

Hay entre los modernos el defecto de que estendiéndonos á mucho, profundizamos poco; y no sin razon se nos achaca un superficialismo que nos permite hablar de todo, por escasa que sea nuestra inteligencia en la materia de que se trata. En esto, como en todas aquellas proposiciones generales que espresan el resultado de la induccion de una infinidad de hechos difíciles de reunir, y mas todavía de clasificar y apreciar debidamente, se contiene una parte verdadera y otra falsa; y la razon y la prudencia aconsejan mantenerse en sobria reserva para no encarecer con demasiado entusiasmo ni vituperar con escesiva acritud. Por mas que se diga, la in-

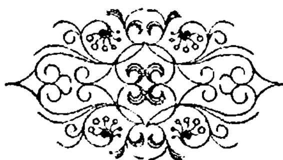
teligencia se ha elevado en los siglos modernos á una altura á que no llegó jamas ni en los dias mas nombrados de Grecia y Roma. La admiracion que naturalmente se profesa á todo lo que está separado de nosotros por larga cadena de siglos, hace que nos inclinemos á considerar á los escritores de aquellos tiempos, como hombres de otra raza superior á quienes es difícil, y casi imposible, igualar. Respetamos como el que mas el mérito de los antiguos, y nos lamentamos de lo mucho que se descuida su lectura, quizás por algunos de aquellos mismos que les tributan ecsagerados elogios; pero á decir verdad, al revolverlos una que otra vez, no hemos acertado á descubrir en ellos una sabiduría mayor de la que se ha visto en Europa en los últimos siglos: y debemos añadir que el entendimiento humano nos parece mucho mas grande ahora de lo que era entonces. Cuando esto decimos, fijamos la vista en los mayores ingenios de la antigüedad; pensamos en Platon, en Aristóteles, en Ciceron, en Séneca, en Tácito, y no esceptuamos la poesía ni otro género de literatura; opinando que si bien bajo este ó aquel aspecto pudieron aventajar á los modernos, éstos en cambio los sobrepujan en tantos sentidos, que la compensacion es sobreabundante y el parangon no puede sostenerse.

No intentamos indicar por medio de las observaciones que preceden, que se deba principalmente á la imprenta la superioridad del entendimiento humano en los tiempos modernos; sabemos muy bien que la causa primaria se encuentra en el cristianismo, el cual, dando ideas grandiosas, verdaderas y esactas, sobre Dios, sobre el hombre y sobre la sociedad, ha generalizado esa sublimidad de pensamiento que distingue á los pueblos que le profesan. Así, es de notar que la superioridad de los modernos sobre los antiguos, se hace sentir especialmente en lo que concierne al fondo de las cosas: con el solo catecismo se han hecho comunes entre el pueblo ideas que se hubieran mirado como altas concepciones de recóndita filosofía; y el entendimiento de la generalidad de los hombres ha llegado, por decirlo así, á familiarizarse con objetos cuya ecsistencia no pudieron los antiguos ni aun sospechar. Pero reconociendo estas verdades, no podemos negar la parte que á la imprenta le ha cabido en el desarrollo y propagacion de las ideas: lo que se prueba evidentemente con el asombroso adelanto que hicieron todos los ramos del saber, tan pronto como vino en su apoyo ese poderoso agente.

De las reflecsiones que preceden inferiremos lo que ya desde un principio llevamos indicado, á saber: que los escesos de la prensa no deben ecsasperarnos hasta el punto de hacernos mirar con aversion el descubrimiento en sí mismo; no perdiendo nunca de vista

que son cosas muy diferentes el uso y el abuso, y que por la ecsistencia del uno no debemos condenar el otro.

Pero se nos dirá, ¿cómo será dable impedir este abuso? ¿qué medios hay para sujetar á ese proteo que toma todas las formas, que elude todos los golpes? Problema difícil, complicadísimo, que figura entre tantos y tantos como abruman á las sociedades modernas, y que no es ciertamente de los de menor importancia. Quizás otro dia nos ocupemos de esta gravísima materia, emitiendo nuestras convicciones con la imparcialidad é independencia de que nos preciamos. Como una que otra vez podria parecer severa nuestra opinion, deseosos de que no se nos tache de partidarios de la esclavitud del pensamiento y de enemigos de la causa de la civilizacion, hemos tributado gustosos el debido homenage al sublime descubrimiento, cuyo recuerdo basta para llenar de entusiasmo á todos los espíritus generosos y amantes de los progresos del entendimiento humano.



LA POBLACION.

Articulo Primero.

La poblacion: he aquí uno de los objetos mas difíciles que ofrecerse puedan á la ciencia. ¿Cuáles son las leyes de su aumento ó disminucion? ¿cuáles los efectos que produce, segun el modo con que se multiplica? He aquí dos cuestiones á cual mas interesantes, y que sin embargo están muy lejos de haber alcanzado una solucion completa. Los economistas modernos se han dividido en este punto como en tantos otros; asentando cada cual ciertos principios, á los que en su opinion estaban subordinadas la naturaleza y la sociedad. Antes de manifestar nuestras opiniones sobre este punto, se hace necesario dar una ojeada á algunos de estos sistemas, para que conociendo los errores y equivocaciones de los otros, sea mas fácil al tantear otro camino, encontrar la deseada verdad.

Un distinguido economista español, el Sr. D. Ramon de la Sagra, observa con mucha esactitud que se encuentran en esta materia dos opiniones directamente opuestas: la primera que cuenta entre sus defensores á Montesquieu, Necker, Mirabeau, Adam, Smith, Everett, Morel de Vindé, sostiene que la fuerza y riqueza de los Estados son proporcionales al aumento de la poblacion, por considerar á ésta como un elemento productor. La otra que defienden Ortés, Ricci, Franklin, J. Stervart, Arthur-Young, Towesend, Maltus, J. B. Say, Ricardo, Destutt de Tracy, Droz, Duchatel, Blanqui, Sismondi, de Coux, Godwin, consideran el aumento de la poblacion como un verdadero mal; y así, lejos de buscar medios para acrecen-

tarla indefinidamente. los escogitan para detener su escesivo desarrollo. De una y otra parte es posible que haya error, como suele acontecer siempre que se trata de opiniones estremas. Lo que importa es, fijar el estado de la cuestion, que segun como se la presenta, es tan sencilla que apenas admite dificultad.

¿Es saludable el aumento de la poblacion? No creemos que á esta pregunta pueda responderse sin hacer algunas distinciones. Si la poblacion nueva ha de escasear del alimento necesario, si ha de carecer de los medios para recibir la competente educacion, y por consiguiente, si aumentándose la poblacion deben aumentarse proporcionalmente la miseria y la inmoralidad, es decir, los males del cuerpo y los del espíritu, entonces mejor será que no haya tal *incremento*; pues que hombres miserables y malos, mejor fuera que no hubieran nacido, ya atendiendo al bien de la sociedad, ya al de esos mismos infelices. En lo dicho se hallan acordes la razon y la religion; pues que á una ecsistencia que no trae sino daño al mismo que la tiene y á los demas, es preferible la no ecsistencia.

No es necesario elevarse á consideraciones de alta filosofía para comprender la verdad de estas observaciones; basta el simple buen sentido. ¿Qué dice un hombre cuerdo al oir que trata de contraer matrimonio un individuo pobre y díscolo por añadidura? "Esto es aumentar el número de los desgraciados, es un gérmen de males para la sociedad; ¿qué provechos pueden resultar de que tenga hijos un infeliz que solo puede darles dos consejeros tan pésimos, como son hambre y escándalo?" Resulta de esto, que no puede establecerse en general que el aumento de la poblacion sea un bien; pues que aun cuando no mediaran otras consideraciones, las precedentes bastarian para convencer que en ciertos casos es un mal, y mal gravísimo.

No siempre se verificará que el resultado probable del aumento de la poblacion se presente con tanta claridad y limpieza como en la hipótesis anterior; pero de proposito hemos escogido un estremo para que nos sirviese de norma, pudiendo graduar con respecto á él lo mas ó menos bueno ó malo que será el aumento de la poblacion, segun tienda mas ó menos á producir aquel funesto efecto. Casos hay en que el resultado pernicioso no se palpará inmediatamente; y entonces toca á la prudencia del legislador, ó de aquellos que por cualquier título ejerzan influencia sobre la sociedad, el precaver á tiempo el daño; no promoviendo imprudentemente un desarrollo progresivo, antes impidiéndolo por medios racionales, legítimos, y sobre todo, morales.

Cuando. por ejemplo. un pais agricultor se halla saturado de po-

blacion sin que sea dable aumentar el producto de las tierras, ¿no dicta la prudencia que se procure mantenerla estacionaria, si para ello hay algun medio? ¿no fuera insensato el empeño de aumentar el número de los hombres para aumentar en la misma proporcion el de los infelices? Hállase entonces la sociedad en el mismo mismísimo caso de una familia, que teniendo los recursos necesarios para vivir con decencia y comodidad, desease una desmedida multiplicacion de sus individuos hasta el punto de no sufragar para su subsistencia los medios de que dispone. No creemos que á verdades tan sencillas y tan claras pueda oponerse nada sólido ni razonable siquiera. La naturaleza ofrece á la humanidad un magnífico banquete; pero sujeto á ciertos límites, á ciertas condiciones: *si aumentamos indiscretamente en este ó aquel punto* el número de los convidados, nuestra será la culpa cuando la escasez produzca efectos desagradables.

Infiérese de lo dicho, que no pudiendo establecerse en tesis general que el aumento de la poblacion sea saludable ó dañoso, pues que traerá bienes ó males segun la suerte que haya de caber á los nuevos individuos y los efectos que produzca sobre los ecsistentes anteriormente, lo que principalmente debe investigarse es, cuáles serán esta suerte y estos efectos, dado que una vez resuelta la segunda cuestion, lo quedara tambien la primera.

Los economistas, que como acabamos de ver, no han sabido convenirse en lo concerniente á la utilidad ó á los perjuicios que acarrea el aumento de la poblacion, tampoco han acertado hasta ahora á señalar un principio que pudiese servirnos de regla segura para conocer la ley á que están sometidos, ni ese aumento ni el decremento. Se ha dicho repetidas veces que la poblacion es proporcional con los medios de subsistencia; de lo que se inferiria que donde estos abundan, debe aquella crecer hasta tocar el límite que los mismos le prescriben; y que en menguando estos, debe tambien ella disminuirse hasta que se establezca el correspondiente equilibrio.

A primera vista nada mas sencillo ni mas especioso que aquel principio; pero en la realidad no parece que pueda sostenerse, al menos sin algunas limitaciones. Es cierto que en los Estados-Unidos, donde por largo tiempo han sobreabundado los medios de subsistencia, la poblacion ha crecido asombrosamente; pero no lo es menos que en Irlanda, donde el hambre devora anualmente millares de víctimas, la multiplicacion ha continuado de una manera notable, contribuyendo este fenómeno á agravar los males que afligen aquel infortunado pais. ¿Cómo es que la poblacion no se haya disminuido hasta nivelarse con los medios de subsistencia? Ni vale

el replicar que estos medios ecsisten, pero escasos y groseros; pues que á mas de que esto es falso, como lo demuestran los que perecen de hambre, esta reflecsion podria servir para probar que en todos los paises del mundo la poblacion ha de multiplicarse como en Irlanda, dado que no hay ninguno habitado, del cual no pudiese decirse lo mismo.

Es necesario tambien observar, que al tratarse de medios de subsistencia, no se habla tan solo del alimento indispensable para la precisa conservacion, sino que se comprende en esta palabra todo cuanto el individuo necesita, no solo para no morirse de miseria, sino para vivir con algun desahogo y comodidad El vestido, la habitacion, los medios para curarse en las enfermedades, son cosas que la subsistencia del hombre ha menester; y cuando estas falten ó escaseen, no puede decirse con propiedad que tenga lo necesario para subsistir. Entre perecer de hambre ó andar desnudo, y el vivir cual conviene para conservar la salud, las fuerzas y la energía, hay una estensa escala en la cual se hallan distribuidos los necesitados. Verdad es que no puede señalarse á punto fijo cuando llegan las privaciones al límite de que no puedan pasar; pero hay un cierto espacio en que la prudencia no se equivoca, cuando las conceptúa dañosas, colocando al que las padece en la clase de aquellos de quienes puede afirmarse que no tienen los medios de subsistencia.

El principio que estamos analizando, adolece del inconveniente de todos los demasiado generales; en los que acontece muy á menudo que aun cuando parezcan muy verdaderos, si se los considera en abstracto, al probarlos con la piedra de toque de la esperiencia, resultan ó falsos del todo, ó al menos muy inesactos. Es cierto que si para determinar la ley que rige en el aumento ó decremento de la poblacion, atendemos tan solo á los medios de conservarse, se presentará el indicado principio como indisputable; pero si reflecsionamos que no solo debe tenerse en cuenta la conservacion, sino el número de los nacimientos, y que este depende de muchas causas independientes de los mayores ó menores medios de subsistencia, echaremos de ver, que abundando esos medios, puede no verificarse un aumento tan grande como seria de esperar; y que escaseando, es dable que concurran otras circunstancias que impidan al decremento el llegar al punto que seria menester, si cumplirse debiera la proporcion contenida en dicho principio.

La verdad de las observaciones que preceden puede demostrarse de varias maneras; pero escogeremos los argumentos mas sencillos, y por tanto mas convincentes. Vemos á cada paso que familias pobres en estremo, abundan de hijos, mientras otras que disfrutan de

pingüe fortuna, ó no tienen ninguno, ó los cuentan en número muy reducido. Aquí se presenta un ejemplo muy obvio para evidenciar que es, cuando menos, inesacto el decir que el aumento de la poblacion sea proporcional con los medios de subsistencia; pues que en este caso no se hallan en razon directa, sino en inversa. Si se objetare que esto no sucederá generalmente hablando, y que los efectos de una que otra escepcion quedarán compensados con el curso regular de la totalidad, responderemos dos cosas: primero, que dudamos mucho de que esto sea una escepcion rara; antes la creemos muy frecuente, y que tal vez podria decirse que la escepcion está en el sentido contrario; segundo, que por mas general que sea la regla, y aun cuando fueran no muy comunes las escepciones, siempre deberian tenerse en cuenta para averiguar cuáles serán los casos en que resultará fallido el principio; pues que es evidente que suponiendo una sociedad en que se reunan circunstancias análogas á las que producen en una familia el aumento en desproporcion con los medios de subsistencia, se verificará de una manera semejante en aquella lo que acontece en esta.

Quizás en estas materias el gusto de mirar las cosas en grande, calculando por los resultados que ofrecian las colecciones de muchos datos, datos siempre sospechosos de inesactitud, ha hecho que se descuidase en demasía el análisis de lo que sucede en cada familia; lo que si bien mas sencillo y aislado, tiene en cambio la ventaja de ser mas susceptible de una observacion minuciosa; y con las modificaciones correspondientes, no deja de poder conducir á resultados generales. De la propia suerte que para conocer bien la naturaleza de un cuerpo es necesario descomponerle en sus partes y elementos, así en el estudio de la sociedad es preciso no descuidar un rigoroso análisis de los individuos y familias. Las leyes de la naturaleza suelen ser muy sencillas; no pocas veces nos las hacemos invisibles á fuerza de sutilizar y cavilar.

Este olvido ha estendido sus efectos, no tan solo por lo respectivo á la investigacion de la ley que rige en el aumento ó decremento de la poblacion, sino tambien en lo tocante á saber si aquel era siempre provechoso ó no. En efecto, para demostrar las ventajas de una poblacion numerosa, se ha dicho: "Ved esa Francia, esa Inglaterra, donde los habitantes no caben en el pais, cuán ricas y poderosas se ostentan. Los talleres rebosan de operarios, los campos abundan de labradores, á todas las carreras les sobran los hombres; ¿no es esto una prueba evidente de que la prosperidad y la ventura de un pais está en proporcion con el número de sus moradores? Suponed por un momento que á las indicadas naciones y á otras que

se hallan en el mismo caso, les falta una parte de su poblacion; bien pronto vereis yermas las mas hermosas campiñas, desiertos los establecimientos fabriles, escasas de concurrentes las profesiones todas; es decir, que la sociedad perderá su vida, el estado su nervio; y cayendo rápidamente del alto punto de esplendor y de pujanza en que ahora se encuentran, vendrán á colocarse en el nivel de aquellas, donde la falta de hombres ha producido de mucho antes los mismos deplorables efectos."

Fácil es, y muy peligroso en semejantes materias, el confundir las causas con los efectos, y viceversa; el suponer íntimas relaciones entre fenómenos que en la realidad no tienen ninguna, y trastornar de tal modo las ideas, que bajo la apariencia de discursos, los mejor trabados y mas esactos, no se viertan mas que palabras sin sentido. Esto se verifica, sin duda, en la plática que acabamos de suponer en boca de los partidarios de una multiplicacion ilimitada, y sostenedores de que la fuerza y la felicidad de las naciones, están siempre en proporcion con el número de sus individuos.

Por de pronto, se padece en este caso una equivocacion, confundiendo la sociedad con el Estado; cosas de suyo muy diferentes. Bajo el nombre de sociedad, entendemos el conjunto de los individuos que componen una nacion, considerándolos con sus ideas, sus costumbres, sus hábitos, y sobre todo, para el caso presente, con sus necesidades. La palabra *Estado*, significa una cosa muy distinta; pues que haciendo abstraccion de la situacion intelectual, moral y material de los individuos, espresa, propiamente hablando, la organizacion política y administrativa, es decir, el conjunto de medios de gobernar y administrar; ó en otros términos, *Estado* significa la sociedad, no considerada en sí, sino en cuanto funciona como un cuerpo moral, ora sea en sus relaciones con los mismos miembros que la componen, ora con respecto á otras sociedades.

Asentada esta diferencia, que nunca debe perderse de vista, es claro que puede acontecer muy bien que una sociedad considerada simplemente como tal, se halle decadente y desgraciada, mientras sea próspera y feliz, considerada como Estado. Si el poder público tiene mucha fuerza, si el erario abunda de caudales, si el ejército es numeroso, disciplinado y aguerrido, si las leyes son robustas y respetadas, si el influjo sobre las otras potencias es estenso, arraigado y bien sostenido, el Estado es sin duda alguna próspero y feliz; ¿pero síguese de esto que la sociedad deba serlo en la misma proporcion? Es cierto que no: y en apoyo de esta verdad, están la historia y la esperiencia.

En las civilizaciones antiguas, ecsistieron Estados que se halla-

ban en la ventajosa situacion que acabamos de describir: prescindiendo de los reinos de Oriente y de los de Egipto, ahí están la Grecia, Cartago y Roma; y sin embargo, de ninguna de aquellas naciones, aun refiriéndonos á las épocas de mayor pujanza y ventura, se pudiera decir que la sociedad era próspera y feliz. Sabido es que la base de la antigua organizacion, era la esclavitud, escediendo asombrosamente el número de los esclavos al de los libres. Este solo hecho demuestra que la mayor parte de los hombres que formaban parte de aquellos Estados, no alcanzaban las ventajas de que el todo disfrutaba; pues que no siendo considerados ni siquiera como *personas*, sino como *cosas*, estaban escluidos, no tan solamente del goce de las comodidades y placeres, sino tambien de los mas sencillos derechos que como á hombres les pertenecian. Se dirá que estos esclavos no se entendia que formasen parte de la sociedad, y que por consiguiente, el medir la desdicha de ésta por la que sufrian aquellos, es sacar la cuestion de su propio terreno. Pero fácilmente se conoce que con esta réplica, tan lejos está de desvirtuarse lo que acabamos de establecer, que antes bien se confirma mas y mas. En efecto, por lo mismo que no se consideraba á esos infelices como miembros de la sociedad; por lo mismo que á pesar de que trabajaban en provecho de ella, no participaban del fruto de sus sudores, sino lo indispensable para que subsistiendo, pudiesen derramarlos con mas abundancia; por lo mismo que siendo hombres como los demas, iguales á ellos por las dotes de la naturaleza, eran, no obstante, equiparados con los brutos; por esto mismo, repetimos, se hace mas patente que la sociedad era desgraciada, por mas venturoso y pujante que se hallara el Estado. Si por sociedad se ha de entender el conjunto de hombres que en ella viven, ¿cómo se podrá apellidarla feliz, mientras la mayor parte de estos arrastren una ecsistencia agobiada con todo linage de infortunio? Para disminuir la negrura del hecho, ¿bastará alegar que no se los contaba como miembros de la sociedad? ¿cambian los nombres la realidad de las cosas?

Pero no es solo la esclavitud lo que en las antiguas civilizaciones hacia que á pesar de la prosperidad del Estado, no pudiese llamarse feliz la sociedad. ¿Ignórase el envilecimiento en que se encontraban los que, aun cuando no gimiesen en la esclavitud, se veian en la necesidad de ejercer oficios mecánicos? Aristóteles, oráculo de la filosofia pagana, y en cuyas obras se refleja todo el pensamiento que animaba las civilizaciones antiguas, considera como despreciables y viles las indicadas profesiones; y no otorga el título de ciudadano, sino á quien absteniéndose de ellas, puede dedicarse al cui-

dado de los negocios públicos. Así, todo individuo que carecia de medios de subsistencia, ó se veia precisado á abdicar en cierto modo el título de ciudadano, si es que se resolviese á ganar el sustento con el trabajo de sus manos, ó á vivir mendigando, ó á mover tumultos en la plaza pública, vendiendo su voto y sus pulmones á los ambiciosos. . . .

Ecsamínense á fondo las civilizaciones antiguas, y se palpará, que aquellos grandes pueblos que han llenado el mundo con la fama de su nombre, se reducen en realidad á un pequeño número, que teniendo á sus órdenes una inmensa muchedumbre, ora con el título de esclavos, ora con el de plebeyos, se aprovechaba de sus trabajos y fatigas, esplotando en propia y esclusiva utilidad, los sudores y la sangre de aquellos infelices. *Humanum paucis vivit genus*, dijo profundamente Julio César.

Con la nueva organizacion social introducida por el cristianismo, con lentitud, pero con justicia y suavidad, se han remediado en parte esos males; y si bien bajo ciertos aspectos es todavía verdadera la sentencia que acabamos de citar, no puede negarse que la suerte de la humanidad ha mejorado en gran manera, y que participa de las ventajas de la sociedad un número tan crecido, que á los gentiles les hubiera parecido fabuloso. Abolida la esclavitud, mejor distribuida la propiedad, organizado sobre otras bases el trabajo, quitada la nota de ignominia á las profesiones manuales, establecida y generalizada la beneficencia pública, se ha mejorado considerablemente el estado de las clases mas numerosas; que por mas que se ponderen sus males presentes, que repetidas veces hemos tambien deplorado, es cierto que no salieran ganancionsas si cambiaran su suerte con la de los esclavos de la antigüedad, ó de los negros de las colonias.

Esto no obstante, todavía se puede palpar con ejemplos de nuestra época la diferencia arriba indicada entre el Estado y la sociedad; y naciones hay donde tan de bulto se prensenta, que casi es inútil indicarla. Considerada como Estado, ¿qué nacion hay mas grande, mas poderosa, mas rica, mas feliz que la Inglaterra? Sus soberbias flotas cubren el Mediterráneo, el Atlántico, los mares del Norte, el Pacífico, los de Oriente; su pabellon es respetado y temido en todos los puntos del globo; sus dominios tienen una estension mayor que no alcanzaran los de la antigua señora del mundo; en una palabra, no se vió jamas entre las naciones antiguas ni modernas, una potencia que por tan dilatado tiempo se sostuviese en tan alto grado de pujanza; dueña de los mares, señora de inmensos territorios, y prepotente en la mayor parte de los negocios que se agi-

tan en los diversos continentes. Pero este aspecto tan grandioso, tan envidiable que nos ofrece la Inglaterra mirada como Estado, ¿nos lo presenta si la consideramos como sociedad? No es necesario insistir en lo que tantas veces se ha repetido sobre la situacion de sus clases pobres, situacion que se agrava cada dia mas, y que tarde ó temprano es muy de temer que no le abra profundas, y quizás incurables heridas.

Lo que de la Inglaterra se ha dicho, podríase tambien aplicar á la Francia, bien que con las debidas modificaciones. Pero dejando esta última nacion, ¿qué espectáculo no nos ofrece la Rusia, ese coloso que amenaza en el porvenir la independencia de Europa? La sociedad, pobre, abatida, esclava en buena parte, ¿es por ventura, rica, floreciente, lozana como el Estado? y haciendo, por decirlo así, la contraprueba, la sociedad española, ¿es acaso tan infeliz y miserable como el Estado? Luego los que para apreciar los efectos que el aumento de la poblacion produce, atienden tan solo á una de ellas, yerran.

Artículo Segundo.

Dijimos en el artículo anterior, que en estas materias, el prurito de mirar las cosas en grande, calculando por lo que resulta de las colecciones de muchos datos, ha hecho que se descuidase el ecsámen de lo que sucede en cada familia. Esto último, si bien mas sencillo y aislado, tiene en cambio la ventaja de ser mas susceptible de una observacion minuciosa; y con las modificaciones correspondientes, no deja de poder conducir á resultados generales. Creemos tambien que el deslumbramiento producido por el oropel científico, acarrea frecuentemente el olvido ó el desprecio de las lecciones que nos da la símple prudencia; esa prudencia preferible muy á menudo á las concepciones de la razon.

Si bien se observa con tanto discurrir y calcular, al fin los economistas han venido á conformarse con lo que en todas épocas ha estado diciendo el buen sentido de la humanidad. Preguntad al hom-

bre mas rudo si conviene que se aumente la poblacion, y desde luego os dirá, que segun, cómo y de qué manera. Estais en un pais donde hay muchos terrenos que beneficiar y capitales que emplear? desde luego os responderá que sí, que faltan brazos, que si no pueden salir del pais, es menester atraerlos de fuera; es decir, os aconsejará la *inmigracion.* ¿Os hallais en una tierra estéril ó exhausta, ó saturada de hombres? sin vacilar os dirá, *lo que sobra son brazos, ¿qué haremos de la gente si la que hay no puede vivir?* Todavía mas: continuad preguntándole sobre las demas condiciones del problema de la poblacion, y vereis cómo acierta tan bien como el mas sábio economista—¿Hay mucha gente en estas comarcas?—Mucha: ¿no ve V. que como es terreno de mucho pan? . . . . —¿En tal otro pais no debe haber tanta?—Hay poca: pero aun hay demasiado; como la tierra no produce. . . . . He aquí que el rústico lo habrá dicho todo, resolviendo con las primeras respuestas, las cuestiones sobre las ventajas ó desventajas del aumento de la poblacion; y estableciendo con las segundas, el principio de que este aumento se verifica hasta llegar al nivel de los medios de subsistencia, y que desgraciadamente por lo comun lo escede, produciendo calamidades y miserias. Por lo mismo, no nos cansaremos de inculcar que es preciso que la ciencia, sobre todo, cuando se trate de estas materias, no se desentienda de ese buen sentido, tanto mas digno de que se le escuche con respeto, cuanto no se ha formado en la engañosa region de la filosofia, sino en el terreno de la práctica, con los hechos á la vista, sin vanidad, con buena fé, con aquel deseo del acierto que lleva consigo el hombre en los negocios que le interesan de cerca.

Aprovechándonos de estas indicaciones, ensayemos en este artículo el ecsámen de la importante cuestion que nos ocupa, sin descuidar, empero, las luces que nos ofrezca la observacion científica.

Ante todo, propongámonos resolver el primer problema que aquí se presenta sobre las ventajas ó inconvenientes del aumento de la poblacion. Para hacerlo con toda claridad, hagamos diferentes suposiciones. Traslademonos al hogar de una familia muy pobre, que alcance con dificultad á proporcionarse los indispensables medios de subsistencia. ¿Le conviene el aumento de sus individuos? Para saberlo, véamos lo que le sucederá en caso que este aumento se verifique. Por de pronto, es evidente que crecerá el número de los consumidores, quedando estacionaria la produccion, si es que no disminuye. Un niño necesita durante muchos años, cuidados asiduos, que absorven una parte del tiempo que las personas útiles gastarian en producir, lo que hace que sea en esta línea lo que se llama una cantidad negativa; y por tanto, lejos de traer ningun pro-

vecho material á la familia, le acarreará perjuicio. Es claro que no es fácil señalar ni siquiera con alguna aprocsimacion, á cuánto ascenderá el tiempo perdido, ó en otros términos, cuánto trabajo habrán impendido los cuidados que se deben prodigarle; pero es cierto que esta pérdida ecsiste, y que no es de poca consideracion.

Alléganse á esto los gastos de manutencion y educacion, lo que cuando el niño llega á la edad en que puede empezar el trabajo, sube á una cantidad mayor de lo que quizás comunmente se cree. El tierno amor de los padres á sus hijos, no permite que se noten los continuos sacrificios que se están haciendo; pero no deja por ello de ecsistir la realidad con todas sus consecuencias. En los hospicios del reino de los Paises-Bajos, todos los gastos de un niño, desde el nacimiento hasta la edad de doce ó diez y seis años, se calculó que ascendia á 1110 pesetas. Para tomar un número redondo, fijémoslo á 1000 pesetas, y tendremos que una familia que haya tenido que sostener cuatro, por ejemplo, habrá invertido un capital de 4000 pesetas, ó sean 16000 reales; capital que para una familia pobre, es de mucha consideracion, y de cuya ecsistencia ó déficit, están pendientes las fortunas de esta categoría.

Supongamos en dos situaciones diferentes la familia en cuestion: una en que no hubiese tenido mas que dos hijos, otra en que le hayan cabido seis. Es evidente que así para los padres como para los hijos, será mucho mas ventajosa la primera situacion; pues que los 16000 reales que habrian servido para la manutencion de los cuatro, habrán refluido sobre los dos; sirviendo al propio tiempo para que los padres vivieran con mas desahogo.

Estas reflecsiones fundadas en datos tan sencillos y tan claros, manifiestan hasta la evidencia, que en el caso de ecsistir en cantidad muy limitada los medios de subsistencia, lejos de ser saludable el aumento de la poblacion, es perjudicial á los preecsistentes y á los nuevamente nacidos.

Se alegará quizás en contra de lo dicho, el que si bien por algun tiempo se verifica que este aumento es una carga, se compensan despues estos daños con la mayor produccion que se alcanza, tan pronto como llegado el niño á la edad de trabajar, no solo gana lo necesario para su subsistencia, sí que tambien reintegra á sus padres de los sacrificios que por él han arrostrado.

Es necesario observar, que cuando llega un niño á la edad en que pueda ganar su sustento, adquiere desde luego mayores necesidades, en las que se invierte lo que podria sobrar, si se tratase únicamente de atender á los medios mas indispensables de subsistencia. Sin que sea menester mucho cálculo, basta dar una ojeada á lo que

está pasando continuamente á nuestros alrededores, para convencernos de cuán ficticia es la pretendida compensacion. ¿Quereis saber lo que hay en esto de verdad? no apeleis al juicio de los economistas; preguntádselo á los padres de familia.

Sin embargo, si por guarismos se quiere resolver la cuestion, tampoco rehusaremos el considerarla bajo este aspecto. Y para que no se diga que ecsageramos, tomaremos por base del cálculo, las suposiciones que menos puedan favorecernos: dividiremos la edad de un niño de doce años, en tres periodos; desde el nacimiento hasta cumplir los cuatro, despues hasta los ocho, y finalmente hasta los doce. Demos que en los primeros cuatro años, todos los gastos acarreados á la familia no escedan de 200 reales al año, lo que da para cada dia poco mas que la insignificante cantidad de medio real. Nadie dirá que el presupuesto sea desmedido; pues al contrario, parece cierto que contando alimento, vestido, gastos de enfermedades, pérdida de tiempo, y por consiguiente de trabajo, la indicada cantidad es insuficiente, aun suponiendo no mas que aquellos cuidados que se dispensan á la infancia en las familias mas miserables. En esta hipótesis tendremos, que al llegar el niño á los cuatro años, habrá consumido. . . . 800 reales.

En los cuatro sucesivos, es claro que los gastos crecen considerablemente; y aun cuando no sea fácil determinar á cuánto ascienden, ni la proporcion en que se aumentan, por depender de mil circunstancias diferentes, creemos, no obstante, que no se nos tachará de ecsagerados, si suponemos que llegan á 400 reales al año, lo que da para cada dia poco mas de un real.

En este caso, desde los cuatro á los ocho, habrá consumido el niño. . . . . 1600 reales.

Por razones análogas podremos suponer que el niño en el tiempo trascurrido desde los ocho á los doce, necesita para su manutencion y demas necesidades, poco mas de un real y medio al dia, lo que importa anualmente unos 600 reales; así, en los últimos cuatro años habrá consumido 2400 reales.

Reuniendo estas cantidades, resultará:

	GASTOS.
Primer periodo del nacimiento, hasta cumplir cuatro años.	800 rs.
Segundo periodo de cuatro á ocho.	1,600
Tercer periodo de ocho á doce.	2,400
Total.	4,800

No es regular que nadie sospeche ecsageracion en este cálculo;

pues que muy al contrario, segun todas las apariencias, no llega ni de mucho al presupuesto indispensable, aun cubriendo las atenciones con la mayor estrechez y mezquindad; siendo de notar que no iguala al de los hospicios del reino de los Paises-Bajos. Como quiera, no insistiremos mucho sobre este particular, porque los raciocinios que en esto fundaremos, pueden muy bien prescindir de la mayor ó menor aprocsimacion, estando seguros de que generalmente hablando, la hipótesis peca mas bien por defecto que por esceso.

Tenemos, pues, que el niño al cumplir los doce, habrá gastado 4800 reales; desde los doce á los diez y seis, puede suponerse que ocupándolos en aprendizage, gana su alimento: y tomamos por tipo esta ganancia, porque sirve algunas veces de regla en nuestro pais. Entonces no entran en cuenta ni el vestido, ni las enfermedades ni otros gastos que nunca faltan, y que reduciéndolos á su menor espresion, siempre pasarán de 200 reales; con lo que al encontrarse el niño en los diez y seis, tendrá contraida una deuda que escederá de 5000 reales.

En semejante edad, aun suponiendo las circunstancias mas ventajosas, el jornal no será crecido; y casi puede darse por seguro que durante los dos ó tres años sucesivos, será muy escaso el ahorro que podrá hacerse; mayormente teniendo en cuenta que el alimento ha de ser mas abundante y de mejor calidad, y que es preciso que el trage sea cuando menos, decente.

Por ahora no hemos encontrado medio de compensacion, ni sabemos cómo podrán amortizarse los 5000 reales.

No faltando el trabajo, y siendo regulares los salarios, puede en algunos lugares el jornalero, ahorrar una parte del fruto de su sudor; pero entra luego la edad de las pasiones; apodérase del ánimo el deseo de lucir: á proporcion que cesan las privaciones y la estrechez del tiempo anterior, crecen las necesidades, multiplícanse los caprichos, de suerte, que generalmente hablando, no hace poco el trabajador si alcanza á nivelar los gastos con los ingresos. Esta es la historia de los primeros veinticinco años de todo jóven perteneciente á la clase pobre, esto es la pura verdad, esto enseña la esperiencia, y estamos seguros de alcanzar en este punto el ascenso de todos los hombres juiciosos. Mas que nadie pudiera la clase pobre confirmar la verdad y esactitud de estos cálculos, poniéndonos á la vista su triste esperiencia.

Resulta, pues, que cuando un individuo perteneciente á la clase menesterosa llega á la edad de los veinticinco años, si trata de contraer matrimonio, su ecsistencia deja en la familia ó en la sociedad un vacío que representa el valor de 5000 reales: vacío que probable-

mente no llenará debiendo atender á los gastos que le imponen las necesidades de su nuevo estado.

Ademas, infiérese de lo dicho, que cuando un pais se encuentra escaso de recursos, el aumento de la poblacion no hace mas que acrecentar su miseria. Figurémonos que los nuevos nacidos estén en mucha desproporcion con los que mueren: al cabo de algunos años, ¿qué llaga mas profunda no se abrirá á la prosperidad pública, teniendo la riqueza total un déficit tan grande como es el que resulta de la multiplicacion de los 5000 reales por el número de individuos que hayan llegado á mayor edad? Ni vale el decir que el trabajo de estos aumentará sucesivamente la misma riqueza, porque en cambio, los nuevos matrimonios con sus hijos irán consumiendo el producto, y dando sucesivamente la desproporcion que por necesidad hemos visto que resulta de la ecsistencia de los consumidores improductivos.

En esta materia se padece una equivocacion por suponerse con harta facilidad que para producir bastan los brazos, cuando al contrario sucede muy á menudo que son los brazos lo que mas abunda, y que lo que falta son capitales y demas circunstancias favorables á la creacion y aumento de la riqueza. Echemos una ojeada sobre lo que acontece á la generalidad de las familias pobres, y nos convenceremos de esta verdad. Vemos á cada paso que así en la agricultura como en la industria, hay familias donde tres ó cuatro individuos robustos alcanzan á duras penas á procurarse los indispensables medios de subsistencia: ¿son brazos, por ventura, lo que echan menos? Es cierto que no: lo que les hace falta es la oportunidad de emplearlos con el capital necesario para fecundar sus sudores, es un mercado donde puedan vender lo poco que han producido. He aquí en pequeño lo que en la sociedad se verifica en grande: el hombre está condenado á comer el pan con el sudor de su rostro, y para mayor infortunio le acontece muy á menudo, que se ve precisado á derramarlo sobre un terreno que en vez de trigo, solo le produce abrojos y espinas.

El aumento de la poblacion en un pais donde escaseen los medios de subsistencia, produce resultados tan dolorosos como acabamos de ver; y esto se verifica aun no llevando en cuenta una de las condiciones que mas aumentan la infelicidad, contribuyendo á destruir la riqueza. El cálculo precedente ha estribado en el supuesto de que los nacidos llegan á mayor edad, y que por tanto la sociedad, si no consigue otra cosa, al menos adquiere brazos que podrá emplear cuando la oportunidad se le brinde. Pero desgraciadamente no se cumple semejante condicion con tanta generalidad como

pudiera creerse; porque la miseria, produciendo sus naturales efectos, acrecenta el número de las enfermedades, las que no pudiendo ser atendidas de la manera conveniente, aumenta la mortandad de los nacidos, sepultándose con ellos todo el capital invertido en su manutencion. En tal caso, aun suponiendo que la vida de los nacidos se prolonga mas ó menos, aprocsimándose á la edad en que serian útiles para el trabajo, tendremos que todo el aumento de la poblacion será un verdadero daño; pues que al fin no conducirá á mas que á multiplicar gastos, que serán tanto mayores, cuanto el consumidor improductivo haya vivido mas largo tiempo.

Se comprenderán mas fácilmente estas verdades, si ateniéndonos al sistema que estamos siguiendo, las consideramos con respecto á una familia. Es evidente que lo que á esta conviene, en caso de haber tenido muchos hijos, es que lleguen á mayor edad, porque si mueren antes, no quedará ni siquiera la esperanza de que se cubran los gastos de la manutencion. De esto se infiere, que si en un pais se verifica el aumento de la poblacion de tal suerte, que solamente crezca el número de los niños, sin que suceda lo mismo con respecto á los adultos por fallecer aquellos antes de llegar á mayor edad, semejante incremento, lejos de producir ningun bien, solo le acarreará perjuicios. El aumento de los hombres puede compensar el déficit que su manutencion ocasiona, proporcionando brazos aplicables al trabajo, ó á otros destinos del servicio público, que aun cuando no lleven aquel nombre, contribuyen al logro del mismo objeto: es decir, que la compensacion se verifica, ó aumentando directamente la produccion, ó supliendo á los que se ocupan en aumentarla. Por lo que, si damos que gran parte de los nuevos nacidos mueren antes de llegar á la edad competente, todo el incremento que resulte en la estadística de la poblacion, no será un signo de riqueza ni de fuerza, sino la espresion de una nueva necesidad, que no lleva consigo ningun medio de satisfacerse.

Por estos motivos es indispensable atender no solo al número, sino tambien á la clase de la poblacion, pues de otra suerte estariamos tan en oscuras con respecto á los resultados que puede producir, como si sabiendo que en una familia hay seis personas, ignorásemos si son aptas todas para trabajar, ó si son niños y ancianos.

Y no se crea que en esta materia se hallen las diferentes edades en una razon fija, de manera que en conociendo los individuos de una, pueda sacarse por regla de proporcion cuántas ecsisten de la otra, ni siquiera con alguna aprocsimacion; como son tantas las causas que modifican las condiciones de la vida, y que pueden influir en el número de los nacimientos y muertes, conócese desde luego

que no hay en este punto una ley constante, y que en los varios paises debe de observarse muy notable diferencia. Así es en efecto, y los datos recogidos por los economistas, han venido á confirmar las conjeturas de la razon. Seria conveniente que distribuidas las edades en una escala de muchos grados, se estableciesen con alguna aprocsimacion las relaciones en que se encuentran; pero dado que un trabajo semejante, para hacerse con alguna perfeccion, ecsige no poco tiempo, será preciso contentarnos con lo que poseemos.

Se han formado estados comparativos entre los individuos de mas de cinco años, y los que no han llegado á esta edad, y por ellos se echa de ver la enorme diferencia de la relacion en los diferentes paises. No deja de ser curioso el que damos á continuacion.

	Individuos de menos de 5 años.	Individuos de mas de 5 años.
Gran Bretaña (1821)	4,241	5,758, 5 (1)
Irlanda (1821)	4,108	5,895, 5
Inglaterra (1821)	3,891	6,105, 8
Inglaterra y Pais de Gales (1813 á 1830) . .	3,908	6,092, 2
Francia (antes de 1789).	3,121	6,879,
Bélgica (1829)	3,332	6,668,
Suecia (1820)	3,211	6,782,
Estados-Unidos (1830)	4,498	5,500, 2

Buscando ahora la razon en que están los individuos de dichos paises, y espresándola tambien por decimales, nos da la siguiente tabla. . . .

Gran Bretaña (1821).	1,36
Irlanda (1821)	1,43
Inglaterra (1821)	1,57
Inglaterra y Pais de Gales (1813 á 1830). . . .	1,56
Francia (antes de 1789).	2,20
Bélgica (1829)	2,00
Suecia 1820).	2,11
Estados-Unidos (1830)	1,22

De la tabla anterior resulta, que en los paises donde en las épo-

(1) Por si este articulo parare á manos de algun lector que no conociese el sistema decimal, advertiremos, para facilitarle la inteligencia, que este 5 y los demas guarismos que le corresponden en la misma columna, á la derecha de la segunda coma, son quebrados decimales que pueden respectivamente espresarse por 1/2, 4/5, 1/5, cantidades que, como veremos despues, casi pueden despreciarse, cuando se trata de buscar la relacion, que es lo que conviene averiguar.

cas respectivas era mayor el número de los individuos que pasaban de cinco años, son la Francia, la Bélgica y la Suecia, figurando en el estremo opuesto la Gran Bretaña y los Estados-Unidos. En 1789 la Francia contaba 25 millones de habitantes, y en la actualidad cuenta mas de 34 millones; pero seria un error el pensar que la fuerza de su poblacion esté ahora con respecto á dicha época en la razon de 34 á 25, pues antes seria preciso investigar la razon en que se hallan los adultos con relacion á los niños; y como es muy probable que la diferencia estaria en favor del tiempo de 1789, no resultaria ni de mucho lo que á primera vista arrojarian los números donde se hiciese abstraccion de clasificaciones.

En todo pais donde se ha verificado muy recientemente un rápido aumento de la poblacion, debe ser por necesidad muy crecido el número de los niños y jóvenes; lo que vemos confirmado con los ejemplos de Inglaterra y de los Estados-Unidos; así como debe ser comparativamente mucho mayor el de los adultos, en las naciones que no hayan tenido este rápido aumento; lo que acontece en las que han continuado sometidas á circunstancias regulares, por no haber tenido ninguna revolucion industrial ni social. Con el mismo sistema de observacion, no perdiendo de vista los datos recogidos por la ciencia económica, continuaremos otro dia el ecsámen de tan importante materia.

Artículo Tercero.

Afírmase comunmente que el aumento de la poblacion se verifica en progresion geométrica: esta proposicion, asentada en general, no significa nada; porque el valor de la progresion depende de la razon de la misma, y varía con ella en una escala infinita. Si formamos una en que el primer término sea 1 y la razon 2, tendremos la siguiente: 1: 2: 4: 8: 16: 32: &c.; pero si la razon es 10, resultará esta otra: 1: 10: 100: 1000: 10000: 100000 &c., &c.; donde siendo uno mismo el primer término, nos encontramos ya en el sesto con una diferencia tan enorme, como va de 32 á 100000. Sea cual fue-

re la razon que se señale á la progresion, cuéstanos trabajo el creer que en esta materia pueda establecerse nada fijo; porque son tantas las causas que en ella se combinan, y deben de ecsistir tantas otras cuyo concurso no nos es conocido, que muchas veces resolveremos el problema faltándonos datos muy esenciales. La emigracion y la inmigracion pueden fácilmente sujetarse á cálculo; pero ¿quién verifica lo mismo con respecto á los medios de subsistencia, y la accion del clima é influencia de las leyes y costumbres del pais? Estos son datos sujetos á mil y mil modificaciones por su misma naturaleza; y ademas, el primero y el último cambian muy á menudo, hasta con respecto á un mismo pueblo.

Así, para apreciar el verdadero estado de los medios de subsistencia, y el influjo que su abundancia ó escasez puede ejercer sobre la poblacion, es necesario atender al estado de la riqueza del pais, á la manera con que se halla distribuida, y á las necesidades del pueblo, que es objeto del ecsámen. De poco serviria el saber la suma total de la riqueza, si se ignorase el modo con que está repartida; porque seria posible que de dos paises donde los productos de la tierra fuesen muy desiguales, abundasen mas los medios de subsistencia en aquel cuyos productos fuesen menores. Esto que á primera vista podria parecer una paradoja, es, sin embargo, una verdad muy sencilla. Demos que en el pais A sean mayores los productos que en el pais B; si en este último son repartidos de una manera mas equitativa, sin arrendatarios que estrujen, sin amos que ecsijan mas de lo razonable y justo, cuando en aquel los sudores del infeliz labrador van á parar á manos improductivas, para ser luego consumidos lejos de la tierra, claro es que con mucho menos productos vivirán los naturales con mas holganza, y por consiguiente, propiamente hablando, los medios de subsistencia serán mayores. Aun supuesta la igualdad de medios de subsistencia, será muy diferente el efecto que producirá sobre la poblacion, segun las necesidades de los habitantes. Los pueblos son como los individuos, unos son mas delicados, otros mas sufridos; lo que para unos es suficiencia, para otros es escasez; lo que para unos es una comodidad, para otros es necesidad imprescindible.

La accion del clima no será tampoco tan uniforme y constante como se pudiera creer: porque es evidente que segun sea la naturaleza del cultivo, y la mayor ó menor policía sanitaria, se pondrán ó removerán causas favorables ó contrarias al aumento de la poblacion, con respecto al número de los nacimientos y al de los muertos. La esperiencia nos enseña que á veces la disecacion de un terreno pantanoso produce efectos admirables sobre la salud de una comar-

ca antes enfermiza; y que hábitos de mayor limpieza, y algunas precauciones en la calidad de los alimentos, hacen desaparecer rebeldes dolencias que eran miradas como propias del clima. Así, el determinar la accion de éste sobre el aumento de la poblacion, ha de ser por necesidad un problema sujeto á una muchedumbre de datos, todos muy variables; porque siempre será muy difícil el discernir hasta qué punto provienen directamente de la accion del clima los efectos buenos ó malos que se esperimentan. Ademas, estamos viendo que ciertas comarcas, antes muy pobladas, se hallan en la actualidad casi desiertas; y al contrario, otras que en tiempos anteriores escaseaban de poblacion, abundan ahora de ella. La raza humana no es como la de ciertas plantas y animales, que para vivir han menester un determinado grado de latitud; se multiplica en el Norte como en el Sur, en los hielos del polo como en los ardores del trópico; porque el Criador que ha hecho al hombre señor de la tierra, no ha querido quitarle la libertad de establecerse donde mejor le agradara.

La influencia de la legislacion y de las costumbres no es menos difícil de apreciar; bastando para convencerse de ello, dar una ojeada sobre los objetos que abarcan. Considérese que podrán ejercer influjo sobre la poblacion no solo las leyes económicas, sino tambien las políticas; y añadiéndose á esto que las costumbres no se han de mirar únicamente con relacion á la moral, y que bajo otros aspectos podrán tambien contribuir al aumento ó á la disminucion, se infiere que son muchos y muy varios los puntos de vista que la cuestion puede presentar.

Volviendo á la progresion geométrica, que algunos aseguraron ser la ley del aumento de la poblacion, dudamos mucho que se pueda apoyar semejante opinion en sólidos fundamentos. ¿Dónde están las razones que la sostienen, ni los datos que la confirman?

Ya hemos dicho que los que hablan simplemente de *progresion geométrica* nada significan, porque las hay tan varias, cuantas son sus razones; ó lo que es lo mismo, cuantos son los valores por los cuales se multiplican los términos de la progresion. Pero ni aun suponiendo establecida una razon fija, lo que es muy difícil, tampoco queda bien claro lo que se espresa con el aumento en progresion geométrica; porque entonces será necesario saber el número de años á que se refiere la progresion, pues llegaremos á resultados muy diferentes, segun este número sea mas ó menos grande. Así, admitiendo la progresion geométrica 1: 2: 4: 8: 16: ú otra cualquiera, es claro que si los términos espresados se distribuyen en periodos de 10 años, por manera que el cumplimiento de cada térmi-

no se realice en este espacio, será el resultado mucho mas favorable á la poblacion que si se los distribuyese en periodos de 20 años, ú otro mayor. Siendo los periodos de 10 años, al fin de un siglo estariamos en el término décimo de la progresion, ó sea 512; cuando si fuesen de 20 nos hallariamos en el quinto, ó sea 16.

Se ha dicho que el aumento de la poblacion y el de los medios de subsistencia, están entre sí como dos progresiones geométrica y aritmética, espresándose el aumento de la poblacion por la geométrica, y el de los medios de subsistencia por la aritmética. Si esto fuese verdad, tomando por razon de la geométrica el número 2, y para la aritmética el 1, tendriamos:

Aumento de la poblacion 1: 2: 4: 8: 16: 32: 64:
De los medios de subsistencia. . . . . 1. 2. 3. 4. 5. 6. 7.

Pero si tomamos el 2 para ambos, nos dará:

Aumento de la poblacion 1: 2: 4: 8: 16: 32: 64:
De los medios de subsistencia. . . . . 1. 3. 5. 7. 9. 11. 13.

Si tomásemos por razon el número 3, los resultados serian todavía mas diferentes.

Aumento de la poblacion 1: 3: 9: 27: 81: 243:
De los medios de subsistencia . . . . . . 1. 4: 7. 10. 13. 16.

Es evidente que los resultados pueden variar hasta lo infinito, segun la razon que se elija, y segun sea para ambas progresiones una misma, ó no.

¿Cómo se determinan estas condiciones? Creemos que por lo que la ciencia ha podido adelantar hasta el presente, deberia mantenerse en prudente reserva, esperando el acopio de mayor número de datos, y que á la luz de estos hubiese podido adquirir mayor vigor el raciocinio. Se ha querido aplicar el cálculo al problema de la poblacion; pero es de temer que en el ensayo no alternen con demasiada frecuencia las hipótesis con la realidad. Es bien sabido que al cálculo se le hace producir el resultado que se quiere, con tal que al calculador se le permita una suposicion; pero en faltando ésta, ó convenciéndola de arbitraria, el edificio viene al suelo.

Mr. Quetelet pretende haber descubierto que la resistencia ó la suma de los obstáculos que se oponen al desarrollo de la poblacion, se halla representada por el cuadrado de la velocidad con que ella tiende á aumentarse. Notable fuera que la ley que en el mundo físico rige con respecto á la resistencia de los medios por los cuales atraviesan los cuerpos en movimiento, se observase tambien en el movimiento de la poblacion; pero la hermosura de una analogía no responde de su verdad.

Segun la ley indicada, tendriamos, que si en un pais la tenden-

cia al aumento de la poblacion fuese como 5, la suma de los obstáculos vendria espresada por 25; y suponiendo otro pais donde la tendencia fuese como 10, la suma de los obstáculos vendria representada por 100. De aquí se ha pretendido inferir, que conocida la ley del aumento, podemos conocer la suma de los obstáculos, y vice-versa; porque no será menester mas, sino representar por un número, uno cualquiera de los términos, y formar su cuadrado ó sacar su raiz cuadrada, segun sea la cantidad que se trate de averiguar. ¿La velocidad con que la poblacion tiende á aumentarse, es 6? la suma de los obstáculos será 36. ¿La suma de los obstáculos es 49? la velocidad será 7. Todo esto es muy hermoso, muy sencillo para escrito; quizás no lo sea tanto para practicado.

Sean cuales fueren los datos y combinaciones en que se funde semejante proposicion, datos y combinaciones que, sea dicho de paso, deben ser mirados con mucha desconfianza, échase de ver á la primera ojeada, que se encierra en la pretendida ley un vicio radical, que ninguna modificacion es bastante á corregir. Distínguense en ella dos cantidades, que en rigor no pueden distinguirse: la tendencia al aumento, y la resistencia que se le opone. En efecto, la tendencia al aumento no es ni puede ser una cantidad fija, independiente de toda otra, porque estando necesariamente enlazada con las circunstancias favorables ó contrarias, no se la puede suponer en accion con una fuerza propia y aislada. Uno de los obstáculos mas visibles al aumento, es la falta de medios de subsistencia, así como uno de sus mejores ausiliares es la abundancia de dichos medios; luego cuando se considere la tendencia al aumento, no se puede prescindir de la abundancia ó escasez, pues que esta escasez ó abundancia entrarán como factores, ó de otra manera, en la formacion de la cantidad espresiva de la indicada tendencia.

Si damos que el aumento sea como 8, ¿cuánta será la *tendencia* al aumento? si es el mismo 8, entonces no es necesario escogitar semejantes leyes, porque siendo la tendencia igual al aumento, sabido éste, se conocerá tambien aquella. Será, pues, necesario decir, que el aumento será menor que la tendencia, por estar la accion de ésta debilitada por la resistencia de los obstáculos; y en tal caso nos hallaremos con la dificultad de haber de determinar el valor de la tendencia. Pero como no la podemos conocer *a priori*, habremos de apelar á lo que de sí arrojan las tablas estadísticas, es decir, que habremos de tropezar con la misma dificultad. Por el aumento buscaremos el valor de la tendencia, sin saber hasta qué punto se combinan en formar semejante aumento, la tendencia y los obstáculos.

Este será un problema de los que se apellidan indeterminados,

en que para determinar una incógnita, es necesario suponer valores á las demas. Así, el número 8, espresion del aumento, podrá haber dimanado de infinitas combinaciones. Para no complicar mas la cuestion y presentarla bajo un punto de vista al alcance de todas las inteligencias, haremos patente esta verdad, valiéndonos únicamente de cantidades positivas y negativas, combinadas tan solo por via de adicion ó sustraccion; porque aun cuando no sea este el modo con que se combinen, en nada obsta á lo que nos proponemos; pues las combinaciones por multiplicacion ó division, harian el problema mas complicado, lo que favoreceria á nuestro intento. Demos que la tendencia sea 12, y la suma de los obstáculos 4; resultará 12—4 =8; si suponemos que la tendencia sea 16, y la resistencia 8, tendremos, 16—8 =8; si damos que la tendencia sea 30 y la resistencia igual á 22, resultará 30—22 =8. Es evidente que por el mismo tenor se podrian formar infinitas combinaciones; luego teniendo el 8, y sabiendo que ha provenido de una combinacion de valores opuestos, ó sea de tendencias y obstáculos, no podremos conocer el uno sin que háyamos determinado los otros.

Todavía mas: si se quiere suponer la espresada tendencia como un valor independiente de los obstáculos, se la podrá tambien mirar como independiente de las causas ausiliares; entonces será preciso atender al concurso de las circunstancias favorables y contrarias, lo que aumentará la complicacion del problema.

Ya preevemos que se nos dirá que la *tendencia* no es una cantidad abstracta, sino que está formada de la reunion de las causas favorables al aumento; pero en este caso se ve todavía con mas claridad, con cuánta razon afirmamos que hay aquí confusion de ideas. Porque las circunstancias favorables reducidas á espresion muy pequeña, pasan á ser contrarias, ó en otros términos, la ausencia ó la disminucion de las mismas, es un verdadero obstáculo; así, los medios de subsistencia en cantidad crecida, son circunstancia favorable; la escasez de los mismos, es circunstancia contraria. Luego es cierto lo que hemos afirmado de que la *tendencia* no puede considerarse aislada de los obstáculos, pues que éstos entran por necesidad cuando se trata de fijar el valor de aquella.

Solo en un caso podriamos suponer independiente esta tendencia, á saber, si en la naturaleza ecsistiese una ley fija que pudiese tomarse por tipo, pues entonces refiriéndonos á ella, tendriamos para el cálculo una base. Pero esta ley no ecsiste ni ecsistir puede; dado que tampoco prescinde la naturaleza de las circunstancias que rodean al ser que se ha de multiplicar. El problema de la poblacion no recibe su complicacion estremada del estado social, ora viva el hom-

bre en sociedad culta ó bárbara, ora divague por los bosques en hordas salvages, á la manera de los brutos, siempre resultará muy difícil el determinar la ley del aumento de la poblacion, ó mejor diremos, siempre será este un problema en que entrarán muchas variables, cuya determinacion dependerá de mil y mil circunstancias locales, sobre las que es muy arriesgado establecer una proposicion general.

No se nos diga que el fenómeno del mundo físico, al cual se refiere la analogía, incluye tambien variedad de circunstancias, las que si bien deben tenerse presentes cuando se trata de un caso particular, no impiden que pueda asentarse un verdadero teorema científico. Cuando se dice que la resistencia de los medios está espresada por el cuadrado de la velocidad de los cuerpos que los atraviesan, es cierto que la aplicacion de la regla general dependerá de la diversidad de dichos medios, y de la velocidad de los cuerpos; pero es evidente que esta velocidad y esos medios, son cosas enteramente distintas, independientes, que nada tienen que ver la una con la otra, sino cuando se encuentran en accion combinada sus fuerzas respectivas. El cuerpo que atraviesa un medio luchando con la resistencia que éste le opone, ha salido de un punto con una velocidad propia, y que solo dependia del impulso ó de la atraccion que se la ha comunicado. Cuando esta velocidad lucha con la resistencia del medio, lucha con fuerza propia; y lo que de ella pierde á causa del obstáculo, lo tenia independientemente del medio por el cual atraviesa. He aquí reducida á pocas palabras la dificultad que estamos esponiendo. En el fenómeno físico hay una fuerza primitiva, fija, sometida á una ley; en el fenómeno social, no.

Al proponer estas objeciones, no lo hacemos por el prurito de suscitar dudas, ni de apartarnos de la opinion de los otros, sino espresando nuestras íntimas convicciones, y con el deseo del adelanto de la ciencia. Es preciso no perder de vista, que la economía política, por mas importancia que se la quiera dar, no ha salido todavía de la edad infantil. En lo que tiene de ciencia propiamente dicha, es invencion muy moderna; y no es regular que á este ramo del humano saber, la haya cabido mejor suerte que á los demas, los que para dar algunos pasos hácia la perfeccion, han tenido que esperar largos siglos. Echese una ojeada por el horizonte de las ciencias, y se verá confirmada de una manera patente esta observacion: solo á fuerza de sudores y afanes, va conquistando el hombre sus progresos; en rededor de él se halla la verdad; pero no acierta á encontrarla, sino despues de haber abrazado una y mil veces el fantasma del error. Diríase que la naturaleza se complace en ocultarle sus

secretos, en cubrirlos con cien velos, en encerrarlos con cien llaves; justo castigo de haber prestado oidos á la palabra de orgullo: *sereis como dioses, sabiendo el bien y el mal.*

Las lisonjas tributadas á la ciencia, producen un efecto semejante á las que se dispensan al hombre; lo que es muy natural, porque en último resultado, el hombre mismo es quien las recibe. Si al presentarse un principio, se le abraza desde luego como cierto y evidente, el que lo presenta, no se tomará la pena de ecsaminarlo de nuevo; y pasará como cosa averiguada y que no consiente disputa, lo que en realidad es un aserto arbitrario. Si al ofrecerse un raciocinio, se le admite por ligereza como una demostracion inconcusa, el que lo habrá formado no cuidará de someter á ecsámen las proposiciones que contiene, ni el enlace de las mismas; y tal vez el sofisma mas grosero, quedará reconocido por argumento indestructible. Los enemigos de la ciencia no son los que no admiten sino con mucha dificultad los principios y las deducciones; antes al contrario, ellos contribuyen tanto mas al progreso de las mismas, cuanto mas escrupuloso es el rigor con que las obligan á caminar sobre un terreno firme y seguro.

Cuando se trata de resolver un problema, no siempre conviene engolfarse desde luego en cálculos complicados; un ojo esperimentado descubre quizás á la primera mirada, que todos los cálculos son inútiles, porque el problema no encierra bastantes datos para llegar al descubrimiento de la incógnita ó incógnitas que se buscan. En tal caso, el que mejor resuelve el problema, es el que dice que no se puede resolver.

¿Y cómo se quiere que nos demos por satisfechos de lo que se afirma sobre la poblacion, cuando los datos escasean, los que se tienen son mal seguros, y por otra parte, conducen á resultados muy diferentes del que pretenden los mismos que nos los ofrecen? Ya que á números se apela, apelemos tambien á números, y veamos qué es lo que de los mismos se infiere.

Ecsaminado el curso que ha seguido la poblacion en Inglaterra, durante 130 años, he aquí el estado que resulta:

AÑOS.	POBLACION.
1700	5.134,516
1710	5.066,337
1720	5.345,351
1730	5.687,993
1740	5.829,705

AÑOS.	POBLACION.
1750	6.039,684
1760	6.479,730
1770	7.227,586
1780	7.814,827
1790	8.540,738
1800	9.187,176
1810	10.407,556
1820	11.957,565
1830	13.840,751

Basta echar una ojeada sobre el estado que precede, para ver que no ecsisten ni por asomo, las pretendidas progresiones aritmética ó geométrica. En el primer decenio, la poblacion disminuye, en el segundo vuelve á crecer, recobrando lo que habia perdido, y esce-diendo en cantidad bastante considerable de lo que era al principio del primero. Por manera, que durante medio siglo, no se aumenta la poblacion mas que de unas 900.000 almas, y esto sin ninguna regla fija. Cincuenta años se necesitaron para dicha cantidad, cuando notamos que en los veinte siguientes, el aumento fué de cerca de 1.200,000 almas, creciendo considerablemente en los decenios sucesivos, pero sin que tampoco se descubra en el aumento ninguna regla constante.

Deseariamos que se nos manifestase verificada aquí ninguna de las leyes que se establecen; y supuesto que se tiene el aumento, se sacase la suma de los obstáculos que á él se oponian.

He aquí otro estado curioso sobre los Estados-Unidos.

AÑOS.	
1780	2.051,000
1790	3.929,326
1800	5.306,035
1810	7.239,703
1820	9.654,415
1825	10.438,000

Es asombroso el aumento de poblacion que arroja el estado precedente; pero es fácil observar que el desarrollo no sigue tampoco una ley constante. En el primer decenio, cuasi se duplica la poblacion; en el segundo, si bien no deja de ser mucho el aumento, no lo es ya tanto como en el anterior; y mucho menos lo es en los siguientes. En tan pocos años no vemos ninguna regla fija; ¿qué seria,

pues, si pudiésemos observar el fenómeno por espacio de algunos siglos?

A mas de todas las dificultades propuestas contra las reglas generales y las proposiciones gratuitas, media en estas materias una poderosísima, la que no diremos que deba desalentar, pero sí inspirar suma desconfianza á los amantes de la verdad. De ello quisiéramos que se persuadiesen profundamente los aficionados á la ciencia, para resignarse mas fácilmente al papel de meros investigadores, y á preparar materiales con los que en los siglos venideros pueda levantarse el edificio de que algunos pretenden ser desde ahora los arquitectos. Hablamos de la dificultad de recoger los datos, siquiera *con alguna aprocsimacion: condicion imprescindible si se* quiere dar un paso seguro.

Desgraciadamente hay muy favorable disposicion para aceptar como positivos y esactos, todos los que se ofrecen por un conducto cualquiera, porque con esto queda salvada una de las tareas mas penosas y prolijas, y el autor se pone á cubierto en la conciencia de los demas, y tal vez en la suya propia, cerrando los ojos, y desvaneciendo así los escrúpulos que pudieran ocurrir. ¿Quién ignora lo difíciles que son semejantes operaciones? ¿Y quién no ve que cuando un gobierno habrá llenado ya su principal objeto, que es saber á cuánto se eleva la poblacion, todavía le queda al economista mucho que saber, pues necesita varias clasificaciones cuyo conocimiento no les es tan necesario á los gobernantes, y ademas, ha menester el cotejo de unas épocas con otras, para que no le suceda el tomar por regla lo que tal vez sea una rara escepcion?

Así, por lo tocante á la poblacion como con respecto á todo lo demas, es preciso que la economía política se resigne por ahora al puesto que le corresponde. Todavía no han pasado sobre ella los siglos, todavía sus trabajos no han sido fecundados con el sudor de largas generaciones de hombres ilustres. Ella tiene ademas, otro inconveniente, cual es, el necesitar el ausilio de los gobiernos; porque cuanto mejor organizada se halle la administracion pública, tanto mas fácil le será el adquirir los datos sobre que esta ciencia debe cimentarse.

Y no basta que estos datos se recojan en dos ó tres naciones; es preciso que la esperiencia se haga en muchos y varios lugares, que la vida y la reproduccion sean observadas bajo condiciones muy diferentes; porque de otra suerte se corre peligro de tomar por regla lo que no es mas que escepcion. Esto es difícil, penoso, desconsolador, es cierto; pero tal es la ley de la humanidad: en la carrera de las ciencias, se siembra hoy, pero el fruto no se recoge hasta pasados muchos siglos.

CONSIDERACIONES

FILOSOFICO-POLITICAS.

I.

Sin unidad no hay concierto, sin concierto no hay órden, y sin órden no pueden subsistir el mundo físico y el moral. Estas son verdades inconcusas, eternas, aplicables á la sociedad como al individuo. ¿Qué es la virtud? un órden, un concierto subordinados á la grande unidad, á la ley eterna, á Dios. ¿Qué es la ciencia? un órden, un concierto dependientes de la unidad, del principio generador de los conocimientos. Cada ciencia en particular se asienta sobre una verdad, que le sirve de base; y estas verdades fundamentales ecsaminadas en su orígen, se halla que convergen todas hácia otra que es como el punto fijo en que está afianzado el primer eslabon de la cadena. ¿Qué es la salud? un órden, un concierto dependientes de la unidad, que armoniza las funciones y las hace contribuir á un mismo objeto, cada cual á su modo. ¿Qué es este universo que nos admira y asombra? Es el órden, el concierto, sometidos á la unidad. Suponed que la unidad desaparece; el concierto y el órden dejan de ecsistir, y el universo se convierte en caos.

Todos los seres así que se apartan de la unidad á que están sometidos, pierden, en cierto modo, su naturaleza; porque ésta no consiste precisamente en la esencia que los constituye, sino que abarca

todas las facultades cuyo ejercicio forma el complemento del mismo ser, y le hace alcanzar el objeto á que está destinado. El hombre demente es ciertamente un hombre; pero le falta el uso de la razon, y así de poco le sirve el tener esa noble facultad radicada en su alma. El díscolo, el perverso, es hombre; tiene el libre ejercicio de su entendimiento y voluntad; pero abusando de las potencias que le ha otorgado el Criador, y desviándose de su fin, es un hombre incompleto, que trunca, por decirlo así, su propia naturaleza, privándola de su parte mas bella.

Por esta causa todos los seres que ecsisten fuera del órden que les corresponde, que han dejado de estar sometidos á la unidad, se hallan en situacion violenta, y forcejan por volver á su estado normal. En el mundo físico, el cuerpo separado de su centro, tiende sin cesar hácia él; abandonado á sí mismo, marcha rápidamente á buscarlo; detenido por un obstáculo cualquiera, lucha por vencerle, con el choque, si antes estaba en movimiento: con la presion, si se ha conseguido detenerle. ¿Qué busca ese aire que se agita con tanta violencia, que se convierte en huracan y arrasa los bosques, destruye los edificios y siembra el espanto por dilatadas comarcas? su ley, su regla, su unidad, el equilibrio. ¿Qué buscan esas olas alborotadas que braman furiosas contra la roca inmóvil, que tragan cual leve paja la grandiosa nave? su ley, su regla, su unidad, el equilibrio. ¿Qué tiene ese hombre que pálido y convulsivo se agita entre tormentos atroces? un pequeño órgano se ha *desarreglado;* le ha faltado la armonía de las funciones, la unidad; y el desgraciado invoca la muerte como un alivio á sus crueles dolores; prefiere la no ecsistencia á una ecsistencia desordenada. ¿Qué mal esperimenta ese otro de la frente torva y del mirar inquieto, que lleva pintado en su semblante el sello de la maldicion, que anda errante por la faz de la tierra sin encontrar consuelo ni descanso? Se ha apartado del órden, ha perdido de vista la unidad de su regla, ha cometido un crímen. El remordimiento comienza ya el castigo que la Justicia divina consumará.

II.

Tan pronto como la sociedad se aparta de su regla, ya sea dejando estraviar las ideas relativas al órden moral, ya sea permitiendo que se derribe el poder sin sustituirle otro que le reemplace completamente, se siente fuera de su quicio, le falta la unidad que armonizaba todas sus partes, y se agita tambien entre mortales agonías, á la manera del individuo atacado de crueles padecimientos. Tal

vez se levanta con fuerzas estraordinarias y arrolla cuanto encuentra á su paso; pero un instante despues, yace de nuevo en el lecho de dolor, lánguida, abatida, moribunda, escuchando con ávida confianza las palabras halagüeñas que se le dirigen para hacerla creer que saldrá presto de tan infeliz estado, que la aguardan dias venturosos en no lejano porvenir. ¿Qué valen los paliativos si la raiz del mal queda intacta? ¿esperais crear un poder fuerte? sí ó no? Ahí está la dificultad; en no superándola, será inútil cuanto se haga.

A los políticos entendidos debe causarles espanto esa falta de unidad que se nota en España: háblase mucho contra los siglos pasados; y esos siglos, sin embargo, nos salvan todavía en la actualidad: que si ellos no hubiesen formado ese espíritu de rectitud, de justicia y cordura, ese apego á la monarquía que distingue á la inmensa mayoría del pueblo español, despues de atravesar una revolucion cien veces mas terrible que la presente, correriamos á hundirnos en un abismo sin fondo.

III.

La Europa se agitó durante muchos siglos, buscando esa armonía que se afianza en la unidad. Entregados los elementos sociales á su propio impulso, se revolvian en tenebroso caos; pero tan luego como se establecieron centros con gran fuerza, en torno de los cuales se arregló el movimiento, nacieron los diferentes sistemas que forman el hermoso y variado conjunto de las naciones europeas.

Un inmenso continente, que en los tiempos modernos ha venido acrecentando el número de los pueblos civilizados, se halla actualmente dividido en dos partes, sujetas á condicion muy diferente. En la una reina el órden, es acatado el gobierno, y las ideas é intereses sociales han constituido un centro que los enlaza y armoniza. Allí hay prosperidad y poderío. En la otra la anarquía campea, los gobiernos caen como las hojas de los árboles, las formas políticas son monstruosos embriones, á los que no se concede el tiempo necesario para desarrollarse, y manifestar con la esperiencia si es posible ó no que se conviertan en un viviente de organizacion regular, y miembros proporcionados. No hay órden, no hay unidad; allí hay infortunio, descaecimiento, postracion.

Presentamos este cotejo porque tambien contribuye á demostrar lo que nos hemos propuesto; pero no intentamos comunicar á nuestros lectores entusiasmo por las formas políticas de los Estados-Unidos. Semejante entusiasmo mal puede transmitirlo quien no lo siente. Ni aprobamos ni reprobamos: nos abstenemos de juzgar; so-

lo nos permitiremos una observacion que conviene no dejar en olvido. La vida de una nacion se compone de muchos siglos; quien juzgue de un sistema político por los efectos que produce durante setenta años, se parece á quien ponderara las ventajas de un régimen con respecto á un individuo, por haberle sido saludable una corta temporada. Ademas, ¿quién sabe si se atribuye equivocadamente al sistema político lo que ha dimanado de causas muy diferentes? Es probable que se incurre en este error, quizás podrian señalarse razones que apoyarian esta sospecha; de todos modos el tiempo será el juez mas competente. Lo que ahora sucede ya, es un indicio de lo que podrá acontecer en el transcurso de un siglo.

IV.

Las naciones que han estado sometidas á la unidad de la monarquía hereditaria por espacio de mucho tiempo, presentan un fenómeno digno de notarse: al través de las revoluciones mas profundas, conservan la fuerza de reorganizarse sin perder, ni menoscabar su independencia. Casi todos los reinos de Europa muestran de bulto esta verdad: la Francia y la Inglaterra ofrecen ejemplos recientes; y segun todas las apariencias, la España está destinada á ofrecerlo tambien. La constitucion de Polonia era una escepcion por tener adoptado el sistema electivo; la Polonia sufrió revoluciones no tan grandes como las de otros paises, y no obstante, pereció en ellas.

¿Qué seria actualmente la España sin trono hereditario, sin esa institucion que neutraliza tan poderosamente los elementos de mal, á pesar de que las circunstancias no le han dejado apenas otra accion que la fuerza moral de sus recuerdos y esperanzas? Viéramos reproducidas las tristes escenas de nuestras colonias de América, donde pasa continuamente el poder de unas manos á otras, sin que alcance á fijarse ni robustecerse en ninguna.

V.

Ya que hemos hablado de la *unidad*, hablemos un poco de la *libertad*. El uso continuo que se está haciendo de este palabra, inclina naturalmente á meditar sobre su sentido.

Alguna vez hemos pensado sobre la realizacion que la libertad tiene en todos los seres; y á decir verdad, no la hemos encontrado en ninguna parte sino con muchas é indeclinables limitaciones.

Echemos una ojeada sobre el mundo material: todo está sujeto á

reglas fijas. Los astros de inmensa mole, como los átomos mas imperceptibles, se hallan sometidos á leyes constantes, de las que no pueden desviarse. En el reino vegetal no es menos evidente el encadenamiento de los seres, no es menos sensible la *falta de libèrtad.* Las plantas han menester el calor del sol, los rayos de la luz, la humedad del rocío, el agua de las lluvias, el oreo de los vientos; y no pocas el asiduo cultivo de la mano del hombre. En su nacimiento, en su auge y desarrollo, en su conservacion, están dependientes de la tierra, de la atmósfera y del cielo. Se ponen lozanas, ostentan vistosos colores, producen sabrosos frutos, exhalan suavísimos aromas; pero todo á condicion de estar sometidas á una regla, de *carecer de libertad.*

Los animales nacen, crecen, se reproducen y mueren, siempre con sujecion á las leyes de su respectiva naturaleza. Su ecsistencia está ligada con las reglas que le prescriben la organizacion, los alimentos, el clima y todo cuanto la afecta. Conservan la salud bajo la condicion de vivir sometidos á las leyes naturales; cuando de ellas se desvian, primero sufren, y si se obstinan, mueren.

Elevándonos á la region de las criaturas racionales, encontramos la libertad de albedrío, hallamos que no están sometidos los actos de la voluntad ni á la violencia ni á ninguna necesidad interior; pero fuera de este círculo, ¿qué significa para el hombre la libertad? Ecsaminémoslo con alguna detencion. La libertad, tomada en su sentido mas general, es la ausencia de obstáculos ó trabas que impidan ó restrinjan el ejercicio de alguna facultad. Veamos si son pocos esos obstáculos y esas trabas, que ó embargan completamente el uso de nuestras facultades, ó las limitan de mil maneras diferentes.

Luego de nacido el hombre, ¿cuál es su libertad? La frágil contestura de su cuerpo recien formado mantiene en inaccion todas sus facultades intelectuales y morales, y permite escaso ejercicio á las sensitivas; en cuanto á la satisfaccion de sus primeras necesidades, no tiene en sí propio otro recurso sino el que le ha otorgado la próbida naturaleza para escitar la ternura y la compasion de cuantos le rodean: el llanto.

Adelantando en edad, continúa sometido á infinitas necesidades; la libertad es para él una palabra vana. Habiendo adquirido la fuerza necesaria para tomarse los alimentos, carece de inteligencia y robustez para proporcianárselos. Vive, pues, dependiente de sus padres durante muchos años, y sin el ausilio ageno pereceria. Sin luces en su espíritu, sin la enseñanza de la esperiencia, ha menester que se las comuniquen otras personas; de ellas depende en su

instruccion y educacion: el *libertarse* de semejante dependencia fuera para él sinónimo de ignorancia, inmoralidad y estupidez. Dejadle *libre*, no contrarieis en nada sus inclinaciones, permitid que se entregue á sus arrebatos, no le preciseis á resistir á la pereza, forzándole á dedicarse al estudio ó á otras tareas, y esperimentareis los dolorosos frutos que le producirá la *libertad*. Veréisle crecer cual los brutos animales, con violentos instintos, con inclinaciones torcidas; no empleando el escaso desarrollo de su razon, sino para escogitar medios de satisfacer sus pasiones desarregladas.

¿Dónde está la libertad del hombre cuando llega á la edad de la razon, haciéndose capaz de dirigirse á sí mismo y de ser útil á sus semejantes? Ademas de la precisa dependencia en que se halla con respecto á las necesidades inseparables de la vida, se encuentra encajonado, por decirlo así, en un estado y profesion que le imponen innumerables obligaciones, restringiendo de mil modos su libertad. Dejemos aparte al infeliz jornalero encadenado á su trabajo desde que el sol nace hasta que se pone; al dueño de establecimientos agrícolas, industriales ó comerciales, esclavizado todo el dia por la vigilancia que reclaman la conservacion y prosperidad de sus intereses; al militar constreñido por las severas leyes de la ordenanza, abdicando á cada paso su voluntad para obedecer los mandatos de sus gefes, renunciando á sus comodidades y placeres en cumplimiento de sus obligaciones; al facultativo llamado á todas horas al socorro de la humanidad doliente; al eclesiástico abandonando su familia para ir á ocupar el puesto que le señalan sus superiores, dejando sus ocupaciones mas gratas ó el descanso de la noche, para trasladarse junto al lecho del dolor y recibir el último suspiro del moribundo. Considerando no mas que aquella clase de hombres que por su fortuna ó particular profesion pueden pasar la vida con mas ensanche y desahogo, ¡cuántas limitaciones no sufre su libertad! El estado de los negocios domésticos, las relaciones de familia, la índole y el carácter de los padres, de la esposa, de los hijos, la influencia que sobre su situacion ejercen las vicisitudes políticas, las leyes y costumbres del pais en que mora, y cien otras causas que directa ó indirectamente le afectan, todo contribuye á restringir su libertad.

VI.

Los pueblos que se dice que la disfrutan mas amplia, viven, no obstante, rodeados de tantas circunstancias que la coartan, que apenas puede decirse en qué se diferencian de otros que se encuentran sumidos en la esclavitud. ¿Se *libra* nadie de contribuciones? ¿se *li-*

bra de las vejaciones de la policía? ¿se *libra* de las leyes que arreglan las profesiones agrícolas, industriales, comerciales ó científicas? ¿Dónde está, pues, su libertad? ¿en qué lleva ventaja á los que están privados de ella? Comparad un francés con un prusiano ó austriaco, cotejad las restricciones que á la libertad de cada cual imponen las leyes del respectivo pais, y hallareis que la diferencia no es tanta como algunos se imaginan.

El francés se cree libre, porque nombra sus representantes que toman parte en la formacion de las leyes y en el señalamiento de las contribuciones; se cree libre porque todas las mañanas al levantarse encuentra en su bufete un papel donde se leen dilatados discursos, en que se atacan con virulencia ó se ridiculizan sin miramiento los actos ó las personas de los gobernantes.

Ecsaminemos imparcialmente á qué se reduce tan decantada libertad. El derecho de nombrar sus representantes no compete propiamente á la nacion francesa, sino á un número tan reducido, que puede considerársele en la misma categoría de las antiguas clases privilegiadas. Mas de treinta y tres millones de habitantes cuenta aquel reino, y el derecho electoral está limitado á unos doscientos mil, por manera, que para cada ciento y sesenta y cinco franceses, hay un solo individuo revestido de este derecho, quedando privados de él los ciento y sesenta y cuatro restantes. De los doscientos mil electores es preciso cercenar una parte muy considerable que no usará de su derecho por imposibilidad ó falta de voluntad, con lo cual resultarán compuestos los colegios electorales de una porcion tan escasa, que será casi nula con respecto á la totalidad de los moradores. ¿Á qué se reduce, pues, con respecto á la mayoría de la nacion, la libertad fundada en el derecho electoral?

Los ardientes partidarios de la democracia hacen resaltar con vivos colores esa decepcion con que se encubre un sistema falseado por su base; y de esta manera esparcen el descontento y la indignacion en el pueblo, el cual se queja de que se le engaña. Bien se deja entender que no somos partidarios del sufragio universal, y que no creemos que en Europa pueda ensancharse sin gravísimos peligros la arena donde por desgracia luchan las opiniones, los intereses y las pasiones con doloroso encarnizamiento; pero menester es confesar que los hombres que se han apoderado del gobierno de la sociedad, despues de haberla conmovido hasta sus cimientos, no admiten las consecuencias de los principios que ellos mismos establecieron. Si creian irrealizable el ejercicio de la soberanía popular, ¿por qué la proclamaron? ¿por qué ensalzaron en teoría lo que rechazan en la práctica? Si anatematizaron la dictadura guberna-

tiva, ¿por qué la entronizaron tan pronto como pudieron ser ellos los gobernantes? Si era imposible que la ley fuese el producto de la voluntad general, ¿por qué asentaron esa voluntad como única fuente de todo poder? Si algunos de entre ellos decian que no siendo dable ni justo que la ley fuese la espresion de dicha voluntad, debia representar la razon pública; ¿cómo es que la consultan en un círculo tan reducido? ¿con qué derecho escluyen un sinnúmero de *capacidades*, de esas *capacidades* que ellos un tiempo ensalzaron hasta el estremo, y á cuyo órden pertenecian, ostentando ufanos ese título para fundar la pretension de tomar parte en los negocios públicos y combatir á las clases privilegiadas? ¡Inconsecuencia chocante! Clamaron contra todo linage de privilegios, tronaron contra todas las desigualdades, condenaron la antigua organizacion por injusta, por contraria á derechos sagrados, por degradante de la humana naturaleza, por sostenedora de barreras que impedian la completa mezcla, la confusion, la identificacion de todas las clases en una sola que debia apellidarse *pueblo;* y sin embargo, tan pronto como realizaron sus sistemas, empezaron renegando de la decantada igualdad, escarneciendo la adulada soberanía, estableciendo distinciones entre clases y clases, creando verdaderos privilegios. "Pero se nos dirá, ¿creeis que era posible obrar de otra manera? ¿creeis que era realizable el sufragio universal? ¿podiamos poner en planta nuestras doctrinas en toda su estension, sin desencadenar sobre la tierra las mas tremendas tempestades?" No; pero confesad al menos que sois inconsecuentes, confesad que vuestras declamaciones eran arietes para derribar, no enseñanza para construir; confesad que cuando los pueblos os echan en cara que les habeis engañado, que cuando os ecsigen el cumplimiento de vuestras promesas, y colocados á su frente los tribunos os llaman apóstatas, y os amenazan con haceros correr la suerte que vosotros deparásteis á vuestros antecesores, nada podeis responderles que no deje en descubierto, ó insigne mala fé, ó veleidosa inconsecuencia.

He aquí una de las causas mas radicales de la inquietud que atormenta las sociedades modernas: los principios se estienden mas allá de los hechos; cada vez que estos se comparan con aquellos, se palpa la contradiccion: este es el fruto de la ecsageracion y del error.

VII.

En esta clase de materias, la libertad, si ha de ser digna de tal nombre, ha de suponer dirigido por la razon el ejercicio de los derechos otorgados por la ley, ha de suponer que no ecsiste coaccion fi-

sica ni moral, y que no median otras trabas que las que consigo lleva la obligacion de hacer buen uso de sus facultades, tomando por única regla la justicia, por único norte la conveniencia pública. Con tan hermosos colores se presenta ciertamente el derecho electoral en los libros que tratan de las teorías constitucionales; pero ¿qué hay de todo esto en la realidad? No hablemos de aquellos paises donde la ley enmudece y solo campea la fuerza: donde se infringen sin miramiento de ninguna clase así las leyes fundamentales como las secundarias: que en tan aciaga situacion el derecho electoral no ecsiste; esta palabra es un sarcasmo cruel con que insulta á los pueblos la impudente desfachatez de las facciones; es un instrumento de que éstas se valen para realizar sus dañados intentos, estableciendo la mas insoportable de las tiranías que es la ejercida en nombre de la ley. Limitámonos á la coaccion moral, á la que dimana de las amenazas ó amagos del poder, ó de aquellos que tienen probabilidades de alcanzarlo: á esa clase de coaccion que no falta en ningun pais, y que es inevitable atendida la condicion humana, y los procedimientos que están en uso para lo que se llama esplorar la voluntad de los pueblos. ¿Quién osará decir que el resultado de las urnas la espresa genuinamente? Cuando se verifica la eleccion, todos los partidos se achacan recíprocamente intrigas y cohechos; y en estando concluida, puede asegurarse que todos la darán por nula, escepto el que la habrá ganado.

Al mayor número de los electores les falta el conocimiento necesario para llenar debidamente su objeto. Trátase de elegir nada menos que un legislador; y si de estos hay pocos, tampoco son muchos los capaces de distinguirle entre la multitud de candidatos. Quién se deja preocupar por el don de la palabra, creyendo muy equivocadamente que el que lo posee ha de ser por necesidad muy entendido en la formacion de las leyes; quién se deslumbra con el brillo de los conocimientos manifestados por un escritor, imaginándose no menos equivocadamente que las luces en un ramo arguyen una ciencia universal, ó que el talento teórico es lo mismo que el tino práctico; quién prefiere la incorruptible honradez, no advirtiendo que esta puede muy bien aliarse con un natural candoroso que sea fácilmente víctima de la solapada perfidia, y que no siempre escluye la debilidad de carácter que confunde la prudencia con la pusilánime timidez, y toma á veces por cuerda contemporizacion la reprensible condescendencia que raya en fea complicidad; quién se alucina con la hoja de servicios de un hombre encanecido en una carrera respetable; sin reflecsionar que el arte de la formacion de las leyes no debe aprenderse en el reducido ámbito de una profesion, y

que hay muchos individuos que han consumido largos años sirviendo quizás muy bien á la causa pública, sin haber por esto adquirido las dotes que constituyen un buen legislador. ¿Cómo quereis que en medio de este laberinto elija con tino y discernimiento el hombre que no llega ni de mucho á la mediana altura en que están los candidatos entre los cuales ha de escoger?

Para esto, se nos dirá, la opinion pública es ilustrada por la prensa periódica; para esto se pesan los méritos y calidades de los pretendientes; y ya que no sea dable acertar siempre en el verdadero punto, por lo menos ecsisten probabilidades de hacerlo con alguna aprocsimacion. Pero es muy fácil pulverizar esta réplica. Segun las teorías modernas, y atendido el mismo curso natural de las cosas, en la prensa como en el parlamento ecsisten siempre dos campos: el del ministerio y el de la oposicion. En todos los asuntos, sea cual fuere su gravedad y carácter, está siempre conocida de antemano la opinion de los contendientes. Para los ministeriales, el ministerio es impecable; para los de la oposicion, el ministerio está desatentado, es imposible que acierte en nada; y cuando se trate de conjeturar sobre sus actos futuros, el yerro es indudable, solo cabe la dificultad en si será mas ó menos dañoso, mas ó menos disparatado. Llega el tiempo de las elecciones; ¿deseais saber cuáles son á los ojos de la prensa sostenedora del ministerio, los hombres mas sábios, mas cuerdos, mas desinteresados y puros, los hombres que labrarán, á no dudarlo, la felicidad pública? Buscad quiénes son los que prabablemente votarán en favor del ministerio: aquellos son, no lo dudeis, y con este dato, bien podeis ahorraros el trabajo de leer los periódicos ministeriales. ¿Queréis saber cuáles son los Arístides, los Catones, los Cicerones que os presentará la oposicion? Ved quiénes son los que la componen, ó los que por sus antecedentes y compromisos es probable que la refuercen: sabido esto, podeis tambien ahorraros el trabajo de ulteriores investigaciones.

Es necesario no haber visto nunca de cerca esas cosas para ignorar que se miente sin pudor, que se calumnia sin miramiento, que se adula con bajeza; es necesario no tener otras ideas que las miserables bulgaridades de ciertos libros para ignorar que el medio mas seguro para no acertar en la eleccion, es el dar importancia, ni aun mediano crédito, á lo que escriben plumas interesadas.

Generalmente hablando, toman parte en las elecciones muchos empleados, ó que desean serlo: en tal caso la influencia del gobierno no conoce límites; y esta influencia sirve, no para hacer que formen parte de la representacion nacional los mas virtuosos y entendidos, sino los mas decididos defensores del sistema que á los mi-

nistros les plugo adoptar, y de cuya ejecucion gravita tal vez una buena parte de responsabilidad sobre los mismos candidatos. Es verdad que la influencia del gobierno está neutralizada un tanto, y no pocas veces vencida por la de los partidos que aspiran á serlo; pero en este caso lo que se hace no es destruir la corrupcion, sino multiplicarla. Esta corrupcion ha llegado en Inglaterra á un estremo escandaloso; y allí no ejerce el gobierno una influencia tan grande como suele acontecer en los paises no acostumbrados al sistema representativo.

La ignorancia y la malicia falsean, pues, por su base el derecho electoral; la libertad política por él espresada, pesa en la balanza de la razon mucho menos de lo que se cree. Las cuestiones sobre esta gravísima materia, son uno de los objetos que mas debieran llamar la atencion de los pensadores. Cuando se trata de leyes electorales, se procede por rutina, y esta rutina es funesta.

VIII.

Nombrados los representantes, al poner en ejercicio las facultades que se les han otorgado, ocurren todavía nuevos inconvenientes que desvirtúan mas y mas el valor del derecho electoral. Si esto ha de ser algo mas que un nombre sin sentido, es menester que los diputados representen ó la voluntad pública, ó la razon; esto es, que sus actos, ó sean la fiel espresion de lo que es realmente la voluntad de sus comitentes, ó al menos lo que debiera ser, si se consultasen los dictámenes de la justicia y de la conveniencia. Ora tomemos por base el falso principio de Rousseau, de que la ley es el producto de la voluntad general, ora adoptemos el de otros que la miran como el resultado de la razon pública, siempre encontraremos que el derecho electoral, tan atropellado y desvirtuado ya en su mismo orígen, sufre nuevos y considerables quebrantos.

Las leyes formadas por los representantes de la nacion, no pueden ser la espresion de la voluntad general, por dos razones muy sencillas: primera, porque esta voluntad no ecsiste con respecto al mayor número de casos: segunda, porque cuando ecsiste, es muy difícil, si no imposible, conocerla. Gran parte de las leyes versan sobre materias en que el público no entiende: no cabe, pues, voluntad, no habiendo conocimiento de lo que se ha de querer.

Es tambien muy difícil que las leyes sean la espresion de la razon pública, arreglada por los principios de justicia, y dirigida por miras de utilidad general. No sabemos la suerte que en los siglos venideros está preparada á las formas políticas que rigen una gran

parte de las naciones cultas; pero sí creemos que la esperiencia mas cuerda que las teorías, introducirá reformas muy trascendentales en lo concerniente á esplorar la voluntad de los pueblos, y á recoger el voto de la razon pública. Los sistemas electorales de nuestra época, tienen el gravísimo inconveniente de aguijonear las ambiciones ecsistentes, y crear de continuo otras nuevas; de llevar agitada la vida de los pueblos, y de esponerlos á cada paso á ser víctimas de intereses y pasiones particulares que nada tienen que ver con la conveniencia pública; de estar cimentados sobre bases que con facilidad pueden ser falseadas; de estar sujetos á una movilidad continua, incompatible con el sosiego y bienestar del pais; de ser demasiado elásticos para prestarse, ora á servir de instrumento á los designios perturbadores de ambiciosos tribunos, ora á revestir de un carácter legal y popular, medidas arbitrarias é injustas. Con los sistemas modernos, la anarquía vive sometida á regla, la tiranía se ejerce por medio de leyes.

Como quiera, apreciemos las cosas en su justo valor, y no les atribuyamos mas mérito del que encierran. Resignados con los males é inconvenientes que siempre traen consigo las instituciones humanas, procuremos mejorarlas en cuanto cabe, sin olvidar que el tiempo es un factor indispensable á todos los productos que salen de la mano del hombre, y que sin su concurso no es dable edificar nada sólido y duradero. Pero la misma prudencia que nos aconseja miramiento y circunspeccion siempre que se trata de mudar ó innovar, nos prescribe tambien el deber de no preocuparnos en favor de lo que poseemos, de no dejarnos llevar del entusiasmo que inspiran bellas apariencias, de penetrar en el fondo de las cosas, para ecsaminar su íntima naturaleza.

IX.

Los límites á que debemos ceñirnos, nos precisan á contentarnos con las indicaciones que preceden, obligándonos á pasar al decantado punto de la votacion de los impuestos. Y para que no se crea que estimamos en poco derecho tan precioso, nos apresuramos á declarar, que lejos de abrigar semejante opinion, estamos convencidos de que regularizado y ejercido cual conviene, es una de las mejores garantías de la prosperidad de los pueblos, y un freno muy saludable para la codicia, la prodigalidad y las dilapidaciones de los gobiernos malos. Cuando otras razones no nos impulsaran á opinar en este sentido, inclináranos á ello el observar, que nuestros antepasados los españoles, tan famosos por su reposada cordura, establecieron y

conservaron este derecho, como el paladion de las libertades públicas, y la mas segura prenda del respeto debido á la propiedad. En las leyes de Cataluña, de Aragon, de Valencia, de Castilla, ó mejor diremos, en las de toda Europa, se encuentra consignado este precioso derecho de una manera mas ó menos esplícita; pudiendo asegurarse que uno de los mas bellos distintivos de la civilizacion europea, fué el que ya desde su cuna tendió á precaver que el poder público no dispusiese de la hacienda de los ciudadanos, sin que éstos interviniesen en el negocio de una ú otra manera.

Esta consideracion es de mucho peso; porque manifiesta que el principio que asegura al cuerpo de la nacion una intervencion mas ó menos directa en la votacion de los impuestos, no trae su orígen de las doctrinas revolucionarias, sino de los mismos elementos constitutivos de las sociedades modernas. Por cuyo motivo conviene andar con tiento en destruir este principio; por mas que en la práctica, por razon del modo con que se le aplica, dé lugar á gravísimos inconvenientes, que á menudo son mayores que las ventajas.

Es mas claro que la luz del dia, que con los sistemas electorales vigentes, y las costumbres que se apellidan constitucionales y parlamentarias, no reportan los pueblos los beneficios que debieran prometerse de aquel principio; es hasta imposible que puedan alcanzarlo por los caminos seguidos hasta aquí. Una de las ocupaciones mas privilegiadas de las asambleas deliberantes, debieran ser los negocios de hacienda; y éstos son los mas descuidados. ¿Se habla de asuntos políticos? las sesiones están muy concurridas; largos y acalorados debates se empeñan, en que toman parte muchos oradores, haciendo ostentacion de su saber, y luciendo las galas de su elocuencia; ¿pero llega la época del ecsámen de los presupuestos? la discusion es fria, descolorida, lánguida; las comisiones presentan su dictámen por cumplir con la rutina; y si una que otra vez los oradodores se enardecen, es porque alguna de las cantidades se roza con las pasiones ó intereses de la esfera política.

¿Cuáles son las causas de esta frialdad é indiferencia en materia tan importante? no es difícil adivinarlas: la completa ignorancia en el asunto sujetado á discusion, y el escaso interés que en él pueden tomar los que deben dilucidarlo. De los hombres que figurar suelen en las candidaturas ¿cuáles son los que poseen conocimientos profundos, prácticos, atinados, en negocios de hacienda? Esta ciencia, tan ecsigente en materia de datos, no es posible que se conquiste el agrado de esos hombres públicos que con tanta facilidad se improvisan en nuestro siglo de oro. Para formar un gefe político, un ministro del tribunal supremo, un embajador ó un secretario del despa-

cho ¿de qué sirve esta ciencia? Para semejantes cargos, basta el arte de estender un programa con soltura y desembarazo sobre el tema que ofrezcan las circunstancias, basta el talento de pronunciar en las córtes un discurso bueno ó malo, en pro ó en contra de un ministro; pero de nada sirven los conocimientos sobre las desagradables materias rentísticas, que no ofrecen atractivo sino cuando toca el turno de percibir el pingüe contingente. Ademas, que si el hombre público raya muy alto en la categoría política, de manera que el no tomar parte en alguna de las discusiones haya de servirle de mengua y desdoro, bástale ocuparse breves ratos en la lectura de alguna obra de economía política, buscando los capítulos en que se trate de la produccion y distribucion de las riquezas, y los otros en que se ventila directamente el asunto de las contribuciones, para quedar desde luego habilitado, si fuere menester desatarse en una estupenda improvisacion, ó escribir el magnífico preámbulo de un dictámen. Que si en apurado caso llegase la notabilidad política á verse encargada de la formacion de un ministerio, encontrados los cuatro individuos, que serán como los satélites del afortunado presidente, no faltará tiempo para buscar entre los antiguos empleados del ramo, ó los agiotistas y jugadores de bolsa, alguna medianía que se prestará dócil á todas las voluntades de sus colegas, y que contentándose por lo que toca á los asuntos de su incumbencia, con dar rutinario curso á los espedientes, no saldrá de su somnolencia habitual, sino cuando se trate de discurrir arbitrios para satisfacer necesidades urgentes: arbitrios, que á pesar de sus distintas formas y variados nombres, todos se reducen al arte vulgar y funesto de los dilapidadores de la hacienda pública ó privada: sacrificar el porvenir á lo presente; hipotecar por una cantidad mezquina, productos cien veces mayores.

Es cosa de ver la facilidad con que una provincia ó departamento nombra por su representante á quien tal vez no pisó nunca el terreno cuyos intereses está encargado de proteger; lástima causa, y á veces congoja y despecho, el mirar entregadas á manos de un miserable aventurero, las riquezas de millares de familias, con libre facultad de dar su voto sobre las cargas que deben imponérseles.

Hemos pensado alguna vez que seria un buen medio para evidenciar los defectos de las leyes electorales, el practicar, si fuese posible, la operacion siguiente: Reunidas las córtes, podríanse dividir los cuerpos colegisladores en tantas secciones, cuantas son las provincias representadas. Entonces, aplicando la regla de que para cuidar de un patrimonio, es necesario conocerle, sabiendo en qué consisten sus productos y sus cargos, se deberia obligar á cada diputado á es-

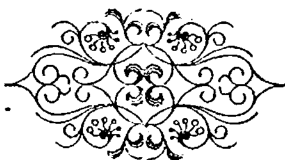
tender en el término de veinticuatro horas, á guisa de opósitor á cátedra, ó canongía, un infórme que contuviese la descripcion del pais por él representado, en que se detallase cuál es su riqueza agrícola, industrial ó mercantil, cuáles son los nombres de las contribuciones directas ó indirectas que soporta, cuáles las bases que por ley ó costumbre se adoptan en los repartimientos, cuáles los males que los pueblos lamentan, cuáles las reformas locales que podrian hacerse, cuál el estado de los principales caminos, canales y demas medios de comunicacion ó de cultivo, cuál el de la instruccion y educacion, cuál el estado de los establecimientos de beneficencia, los males ó inconvenientes de que adolecen, y los remedios mas oportunos para neutralizarlos ó curarlos, cuáles los sistemas que se practican, y los fondos con que se mantienen; en una palabra, deberia someterse al diputado á un ecsámen, que pusiese de manifiesto si posee ó no los conocimientos necesarios para votar, si no con mucha probabilidad de acierto, al menos con mediano conocimiento de causa. Estendidos los espresados documentos, firmados por sus respectivos autores, debieran sujetarse á la censura del público por medio de la imprenta. Parécenos que el resultado seria gracioso, y que el mayor número manifestaria que nada entienden de lo que han de arreglar.

Los pueblos salieran sin duda mas gananciosos, si en gobernarlos se empleara menos ciencia y mas buen sentido, menos teoría y mas observacion práctica. ¡Cuántos y cuantos asertos pasan por indudables en un congreso de legisladores, que un hombre sencillo, pero esperimentado, miraria como solemnes despropósitos! ¡Cuántos proyectos, llenos al parecer de ciencia y discrecion, resultan sueños irrealizables cuando se trata de ponerlos en planta! ¿y qué medios se practican para precaver que los cuerpos legislativos no se compongan de esos hombres que tienen la funesta facilidad de hablar derepente sobre todas las materias, y cuya ignorancia es tanto mas peligrosa, cuanto se oculta bajo el oropel de la ciencia? Observad los resultados, y fácilmente conjeturareis cuál debe de ser el sistema que á ellos nos conduce.

Desde 1810, lleva la España diez y siete años de gobierno representativo; ¿cuál es el fruto? En los nueve años transcurridos desde 1834, en cuyo tiempo no se ha interrumpido nunca, las córtes han presentado una arena donde han luchado sin tregua ni descanso las pasiones políticas; pero la instruccion pública, la educacion, los sistemas de beneficencia, la administracion, la hacienda, los códigos, todo está intacto, todo yace en el mas profundo desórden. ¿Qué sucederá en adelante? ¿continuarán las recriminaciones, la des-

confianza, la irascibilidad de los partidos, la perfidia y las turbulencias de las facciones? ¿Nos atreveremos á deshojar la bella ilusion que abrigan las almas cándidas é inespertas, las que ni preven el mal futuro ni recuerdan el pasado, por ser tan fuerte y vivo el impulso que las inclina al bien?

Creemos que á las naciones como á los individuos, no se les daña haciéndoles conocer su verdadera situacion; no se remedian los males si se ignora que ecsisten; no se los precave si no se teme que vengan. Quien escribe para el público, debe decir siempre la verdad por dura que sea; y cuando no le sea posible, condénese al silencio antes que permitirse el engañar á los pueblos.



TODAVIA HAY TIEMPOS PEORES

QUE LOS

DE REVOLUCION.

Estraña paradoja les parecerá á no pocos, proposicion tan peregrina; recio se les hará de creer, que la revolucion, hija de la corrupcion y del error, terrible personificacion de la fuerza levantada contra la ley, no traiga consigo el peor de los tiempos, y que no sea su época la mas calamitosa que pasar pueda sobre una sociedad. Ella destruye todo lo ecsistente, amontona escombros y ruinas, relaja los vínculos sociales y domésticos, rompe los lazos políticos, acostumbra á la insurreccion, mina la disciplina de los ejércitos, esparce abundante semilla de inmoralidad, sume á los pueblos en el caos mas espantoso: ¿pueden acaso darse mayores males? ¿es posible concebir otro tiempo en que los pueblos sufran mayores calamidades, y en que se reunan mas causas para preparar nuevas desventuras en lo venidero?

Es cierto que las épocas de revolucion son las mas estrepitosas, es verdad que los daños producidos por ella, se hacen sentir con gran fuerza, se ofrecen de bulto á los ojos de todos, se hacen palpables á todas las manos: no hay familia que no llore sensibles pérdidas, ora de fortuna, ora de personas queridas que perecieron en los vaivenes de los disturbios civiles, ó en las sangrientas refriegas de fratricidas luchas; no hay clase, no hay interés, no hay opinion que no haya sufrido contradicciones, persecuciones, desastres; no hay pueblo que no haya presenciado escandalosas escenas, y tal vez dolorosas catástrofes: cual furibunda Medea, la revolucion anda es-

parciendo en todas direcciones los miembros de sus propios hijos; y esperimentan sus furores tanto sus amigos como sus enemigos: los despojos, la proscripcion y el cadalso, no respetan clase ni persona.

Por esta causa, al salir los pueblos de esa época turbulenta y azarosa, al entrar en un régimen legal, al ver establecido un gobierno templado y suave, abominan del tiempo pasado, detestan hasta el nombre de lo que tantos males les acarreara, no alcanzan á comprender cómo bajo un sistema regular, sometido á las leyes, bonansible, sosegado y tranquilo, sea dable que sufran mayores quebrantos que durante la revolucion; y sin embargo, nada hay mas cierto: las revoluciones de los pueblos son enfermedades agudas que consigo traen ecsaltacion, fiebre, delirio; pero toda enfermedad proviene de causas que afectaron y desarreglaron la organizacion, y acontece muy á menudo que un errado plan de convalescencia, al paso que aparenta restablecer la salud y las fuerzas, mina sordamente la ecsistencia del enfermo, conduciéndole á la muerte por halagüeños caminos.

Sí, este es el peligro que amenaza á los pueblos despues de la revolucion; este es el mal que ha caido y pesa todavía sobre la Francia; este es el mal que se columbra en el porvenir de la agitada España; este es el mal que difícilmente evitaremos, si no cuidamos de ponernos luego en vigilante guarda.

No es para una nacion el mayor de los infortunios, el que por algun tiempo se vierta en los campos de batalla la sangre de sus hijos: despues de guerras formidables que diezmaron la juventud, levántanse á veces los pueblos con mayores fuerzas, con mas vigor y lozanía. Asi, el adalid que ha tomado parte en cien batallas, que ha derramado á menudo su sangre en peligrosas refriegas, blande el acero con tanto mas brio y energía, cuanto mayores son las cicatrices de la mano que lo empuña y del brazo que lo esgrime.

No es tampoco el mayor infortunio de una nacion, el que haya venido al suelo un sistema político, y que desmontada é inutilizada la antigua máquina del Estado, sea preciso echar mano de otra mas adaptada á las circunstancias, mas propia para el objeto á que se destina; Dios no ha dejado tan infecunda la sociedad, que no sea capaz de gobernarse sino por un medio y bajo un sistema; la razon, la historia y la esperiencia nos están enseñando, que salvos los principios tutelares de que en ninguna situacion se desentiende impunemente la humanidad, son varias las combinaciones que pueden idearse para establecer un gobierno que afiance el órden, proteja los intereses publicos, y labre la prosperidad y ventura de los pueblos.

No es para una nacion el mayor de los infortunios, el que en me-

dio de las revueltas y azares de una época tormentosa, hayan salido gravemente vulnerados respetables intereses materiales, ni que algunos de éstos hayan sido destruidos en su totalidad. En la vida, en las fuerzas de las naciones, entran ciertamente los intereses materiales; pero rara vez acontece que la pérdida ó la desaparicion de algunos de ellos, acarreen la ruina de la sociedad. Esta, como el individuo, no vive de solo pan; si no satisface sus necesidades materiales de una manera, acude á ellas de otra; el antiguo vacío se llena con algun medio de nueva invencion; el tiempo cuida de revelar los defectos del sistema que se ha sustituido al anterior; la esperiencia va amaestrando en su manejo, hasta que al fin se llega á desenvolver y regularizar lo que en un principio se presentaba cual embrion informe y monstruoso. La misma injusticia de las antiguas destrucciones, va borrándose de la memoria á medida que el tiempo transcurre; las avenencias y las transacciones, van legitimando mas ó menos el nuevo órden de cosas; hasta que vienen los siglos con su prescripcion, con aquella prescripcion que no necesita de la autoridad de las leyes, sino que está dictada por el buen sentido del humano linage, y justificada por la aquiescencia de todos los pueblos.

Grandes son los infortunios que acabamos de indicar; entráñanse en ellos irritantes injusticias, escándalos feos y repugnantes, inmoralidades asquerosas, vilezas, manejos, corrupcion, y todo lo mas detestable que abortar puede sobre la tierra el genio del mal; pero sobre estos infortunios, hay todavía otros mayores; sobre tan terribles males, hay otros todavía mas terribles. Y son esos males, cuando la vida intelectual y moral de los pueblos es atacada en su misma raiz, cuando en medio de las delicias de la paz, de la prosperidad de los intereses materiales, y de la engañosa ilusion producida por un facticio aumento de las fuerzas del Estado, se destruyen las creencias religiosas, se estravian las ideas morales, se enervan los ánimos con voluptuosos goces, se nutre un desmedido orgullo, se fomenta la vanidad, aflojándose de esta suerte todos los lazos sociales y domésticos, entronizando el culto de los intereses materiales, divinizando el vicio con la prostitucion de las bellas artes, sustituyendo á la virtud el egoismo, á los sentimientos nobles y elevados la mezquindad y villanía de pasiones astutas y rastreras.

Es muy temible que terminada la desastrosa revolucion que nos agita y atormenta (1), entremos en una era que se apellidará de regeneracion, en la cual se mostrará de una parte recelosa esquivez con

(1) El Sr. Balmes escribió este artículo el año de 44. (Nota del Editor.)

respecto á las doctrinas demasiado populares, y de otra mucha prevencion contra las reacciones que tiendan á resucitar los principios y sistemas antiguos. La alianza del órden con la libertad será la bella fórmula en que se compendiará el pensamiento dominante: nada de anarquía, se dirá, nada de esageraciones democráticas, *nada tampoco de despotismo, nada de supersticion, nada de pretensiones fanáticas*. Fuerza en el gobierno, vigor en la administracion, centralizacion de todos los ramos; pero libertad en las ideas, indulgencia en las costumbres. Vigilante inspeccion sobre la enseñanza, pero completa tolerancia y disimulo en todo lo que dimane de escesivo celo por la ilustracion y el adelanto. Proteccion á la Iglesia, pero proteccion desconfiada; suspicaz, que se alarme fácilmente por la firmeza de un párroco ó la pastoral de un prelado; proteccion que haga respetar los templos, pero que procure encerrar en ellos la religion, de suerte que no salga de allí y no alcance á ejercer influencia sobre la sociedad; permision de defender el dogma y la moral contra sus enemigos, pero *dignidad y severidad* contra los que se atrevan á revelar malas tendencias del gobierno, pésimo influjo de altos magistrados, aviesas miras de un plan de instruccion, abusos de profesores que propinen funestas doctrinas á la juventud. Así con pocos años de paz y de órden se cambiarán radicalmente las ideas, se modificará el carácter nacional, y la España, adelantada y culta, conservará apenas un recuerdo de lo que fuera en tiempo de nuestros antepasados.

Es menester no hacerse ilusiones, es preciso no haber visto las cosas y tener escaso conocimiento de los hombres, para no columbrar que nos amenaza tan triste porvenir: es necesario no haber observado la influencia que de un siglo á esta parte ha ejercido la Francia sobre nosotros, para no conjeturar la que andará ejerciendo en lo venidero: y á nadie se oculta que el sistema de gobierno que acabamos de describir, es el que prevalece entre nuestros vecinos. Hay, empero, entre la Francia y la España una diferencia profunda, y es, que el indicado sistema es allí la espresion bastante fiel de la sociedad, cuando aquí fuera una importacion ecsótica que se hallaria en abierta oposicion con las ideas, las costumbres, los hábitos de la inmensa mayoría de la nacion. Allí la sociedad es escéptica, aquí es católica; allí están volcanizadas muchas cabezas con las teorías democráticas, aquí conservan todavía profundo arraigo los principios monárquicos; allí las costumbres han sido afectadas y modificadas en sentido popular por una revolucion imponente y aterradora, que á vuelta de injusticias, de crímenes y catástrofes, trajo al fin la gloria militar y la organizacion administrativa; aquí

una revolucion miserable y raquítica, inaugurada con intrigas y desmanes, continuada con despreciables motines, sostenida en su término por un poder militar incalificable, ha producido una fuerte reaccion en los espíritus, ha hecho desertar de la nueva bandera á muchos incautos que en ella se afiliaran de buena fé; resultando que la generalidad de los hombres honrados, y no pequeña parte de los mas entendidos, contemplan, ora con indignacion, ora con desdeñosa sonrisa, esas impotentes tentativas, esos estériles ensayos con que se obstinan algunos en conducir la nacion por caminos que ella aborrece á un estado que detesta. Malo como es el sistema seguido en Francia, quizás sea ahora el único posible, porque dudamos que tuviese probabilidad de triunfo, ni mucho menos de duracion, cuanto tendiese por medios violentos á dar ascendiente y preponderancia á las sanas doctrinas; pero aquí tan lejos estamos de hallarnos en tan deplorable situacion, que muy al contrario, si algo ha de encontrar poderosa resistencia, y dar tal vez lugar á choques y conflictos, será el intento de plantear en nuestro suelo el sistema francés.

Y cuando esto decimos no se nos oculta que en una nacion vieja, y que por añadidura ha sido trabajada por largos años de guerra estrangera é intestina, y por interminable serie de revueltas, debe de haber mucho que reformar, que corregir y ordenar; no se nos oculta que el siglo XIX es muy diferente de los anteriores, que es otra la situacion de Europa, que no es el mismo el curso de las ideas, que se han variado sobremanera las costumbres, y que por fin, el pueblo español de hoy no es el de Felipe II, ni tampoco el de Cárlos III, ni aun el de 1808; sabemos que el tiempo ha ejercido tambien sobre nosotros su influencia modificadora, que no han pasado en vano las revoluciones, que no han circulado sin producir su fruto los libros modernos, que no han dejado de afectar el carácter nacional la prensa y la tribuna, y que por fin, el aliento del siglo que se nos está comunicando incesantemente por infinitos conductos, ha descompuesto en parte la fuerte contestura que dieran á la nacion sus instituciones antiguas; nada de esto ignoramos, y por lo mismo estamos muy lejos de soñar en tiempos que pasaron ya; conocemos que hay nuevas necesidades y que es preciso satisfacerlas; que hay nuevos bienes que no debemos desdeñar; que hay nuevos males, por ahora indestructibles, que es preciso tolerar; pero creemos que una conducta prudente y templada, que procure armonizarlo todo del mejor modo posible, nada tiene que ver con un sistema funesto, intolerante con el bien, indulgente con el mal; con un sistema en que para nada se aprovecharian los restos de nuestra antigua civi-

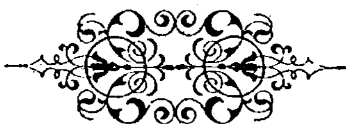
lizacion, en la cual, digan lo que quieran la ignorancia y la mala fé, no deja de encontrarse mucho de útil y de admirable.

El empeño de fundir de nuevo la nacion entera como arrojándola en un crisol, ha perdido y desacreditado á la revolucion, y perderá y desacreditará á cuantos se obstinen en tan errada conducta. Si quien la adoptase fuese un gobierno regular, establecido sólidamente, y que por un concurso de circunstancias contase con muchos elementos de fuerzas, seria su accion mucho mas dañosa que no la de la revolucion; pero tambien abrigamos la esperanza de que se estrellaria contra los obstáculos que en abundancia le suscitaran las creencias religiosas y las costumbres públicas, apoyadas y robustecidas por ese buen sentido que es uno de los caractéres que distinguen á esta gran nacion. Sin embargo, bueno es que todos los hombres de sanas ideas, de intencion recta y de corazon honrado y amante de su patria, estén prevenidos contra el riesgo que acabamos de indicar; es preciso que los elementos de bien que tanto abundan en nuestro suelo, se pongan en vivo movimiento, que se acerquen y combinen acertadamente para formar una masa compacta, en torno de la cual se agrupen todas las fuerzas para resistir á su debido tiempo y en el terreno de la justicia y de la ley, á los ataques, que disfrazado de mil maneras, no dejará de dirigirnos el genio del mal.

La instruccion y la educacion son los dos ramos que conviene no perder nunca de vista para no permitir que el impuro aliento de la corrupcion y del error estravie entendimientos desprevenidos y mancille corazones inocentes. Conviene mantenerse en vigilante guarda contra las innovaciones, que si fueren malas, serán tanto mas dañosas, cuanto mas fuerte sea el gobierno que las introduzca, y mas regular y ordenada la accion con que se las plantee y fomente.

Este cuidado y vigilancia imponen obligaciones gloriosas, pero pesadas; porque los que se propongan resistir al mal, es necesario que conozcan el bien; y no el bien en su aislamiento, en su naturaleza absoluta é independiente, en su generalidad abstracta y vaga, sino en su forma aplicable á las circunstancias, adaptada á las necesidades de la época, acomodada al espíritu del siglo, en armonía con las costumbres dominantes; conviene no dejar á los adversarios el pretesto de que se trata de combatir la ilustracion y el adelanto por medio de declamaciones ignorantes y fanáticas, conviene que los sostenedores de la religion y de los sanos principios en materias políticas, se presenten á los ojos del público con el prestigio que siempre acompaña al verdadero saber; y que en ofreciéndose la oportunidad, puedan dar á sus adversarios lecciones severas, mos-

trándoles que tambien se hallan los buenos á la altura de los conocimientos de la época; que cuando aprueban, no es por una deferencia ciega, ni por una parcialidad interesada, que cuando condenan, no es por falta de conocimiento de causa, no es por ignorancia, no es por rencorosa malicia, sino á impulsos de convicciones profundas, á la luz de abundante doctrina. De esta suerte se ha de conquistar un puesto aventajado en la opinion pública; de esta suerte se han de rechazar las calumnias de los enemigos y desvanecer las preocupaciones de los ilusos; así, y solo así, se alcanza influencia legítima en los negocios públicos, se adquiere el derecho de amonestar á los gobernantes con decorosa firmeza; así, y solo así, se logra que en circunstancias críticas, en momentos peligrosos, preste atento oido la nacion á una voz independiente que clama por el bien público, que señala los escollos en que corre á zozobrar la nave del Estado; así, y solo así, se obtiene que un grito de *Alerta*, dado con imponente osadía, pare el brazo levantado ya y pronto á descargar el golpe, y haga retroceder á los gobernantes que se empeñaran en caminos de perdicion.



PORVENIR

DE

LAS COMUNIDADES RELIGIOSAS

EN ESPAÑA.

Artículo Primero.

El orígen, naturaleza y objeto de las comunidades religiosas, lo ecsaminamos estensamente en otro lugar (1). Allí quedó demostrado á la luz de la filosofía y de la historia, que los incrédulos y los protestantes, al condenar estos santos institutos, desconocian la religion, la sociedad y el hombre. Algo indicamos tambien de nuestra opinion sobre el error de los que creen destruido para siempre lo que tiene reservado un ancho porvenir; mas como quiera que entonces hablamos en general, y que el carácter de la obra ecsigia mas bien investigaciones históricas que pronósticos y conjeturas, todavía nos queda mucho que decir bajo este aspecto, mayormente aplicándolo con especialidad á nuestra España.

Segun el juicio que cada cual forma sobre la suerte de las obras de la revolucion, divídense las opiniones en lo tocante al porvenir de las comunidades religiosas. Los que esperan ó temen una restauracion mas ó menos cumplida, miran como una de sus consecuencias el restablecimiento de las mismas; y los que se prometen

(1) Véase el tomo tercero de la obra publicada por el autor titulada: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*, desde el capítulo 38 hasta el 47, ambos inclusive.

ó temen que la revolucion será invencible en sus efectos, y que no es posible deshacer lo que ella ha consumado, consideran como cosa muy difícil, y poco menos que contradictoria, el renacimiento de lo que murió á mano airada y de una manera tan estrepitosa. No compartimos el parecer de unos ni de otros; en nuestro juicio, volverán á brotar en el suelo español las comunidades religiosas bajo una ú otra forma; y este hecho, que se está verificando en todos los paises, aun los mas trabajados por los huracanes de la revolucion, se realizará en la católica España con mayor estension, grandor y prontitud que en otras partes, tan luego como cese el dominio de la fuerza y se establezca y consolide un gobierno. Y cuando de gobierno hablamos, prescindimos de la forma; solo nos referimos á una situacion regular que ofrezca algunas garantías de órden, y que no consienta que se atropelle la libertad individual como se ha hecho hasta aquí, ora por los desmanes de asalariada plebe, ora por el despotismo de gobiernos que oprimian y tiranizaban apellidando libertad y ley.

Suponiendo sancionadas las destrucciones de la revolucion y consolidadas sus obras, y que el gobierno regular que en tiempo mas ó menos lejano se establezca, sea nacido de los poderes y de las formas creadas por ella, todavía creemos que renacerán las comunidades religiosas, sin designio por parte de dicho gobierno, sin que les dispense ninguna clase de proteccion; antes al contrario, á pesar de la desconfianza con que las mirará, de los embarazos que les suscitará, y hasta de cierta resistencia que les opondrá; todo siguiendo las inclinaciones y los instintos de la madre que le habrá dado el ser y le habrá criado en su seno. Todo gobierno nacido de una revolucion adolece un tanto de achaques y celos revolucionarios. Tal es la naturaleza de las cosas.

¿Cuál será la forma de las comunidades religiosas que aparecerán en España? Difícil es decirlo, si en esta forma vienen comprendidos los nombres, los trages y los pormenores de la regla; pero si la palabra se toma en acepcion mas elevada, si se trata únicamente del objeto á que se destinarán y de aquí se intenta deducir su carácter distintivo, entonces es mas fácil responder á la pregunta, aventurándose á conjeturas no destituidas de fundamento.

Recordaremos aquí lo que espusimos y demostramos estensamente en el lugar arriba citado, á saber: que las comunidades religiosas eran un producto espontáneo de la misma religion; que en su esencia eran idénticas, bien que su forma sufria modificaciones acomodadas á las circunstancias de lugar y tiempo, sobre todo, al objeto peculiar y característico á que cada cual se destinaba. Probamos

tambien que la historia enseñaba que dichas comunidades habian tomado siempre una forma conveniente para satisfacer grandes necesidades de la religion y de la sociedad. Asentados estos principios tenemos la clave para adivinar el porvenir.

En primer lugar es cierto que los institutos religiosos renacerán, allí donde se conserve la religion; y como en España fuera inesacto el proyecto de estirparla, bien podemos asegurar que la causa producirá su natural efecto mas ó menos tarde.

Dos grandes necesidades aquejan á la sociedad actual: un retiro para los fastidiados del mundo, y un freno para la plebe. La sed de goces que devora á la generacion de nuestro siglo, acarrea mas pronto que en otros el cansancio, el tedio, el hastío de gozar; el espíritu se abate y se postra despues de haberse fatigado en pos de mentidas ilusiones; y para colmo de desesperacion, viene á secarlo todo, á deshojarlo todo, una literatura, que á lo inmoral é inmundo, reune el defecto que no se le achaca, y que sin embargo, es de los mayores de que adolece: el no tener entrañas. Disminuye el bien, ecsagera el mal: finge sin pudor cuando no le sufraga la realidad, y cuando esta se la brinda con hechos positivos, cuida de presentarlos bajo el aspecto mas negro, mas asqueroso, mas desconsolador y desesperante. Al mozo de veinticinco años le cubre la cabeza de canas, y no las canas que anuncian prudencia y reposado juicio, sino las que abrigan suspicaz desconfianza, desprecio de los demas hombres, tedio de la vida, mundo sin ilusiones, recuerdos punzantes, tinieblas sin un rayo de luz, males sin remedio, dolores sin consuelo, porvenir sin esperanza. Entregarse á nuevos goces es inútil para distraer el entendimiento y minorar la pesadumbre del corazon: los resortes están gastados, el alma está rendida y floja: solo una nueva vida podria remozarla. La embriaguez del deleite y el encenegamiento en sus mas repugnantes lodazales, solo produce una tregua de momento: como el ébrio que ahoga sus pesares con vino, se halla al despertar á la mañana siguiente, con la triste realidad, cara á cara con su infortunio.

A este desgraciado, el mundo le dice, "suicídate;" la religion le clama: "abandona un mundo que te abandona; retírate, llora tus estravíos en penitente soledad, y encontrarás el camino del cielo, cuyas dulzuras comenzarás á sentir ya en medio de las austeridades de la tierra." El mundo impío y cruel se mofa de sus propias víctimas, las abandona á todo el horror de su suerte, despues que ellas le han sacrificado su honor, su salud y su fortuna. "Ya que no sirves para tomar parte en mis orgías, ahí está el mar que te tragará de muy buena gana, y me ahorrará la molestia de oir tus pla-

ñidos; ahí está un elevado picacho, una altísima torre, de donde puedes derrumbarte á tus anchuras; ahí están los puñales, ahí el veneno, ahí el dogal, ahí las armas de fuego; y si eres cobarde, si no te atreves á ver la muerte bajo formas terribles, tiéndete sobre elegante y mullido sofá, cúbrete de tus mejores vestidos, respira delicados perfumes, lee brillantes páginas de un libro aterciopelado, y aguarda que el humo del carbon cierre tus ojos para no abrirlos jamas. En los momentos de soporoso delirio, murmulla todavía un nombre querido, y halágate con la grata esperanza de que al amanecer de mañana, cien y cien hojas publicarán tu trágica muerte, y pedirán al lector una lágrima para tus cenizas."

La religion tiene mas misericordia, la religion no deja nunca sin esperanza: el error y el vicio, la mentira y el crímen, no carecen de perdon, mientras el culpable vive sobre la tierra. Levantar los ojos al cielo y decir compungido: pequé, basta para lavar las mayores iniquidades. La postracion de espíritu, los malos hábitos, las llagas mas rebeldes, todo cede á la eficacia de los remedios que el Señor confió á su Iglesia. El arrepentido puede salvarse en todas partes; pero si se resuelve al acto heróico de abandonar el mundo, si pasa los umbrales del claustro, colocándose allí á esperar la hora señalada para descender al sepulcro, entonces su corazon se siente aliviado, descargado completamente del peso que le agobiaba; un nuevo soplo de vida ha reanimado su rostro, el cielo brilla con nueva luz, y la ecsistencia que se creia prócsima á estinguirse, se siente robusta y briosa, con aliento para avanzar con rapidez en los senderos de la virtud.

Estos recursos valen, por cierto, algo mas que el suicidio; de esta manera se ahorra al desgraciado una catástrofe, á las familias un desconsuelo, una pérdida á la sociedad; y cuando la soledad del claustro no ofreciera otras ventajas, no seria para olvidada á los ojos de ningun hombre compasivo. En todos tiempos han necesitado de este retiro las almas afligidas que en medio de sus tribulaciones sintieron que descendia para ellas una inspiracion sublime y consoladora; pero tal es la situacion de los espíritus, tal el desarrollo simultáneo de todas las facultades del alma, tal el vacío que esperimentan los corazones grandes, que si de aquí á algun tiempo se levanta en los desiertos una mansion sombría, donde se establezcan la austeridad y la oracion, será objeto de viva curiosidad para esa juventud ardiente que busca un pábulo á sus sentimientos de llama, y no faltarán algunos que trocarán los placeres de Roma por el silencio y los rigores de la gruta de Belen.

En España mas que en otras partes, se verificarian estas admira-

bles transformaciones, que el mundo no comprende, y que solo la religion esplica; porque en este suelo clásico de fé y de piedad, la revolucion no ha podido ahogar la semilla preciosa; no ha hecho mas que cubrirla con escombros; pero allí se conserva abundante y viva para producir copiosos frutos el dia que el sol de la gracia la hiera con sus rayos fecundantes. Mas no se crea que esto nos pertenezca esclusivamente, tambien en otros paises se observa el mismo fenómeno; en el proceloso mar en que viven sumidas las generaciones presentes, ojos cansados de buscar una playa donde se encuentre reposo y consuelo, se vuelven á la religion y la miran con esperanza y cariño. Se ha sondeado el corazon humano despues de quitada la religion, se le ha revuelto en todos sentidos, se ha pretendido descubrir su fondo, pero cuantos se han abocado á la tenebrosa sima, han oido una voz dolorida que pedia un Dios. El genio del mal lo conoce, y no se olvida de tomar sus precauciones. "Es necesario ir con tiento en eso de institutos y monasterios. . . . esa juventud ardiente, poco satisfecha de sí, y fatigada del mundo, se lanzaria con afan á ellos, ansiosa de saborear las impresiones religiosas." Estas palabras se las dijo al que esto escribe, un estrangero de distinguido mérito y no vulgar categoría; y el que lo escuchaba tomó acta de confesion tan esplícita y franca, porque en ella venia espresado un pensamiento que compendiaba todo un sistema.

Digan lo que quieran los enemigos de la religion, se conservan todavía profundamente grabados en el corazon de los españoles, los sentimientos cristianos; todavía oimos á cada paso recordar con entusiasmo mezclado de dolor, las visitas que se hicieron á los monasterios de la Cartuja y de la Trapa; todavía notamos que se echa menos el sabroso dia que se disfrutó en una de aquellas sublimes soledades. El canto de los monges, los resonantes ecos de silenciosos corredores, el mugido de los bosques cercanos, el vibrante y grave sonido de la misteriosa campana, el aspecto venerable de un anciano encanecido en la penitencia, el angelical semblante de un compungido novicio, la frente serena de la edad viril, anunciando un corazon brioso sojuzgado por la gracia, y una conciencia sin mancha ni remordimiento, son objetos que todavía no se han olvidado; y mas de una vez se enciende la indignacion en los pechos generosos, al pensar que á tan santas mansiones se atreviese la impiedad con sus puñales y sus teas.

Establecimientos de grande abstraccion, de mucha austeridad, donde se reuniesen hombres llamados por Dios para resucitar la vida de los primitivos monges, encontrarian en el pais las mayores simpatías; no habrian menester el apoyo del gobierno, porque se lo su-

ministraria con mucho gusto la piedad de los pueblos. Y esto se verificará tan pronto como el gobierno alce una prohibicion que tan visiblemente se opone á la libertad que tiene cada individuo de entregarse al género de vida que considera mas conveniente para servicio y gloria de Dios y santificacion de su alma. Si se admite sin contradiccion que el gobierno carece de facultades para impedir que se reunan algunos individuos en una empresa industrial ó mercantil, si se deja á los ciudadanos en completa libertad para fijar su residencia donde mejor les agradare, si nadie ha pensado en vedar que se edifiquen casas en poblado ó en desierto, mientras no se dañe á la propiedad de nadie, y que en ellas vivan una ó mas familias del modo que creyeren mas conveniente, con tal que ni la moral ni los intereses públicos ó particulares no sufran perjuicio, ¿con qué derecho se prohibirá que se reunan en la soledad algunos hombres para orar y ejercitarse en prácticas de devocion y de penitencia? Mientras no ataquen la propiedad agena, ¿qué os importa que vivan de la limosna ó del trabajo de sus manos? Bien necesario es que la impiedad haya trastornado lastimosamente las ideas, introduciendo las preocupaciones mas chocantes é injustas, cuando se hace necesario insistir sobre verdades tan claras, tan evidentes, tan sencillas.

Que la codicia se cebe en pingües patrimonios, y procure por todos los medios posibles apoderarse de ellos y conservarlos, lo concebimos muy bien; que el gobierno arrebatado por el torbellino de la revolucion y cegado por el frenesí de la impiedad, se arroje á pasos injustos y se preste á servir de instrumento á pasiones innobles, tampoco nos es incomprensible; pero que pasado el calor de los primeros momentos y establecido un gobierno regular, se intentase proseguir en un sistema de suspicacia y desconfianza, desconocidas en todas las naciones católicas y hasta en las protestantes, que bajo el nombre de libertad se quisiese continuar oprimiendo las conciencias, no dejando respiradero á las creencias de la nacion, esto fuera una aberracion incalificable, un despotismo irracional, una vejacion sin motivo ni pretesto, un insulto hecho á la religion de los españoles, un empeño de prolongar un estado violento, y por consiguiente poco durable.

La voz de los hijos de San Ignacio y de Santo Domingo de Guzman, resuena en las catedrales de la Francia, con gloria de la religion y con provecho de los fieles y de los incrédulos. Cuando se anuncia un sermon de Ravignan ó de Lacordaire, acude al templo una inmensa muchedumbre, que no bastan á contener las mas espaciosas basílicas. En aquella misma capital donde fueron calum-

niados los institutos religiosos durante largos años, de la manera mas escandalosa, allí donde se firmaron los decretos de su proscripcion, allí se presentan los individuos de las odiadas religiones, atrayendo con el encanto de su elocuencia, convenciendo con la fuerza de sus razones, dominando y arrastrando con el fuego y la energía de su palabra. A oirlos acuden las primeras notabilidades de la Francia, mezclados con una juventud que siente la imperiosa necesidad de llenar el vacío que en su espíritu dejara la irreligion; allí acuden para oir y admirar á hombres cuya vida y palabras son la mas elocuente protesta contra las pérfidas calumnias de una filosofía, que despues de haberse manchado con las mas crueles injusticias, no dejó sobre la tierra mas que escepticismo y desesperacion. En vano se alarman los volterianos, en vano levantan su voz, en vano se oponen á que triunfe la causa de la verdad: Dios ha soplado sobre la tierra, y la faz de la tierra será renovada. El espíritu del mal nada puede contra el Todopoderoso: la Francia ha visto ya ruidosas y admirables conversiones, y las está viendo todavía; el claustro le quita al mundo reputaciones ilustres, que el Señor de las misericordias no se ha olvidado de que la patria de Voltaire fué tambien la patria de San Luis.

En la protestante Inglaterra, en aquel reino donde se conserva todavía dominante el cisma de Enrique VIII, renacen tambien las comunidades religiosas: en Lóndres mismo están los jesuitas, esos jesuitas cuyo solo nombre ecsaltaba en otros tiempos la cólera del gobierno inglés, y levantaba la persecucion. Otros institutos van estableciéndose de nuevo en aquel pais; y numerosos conventos de mugeres están edificándole con sus virtudes y con su celo en educar á la infancia y en consolar al infortunio.

¿Por qué no se ha de verificar tambien lo mismo entre nosotros, en la patria de Santo Domingo, de San Ignacio de Loyola, de Santa Teresa de Jesus, y de tantos insignes fundadores? ¿Por qué el pueblo católico por escelencia, se ha de ver privado de lo que disfrutan los pueblos protestantes? ¿Por qué ha de continuar ese abismo que nos separa de nuestros mayores, que ultraja nuestras creencias, marchita nuestros mas hermosos recuerdos, y nos presenta á los ojos del mundo como avergonzados de nuestra religion, de nuestras tradiciones, de que pertenecemos á la nacion que se adquirió un renombre inmortal por la adhesion á la fé y á las santas prácticas é instituciones de la Iglesia católica?

Que no es verdad, no, que tal sea la voluntad de la nacion; que no es verdad, no, que tal desee, ni aun consienta la inmensa mayoría de los españoles; no: el pueblo español no ha quemado los con-

ventos, ni degollado á los religiosos; el pueblo español no se ha hecho cómplice de tamañas iniquidades; el pueblo español las ha visto con dolor, con profunda pesadumbre sin poder evitarlo; porque desgraciadamente la historia y la esperiencia enseñan, que en tiempos agitados y turbulentos, lo que domina no es la voluntad de los pueblos, sino las facciones mas inmorales, compuestas de cuanto la sociedad abriga de mas abyecto y dañino.

El mismo curso de la revolucion ha venido aclarando los hechos, desmintiendo las calumnias, manifestando lo siniestro de las intenciones, descifrando el misterio de tanta declamacion contra los cuantiosos bienes, contra la relajacion de los frailes, dejando sin máscara á los hombres que mas se distinguieron por su celo destructor. ¿Dónde están los bienes de las comunidades religiosas? ¿Qué provecho ha sacado de ellos la nacion española? ¿Qué contribuciones se han disminuido? ¿Qué ramos de riqueza se han vivificado? ¿Qué necesidades se han satisfecho? ¿Qué deudas se han estinguido? ¿Qué infortunios se han consolado? La nacion lo ve, lo palpa; la realidad se le presenta de una manera tan cruel, que de ella no podria apartar los ojos aun cuando quisiera. Despues de tantas promesas, despues de tan lisonjeras esperanzas como se pretendia inspirarle, al fin ha presenciado lo que ella temia; solo sabe una cosa, una sola cosa: los bienes no ecsisten, se han improvisado, grandes fortunas, y los religiosos mendigan.

Y cuenta que la nacion no ha sido engañada; lo que ha sucedido ella ya lo preveia; porque desgraciadamente bastante la habia amaestrado la esperiencia de lo pasado, para conjeturar sobre el porvenir.

Pero despues que la revolucion, perdiendo sus formas de osadía aterradora, se ha mostrado en toda su desnudez, dejando espuestas á la vergüenza pública todas las miserias que en su seno abrigaba; despues que la nacion escandalizada, ha visto la sed de mando, la mezquina codicia, y todas las pasiones rastreras que se ocultaban bajo los pomposos nombres de libertad, de igualdad, de regeneracion social; despues que ha visto al mas destemplado orgullo, la mas despreciable vanidad, la mas asquerosa impudencia, campeando en altas regiones, gloriarse de sus flaquezas y de sus maldades, ecsigir á los presentes el apoteosis y á la posteridad un renombre inmortal; despues que la nacion eminentemente juiciosa, sesuda, amante de la verdad y de la virtud, ha visto que de tal suerte se divinizaban á sí mismos la mentira y el crímen, desde entonces el desengaño mas cruel se ha apoderado hasta de los mas necios; desde entonces han vuelto á renacer mas vivos, mas fuertes, los sentimientos que en su pecho ocultaba la nacion; desde entonces no ha podido con-

tener la indignacion que ahogaba á duras penas, y recordado con mas cariño la augusta religion, objeto de tan sacrílegas profanaciones, ha vertido lágrimas de dolor sobre instituciones augustas que derribara una mano impía.

Estos desengaños no serán estériles; estos escarmientos producirán sus resultados. Sucesos hemos visto de inmensa trascendencia, que por cierto la revolucion no los preveia; pues bien, otros vendrán con el tiempo, que consumarán la obra de salvar á este gran pueblo, que despues de diez años de sufrimiento, tiene ciertamente indisputable derecho á decir: *basta*.

No nos hacemos ilusiones con ecsageradas esperanzas, no desconocemos del todo la situacion de las cosas, no se nos ocultan los obstáculos que ha de encontrar el bien, y los poderosos ausiliares con que cuenta el mal: sabemos que una revolucion que ha campeado tan largos años en un pais, deja huellas profundas y daños irreparables; pero todavía no hemos podido abandonar la esperanza de que llegará por fin un dia de justicia, de que la obra de iniquidad encontrará adversarios que le hagan frente con dignidad, con recta intencion, con firmeza, con intrepidez, cual cumple á verdaderos españoles; y cuando esto suceda, triunfará la causa de la razon y de la religion, porque hallará universal y decidido apoyo en la inmensa mayoría de los españoles, fatigados de asistir á tan lamentables escenas de escándalo y mentira.

Cuando la religion quede, no diremos triunfante, pero al menos libre de las cadenas que en diferentes sentidos la estrechan y oprimen, cuando estén restablecidas las relaciones con el Padre comun de los fieles, cuando las iglesias no hayan de llorar la ausencia de sus pastores, cuando se permita á la fé y á la caridad hacer las obras que les inspire el cielo, entonces renacerán de una ú otra manera las comunidades religiosas; entonces, ó en las ciudades ó en los desiertos, se establecerán reuniones de hombres que practiquen con vida austera y santa los consejos del Evangelio, y levanten al Señor un corazon ardiente y puro, rogando por la conversion de aquellos que con mas furor los persiguieron.

Artículo Segundo.

Dado que vivimos en un siglo de positivismo material, nos permitiremos una observacion sobre las ocupaciones á que podrian dedicarse con provecho propio y ventaja del público los nuevos solitarios. No creemos que los cestos, las telas groseras y otros artefactos sencillos y de poco valor, en cuya fabricacion se ocupaban los monges de Oriente, sean á propósito en nuestros tiempos sino para hermosear poéticos recuerdos de una vida inocente. Las ocupaciones no solo deben encaminarse á no dejar el espíritu en ócio, distrayéndole de los pensamientos malos, y apartándole de entretenimientos dañosos, sino que es preciso procurar en cuanto cabe, que el trabajo mental ó material sea verdaderamente *útil*, que produzca resultados positivos, y que cuando menos, satisfaga con su fruto el tiempo y las fuerzas que en él se *invirtieren*.

Por estos motivos dejamos para los utopistas el empeño de emplear á los monges en los trabajos manuales á que en otros tiempos se dedicaron. Atendido el desarrollo que ha tomado la industria, y la estension y perfeccion de la maquinaria, tampoco conceptuamos posible que se imitara á aquellos monges mas ingeniosos, que segun nos refiere Paladio, ejercian toda clase de oficios. Sabido es que la organizacion social antigua, en nada se parece á la moderna; lo que entonces pudiera ser muy útil al público, y hasta ganancioso á los que en su retiro se ocupaban en este linage de tareas, no seria mas en la actualidad que un mero pasatiempo, sin esperanza de que fuera recompensado el trabajo, á no ser que se le quisiese estender en una escala que comprometiese el sosiego de los cenobitas, y rebajase el santo decoro con que deben ofrecerse á los ojos del público.

Parece, pues, que el tiempo sobrante despues de las prácticas de su instituto, la lectura de las Sagradas Escrituras y estudios sobre la religion, no podrian ocuparlo de una manera mas agradable, mas útil, y al propio tiempo mas decorosa, que dedicándose á aquella clase de ciencias naturales, que no necesitando de costosos instrumentos ni continuo contacto con el mundo, se avienen con la paz de los campos y la abstraccion de la soledad. La agricultura, horticultura, selvicultura, la química en sus aplicaciones á los sobre-

dichos ramos, la botánica en sus partes mas acomodadas al clima y demas circunstancias del lugar, la geología en sus relaciones con el pais de la residencia, podrian llenar útil y agradablemente los intervalos de la oracion y de los estudios sagrados. Estas ocupaciones, procurando á las ciencias muchos adelantos, conciliarian á los monges aquella estimacion y aprecio, que unidos á la veneracion inspirada por una vida pura y austera, arrancan del corazon del hombre aquel sentimiento que mas se aprocsima á la adoracion; pues en él se combinan el agradecimiento de un beneficio, el reconocimiento de alta sabiduría, y la admiracion por la práctica de virtudes heróicas.

Inglaterra es uno de los paises donde mas adelante se han llevado los progresos de la agricultura; y sin embargo, los monges benedictinos establecidos allí, han logrado distinguirse por sus mejoras en este ramo. Esos religiosos, que al beneficio de la enseñanza reunen el del perfeccionamiento material, han comprendido el espíritu del siglo, conociendo cuán importante era manifestarle con hechos palpables, que la religion no estaba reñida con el adelanto de los pueblos en ningun género; y que semejante á su Divino Maestro, mientras va caminando hácia el cielo, sabe *pasar haciendo bien* sobre la tierra. *Pertransiit benefaciendo.*

Los modernos, tan ansiosos del progreso científico, han descuidado en demasía el poderoso ausiliar que en ciertas materias podrian encontrar en los monasterios. Lo sucedido en los siglos bárbaros, en la época del renacimiento, y aun mucho tiempo despues, hubiera debido servir de leccion para en adelante. Sabido es que el no interrumpido encadenamiento de observaciones, es el mejor medio para hacer progresar las ciencias naturales, y que á ellas puede aplicarse tambien en algun modo el principio de la division del trabajo. ¿A qué grado de esactitud y delicadeza no puede llevar sus esperimentos un hombre que en ellos se ocupa por espacio de medio siglo, sin mas distraccion que el murmullo de los vientos y de los bosques, sin mas escenas que llamen su atencion que los campos y el firmamento? ¿un hombre que se ocupa porque á ello le impelen la necesidad de evitar el tedio, de huir de los malos pensamientos, y la obligacion que le imponen las reglas de su instituto? Y cuando los años han consumido su ecsistencia, cuando su vista percibe mal los objetos, y sus manos trémulas no sostienen con seguridad y pulso los instrumentos que le sirven para interrogar á la naturaleza, aquel hombre no va á descender todo entero al sepulcro; largos años antes que se corte el hilo de sus dias, se habrán formado á su lado aventajados discípulos, que estarán en po-

sesion de sus manuscritos y apuntes, que habrán recogido de su boca todo el caudal de observaciones recogido en una dilatada vida, que le habrán asistido en las operaciones, que con él habrán practicado los esperimentos, que habrán heredado sus relaciones con los sábio seglares, que podrán sustituir completamente á su difunto maestro. El espíritu de conservacion y perpetuidad que distingue á estas corporaciones, se comunicará á la ciencia; y las naturales, perpetuadas sin interrupcion, son las ciencias en progreso, dado que este consiste principalmente en el acumulamiento que se hace de las adquisiciones presentes con la herencia de las pasadas.

Contra estas reflecsiones se objetará tal vez que el mismo espíritu tradicional y conservador que distingue á esta clase de corporaciones seria un obstáculo á sus progresos en las ciencias naturales; alegándose para robustecer la objecion el ejemplo de lo sucedido en los últimos tiempos. Mucho tiempo habia que estaban desterradas de las escuelas filosóficas cierta clase de opiniones, y se las ve todavía sostenidas y defendidas con vigor en los claustros; ya nadie en el mundo se acordaba de las doctrinas aristotélicas, y aun servian de libro de testo en algunos institutos religiosos los autores mas aferrados á ellas. Esta dificultad, que no deja de ser algo grave, quedará desvanecida si se advierte que tratando de las ciencias de observacion no ecsiste el riesgo de estacionarse como en las otras; porque ó pierden su naturaleza, ó continúan desenvolviéndose cada dia con la nueva luz que suministran los esperimentos sucesivos.

Si se replica que cabalmente las ciencias de observacion son las que habian sufrido mas atraso en los últimos tiempos, advertiremos que donde esto se habia verificado, no ecsistia la observacion propiamente dicha, y que la física era tratada por un método puramente especulativo, no aduciéndose los hechos sino como una especie de ejemplos para ilustrar la doctrina de antemano establecida. En efecto: basta tener alguna noticia del sistema que dominaba en estas materias para no ignorar que consistia en una serie de principios y deducciones, que encerraban mucho de abstracto y puramente metafísico. Arreglada de este modo la enseñanza, claro es que ella inclinaba de suyo á prescindir de la observacion de la naturaleza; y añadiéndose á esto el descuido del estudio de las matemáticas, se hacia hasta imposible dar un paso adelante, supuesto que la naturaleza toda es eminentemente matemática. Pero es evidente que los estudios que ahora se principiasen no se parecerian á los anteriores; que estos se hallarian cimentados sobre la observacion, y que no teniendo punto de contacto con los antiguos métodos, comenzarian poniéndose desde luego al nivel de los últimos adelan-

tos. Una vez establecida la observacion como primer elemento científico, es ya imposible no proseguir en ella: la ciencia podrá estar mas ó menos descuidada segun la mayor ó menor asiduidad de observacion y deduccion de los que en ella se ocupen; pero no es dable volver á las puras teorías y convertir en meramente especulativo é hipotético lo que se ha cimentado sobre el testimonio de los hechos.

Ademas, que fuera desconocer lastimosamente la historia de las ciencias naturales y esactas el decir que las comunidades religiosas no han contribuido poderosamente á sus progresos; pretendiendo que el espíritu conservador que las distingue hace que se aferren obstinadamente á las opiniones antiguas, no cuidando de los adelantos que en dichos ramos van haciendo los sábios del siglo.

Cabalmente el primer impulso que en Europa recibieron las ciencias naturales y esactas les vino de un monge, que reuniendo los conocimientos de los árabes á los restos que pudo hallar en los paises cristianos, abrió en el siglo X, en este mismo siglo que no sin razon se apellida de hierro, cátedras de matemáticas, de geografía y astronomía. Ya entenderán nuestros lectores que hablamos del famoso Gerberto, que despues fué Papa con el nombre de Silvestre II. El ingenioso cenobita construyó con sus propias manos dos esferas, para hacer sensibles á sus alumnos las verdades astronómicas. En la una, estaban señalados los polos, los solsticios, los equinoccios, y ademas, todos los círculos con los signos de las constelaciones del zodiaco; de manera que se ofreciesen á la vista los fenómenos del movimiento diurno y anuo del sol, esplicándose de esta suerte su orto y ocaso, y la variedad de las estaciones. En la otra, estaban figuradas las estrellas por medio de hilos de alambre y de hierro, orientándose la esfera con una abertura por la cual se podia fácilmente ver el polo celeste. La construccion era tan á propósito para la enseñanza, que uno de sus contemporáneos nos dice que bastaba la esplicacion de un signo para que sin maestro comprendiesen todo lo demas las personas no versadas en astronomía.

Escribió tambien una obra sobre geometría, que aun en la actualidad, y no obstante los adelantos de ocho siglos, no deja de ser interesante. Como era tanta la ignorancia de aquella época, y en tan reducido número los que conocian las cuatro reglas de la aritmética, hizo construir un tablero donde con caractéres formados adrede, esplicaba las operaciones de multiplicar y dividir, hablando á un mismo tiempo al entendimiento y á los ojos.

Tanto se aventajaba á su siglo el saber de este hombre singular, que sus enemigos le calumniaron suponiéndole entregado á la má-

gia. De este y otros cargos le vindica el aleman Hock en la obra que acaba de publicar, titulada: *Historia del Papa Silvestre II y de su siglo.* Por ella se ve que si bien este hombre insigne no estuvo esento de faltas, nó dejó de ser la lumbrera de su tiempo, y uno de aquellos genios estraordinarios que mas contribuyen á impulsar la humanidad en la carrera del adelanto.

En el siglo XIII vemos que otro religioso adquiere altísima fama en materia de conocimientos naturales, hasta llegar el vulgo á atribuirle invenciones maravillosas. Hablamos de Alberto Magno. Por cierto que no serán muchos ahora los que den crédito á la construccion de la famosa cabeza de metal que respondia de repente á todo linage de cuestiones; ni tampoco que el buen religioso cambiase el invierno en estío, un dia que habia convidado á comer á Guillelmo, conde de Holanda y rey de los romanos; pero estas fábulas prueban la reputacion de aquel á quien se atribuyen, indicando que debia de ser mucha la ventaja que llevaba á los hombres de su tiempo.

En el propio siglo florecia en Inglaterra el insigne franciscano Roger Bacon, tan célebre por sus conocimientos en las ciencias naturales, y por este motivo acusado de mágia, de cuyo cargo se vindicó completamente. Hizo los mayores adelantos en matemáticas, astronomía, óptica, química, llenando de asombro á sus contemporáneos, y mereciendo por esta razon el título de *Doctor admirable.* Parece imposible que en el siglo XIII se llevasen tan adelante los progresos científicos; bastará decir que Bacon propuso ya al Papa Clemente IV la reforma del calendario, y que si bien no conoció los anteojos, los telescopios y microscopios tales como ahora los disfrutamos, no obstante, preparó el camino á ulteriores descubrimientos con sus trabajos sobre la refraccion de la luz, sobre los vidrios y espejos esféricos, sobre el tamaño aparente de los objetos y otros puntos análogos. En un tiempo en que estaba tan descuidada la observacion, hizo ya notar que ella era necesaria si se queria progresar en las ciencias; adelantándose así á indicar lo que tres siglos despues habia de reducir á sistema su célebre compatriota el otro Bacon de Verulamio.

Fácil seria recordar nombres ilustres que nos presentan la santidad del claustro reunida con gran copia de conocimientos en las ciencias naturales y esactas; pero pasándolos por alto, citaremos al famoso Cavalieri, quien preparó el camino al descubrimiento del cálculo infinitesimal. No intentamos ni aun remotamente disminuir la gloria de Newton y Leibnitz; pero no fuera nada estraño que los trabajos del sábio Jesuato italiano hubiesen contribuido á inspi-

rar aquel pensamiento sublime, eterno monumento erigido á la gloria del entendimiento del hombre, y que tan vigorosamente empujó á la ciencia en el camino de regiones desconocidas.

Los comentarios de las obras de Newton, de esas obras que por su profundidad no estaban al alcance de la mayor parte de los profesores de la ciencia, sabido es que salieron de las celdas de dos padres mínimos, tan famosos por su saber como por su modestia. *La Sueur* y *Jacquier*. Así el *Comentario sobre los principios de Newton* como el *Tratado de cálculo integral*, lo compusieron estos dos religiosos, trabajando cada cual lo que creia conveniente, cotejándolo en seguida y confundiendo el fruto de sus tareas, de manera que los lectores no pudieron saber la parte que á cada uno correspondia. Ambos compusieron por entero el *Comentario sobre Newton;* mas no sabemos á cuál de los dos pertenece lo principal del mérito.

Estos gloriosos recuerdos debieran bastar para que no cause ninguna estrañeza que presentemos como muy acomodado á la vida solitaria el estudio de las ciencias naturales, y no demos mayor importancia á otra clase de tareas mas análogas á las tradiciones de los monasterios, pero no mas adaptadas á la gravedad de su instituto. En los siglos bárbaros, se nos dirá, se ocuparon los monges en la traslacion y conservacion de los manuscritos mas preciosos; posteriormente contribuyeron de una manera muy particular al renacimiento y desarrollo de las letras; y por fin, en la época de la crítica, cuando se acometió con mas empeño la ilustracion de lo que antes amontonara la erudicion indigesta, se señalaron por sus inmensos trabajos en esta clase de estudios, haciendo competir la estension con la profundidad y la esactitud. ¿Por qué, pues, no podrian continuar ahora en sus antiguas tareas? ¿por qué los monges del siglo XIX no se dedicarian como sus ilustres predecesores á la aclaracion y perfeccionamiento de la historia eclesiástica y profana? ¿por qué no revolverian tambien los archivos donde están enterradas tantas preciosidades, donde yace, por decirlo así, la vida política y doméstica de nuestros ascendientes, que tan olvidada han dejado hasta aquí los historiadores, no cuidando sino de conservarnos nombres de príncipes y reyes, pintarnos sangrientas batallas y otras cosas por este tenor, que poco ó nada nos enseñan sobre la vida íntima de los pueblos; sobre esa vida que tanto nos agrada ver descrita, y á cuyo análisis nos impele el espíritu investigador y filosófico de nuestra época.

Especiosas como son estas reflecsiones, quedarán destituidas de todo peso si se considera que en este artículo estamos hablando de monges nuevamente establecidos, y que por lo mismo estarian fal-

tos de los archivos y bibliotecas que abundaban en los antiguos monasterios; sin este ausilio es imposible dar un paso; y por lo mismo seria confundir los tiempos y las circunstancias el pretender que se empeñasen en semejantes tareas. Si se nos replica que los monges podrian aprovecharse de los archivos y bibliotecas que ecsistiesen en los paises comarcanos, responderemos: primero, que no siempre se ofreceria esta oportunidad: segundo, que aun cuando se presentase, difícilmente fuera de tal naturaleza que suministrase pábulo á trabajos de alguna estension: tercero, que para aprovecharla seria menester que los monges dejasen la soledad, que pasasen temporadas en casas particulares, ya en el campo, ya en los pueblos y ciudades, lo que acarrearia distraccion, relajara la disciplina, haciendo descender á los solitarios de la altura mística en que deben mantenerse sobre el resto de los hombres.

Es importante, es necesario que los monges que nuevamente se establezcan, procuren vivir en la mayor abstraccion y soledad, que muestren á los ojos del mundo un vivo ejemplo de la mas acendrada virtud, y le recuerden los edificantes modelos de los tiempos primitivos. La incredulidad ha procurado deslustrar por todos los medios imaginables esta clase de instituciones; y una de las artes de que con mas ésito se ha valido, es el achacarles que habian degenerado, que en ellas estaba olvidada la regla de los santos fundadores, encareciendo adrede la austeridad de estos últimos, para ecsagerar con el contraste la relajacion de los contemporáneos. Por este motivo, y supuesto que los enemigos de la religion clavarian ávidamente los ojos sobre los nuevos monasterios con el deseo de descubrir en ellos miras mundanales, conviene que se tenga presente el dicho del Apóstol: *Ab omni specie, mali abstinete vos; absteneos de toda apariencia de mal.* No basta que las acciones no sean pecaminosas: es preciso andar con tal miramiento y cautela, que ni la malicia mas refinada encuentre una rendija por donde herir con su envenenado aguijon. Fuera competencias ni rivalidades de ninguna clase con el clero secular, y mucho menos con los párrocos vecinos: fuera toda pretension que ni de lejos pueda escitar sospechas de miras interesadas ó de complacencia de amor propio: fuera todo lo que pueda lisonjear la vanidad: fuera todo cuanto contribuya á suavizar la austeridad de la vida: fuera lo que disminuya aquella sobriedad en el trato que impide el intimarse demasiado con las familias: es preciso que cuando se lleguen al monasterio los seglares. quede con su solo aspecto edificada la piedad, confortada la fé, confundida la incredulidad y forzada á esclamar como los magos de Egipto: *Digitus Dei est hic: aquí hay el dedo de Dios.*

A estos santos fines no perjudicaria la ocupacion que arriba hemos aconsejado; de la propia manera que el trabajo manual no rebajaba el decoro de los monges primitivos. El estudio de las ciencias naturales y los esperimentos análogos, sustituiria dicho trabajo de un modo acomodado al espíritu de la época y mas útil á la humanidad. Si al visitar los curiosos ó los devotos la solitaria mansion, sorprendiesen á un cenobita con una flor en la mano descomponiéndola y ecsaminándola á la luz de la ciencia; á otro disecando un insecto para formar parte de un museo escogido; á otro en la cima ó pendiente de una escabrosa montaña escavando la tierra para estudiar la naturaleza de las capas formadas por los siglos; á otro en el corazon de un espeso bosque observando las leyes del desarrollo de un árbol creciente, ó las de decadencia de otro que cuenta siglos de duracion; nada perderia ciertamente de su crédito la vida manástica, antes al contrario, la consideracion de que aquellos hombres apartados del mundo emplean tan útilmente el tiempo, que los intervalos que les dejan la oracion, los ejercicios de penitencia y el estudio de las cosas sagradas, los invierten en la observacion de la naturaleza, procurando reconocer en sus obras al Criador á quien sirven, y descubrir verdades provechosas á sus semejantes, realzaria mas la sublimidad y belleza del instituto, y contribuiria á desvanecer la preocupacion de que la religion sea enemiga de las ciencias, dado que se las veria estrecharse y solazarse tan amistosamente en el silencio de la soledad.

Hay en la contemplacion de la naturaleza algo de sublime, algo que inspira sentimientos religiosos. La augusta mano del Criador se descubre tan visiblemente en todas sus obras, resplandecen de tal manera en ellas su sabiduría y su poder, que á no estar cegado por impío orgullo, es imposible fijar sobre las mismas la vista, sin oir el cántico de armonía que se dirige sin cesar del cielo á la tierra. ¿Qué magníficos pasages no se hallan en la Sagrada Escritura sobre las maravillas de la creacion? ¿quién no recuerda el lenguaje con que el Espíritu Divino hacia hablar al Profeta rey, conduciéndole como por la mano á admirar los portentos de aquel que asentó la tierra sobre sus bases, que señaló sus lindes al mar, que estendió como un pabellon la inmensidad del firmamento? Digna, pues, y muy digna fuera de la vida religiosa, la ocupacion de los monges en el estudio de las ciencias naturales; mas de una vez les sucediera que despues de haber adorado á Dios en el silencio de la oracion, continuarian deshaciéndose en lágrimas de gratitud y de amor al encontrarse de nuevo con su sabiduría y bondad en los arcanos de la naturaleza.

Ademas que estas tareas, á la vez especulativas y prácticas, traen la doble ventaja de ocupar al mismo tiempo el espíritu y el cuerpo, no consintiendo la ociosidad bajo la apariencia del trabajo. Un hombre puede pasar largas horas en su bufete con el libro abierto delante de sus ojos, teniendo el espíritu sumamente distraido y disipado. El jóven que á hora determinada ha de recitar un trozo ó dar cuenta de él, manifiesta la mayor ó menor distraccion que ha padecido en su aposento; ¿pero cómo saberlo, tratándose de quien no está ya sometido á semejante obligacion, y que se retira á su gabinete sin mas testigos que su conciencia? El trabajo puramente manual no está tampoco destituido de inconvenientes, y por mas que digan los afectados encomiadores de todo lo antiguo, no creemos que generalmente hablando fuese útil su restablecimiento. Con bastante estension espusimos mas arriba esta materia; y por lo concerniente á la edificacion espiritual de los que le practican, advertiremos que siendo muchos los que no son á propósito para la construccion de artefactos ingeniosos, seria menester dedicarlos á cosas de mera rutina, las que si bien ocupan las manos tienen en cambio la desventaja de dejar ocioso el espíritu. ¿No os parece mas bello, mas digno, mas propio para grangear respeto á los monges y acatamiento á la religion, el que un cenobita fuese visitado en el momento de ocuparse en la resolucion de árduos problemas matemáticos y físicos, en operaciones curiosas y delicadas, que no si se le encontrase puliendo unos mimbres, ó tejiendo un cesto?

Artículo Tercero.

La vida religiosa destinada únicamente á la oracion y á la penitencia en el retiro de la soledad, es conveniente para ofrecer un asilo á la inocencia, al arrepentimiento y al infortunio; y bajo dicho aspecto es de desear que se establezca en España. Pero no es este el único punto de vista desde el cual queremos mirar los institutos religiosos; algo vemos en ellos ademas de su santidad y sublime poesía; en nuestro juicio está íntimamente enlazado con los mismos el porvenir de la sociedad.

Basada la civilizacion moderna sobre la libertad universal, y atacando la esclavitud en las colonias despues de haberla abolido en Europa, tiene que arrostrar los inconvenientes que consigo trae este inmenso beneficio, y resignarse á satisfacer las necesidades que la nueva condicion ha engendrado. Los antiguos reconocian la esclavitud como un elemento social indispensable; presintiendo la dificultad de gobernar un número muy crecido de hombres, los cuales disfrutasen todos de la libertad civil, apelaron á un espediente muy sencillo: privar de dicha libertad al mayor número, y con el sudor de estos infelices vivir y gozar los libres. La religion cristiana no condenó la esclavitud, no atacó los derechos adquiridos; pero miró con desagrado y compasion un estado que tan mal se aviene con la dignidad humana, y que tan fuertes obstáculos oponen al desarrollo intelectual y moral del desgraciado á quien cabe la infausta suerte. Resultó de esto que la esclavitud anduvo desapareciendo á medida que el cristianismo tomó estension y arraigo; y todavía en nuestros tiempos estamos viendo que el espíritu de esa religion de fraternidad y de amor, va procurando que cese en las colonias esta degradante condicion levantando enérgicamente su voz el padre de los fieles contra los que se ocupan en el infame tráfico de los negros (1).

La clase de los proletarios ha sucedido á los esclavos: mediando entre ellos la diferencia que estos recibian de sus amos, alimento, vestido, abrigo y demas cosas necesarias para la vida, así en el estado de salud como de enfermedad, y aquellos se lo han de procurar ellos mismos con el trabajo de sus manos, ó recibirlo de la caridad pública. El amo que poseia algunos centenares de esclavos, y en los cuales consistia una buena parte de su riqueza, debia cuidar por interés propio de la conservacion de ellos, de la misma manera que atendia á la de sus ganados. Así quedaba la sociedad libre de este cargo, el cual gravitaba esclusivamente sobre el interés individual de los propietarios; siendo de notar que en la parte de semejanza que tuvieron las sociedades antiguas con las modernas en abrigar en su seno pobres no esclavos, se dejaban sentir males parecidos á los nuestros. Bien conocidos son los graves apuros en que se encontraron Atenas y Roma en presencia de una plebe sediciosa y hambrienta que se creia con derecho á ser mantenida del erario público.

---

(1) Para formarse idea de la influencia de la religion cristiana en la abolicion de la esclavitud, y de la conducta observada por la Iglesia católica sobre este particular, véase el tomo I, de la obra titulada: *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciocon la civilizacion europea, por el autor de este artículo.*

Libre de la esclavitud la clase proletaria, vese precisada á luchar con las dificultades de su situacion, al par que disfruta de sus ventajas; los ricos no tienen interés directo é inmediato en proveer á la subsistencia de un determinado número de individuos; bástales que en tal tiempo y lugar correspondiente, no les falten los brazos necesarios para su servicio. Así, el pobre queda entregado á sus propios recursos, y no consistiendo éstos en otra cosa que en el trabajo, cuando carezca de él, es víctima de la miseria. Un sistema semejante, mirado bajo un punto de vista meramente económico, no puede menos de traer gravísimos inconvenientes, porque supone mucha sobreabundancia de medios de subsistencia, con los cuales se provea á las necesidades de los pobres. El trabajo ha de ser constante, y ademas retribuido lo suficiente para que el salario alcance á la manutencion del jornalero y su familia: dos condiciones sujetas á infinitas eventualidades, y que vemos faltar á cada paso, quedando reducidos á la miseria mas espantosa los que del cumplimiento de ellas tienen pendiente su subsistencia.

Pero la religion cristiana, de la cual ha dimanado la presente organizacion en lo que tiene de ventajoso á la humanidad, no considera las cosas bajo el aspecto puramente material; á sus ojos el hombre es algo mas que una máquina para elaborar; y la sociedad no se limita á una simple combinacion de consumos y productos. El hombre es criado á imágen y semejanza de Dios, destinado á una felicidad sin término en la otra vida: todos los hijos de Adan son hermanos, por haber procedido de un mismo tronco, y sobre todo, por tener todos un mismo Criador, un mismo Redentor, y un mismo fin, que es la bienaventuranza eterna. De estos principios nacen una série de obligaciones, así para el individuo como para la sociedad; aquel no puede permitir que sus hermanos padezcan hambre, ni sed, ni desabrigo; y en cuanto cabe en sus alcances, debe socorrerlos en las necesidades. La limosna es una verdadera obligacion; á ello no le forzarán los tribunales de la tierra; pero si la olvida, sabe que de tal omision le pedirá cuenta el Soberano Juez en el dia del juicio. Sobre la sociedad pesan tambien deberes no menos graves y rigorosos. La suerte de los desgraciados no puede quedar abandonada á las vicisitudes de la circulacion de la riqueza: el legislador está obligado á tener previstos los casos estraordinarios en que pueden sobrevenir calamidades públicas, y á guardar en reserva los medios de desvirtuarlos ó atenuarlos; y en cuanto á los males ordinarios, que son como el patrimonio de la humanidad, debe tener planteado un sistema de socorros, ora fijos, ora intermitentes, que sostengan al pobre en su penuria, y lo alivien en su enfermedad.

De esta manera la libertad no trae consigo el abandono del necesitado á sus propios recursos; pues que el interés del dueño en favor de su esclavo queda sustituido por la desinteresada solicitud de la caridad.

El malestar que siente la sociedad de nuestra época, á pesar del inmenso desarrollo de la riqueza, y de las indisputables mejoras que en muchos ramos se han obtenido, proviene de que la civilizacion se ha desviado en parte del principio que le dió nacimiento y progreso. El elemento religioso es y ha sido siempre necesario á toda sociedad; pero la europea lo ha menester de una manera especial, porque no estando cimentada sobre la fuerza, antes al contrario, teniendo una decidida propension á escluirla mas y mas cada dia, requiere mayor abundancia de influencia moral, la que no ecsiste sin la religion. La incredulidad y la indiferencia, han estraviado los entendimientos, el principio utilitario ha establecido el egoismo en los corazones; y una sociedad destinada á presentar el mas bello conjunto de estabilidad, bienestar y esplendor, siéntese herida en sus entrañas por enfermedades que le amenazan con los mas graves peligros. El árbol habia crecido hermoso y lozano, y levantaba ya orgullosa su frente coronada de ramos, de flores y de frutos; "esa tierra, dijeron algunos insensatos, fué muy buena para los primeros años del árbol; pero ahora ya no la necesita; trasplantémosle á la que nosotros le hemos preparado; allí acabará nuestro ingenio lo que habia comenzado la naturaleza."

Con tan estrañas preocupaciones, no se ha echado de ver la utilidad que podia resultar de las venerandas instituciones que nos legaron los antiguos: todo lo que no estaba pautado sobre la mezquina regularidad de concepciones menguadas y presuntuosas, ha sido condenado como dañoso, ó despreciado como vana superfluidad. Esos filósofos que así reprueban lo que no comprenden, y que de tal manera se empeñan en vaciar el universo entero en el modelo de su pensamiento, se parecen á un jardinero que envanecido con la compasada regularidad de las tablas, senderos y surtidores de su vergel de un centenar de toesas cuadradas, blasfemase contra el Supremo Hacedor por haber distribuido con sublime prodigalidad y en aparente y magnífico desórden, vastísimas llanuras, gigantescas montañas, caudalosos rios y sonorosas cascadas.

Uno de los objetos en que la incredulidad se ha mostrado mas ciega y rencorosa, son, á no dudarlo, en instituciones religiosas. No ha visto ó no ha querido ver, que ellas habian servido en todo tiempo para satisfacer grandes necesidades, no solo religiosas, sino sociales y políticas; y que en nuestra época no se debia desaprove-

char un elemento, que bien dirigido, podia remediar ó disminuir muchos males. Afortunadamente el mundo, á pesar de toda su distraccion y desvanecimiento, es todavía mas cuerdo que ciertos filósofos que pretenden guiarle; y vemos que no obstante todas las declamaciones, todos los manejos, y lo que es mas, todas las violencias contra las instituciones religiosas, las acoge presurosa cuando se trata de instruir, moralizar ó consolar. En los paises mas cultosy donde mas estension y arraigo tomaron las preocupaciones irreligiosas, allí vemos que los pobres miran con predileccion y cariño á los *hermanos de la doctrina cristiana,* que se desvelan en comunicarles una instruccion fundada sobre la fé de la Iglesia, al paso que los enfermos bendicen la religion que les envia las *hermanas de la caridad* para cuidarlos, aliviarlos y consolarlos en el lecho del dolor.

¿No decís que el dinero es el agente universal, que el oro es el talisman para obrar los mayores prodigios? pues abrid vuestras arcas, derramad á manos llenas vuestros tesoros, y ved si con todos ellos llegareis á formar una *hermana de la caridad.* La dulzura, la paciencia, la constancia que distinguen á esas mugeres admirables llenas del espíritu de Dios, y señoreadas por el fuego de la caridad, no pueden nacer de motivos puramente humanos. La razon y la esperiencia están de acuerdo en enseñarnos esta verdad; por mas que los enemigos de la religion se hayan empeñado en hacernos creer que realmente puede ecsistir un desprendimiento sublime en hombres que no piensan en Dios, ni esperan nada de la vida futura. No negaremos que un individuo dominado por una fuerte pasion, ó arrebatado por un impulso de noble generosidad, se olvida á veces de su propio interés y hasta de su vida, en obsequio de alguno de sus semejantes; mas si bien se observa, en el fondo de aquel desprendimiento se descubre, ó el amor de la gloria, ó la ceguera que resulta de algun afecto muy fuerte; en fin, se encuentra el apego á sí propio, cuando á primera vista no se descubriera mas que absoluta abnegacion.

Pero demos que efectivamente lleguen algunos individuos á poseer el desprendimiento de que se trata, y que sean capaces de ofrecerse en holocausto por el bien de los demas, prescindiendo de la gloria que de ello les resulte, y de cualquiera pasion que los mueva; este fenómeno tan singular y estraordinario, ¿podrá jamas generalizarse? La feliz disposicion de esas almas naturalmente generosas y desinteresadas, ¿es por ventura el tipo de la humanidad, ni siquiera de un pequeño número de hombres? ¿Sobre ese cimiento tan estrecho podrá levantarse nada grande? Rasgos de esta naturaleza dependen de un momento de entusiasmo, y el entusiasmo es

cosa tan pasagera, que no conviene contar con él sino para resultados momentáneos. El corazon humano de suyo tan flaco, y sobre todo tan inconstante, ha menester algo mas que sus propios impulsos para proseguir largos años en una carrera de penalidades, de mortificacion, de humillaciones de todo género, sin esperanza de recibir sobre la tierra la mas ligera recompensa.

Fijemos un momento nuestra consideracion sobre una *hermana de la caridad*. En la flor de sus dias, en la primavera de la vida, cuando la belleza esmalta su semblante, cuando las rosas de la juventud hermosean su tez, cuando sus ojos centellean con el fuego de la adolescencia, cuando el mundo la brinda con un porvenir de ilusion y de placeres, abandona los brazos de sus padres, da el último adios á su tierna madre, se separa para siempre de sus parientes, de sus amigos, deja el cielo que la vió nacer, el pais sembrado de los dulces recuerdos de la infancia, para marcharse á tierras lejanas, á vivir entre personas desconocidas, entrando en una casa donde no se respira sino austeridad y penitencia. Falta de todas las comodidades de la vida, rodeada de privaciones, sola con su corazon y con su Dios, recuerda con triste emocion, tal vez con amargas lágrimas, el amor y las caricias de una madre que á la sazon llora con inconsolable llanto la pérdida de una hija querida de quien se ha separado para siempre. ¡Qué angustias no sufrirá en el fondo de su alma aquella tierna niña, que acaba de resolverse á un paso de tanta consecuencia! Mira en torno de sí, y nada halla sobre la tierra que sea capaz de aliviar su afliccion; y si fija los ojos sobre el porvenir, ¿qué es lo que le está reservado? ¡Ah! al salir de aquella triste y solitaria mansion, ha de sepultarse en un hospital para toda la vida. Ya no hay para ella esperanza de descanso: al lado del enfermo y del moribundo, ha de agotar la copa de amargura, sufriendo incesantemente la vista de las miserias de la humanidad, y arrostrando los actos mas penosos y repugnantes. Asquerosas llagas, dolencias pestilentes, groserías de los necesitados, ingratitud de los mismos á quienes está socorriendo, los dias sin reposo, las noches con escaso sueño, y el dia de hoy como el dia de ayer, y el de mañana como el de hoy, y siempre privaciones, siempre molestias, siempre servicios penosos, siempre la presencia de objetos aflictivos, siempre al oido penetrantes ayes, siempre gemidos, siempre el estertor del moribundo, siempre el horror de la muerte: este es su porvenir, esto es lo que la espera hasta los umbrales del sepulcro. Reunid toda la filosofia humana, apurad los mas nobles sentimientos del corazon, y ved si de todos podeis esprimir una gota de consuelo para esa inocente criatura, que sola en su retiro está pensando

en lo que fué y en lo que será. No, no hay fuerzas humanas que puedan llevar adelante una resolucion tan sublime; no hay pecho de tan alto temple, que no desfallezca en presencia de tan terrible perspectiva; solo la religion es capaz de inspirar tan heróico desprendimiento; solo Dios es capaz de obrar ese continuado prodigio.

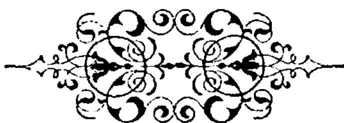
Si la humanidad doliente ha de ser socorrida con tierno cuidado, con solicitud y con amor, preciso es encomendarla á la caridad cristiana. ¡Fiaos en la filantropía, que en el fondo de ella os encontrareis con un cálculo mezquino sobre el salario! ¡Y desgraciado el enfermo, pobre y desvalido á quien se asiste por sola la esperanza del interés! La administracion mas severa no será capaz de endulzar el lenguaje y los modales de los servidores; si á fuerza de rigor se consigue la puntualidad, no se obtendrán jamas la ternura y el amor.

La misma caridad cristiana, obrando aisladamente sobre los corazones, dista mucho de producir los mismos efectos que cuando vive sometida á la severidad de un instituto religioso. Entonces no es el individuo quien obra, sino la misma institucion; y la institucion es una persona sublime, que no muere, no se altera, no sufre las vicisitudes que combaten las almas mas virtuosas, sino que haciéndose superior á todas las pasiones, á todos los deseos, á todas las miras mundanas, atraviesa impasible por entre las miserias de la tierra, sin mas norma que la ley de caridad, sin mas esperanza que el cielo, sin mas objeto que Dios. Ese espíritu que anima á la institucion, se comunica en cierto modo á las personas que la componen, y por esto las vemos obrar de una manera tan estraordinaria, que desconcierta todas las combinaciones de la prudencia humana. Lo que acabamos de describir no es una ficcion poética, es un objeto real y verdadero, que ecsiste entre nosotros, que le podemos ver cuando bien nos parezca, y cuyos benéficos efectos esperimentan á cada paso la enfermedad y la miseria. Reflecsionen sobre ello los hombres que con insensata precipitacion condenan todos los institutos religiosos; vean si no hay aquí mucho de qué asombrarse, aun prescindiendo de toda creencia religiosa, y considerando los objetos bajo un punto de vista de filosofía y de humanidad.

Se nos dirá que hemos presentado adrede un instituto bello y sublime, y contra el cual nada puede objetar quien no esté destituido de todo sentimiento de amor hácia sus semejantes. Pero obsérvese que lo que hemos tratado de hacer, es poner en salvo el principio combatido, demostrar hasta la evidencia que la religion alcanza á un punto á que no se acercarán jamas los mayores esfuerzos humanos, hacer palpable que en los institutos religiosos, las virtu-

des multiplican sus fuerzas, y por consiguiente evidenciar que era una imprevision suma, una crueldad, un delito de lesa humanidad el *condenar todo instituto religioso, el oponerse sin distincion á que* ellos renazcan, cuando no para otro objeto, al menos para acudir á las necesidades que tan en descubierto se hallan en las sociedades modernas. Porque conviene no olvidar que no son solamente los enfermos los verdaderamente necesitados: hay esa muchedumbre de pobres á quienes las vicisitudes de la industria amontona frecuentemente en las calles y en las plazas, pidiendo un bocado de pan para sus numerosas familias; hay esas clases trabajadoras que sin instruccion, sin educacion, sin conocimiento de sus deberes, se hallan abandonadas á sus malos instintos, sin mas freno que el temor de la vindicta pública; hay esas mugeres que comienzan la carrera de sus debilidades en los establecimientos fabriles, y acaban por sumirse en la corrupcion mas asquerosa; hay esa infancia de quien nadie cuida, en quien nadie piensa, que solo oye la obscenidad y la blasfemia, que asiste á menudo á escenas de escándalo, que divaga por los lugares públicos entregada á sí misma, creciendo en años y en perversidad, para continuar una vida inmoral, y tal vez cargada de crímenes. Estas necesidades son grandes; es urgente atender á ellas; en el estado actual de la sociedad, es muy peligroso olvidarlas. El estravío de las ideas, la corrupcion de costumbres y el enflaquecimiento del ascendiente religioso, han hecho la situacion mucho mas crítica; lo que antes se llenaba mas ó menos *cumplidamente, ahora ha quedado totalmente desatendido; véase*, pues, si no será conveniente que se permita, que se proteja el establecimiento de aquellos institutos religiosos que sean á propósito para satisfacer tamañas necesidades: interésanse en ello, la religion, la humanidad, la política, el porvenir del órden social, y hasta la prosperidad material de los pueblos. No olvidemos que en España no hay otro medio eficaz de influir sobre el mayor número, que la religion católica: no olvidemos que esta religion, dejándola obrar con libertad é independencia, posee el secreto de escogitar los medios mas conducentes para satisfacer las necesidades de cada época: no olvidemos que cuando la irrupcion de los bárbaros, hizo necesarias grandes asociaciones que conservasen los restos de la civilizacion antigua, y preparasen y fomentasen el desarrollo de la moderna, se vieron en el seno de Europa innumerables monasterios que conservaban el depósito de las ciencias y de las artes; recordemos que cuando las incesantes guerras con los musulmanes, y sus frecuentes incursiones sobre las costas de los cristianos, aumentaron lastimosamente el número de los cautivos, nacieron en la Iglesia católi-

ca órdenes redentoras, cuyos individuos se consagraban á la piadosa obra de libertar á sus hermanos, ofreciéndose, si era menester, ellos mismos en lugar del cautivo á quien se proponian redimir. Traigamos á la memoria, que cuando el descubrimiento del nuevo mundo reclamó colonias civilizadoras que templasen algun tanto la ferocidad de las conquistas, iluminasen á los pueblos que estaban sentados en las sombras del error, y los condujesen á una generacion que los asemejara á los europeos, allí acudieron los institutos religiosos con la cruz en la mano, predicando fraternidad y paz, en tierras donde no se conocian sino el horror de la guerra y la ignominia de la esclavitud. Dejemos, pues, obrar al Catolicismo en plena libertad; dejemos que la enseña de redencion se levante en todos los puntos donde la caridad quiera plantarla, y no dudemos que las necesidades que abruman á la sociedad moderna, quedarán satisfechas en cuanto lo permite la mísera condicion humana en esta tierra de infortunio: lo que podemos obtener de una religion divina, no lo demandemos á los vanos pensamientos del hombre.



SOBRE LA INSTRUCCION DEL CLERO.

Los sagrados dogmas de la religion, permanecen siempre los mismos, siempre inalterables; porque siendo verdades reveladas por Dios, no pueden estar sujetos á mudanza. Pero las formas bajo las cuales pueden presentarse en sus relaciones con el hombre, con la sociedad y la naturaleza, son muy varias; y de aquí es que vemos esplanada la doctrina de la Iglesia de diferentes modos, segun han sido diferentes los tiempos y las circunstancias. A esta variedad han contribuido dos causas: el estado de los pueblos á quienes se habia de enseñar, y la clase de enemigos con quienes era preciso combatir. Los apóstoles y sus inmediatos sucesores, hablaban un lenguaje distinto del que usaban los misioneros que se proponian convertir á los bárbaros del Norte; los jesuitas predicaban á sus neófitos del Paraguay, en estilo muy diferente del de Bossuet, Massillon, y Bordaloue; y el lenguaje de unos ni otros no se parece el que oimos de Ravignan y Lacordaire. En la polémica con los enemigos de la Iglesia, notamos la misma variedad. Hay diferencia muy palpable entre las obras de San Gerónimo y de San Agustin, y las de estos Santos Padres, y las de Santo Tomás; entre las de Belarmino y las de los doctores de los siglos medios, entre las de Bossuet y las de Belarmino; y entre las de los apologistas mas modernos y los de los siglos que precedieron.

Segun es diferente el estado intelectual y moral de los pueblos, es necesario hablarles otro lenguaje; lo que es muy fácil al hombre civilizado, es inasequible al bárbaro; lo que para el sábio es muy llano, es inaccesible al hombre rudo. Hasta entre los pueblos civilizados es muy estensa la escala en que se hallan distribuidos; y se-

gun sea el desarrollo intelectual y moral á que hayan llegado, será preciso ofrecerles las ideas bajo distintas formas, y escitar de diferente manera sus sentimientos. ¿No estamos palpando esta verdad en el recinto de una misma poblacion? ¿No esperimentamos que un discurso muy acomodado para un auditorio escogido, será totalmente desproporcionado para la generalidad del pueblo? Espresiones que repugnan á aquel, son muy agradables á éste; y rasgos que al segundo le arrancarán abundantes lágrimas, dejarán frio al primero, y quizás le moverán á desprecio ó risa.

Si esto se verifica entre los habitantes de una misma ciudad, cuyas ideas, sentimientos y costumbres han estado en perenne comunicacion, y que por necesidad han debido afectarse recíprocamente, ¿qué no sucederá con generaciones apartadas unas de otras á la distancia de largos siglos? Claro es que si se ha de obrar sobre los espíritus con suavidad y eficacia, ha de ser adaptándose á ellos, y tomando, por decirlo así, su carácter é inclinaciones. Obstinarse en hablar á los hombres de hoy como se hablaba á los de los siglos medios, seria, ó desconocer completamente la naturaleza humana, ó empeñarse en inútil lucha con la realidad de las cosas.

Cuando se trata de defender la verdad, es preciso pelear en el terreno donde el adversario coloca la cuestion, si no queremos que se nos llame amigos de las tinieblas y del esclusivismo, y se diga que no somos capaces de sostener ventajosamente la lid, sino en el palenque que nosotros mismos hemos escogido, preparándole adrede con estudiadas ventajas que garanticen el triunfo de nuestra doctrina. Estos adversarios emplean tambien diferentes medios de ataque, segun la variedad de tiempos y circunstancias; y esto lo hacen, no tan solo con premeditacion de un plan, sino tamhien porque afectados del espíritu del siglo en que viven, echan mano con preferencia de aquella clase de argumentos que mas se adaptan al estado intelectual de su tiempo.

De estas consideraciones inferimos la indispensable necesidad de que los conocimientos del clero se hallen al nivel de la época, para que la causa del error no cuente con recursos de que escasee la verdad. Es preciso que los ministros de la religion se penetren de toda la gravedad é importancia de este deber, y de cuán necesario es que viviendo separados del siglo por la pureza de la vida y la austeridad de costumbres, no permanezcan inmóviles en medio de la marcha que en sus alrededores se verifica. Es menester grabar profundamente en el ánimo, que no es inconciliable la luz del entendimiento con la rectitud del corazon; que la ciencia no está reñida con la virtud, y que los eclesiásticos pueden muy bien tener la vista fi-

ja sobre el progreso intelectual, sin dejarse contagiar de la corrupcion que á veces acompaña los adelantos.

El hombre encargado de enseñar á los demas las verdades mas importantes, no debe quedarse rezagado en ningun sentido; así como debe servirles de modelo en la pureza de la vida, así debe tambien empuñar el cetro de la inteligencia; porque es preciso confesar que la reunion de la santidad, de la sabiduría y del sacerdocio, forma un conjunto tan sublime, que á su ascendiente no pueden resistir hasta los espíritus mas incrédulos. Obsérvese lo que acontece en el mundo, y se notará que donde quiera que ecsiste esta admirable reunion de circunstancias, allí se dirigen los homenages del público; y hasta los mas dominados por preocupaciones contrarias á la religion, ó tributan un obsequio á la persona, ó permanecen en respetuoso silencio. Cuando los vándalos entraron en Hipona acataron los restos de San Agustin que acababa de fallecer: cuando ocupaba la silla de Cambray el inmortal Fenelon, los gefes de los ejércitos enemigos se impusieron el deber de respetar el territorio del ilustre prelado.

Como los individuos del clero, por razon de su instituto, han de vivir apartados del mundo, mayormente mientras se están formando en los seminarios, corren el peligro de acostumbrarse á un órden de ideas, sentimientos y hábitos, que nada tengan de semejante con lo que prevalece y domina en la sociedad que los rodea. Este inconveniente, nacido de la misma naturaleza de las cosas, solo puede obviarse teniendo montados los sistemas de instruccion con tal arte, que los jóvenes, al propio tiempo que se penetren del espíritu del Evangelio para arreglar á él sus costumbres, conozcan tambien el espíritu del siglo para dirigir acertadamente á los que viven en medio de él. Y no se crea que un sistema semejante sea de todo punto imposible: es difícil, sí, no lo negamos; pero con buena intencion, con firme voluntad y perseverancia se superan los mayores obstáculos y se da cima á las mas árduas empresas. No opinamos que este resultado deba obtenerse siempre por medio de largas disertaciones; hay cosas que mas bien se sienten que no se entienden: y quizás un rasgo, una anécdota, una reflecsion oportuna, un cuadro de costumbres, enseñan mas sobre el espíritu del siglo que un abultado volúmen.

Dos cosas deben contribuir al logro del objeto indicado: los profesores y los libros; y sobre unos y otros conviene fijar la atencion escogiendo los mas acomodados al intento. Por lo que toca á los profesores, es ciertamente lamentable que las cátedras de los seminarios estén dotadas tan infelizmente, que no solo no se las pueda

mirar como término de carrera, pero ni aun como un medio transitorio para ganarse la subsistencia. Quizás nos engañemos; pero en nuestro concepto pocas prebendas debiera haber que brindasen con mas emolumentos y comodidades que las cátedras aun de los mas pequeños seminarios; porque en no siendo así, nadie quiere consagrarse á un trabajo tan asiduo y penoso: es mirada la enseñanza como accesorio de otro destino cualquiera, y á la primera oportunidad que se ofrece, aprovecha el profesor la ocasion de salir de un estado tan precario. De esta manera, cuando un jóven ha empezado á formarse y á manejar las materias con soltura y desembarazo, abandona el puesto que en adelante habria ocupado con fruto, y es sustituido por otro inesperto que va á ensayar sus limitados conocimientos por espacio de pocos años, para seguir á su vez el camino de su antecesor cuando su capacidad comience á estenderse y adquiera mas habilidad y tacto para hacer adelantar á sus discípulos.

Pocos son los hombres á propósito para enseñar bien; y aun los que han recibido de la naturaleza este don precioso, no lo emplean con acierto sino despues de mucha observacion sobre el efecto que produce á los diferentes métodos. Es tanta la variedad de los talentos, es tal la diversidad de las materias, se reunen en torno de una misma cátedra alumnos de índoles tan distintas, que solo á fuerza de un tacto esquisito que por necesidad ha de ser el fruto de dilatada esperiencia, puede un profesor presentar sus ideas de tal manera que no escedan la capacidad de los de alcance limitado y no fastidien á los de comprension aventajada. Es preciso coordinar los pensamientos de tal suerte, que mientras sean para los de corto talento como una cartilla que les sirva de modelo, sean tambien fecunda semilla para los que estén dotados de una capacidad vasta, y se sientan inclinados á meditar por sí mismos los objetos de la enseñanza.

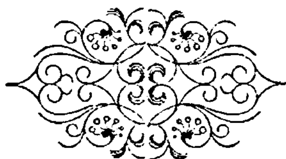
Las ciencias eclesiásticas presentan bajo este punto de vista terribles dificultades: cuando se las quiere presentar de manera que sin perder nada de su verdad y gravedad, pueden ofrecerse á los ojos del público sin causar estrañeza, antes llamando la atencion por su dignidad y lustre, se encuentran tales embarazos que solo puede deshacerse de ellos una mano muy ejercitada. Entre varias razones que quizás podrian señalarse, es en nuestro concepto una de las principales el que los estudios eclesiásticos, si han de ser sólidos y profundos, han de hacerse no solo con los libros modernos, sino con los antiguos. Así, por ejemplo, quien ha de poseer perfectamente la teología no ha de contentarse con lo que se ha escrito en los últimos tiempos. La Sagrada Biblia, los Santos Padres, las

obras de los teólogos escolásticos, hasta las escritas con mal latin y pésimo gusto, han de ocuparle largas horas; y así es que está en peligro de acostumbrarse á vivir en otro siglo, con hombres muy diferentes, dando á sus ideas una direccion que nada tiene que ver con la que generalmente reciben los de los educados en medio del bullicio del mundo.

Cuando la religion dominaba completamente la sociedad, y la tenia, por decirlo así, bajo su tutela, cuando la clase eclesiástica era la primera en todos los órdenes, ejerciendo bajo distintas formas un poder político, y poseyendo la preeminencia en las ciencias y en las letras; formado un alumno en los seminarios adquiria allí mismo en cierto modo el espíritu del siglo. La literatura, la filosofia y las facultades mayores á que se dedicaba en el colegio, eran las mismas que se estudiaban en las universidades y demas establecimientos públicos. Ahora, introducido el divorcio entre la política y la religion, esparcido por la sociedad el escepticismo, habiendo desaparecido la aficion á las ciencias eclesiásticas, y cundido cierto desvío por todo lo que tiene visos de disertacion de escuela, resulta, que el jóven que sale de un seminario donde no se hayan tenido en consideracion estos hechos, se encuentra con un mundo que ni le comprende ni es comprendido por él; con unos sábios que hablan otra lengua, y que nada entienden del idioma de los sábios de otras épocas, único que conoce el recien venido; si ataca algun adversario, parte de principios que el otro no admite; y si es atacado y se defiende, contesta en términos quizás profundamente sábios, pero cuyo sentido el contrincante no alcanza, por ser aquella la primera vez que los oye. De manera que puede muy bien ocurrir que un jóven de talento muy claro, de dilatada instruccion y profundo saber, se encuentre embarazado en la polémica con un ignorante, no por falta de escelentes armas, sino por no tenerlas acomodadas al uso del dia.

Por estas razones es de la mayor necesidad que cuantos toman parte en la direccion de los establecimientos de enseñanza eclesiástica procuren por todos los medios posibles que la instruccion y la ciencia, sin perder nada de su esactitud y solidez, sin contagiarse de esa especie de disipacion y vaguedad, que es uno de los achaques de que adolecen los acontecimientos de nuestra época, la misma ciencia, repetimos, de San Agustin, de Santo Tomás, de Belarmino, de Suarez, de Melchor Cano, se revista á los ojos del mundo con el trage que requiere el espíritu de nuestros tiempos; es preciso que la esposicion de las mismas ideas se haga de diferente manera; que el hilo de los raciocinios se conduzca con nuevos métodos: que

las fuentes de argumentacion, cuando se haya de apelar á la razon natural, sean adaptadas al gusto científico dominante. Este gusto será, si se quiere, caprichoso, insustancial, inferior al que prevaleciera en otros siglos; pero sea lo que fuere, no está en nuestra mano el destruirle: es un hecho, y aun cuando no se le apruebe, es necesario conocer que ecsiste, y obrar conforme á las nuevas condiciones que él nos impone. Protestar contra él, empeñarse en no tenerle en cuenta, proceder como si no ecsistiese, es luchar contra la fuerza de las cosas, es condenarse á vivir en el aislamiento, es privarse de los medios de accion sobre la sociedad, es no querer emplear en defensa de la religion armas que pueden servirle mucho, es olvidarse de la conducta que siguieron en todos tiempos los doctores de la Iglesia, cuando aplicaron tambien al órden científico aquella regla del Apóstol, *de hacerse todo para todos, para ganarlos á todos.*



EL SOCIALISMO.

Artículo Primero.

El *socialismo*, ó bien aquella escuela que se propone destruir el órden social ecsistente, constituirlo sobre nuevas bases y arreglarlo con diferente norma, es objeto digno de la meditacion de todos los hombres pensadores y amantes de la humanidad. Porque se equivocaria grandemente quien considerase á estos novadores como despreciables fanáticos, que víctimas de una ilusion ecsagerada por el orgullo, pasan y desaparecen sin dejar tras de sí ninguna huella. Es cierto que ni se han planteado ni pueden plantearse los sistemas que ellos propalan; que sus doctrinas se mantienen por ahora, y probablemente se mantendrán por mucho tiempo, en la esfera de simples teorías; mas la semilla que ellos arrojan al acaso, se deposita en tierra que la recoge con avidez, quizás para fecundarla el dia que la Providencia quiera desencadenar sobre el mundo desconocidos y espantosos trastornos.

Que las ilusiones de esa escuela no son para despreciadas, lo indica la repeticion de sus apariciones en diferentes tiempos y paises, y el que el mal écsito de los proyectos del innovador no desalienta á los que intentan sucederle ó imitarle. Hay, empero en la actualidad una circunstancia notable y que no deja de ser alarmante. En todas épocas se han visto hombres que soñaban una nueva república, fundada sobre principios muy diferentes de los en que estribaba la sociedad en que vivian. Pero estos filósofos no salian por lo comun de la esfera de tales; contentábanse con meditar en el retiro de su gabinete, con pasearse en espíritu por mundos imagina-

rios; y lo mas á que se atrevian era escribir un libro, que mas bien publicaban como obra de instruccion y pasatiempo, que no como proyecto realizable. No ha sucedido así en nuestro siglo, pues que los reformadores no han querido resignarse al papel de utopistas, sino que empeñados en hacer aplicaciones de sus ideas, se han erigido en fundadores y directores de una sociedad nueva, enteramente calcada sobre los principios que ellos escogitasen.

Ecsaminando este fenómeno en sí, é investigando las causas de tamaña diferencia, las encontraremos en el inmenso desarrollo que en todos sentidos ha tenido el espíritu de libertad; en esas tendencias democráticas que forman uno de los caractéres de nuestra época; en esa escentricidad de los entendimientos que carecen de toda idea fija que pueda servirles de polo; en ese vuelo de los sentimientos y de la fantasía que se complacen en salir del mundo real y en divagar por regiones imaginarias; en ese profundo malestar, en esa inquietud febril que trabaja los ánimos, y mucho mas á los hombres de genio, despues que se han hundido en ellos las crencias religiosas, y se ha arrebatado al triste mortal esperanza de mejor vida mas allá del sepulcro.

Ahora el pensamiento no se contenta con permanecer oculto en el bufete del sábio: teniendo á la vista la esperiencia de la realizacion de otros que le parecen mas árduos, apenas concebido forceja por descender al terreno de la práctica. Borrados los límites de la verdad y del error, de la justicia é injusticia, se encuentra detenido por leves rayas que separan lo conveniente de lo dañoso, tiradas muchas de ellas por los mismos hombres que destruyeron ayer, y que proclaman como de eterna duracion la obra que han levantado hoy sobre las ruinas de lo que nos legaron los siglos. Entonces el pensamiento concebido con fuerza, ardiente como la matriz donde se ha formado, lleno de energía y brio como la cabeza en que se agita, indígnase contra la resistencia que le oponen otros pensamientos, que cuando mas, mira como sus iguales, y como que les dice: "¿Quiénes sois vosotros para decirme, *no pasarás de aquí*, como el Criador á las olas de la mar? Vuestros títulos se fundan en que llegásteis ayer y yo he llegado hoy: para vosotros no prescribió lo antiguo que contaba su ecsistencia por siglos, y ¿quereis que prescriba lo vuestro que no tiene de duracion mas que un dia? Ya que vosotros lo habeis ensayado, dejadme que yo ensaye tambien; ya que habeis reconstituido la sociedad del modo que bien os ha parecido, dejadme que yo la reconstituya tambien como mejor me agradare. Si vosotros invocásteis la humanidad, yo la invoco tambien: si proclamásteis la libertad, yo la proclamo tambien: si tronásteis

contra la desigualdad, yo trueno contra ella tambien: si condenásteis como injusto todo lo ecsistente, injusto lo declaro yo tambien, y como tal lo condeno, incluso lo que vosotros habeis añadido. Vosotros invocásteis la humanidad para hacerla participante de los derechos políticos, y llamando al rededor de las urnas electorales á un número muy reducido le habeis dicho: "Conténtate con esto, y cree sobre nuestra palabra que ejerces la soberanía;" yo llamo á la humanidad no para que asista á combinaciones artificiosas que ni sacian su hambre, ni apagan su sed, ni cubren su desnudez, ni lisonjean siquiera su orgullo, ya que á la mayor parte de los hombres los privais de este derecho; yo la llamo á la comunidad de bienes, á la participacion de goces positivos, á disfrutar una felicidad hasta aquí desconocida, con la satisfaccion de todas las necesidades, de todas las pasiones, de todos los caprichos. Vosotros proclamais una libertad que no ecsime al pobre de la dependencia del rico, que encadena al criado á los piés de su amo, que deja al mendigo tiritando de frio á las puertas del palacio del poderoso, mientras éste se embriaga de placer en sus brillantes y voluptuosos festines; yo proclamo una libertad que no consiente diferencia de pobres ni de ricos, y que por lo mismo no deja á unos esclavos de otros; vuestra igualdad es una igualdad mentida, porque deja la espléndida morada del magnate insultando la asquerosa mansion del infeliz, y el trage ostentoso del rico, al lado de los andrajos del necesitado; yo sostengo que no hay igualdad mientras se conserve desigualdad tan repugnante; yo no quiero que la impetuosa carroza donde briosos caballos lujosamente enjaesados arrastran á un mozo en la flor de sus dias, atropelle al anciano desvalido, que trémulo y falto de fuerzas puede apenas sostenerse apoyado en su baston; yo quiero que uno mismo sea el trage de todos, y igual la habitacion, igual la satisfaccion de las necesidades, igual el goce de los placeres; no quiero que del sudor de muchos se alimenten y gocen los pocos; quiero que los productos del trabajo se distribuyan en porciones equitativas; no quiero que resulten inmensas ventajas al capitalista, no reportando al pobre trabajador mas que un miserable salario; esto es igualdad; esto es libertad; aquí está la verdadera tabla de los derechos; estos son los verdaderos intereses del linage humano; lo demas son groseras mentiras." Esto dice el pensamiento de hoy al pensamiento de ayer; esto es natural que le diga, una vez desatendidos los principios de justicia y reconocidos únicamente los de conveniencia, apreciado conforme al juicio del mas fuerte. Un abismo invoca otro abismo; y esto indica la necesidad de conservar intactos los principios eternos, tutelares de las sociedades, sin los cuales el mundo se convertiria en un caos.

Al hombre que considera la sociedad desprovisto de las luces de la religion cristiana, no estrañamos que le asalten dudas terribles sobre la justicia y la conveniencia de la organizacion ecsistente y de la pasada, y que se abandone á osados pensamientos encaminados á trastornarlo todo para ensayar otros sistemas. *Humanum paucis vivit genus, el linage humano es patrimonio de pocos,* dijo un escritor antiguo; y esta repugnante asercion que tan esactamente se verificaba en las sociedades gentiles, no deja aún en la actualidad de ser verdadera bajo muchos aspectos. Antes del cristianismo, la esclavitud tenia igualados con los brutos á un número inmenso de hombres. En el derecho romano, que se ha apellidado la razon escrita, los esclavos no eran considerados como hombres sino como cosas, y poseyendo el dueño el formidable poder de vida y muerte, un infeliz era arrojado á las murenas por haber roto un vaso. Si perecia asesinado un amo, eran conducidos al patíbulo todos sus esclavos, aun cuando fueran á centenares; despues de haber servido á fomentar la vanidad, á sostener el lujo, á satisfacer todos los caprichos del difunto durante su vida, se vertia la sangre de todos por la mera sospecha de que uno de ellos se hubiese arrojado á cometer un crímen á que quizás le impulsara la desesperacion provocada con un tratamiento cruel. ¡Cuántas generaciones de esos infelices han pasado sobre la tierra viviendo en la mayor abyeccion, en medio de las mayores fatigas, sufriendo las mas duras privaciones, soportando penosísimos trabajos! ¡Cuántos suspiros que nadie escuchara, cuántas lágrimas que nadie enjugó, cuántas aflicciones que nadie pensó en consolar! Ved lo que sucede en las colonias con los infelices negros, á pesar de la influencia del cristianismo, de la suavidad de las costumbres, del progreso de la civilizacion y cultura, y conjeturad lo que seria del humano linage, dominando en casi todo el universo un sistema tan degradante y desastroso.

A mas de los esclavos, ecsistian tambien numerosos pobres, resultado de la emancipacion ó de otras causas. Esas clases inundaban las plazas públicas de Atenas y de Roma, y vendiendo su voto á los poderosos, eran un perenne elemento de disturbios y revoluciones. Tambien de ellas se verificaba que vivian para pocos, que á pocos pertenecian como un patrimonio; pues que esta suerte cabe al desgraciado que para adquirir los medios de subsistencia se ve precisado á ser instrumento de las miras ó de los caprichos agenos. Para esas turbas era indiferente que la forma de gobierno fuera mas ó menos libre. ¿Qué le importa al pobre el ganar su sustento obedeciendo silenciosamente las órdenes de quien lo paga, ú

obedecerlas tambien voceando por su mandato en una plaza pública?

No puede negarse que con la estension y arraigo del cristianismo, se mejoró asombrosamente el estado de las clases mas numerosas, pues que desde luego los esclavos fueron tratados con mas dulzura, los pobres socorridos con mas solicitud y generosidad; y añadiéndose á esto que por distintos medios se fué realizando la emancipacion y se anduvieron fundando establecimientos de beneficencia para todo género de necesidades, resultó que el infeliz desvalido no se halló en aquel espantoso abandono en que le dejara la crueldad de las costumbres paganas. Largos siglos ha continuado la religion sus obras en favor de la humanidad; largos siglos se ha meditado y trabajado para hacer el infortunio menos general y menos duro; sin embargo, menester es confesar que el aspecto de la sociedad dista mucho de ser satisfactorio, que todavía ofenden desigualdades monstruosas, que todavía entristece el corazon la presencia de horribles calamidades, todavía vemos la risa al lado del llanto, el placer al lado del dolor, el lujo escarneciendo la desnudez, la prodigalidad mas escandalosa insultando á la miseria agobiada de privaciones.

Y quien considere estos objetos en su aislamiento, solo fijándose en lo que ofrecen de aflictivo y repugnante; quien á la vista de ellos no pueda levantar los ojos al cielo y no medite sobre el orígen y destino del hombre; quien no posea la clave misteriosa que esplica estos incomprensibles arcanos, señalando la causa de tantos males en una degeneracion primitiva; quien abandonado á las luces de su flaca razon y á los impulsos de un corazon sensible, contempla el mal sin compensacion, el sufrimiento sin esperanza de consuelo, la maldad sin temor de castigo, el placer sin la amargura del remordimiento, nada estraño es que proteste contra semejante desigualdad, que se indigne contra lo que él apellida chocante injusticia, que clame por el remedio de tantos males, y que prefiera el trastorno del mundo á la continuacion de las calamidades presentes.

No nos cansaremos de repetirlo: sin las luces de la revelacion el hombre, la sociedad, el universo entero, son un misterio incomprensible; sin ese faro que esclarece las tinieblas, no es dable esplicar el conjunto de verdad y de error, de bien y de mal, de grandor y de pequeñez, de elevacion y de vileza, de felicidad y de desdicha, de goce y de dolor que se nota por todas portes, en todas las edades, en todos los secsos y condiciones; no es dable concebir cómo sin una caida de que haya sufrido todo el humano linage, este vive sobre la tierra tan colmado de infortunio. Al contrario, si nos atenemos á lo que nos enseña la augusta religion del Crucificado, si recorda-

mos que el hombre no salió de las manos del Supremo Hacedor tal como ahora se encuentra, sino con la luz en el entendimiento, la rectitud en el corazon, inundada de gracias su alma, colmado su cuerpo de bienestar, rodeado de prosperidad y de ventura, con las pasiones sujetas á la voluntad, la voluntad sometida á la razon, y todo el hombre sujeto á Dios; si no olvidamos que el pecado destruyó esta hermosa obra, y que indignado el Señor contra su criatura le dijo que moriria, que comeria el pan con el sudor de su rostro, y que la tierra le produciria espinas y abrojos; si tenemos presente esa admirable historia donde se contiene la clave para descifrar el enigma del mundo, entonces nada de lo que vemos nos asombra: en la serie de los acontecimientos aflictivos que se nos ofrezca, contemplamos la mano de la Providencia conduciéndolo todo á sus altos designios, y no nos atrevemos á blasfemar contra los arcanos del Omnipotente.

Por esto habiamos dicho en otro lugar y repetimos aquí, que la religion es la verdadera filosofia de la historia; porque sin esta lumbrera no hay ideas fijas, no hay principios seguros en ninguna parte: el hombre vacila, duda, avanza, retrocede, camina incierto y al acaso; aun cuando su razon natural le enseña muchas verdades, siente, no obstante, un vacío, esperimenta la necesidad de un punto de apoyo mas firme, de algo que le corrobore en su languidez, que le fije en su paso fluctuante, que le aliente y sostenga cuando desfallece. ¿Quién no ha probado mil veces este estado indefinible del alma, cuando se abandona á meditar sobre los profundos arcanos del universo, dejando á un lado la enseñanza de la religion? ¿Quién no se ha retirado de esas regiones de vaguedad y de tinieblas, con aquella postracion y abatimiento que resultan de grandes esfuerzos para alcanzar lo imposible? ¿Quién no se ha convencido por esta triste esperiencia de que son *tímidos los pensamientos del mortal, de que son inciertas nuestras providencias*? Cuando la religion no nos proporcionara otras ventajas que la fijeza de principios con cuyo ausilio resolvemos sin trabajo los mas difíciles problemas sobre el orígen y destino de la humanidad, debiéramos estarle agradecidos por un beneficio, que á un mismo tiempo que nos comunica la luz de la ciencia, tranquiliza nuestros espíritus en medio del infortunio, infundiéndoles la resignacion y la esperanza.

Considerada la humanidad desde el punto de vista en que nos coloca la religion, vemos un magnífico conjunto con todas sus partes, con todas sus relaciones, con todos sus lunares y bellezas: en ella todo viene del cielo y va á parar al cielo; el bien dimana de la misericordia infinita; los sufrimientos son castigos; la ignorancia es

la pena que ha seguido al orgullo del saber; la muerte es el resultado de haber querido el hombre ser igual á Dios; y la vida llena de afanes, de trabajos y miserias, es el fruto de haber tenido en poco otra vida sosegada, placentera, feliz, encantada con los hechizos de la inocencia. Los desgraciados que carecen de estas luces ó se obstinan en despreciarlas, no ven en el hombre otra cosa que un ser que lucha incesantemente consigo mismo, lleno de necesidades que no puede satisfacer, de pasiones que no le es dable saciar, de caprichos que no le es permitido contentar; ansioso de saber y sumido en la ignorancia, sediento de felicidad y abrumado de desdichas: por esto claman como insensatos contra la sociedad entera, blasfeman contra la bondad divina, ó le atribuyen falsos designios; viven en las tinieblas del error en todos sentidos; divagan por espacios imaginarios; andan de continuo tras mentidas sombras, que se les desvanecen como humo en el momento de estrecharlas en sus brazos, y no alcanzan otro resultado de sus trabajos, que las estériles satisfacciones de la vanidad y del orgullo.

Artículo Segundo.

TEORIAS DE ROBERTO OWEN.

Espusimos en el artículo anterior el orígen de las doctrinas trastornadoras de la sociedad que habian aparecido en este siglo. Allí fijamos su carácter é indicamos su tendencia; advirtiendo las consecuencias trascendentales y funestas á que puede conducir la propagacion de tan graves errores. Mas como quiera que en el lugar citado hablamos en general, y no nos era posible descender á pormenores, ni sobre los escritos de los socialistas, ni sobre los ensayos á que se han aventurado, lo haremos en los artículos sucesivos, comenzando en el presente por el que sin duda es mas digno de llamar la atencion, aun cuando su nombre sea entre nosotros menos conocido que el de Saint-Simon y de Fourier.

Roberto Owen es á un tiempo teórico y práctico; distinguiéndose

de los demas reformadores, en que éstos comenzaron por escogitar teorías qué luego se proponian poner en planta, y él principió por obrar; y de sus mismas obras recibió la inspiracion de su teoría. Sin duda que ésta es altamente errada, estremamente dañosa y disolvente; mas por lo mismo que sale de la boca de un hombre práctico, y que si bien ha caido en la manía de escribir mucho, no puede negársele que ha pasado gran parte de su vida en el ensayo de sus doctrinas, éstas son mucho mas peligrosas, dado que son mas á propósito para seducir en este siglo que tanto se precia de amante de los hechos.

Roberto Owen comienza por declarar errados y dañosos todos los sistemas sociales que han ecsistido hasta el dia de hoy. En su célebre *Manifiesto* publicado en Lóndres el 2 de Febrero de 1840, estampa sin rodeo ni embozo, que el sistema de sociedad que ha prevalecido hasta nuestros dias, tiene su orígen en nociones imaginarias salidas de un estado primitivo, grosero é inesperto del espíritu humano; añadiendo en seguida que "todas las circunstancias esteriores que rigen el mundo, son obra del hombre, y se resienten de estas nociones primitivas é imperfectas." Mucha osadía es necesaria para condenar tan decisivamente todo lo que ha ecsistido y ecsiste; y revela ciertamente un orgullo desmesurado la pretension de dar á la sociedad una organizacion nueva y enteramente satisfactoria, cuando se supone que se la encuentra envuelta en un caos, de que no le ha sido posible salir en todos los siglos anteriores. Mil veces se ha dicho que la organizacion social era susceptible de grandes mejoras; que habia muchos bienes que producir, y males que remediar; que la ignorancia, la malicia y las pasiones de los hombres, alteraban la armonía que reinar debiera en el muudo, y que era muy importante el neutralizar por todos los medios posibles, esa funesta influencia, en cuanto cabe, atendida la mísera condicion de la prole de Adan. Pero Owen no se limitaba á deplorar los males que nadie niega, y antes de proponer el sistema con el cual intenta regenerar la sociedad, quiere dejar asentado que hasta él nada bueno se habia hecho, y que no se tenian sino nociones imaginarias salidas de un estado de grosería é inesperiencia.

Segun Owen, los hechos prueban de una manera evidente á quien observe y reflecsione, que esas nociones primitivas y groseras, son erróneas de un modo lamentable; y que en las edades precedentes, las cuales pueden ser justamente llamadas el *periodo irracional de la ecsistencia humana*, el hombre ha sido engañado con respecto á su propia naturaleza, y conducido á ser el mas imperfecto é inconsecuente de todos los seres. Esta espresion del *periodo*

irracional de la ecsistencia humana, es sobremanera peregrina; mayormente cuando veremos en lo sucesivo que el juez que se atreve á pronunciar un fallo tan severo, establece doctrinas degradantes, que sin duda acarrearian un periodo irracional de la ecsistencia humana, si posible fuera que llegasen á realizarse.

Y ¿en qué funda el orgulloso filósofo esta condenacion en que envuelve á la humanidad entera? ¿Ha descubierto, por ventura, algun hecho desconocido? ¿Ha levantado el velo que cubriera algun arcano, ó puede alegar alguna cosa de que no tuvieran noticia los que hasta aquí han meditado sobre el destino del humano linage? no ciertamente: solo que segun él la historia de la raza humana, demuestra *invenciblemente* el estado grosero del espíritu humano, y cada una de sus páginas contribuye á establecer con pormenores lo insensato é irracional de su tendencia. ¿Así se borran de una plumada los siglos de Pericles, de Augusto, de Leon X, de Luis XIV? ¿Así se desprecian las glorias del presente, declarando al espíritu humano *grosero, insensato é irracional*, cuando se imaginaba poder lisonjearse de su desarrollo, adelantos y espléndida cultura? "Esta historia, dice Owen, ha sido una serie de guerras, de pillage, de degüellos, de divisiones interminables, de mútua oposicion, á un estado de paz y de felicidad; un largo periodo en el cual cada uno ha *estado en lucha con todos, y todos con cada uno*; principio de conducta admirablemente calculado para producir la menor prosperidad y la mayor miseria posible." En estas palabras del reformador, hallamos el orígen de sus estravíos, orígen que consignamos ya en el artículo precedente: la vista de las calamidades que han afligido y afligen al género humano.

Si bien se observa, este es el punto de partida de todos los errores en esta materia; hombres que no profesan ningun principio de religion, que no llevan en cuenta las tradiciones antiguas, que no hacen caso de las creencias de los pueblos sobre la ecsistencia de un trastorno primitivo, fijan su mirada sobre la triste condicion que cabe á los hombres en esta tierra de infortunio. ¿Dónde está la justicia, preguntan entonces? ¿Dónde la equidad? ¿Cómo es que esa débil criatura haya de ser víctima de tantos padecimientos? Y faltos de la luz de la fé, empeñados en no aclarar su filosofía con los resplandores que la revelacion puede prestarles, aun cuando no la acataran como obra divina, se pierden en sus vanos pensamientos, los unos negando á Dios, los otros blasfemando de la Providencia, estos acusando á la humanidad entera, aquellos echando la culpa á la supersticion y al fanatismo; en una palabra, divagando en todos sentidos en busca de una verdad, que si la buscasen con corazon

recto é intencion pura, la encontrarian consignada en la enseñanza del cristianismo.

Que se agiten en insensatas teorías, que escogiten estravagantes sistemas, solo la religion cristiana ha dado la clave para esplicar los *misterios del hombre y de la humanidad:* no hay otro fundamento que el que ella ha puesto, no solo para levantar el edificio religioso, pero ni siquiera para formar un cuerpo de ciencia. El hombre sin la luz de la revelecion, es un caos; y si se resiste á creer los misterios porque le son incomprensibles, no advierte que se priva de la comprension de uno de ellos, el mas importante y mas allegado, nada menos que él mismo.

Es bien estraño que Owen declare grosero el espíritu humano en todos los siglos y bajo todos los sistemas que nos han precedido, afirmando que el principio de conducta de la humanidad, fué el estar en lucha cada uno contra todos, y todos contra cada uno, sin recordar siquiera las *mácsimas de caridad* y fraternidad tan inculcadas por el cristianismo. Si Owen se hubiese limitado á decir que las pasiones oponen gravísimos obstáculos á la realizacion de esas mácsimas, y se hubiese lamentado de la ceguedad y malicia de los hombres en no querer escucharlos, impidiendo así el que la tierra se convierta en un paraiso, habrian estado de acuerdo con él todos los cristianos, y hubieran convenido en que era de la mayor importancia el trabajar de continuo para el planteo de instituciones, donde los preceptos y consejos del Evangelio tengan una realizacion efectiva en beneficio de los necesitados y en consuelo de los infelices. Pero condenar todo lo que ha ecsistido y ecsiste sin escepcion alguna, afirmar que todas las instituciones son emanaciones directas de los errores primitivos, groseros y graves de nuestros antepasados, tratar de una manera tan insultante todos los principios y sistemas que hasta el presente han regido las sociedades, no era muy á propósito para atraerse prosélitos entre las personas sensatas, antes sí muy conducente á irritar los ánimos, cuando no por otra razon, siquiera por lo lastimado que debia sentirse el amor propio de cuantos tomaran parte en las instituciones que tan altamente se despreciaban.

En lugar de un sistema de ignorancia profunda, que fuerza al hombre desde su niñez á ser irracional, inconsecuente é incompetente para juzgar sus errores mas notables, tanto en su espíritu como en su conducta, asegúranos Owen que va á proponer á todos los pueblos del globo otro sistema social, enteramente nuevo, fundado sobre los principios nacidos de hecho sinvariables, y en perfecta armonía con las leyes de la naturaleza; sistema en que cada uno

adquirirá la asistencia de todos, y todos la asistencia de cada uno; principio admirablemente calculado para producir la mayor prosperidad y la menor miseria posible.

Este sistema, opuesto totalmente al pasado y al actual, realizará sobre la tierra los mayores prodigios; pues que creará un *nuevo espíritu y una nueva voluntad en todo el género humano*, y nos conducirá á todos por una *necesidad irresistible* á ser consecuentes, racionales, sanos de juicio, y prudentes en la conducta. Hasta aquí se habia tenido como una inmensa ventaja, el allanar á los hombres el camino de la virtud, el lograr que, usando bien de su libre albedrío, observasen una conducta juiciosa y prudente; mas con el sistema de Owen, se habrá verificado en nuestra naturaleza una mudanza tan profunda, será tal el milagro de la creacion de un nuevo espíritu y de una nueva voluntad, que no solo seremos racionales, consecuentes y observantes de una conducta juiciosa, sino que no podremos menos de hacerlo así, pues que todos seremos llevados á ellos con necesidad irresistible. Jamas hombre alguno prometiera mas beneficios á la humanidad; jamas se ofreciera á ésta mas lisonjera perspectiva; jamas se pronunciarian palabras que pudiesen embriagarnos de igual gozo y esperanza, si desgraciadamente la misma ecsageracion no nos pusiese de vulto el engaño, si no viéramos que se nos quiere regenerar, y se comienza por despojarnos de nuestro libre albedrío, pretendiendo conducirnos al bien por una necesidad irresistible.

Y no se crea que Owen hable conjeturando y no con entera seguridad de los resultados del sistema que se propone realizar: él abrirá al hombre los ojos sobre la degradacion presente y pasada de la razon humana, sobre la demencia y absurdidad de nuestras instituciones, sobre la imperiosa necesidad en que nos hallamos de reemplazarlas con otras basadas sobre hechos comunes y en armonía con nuestra naturaleza. Por lo tocante á las dudas que pudieran ocurrir sobre esas instituciones, sobre los hechos conocidos y la armonía con nuestra naturaleza, hay señales tan *características* que con ellas *todo* hombre puede distinguir la verdad del error.

Cuando se haya realizado el prodigioso sistema, se pondrá fin á la ignorancia humana, se detendrán los progresos del pauperismo, se le imposibilitará de volver á presentarse, se destruirán las diversas supersticiones que reinan sobre el globo y se alejarán las causas que hasta aquí han dividido á los hombres, ya en hechos, ya en intencion, y se alcanzará una abundancia inagotable de todo lo necesario á la vida y á los placeres; la penosa tarea de productor que tantos sudores nos cuesta se nos hará mas agradable y mas fácil.

Y por ventura, ¿será necesario esperar muchos siglos para disfrutar de resultados tan halagüeños? ¿El sistema de Owen se parecerá tal vez á todos los grandes pensamientos que han producido á la humanidad algun beneficio de importancia, los cuales han necesitado mucho tiempo para desarrollar los provechosos gérmenes que encerraban en su seno, arraigándose con lentitud, como suele hacerlo todo lo que ha de durar por espacio muy dilatado? Nada de eso: M. Owen conocia muy bien que para herir vivamente las imaginaciones y arrastrar numerosos prosélitos, convenia no aplazar para mucho tiempo despues el coger el fruto de lo que se sembrase: así es que no tiene reparo en asegurar que su sistema, ya desde el primer año de su adopcion, producirá sobre la tierra mas bienestar, mas comodidades y mas moralidad, que no nos ha traido el antiguo en tantos siglos como lleva de ecsistencia y que no podrá traernos jamas.

Creerán los lectores que una mudanza tan radical no podrá efectuarse sin revoluciones sangrientas; que será preciso inundar el mundo en un piélago de sangre y de lágrimas, para que salga mas radiante y puro, mas lleno de prosperidad y ventura; que á la manera de las revoluciones que se han visto hasta ahora, la humanidad no alcanzará el bien, sino soportando grandes males; que no tendrá la dicha sino despues de haber agotado la copa del infortunio; que no llegará á la tierra de promision sino despues de haber divagado largos años por los arenales del desierto. Nada de eso tampoco: el sistema de M. Owen, segun nos asegura él mismo, efectuará todas estas reformas tan radicales, con calma, con tranquilidad, gradualmente y bajo el imperio de un órden tal, que nadie tendrá que sufrir el menor perjuicio en sus intereses morales y materiales; antes al contrario, en todo lugar y en todo pais, todos los hombres esperimentarán con la mudanza una satisfaccion y un beneficio.

Ciertamente que no se le puede ecsigir mas al bondadoso reformador: cambiar la faz del mundo, destruyendo radicalmente el sistema que le gobierna y sustituyéndole otro enteramente nuevo; crear un nuevo espíritu, una nueva voluntad; conducir á todos los hombres á la razon, á la observancia de una conducta juiciosa; estirpar todos los gérmenes de division, hacer que todos vivamos en amable paz y fraternidad, desterrar la ignorancia y ahuyentar el pauperismo, haciendo imposible su vuelta; adquirir á todos la asistencia de cada uno, y á cada uno la asistencia de todos; y para colmo de dicha, atraer sobre la tierra inagotable abundancia de todo lo necesario á la vida y á los placeres, y conseguir tal cúmulo de bienes sin causar el menor daño á los intereses morales y materiales de nadie, sin ha-

cer esperimentar la menor desazon, antes causando á todos satisfaccion y beneficios, y esto sin escepcion alguna de paises ni lugares, es lo que se llama un sistema completo, es el descubrimiento de la piedra filosofal, es dar un mentís á lo que suele decirse de que en esta tierra malaventurada andan los provechos revueltos con los daños, los goces con los dolores, la risa con el llanto; es resolver cumplidamente el problema social, con una perfeccion que jamas pudiera caber en la mas poética fantasía. La humanidad debe regocijarse con la esperanza de ese tiempo vienaventurado; solo los amantes de lo melancólico, los aficionados á la tragedia, los que se complacen en dramas que hacen derramar abundantes lágrimas, entristeciendo dulcemente el corazon, tienen que quejarse del sistema de Owen. Con la creacion del nuevo espíritu y de la nueva voluntad, se cegarán algunas fuentes de literatura y de artes: desde entonces no se conocerá mas que lo bello y lo agradable, nada que cause horror, nada que hiera los sentimientos, nada que pueda perturbar aquella paz, aquella tranquilidad, aquella apacible bonanza de que disfrutará el humano linage. El siglo de oro de los antiguos poetas nada tiene que ver con lo que se nos promete seriamente desde Lóndres en 1840: los manantiales de leche, los árboles sudando sabrosa miel, el corderillo jugueteando con el leon, la hiena llevando sobre sus espaldas al tierno niño, los campos abriendo su fecundo seno para regalarnos con toda especie de frutos, hechizando nuestra vista con varios y esquisitos colores, y recreando nuestro olfato con apacibles y esquisitos aromas, pueden dar apenas una escasa idea de lo que será el mundo cuando se resuelva á escuchar las palabras y aceptar los favores con que le brinda el fabricante inglés.

Un punto quedaba capaz de turbar los ánimos y de retraerlos de prestar oido á los consejos de Owen, y era el haber dicho que con su sistema se destruirian las diversas supersticiones que reinaban sobre el globo. Las conciencias tenian sin duda de qué alarmarse viendo que tan sin rodeos se condenaban todos los sistemas antiguos, en los cuales iban envueltas todas las religiones. En esta parte no le es posible á M. Owen dar esplicaciones cumplidamente *satisfactorias*, á no ser que consienta en dar por el pié á su propia obra admitiendo que antes de él hubo quien tuviese sobre la humanidad ideas razonables. Como él estriba en el supuesto de que hasta su aparicion, el espíritu humano ha vivido en un estado grosero é irracional, no le es dado reconocer que ninguno de los fundadores de las religiones hubiese acertado en el verdadero sistema; así es que no puede transigir en lo tocante á la necesidad de destruir

lentamente todas las supersticiones que dominan en el globo. Mas con la mira de que no se alarmasen los tímidos, recelando que no sobrevinieran violencias y persecuciones, asegura M. Owen que por consideracion á los errores del antiguo estado social y no herir de *ninguna manera* las conciencias, el nuevo sistema arreglará las cosas de tal suerte, que las viejas supersticiones de cada pueblo mueran de muerte natural, lográndose esto con los menores inconvenientes posibles para los individuos que las profesan, y con el mayor respeto á las flaquezas humanas. Por lo demas, añade, que siendo los dos sistemas enteramente distintos, es claro no ser posible la fusion entre ellos, ni aun en el periodo en que el uno absorverá el otro. El nuevo, como que estará basado sobre la verdad, no admitirá decepciones en la vida pública ni privada, ni entre los individuos ni entre los pueblos; dejando al viejo, que está fundado sobre el error, el que se defienda con la ayuda de sutilezas y mentiras.

El fundador del nuevo sistema ofrece una garantía de que puede realizar lo que promete, en que pasó el primer periodo de su vida ocupado en la industria, en que es un hombre de negocios, de órden y de esperiencia, y que las instituciones que ha escogitado fundadas sobre los principios de nuestra naturaleza y en armonía con ellos, le han sido inspiradas por el conocimiento práctico de las cosas.

No teme el autor de tantas maravillas las dificultades que puedan ofrecerle los hombres inteligentes en la materia; pues que afirma que sus instituciones nuevas, á pesar de la estraordinaria combinacion que encierran, organizando las cosas de manera que toda la raza humana reciba en premio de su trabajo ventajas cien veces mas grandes que las proporcionadas por el antiguo sistema *á ningun individuo*, esos planes inauditos hasta el dia de hoy, esas combinaciones que deben formar un nuevo mundo moral y dar al hombre un carácter racional, están prontos á sufrir el ecsámen de los mas sábios, mas prácticos, mas esperimentados en los cuatro ramos esenciales de la vida humana, que son: primero, la produccion de las riquezas: segundo, la distribucion de ellas: tercero, la formacion del carácter humano desde la niñez: cuarto, el establecimiento de un gobierno local y general.

El inventor se lisonjea de que se aprocsima la época de la realizacion de sus grandes designios, de la destruccion entera y pacífica del inmoral sistema que ha regido hasta ahora; y cree ver una señal que anuncia la cercanía de la innovacion, en la *consternacion* de los hombres que se imaginan tener un interés material en la conservacion del antiguo estado de cosas. Segun él, esto indica que

ha sonado la hora de la transformacion: la atencion de los pueblos se siente llamada hácia tan importante objeto, y dirigen sus miradas á esa felicidad en que se interesan los presentes y los venideros.

¿Cuál será el sistema tan maravilloso, al cual prodiga su autor tan entusiastas elogios? ¿cuáles serán los medios que se propone emplear para conseguir tan estupendos resultados? ¿Le ha sido revelada quizás la naturaleza del espíritu humano de una manera desconocida hasta el presente? ¿ha penetrado los arcanos del corazon descubriendo resortes de que no se tenia idea para obrar sobre él y producir efectos que nadie pudiera prometerse? Digna es ciertamente de ecsaminarse esta cuestion, digno es el sistema de Owen de ser sometido á discusion rigorosa, mayormente en la parte tocante á las teorías, con las cuales intenta corregir las ideas, que segun él, habian sido hasta aquí falsas y groseras, teniendo el espíritu humano en un estado irracional del que salian como de la caja de Pandora, los males que han afligido la tierra.

Artículo Tercero.

CONTINUA LA ESPOSICION DE LAS TEORIAS DE OWEN.

El hombre, segun Owen, es *un compuesto de organizacion original y de influencias esteriores*, de las cuales resultan los sentimientos y convicciones, manantiales de nuestros actos. No siendo el hombre dueño de modificar su organizacion ni las circunstancias que le rodean, se sigue, que así los sentimientos como las convicciones, como los actos que de ahí dimanan, son hechos forzosos, necesarios, contra los cuales él no puede nada; los sufre, no los arregla; están fuera del alcance de su consentimiento; de suerte que el individuo se ve precisado á recibir ideas esactas ó falsas, sin que pueda desear las primeras ni desechar las segundas. Su carácter es un hecho accidental, independiente de él; y su voluntad resultado de convicciones y de sentimientos *esclavos*, *no tiene ni espontaneidad ni libertad*. De donde resulta que siendo el hombre jugue-

te á un tiempo de su organizacion que él no ha arreglado, y de las circunstancias de su educacion que no está en su mano combatir, seria la mas chocante injustica el declararle responsable de las palabras ó de los actos, *á los cuales se halla empujado por un concurso de necesidades inecsorables.*

No debia M. Owen ofrecernos con tan pomposas palabras el desarrollo de una teoría que nada tiene de nuevo, que es un miserable plagio de la escuela materialista, que no añade ni una sola idea luminosa á lo que dijeron en todos tiempos y paises los que formaron el insensato empeño de rebajar al hombre hasta el nivel de las plantas. Los que han negado la ecsistencia de un espíritu distinto del cuerpo, han debido establecer por necesidad que el hombre era un compuesto de organizacion original y de influencias esteriores; pues quitada el alma como distinta del cuerpo, claro es que solo queda este con su organizacion natural, ó si se quiere llamarla original, y con las modificaciones que esta organizacion reciba de las influencias que la rodean. En tal caso es cierto que los sentimientos y las convicciones, y todos los actos del hombre, serian el resultado de combinaciones puramente materiales, y que este, por consiguiente, no seria responsable de cuanto quisiese ú obrasse, dado que careceria enteramente de libertad, y estaria llevado al ejercicio de sus facultades con la misma fuerza irresistible que los cuerpos abandonados á sí mismos se precipitan hácia el centro de gravedad.

Espanto causa que una teoría con la cual se pretende arreglar el mundo, se inaugure con tan tristes auspicios como son la negacion del espíritu del hombre, la negacion de su libertad, la negacion de su responsabilidad, la proclamacion solemne de que no somos mas que un puñado de materia organizada, y de que todos nuestros pensamientos, nuestras voluntades, nuestros actos, no son mas que funciones necesarias sobre las cuales nada tenemos que ver, nada podemos; no siéndonos dado otra cosa que entregarnos á sus impulsos como el péndulo á sus oscilaciones. Espanto causa el reflecsionar lo que seria del mundo si llegase á dominar tan funesta doctrina; no solo se destruirian las ideas de virtud y de vicio, que ni siquiera son concebibles en faltando la libertad; no solo desaparecerian las nociones de bien y de mal moral que fueran absurdas, si se las aplicase á la materia organizada; no solo desaparecerian todas las esperanzas y hasta los pensamientos de una vida futura, sino que hasta la presente perderia de una vez todo lo que tiene de bello y de sublme.

¿Qué son las ideas si se supone que no tienen su asiento en un espíritu inmortal, y que no son mas que el producto de la organi-

zacion de la materia? Los sentimientos mas puros, mas hermosos, mas elevados, ¿en qué se convierten desde el momento que llegásemos á figurárnoslos á manera de funciones de un órgano corpóreo? El hombre entero pierde su íntima naturaleza, no es á nuestros ojos nada de lo que era antes, desde que le consideramos sin mérito ni desmérito, sin virtud ni vicio, sin responsabilidad de sus actos, sin libre albedrío, sin alma. Entonces ya no es una criatura á imágen y semejanza de Dios, ya no tiene altos destinos á que llegar, ya no tiene árduas empresas que acometer: mísera porcion de materia organizada, parte imperceptible de ese universo en medio del cual se encuentra arrojado, sin saber por quién ni para qué, hállase condenado á sufrir las duras condiciones de su ecsistencia, arrastrándose como vil gusano sobre ese monton de polvo que se le ha señalado por morada. Sometido á leyes de inecsorable necesidad, nada puede hacer, ni para mudar su suerte, ni para mejorarla; sus acciones, su voluntad, sus pensamientos, sus sentimientos, sus instintos, todo cuanto es y todo cuanto tiene, todo depende de la organizacion que le ha cabido en suerte, y de las circunstancias que le han rodeado. Si ejerce un acto que le parezca virtuoso, y que deje en el fondo de su alma la purísima satisfaccion de haber cumplido con su deber, ha de desechar aquella idea que tanto le halaga, como vana ilusion contraria á la verdadera filosofia: ya que el acto que le pareciera virtuoso no es mas que un producto de su organizacion material, no ha contraido ningun mérito ejerciéndole, no ha cumplido con ningun deber, porque es un absurdo hablar de deberes y de méritos, aplicándolo á operaciones que dimanan de la organizacion de la materia.

La humanidad, si por desgracia pudiese llegar á tener un solo dia estas horribles convicciones, se sentiria degradada de repente: su frente se abatiria al suelo como la de los brutos, el corazon cesaria de latir con nobleza, apagárase la luz del entendimiento, relajárase la energía de la voluntad, y abandonado el hombre á los instintos mas brutales, abdicaria el hermoso título de rey de la creacion.

Pero en vano es que la ceguera del orgullo se empeñe obstinadamente en escogitar estravagantes sistemas para destruir lo indestructible. El sentimiento de la libertad está en el fondo de nuestra conciencia; en vano intentariamos sofocarle; una voz interior nos clama que somos libres; antes de obrar esperimentamos que podemos dejar de obrar; cuando hacemos una cosa, sentimos que podriamos hacer otra; y si alguna vez nos proponemos ejercer adrede el libre albedrío, hallamos que no tiene límites, desde el acto mas juicioso hasta el mas estravagante y ridículo.

La responsabilidad de nuestros actos es evidente en igual grado. Cuando hemos obrado bien, sentimos un placer indecible, emanado de una aprobacion interior de lo que acabamos de ejecutar: la accion virtuosa deja en nuestra alma una impresion en estremo agradable, como la flor que al abrir su capullo exhala un suavísimo aroma. Al contrario, cuando nos hemos apartado de nuestro deber, cuando hemos cometido una accion fea, ó hemos dejado de ejercer otra á que estábamos obligados, el remordimiento brota al instante en el fondo de nuestro corazon: una voz íntima que sale de lo mas recóndito de nuestra alma nos reprende con lenguaje severo; en vano nos escusamos á los ojos de los demas; en vano apelamos á efugios para disculparnos en nuestra propia conciencia; en vano huimos de nosotros mismos para no escuchar esa voz que nos importuna y aflige; ella nos persigue en medio de nuestras distracciones, de nuestros placeres, de nuestra disipacion insensata; ella nos persigue de dia y de noche, en la vigilia y en el sueño, en la salud y en la enfermedad, en la dicha y en el infortunio, y de continuo nos dice: "has obrado mal."

Pero sigamos á M. Owen en sus desatentadas teorías. La felicidad, segun él, *la verdadera felicidad, producto de la educacion y de la salud,* consiste en el deseo de aumentar los goces de nuestros semejantes y de enriquecer los conocimientos humanos, en la asociacion con seres simpáticos, en la ausencia de la supersticion, en la benevolencia, en la caridad, en el culto de la verdad, en el uso completo de la libertad individual. ¿Qué significa ese conjunto de palabras cuando vienen en pos de los funestos principios que acabamos de combatir? ¿qué es la benevolencia, qué es la caridad en seres cuya naturaleza no es mas que un poco de materia organizada? ¿qué será el culto de la verdad, qué el uso completo de la libertad individual, si esta libertad no ecsiste, si todos los actos del hombre son producto de irresistible necesidad? Así se procura encubrir la pobreza y falsedad de las ideas con nombres pomposos y brillantes; así se quiere alucinar á los incautos amontonando espresiones que carecen de sentido en la teoría á que se aplican. Siendo tan grosero, tan errado, tan malo todo lo que ha ecsistido hasta aquí, ¿cómo es que les usurpais á los antiguos sistemas sus ideas y hasta sus palabras? ¿Quién os ha enseñado á pronunciar la benevolencia, la caridad, el culto de la verdad, el uso de la libertad individual, sino ese mismo sistema á quien ingrato despreciais? ¡Ah! es que en el vuestro os seria preciso forjar un nuevo idioma, idioma que si espresase esactamente vuestras doctrinas, seria un cúmulo de absurdidades y degradacion, que no os atreveriais á ofrecer á los

ojos de ningun hombre que no hubiese perdido totalmente el sentimiento de la dignidad propia. Así, cuando hablais de caridad, del deseo del bien de los semejantes, estas palabras tan bellas en el antiguo sistema, ó no significan nada en el vuestro, ó significan ideas repugnantes y desconsoladoras.

Segun vuestras doctrinas, el hombre que tiene benevolencia, y que la realiza con actos benéficos, no practica nada noble, nada laudable, no merece que el favorecido le agradezca los favores, pues que haciendo el bien, ejecuta lo que no puede menos de ejecutar; obedece á una necesidad irresistible, obra lo mismo que la lluvia que por el impulso de su gravedad cae sobre una tierra agostada, y la humedece y fertiliza. Analizad bien estas ideas: formad conforme á ellas vuestro diccionario, y atreveos á estampar en él las palabras de beneficencia y caridad.

Artículo Cuarto.

CONTINUA EL ECSAMEN DE LAS TEORIAS DE OWEN.

Segun M. Owen, la ciencia social abraza el conocimiento de las leyes de la naturaleza, la teoría mas esacta de la produccion y de la distribucion de las riquezas, el perfeccionamiento de la humanidad, y el método del gobierno. ¿Cuál será la religion de semejante sistema? Nada menos que *la religion de la caridad*, religion que se muestra muy reservada sobre todo lo que escede nuestros conocimientos, pero que sin embargo admite un Dios criador, eterno, infinito. Es de sospechar que esta profesion de fé, es una vana fórmula, un hipócrita homenage tributado á la creencia de la generalidad de los hombres, que se llenarian de horror si se les predicase el ateismo puro. Así es que cuando se trata de rendir culto á este Dios, criador eterno é infinito, el fundador del sistema *racional*, no establece otra adoracion que *esta ley instintiva que ordena al hombre el vivir conforme á los impulsos de su naturaleza*, y alcanzar el fin de su ecsistencia. Este fin es la práctica de la bene-

volencia mútua, y el deseo sin cesar creciente de hacerse felices los unos á los otros, sin distincion de raza, de sangre ni de color. La religion es la *inquisicion de la verdad*, el estudio de los hechos y de las circunstancias que producen el bien y el mal: *amarse, gobernarse bien, vivir felizmente, he aquí lo que es agradable á Dios.* De una teoría materialista, natural era que descendiese una moral tambien materialista; natural era que despues de haber hecho consistir al hombre en una organizacion material, no se hablase de premios ni castigos en la otra vida, no se mentasen las esperanzas y los temores que llegan mas allá del sepulcro. Si el hombre no era mas que un puñado de polvo, era muy justo que se le dejase pegado al polvo, que no se le hablase de porvenir despues de la muerte, ya que esta muerte no era otra cosa que un soplo que desbarataba esa organizacion endeble.

La ciencia del gobierno en el sistema de M. Owen, consiste en fijar sobre bases racionales la naturaleza del hombre y las condiciones requeridas para la dicha; así, un gobierno racional debe proclamar desde luego la libertad absoluta de la conciencia, *la abolicion de toda recompensa y de toda pena, orígen de nuestras desigualdades sociales; en fin, la completa irresponsabilidad del individuo,* ya que se le supone esclavo de sus actos. En el sistema del reformador, si el hombre obra mal, no lo debemos achacar á él, sino á las circunstancias fatales de que está rodeado. Un culpable no es mas que un enfermo, y si su enfermedad llega á ser peligrosa para los demas, ábrase un hospital para las *moralidades dolientes.* Cuando las circunstancias que rodean al hombre sean tales que no le inspiren sino bien, las enfermedades de esta clase serán muy raras; y cuando se ofrezcan, *el gobierno racional proveerá á ellas por medio de un Charenton ó de un Bedlam.*

El principio con que se destruye la libertad humana, y por consiguiente toda clase de responsabilidad, trae por precision consigo la doctrina de que el culpable es un enfermo y no otra cosa. En efecto, si suponemos que las acciones del hombre no dimanan del libre albedrío, sino de impulsos naturales á los que sea imposible resistir, tendremos que el ladron, el homicida y todo linage de criminales, no cometerán sus atentados con verdadera deliberacion, y sí solo obedeciendo á una ley de su naturaleza. De tal suerte, que quien clava el puñal en el seno de su hermano ó de su padre, no hace mas que seguir el impulso á que le lleva su organizacion particular, atendidas las circunstancias que le rodean; y no estará mas en su mano el no arrojarse á semejantes actos, que el esperimentar una impresion dolorosa si recibe una contusion ú otro daño en un miembro de su cuerpo.

Parece imposible que á la faz del mundo civilizado se propalen doctrinas, que á mas de estar en abierta oposicion con el sentido íntimo, con el grito de la conciencia, con el consentimiento del género humano, con las leyes y costumbres de todos los paises, tienden á desencadenar de tal suerte las pasiones y abrir la puerta á todos los delitos; y lo singular es, que una doctrina que ha sido en todas épocas la enseña de sectas pervertidas, se nos presente como una invencion maravillosa, como indefectible panacea para curar todos los males de la humanidad, como fecundo semillero de prosperidad y ventura.

En todos tiempos se ha reconocido que de los hombres, los unos son mas inclinados al bien ó al mal que los otros: la diferencia de índoles y caractéres es cosa ya tan conocida y tan generalizada, que en todos los idiomas se encuentran palabras que esplican esta diversidad; pero el buen sentido del humano linage, ha distinguido siempre entre una inclinacion mas ó menos decidida hácia un género de actos y la verdadera demencia. En el que adolecia de la primera, aun cuando le fuera difícil abstenerse de ellos, se reconocia la libertad de no cometerlos, y por lo tanto se le imputaban á culpa; cuando al segundo, totalmente destituido de la razon, se le consideraba como un bruto que obedecia á instintos ciegos, cuya mala tendencia no comprendia, y cuyo impulso no le era posible resistir. Pero declarar de una vez que todos los hombres se hallan en este último caso, es proclamar la demencia universal; y el humano linage tiene indisputable derecho á rechazar este ultraje sobre la frente del que se lo arroja.

Con tan bella teoría, bien se deja entender lo que seria la sociedad ideada por Owen; los hombres, seguros de que no habian de recibir premio ni castigo, no tendrian ni estímulo para el bien, ni freno para el mal; el que se le antojase robar las halajas de su compañero, asesinar á su amigo, violentar á una doncella, incendiar una casa, ó perpetrar otros actos semejantes, estaba cierto que cuando mas, se le consideraria como un enfermo atacado de inclinacion al robo, al asesinato, á la violacion ó al incendio; y como quiera que absteniéndose de cometer con frecuencia dichos atentados, podria persuadir fácilmente que su enfermedad no es peligrosa, y que el esceso á que ha llegado no ha sido mas que un accidente pasagero, hasta le seria dable evitar que se le encerrase por mucho tiempo en un Charenton ó en un Bedlam.

Sin embargo, y á pesar de tamaña evidencia de los pésimos resultados que consigo traerian tan desolantes doctrinas, M. Owen se lisonjea de que con ellas se podria crear un paraiso sobre la tierra.

y organizar una sociedad donde los hombres se convirtiesen en ángeles. El principio de esta sociedad debiera ser la ***vida comun***, en la que trabajando cada individuo segun sus medios é industria, estuviese provisto de cuanto hubiese menester. En la comunidad, la educacion debiera ser la misma para todos, invariable, uniforme, dirigida de tal suerte, que no hiciera *nacer sino sentimientos verdaderos y libres en su emision, conformes, sobre todo, á las leyes evidentes de nuestra naturaleza.* Bajo tales condiciones, y con la ayuda de estas circunstancias, *la propiedad individual llegaria á ser inútil;* y la igualdad perfecta, la comunidad absoluta, fueran las solas reglas posibles de la sociedad.

M. Owen cree que en seguida se podrán abolir todos los signos de riqueza personal, y que la comunidad reemplazará á la familia. Cada una de estas comunidades constará de dos ó tres mil individuos, que se dedicarán á industrias combinadas, agrícolas y fabriles; de manera, que puedan satisfacer á sus necesidades mas esenciales. Las diversas comunidades se enlazarán entre sí y formarán un congreso; en cada comunidad *no habrá mas que una gerarquía, que será la de las funciones, y esta dependerá de la edad.* Hasta los quince años, el individuo recibirá educacion; pero en pasando de ellos, entrará en el órden de los trabajadores; los agentes mas activos de la produccion, serán los jóvenes de veinte á veinticinco años; los de veinticinco á treinta, cuidarán de la distribucion y conservacion de la riqueza social; los hombres de treinta á cuarenta, tendrán el cargo de cuidar del movimiento interior de la comunidad; y los de cuarenta á sesenta, arreglarán las relaciones de ésta con las otras de los alrededores; y por fin, un consejo de gobierno presidirá á este conjunto material, intelectual y moral.

Hasta ahora se habia creido que era sumamente peligroso soltar el freno á las pasiones; y en todos los paises del mundo, bajo todas las formas de gobierno, bajo todas las religiones, bajo todos los sistemas filosóficos que no estuviesen faltos de sentido comun, se habia conceptuado como de indeclinable necesidad, el reprimir esos impulsos ciegos que tienden á una satisfaccion momentánea, que miran á lo presente, sin dar una ojeada al porvenir; que nos llevan á un objeto sin pensar en el resultado que su goce nos puede acarrear, que nos inducen á llenar el deseo sin atender á las consideraciones de decoro, de deber, ni á nada de cuanto se encierra en el nombre de moralidad. La represion habia sido juzgada como indispensable, porque la esperiencia está manifestando que si damos rienda suelta á esos impulsos, nos degradan, nos envilecen, nos igualan con los brutos, acaban con todas nuestras riquezas, con nuestra

salud, y hasta con la ecsistencia misma. La facultad que tiene el hombre de resistir á estos impulsos, la libertad que posee de contrariarlos, habia sido considerada siempre como una de sus dotes característícas, como uno de los beneficios con que le favoreciera el Criador, levantándole sobre la esfera de los irracionales. Quien hallándose tentado por una pasion vehemente, que le inducia á un acto criminal, hacia un esfuerzo para dominarla y seguir el camino de la virtud, era mirado como un héroe, era propuesto como sublime modelo que debieran imitar los demas. Aquel era el hombre por escelencia: aquel habia mostrado en todo su grandor la dignidad humana: aquel habia usado noblemente de su razon y de su voluntad: aquel habia *correspondido* á los designios del Supremo Hacedor, cuando formándole á imágen y semejanza suya, quiso que la conducta de esta elevada criatura no fuese regida por los ciegos instintos á que obedecen los brutos, sino por la razon, destello de la Divinidad, hermosísima luz que nos manifiesta el bien y el mal, que *nos guia por* el *sendero* de la vida sin que nos fuerce á seguirle, dejando en nuestra mano el que si nos place escojamos el de la perdicion y de la muerte. De esta doctrina sublime, único dogma del hombre, brotaban las ideas de virtud, de cumplimiento de los deberes; la abnegacion, el desprendimiento, la paciencia en los trabajos, la fortaleza en las adversidades, la serenidad en las tribulaciones, la heróica resignacion á perder todos los bienes y hasta la salud y la vida, antes que empañar la conciencia con un acto reprensible. En una palabra, con el antiguo sistema se concibe la humanidad con todo lo que tiene de bello, de sublime y de grande; el hombre, si bien sujeto á defectos y miserias, es todavía una criatura noble, que lleva en su frente el sello que le imprimiera el Criador: su felicidad no está en los goces de la tierra, su destino final no se halla en este mundo, es un ilustre proscripto, que alejado de su patria, pasa algunos dias de luto y de dolor en este valle de infortunio; pero que en el fondo de su corazon, abriga la esperanza de volver á su tierra natal, y de disfrutar la inefable dicha que allá le está reservada. Hijo del cielo, se dirige hácia el cielo; si se aparta de este camino, es por un estravío lamentable, del cual le remuerde su conciencia: criado para gozar de Dios, no se satisface su corazon con los placeres de la tierra; y sintiendo en medio de ellos un hondo vacío, un malestar inesplicable, conoce que solo le es dado alcanzar la felicidad en la vida futura, cuando le será concedido unirse con su Criador, sumergiéndose en un piélago de amor y de luz.

Toda esta belleza, toda esta sublimidad, son vanas ilusiones segun el sistema de Owen; todas estas virtudes de abnegacion, de

desprendimiento, de resignacion, de fortaleza, de heróica resistencia á todo linage de pasiones, todo ese conjunto que nos revela nuestra dignidad, y cuyo solo nombre nos conforta y agranda, todo esto desaparece desde que se nos niega la libertad, se nos declara que obedecemos á impulsos irresistibles, se nos incita á que dejemos de forcejar contra ellos, á que nos abandonemos sin reserva á esos instintos que nos llevan á gozar hoy sin pensar en el dia de mañana, desde que se pretende hacernos creer que así viviremos conforme á las leyes de nuestra naturaleza, que así no romperemos la armonía de la creacion, que así nos haremos agradables á Dios, rindiéndole el único culto que le es debido.

Para todos los hombres que sientan latir en su pecho un corazon noble, estas doctrinas dejan de ser peligrosas de puro ofensivas á la dignidad humana; porque el débil mortal, si bien sujeto á muchas miserias, no abdica con facilidad los nobles títulos de su orígen; y en medio de su decaimiento, se asemeja á los hijos de ilustre prosapia, que en medio de su abatimiento se complacen en recordar lo distinguido de su cuna, y en hacer notar que conservan todavía el lenguaje y los modales que cumplen á su hidalgo nacimiento. No: la humanidad no vuelve la vista hácia ese porvenir con que le brinda M. Owen; si viera que se acerca, lejos de abalanzarse hácia él, lanzaria un grito de horror; como el infeliz que viviendo en la luz del dia, se le intima que va á ser sepultado en una cárcel tenebrosa.

Si tal es el sistema de Owen considerado bajo el aspecto de dignidad y de moralidad, no es mas lisonjero por lo tocante á los resultados económicos. Establece la vida comun cimentándola sobre la espansion de todas las pasiones, y cabalmente ese género de vida es insostenible sin la represion de ellas. En el cristianismo se ha visto realizada de una manera sublime; pero ¿cómo? basándola sobre la abnegacion, sobre el desprendimiento, sobre la mortificacion de la carne, sobre la abdicacion de la propia voluntad, ofreciéndose el individuo en holocausto, ya sea como víctima de penitencia en la soledad del retiro, ya consagrándose todo entero al socorro de los necesitados, al consuelo de los afligidos, al rescate de los cautivos, á la instruccion de la infancia, á la conversion de los pecadores, á la propagacion de la fé del Crucificado entre los pueblos sentados en las tinieblas y sombras de la muerte.

Así se concibe la vida comun, así se concibe la posibilidad de que las pasiones, los intereses de los individuos, declarándose en abierta lucha, no engendren primero el desórden, y no produzcan luego el trastorno y el caos; así se concibe la vida comun, porque los intereses individuales desaparecen, las pasiones se amortiguan y se

comprimen, *todo está regido por un pensamiento comun*, todo está absorvido por un pensamiento comun, todo subordinado al santo fin que se propusiera el Fundador, todo gobernado por una voluntad, á la cual es un deber sagrado el obedecer.

Pero dejad en pié los intereses individuales, dejad las pasiones en todo su vigor y energía, abandonad ese conjunto de fuerzas á sus impulsos naturales, y vereis cómo se chocan vivamente, cómo se destruyen unas á otras, sin producir esa armonía con que se lisonjeaba el soñador reformista.

Ahogado el sentimiento individual, absorvido el hombre en la comunidad, quedaria el alma sin resorte, y por consiguiente vegetara en la inaccion, á no tener en sí misma motivos superiores que le comunicaran movimiento. ¿Creeis, por ventura, que ese religioso á quien veis desprendido de todo interés propio, de toda voluntad propia, dejándose manejar por otro como un cadáver, creeis, por ventura, que no abriga en el íntimo de su corazon un fondo de vida, de energía, que hace llevaderos los trabajos, agradables las mas penosas tareas, fáciles las mas árduas empresas? En su semblante, en sus modales, en sus palabras, no descubrís al individuo, no veis sino al miembro de la sociedad á que pertenece; pero penetrad en su alma, oidle cuando derrama en la espansion de la amistad ó en las efusiones del entusiasmo, el fuego santo que lleva escondido en su pecho; allí notareis que al desprendimiento de los bienes de la tierra, ha sucedido un inmenso deseo de los bienes celestiales, que al amor mundanal ha sucedido el amor divino, que á los placeres sensuales han sucedido los dulcísimos goces de amor á Dios, de amor á sus semejantes, de ofrecer su vida en holocausto para complacer al Señor y hacer la felicidad de los prójimos.

¿Dónde están esos móviles en la sociedad escogitada por Owen? Allí se pretende que desaparezca tambien el individuo, que desaparezca la familia, que todo se absorva en la comunidad; ¿pero cómo? por un refinamiento de egoismo, por un refinamiento del sentimien-individual, perdiendo todo temor de que pueda faltar lo necesario para la subsistencia, con la seguridad de que los trabajos de los demas socios, proveerán con abundancia á cuanto sea menester hasta para los placeres de la vida, sea cual fuere el grado de la intensidad con que él se dedique á la tarea que le corresponde.

¿Cuál seria la consecuencia natural de un estado semejante? La pereza, la indolencia mas cumplida, el abandono á los malos instintos, á todo linage de pasiones, pudiendo asegurarse que en el breve tiempo que durar debiera una sociedad de esta clase, habria la mas repugnante injusticia en la distribucion de los productos, pues que

los muchos perezosos y malos, se aprovecharian de los sudores de los pocos laboriosos y buenos.

El ensayo hecho por el mismo Owen en la América, debiera haberle enseñado estas verdades. *Lo acontecido en New-Harmony,* no es un caso escepcional, sino un ejemplo de lo que por necesidad se *verificaria* en todos tiempos y paises. M. Owen, empeñado en no reconocer los vicios radicales de su sistema, achaca el mal ésito de su tentativa, á los elementos de que se componia su colonia; mas no advierte que el mismo mal que se halló en ella, se encontraria en todas las otras en grado mas ó menos intenso; y que si bien suponiendo una reunion de hombres mas inteligentes y morigerados, los inconvenientes no serian por de pronto tan graves, el maligno gérmen se desarrollaria á la sombra de la *misma institucion,* y lejos de mejorarse los individuos de que constaria la humanidad, se irian maleando cada dia mas, hasta parar á un estado que les imposibilitaria de continuar reunidos.

El quejarse de los hombres, de su mala índole, de su falta de instruccion y educacion, de sus perversas inclinaciones, de sus hábitos viciosos, es empeñarse en resolver el problema, sin contar con uno de sus datos mas esenciales; porque precisamente en todas las reformas en que se trata de plantear una nueva organizacion social, es menester contar con los hombres *tales como son en sí, no como* nosotros deseáramos que fuesen.

Aun cuando el sistema de Owen fuese muy racional y muy justo, bastaria que ecsigiese una preparacion imposible para que debiera ser mirado como una utopia irrealizable. Mas no está el mal en ecsigir una preparacion en los espíritus de todo punto imposible, sino en que para prepararlos se comienza echándolos á perder, destruyendo el sentimiento de la propia dignidad, negando la libertad, la responsabilidad, la conciencia, anonadando á todo el hombre moral, desenvolviendo todas las pasiones, inspirando amor á los goces, persuadiendo de que nuestro mas alto destino es pasar aquí en la tierra una vida agradable y placentera; en una palabra, quitando todos los estímulos que pueden conducir al bien, quebrantando todos los frenos que pueden retraer del mal, y dejando al hombre abandonado al ímpetu de sus pasiones, sin norte, sin guia, como bajel desmantelado en medio de las tempestades del Océano.

Esta breve reseña analítica que acabamos de hacer de las doctrinas de Owen, es una confirmacion de lo que hemos sentado al principio, de que los hombres que contemplan la sociedad, prescindiendo de las luces de la religion cristiana, se estravian lastimosamente no solo en lo que toca al orígen de nuestros males, sino tambien

en lo relativo á sus remedios; son pésimos filósofos cuando se proponen esplicar las causas del malestar del linage humano, y muy miserables hombres de gobierno cuando intentan destruir la organizacion ecsistente, y reemplazarla con otra nueva, que allá en sus sueños escogitaran.

Artículo quinto.

LA UTOPIA DE TOMAS MORO.

Entre los filósofos que se han distinguido en la Europa moderna por sus ideas reformadoras de la sociedad, figura un hombre ilustre en los anales de la Iglesia y en los fastos del humano linage; ya que ilustres son en todos tiempos y paises la sabiduría, la virtud y el heróismo. Hablamos de Tomás Moro, de ese gran canciller de Inglaterra, que selló con su sangre generosa su adhesion á la fé, y que se atrevió á resistir á la tiranía de Enrique VIII, anteponiendo los deberes de su conciencia á su fortuna, á los atractivos de su alta categoría y á su propia ecsistencia. Quien marcha impávido al cadalso por no hacer traicion á la causa de Dios; quien obedece primero á éste que á los hombres, ofreciendo su vida en un patíbulo, si al mismo tiempo ha hablado sobre la sociedad manifestando *ideas nuevas*, planes de reforma que afectarian profundamente los sistemas actuales, y mucho mas hubieran afectado los que regian en su tiempo, bien merece que nos ocupemos de lo que dijo y de lo que pensó, supuesto que á un hombre de esta clase debemos considerarle como profundamente instruido en la ciencia de la religion, é incapaz de ponerse en desacuerdo con las doctrinas de la Iglesia.

Importa tanto mas el ecsaminar las ideas de Tomás Moro, cuanto que los enemigos de la verdad podrian aprovecharse de su nombre para dar á entender que condenando las doctrinas de algunos innovadores, condenamos tambien las de uno de los ornamentos mas brillantes de la Iglesia católica.

Creemos poder demostrar que las opiniones de Tomás Moro nada tienen de comun con las de Saint Simon, Fourrier ú Owen; y que si bien habria mucho que decir sobre algunos pasages de su obra, se conoce, no obstante, que aun cuando supone que prescinde de la religion cristiana, no perdia de vista la luz que de ella podia recibir en la resolucion de los intrincados problemas que se le iban ofreciendo.

La publicacion de la famosa *Utopia* de Tomás Moro á principios del siglo XVI, es un fenómeno que indica á las claras el movimiento de los espíritus en dicha época, y que demuestra cuán falsamente han afirmado los protestantes y los incrédulos, que sin la revolucion religiosa promovida por Lutero, el entendimiento humano hubiera permanecido en las tinieblas y en la esclavitud. En este notabilísimo escrito se echan de ver miras tan elevadas, sentimientos tan generosos, tal deseo de mejorar la suerte del humano linage, que es asombroso el que un hombre de aquellos tiempos viera con tanta claridad los altos problemas sociales y se arrojase á emitir sus ideas con tanta libertad.

Ya desde entonces condenaba el ilustre canciller en sus escritos, así la vagancia como el esceso del trabajo á que están alternativamente sujetos los pobres de nuestro tiempo. Está á cargo de los magistrados sifograutos, decia, cuidar y reconocer que no haya vagamundos, sino que cada uno esté cuidadosamente ocupado en su ministerio. No comienzan su labor muy de mañana, ni trabajan continuamente hasta muy entrada la noche, ni se fatigan con incesante molestia como las bestias, porque es infelicidad mas que de esclavos la de los que perpetuamente han de estar trabajando, como sucede á los que viven fuera de Utopia.

Señalaba uno de los medios mas á propósito para aumentar la riqueza y tener la abundancia de todas las cosas para las necesidades y comodidades de la vida, el que no hubiese en la sociedad muchos brazos improductivos que consumiesen el fruto del trabajo de los laboriosos. Quejábase de que casi todas las mugeres y otras muchas clases permaneciesen en la ociosidad, y de que fuera tan reducido el número de los que se ocupaban en la produccion de las cosas necesarias, añadiendo, que si los que se emplean en artes inútiles, y los holgazanes que pasan sus dias en el ócio y en la flojedad, se ocuparan en obras de provecho, poco tiempo bastara para abundar de todas las cosas necesarias á la subsistencia y al regalo. "En otras repúblicas, decia, aunque sean prósperas y florecientes, y nadie tema morirse de hambre, procuran, no obstante, mas sus comodidades particulares que la conveniencia pública." . . . . .

"¿Atreveráse alguno á comparar la equidad de otra gente con la igualdad de la república de Utopia? ¿Qué justicia es esa que un noble ó un plebeyo usurero, ú otro que ó no se emplea en nada, ó cuyos servicios son poco necesarios, se adquiera con la ociosidad el vivir con esplendor y regalo, y un esclavo, un hombre del campo, ó un oficial que trabajando de dia y de noche con tal fatiga que no pudiera tolerarla un bruto, gane escasamente el alimento que se proporcionan con menos incomodidad los animales, que ni andan tan cansados, ni los atormenta el temor de que pueda faltarles lo que necesitan? Al infeliz jornalero, lo escaso de su trabajo y el recuerdo de que ha de pasar la vejez en la pobreza, le aguijonea y aflige: el salario es tan tenue, que apenas le basta para el sustento, y así no le es posible ahorrar algun caudal que le ayude á pasar dias menos desgraciados, cuando la ancianidad haya quebrantado sus fuerzas. ¿Por ventura, no es ingrata é injusta aquella república que desperdicia grandes dádivas y caudales en los que se llaman nobles, en los artífices de cosas vanas, en los bufones, en los inventores de deleites superfluos, y en otros objetos por este tenor, no mirando con la debida benignidad y solicitud á los agricultores y artesanos, sin los cuales no puede conservarse la república? Desagradecida, abusa de los trabajos que pudieran serle de provecho, olvidando los afanes que á sus autores costarán: y sin acordarse de tamaño beneficio, cuando estos se hallan en necesidad, despues de haber pasado largos años con graves enfermedades, los recompensa dejándolos morir en estrema pobreza. Y ¿qué diremos de los ricos que se quedan con el salario de los pobres, no solamente con violencia y engaño, sino tambien con el pretesto de las leyes? Así, lo que antes parecia injusto, como era el no retribuir á los que habian hecho algun bien y servicio á la república, se escusa con el establecimiento de leyes nuevas, disfrazando con el nombre de justicia la ingratitud y la perversidad. Estas invenciones de los ricos, so color del bien público, se convierten en leyes; los hombres dañinos se reparten entre ellos, con insaciable codicia, las cosas que debian proveer á la subsistencia de todos . . . .

. . . .

"Revolved en vuestro ánimo lo que sucede en un año estéril, en que millares de personas mueren de hambre: llanamente me atreveré á afirmar, que si al fin de aquella carestía se manifestasen los graneros de los ricos, se hallaria tanto trigo, que repartido entre los infelices, ni uno solo hubiera perecido de necesidad. Fácilmente pudiera haberse proveido al sustento de todos, si el dinero inventado para nuestro bien, no hubiese servido á estorbar el remedio de

los males. No me cabe duda de que tambien los *ricos sienten* y entienden así estas cosas, y que no ignoran cuánto mejor fuera la condicion en que no se careciese de nada necesario, librándose de innumerables daños, que no el vivir ellos con riquezas tan abundantes, y muchas superfluas. Yo tengo por cierto que el respeto debido á la autoridad de Jesucristo, el cual con su sabiduría y bondad pudo aconsejar aquello que era mejor, hubiera sometido el mundo á estas leyes, si no se hubiera opuesto la soberbia que no estima en tanto los bienes propios como los agenos deleitándose en afligir á los pobres" . . . .

"Esta quisiera ser tenida por diosa aun cuando no hubiese miserables en el mundo á quienes pudiera mandar, y de quienes pudiera triunfar resplandeciendo con las desdichas agenas y haciendo alarde de su poder y riquezas, con lo cual aflige y aumenta la miseria y la necesidad."

Por lo tocante á la organizacion de su república, vamos á dar una idea á nuestros lectores, que sin duda se complacerán en las miras grandiosas y sentimientos apacibles de aquella alma tan hermosa y elevada. Mas no esperen encontrar aquí los proyectos inmorales de Saint Simon, Fourrier ú Owen; muy al contrario, el insigne canciller, al paso que se proponia presentar el bosquejo de una nueva república en nada parecida á las ecsistentes, respetaba, sin embargo, los eternos principios de la moral; y lejos de soltar la rienda á las pasiones, y de esparcir la semilla de todos los vicios como lo han hecho los innovadores de nuestros tiempos, solo trataba de hacer mas felices á los hombres, refrenando sus malas inclinaciones y llevándolos por el camino de la virtud.

En la isla de Utopia tiene cincuenta y cuatro ciudades, todas iguales en idioma, leyes é instituciones, y construidas bajo un mismo plan. Las mas cercanas están á veinticuatro mil pasos; pero ninguna tan apartada de las otras que un peon no pudiese andar el camino en una sola jornada. La capital se llama Amauroto, está sentada en medio de la isla, y á ella concurren cada año tres ciudadanos espertos y ancianos de las ciudades subalternas.

Ninguna ciudad tiene de término mas de veinte mil pasos en contorno, escepto las que están mas desviadas, ecsigiéndolo así la situacion en que se encuentran con respecto á otras. Los labradores se consideran mas bien como usufructuarios que como señores de las tierras. Cada familia rústica consta á lo menos de cuarenta personas á quienes se les señala un padre y madre de familia, de adelantada edad y costumbres venerables; formándose con cada treinta cortijos una especie de distrito que tiene designado su gefe..

Los ciudadanos salen sucesivamente al campo para ocuparse de la labranza, y cada año vuelven á la ciudad veinte individuos de cada una de las familias agrícolas, despues de haber residido dos años en las alquerías. Mas no queda por esto ningun vacío, porque salen otros tantos de la ciudad para reemplazarlos. Así logran que nadie ignore el arte de labrar los campos, que todos se acostumbren á la fatiga de estos trabajos, dejando al propio tiempo en libertad de continuar dedicados á la agricultura á los que gusten de ella. Todos los instrumentos de labranza los suministra el magistrado de la ciudad, sin que le cuesten nada al que los recibe. Y es de notar, que en llegando el tiempo de la siega, los directores de la labranza avisan á los magistrados del número de brazos que se han menester, los que saliendo de la ciudad un dia sereno, dan cima á la faena en pocas horas, poniendo el grano á cubierto de todo contratiempo.

Todos los años eligen un magistrado para cada treinta familias: en su lengua antigua le llamaron Sifogranto, y en la moderna Filarco. Estos filarcos están sometidos de diez en diez á otro magistrado superior, que antiguamente apellidaban Tranivoro y ahora *Protofilarco*. Los *sifograntos* son en número de doscientos, y prestan juramento de que elegirán en votacion secreta *por príncipe*, á uno, de cuatro que propusiere el pueblo, y al que ellos juzgaren mas conveniente. La dignidad de príncipe es vitalicia, á menos que no venga en sospecha de que quiere tiranizar el Estado. Los tranivoros consultan con el príncipe cada tres dias, á no ocurrir algun negocio que ecsija se junten con mas frecuencia, y no toman ninguna determinacion sin que la hayan discutido tres dias antes: á veces se tratan tambien los negocios en las juntas generales de toda la isla.

Es costumbre en el senado el no entablar discusion sobre un asunto el primer dia que se le propone; evitándose de esta manera el que cada cual se arroje á decir inconsideradamente lo primero que se le ocurre, y que despues se obstine en defender su dictámen, mas bien por vergüenza de abandonarlo, que por miras de utilidad pública.

No se permiten juegos de dados, y solo usan dos muy parecidos al ajedrez; el uno es una batalla en que los de una parte despojan á los de la opuesta, y el otro tiene un objeto altamente moral, pues que es una especie de escuadron en que los vicios pelean contra las virtudes, y se opone cada vicio á la virtud correspondiente; trabándose entre los dos la lucha, y manifestándose en los medios que emplean lo que da en realidad el triunfo á la virtud sobre el vicio, y los ardides con que aquella se defiende de los ataques de éste.

Las ciudades se componen de familias; los hijos y los nietos viven bajo el gobierno y obediencia del mas anciano, á no ser que la mucha edad le haya enflaquecido la razon, que en tal caso le sucede el inmediato. Si alguna familia está falta de individuos, se los prestan las otras. Cuando la poblacion se multiplica demasiado, envian el sobrante á otras ciudades donde escasee; y si toda la isla rebosa de gente, fundan colonias en las tierras inmediatas.

Cada ciudad se divide en cuatro cuarteles, y en medio de cada uno de estos hay una plaza donde se hallan todos los productos de la tierra y de las artes. Todo padre de familias se lleva lo que necesita para sí y los suyos, sin dar dinero ni otra recompensa. Las reses muertas las ponen en lugar donde se puedan lavar bien: y es notable que no permiten que ningun ciudadano se ocupe en degollar, desollar ni cortar, porque temen que con esta costumbre no se vuelvan crueles é inhumanos, perdiéndose poco á poco el horror á estos actos que siempre encierran algo de atroz y repugnante. Así es que solo los esclavos están encargados de estas ocupaciones.

Los ciudadanos tienen mesa comun, y es curioso el sistema que se sigue en estos banquetes. Cada barrio tiene unas salas públicas donde moran los sifograntos, y á cada uno de estos se le señalan treinta familias, acomodándose quince de ellas á cada lado de la mesa. A horas señaladas los despenseros acuden á la plaza para proveerse de lo necesario, bien que es preciso que aguarden á que el despensero del hospital haya tomado lo que haya menester para las necesidades y regalo de los enfermos.

En cada ciudad hay cuatro hospitales públicos: están á las inmediaciones de ella, pero fuera de las murallas; son tan grandes, que al verlos cualquiera diria que el edificio es un pueblo. La buena disposicion de las salas, la abundante provision de todo lo necesario, la solicitud y caridad del servicio, la asistencia de médicos doctos, en una palabra, la reunion de cuantas circunstancias se pueden desear, hace que los enfermos quieran mas pasar á ellos que no continuar en su propia casa.

En llegando la hora de comer ó de cenar, las familias son llamadas á son de trompeta: y si algunos quieren llevarse alguna refaccion de la plaza á su casa, nadie se lo prohibe porque conceptúan que quien lo hace es porque lo necesita.

La asistencia á las comidas públicas no es obligatoria, pero nadie se escusa de acudir: porque consideran que es cosa indecente el comer aparte, y ademas, porque en las salas comunes que llaman tinelos, encuentran manjares tan abundantes y regalados, que difícilmente los podrian disfrutar en sus casas. Durante la comida se

lee un breve rato algun escrito moral; pero teniendo el cuidado de que no llegue á causar fastidio. Despues de la lectura, los ancianos suscitan conversaciones agradables, y procuran que hablen los mancebos, para que abriéndose estos mas francamente con la libertad de la mesa, se eche de ver cuáles son su índole y disposiciones. No se crea, sin embargo, que sea permitida la licencia, antes al contrario, están tomadas todas las precauciones para evitar los escesos. En la mesa principal, situada á la cabecera de la sala, está el sifogranto con su muger: á su inmediacion dos de los mas ancianos, y van siguiendo mezclados los de diferentes edades, de suerte que los mozos no puedan decir ni hacer cosa que no lo vea alguno de edad provecta; lográndose de esta manera que el respeto y autoridad de los mayores evite los escesos á que podrian entregarse los jóvenes, si no tuviesen testigos que pusieran coto á su fogosidad y destemplanza.

Cuidan de tal manera que la sed del oro no corrompa los corazones, que han procurado hacer que cayera en desprecio este metal, así como la plata, con la estrañeza de fabricar de barro y vidrio las vajillas, y destinando los metales preciosos á los usos mas inmundos. De oro y de plata labran los grillos y cadenas para prision y castigo de los esclavos. Los zarcillos de las orejas, los anillos y cabestrillos de oro, son marcas de ignominia.

En cuanto á los diamantes, carbunclos y todo linage de perlas, solo los hacen servir para engalanar á los niños; pero en llegando éstos á mayor edad, se avergüenzan de esas preciosidades y las dejan como juguetes impropios. Así es que cuando los embajadores de Anemolio fueron allá recamados de oro, adornados de sortijas y cadenas de gran precio, los utopianos los miraban como esclavos, y los niños al verlos pasar tocaban á sus madres y les decian: "Madre, madre, ved ese simple que usa perlas y joyas como si fuera niño." Los embajadores llegaron al fin á conocer la estrañeza que causaban á los utopianos y dejaron su primitivo engreimiento. Maravillábanse los de Utopia, dice aquí Tomás Moro con notable dignidad, que hubiese algun hombre cuerdo á quien entretenga el deleite del vano resplandor de una piedrecilla, pudiendo mirar la hermosura y belleza de los astros, y sobre todo, del sol; de que hubiese hombre tan vano que se imaginase mas noble porque viste de paño mas delgado y costoso, cuando es cierto que la mas delgada lana tuvo su principio y se crió en la oveja: tambien se maravillaban que en todas partes se haga tanta estimacion de cosa tan inútil como de su naturaleza es el oro, y de que le aprecien hasta tal punto que el mismo hombre, á cuyo servicio está destinado el metal,

sea estimado en menos que él, de suerte que hay persona tan pesada como el plomo, y que no tiene mas sentido que un tronco, que á la necedad reune la maldad, y *sin embargo*, tiene por esclavos á otros sábios y honrados, solo porque á él le cupo en suerte el tener gran cantidad de escudos . . . . . A mas de esto se maravillan y abominan de la locura de aquellos que á los que conocen ricos, aun cuando no les deban nada ni estén ligados con ellos por ninguna obligacion, solo por ser ricos los honran tanto que no falta sino que los veneren como á dioses; y esto *conociéndolos* tan escasos, miserables y avarientos, hasta saber con certeza que de tan grandes tesoros no les han de socorrer con un maravedí."

Artículo sesto.

LA UTOPIA DE TOMAS MORO.

(Conclusion.)

No hace consistir Tomás Moro la felicidad del hombre en la satisfaccion de las pasiones, como lo han hecho los novadores irreligiosos; no prescinde de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos que le están reservados en la otra vida: esplicando los principios de la filosofía moral entre los utopianos, afirma que los fundamentos de ella son que el alma es inmortal, nacida por la bondad de Dios *para* ser feliz, y que á la virtud y al vicio les está reservado el premio ó el castigo. Combate con mucha solidez el principio que pretende afianzar la moral sin ningun *freno*, por lo que se espera ó teme despues de esta vida, diciendo: "Seguir las dificultades y asperezas de la virtud, no solo huyendo de lo suave de la vida, sino voluntariamente abrazando y sufriendo pesares, cuando de ello no se *espera ningun* fruto, afirman los utopianos ser locura; porque si despues de acabada la vida no se consigue premio, ¿de qué sirve el haberla pasado miserablemente? . . . .

Definen la virtud diciendo que consiste en vivir segun la ley natural, y que para solo esto fuimos criados por Dios, siguiendo el

verdadero camino, aquel que conforma sus apetitos á la razon. Finalmente, enseñan que esta misma razon inflama á los hombres en el amor y veneracion de Dios, á quien somos deudores del ser que tenemos, y de que séamos capaces de alcanzar la dicha.

Se ha inculpado al autor de la Utopia, por haber presentado á su isla imaginaria poseyendo esclavos, estrañándose algunos de que no desterrase este uso tan poco conforme con la suavidad de costumbres que se proponia retratar; mayormente cuando en su tiempo ya el cristianismo habia llevado las cosas á tal punto que en casi toda la Europa se habia efectuado la emancipacion, y se mejoraba señaladamente el sistema feudal. No obstante, si se lee con reflecsion el capítulo donde el ilustre canciller trata de los esclavos, se verá, que así en cuanto al orígen de ellos, como por lo tocante al modo de tratarlos, la esclavitud en la isla de Utopia es de tal clase, que apenas desdora el pais en que se halla establecida.

En primer lugar, dice que los utopianos no reducen á la esclavitud á los prisioneros de guerra, ni aun á aquellos que la comenzaron. Ese estado degradante tampoco se transmite en Utopia de padres á hijos, y no compran á ninguno que esté en servidumbre en otras naciones. De esta suerte ciegan los tres manantiales de esclavitud, que son la guerra, el nacimiento y la venta. ¿A quiénes, pues, tienen por esclavos? á los que han sido condenados á ello por algun delito, sea que este castigo se les haya impuesto en la misma isla, sea que perteneciendo á otro pais, hayan sufrido en él la misma pena. Así, estos esclavos mas bien deben ser considerados como condenados á presidio; por lo cual los tienen en prisiones, tratándolos con dureza, ocupándolos continuamente en trabajar, para que de esta suerte expien sus crímenes. Hállase allí, dice, otra suerte de servidumbre, que es cuando algun estrangero pobre y de baja condicion, elige él mismo someterse á servir. A los de esta calidad, los tratan benignamente, y los tienen por poco menos que ciudadanos, escepto que les cargan algo mas de trabajo; pero si alguno quiere marcharse, lo que sucede raras veces, no le detienen contra su voluntad, ni lo despiden sin galardon.

Un lunar se encuentra en dicha obra relativa al suicidio, pues que refiere una costumbre de los utopianos, que de ningun modo se puede escusar. Despues de haber dicho que los enfermos son asistidos con gran caridad, y que no se deja sin emplear ningun medio que pueda contribuir al restablecimiento de la salud, dice, que si alguno padece enfermedad prolija, le entretienen conversando con él, y aligeran cuanto pueden sus padecimientos; mas, que si la enfermedad es incurable, y continuamente dolorosa, los sacerdotes y el

magistrado confortan al paciente, procurando persuadirle que, supuesto que ya se halla inepto para los oficios de la vida, molesto á los demas y pesado á sí mismo, no quiera alimentar la maligna enfermedad, y que antes bien no dude en morir, ó quitándose él propio la vida, ó dejándose matar. Claro es que esta doctrina es insostenible en buena moral; y si bien Tomás Moro solo la presenta como una costumbre de una república que no ecsiste, creemos que hubiera hecho mejor en no ofrecer á los lectores semejante ficcion, que puede infundir sospechas de si él creia tal vez que esta clase de suicidios eran permitidos. Si así opinó, padeció un error, sin duda involuntario; ya que al fin de su vida manifestó tanto heróismo en defensa de la verdad, arrostrando por no abandonarla, los horrores de un suplicio.

En cuanto al suicidio perpetrado sin el consentimiento de los sacerdotes y del magistrado, aun cuando mediare enfermedad, dice que los utopianos lo consideran como un crímen, pues no dan sepultura al cuerpo del culpable, y le arrojan á una laguna.

Las mugeres no disfrutan en Utopia la libertad que quieren concederles los reformadores irreligiosos. Hállase establecida en aquel pais la monogamia, y si alguno antes del matrimonio comete algun acto deshonesto, queda perpetuamente privado de contraerle, y es castigado, ademas, con gravísimas penas. Por lo tocante al divorcio, dice que no puede tener lugar en Utopia sino por el adulterio ú otra molestia insufrible; bien que añade que para este efecto se necesita permiso del senado, y que este lo otorga con mucha dificultad, para que no se conciba fácilmente la esperanza de apartarse de su cónyuge. Aquí es menester advertir que se trata de un pueblo donde no ha llegado la luz del cristianismo, con lo cual se disipara la estrañeza que esta costumbre pudiera causar.

El adulterio es castigado con penas severas; y basta la provocacion á la lujuria para hacerse reo del castigo; pareciéndoles, dice, que la voluntad determinada á pecar, aun cuando no llegue á efectuarlo, no debe quedar impune.

Es curioso ver á un escritor de principios del siglo XVI, cuando el espíritu militar se hallaba todavía en mucho auge, cuál pinta la guerra como cosa indigna de hombres, cuál se esfuerza en persuadir que es falsa la gloria que en ella se adquiere, diciendo que los utopianos, lejos de considerarla como verdadera gloria, la reputan por grande infamia. Es notable lo que refiere de los habitantes de Utopia, quienes no apelan á las armas, sino en caso de estrema necesidad; esto es, para defender sus tierras, ó vengar graves injurias, ó acudir al socorro de sus amigos; siendo particular el que emprendan la guerra mas airadamente que nunca, para ecsigir satisfaccion

de los agravios sufridos por los negociantes en paises estraños. En pocas obras de aquel tiempo se encontrará, que uno de los principales motivos de hacer la guerra, sea el vengar ofensas que se hayan hecho á viageros particulares que recorrieran los paises estrangeros para hacer su negocio.

La suavidad que se ha introducido en la guerra en los útimos tiempos, la auguraba ya Tomás Moro. No saquean, dice, ni talan la tierra del enemigo, ni ponen fuego á los sembrados, antes procuran con el mayor cuidado posible que no se echen éstos á perder hollándolos los peones y los caballos, pues considera que tambien pueden servir para su provecho. No ofenden á nadie que vaya desarmado, si no es espía; amparan las ciudades que se les rinden, y no saquean las conquistadas, esceptuando las casas de aquellos que querian impedir la rendicion, á cuyos dueños quitan la vida, reduciendo á los demas á esclavitud.

Supone que en Utopia hay varias religiones, adorando unos el sol, otros la luna, otros las estrellas errantes, otros á hombres insignes en virtud; pero la mayor parte y mas sábia, dice, no reverencia ninguna de estas cosas; antes juzga que hay una Divinidad oculta, eterna, inmensa, inefable, la cual con su poder, mas no con dimension corpórea, se estiende por todo el universo. A ese Dios le llaman Padre: de él reconocen que vienen todas las cosas; á él le miran como causa de todos los aumentos y mudanzas: á él le reconocen como fin de todo cuanto ecsiste, y solo á él le rinden honores divinos. Los demas, bien que adoran cosas diversas, concuerdan tambien en que hay un sumo Dios criador de todas las cosas, y que todas las conserva con su providencia.

La tolerancia religiosa es una de las costumbres de Utopia; bien que no se permite á nadie el sostener que las almas mueren con los cuerpos, que no hay premios y castigos en la otra vida, y que el mundo es gobernado por el acaso. Los que á tal estremo de error llegaren, son tenidos por peores que los brutos; no se los cuenta en el número de los ciudadanos, creyendo que nada puede esperarse de ellos, y que antes bien es de suponer que despreciarán las buenas costumbres y las instituciones mas respetables. No los admiten á los honores, ni les dan ningun puesto en la república, antes los consideran como ineptos para todo. Este es el único castigo que les aplican: les prohiben ademas el disputar sobre esto, especialmente en presencia del vulgo; y exhortan á los sacerdotes á que conferencien con ellos, esperando que semejante locura deberá ser vencida por la razon.

Tienen en grande estima la felicidad de las almas en la otra vi-

da: no lloran á los muertos, y miran como agüero muy malo si alguno teme el dejar la vida, considerando que este temor puede dimanar del mal estado de la conciencia, y porque ademas opinan, que no es agradable á Dios el que no corramos voluntariamente hácia él cuando se digna llamarnos. Si ven morir á alguno de esta manera se entristecen mucho, lo entierran sin pompa, y ruegan á Dios que perdone aquella flaqueza. Al que muere con alegría y buena esperanza, no le lloran: encomiendan su alma á Dios y le hacen las ecsequias con gozo. Levantan una gran columna donde esculpen las alabanzas del difunto, y en volviendo á sus casas relatan las virtudes que le adornaban, recomendando la muerte placentera con que acaba de espirar. Conceptúan que semejante conmemoracion estimula á los vivientes, y es un culto muy agradable á los difuntos, pues creen que estos se hallan presentes á dichas pláticas, pensando que no serian felices si no pudiesen ir donde les pluguiera, y que fueran ingratos si no deseasen volver á ver á sus amigos con quienes se hallaban unidos en vida con recíproco amor. Opinan que en los muertos no se disminuye la caridad, sino que mas bien se aumenta; y así es que se figuran que andan entre los vivos, y con su ausilio acometen ardientemente todo linage de empresas. Esta presencia de los difuntos, los induce tambien á guardarse de cosas malas aun en secreto.

Por la breve reseña que acabo de presentar sobre la Utopia de Tomás Moro se echa de ver la distancia que va de sus doctrinas (aun cuando supone una república en que no se conoce la verdadera religion), á las monstruosidades de aquellos que no viendo en el hombre mas que cuerpo y pasiones, prescinden de todo principio religioso y moral, desprecian la tradicion de los siglos, y no atienden en la organizacion de la sociedad, sino á las inspiraciones de su orgullo. Es preciso desengañarse: esta diferencia ecsistirá siempre entre el filósofo religioso y el impío: por mas que aquel se abandone á los sueños de su imaginacion, por mas que dé rienda suelta á la inventiva de su ingenio, siempre resultarán mucho mas razonables sus sistemas, siempre se echará de ver que el uno anda sin guia, á merced de sus caprichos, mientras el otro procede ilustrado por una antorcha sobrenatural que no le deja estraviar completamente, aun cuando á él le parezca que camina conducido tan solo por la luz de la razon.

Artículo sétimo.

Reflecsionando sobre el orígen, naturaleza y efectos de los sistemas escogitados por Saint-Simon, Fourrier y Owen, se echa de ver la sinrazon con que algunos han atribuido á tamaños delirios alguna influencia saludable. Los tres asientan como principio fundamental de sus teorías la libertad de las pasiones, ó mejor diremos, su satisfaccion, condenando no solo las augustas doctrinas del Evangelio, sino tambien las de los mas distinguidos filósofos de la antigüedad. Aquel célebre dicho *sustine et abstine*, que tan profunda sabiduría encierra, es rechazado como insensato y nocivo por los modernos reformadores: el sufrimiento y la abstinencia es, segun ellos, una infraccion de las leyes de la naturaleza, es obrar contra los designios del Criador, es romper la armonía del universo, que debiera resultar de la ilimitada espansion de todos los sentimientos, de la completa satisfaccion de todas las pasiones. Luis Reybaut, en su obra titulada, *Estudios sobre los reformadores contemporáneos*, conviene en que esta libertad concedida á todo linage de inclinaciones, es altamente destructiva de toda moral y funesta al bienestar de la sociedad; pero entre tanto se permite decir que el cristianismo habia llevado demasiado lejos la lucha entre la razon y las pasiones, convirtiendo el desinterés en ascetismo y martirizando el cuerpo sin provecho del alma; bien que añade, que hallando esta ecsageracion su correctivo en nuestros mismos instintos, no esponia la humanidad á una decadencia. Esta observacion nos presenta la religion cristiana ecsagerando el principio de la resistencia de la parte superior á la inferior, y por consiguiente enseñando una doctrina falsa, porque la verdad ecsagerada deja de ser verdad. No podemos, pues, permitir que pase sin ser refutada semejante afirmacion, la cual no tiene otro fundamento que el poco conocimiento del carácter y tendencia de la moral evangélica.

Para la inteligencia de lo que vamos á esplicar, conviene tener presente la diferencia entre los preceptos y los consejos; aquellos obligan á todo cristiano, estos no; la observancia de los primeros es necesaria para alcanzar la vida eterna; la de los segundos lo es únicamente para llegar á la perfeccion: si quieres entrar en la vida, dijo Jesucristo, observa los mandamientos; si quieres ser perfecto, ve-

te, vende todo lo que tienes y dalo á los pobres y sígueme. En los mandamientos, es decir, en la ley que obliga á los cristianos, está contenido el amor de Dios, el del prójimo, la prohibicion de tomar el nombre de Dios en vano, de robar, de matar, de infamar, de cometer adulterio. ¿Hay aquí, por ventura, preceptos atormentadores de los cuales se pueda con verdad decir que nos martirizan? Los mandamientos que por su parte ha añadido la Iglesia, como el asistir ciertos dias al santo sacrificio de la misa, el abstenerse en otros, de estos ó aquellos alimentos, el disponer las comidas de esta ó aquella manera, pero todo de suerte que no dañe á la salud ni perjudique notablemente nuestros intereses: estos preceptos, repetimos, tan suaves y llevaderos, ¿pueden, por ventura, calificarse de martirio? Es cierto que el cristiano debe mantenerse puro no solo en obras, sino tambien en palabras y pensamientos; es cierto que debe procurar ajustar su vida entera á la ley divina, sin desviarse de ella por consideraciones mundanas; pero ¿no es esto mismo lo que nos está prescribiendo hasta la razon natural? La filosofía puramente humana, ¿no nos enseña tambien que no hay buena moral en el acto que se opone á la ley de Dios, que es reprensible lo que está en contradiccion con la ley eterna? Y hasta ahora nadie ha dicho que por este motivo la filosofía ecsagere: nadie ha pensado en tratarla de verdugo de nuestro cuerpo. Las molestias que por esta causa se ocasionan á éste, son muy ligeras; y si se comparan la salud y el bienestar que resultan de una conducta moral, con las enfermedades y otros males que dimanan del desenfreno de las pasiones, bien se puede afirmar, que aun bajo el aspecto puramente material y atendiendo únicamente á las ventajas corporales, sale muy ganancioso la virtud, y paga muy caros el vicio los goces de algunos momentos.

Demostrado ya que no hay tal martirio, tratándose de la observancia de solos los preceptos, véamos lo que sucede con los consejos. Es indudable que en ellos está contenida la represion de las inclinaciones mas fuertes y seductoras, la abstinencia de los placeres mas vivos, el sufrimiento de padecimientos muy duros, la resignacion á las humillaciones mas repugnantes, y que bajo este concepto puede decirse que son un verdadero martirio del cuerpo y tambien del corazon. Pero no es verdad que este martirio sea sin provecho del alma: antes este provecho es uno de los principales objetos; pues que si el cuerpo es atormentado, no lo es por un ódio ciego é irracional, sino para que no se levante contra el espíritu y no le arrastre por el camino de la maldad, como y tambien para ofrecer á Dios un sacrificio en expiacion de placeres culpables.

Léanse las vidas de los santos mas señalados por su penitente austeridad, y se verá que todos sus deseos se encaminaban á preservarse del pecado, á purificar mas y mas su espíritu y hacerle avanzar en el sendero de la perfeccion, y que para ello procuraban desasirse de todo lo terreno, olvidándolo todo, despreciándolo todo, no recordando otra cosa sino que tenian una alma que salvar y un Dios á quien amar y servir.

La penitencia tan lejos estaba de ser inútil á las almas, que antes bien era un valladar contra las tentaciones del mundo, la astucia del demonio y las seducciones de la carne: con ella se sufocaban las pasiones que pegan el corazon á la tierra, se desenvolvian, elevaban y purificaban los sentimientos que levantan el espíritu á Dios, se avivaba la fé, se sostenia la esperanza, se inflamaba la caridad, y adquiria el espíritu aquella fuerza y energía que le hacian capaz de resistir todos los ímpetus de la carne, y de pasar sobre la tierra una vida de ángel.

Por mas que sea agradable á Dios este género de virtud en que se sacrifica enteramente el cuerpo al espíritu para ofrecer luego el alma á Dios limpia, sin mancha de ninguna clase, purificada de todas las afecciones terrenales; es claro que Jesucristo al establecer sobre la tierra su ley santísima y al dar á los hombres sus consejos sublimes, preveia que serian pocos los que lo dejasen todo sin reservarse nada, y le siguiesen á él por el camino de tan dura austeridad, entregándose á todas las privaciones que les habia recomendado como el mas alto grado de santidad á que podian llegar. Es claro que preveia la debilidad del mayor número de los hombres, y que por tanto sabia tambien que seria incomparablemente mayor el de los cristianos que se contentarian con observar los preceptos, que no el de los que seguirian los consejos: es claro que sabia que aun entre los mismos fervientes imitadores de la vida de dolor, de ignominia y abstraccion que pasó sobre la tierra, serian muy pocos los que pusieran en planta dichos consejos con la severidad, fortaleza y santo heróismo de que algunos cristianos que veneramos sobre los altares nos han ofrecido ejemplo. Mas diremos: algunos de sus consejos fueron dados evidentemente con esta prevision, pues que es cierto que no queria Jesucristo que el mundo dejase de multiplicarse, y por lo mismo cuando aconsejaba la virginidad entendia que su consejo no habia de ser tomado por el mayor número de los fieles. Hasta la vida comun que hacian los discípulos al principio, dejó de ser posible como práctica universal, tan pronto como la Iglesia se estendió considerablemente. ¿Quién se atreveria en la actualidad á proponer que los fieles en todas las partes del mundo viviesen bajo

semejante regla? ¿Cabe, por ventura, imaginar, siendo tanta la estension de la Iglesia, tan numerosos sus hijos, tan complicadas las necesidades de éstos, tan varias y discordes las relaciones que entre sí tienen, tan diferentes los climas, las leyes, los usos y costumbres; cabe imaginar, repetimos, el que todos vendan cuanto tengan y lo lleven á los piés de un apóstol para hacer un fondo comun del cual se sustenten todos los hermanos?

Teniendo presentes estas consideraciones, se echa de ver con toda claridad, que el martirio del cuerpo por medio de la penitencia, esa abstraccion del espíritu que le levanta sobre todas las cosas mundanales, que no le deja darlas una mirada sino para despreciarlas y abandonarlas, aquel desprendimiento que no se reserva nada para sí y que todo lo espera de la limosna, ó mejor diremos, del cuidado de la Providencia; esas virtudes que admiramos en los Pablos, en los Antonios, en los Hilariones, en los Franciscos, en los Domingos, en los Cayetanos, en los Ignacios y otros santos eminentes, debieron ser como modelos rarísimos que conservasen en la tierra el fuego sagrado, que perpetuasen la imitacion de la vida de Jesucristo entre la tibieza de los cristianos, como allá en la antigüedad vemos que de vez en cuando enviaba el Señor sus profetas para recordar al pueblo de Israel el beneficio de haberle sacado de la tierra de Egipto y de la casa de esclavitud y anunciarle la venida de aquel que habia de ser la esperanza de las gentes. Jesucristo, al establecer su Iglesia sacrosanta, no olvidó, ni olvidar pudo en su infinita sabiduría, que eran hombres los que la habian de componer, sujetos á muchas miserias, con el entendimiento ofuscado, la voluntad torcida y el corazon inclinado al mal desde la adolescencia; no pudo olvidar que se necesitaba el poder de su gracia, no solo para hacerlos andar por el estrecho sendero de la perfeccion evangélica, sino tambien para encaminarlos por las vias de una moral pura, apartándolos de la corrupcion en que estaba sumido el universo antes de que viniese la plenitud de los tiempos, y hacer que se decidiesen á tomar sobre sus hombros un yugo suave y una carga ligera.

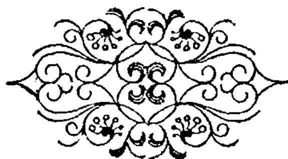
Luego el achacar á la religion cristiana el que ecsagera la virtud del desprendimiento, el suponer que haya de ser corregida por la fuerza de los instintos y de las pasiones, es no comprenderla, es prescindir de las miras del Divino Fundador de la Iglesia, es suponer que él se lisonjeó con esperanzas irrealizables, es decir que desconoció la humanidad y que se empeñó en sujetarla á condiciones incompatibles con su ecsistencia; es, sobre todo, desconocer que esa misma alteza de perfeccion predicada por Jesucristo puede muy bien ecsistir segun las circunstancias, sin ese martirio del cuerpo que nos

asombra en algunos santos penitentes, bastando para *ello una* circuncision de corazon con la cual se arranquen todas las afecciones mundanas y se le purifiquen en el crisol del amor de Dios; es desconocer que con esa alteza de perfeccion es conciliable el cuidado de los negocios humanos, si á ello es llamada la persona por razon de su estado, y que puede *ser muy agradable* á Dios una vida en que haya pocas horas disponibles para la oracion, en que no sea dable entregarse á grandes austeridades; es no recordar aquella mácsima que está escrita en el sagrado testo y practicada por los santos, de que la caridad se hace toda para todos, para ganarlos á todos. La religion *cristiana*, pues, no necesita del correctivo de las pasiones; esto es trastornar monstruosamente las ideas; ella es quien debe corregirlas, y en la parte en que puede decirse que la embarazan y resisten, no hay falta de prevision en el Divino Fundador que todo lo hizo con número, peso y medida.

Los sistemas de los modernos reformadores estableciendo un principio diametralmente opuesto al de la moral de Jesucristo, han asentado por basa de sus teorías insensatas el que la felicidad del individuo y de la sociedad dependian del ilimitado desarrollo de todas las pasiones. Jesucristo enseñó que la mayor altura de perfeccion estaba en desacirse de todo para seguirle por el camino del cielo, y los novadores afirman que el máximum del bien está en la satisfaccion de todas las pasiones, en pegarse á la tierra como un reptil inmundo, sin levantar jamas la cabeza para dar una mirada á las regiones de la inmortalidad. La tierra es un destierro, dijo Jesucristo: la tierra es nuestra patria, dicen ellos: la vida es un viage, dijo Jesucristo; la vida es nuestro término, dicen ellos: el goce material es dañoso al espíritu, dijo Jesucristo; el goce material santifica el espíritu, dicen ellos: aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, dijo Jesucristo; dad rienda suelta á la ira y al orgullo, dicen ellos: santificaos haciendo penitencia, dijo Jesucristo; santificaos en el placer, dicen ellos.

Los hombres, teniendo á la vista esos modelos de sublime austeridad y heróico desprendimiento, oyendo sin cesar la predicacion de los preceptos mas puros, y consejos mas elevados, todavía se pierden lastimosamente por el camino del vicio y de la maldad, arrastrados por la violencia de las pasiones, ¿qué será, pues, si en lugar de proponerles semejantes ejemplos y de imbuirles en tales preceptos y consejos, se comienza por quitar el freno á todas las pasiones, por estimular la sed de los goces, por escitar mas y mas esa inquietud febril que lleva al hombre de placer en placer, aun á riesgo de perder su fortuna, su honor y su misma ecsistencia?

Diez y ocho siglos han transcurrido desde la aparicion del cristianismo: esta religion santa se ha encontrado en medio de pueblos de diferentes leyes, usos y costumbres, de diverso grado de civilizacion y cultura, desde la infancia hasta la decrepitud, y sin embargo ha sido suficiente para todas las necesidades, ha podido hacer adelantar á los atrasados, y detener al borde del precipicio á los que se hallaban en él, y esto sin abandonar sus dogmas, sin apartarse de su moral, sin renunciar las prácticas y ceremonias de su culto; ha sabido acomodarse á la variedad de circunstancias, sin que en ninguna de ellas haya dado pruebas de impotencia ó imprevision. ¿Por qué hemos de creer, pues, que no será capaz de hacer lo mismo ahora, cuando el progreso de las artes y de las ciencias ha modificado profundamente las sociedades modernas, creando necesidades que anteriormente no ecsistieran? Una religion que es toda luz, toda verdad, toda amor, ¿cómo seria incompatible con ningun adelantamiento y perfeccion del estado social? ¿puédese, por ventura, imaginar algo superior á su enseñanza, con respecto á Dios y al hombre? El orígen y destino del humano linage, ¿puede escogitarse mas alto de lo que nos le presentan los dogmas del cristianismo? Tocante á la moral, ¿cabe encontrar nada mas puro, mas sencillo y sublime que el compendiar toda la ley y los profetas en el amor de Dios y del prójimo?



ALGUNAS REFLECSIONES

sobre la vida y la influencia

DE LOS PÁRROCOS RURALES.

La vida del párroco rural, ofrece los mas singulares contrastes, segun el modo con que se la considere: vida que se presta á lo prosaico y á lo poético, á lo vulgar y á lo sublime, á lo ingrato y á lo bello; vida á propósito para embotar las facultades del alma, ó desenvolverlas de una manera singular; vida que conduce á pasar los dias en medio de la inaccion y del tedio, ó á emplearlos en asiduos y placenteros trabajos; vida que puede fomentar en el corazon el seco egoismo, ó inspirarle las virtudes mas puras y de mayor desprendimiento; vida, en una palabra, que puede hacer del sacerdote un personage inútil para todo, escepto las funciones del sagrado ministerio, ó un ángel tutelar de sus feligreses, no solo en lo tocante á la salvacion de las almas, sino tambien en lo relativo á la paz doméstica y á la prosperidad de las familias.

Fácil es convencerse de la esactitud de las observaciones que preceden, si se para un momento la atencion en la posicion singular en que el párroco rural se encuentra. Solo, sin mas sociedad que las personas de su servicio, pasa el dia entero sin mas bullicio que el canto del gallo, el gemido de la paloma, el arrullo de la tórtola, y los ladridos del perro. De vez en cuando, el tañido de la campana le anuncia el nacimiento del sol, la hora del medio dia, ó la venida de la noche. Si dejando por algunos instantes su habitacion,

sale á espaciarse por los alrededores, no encuentra otra sociedad que la de los rústicos aldeanos, ocupados en sus duras faenas; y éstos dispersos acá y acullá, unos cavando la tierra, otros recogiendo los frutos, y todos sin interrumpirse en sus tareas mas que el momento necesario para saludar al párroco ó contestarle á las preguntas que les dirige. En medio de las arboledas dispuestas sin órden ni concierto en las llanuras, colinas y montañas, oye el murmullo de la fuente cercana, el ruido de los vientos que azotan las selvas, y el estrépito de la cascada que se despeña de encumbrado risco. Ora es llamado para bautizar un niño y presenciar la alegría de una familia alborozada; ora se le ruega con urgencia que acuda presuroso á administrar los santos sacramentos al moribundo: hoy bendice á dos jóvenes esposos, orando al cielo para que derrame sobre ellos los raudales de su gracia, haciéndolos primero felices en la tierra, y conduciéndolos despues á la morada de la gloria; y mañana se encontrará tal vez al lado de uno de los cónyuges para consolarle de la pérdida del otro, arrebatado por muerte temprana; ahora está esperimentando las mas gratas impresiones gozándose en contemplar la cándida inocencia de un niño á quien enseña los rudimentos de la doctrina cristiana, y dentro breves instantes se afligirá su ánimo con la narracion de un horrendo crímen cometido en el término de su parroquia; ahora se complace en exhortar un alma virtuosa para que adelante mas y mas en el camino de la perfeccion á que Dios la ha llamado, y luego se verá precisado á reprender con severidad al adúltero que escandaliza á toda la comarca, al jugador que disipa los bienes de sus hijos, al usurero que chupa la sangre del pobre.

¡Qué contrastes mas singulares! ¡qué variedad de impresiones, á cual mas á propósito para conmover y sacudir el espíritu! Suponed que el párroco, no penetrándose lo suficiente de la altura de su mision, ejerce los actos de su ministerio con frialdad, con indiferencia, á manera de rutina; suponed que aquella vida solitaria de que disfruta no la aprovecha para nada, y que pasa los dias en la inaccion y en el ócio; suponed que despues de haber cumplido con los deberes de que le es imposible prescindir, ya no piensa mas en sus feligreses, no se interesa con celo por el bien espiritual de ellos, y olvida totalmente que pueda contribuir en algo á su felicidad temporal; suponed que seguro ya de su subsistencia, considerándose en el término de la carrera, y no sintiéndose estimulado por la esperanza de mejorar de suerte, se ocupa muy poco de los libros, se contenta con revolver de vez en cuando algun compendio de moral, en ofreciéndose un caso nuevo y difícil; suponed que ni lee la Sagrada Escri-

tura, ni la historia eclesiástica, ni se dedica á ningun ramo de conocimientos, y va perdiendo por grados lo que habia aprendido en las escuelas; en tal caso sus potencias se embotan, su corazon se enfria y endurece, sus afecciones ó desaparecen del todo, ó se limitan á determinados objetos: la religion no se le presenta en su grandor y hermosura, en su inmensa fecundidad para producir bienes de todos géneros, sino como un conjunto de deberes penosos que está obligado á soportar por razon de su estado, y que no podria abandonar sin perder al propio tiempo los medios de subsitencia; entonces los lazos que le unen con los fieles, son únicamente los que dependen por necesidad de las funciones del sagrado ministerio; mas por su parte nada les ofrece que pueda inspirarles agradecimiento, veneracion y amor. A este párroco tal vez no se le podrá achacar que falte á los deberes de su ministerio; pero es bien cierto que se halla muy distante de alcanzar en toda su plenitud el objeto de su mision; es una persona pública debidamente autorizada para ejercer sus funciones; mas esta persona, considerada en particular, y haciendo abstraccion de su sagrado carácter, no es como debiera ser, la luz de los ignorantes, el consuelo de los afligidos, el socorro de las necesidades, el protector de los desvalidos, el mediador en todas las discordias, el promovedor de la felicidad de sus súbditos, el padre, el maestro de cuantos están encomendados á su solicitud.

Con esa figura que acabamos de trazar, que nada tiene de bello y atractivo, y que solo es respetable por su augusto carácter, y por las elevadas funciones que ejerce, contrasta agradablemente la figura de un párroco que no solo conozca y cumpla con los deberes de que no puede ecsimirse, sino que penetrado de la altura de su destino, comprendiendo á fondo las ventajas de su estado, sabe aprovechar los abundantes medios con que él le brinda para ilustrar su entendimiento, purificar su voluntad, ennoblecer su corazon, llenando perfectamente los deberes de su cargo, y no olvidando que á mas de los que pueden apellidarse rigorosos é imprescindibles, hay otros que si no son tan sagrados, no dejan de ocupar un lugar distinguido; y ademas, procura portarse de tal suerte, que haciendo á sus fieles el bien en abundancia, se concilie su gratitud, les inspire un afecto filial, y recave de ellos no solo aquel respeto que se merece por el carácter de que está revestido, sino tambien aquella afectuosa veneracion que acompaña siempre á los hombres de virtud sublime, que consagran celosamente su vida en beneficio de sus semejantes.

Así la Iglesia como el Estado, tienen el mayor interés en que los párrocos correspondan dignamente al objeto de su mision. Por

lo tocante á la primera, no hay dificultad en ello, pues que nunca pueden serle indiferentes la santidad de sus ministros, la conservacion de la fé, la pureza de las costumbres y la salvacion de las almas. Y si la vida del párroco no es ejemplar, si no es digno modelo á los ojos de los fieles, si no se porta con ellos con el amor y la solicitud paternales que nacen de un corazon inflamado de la caridad, podrá el hombre enemigo sembrar la zizaña, haciendo notar los defectos de aquel que debe edificar á los demas, le será mas fácil relajar las costumbres, hacer que vacile la fé de los pueblos, y echar á perder las almas que Jesucristo redimió con su sangre.

En cuanto al Estado, no cabe duda que no se ha comprendido bastante la importancia de los párrocos, y que se ha descuidado con esto un medio de civilizacion tanto mas sólida, mas pura y saludable, cuanto se hubiera hallado íntimamente enlazado con la religion cristiana. Los párrocos son un escelente vehículo para hacer el bien á los pueblos: no hay mejora que ellos no pudiesen introducir, no hay adelanto á que no pudiesen contribuir, no hay daño que no pudiesen remediar, no hay abuso que no pudiesen contrariar. Mas para esto seria preciso que el gobierno, poniéndose de acuerdo con la Iglesia, procurase que los párrocos abundasen de los conocimientos y medios necesarios para lograr el objeto; mientras se dejen los seminarios sin dotacion para la ensezanza, mientras se descuide el proveer de la debida subsistencia á los laboriosos operarios que *suportan el peso del dia y del calor*, mientras se permita que el pastor se vea precisado á mendigar de sus ovejas el preciso sustento, no será dable pensar en las mejoras importantes que podrian hacerse, y que conducirian sobremanera al desarrollo de la prosperidad pública.

Pasando por alto otras muchas indicaciones, nos contentaremos con las siguientes. Generalmente hablando, todo lo relativo á la cultura de las tierras y cria de los ganados, se halla en España enteramente estacionario, sin participar de los muchos adelantos que se han hecho en otros paises, y particularmente en Alemania é Inglaterra. No estando generalizado entre nosotros el leer y escribir, hallándose muchas parroquias rurales donde los que poseen este arte son en número muy reducido, y de suyo poco aficionados á ejercitarle, carecemos de los medios de propagacion tan comunes en otras partes, donde por conducto de los periódicos destinados á objetos particulares, se difunden hasta las últimas clases del pueblo, los conocimientos é invenciones concernientes á cada ramo. ¿Qué recurso queda, pues, para hacer llegar hasta los mas oscuros rincones de la Península, noticias preciosas que quizás podrian producir

resultados muy ventajosos? ¿Os valdreis del alcalde, que se muda con tanta frecuencia, que quizás es un pequeño tirano para los que no participan de sus opiniones políticas, que estará tal vez desacreditado hasta tal punto que una cosa será rechazada solo por salir de su boca? ¿Os dirigireis al propietario mas distinguido, que muchas veces no se sabe cuál es, que á menudo no reside en el pais sino breves temporadas, que quizás adolece de los mismos inconvenientes que hemos notado en el alcalde? Hay un hombre en cada parroquia que no sale de ella ni de dia ni de noche, que no tiene en ella relaciones de parentesco, que está escento y aun inhibido de tomar parte en el gobierno civil, que por su carácter es superior á cuantos viven en ella, que por su posicion es independiente de los bandos que se formen, que no muere nunca, porque en falleciendo el individuo, hay otro al instante que le reemplaza en todas sus funciones y facultades; una persona, en una palabra, de quien no necesitais saber el nombre y apellido, porque se llama hoy como se llamaba ayer, como se llamaba en el siglo pasado, como se llamará en el venidero: esta persona es el *Cura párroco;* á esta persona podeis remitir lo que sea conveniente, seguros de que llegará á su término, y por su conducto será comunicado á los que en ello se interesen. En vez de perturbar á los pueblos con eternas circulares, con alocuciones, con proclamas, con manifiestos, con toda clase de papeles atestados de pasiones y de miserias, enviad á todos los párrocos de tiempo en tiempo, una breve reseña de las mejoras que se hayan hecho en todos los ramos de agricultura, de selvicultura, cria de ganados y demas que pueda contribuir á la prosperidad del pais; encargadles que por los medios que crean convenientes y decorosos, procuren la circulacion de aquellas noticias, mayormente las que pueden tener aplicacion mas inmediata á la tierra donde residen, y sin nuevos gastos, sin mucho aparato de cátedras, las tendreis abiertas en todo el ámbito del reino.

Nos lamentamos á cada paso de que nos falta una buena estadística, y de que nos es casi imposible formarla; conocemos con muy poca esactitud el número á que se eleva la poblacion, ignoramos cuál es la masa total de la riqueza del pais; sabiendo todavía mucho menos si atendemos á sus diferentes clasificaciones, y nos proponemos señalar lo que á cada cual de ellas corresponde. El gobierno está imposibilitado de formar dicha estadística, ya por falta de buenos dependientes, ya porque los pueblos no tendrian confianza en los ecsaminadores de oficio, y les ocultarian los datos mas preciosos. ¿Quién puede llevar á cabo esta difícil empresa? Dando algunos años de tiempo, y suponiendo establecido un gobierno

que merezca la confianza del clero, nadie mejor que los párrocos puede lograr tan importante y árduo objeto. El número de los moradores, lo saben éstos á punto fijo en muchas partes, á poca diferencia en todas; la distribucion en las diferentes edades, secsos y condiciones, les es muy fácil saberla, con solo fijar la atencion sobre el particular; los productos del pais los conocen perfectamente, ya porque viven de ellos, ya tambien porque están en continuo contacto con hombres cuya conversacion versa incesantemente sobre esta materia; la renta total de las posesiones y sus diferentes procedencias, no se les ocultan tampoco por las mismas razones que acabamos de indicar; y en la parte que pudiese caberles duda, les seria muy fácil disiparla con algun tiempo de observacion y de curiosidad en preguntar; por manera, que todo cuanto se necesita para formar una estadística completa, se podria adquirir fácilmente, si los párrocos contribuyesen á proporcionar estas noticias.

No se crea que para el logro de este objeto mirásemos conveniente una circular en que así se previniera; porque desde el momento que los párrocos quedasen constituidos de real órden agentes del gobierno, lucharian con los inconvenientes que los demas, y se verian precisados á contemporizar con las preocupaciones de los pueblos, ó plegarse á sus ecsigencias. Por lo mismo hemos indicado ya, que serian menester algunos años, que seria indispensable que quien trabajase en esta grande obra, fuese un gobierno que mereciese la confianza del clero y del pueblo. Siendo así y marchando al objeto despacio y por grados, empleando medidas indirectas y á cierta distancia unas de otras, no dudamos que al fin se llegaria á obtener el resultado apetecido.

Los límites de este artículo no nos permiten estendernos mas sobre las muchas ventajas que podria acarrear al Estado la cooperacion de los párrocos; y nos hemos ceñido á indicar dos puntos de los cuales el uno afecta directa é inmediatamente la prosperidad pública, y el otro el sistema de administracion.

Fácil seria hacer otras aplicaciones; pero en estas materias, basta llamar la atencion sobre un ramo, para que desde luego se ocurra la estension á los otros. Deseamos tanto mas que la civilizacion se propague por conducto de los párrocos, cuanto que así se evitaria en lo posible, que con los adelantos de las naciones estrangeras no se nos importasen la incredulidad y la corrupcion.



INSTRUCCION PRIMARIA.

Uno de los primeros cuidados que han de ocupar á los gobernantes, y á todos los que teniendo alguna influencia directa ó indirecta sobre la sociedad se interesan por el bien de sus semejantes, es sin duda la instruccion primaria. Si esta se halla arreglada, si presiden á la misma la religion y la moral, resultarán los hombres mas instruidos y menos viciosos, porque la generalidad de ellos no se forma con el estudio de elevadas ciencias, ni está destinada á carreras literarias, sino que viviendo en una condicion modesta, conservan en el resto de sus dias lo que se les ha enseñado en la primera edad, sin que tengan ocasion de añadir al caudal de sus luces, otra cosa que las lecciones de la esperiencia.

Es mas difícil de lo que á primera vista pudiera parecer, el que los maestros sean á propósito para desempeñar su mision. Quien no haya ecsaminado las cosas de cerca, fácilmente se persuadirá que el enseñar á leer y escribir, el dar algunas nociones elementales de la religion y de la moral, el instruir en los rudimentos de la aritmética y otras cosas por este tenor, son tareas al alcance de cualquiera, y que basta una diligencia regular para adquirir maestros escelentes. Sin embargo, la esperiencia está mostrando todos los dias, que lejos de ser así, se tropieza con muchas dificultades, y que el fruto que de las escuelas se saca, no es ni de mucho el que fuera de desear.

El enseñar á un niño, ecsige mas laboriosidad, mas tino y discrecion del que comunmente poseen los destinados á esta carrera. No acudiendo á escuelas donde ellos puedan formarse antes de tomar sobre sí el cargo de formar á los demas, proceden frecuentemente á

la ventura, siguiendo cada cual el método que le parece mas bien, ó que mejor se adapta á sus ideas y carácter. De lo que resulta que se convierten muchas escuelas en lugares de reunion de niños, donde se llora, se grita, se lee, se escribe; donde todo se hace menos aprender.

Aun cuando el maestro no tuviese mas que un niño de que ocuparse, fuérale menester ser muy discreto y entendido para hacerle progresar sin perder tiempo. ¿Qué será, pues, habiendo muchos tal vez hasta centenares, á cargo de un maestro y un ayudante? ¿Cuánto cuidado, cuánto método, cuánto tacto y paciencia no les será preciso emplear si quieren enseñar de manera que se aprovechen así los mas aventajados como los de menores alcances; así los de índole apacible y dócil, como los tercos y obstinados; así los de atencion y laboriosidad, como los distraidos y perezosos?

En nuestro juicio, una de las cosas que no debe olvidar nunca el maestro de instruccion primera, es que la infancia se distingue por dos calidades muy notables, y que segun como se proceda con respecto á ellas, los resultados serán muy provechosos ó muy estériles, muy buenos ó muy malos. Estas calidades son: primera, facilidad de recibir toda clase de impresiones: segunda, dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo. El niño puede compararse á una tabla rasa cubierta con una capa de pasta muy blanda, donde es suficiente tocar muy ligeramente para que quede la huella del cuerpo que la ha tocado; puede de otro lado compararse con un frasco de cuello muy angosto, que si se le quiere llenar de una vez, el licor se derrama y apenas entran en él algunas gotas, cuando al contrario, si se hubiese andado despacio en la operacion, se hubiera podido llenar del todo, sin perder el licor que á él se destinaba.

Estas dos calidades, si las tuvieran presentes continuamente los maestros, podrian adelantar mucho mas en la enseñanza, y producir mejores efectos en el corazon de los niños. La facilidad con que éstos reciben toda clase de impresiones, hace ante todo indispensable el mas escrupuloso cuidado en las doctrinas y en los hechos concernientes á la religion y á la moral. La esperiencia de cada dia nos está enseñando que el hombre se resiente toda su vida de las impresiones recibidas en la primera infancia, y si nos fuera dable seguir el hilo de muchas vidas, encontrariamos un asombroso encadenamiento que conduce al individuo por la carrera del vicio ó de la virtud, del crímen ó del heróismo, y cuyo primer eslabon arranca de los ejemplos que se ofrecieron á sus ojos, ó de las palabras que oyeron en la escuela ó en el hogar doméstico. *Quo semel est*

imbuta recens servabit odorem testa diu, habia dicho el poeta, y esta imágen que espresa una verdad importante, debiera recordarnos la delicada solicitud con que es necesario evitar que no entre en el tierno vaso licor venenoso ó corrompido, para que no conserve mientras ecsista, el mal olor con que se le haya infectado.

Fuera de desear que los maestros de primera educacion, no solo profesasen principios religiosos y morales, sino que tambien los pusiesen en práctica, es decir, que seria menester buscar para estos destinos hombres sinceramente morigerados, porque de otra suerte no es posible que los niños no presencien repetidas veces escenas que los escandalicen. Quien no está adherido de corazon á las creencias religiosas, podrá aparentar religiosidad por interés propio, por consideracion á los demas, y quizás hasta por el deseo de que los otros, sobre todo los de tierna edad, no se aparten de la fé que él tiene perdida. Mas como la verdad es el estado normal del hombre, y la ficcion continuada no es posible, resulta que á lo mejor se olvidan esta clase de actores de que están representando su papel, y hablan ú obran conforme á sus erradas doctrinas. El niño que casi siempre tiene fija la vista sobre sus superiores, que recoge con avidez las palabras que ellos pronuncian tal vez sin advertir lo que dicen, que observa todos los actos de las personas que ejercen sobre él alguna autoridad, y que ademas, tiene una fuerte inclinacion á referir todo lo que oye y á imitar lo que ve, considera como de poca importancia, lo que ha llegado á notar que es reputado como de escaso valer, por aquellos á quienes respeta; así como venera profundamente lo que ha visto venerado por las personas que le gobiernan. Una espresion, un gesto que se le escapará al maestro en el acto de enseñar la doctrina cristiana ó la práctica de algun acto religioso, bastará quizás para hacer brotar en aquellas almas tiernas un pensamiento maligno, que despues se convertirá en duda ó en desenvuelta impiedad. En vano procurará estar sobre sí, quien ha de aparentar continuamente fé que no tiene, y veneracion y acatamiento á objetos que desprecia; en vano para encubrir el estado de su conciencia, afectará tal vez un celo y entusiasmo que está muy lejos de esperimentar; en la misma ecsageracion de sus palabras y acciones, dará que sospechar á los alumnos dotados de alguna penetracion; si esto no acontece, vendrá un momento de descuido, que se hará notar tanto mas, cuanto será mas vivo el contraste.

Por estas razones seria de desear que la primera educacion no estuviese únicamente á cargo de personas que no tengan en ello otro objeto que el ganar su subsistencia; porque el interés, si bien es muy

sagaz para proporcionar recursos al individuo que por él se mueve, pudiendo por cierto tiempo comunicar actividad y hasta apariencias de celo, no obstante, es flojo cuando cesan de correr peligro los bienes materiales que forman su objeto, y difícilmente se hace capaz de practicar un sistema por tiempo muy dilatado, si esto ecsige sacrificios algo penosos. Y estos sacrificios los ecsigen ciertamente las tareas de la primera educacion, pues no cabe oficio mas molesto y que demande mas asiduidad y paciencia, á no ser el cuidado de los enfermos. En Francia y otros paises se ha conocido esta verdad, y así es que se protegen y fomentan aquellos institutos religiosos que tienen por objeto la educacion é instruccion de los niños pobres. La clase menesterosa es la que mas necesita este ausilio, porque escaseando de recursos para estimular el interés individual de los maestros, les es preciso enviar á sus hijos á la escuela, sin poderles proporcionar ninguno de aquellos medios de que en tales casos acostumbran valerse las familias acomodadas.

Se ha reconocido ya generalmente que los hospitales no pueden ser bien atendidos no estando encomendados á la caridad personificada en alguna institucion religiosa; se ha reconocido que el interés del salario es insuficinte para ejercer sobre el corazon aquel influjo constante y eficaz, que es indispensable para someterse á un tenor de vida fatigoso y repugnante; se ha reconocido que la abnegacion que para esto se ha menester, no puede dimanar de consideraciones puramente mundanas, sino que es indispensable que nazca de la religion, que tan decididamente señorea todos los resortes del corazon humano. La instruccion primaria es ciertamente una de esas tareas fatigosas y repugnantes, y por esto vemos que el catolicismo sumamente próvido para acudir á todas las necesidades, no olvidó fundar institutos cuyo objeto fuese la educacion é instruccion de los niños de la clase pobre.

En el estado actual de la sociedad, es tanto mas indispensable valerse de este recurso, cuanto que es sumamente difícil encontrar el número suficiente de maestros, que con la correspondieute idoneidad reunan las creencias religiosas y una conducta moral y ajustada. Tal es el vértigo de las ideas, tal la corrupcion de costumbres, tal la disipacion que lleva distraídos los ánimos de la juventud, que es sumamente peligroso que quien está encargado de ilustrar el entendimiento y formar el corazon de la infancia, emprenda quizás muchas veces esta augusta tarea, despues de haber hecho alarde de incredulidad y escepticismo, y de haberse entregado á los escesos de una vida relajada. Semejante daño no se esperimenta si el individuo pertenece á un instituto religioso; porque sometido á una

regla invariable, sujeto á la voluntad del superior, vigilado por sus propios compañeros, se ve en la necesidad de observar una conducta arreglada, aun cuando á ello no le impulse el deber de la conciencia. El niño se acostumbra desde su mas tierna edad, á considerar el oficio del maestro como una cosa hermanada con la religion, aprende á un mismo tiempo lo que le interesa saber segun la carrera á que se destina, y se va ejercitando en las santas prácticas, que despues le quedan como otros tantos hábitos, de los cuales, ó no se desprende nunca, ó no se olvida de tal suerte que le sea difícil volver á ellos cuando ha pasado el hervor de la inesperta mocedad.

La otra calidad de los niños, á saber, la dificultad de comprender muchas cosas á un tiempo, indica cuán necesario es que se emplee en la enseñanza un método sumamente sencillo, pues que jamas se cuidará lo bastante de remover los obstáculos que detienen la marcha de una inteligencia que da los primeros pasos.

Generalmente hablando, parécenos que se cultiva demasiado la memoria de los niños, y se cuida poco de desarrollar su comprension. Se los acostumbra á decorar muchas páginas de una tirada, se los hace estudiar para este efecto largas horas, se estimula su amor propio con la emulacion, con la esperanza de premio ó el temor de castigo, para que no falte ni una sola sílaba á la leccion que han de recitar, y entre tanto no se procura despertar su inteligencia, y se la deja ociosa y atontada.

¡Cuántos son los niños que os dirán el catecismo de un estremo á otro, y no obstante, son incapaces de esplicar con acierto el sentido de una sola línea! En prueba de esto, desviaos de las preguntas del órden en que las han encontrado en el libro, servios de otras palabras, precisándolos de esta suerte á mudar tambien ellos las suyas, y notareis que á una pregunta le aplican una respuesta enteramente disparatada, tomada al acaso de otro lugar del catecismo, dando así á entender que recitan por pura rutina, y que se ha llenado de palabras su imaginacion, mas no de ideas su entendimiento.

¿Creese, por ventura, que los niños á la edad de ocho ó nueve años no son capaces de formarse ideas claras y esactas de muchos objetos, con tal que les sean presentados con la sencillez y buen órden correspondientes? ¿Por qué al propio tiempo que se les hace decorar el catecismo, no se les podria presentar en pocas palabras y en pequeño número de lecciones, la historia de la religion, y obligarlos á referirla ellos mismos, prescindiendo de los términos del libro que les sirviese de testo? No se nos diga que esto es imposible, porque á cada paso oimos á un niño refiriendo historietas pertenecientes ó á él, ó á sus compañeros, ó á su familia, ó á otra conocida, ó al

pueblo en que vive; cada dia los estamos oyendo que narran con admirable puntualidad y quizás con notable viveza y colorido, lo que oyeron contar de las apariciones de un muerto, de los secretos de una bruja ó las travesuras de un duende, ¿por qué, pues, no se les podria enseñar á conocer el encadenamiento de la historia de la religion, de suerte, que empezando desde la creacion del mundo, reuniesen en breve cuadro la caida del hombre, el diluvio universal, la vocacion de Abraham, la historia de Moises, los prodigios de la salida de Egipto, la peregrinacion por el desierto, la entrada en la tierra de promision, y los principales acontecimientos del pueblo escogido, haciendo notar su orígen, los medios admirables de que Dios se valia para hacerle conducir á su destino, el objeto que se propuso Dios en la vocacion del primer patriarca, lo que figuraba el pueblo de Israel con su religion, sus leyes y sus costumbres, el íntimo enlace que todo tenia con la venida del Salvador, cómo se pasó de la ley antigua á la ley nueva, fundándose la Iglesia católica en que felizmente vivimos, y finalmente, todo cuanto se refiere á la debida inteligencia de los dogmas y de la moral de nuestra religion sacrosanta? Todas estas cosas las aprende el niño de memoria; pero las recita sin saber lo que dice, y por consiguiente no las sabe. Para que pudiera afirmarse que las ha aprendido realmente, seria menester que fuese capaz de referir una parte cualquiera de esta historia, no necesitando valerse de las mismas palabras que halló en el libro, sino empleando otras que le ocurriesen, como lo verifica cuando refiere sucesos que no ha aprendido por rutina, sino porque los ha oido contar ó los ha visto por sí mismo.

Con este trabajo se lograria precaver el olvido, que tan fácilmente destruye el fruto de los sudores de maestros y discípulos; lo que se entiende bien, difícilmente se borra de la memoria; lo que se sabe literalmente sin comprender el sentido, es poco menos que imposible el retenerlo; ademas, que aun cuando se retenga, ¿qué vale el estar la cabeza llena de palabras y vacía de ideas?

Lo que acabamos de decir con respecto á la enseñanza del catecismo y de los elementos de la historia de la religion, puede estenderse á todos los objetos en que se instruya á los niños; el ejercicio de su inteligencia sobre lo mismo que han aprendido de memoria, debiera estenderse á los principios de buena crianza, á las reglas de aritmética, á las de leer y escribir; en una palabra, á todo aquello en que se les ocupa.

Mas esto debiera hacerse, no olvidando nunca lo que mas arriba hemos hecho notar sobre la dificultad que esperimentan los niños en comprender muchas cosas á un tiempo; fuera preciso tener su-

mo cuidado en presentarles las cosas por partes, y con órden á propósito para ausiliar la inteligencia y la memoria. No se crea por esto que con dicha sencillez sea incompatible la esactitud de las ideas, antes al contrario, de esta esactitud son compañeras naturales la sencillez y la claridad. Cuanto mas esacta es la idea que espresa un objeto, cuanto mas esacta es una palabra que espresa una idea, tanto mayor es la claridad de una y otra. La confusion lleva consigo la oscuridad; lo que está mal deslindado, jamas se presenta bien claro.

El entender, no solo las cosas, sino tambien la razon de ellas, se juzga comunmente tarea superior á la comprension de los niños, y esto acarrea que no se les enseñe la razon de nada de lo que practican ó aprenden; bien que á decir verdad, esta errada costumbre tambien proviene en gran parte de la ignorancia de los maestros. ¿Qué inconveniente habria, por ejemplo, en que al enseñar los principios de aritmética, se procurase hacer comprender á los niños con observaciones claras y sencillas, la razon de la regla que practican? Semejante descuido, produce el fastidio que naturalmente engendran tareas en que se procede del todo á oscuras, y hace, ademas, que se olvide con tanta facilidad lo que se ha aprendido con mucho trabajo. Ateniéndonos al mismo punto que hemos indicado, todos sabemos lo que comunmente suele decirse, de que nada se olvida con tanta prontitud como la aritmética; y no es raro ver muchachos que habian adelantado bastante en ella, y que sin embargo ni aun recuerdan las cuatro reglas fundamentales. Y esto ¿por qué? Porque se les ha enseñado la rutina de la numeracion sin hacerles notar las razones que esplican su hermoso mecanismo; se les ha enseñado á practicar las reglas de sumar, restar, multiplicar y dividir, sin esplicarles por qué los datos se colocan de esta ó aquella manera, por qué se hacen con ellos estas ó aquellas operaciones. De suerte, que en no teniendo el niño una memoria tal que pueda retener esactamente todas las reglas, que es felicidad poco comun, no sabe á dónde volverse tan pronto como ha perdido de vista los casos en que se ejercitó en la escuela.

No es verdad que la aritmética si llega á comprenderse, no solo su práctica, sino tambien la razon de sus reglas, sea tan fácil de olvidarse como ordinariamente se cree; al contrario, sus principios son tan claros, las consecuencias que de éstos dimanan son tan sencillas en sí y tan evidentemente enlazadas con los acsiomas, que una vez se haya fijado la atencion sobre estos objetos, y se haya ilustrado la inteligencia con algunas aplicaciones á ejemplos variados, se clavan fuertemente en la memoria las reglas principales; y si algu-

na vez se olvidan, basta una ligera reflecsion de quien las ha de emplear, para que se renueven desde luego.

Aclararemos esta materia con algunos ejemplos sumamente sencillos. Notamos á cada paso que un niño á quien se propone un problema de sumar ó restar en que los sumandos ó los términos de la sustraccion contengan un número desigual de guarismos, si no se la escribimos en el órden conveniente, se equivoca con mucha facilidad, colocando los guarismos de distintos órdenes en una misma columna. ¿De qué dimana ese error? Dimana de que en su cabeza hay la mayor confusion de ideas, ó mejor diremos, no hay ninguna idea sobre el motivo por el cual el primer guarismo de la derecha, que espresa las unidades, se ha de colocar debajo del otro guarismo de la derecha que espresa cantidades de un mismo órden. De suerte, que si en un caso en que uno de los sumandos contenga tres guarismos y el otro dos, haceis que las decenas del uno caigan debajo de las centenas del otro, y las unidades debajo de las decenas; de manera que los guarismos de ambos formen columna, no á la derecha sino á la izquierda, y le preguntais si de aquel modo estaria bien asentada la regla, ú os responderá afirmativamente, ó al menos si no cae en este error advirtiéndole la simple inspeccion de la figura el trastorno de la colocacion, no acertará á señalar la razon de esta diferencia, siéndole preciso contentarse con decir que en la escuela no lo enseñan así.

Todos sabemos por esperiencia la confusion que nos causó en nuestra tierna edad la multiplicacion y division de los números denominados. No podia uno formarse idea de lo que venia á ser aquello de multiplicar varas, y piés, y pulgadas por pesos fuertes, reales y maravedises; aquella combinacion de cantidades tan disparatadas que nada tenian que ver entre sí, dejaba el entendimiento sumamente confuso; y si bien se aprendia maquinalmente la regla, se olvidaba tan pronto como se dejaba de practicarla. No sucederia así teniéndose el cuidado de dar una idea bien clara de lo que son los números denominados, y del motivo porque se los combina en diferentes operaciones para obtener resultados de que á cada paso necesitamos en los negocios comunes de la vida. Con el tiempo, la esperiencia va enseñando la razon de estas reglas, y así es que los que se ejercitan mucho en las mismas, al fin adquieren con el uso el conocimiento que han menester para no equivocarse groseramente aplicando á un caso la regla que corresponde á otro totalmente diverso. No obstante, no dejan de cometerse graves errores, y ademas, siempre hay el inconveniente de ser preciso que pasen años hasta que se adquiere dicho conocimiento, cuando si se observa

un buen método, es muy fácil que los niños al salir de la escuela, no necesiten esperar mas para resolver con acierto los casos que se les vayan presentando.

¿Qué confusion no producen en el entendimiento del niño las reglas de los quebrados? No es raro oir á personas adultas que jamas han podido comprender dichas reglas, que se les olvidan muy fácilmente, y que en ofreciéndoselos una cuenta donde entren quebrados, ya no saben cómo salir del paso, y que tienen que valerse del ausilio de un amigo.

¿Y es, por ventura, que la inteligencia de los quebrados sea tan difícil como suele decirse? Ciertamente que no: ocupaos en esplicar bien su naturaleza, fijad luego las ideas sobre lo que espresan el numerador y el denominador, asentad los principios en que se funda la variacion que el quebrado sufre por las alteraciones de uno cualquiera de sus dos términos, y entonces no costará trabajo, ni aun á las inteligencias mas medianas, el comprender la razon de todas las reglas que se dan para las operaciones sucesivas.

Con estos ejemplos se echa de ver que el secreto de ahorrar tiempo y fatiga, no es adelantar mucho de una vez, haciendo practicar al niño crecido número de reglas en pocos dias, para que mil veces vuelva sobre ellas, y otras mil no las entienda. Estamos persuadidos que si se trabajase algo mas en el desarrollo de la inteligencia de los niños, no recargando demasiado su memoria, sin dejar por esto de ejercitarla lo suficiente, se obtendrian resultados mucho mas sólidos y provechosos. Una inteligencia desarrollada á tiempo, produce mejores frutos, no solo porque le queda mas espacio en el brevísimo trecho de vida que nos ha sido otorgado, sino tambien porque desenvolviéndose sus facultades intelectuales al par que las físicas, se evita el inconveniente de que las pasiones absorvan la razon, y con el crecimiento del cuerpo, permanezca como adormecida y sepultada el alma.

Es cierto que así para el espíritu como para el cuerpo no conviene una precocidad escesiva, y que es menester en la educacion de la niñez recordar aquella máesima de que el tiempo no respeta nada de aquello en que no ha tenido parte; pero esta consideracion, muy fundada y prudente, en nada se opone al desarrollo suave y oportuno que estamos aconsejando. Deseamos únicamente que se destierren de las escuelas esos métodos rutinarios en que todo se hace maquinalmente, en que el niño encajonado como una pieza en un gran cuerpo sufre la compresion que le fastidia de sus tareas sin reportar ni de mucho el debido provecho. Queremos que las escuelas de instruccion primaria, al paso que sirvan para comunicar á los

niños las nociones propias de su edad, sean tambien un semillero de ideas mas aventajadas y de órden superior, no precisamente porque estas se las deban enseñar los maestros, sino por lo que pueden contribuir con métodos oportunos á desenvolver aquellas tiernas inteligencias que esperan para desplegarse el calor de otra inteligencia mas formada, como la flor que abre su capullo al tocarla los rayos del sol.

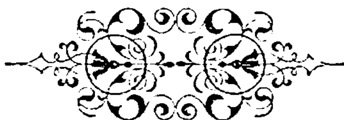
Pocas materias hay que ecsijan tan severa vigilancia de parte de las autoridades como la instruccion primaria. Conviene emplear todos los medios á propósito para procurarse buenos maestros; pero es preciso no contentarse con poseerlos, es menester cuidar de que asegurados en sus destinos, no se entreguen á la indolencia perdiendo el público los frutos que pudiera sacar de su idoneidad. Esta carrera es de suyo tan pesada, se halla en esfera de tan poca consideracion social, es tan modesta la gloria que acarrea, y tan escasos los recursos que proporciona, que es muy fácil que los que á ella se dedican aflojen en breve del primitivo ardor con que la emprendieron, si no temen continuamente el ojo vigilante de la autoridad ó de las comisiones que la representan, si no saben que á mas de las visitas ordinarias y de pura solemnidad, puede ser sorprendido por otras en que se inquiera diligentemente cuál es el estado de la escuela, y se observe minuciosamente hasta qué punto llega el celo del maestro y si procura realmente el adelanto de los discípulos, ó si solo trata de cubrir su responsabilidad con el menor trabajo posible. Lo mismo, y con mayor razon, aun se podria decir de México.

En España no faltan leyes, no faltan instituciones para todo: la desgracia está en que aquellas no se observan, y estas se quedan sin obrar, amortiguadas, adormecidas, sin producir ningun resultado hasta que su inutilidad las hace caer en desuso, y el desuso acarrea el olvido. Lástima causa que cuando en otros paises se ha llevado tan adelante el importantísimo ramo de la instruccion primaria, haya estado entre nosotros tan descuidada, sea tan reducido el número de las escuelas, y éstas disten mucho de llegar á la perfeccion en que las tienen otras naciones. Y no es que nos falten medios para obtener lo mismo que ellas han obtenido, sino que por efecto de un fatal concurso de circunstancias, y tambien por esa especie de pereza habitual que se ha hecho hereditaria, no hemos cuidado de mejorar los métodos, ni de informarnos siquiera de los adelantos de nuestros vecinos, y sobre todo, no hemos pensado en aprovechar los muchos recursos de que disponiamos para el efecto. si hubiésemos acertado á dar la competente direccion á fondos é ins-

tituciones que podian fecundar el pais haciendo su propio bien y asegurando su conservacion y mejora.

En la actualidad no puede negarse que se ha despertado en España un vivo movimiento que lleva los espíritus hácia un porvenir mas animado y brillante. Sean cuales fueren las causas que lo hayan producido, lo cierto es que ecsiste, y lo que conviene es esplotarlo en beneficio de la ilustracion, de la moralidad y del bienestar. Si el gobierno impulsa vivamente el planteo de escuelas de instruccion primaria, y las mejoras de las ecsistentes, encontrará sin duda apoyo y eficaz cooperacion en el pais, que se va convenciendo cada dia mas de que por una parte conviene salir de la agitacion revolucionaria entrando en el camino de los adelantos útiles, y de otra es indispensable satisfacer las ecsigencias del espíritu del siglo poniéndonos al nivel de las demas naciones, si queremos labrar nuestra prosperidad interior y ocupar en el congreso europeo el rango que nos pertenece.

Mas al propio tiempo que aplaudimos este progreso, tambien deseamos que se procure aliarle íntimamente con la religion y la moral, para evitar las consecuencias desconsoladoras que estamos presenciando en otros paises donde el aumento de la instruccion ha llevado consigo el aumento de la inmoralidad, donde en la estadística de la corrupcion y del crímen figuran en número mucho mayor los instruidos que los ignorantes. Triste luz del entendimiento la que solo sirve para la perversidad del corazon. Preferimos la cándida sencillez hermoseada con la virtud á la instruccion prostituida al vicio.



VERDADERA IDEA DEL VALOR

Ó REFLECSIONES

SOBRE EL ORIGEN, NATURALEZA Y VARIEDADES DE LOS PRECIOS.

Valor: he aquí una de aquellas palabras que todo el mundo usa, que nadie determina, y en cuya aplicacion es tanto mas difícil el acierto, cuanto mayor es la ignorancia de su verdadero sentido y la inadvertencia con que se la emplea. No se ha observado bastante una muy notable particularidad que á cada paso ofrece el lenguaje, y es, que á pesar de que parezca abandonado al capricho, á la ignorancia, á la inadvertencia, y en fin, á cuanto es á propósito para echarle á perder del todo, ó al menos para quitarle toda presuncion de esactitud; tiene, sin embargo, las mas de las veces un admirable fondo de buen sentido, y no pocas de finísimo discernimiento. Sobre todo, cuando se trata de aquellas palabras que son, por decirlo así, la moneda mas corriente de la sociedad, á causa de sus enlaces y puntos de contacto con todo linage de objetos, hállase depositado en ellos ese buen sentido, esa razon tan esacta y profunda, como sencilla y ecsenta de cavilaciones, que el Autor de la naturaleza se ha complacido en derramar sobre las sociedades de un modo tan general, tan sábio y oportuno, como poco apreciado.

En tratándose de señalar el verdadero sentido de una palabra, determinando á punto fijo los lindes de su estension y los objetos y relaciones á que se destina, es menester tomar esta palabra, sola, aislada de cuanto pueda oscurecer ó confundir su significado; empezar ecsaminando el sentido mas usual en sus aplicaciones mas

naturales y sencillas, observar luego las demas, y haciéndolo de esta manera, se descubre casi siempre una fina gradacion de significaciones, muy variadas sí, pero enlazadas en su tronco por una ramificacion espontánea.

Difícil es concebir, á no haberlo probado por esperiencia, la claridad, la distincion, la esactitud que de este ecsámen reciben las ideas; pues el ecsámen y análisis de las palabras, es al mismo tiempo un ecsámen y análisis de las ideas. Hállase por lo comun en las palabras muy generales la espresion de alguna idea matriz donde van á tomar su orígen todas las otras; y cuestiones hay en que determinada esta con toda precision, se aclaran, se ordenan, se eslabonan con una facilidad admirable las demas: sintiendo entonces el entendimiento toda la estension y fuerza de aquel principio: *sigillum veri simplex; la sencillez es el carácter de la verdad.*

A no seguir este camino, apenas es posible entrar jamas en un conocimiento profundo de las cosas: y se corre mucho riesgo de edificar aéreos sistemas, en vez de establecer sólidas verdades. Tomamos por lo comun las ideas científicas de las definiciones que encontramos en los autores: un nombre respetable, un tono magistral y decisivo, una deslumbrante claridad, una apariencia de análisis, una falsa limpieza de lenguaje, son bastantes á dar por el suelo con nuestro espíritu de despreocupacion y de independencia, y adoptamos ciegamente la falsa esplicacion de una idea, sobre la cual se cimenta no pocas veces todo un sistema científico; si el uso comun contraría nuestra acepcion, le rechazamos como infundado y poco razonable; y cuando notamos que á pesar de nuestra filosofía va siguiendo el mundo su ordinario curso sin alterar su lenguaje, nos quejamos de la rutina, de la preocupacion de que á nuestro ver están plagados todos los demas hombres.

Errado el principal punto de vista, es imposible que todo cuanto tiene relacion con él, no se nos presente alterado, desfigurado y confundido; y como por lo comun nos cuesta tanto trabajo el desprendernos de nuestras concepciones, mayormente si hemos llegado á persuadirnos de que hay en ellas algo de nuevo é importante; doblegamos el principio sentado hasta que se ajuste á todas las proposiciones secundarias, y á cuantas aplicaciones queremos escogitar.

Prévias estas consideraciones, entremos en la esplicacion de la palabra que forma el objeto del presente discurso.

El valor de una cosa es susceptible de aumento ó disminucion, es comparable con el de otras, y este aumento ó disminucion de los valores, y la relacion que se conoce por medio de la comparacion, son cosas que pueden estimarse mas ó menos aprocsimadamente;

pues que tal estimacion la hacemos á cada paso en todos nuestros planes y proyectos, en todos nuestros contratos, y puede decirse que casi en todas nuestras acciones. Para formar juicio apreciativo de un objeto, necesitamos siempre escoger un punto de comparacion; sin él es imposible que podamos establecer nada con respecto á una cosa. Es esto tan indispensable como poco advertido; y para hacerlo conocer y sentir, observaremos que este punto de comparacion le llevamos de continuo con nosotros mismos en todos los juicios que formamos, variando estos y las palabras que los espresan, en variando el punto de comparacion á que se refieren. Algunos ejemplos harán palpables el sentido y verdad de estas reflecsiones.

Para darnos á entender mejor, asentaremos antes dos proposiciones que parecen paradoja, y son las siguientes: *Nada hay grande sino lo infinito, nada hay pequeño sino la nada; todo es grande escepto la nada, todo es pequeño escepto lo infinito.* No trato de apelar á sutilezas, y sí únicamente al sentido comun, al lenguaje mas usual, mas vulgar. Un enorme peñasco es muy grande: ¿y cuándo? y ¿cómo? Cuando se le comparan las piedras que hay en torno de él; pero considerada la estensa cordillera de montañas en que se halla engastado, el peñasco se convierte en una cosa pequeña; y si calculais la longitud, la elevacion ó la masa de las montañas, no repararеis siquiera en él, lo despreciareis como cantidad insignificante. Si se calcula la mole de la tierra, entonces las inmensas cordilleras se convierten en un átomo; á su vez queda el globo reducido á una cantidad muy pequeña si se compara con el espacio encerrado en el sistema planetario; y el mismo sistema planetario no es mas que un punto si se considera la inmensidad del universo. Un reducido estanque de agua es nada en parangon con el océano; y es muy grande si se toma por punto de comparacion una pequeñísima gota de fluido; esta gota de fluido es un mar de grande estension para los insectos que solo se descubren con el ausilio del finísimo microscopio, y estos imperceptibles insectos tienen una grande mole si se comparan con las pequeñísimas partes que entran en la formacion de sus miembros. Este ejemplo, bastante por sí solo á sugerir muchos otros, prueba hasta la evidencia la necesidad que tenemos de un punto de comparacion para formar juicio de un objeto en que se aprecie la cantidad; y he aquí por qué siempre que queremos fijar las ideas, andamos en busca de una medida.

¿Y cuál podremos escoger para apreciar el valor de las cosas? Antes es necesario saber qué es valor. Destutt-Traci ha dicho que

la medida del valor de las cosas era el trabajo que costaba, y como el trabajo debia tambien tener su valor, ha añadido que el trabajo tiene dos valores: uno natural y necesario, y de consiguiente fijo en cuanto lo consiente la naturaleza de la cosa, otro convencional, eventual y variable. Para esplicar en qué consiste el primero, observa que todo ser animado empleado en el trabajo, durante este, tiene que satisfacer algunas necesidades; si ellas no se satisfacen, el trabajo cesará; de consiguiente su trabajo representa la suma de los medios necesarios para satisfacerla; y esta suma es la medida natural y necesaria del valor del trabajo. El segundo valor es la utilidad que produce el trabajo. Estas ideas que se presentan tan claras, tan limpias y analíticas, parece que nada dejan que desear; así es mirando solo la corteza de los objetos; pero profundizando mas sobre el particular, se verá hasta la evidencia que Destutt-Traci se equivocó completamente. No quiero decir que no haya en sus ideas algo digno de notarse, y que no columbrara por lo menos el buen camino, pero no pasó de aquí; y así es que tomando un sendero errado, confundió verdades preciosas con errores y hasta con absurdos.

Observando el significado usual, y aun el etimológico de la palabra *valor*, notaremos que en ella y en todas cuantas ó proceden de la misma ó dimanan de comun raiz, se halla siempre envuelta con esta ó aquella forma, la idea de provecho, utilidad, aptitud, poder para alguna cosa. Ecsamínese su significacion en el orígen latino, y considérese luego el mismo en nuestra lengua. "Eso vale, eso no vale, no vale para nada, mas me vale, valimiento, válido, inválido, hombre de valer, valiente, valeroso," he aquí la misma raiz estendida á cosas de órdenes bien diferentes, y siempre encerrada en ella la idea de utilidad, provecho, aptitud, poder para alguna cosa; es decir, relacion de un medio a un fin, enlace de este con aquel.

Esta idea se presenta por de pronto vaga, tal vez confusa, y sin embargo es preciosa, llena de luz; es tosca, solo falta desbastarla. El análisis en que voy á entrar me conducirá á la proposicion siguiente:

El valor de una cosa es su utilidad. Entiendo aquí por utilidad la aptitud de la cosa para satisfacer nuestras necesidades; y en la palabra necesidades encierro las naturales, las facticias, las verdaderas, las aparentes, las grandes, las pequeñas, comprendiendo por consiguiente entre ellas, las comodidades, gustos, placeres, caprichos, &c.

Para poner la cuestion en el terreno mas sencillo, pregunto: ¿cómo apreciamos el valor de los alimentos? ¿qué cosas entran en con-

sideracion para determinar nuestro juicio? La sanidad, el sabor, el olor, su vista, todo en relacion con nuestra utilidad. Dos individuos han de hacer un cambio de ellos; ¿qué mirarán? La salud, la edad, el gusto, el capricho y otras cosas semejantes. Se ha de juzgar cuál de dos comidas se aventaja á otra; ¿á qué se atenderá? ¿á lo que acabo de decir ó á lo que cuesta? Si el que ha cuidado de aparejarla hubiese desempeñado mal su tarea, espendiendo una suma considerable, grandes fatigas y trabajos, y la comida no fuese tan útil como otra menos costosa, ¿podria pretender la preferencia del valor de la suya, alegando sus trabajos y dispendios? Y sin embargo, segun Destutt-Traci el valor natural y necesario de la comida seria el trabajo que cuesta; idea falsa, absurda, rechazada por el buen sentido, y que sacada del terreno científico y arrojada en medio de alegres convidados, no podria menos de sufrir satírico gracejo.

Fácil seria aplicar las mismas consideraciones á los vestidos y á cuanto está sujeto á evaluacion; pero cualquiera alcanzará la estension de que es susceptible la aplicacion de estas ideas. En este punto el error fundamental está en confundir el *coste* con el *valor;* palabras que significan ideas muy diferentes; ideas que á veces andan en proporcion, á veces en suma discrepancia; ideas que en la complicacion de las relaciones sociales, tienen á menudo cierta delicada dependencia, la cual puede traer consigo gran confusion, y dar lugar á equivocaciones capitales; y seguramente que por no haber andado bastante curioso ó bastante atinado en deslindarlas el indicado autor, cayó en un error tan notable. Y cuenta que esta es una de las ideas mas fundamentales de la economía política, y será difícil caminar sin tropiezo en no teniendo por guia una clara inteligencia de este punto.

Cuán diferente sea el *coste* del *valor,* y por consiguiente cuán falso el decir que el valor natural y necesario de todas las cosas y del trabajo, sea lo que cuesten, no lo ha de decir la ciencia, sino el lenguaje comun, vulgar, el buen sentido de cualquier hombre, el instinto de un niño.

He aquí una cosa que me *cuesta mucho* y no *vale nada,* dice muy naturalmente cualquiera que haya empleado infructuosamente su trabajo ó dinero; y sin embargo, en habiendo mucho trabajo, deberia haber mucho valor *necesario y natural,* si nos atuviéramos á las definiciones del nombrado economista. Imposible parece asentar una proposicion que esté en contradiccion mas manifiesta con las nociones mas sencillas, con el lenguaje mas usual y vulgarizado. Seguiriase de aquí que el trabajo de un hombre que hubiese ideado ó hecho una máquina de que pudiera reportar grandes be-

neficios, tendria igual valor natural y necesario que el trabajo de otro que se hubiera ocupado el mismo tiempo con igual fatiga é iguales gastos en construír un artefacto de despreciable importancia.

¿Qué es riqueza? Todo lo que es á propósito para satisfacer nuestras necesidades; así lo dice el mismo autor; el mas rico es el que tiene cosas de mas valor, luego la medida del valor depende de la utilidad. Es cierto que un ser animado tiene necesidades, y que éstas se han de satisfacer durante el trabajo; es cierto que los medios necesarios para ello, ó han de ser producto del mismo trabajo, ó se ha de llenar de otra manera el vacío; pero ¿qué tiene que ver esto para constituir el valor de la cosa trabajada ni del trabajo? Dígase que es una condicion precisa si ha de durar el trabajo, el satisfacer las necesidades del ser animado que trabaja, si se quiere que continúe el trabajo, y se dirá una verdad clara y sencilla; pero si se pasa á medir el valor de las cosas por la suma de estas necesidades, se dirá una cosa falsísima, y que podria muy bien calificarse con términos mas duros.

No negaremos que en algunos casos el coste del trabajo contribuya al aumento del valor de la cosa; pero es accidental siempre y nunca depende de aquí el verdadero valor de ella.

Para poner en claro tan complicada materia, recordaremos lo que llevamos ya asentado, á saber: que la medida única del valor de una cosa, es la utilidad que proporciona; y estendiendo y aplicando esta definicion, quedará todo en un punto de vista luminoso.

Si la utilidad *es la única medida* del valor de una cosa, ¿cómo es que vale mas una piedra preciosa que un pedazo de pan, que un cómodo vestido, tal vez que una saludable y grata vivienda? No es difícil esplicarlo; siendo el valor de una cosa su utilidad ó aptitud para satisfacer nuestras necesidades, cuanto mas precisa sea para la satisfaccion de ellas, tanto mas valor tendrá; débese considerar tambien que si el número de estos medios aumenta, se disminuye la necesidad de cualquiera de ellos en particular; porque pudiéndose escoger entre muchos, no es indispensable ninguno. Y he aquí por qué hay una dependencia necesaria, una proporcion entre el aumento y disminucion del valor, y la carestía y abundancia de una cosa. Un pedazo de pan tiene poco valor, pero es porque tiene relacion necesaria con la satisfaccion de nuestras necesidades, porque hay mucha abundancia de pan; pero estrechad el círculo de la abundancia, y crece rápidamente el valor, hasta llegar á un grado cualquiera; fenómeno que se verifica en tiempo de carestía, y que se hace mas palpable en todos géneros entre las calamidades de la guerra en una plaza acosada por muy prolongado asedio. Entonces

podrá valer un pan una onza de oro, diez, diez mil si el hambre llega á su mácsimo, y por qué? porque se aumenta la relacion que tiene aquel pan con la satisfaccion de la primera necesidad; el valor del oro entonces decae rápidamente, y puede llegar á reducirse á la nada; y por qué? porque pasa á ser inútil; porque no sirve, *no vale* para satisfacer nuestras necesidades; y si algun valor le queda, es por la eventualidad que hay de que pasado el asedio podrá ser útil, podrá valer para el propio objeto.

De todo lo asentado hasta aquí, se deduce que el valor de un objeto consiste en la dependencia que de dicho objeto tiene la satisfaccion de nuestras necesidades; y por consiguiente, cuanto mas *capital* sea esta necesidad, y cuanto mas *urgente*; y ademas, cuanto mas *preciso* sea en particular el objeto para satisfacerla, tanto mas será el valor de él; por manera que podria decirse hablando matemáticamente, que el valor está en razon compuesta de la directa de la importancia, de la necesidad y de su urgencia, y de la inversa de la abundancia de los medios de satisfacerla.

Atendida la naturaleza de las cosas en general y la de la sociedad, es evidente que estos *factores*, importancia, urgencia y abundancia de medios, estarán sujetos á muchas variaciones; y que ademas, habiendo de apreciarse estos factores en resultado final por el juicio de los hombres, resentiránse por precision del clima, de la estacion, del estado de la sociedad, de las disposiciones particulares, de ciertas clases é individuos, y de la veleidad, de los caprichos, de las modas, y de mil otras circunstancias imposibles de enumerar en su totalidad, pero muy fáciles de notar para ensartar de ellas si necesario fuere, una larga cadena. Y he aquí lo que sucede puntualmente, porque así debe suceder.

Vamos ahora á ver si es dable poner en igual grado de claridad la relacion que hay entre el coste y el valor. Es innegable que se han de satisfacer las necesidades del ser animado que se emplea en un trabajo; y fácilmente se alcanza que esto ha de influir en el coste. Para deslindar bien las ideas, observaré que esta verdad, palpable como es, está, sin embargo, mal presentada; pues se ofrece como un principio general lo que no es mas que la aplicacion á un caso particular. Necesario es mantener al jornalero; pero necesario es tambien mantener al buey que arrastra el arado, al mulo que hace girar una palanca, al caballo que tira de un coche; así como es necesario tambien reparar la parte que se va consumiendo ó menoscabando de una máquina, cubrir, digámoslo así, las necesidades de la máquina. Por manera que si bien se observa, generalizando esta verdad, diremos que para que se pueda trabajar, es me-

nester conservar el instrumento, ó hablando con mas generalidad y esactitud, *para que continúe la produccion del efecto, es menester conservar la causa.* Mirada bajo este aspecto la proposicion, se presenta mas limpia, mas clara y sencilla; crúzase con menos embarazos y consideraciones determinadas, es susceptible de aplicacion mas fácil y estensa, se presta mejor á las observaciones, y haciendo entrar el trabajo del hombre en la línea de las otras causas, simplifica mucho la cuestion y evita errores y equivocaciones.

Pero no basta esto para dar á las ideas toda la claridad de que necesitan y son susceptibles, sino que se ha de observar, ademas, que no es suficiente atender á la conservacion de una causa, sino que es preciso proporcionársela si no se la tiene á la mano, y en muchos casos es preciso hasta producirla. Errariase, por tanto, si no se llevaba en cuenta el coste que esto puede traer consigo; y se prescindiria en la ciencia de consideraciones de que el hombre mas rudo no se olvida en la práctica. Necesítanse animales para el transporte, v. g., y no solo es preciso atender á la conservacion de ellos, sino que es menester cuidar de su reproduccion; de manera, que en último resultado todos los gastos que ha ocasionado la cria, es necesario que de un modo ú otro figuren en el cálculo. Necesítase agua para el movimiento de una máquina, no está inmediata, es necesario conducirla de cierta distancia, esto ocasionará gastos que han de entrar en la cuenta.

Si ha de haber efecto, es necesario que ecsista la causa, que esta se *aplique*, y ademas que se *conserve:* he aquí lisa y brevemente espresado lo que hay en la materia: pasemos adelante.

No es menos evidente que quien ha de aprovecharse del efecto, es menester que cuide de la *produccion, aplicacion y conservacion de la causa*, ó que al menos reintegre al que cuida de ello. Y no tratamos de la cosa bajo el aspecto de equidad y justicia, porque. como se ha podido notar, de propósito hemos prescindido de toda clase de consideraciones morales; hablamos de la necesidad entrañada por la misma naturaleza física de las cosas. Porque bien claro es que quien necesita pan y ni quiere cuidar de labrar la tierra, de sembrar, cultivar y recoger el grano, ni moler el trigo, ni amasar la harina, ni cocer el pan; si se empeña, ademas, en no querer satisfacer á otros que por él se tomarian esa pena, se ha de quedar sin comer, y de buen ó mal grado se verá precisado á entrar en razon acosado por el hambre.

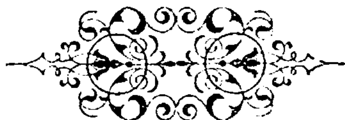
Sentadas estas verdades, que de puro sencillas y fundadas en la esperiencia cotidiana, apenas pueden apellidarse teoría, descendamos á la piedra de toque de la aplicacion; así percibiremos mas cla-

ramente la fecundidad y verdad de ellas, viendo cómo se hermanan con lo que á cada paso nos ofrece el trato comun de la sociedad.

Necesítase al año para cubrir las necesidades de un pais, una cierta cantidad de tejidos, de esta ó aquella clase. Supongamos, para mayor sencillez, que toda la elaboracion se haya de hacer en el mismo pais. ¿Qué sucederá? Es necesario procurarse las primeras materias, prepararlas, fabricarlas, y ponerlas en estado y lugar en que estén á disposicion del comprador que las necesita. ¿Qué es lo que ha de satisfacer el comprador, para que pueda proporcionarse la porcion de tejido que necesita? Todo cuanto ha costado el ponerle la tela en la mano; y ¿por qué? porque si no se puede atender á todo lo que se necesita para que tenga á la mano la materia primera, la materia primera no se tendrá; si no se puede atender á todo lo que se necesita para la construccion, conservacion y movimiento de las máquinas que sirven á la fabricacion, y al arreglo, conduccion y colocacion de las piezas, las piezas no se hallarán en la tienda ó almacen, y el que necesita el tejido no le encontrará cuando lo busque. Es preciso, pues, que se someta el comprador á pagar la cuota que le corresponde para cubrir todo esto; y desde entonces correrá de su cuenta, en proporcion de su gasto, la cria y manutencion de todos los animales que en ello se emplean, deberá pagar tambien sus arreos, deberá alimentar á los jornaleros y á sus familias, cubriendo al menos sus mas precisas necesidades, deberá tambien contribuir á conservar y engrandecer un poquito ó tal vez mucho, la cómoda vivienda de los fabricantes, deberá mantener en arreglado aseo y comodidad á sus familias, deberá costear el lujo y los caprichos del comerciante que abarca en grande las empresas, y deberá mantener, al menos en modesta decencia, al artista que ha construido las máquinas: no podrá olvidarse tampoco del contingente que le toca para que el sábio que ha suministrado la idea no sufra algun desvanecimiento de puro ayunar, y se vea, por consiguiente, obligado á cesar en su provechosa tarea.

¿Pero todas estas consideraciones no constituyen el valor en su mismo coste? No; y para palparlo, supongamos que se presenta en el mercado una remesa de géneros de igual perfeccion, pero á menor precio, por razon del mayor adelanto de la fabricacion de los nuevos competidores; desde luego los primeros tendrán que acomodarse al precio de los segundos, so pena de no vender nada; y sin embargo, el género les cuesta á ellos lo mismo; pero ni á sus propios ojos tendrá el mismo valor; y dirán naturalmente: esta competencia nos cuesta tanto de pérdida. Y ¿por qué? porque ellos entonces ya no son necesarios, las necesidades se pueden satisfacer de

otra manera menos costosa, y todo el mundo se reiria, si debiendo hacerse una paga en género, pretendiese uno de ellos contarlo al antiguo precio, solo porque á él le cuesta lo mismo que antes. Otro ejemplo: hay una grande escasez de tela de tal clase, que tendrá tal calidad, supongamos un escelente y difícil color: hay un tintorero que por casualidad descubre un ingrediente muy barato, que con aplicacion muy sencilla produce perfectamente el deseado color. ¿Cuánto valen sus telas? como las otras: ¿cuánto le cuestan? casi nada: luego no hay necesaria conecsion entre lo que cuesta una cosa y lo que vale. Hay un artista que con la mayor facilidad ejecuta maravillas: ¿cuánto valen? es claro que tanto y mas que las obras de los otros: ¿y cuánto le cuestan á él? nada: un juego, un pasatiempo. Pero se nos dirá: si no le cuestan á él, ya cuestan á los compradores, y aquí está el valor: ¡qué aberracion! ¿Por qué lo pagas tan caro, comprador?—Porque es muy bueno y lo vale.—¿Veis cómo el coste es hijo del valor, y cómo ecsiste el valor antes del coste?—¡Oh! no es que lo valga, sino que él essige esto.—Pues ¿por qué lo pagas? ¿por qué no te vas con otro?—Porque no lo hallo tan bueno.—Es decir que si lo tenias ya no lo cambiarias con los otros. —Cierto.—Pues entonces cuando dices mas bueno, quieres decir que ya de suyo vale mas; pues que para hacer el cambio pedirias una compensacion.



LITERATURA.

OBRAS

DE D. JUAN MANUEL DE BERRIOZABAL,

MARQUES DE CASA JARA.

En este siglo de escepticismo é indiferencia, en cuyo torbellino perece tan lastimosamente la fé de muchos jóvenes, víctimas de la inesperiencia y del irreflecsivo amor á la novedad que acompañan la primavera de la vida, es sumamente grato y consolador encontrarse con uno, que reuniendo á sus cortos años esclarecidos títulos, pingüe fortuna, entusiasmo por las bellas letras y dilatados viages, no se haya dejado contaminar por el emponzoñado aliento de la época, y antes bien conserve en sus escritos y en su corazon, las creencias en todo su vigor, la piedad en toda su ternura. Tal nos parece el distinguido escritor D. Juan Manuel de Berriozabal, marqués de Casa Jara, y tal les ha de parecer á cuantos se hayan saboreado en la lectura de sus obras. No se desdeña el Sr. de Berriozabal de escribir en prosa, y aun de ocuparse en traducciones que puedan ser útiles á la religion; pero su aficion favorita es la poesía: ha nacido poeta, compuso versos desde su niñez, y componiendo versos descenderá al sepulcro. De muy temprana edad habia ya traducido algunas composiciones de Lamartine, que dió despues á luz en 1839, mereciendo su trabajo tanta aceptacion, que fué luego reimpreso en Paris, y tambien en otro lugar que no nombraremos, donde se atacó el derecho de propiedad del autor, y lo que quizás

le fué mas doloroso, estropeándole lastimosamente muchos versos. Una traduccion semejante, era árdua empresa para un mozo de pocos años; pero es menester confesar que el Sr. de Berriozabal no se mostró inferior á su empeño.

No podia escogerse trabajo mas á propósito para un ensayo del talento poético; porque en él se habia de palpar si el traductor sabia mostrarse poeta comprendiendo al poeta; si tenia el sentimiento de la religiosa ternura que respira *El Crucifijo;* si acertaba á espresar el sublime lenguaje del *Angel de la tierra despues de la destruccion del globo*, y hacernos oir el acento de *La Desesperacion*, en la boca del mortal que blasfema de la Providencia.

El Crucifijo, que por el doble título de su nombre y de su mérito, ocupa dignamente el primer lugar entre las composiciones traducidas, está vertido al español con suavísima uncion, y con aquella belleza grave y melancólica que tan bien asienta á los recuerdos que escita un *Crucifijo*, recogido del seno de una persona querida que acaba de espirar.

¡Imágen de mi Dios, heredamiento
De precio el mas subido
Que de su yerto labio he recogido
Con su final adios y último aliento,
Símbolo para mí dos veces santo!
¡Ay cuántas mi quebranto
Con encendido lloro
Ha bañado tus piés, que amante adoro,
Desde el sacro momento
En que á mis manos trémulas pasaste
Desde el seno de mártir inocente,
Estando tú aun caliente
Con su postrer suspiro que guardaste!
Fugitivo esplendor aun relumbraba
En sus lánguidos ojos de dulzura;
El sacerdote anciano murmuraba
Del dichoso morir el suave canto
De celestial encanto,
Semejante al arrullo de ternura
Con que adormece maternal cariño
Al regalado niño.
De su esperanza pia
En su frente la huella se veia;
En su rostro bañado

De insólita hermosura
Pasagero dolor hubo estampado
Su gracia y el donoso desaliño,
Su magestad la muerte grave y pura.
. . . .
Del funerario lecho
Un brazo le pendia;
Lánguidamente el otro sobre el pecho
Plegado parecia
Que aun con abrazo estrecho
La dulce imágen de Jesus ceñía.
Su labio se entreabria
Para estrecharle aún; su ánima empero
Entre los santos ósculos ya habia
Veloz desparecido,
Cual perfume ligero,
Que la llama devora aun no encedido.
Todo en su boca frígida dormia.
Los inquietos latidos
Del corazon callaban;
Sus párpados rendidos
Al sueño sepulcral medio caidos
Apenas ver dejaban
Sus ojos de tinieblas circuidos.

En el *Himno del Angel de la tierra despues de la destruccion del globo*, abandona el poeta ese sentimiento de blanda y melancólica ternura, y deja que hable la *divina sombra*, que no viendo en la tierra

Mas que cenizas, míseros despojos
De un Lucero difunto,
Mas que un hueso de fruta pestilente,
Que ha ya roido del gusano el diente,

se espresa con aquel acento de sublime dolor que cumple á un querub, que abandona el lucero confiado un dia á su guarda, y que no habiendo podido evitar su destruccion, acata los decretos del Eterno;

Y el vuelo remontando
Desde lejos sacude de sus alas
El polvo vil, y aun otra vez se inclina
Para tornarle á ver. . . . . .

La sorpresa del ángel al mirar al globo reducido á un monton de

ceniza fria, está espresado con suma maestría; Lamartine hizo un esfuerzo para levantarse á la altura del celeste espíritu; y el jóven traductor español no se quedó rezagado en el atrevido arranque: el mismo Herrera no desdeñaria, por cierto, el siguiente pasage.

¡Y qué! ¿tú eres tierra inanimada,
Tú eres la que yo veia
¡Ay Dios! aun no hay un dia,
Alanzarte inflamada
Del dedo de Jehová como centella
Del amor y la vida
En la hoguera encendida?
Con ruboroso velo
Admiracion y envidia á toda estrella
Cubrió la faz. Tú descendiste al cielo,
Y los astros saltaron
Al punto que te vieron,
Y las olas de azul apaciguaron
Bajo tu peso su bullir bramante,
Y tu globo espumante
Pacíficas mecieron.
¡Sobre tu tierna frente que aun nacia,
La luna, el sol brillaban á porfía!
Con mas grata dulzura
Que tu risueña aurora,
Y mas que el medio dia
Resplandeciente y pura
La mirada de Dios centelladora
De la vida inmortal aun te vestia.
¿Cuál es tu destino?.....¡En su semilla ahogados
De cuantos seres inmortales lleno
Debiera estar tu seno!
¿Dó están? ¿Es cierto? ¿Es ya ceniza fria
Lo que en la eternidad vivir debia?

Acongójase el pecho al recorrer las terribles páginas de *La Desesperacion*, y al encontrarnos con *La respuesta de la Providencia*, parécenos que dispertamos de un ensueño infernal en la aurora de un hermoso dia. Difícil parecia que en el corazon tiernamente religioso del jóven traductor se hallase una cuerda que vibrase tan recio, y que con tan bronco sonido imitase el lenguaje de los condenados; lenguaje que penetra hasta el fondo del alma, y que dejaria en ella una impresion funesta, si luego despues que

El hijo de la nada la ecsistencia
Ha maldecido. . . . .

no hablase el Supremo Hacedor defendiendo él propio su causa, y no aterrase á su débil criatura que blasfemaba lo que no comprendia diciéndole:

Para ser justo tú tienes un dia
Y yo la eternidad . . . . . .

La traduccion de *El hombre á Lord Byron*, es tambien propia del terrible genio á quien va dirigida: la siguiente muestra dará á nuestros lectores una idea del desempeño del traductor.

¡Tú, cuyo nombre verdadero el mundo
Ignora todavía, misterioso
Espíritu, mortal, demonio ó ángel,
Cualesquier cosa que tú seas, Byron,
Genio bueno ó fatal, de tus conciertos
La armonía frenética me agrada;
Como me agrada el estallar del rayo
Y de los vientos el feroz rugido
Cuando juntan su voz en las *tormentas*
De los torrentes al estruendo sordo!
Es tu morada lóbrega la noche,
Tu dominio el horror. Aguila adusta,
De los desiertos orgullosa reina,
Así rehuye los floridos prados;
Solo le agradan como á tí, las rocas,
Que el invierno nevoso ha encanecido,
Y que el rayo partió; solo le placen
Solitarias riberas, que el naufragio
De sus despojos pálidos sembrara,
O sanguinosos campos que ennegrecen
Los deplorables restos del combate:
Y mientras pone el nido entre las flores
Cabe el parlero arroyo Filomena;
Ella salva la horrible de Athos cumbre,
Y en el declive de los agrios montes,
Viendo á sus plantas insondable abismo,
El rudo nido impávido coloca;
De palpitantes miembros rodeada,
De ásperas rocas, donde verdinegra
Gotea sin cesar caliente sangre,

Baña su pecho de inhumano gozo
Con los chirridos lúgubres que arroja
La desvalida presa que sus garras
Oprimen, ahogan, hieren, descuartizan,
Y que aun viva devora su atroz pico;
Y en jubilosa magestad se aduerme
Mecida en alas de la gran tormenta.
Semejante al pirata de los aires
Eres, ó Byron; del despecho insano
Son tu mas dulce música los gritos:
Tu espectáculo el mal, y tu infelice
Víctima el hombre. Cual Satan tus ojos
Han medido el averno; allí tu alma,
Al sumergirse, á la esperanza ha dicho
Un adios eternal.

Quien tan felizmente se habia ensayado en traducciones semejantes, bien podia acometer empresas de mayor entidad; y el Sr. de Berriozabal se sintió ya con fuerzas para poner la mano en la recomposicion ó renovacion de un poema épico. Hablamos de la *Cristiada* de Hojeda, publicada por el jóven poeta con el título de *Nueva Cristiada.* La rapidez con que vamos ecsaminando las obras del Sr. de Berriozabal, no nos permite entrar en cuestiones acerca de las ventajas, inconvenientes y dificultades de semejante trabajo; en el prefacio de su obra la ha tocado el Sr. de Barriozabal, y creemos que para dar ideas claras sobre el particular, nada mas á propósito que sus mismas palabras.

"El padre maestro Fray Diego de Hojeda, domínico de Lima, hallándose de regente de los estudios de su convento, compuso en los primeros años del siglo XVII, un poema, divino por su objeto, por la admirable maestría de su estructura, por la inmensa erudicion que encierra, por la elevacion de sus pensamientos, por la ardentía poética de sus afectos, por la estension y grandeza de su plan, por sus imágenes altas y atrevidas, y finalmente, por su esquisito sabor de mística y de santidad. Empero este grandioso monumento de gloria para su autor, quedó sepultado entre indignas cenizas en esa vandálica inundacion del mal gusto, en que los Góngoras, es decir, los Alaricos y Atilas de la española poesía, redujeron á escombros el floreciente imperio de las letras. Este amenísimo campo, asolado con tal barbarie, se vió en breve cubierto de malezas, las cuales por mas de una centuria hicieron olvidar las muchas preciosidades que bajo de aquellas ruinas se hallaban soterradas. En aquel tiempo fué mo-

da vivir á oscuras. Sabido es que la aurora que disipó tan ominosas tinieblas, fué la aparicion admirable de Luzan, Cadalso, Moratin, Melendez y otros beneméritos ingenios, cuyos nombres pronunciamos de pocos años á esta parte con poco respeto, con ingratitud: olvidamos lo que les debemos: olvidamos que no es lo mismo conquistar un reino que aprovecharse de las conquistas de nuestros predecesores: deslumbrados con los relumbrantes vuelos de algunas águilas estrangeras, las seguimos con peligro de abrazarnos en los rayos del sol, apartando la vista del gracioso y apacible revoloteo del colorin de Batilo.

"Nadie ignora que con la restauracion del buen gusto salieron del olvido en que yacian algunos de los muchísimos buenos poetas del siglo de oro de la lengua castellana: todos se afanaron por estudiar la docta y castiza antigüedad del idioma y las bellezas de su poesía en los autores que habia ultrajado la generacion anterior; los impresores los desagraviaron haciendo de ellos nuevas ediciones; diéronse á luz diversas colecciones, que si bien carecian del gusto, órden y delicadeza para elegir que en ellas echan de menos los maestros del arte, presentaban el oro como sale de la mina, entremezclado con otras materias no tan dignas de estima ni de valor tan subido. Pero aun dormia Hojeda en el polvo del olvido, ni era llegado el tiempo de su resurreccion; los restauradores de la buena poesía estaban demasiado ocupados en cantar amorcillos profanos, y al otro lado del Pirineo recibia Voltaire el incienso de los ilusos. En otras naciones, principalmente en Alemania, agitaba la inspiracion de Dios los ardorosos pechos de los vates; pero la Francia estaba de por medio. Las modas de esta nacion vecina tarde ó temprano suelen venir á España: aquella se ha levantado del abismo de la impiedad que es una tumba hedionda, ha visto que era inmundo el trage del cinismo, y ya lo arroja avergonzada para adornarse del antiguo timbre de muy cristiana: es dicha de su suelo que en él se estén dando un ósculo de paz la religion y las letras. Ya se deja entender que el siglo en que vivimos, á pesar de las tempestades que corre la nave del Estado, es mas favorable que el pasado á la reaparicion del grande Hojeda. El hecho lo confirma. En 1833 publicó D. Manuel José Quintana una coleccion de los mejores trozos de nuestros poemas heróicos, é insertó en ella diez y siete fragmentos de la Cristiada, y en el discurso crítico que los precede leemos, entre otras cosas, lo siguiente: "La parte sobrenatural de estos poemas, ó llámese máquina, que como condicion épica es, segun la opinion general un accesorio preciso en ellos, era en la Cristiada la esencia verdadera de su argumento, puesto que en ella

todo es maravilloso y divino. Su enlace, pues, y su oportuninad, no era por lo mismo tan difícil aquí como en las fábulas puramente humanas, aunque era á la verdad mucho mas árduo su desempeño. Pero no hay duda en que está grandemente concebida en la Cristiada esta alta composicion en que los hombres, sin saber lo que hacen, persiguen, atormentan y ajustician á su Salvador; en que los espíritus infernales, inciertos al principio del gran acto que se prepara, dudan, averiguan, despues tratan de impedirlo por medio de equidad y de blandura, y desengañados al fin y furiosos de no poderlo estorbar, acrecientan hasta un punto sobrenatural la rabia y crueldad de los sayones como en venganza de la mengua que van á padecer, mientras que los moradores del cielo, conmovidos á un tiempo de dolor, de horror y de maravilla por lo que se consiente á los hombres con el Hijo de su Hacedor, bajan y suben de la tierra al cielo, del cielo á la tierra á suministrar aquí consuelos, allí esperanzas, mas allá firmeza y resignacion, y algunas veces terror y espanto, ya que no se les permiten ni la defensa ni el castigo. Dios en lo alto, inmoble en sus decretos, llevando á cabo la obra acordada en su mente para beneficio de los hombres, y su Hijo en la tierra prestándose al sacrificio y sufriendo con toda la magestad y constancia de su carácter divino aquel raudal de amarguras y dolores que vierte sobre él la perversidad humana. Así el cielo, la tierra, los ángeles, los demonios, Dios y los hombres, todo está en movimiento, todo en accion en este magnífico espectáculo, donde la pompa y brillantez de las descripciones, la belleza general de los versos y del estilo corresponden casi siempre á la grandeza de la intencion y de los pensamientos." Hasta aquí el Sr. Quintana.

"Quien lea este magnífico bosquejo, se admirará sin duda de que la Cristiada no sea el poema mas célebre del mundo, ó al menos atribuirá su oscuridad á una causa grave y misteriosa; pero el mencionado crítico desenvuelve este enigma, haciendo una larga enumeracion de los defectos que cometió el grande Hojeda al ejecutar el plan que habia ideado con tan prodigiosa perfeccion; enumeracion que me abstengo de copiar, porque los aficionados pueden verla en el autor que he citado como el único que ha hablado de esto.

"Quisiera yo que no fuesen tan raros como son los ejemplares de la antigua Cristiada, pues teniéndola á la vista se me podria disculpar y aun agradecer el atrevimiento de haber derribado con ardor y con brio juvenil aquel viejo y desmedido edificio, que yacia en la soledad y el abandono, para edificar sobre sus mismos cimientos y con el oro hallado entre sus ruinas, otro nuevo palacio mas her-

moso para el rey de los cielos. Pudiera haber hecho del todo mia la gloria de esta nueva fábrica, construyéndola con el caudal de ideas y con el plan ageno; pero ¿á qué fin aumentar el número de los plagiarios ocultos, que engalanados con robos, se avergüenzan de decir esto no es mio?" Tan lejos estoy de semejante ratería, que mi anhelo de engrandecer la memoria de Hojeda ha rayado en un entusiasmo no estéril ni infecundo, sino eficaz y activo, para con nueva lozanía levantarle de su sepulcro, y generoso para cederle las flores con que he retejido la corona de su inmortalidad.

"Diré, pues, lo que he hecho para lograrlo: copiar en miniatura su cuadro gigantesco. He dado mas vida á las fisonomías, rápido movimiento á las figuras, y á la accion mas calor, mas variedad, mas energía, mas vuelo. ¿Cómo? conservando en lo posible el grandioso plan del antiguo poema, sus ideas, y hasta sus versos cuando son buenos ó pueden convenir á las nuevas dimensiones del mio; creando imágenes nuevas, retocando y avivando las antiguas, suprimiendo todo lo frio, todo lo difuso, todo lo insípido; poniendo de mi caudal las pinturas del infierno y los episodios de Pedro y de los milagros contenidos en el canto segundo, quitando algunos otros que con su escesiva monotonía hacian muy pesada su lectura, á pesar de *sus grandes bellezas de primer órden, corrigiendo en su mayor* parte la versificacion ó haciéndola de nuevo. A esto dí el título de compendio cuando en 1837 publiqué en Paris el fruto de mi tarea, y envié aquella edicion, algo incorrecta, á mi pais ardientemente amado, la América meridional. La Cristiada habia nacido en el Perú, y despues de mas de dos siglos volvia á presentarse rejuvenecida por un hijo de aquella religiosa república; y así era justicia que á ella volviese lo que por derecho le pertenecia. Algunos ejemplares traidos á España únicamente por regalarlos á varios amigos y no pocos que se repartieron en Francia y en Italia, han grangeado á Hojeda una porcion de admiradores, poetas y no poetas, cuyos elogios no era de esperar que se prodigasen á un trabajo, que si bien se habia acometido con el hervorcillo que abrasa las venas del hombre en la fogosa y entusiasta edad de veintidos años, no podia prometer la cordura ni discrecion necesarias para poner la mano sin nota de temeridad en un argumento épico. Pero aquí se ha verificado aquella tan sabida sentencia: *Audaces fortuna juvat;* por lo cual me he resuelto á dar al público esta edicion mejorada con los adelantemientos consiguientes que hacerse suelen en la juventud, y con las observaciones que de varias personas he podido oir y recoger en estos cuatro años. En literatura y en moral soy de parecer que nadie tiene motivo de avergonzarse por dar á sus obras to-

da la perfeccion posible, corrigiéndolas una y mil veces. Sé que los frutos de nativa hermosura tienen la belleza de Eva antes de su pecado; pero tambien arrebatan mi imaginacion el maniqueo disoluto hecho doctor de la Iglesia, y la muger impúdica hecha ángel de los desiertos; Agustin y María la Egipciaca trasformados por su correccion y enmienda de carbones de iniquidad en soles esplendorosos de inmaculada justicia. Aplíquese esta idea á las producciones del ingenio, y se la verá confirmada en la presente."

Dejando, pues, al juicio de los lectores el fallo sobre las cuestiones literarias que aquí podrian ofrecerse, nos contentaremos con hacer notar algunas de las muchas preciosidades que se encierran en la *Nueva Cristiada.*

Otros poetas españoles se han ocupado en revestir de formas sensibles á los siete pecados mortales, presentándoles en personificaciones á propósito para espresar sus deformidades características; pero mucho dudamos que en esta parte se haya escrito nada superior á las magníficas pinceladas del Sr. de Berriozabal, al pintarnos á Jesus en el huerto de Gethzemaní con la misteriosa vestidura de las siete fajas.

Con pavoroso manto el firmamento
La noche melancólica cubria,
Y con ronco zumbido el vago viento
En la celeste bóveda gemia,
Y lúgubre clamor de sentimiento
Aun el monte mas duro despedia,
Cuando á Gethzemaní Jesus llegaba,
Y en ondas de dolores se anegaba.

¡Ah, que de pecador tragedia triste
En figura de todos representa,
Y de sus culpas una ropa viste
Tejida en maldicion y vil afrenta!
Intrépido vistióla y no resiste
Ser por ella arrojado en la tormenta:
La vestidura siete fajas tiene
Y culpa grave cada cual contiene.

En la primera está la magestosa
Libre Soberbia, grave y empinada.
En ancha silla de marfil preciosa,
Con régia pompa de ambicion, sentada.
Ciñe su adusta frente nebulosa
Aurea corona de humo vil tiznada,
Y su erguida garganta collar rico,
Y para su altiveza el mundo es chico.

La insaciable, tenaz, seca Avaricia,
De tristes ojos y corage hambriento,
De oro cercada y llena de codicia,
Abre cien bocas, tiende manos ciento.
Con aquellas da paz á la injusticia,
Con estas de su bien busca el aumento;
De sangre de pequeños se mantiene,
Y en la ropa el lugar segundo tiene.
Los treinta escudos con que al ciego Judas
Por la sangre de Cristo gratifican,
Están pintados, y con lenguas mudas
Su nefanda maldad allí publican.
¡O buen Dios! ¿Que á pagar por él acudas
¡Ay! con tus venas que tu amor esplican?
¿Y él que te venda por tan bajo precio?
¡El altísimo Dios en tal desprecio!
Entre lascivos fuegos abrasada,
Como en incendio de alquitran terrible,
En la tercera parte dibujada
Se mira la Lujuria incorregible:
Ostentando su faz desvergonzada,
Su mano carnicera, vientre horrible
Y altivo cuello, con inmunda boca
A la encendida juventud provoca.
Con arrugada frente y secos labios,
Lanzando chispas de sus turbios ojos
Y de la boca horrísonos agravios,
Y con las manos prometiendo enojos
Entre Silas, Pompeyos, Julios, Fabios,
Guerras, victorias, armas y despojos,
Está la Ira fatal de brazo fuerte:
Voces da, piedras tira, sangre vierte.
Una mesa riquísima, de flores
Y diversos manjares adornada,
Cercando están valientes comedores
De gesto ufano y vida regalada.
Preciosos vinos, árabes olores
Rodean á la Gula destemplada
Que en los ricos palacios de los reyes
Impone torpes y brutales leyes.
Sirven de rubias y tendidas hebras
A la Envidia de aspecto formidable,

Ensortijadas, hórridas culebras,
Que le ciñen el cuello abominable.
Torva los hierros ve, mira las quiebras
De la gente en virtudes admirable,
E imperceptibles faltas desentierra
Que el hombre frágil, aunque justo, encierra.
El postrero lugar ocupa ociosa
Lánguida la Pereza en torpe lecho,
Allí en calientes sábanas reposa
Puestas las manos en el muelle pecho;
Allí sueña, allí duerme lagañosa,
La noche prolongando sin provecho;
Y aunque despierta al retemblar la tierra,
Luego los ojos nuevamente cierra.

Sentimos que el Sr. de Berriozabal cuidase hasta tal punto de la fuerza de la imágen en la descripcion de la *Pereza*, que se dejase llevar hasta el mal gusto, permitiéndose el vocablo *lagañosa;* lunar que resalta tanto mas, cuanto que se tropieza con él, despues de haber admirado lo magnífico de la versificacion y de la poesía. Permítanos el ilustre autor tamaña severidad; bien sabe que en asuntos de crítica, si los trabajos han de ser concienzudos, es preciso dejar aparte las consideraciones de la amistad.

El congreso de los espíritus infernales, es tambien un pasage lleno de poesía. Despues de tantas descripciones como se han hecho de la region de tinieblas y de sus terribles moradores, parecia difícil escribir nada que pudiese llamar la atencion; sin embargo, el autor de la *Nueva Cristiada*, ha encontrado en su imaginacion abundantes recursos para hacer su cuadro interesante, realzando ademas la fuerza y brio del pensamiento, con una versificacion tan soberbia, que hace resonar á nuestros oidos el fragoso estrépito de las bóvedas del averno.

Del monarca infernal el furor sube
Recelando que Cristo sea el Verbo:
Torbellinosa la de incendios nube
Mas le devora el corazon protervo:
La frente impía del infiel querube
Surcan mas rayos, y el dolor acerbo
Desgarrándolas vierte en sus entrañas
Todo el raudal de sus atroces sañas.
Una torre de sierpes y alacranes
Sobre sus ígneas crines se encarama;

En sus oidos zumban huracanes
De alarido eternal que ronco brama;
A sus plantas revientan cien volcanes;
Le anega mar de hiel, betun y llama;
Con lanzas de diamante agudas ciento
Está clavado al monte del tormento.
  Con la tartárea trompa hondisonante
Sus rugidoras iras sempiternas,
Estremeciendo, en son horripilante
Las pavorosas, lóbregas cavernas
Llaman al escuadron centelleante,
Que de las claras bóvedas supernas
Cayó rodando á la mansion de llanto,
Do le horroriza perdurable espanto.
  La hondísima region de la tiniebla
Un mar de sangre espumajosa inunda;
La retronante bóveda de niebla
Fuego devastador llueve iracunda:
Muchedumbre de crímenes la puebla;
La muerte con sus brazos la circunda;
Y de la eternidad la pesadumbre,
Forma su férreo muro y su techumbre.
  De Luzbel al acento soberano
De espíritus se junta el bando fiero:
Blandiendo un rayo en su vibrante mano
El altivo dragon llega primero
Que por Jove adoró ciego el romano:
Y el que Apolo fingióse palabrero,
Segundo viene envuelto en lumbre roja
Que cual sol infernal chispas arroja.
  Y el que sañudo presidió á la guerra,
Llevando el mástil de un bajel por lanza,
Y á cuyo carro retembló la tierra,
Con ignívomos ojos de venganza,
Que al mas robusto corazon aterra,
Ya del oscuro rey llega á la estanza:
Y el que Chipre adoró por Venus bella,
Y el que culto ecsigió de la doncella.
  Tambien el diligente mensagero,
Que falso padre fué de la elocuencia,
Alado en piés estuvo allí ligero,
Solemne ostentador de antigua ciencia!

Espíritu en delirios lisonjero,
Gran pintor de fantástica apariencia;
Y el que á *sus* hijos devoró tirano,
Y el que fingió frenar el mar insano.
  Y el otro vil que presidió al becerro
Por Dios tenido, y en crisol forjado,
Efecto pertinaz del loco yerro
Del pueblo de Israel desatinado,
El oro antiguo convertido en hierro,
Y de buey el aspecto conservado,
Bajó dando bramidos pavorosos
Con los dos de Samaria fabulosos.
  Ni los dioses en México temidos
De aquel horrendo cónclave faltaron,
De humana sangre bárbara teñidos
En que siempre sedientos se empaparon;
Ni del Perú los ídolos fingidos
Que en lucientes culebras se mostraron;
Ni Eponamon; indómito guerrero,
Deidad altiva del Arauco fiero.
  Junto al Senado con solemne pompa,
La boca, que parece catacumba,
Abre el tremendo rey: cual son de trompa,
Cual airado huracan su ahullido zumba:
Tormenta atroz que en trueno bronco rompa,
No con fragor tan hórrido retumba,
Ni terremoto que en tronante guerra
Derrumba montes y desgarra tierra.
  "¡Príncipes, dice, torcedor agudo
Hoy mas que nunca me traspasa el pecho!
Que Cristo sea el Verbo ¡ay de mí! dudo:
Y ¡oh dolor! ¡oh dolor! que lo es sospecho.
¡Ay de Luzbel! ¡ay de Luzbel sañudo!
¡Ay de Luzbel! ¡ay de Luzbel! ¿Deshecho
Será mi imperio? ¿Cerrará mis puertas
Estando al hombre las del cielo abiertas?
  "¡Mas ay!..... ¡Deliro!..... Buscaré camino
De saber la verdad: id luego todos
Y notad si es humano ó si es divino
Por estos nuevos y terribles modos.
Si del trono de Dios escelso vino
Al cieno vil de los terrestres lodos,

Probado con deshonra y con violencia
Inhumana y atroz, tendrá paciencia.
"Volad, y por caminos diferentes
Afrentas procuradle nunca vistas,
Rudas mofas, oprobios indecentes,
A que tú, Cristo, con valor resistas.
Juntad soberbios pechos insolentes
Manos y almas guerreras y malquistas.
Id presto, furias del estigio lago,
Y haced quē sufra carnicero estrago.
"A los unos envidia mordedora
Y á los otros soplad soberbia altiva,
Y al vulgo adulador que en Salen mora,
Lisonja infame y abyeccion nociva."
Al punto aquella horrífica y traidora
Alada multitud se lanzó activa,
Llevando al Salvador sañosa guerra
Y en vivo infierno convirtió la tierra.
El aire con asombros ofuscaron,
De fantasmas la opaca luz cubrieron,
Con mentiras las almas perturbaron,
De engaño los espíritus hinchieron:
Entre la ruda plebe se mezclaron,
Y en la gente mas noble se ingirieron,
Derramando do quier iras, furores,
Cual lava los volcanes tronadores.

A mas de las obras indicadas, tiene el Sr. de Berriozabal otras varias: entre ellas la traduccion de un poemita italiano de Angel Mazza, titulado: *María al pié de la Cruz*, que ha publicado á continuacion de las poesías de Lamartine, la de la historia de la milagrosa conversion del Sr. Ratisbonne y del Judaismo á la Religion Católica, escrita en francés por el Sr. baron de Bussieres, y la de *la Historia compendiada de la Religion*, escrita en francés por Cárlos Francisco Lhomond. Inútil es decir que en estos trabajos no se ha mostrado inferior á sí mismo. La *Historia compendiada de la Religion*, va precedida de algunos discursos del traductor, donde se encuentran pasages, verdaderos modelos, por las magestuosas galas del estilo y la pureza y correccion del lenguaje. Tambien es notable su *Manual de los devotos de María, que contiene oraciones y ejercicios piadosos en honra de la Santísima Vírgen, á los cuales están concedidas indulgencias por los Sumos Pontífices; noti-*

cias y documentos de dichas indulgencias, y meditaciones para todos los dias del mes, sobre las perfecciones de su corazon, traducidas del italiano; y algunas poesías originales en loor de la misma Señora. En un siglo en que tanto campean la incredulidad y el indiferentismo, no se avergüenza el Sr. de Berriozabal de manifestarse cristiano, y cristiano piadoso, que profesa la mas tierna devocion á la Vírgen, y se complace en ofrecerle las producciones de su talento.

El Recreo poético religioso, es una pequeña coleccion de poesías dedicada á las hermanas de caridad. "¿Y cómo seria posible, les dice el autor, que yo os negase estos pocos versos que se me han pedido para vuestro inocente recreo? Justo es que en medio de vuestros cuidados é incesantes ocupaciones, tengais algun pequeño desahogo; pero aun este dispuso vuestro fundador San Vicente de Paul que se espiritualizase, por decirlo así, alimentando el divino fuego de vuestros corazones con diversos cantarcillos en alabanza de Dios y de sus santos. Para tan piadoso objeto he formado esta coleccioncita de miniatura, cuyas composiciones son todas de verso corto y de una sencillez parecida al bellísimo candor de vuestras almas."

Para dar una idea del género y estilo de estas composiciones, trasladamos á continuacion algunas muestras. Sea la primera, la en que resuenan los tiernos gemidos de una niña, dirigidos á su madre, donde hay pasages de una delicadeza admirable.

EL ALMA DEL PURGATORIO.

Así con flébiles voces
Desde el purgatorio grita
Un ánima sin consuelo
A su madre olvidadiza.
¡Ay madre, madre adorada,
Dulce amor del alma mia!
¿Tan presto me has olvidado
Y me abandonas cautiva?
¡Cautiva estoy en la cárcel
Del purgatorio sombría,
Pidiéndote me socorras
En tan horrenda desdicha!
Un torbellino de fuego

Furiosamente me agita,
El tormento es mi vestido
Es el llanto mi bebida.
Empero el dolor mas vivo
Es carecer de la vista
De aquel Dios de mis amores
Que ejerce en mí su justicia.
Este mi Esposo divino
Por mi libertad suspira,
Mas el romper las cadenas
Es cargo que á tí confia.
El en tus manos ha puesto
La salvacion de tu hija.
¿Y así tú me desamparas
Ni mis dolores alivias?
¿Y dónde están las promesas
Que de no olvidarme hacias,
Cuando en mi lecho de muerte
Llorándome dolorida,
Con el ardor de tus besos
Mi tez pálida encendias
Dándome en ellos el alma
En la acerba despedida?
Entonces cuando á mis ojos
Para siempre el mundo huia,
De su fuga me burlaba
Con apacible sonrisa,
Pues nunca me enamoraron
Sus mentirosas delicias;
Y en aquella feliz hora
A mi inocencia tranquila
Fué el morir un dulce sueño,
Que en el seno yo adormida
De mi celestial esposo,
Gozaba de sus caricias.
¡Ay de mí, solo el dejarte,
Erame, madre querida,
Una espada irresistible
Que el corazon me partia!
Reclinada yo en tus brazos,
Mi ya lánguida pupila
Afanosa aun te buscaba

Cuando el alma ya salia.
En tu semblante lloroso
En tí solo estaba fijo,
Cuando se apagó por siempre
Su centella fugitiva.
Para tí, madre adorada.
Fué toda mi breve vida,
Para tí mi último aliento
Y el afan de mi agonía.
  Exhalé el alma y al punto
Hizo á la deidad propicia
Cubriéndome con su manto
La escelsa Vírgen María.
¡Eternamente en mis labios
Oh Providencia divina,
Resonará tu alabanza,
Porque en flor aun no marchita,
Me cogiste para el cielo
Sentenciándome benigna
A este fuego purgatorio
Que los justos purifica!
  Ya mi cándida inocencia
El cielo coronaria,
Mas por tí, querida madre,
No me he visto toda limpia.
¡Por tu culpa he descendido
A esta prision encendida;
Que aunque leve y diminuta
No entra en el cielo mancilla!
¡Tu ejemplo, tú eres la causa!
De que prisionera gima!
Y pudiendo tú librarme,
¿Ni mis tormentos mitigas?
¡No rezas por mi descanso
Ni un padre nuestro! ¿Tan fria
Eres con la que te amaba
Mas, mucho mas que á su vida?
¿No salí de tus entrañas?
¿No soy parte de tí misma?
¿No fué el néctar de tus pechos,
Madre, mi primer bebida?
En mi niñez inocente

Ya graciosa, ya festiva,
¿No fui tu dulce embeleso?
Yo era toda tu alegría;
Para templar tus pesares
Los ojos á mí volvias,
Y al lanzarme yo en tus brazos
Ahuyentábanse tus cuitas.
Tú me amabas tiernamente:
Yo au tu amor me enloquecia.
Y dónde tu amor es ido?
¿Qué se han hecho tus caricias?
¿No eres tú la que llorabas
Si por pisar una espina
Alguna gota de sangre
Mi tierna planta vertia?
¿No eres tú la que en mi ausilio
Volabas despavorida
Si en algun leve fracaso
Te llamaba asustadiza?
¿No eres tú la que velabas
Un mes y otro noches frias
Arrullándome amorosa
Cuando calentura tibia
Que lenta me devorara
En la angustia te sumia?
¿Y ahora indolente me dejas
Abrasarme en llama viva?
¿O tu pecho se ha mudado
Y no eres ya compasiva?
En suponerte tal cosa
¡Grave injuria se te haria!
¡No, madre, no te has mudado!
¡Tú siempre serás la misma!
Sí, lo dice la ternura
Con que á mis hermanas cuidas,
El cariño que las tienes,
El amor con que las mimas
Bien merecen tus desvelos
Mis amables hermanitas.
¿Mas yo infeliz he dejado,
He dejado de ser tu hija?
Ellas, cual yo, no padecen

Y gozan de tus caricias.
¡Ay de mí! ¡qué desconsuelo!
¡Solo esta triste cautiva
No merece una mirada
De tus ojos; madre mia!
No yo así contigo. El cielo
Sabe con qué ansia tan viva
Con insesantes suspiros
Ruego á Dios que te bendiga.
Y el fuego con que te amaba
En la tierra peregrina,
Ha crecido en esta cárcel
Que á compasion no te escita.
¡Ay cuántas veces, ay cuántas
Al verme tan dolorida
Mi ángel custodio volaba,
Por si á piedad te movia,
A contarte mis dolores
Cuando estabas mas dormida,
Y desechabas los sueños
Que mis penas te decian,
Juzgándolos sombras vanas
Porque te eran aflictivas,
Teniéndolas por abortos
De alterada fantasía!
Cuando á esta prision de fuego
Me ví súbito caida,
Esperé que sin demora
Tú de aquí me sacarias
Exhalándote en plegarias
Tan tiernas, tan encendidas
Al Dios de misericordia,
Como las que yo le hacia
Pidiéndole por su muerte
Y sus amantes heridas
Que te consolara, ó madre,
¿Te acuerdas? en mi agonía.
Esperaba en tu cariño. . . . .
¡Ay esperanza perdida!
¡Desengaño y no esperanza!
¡Ilusion fué concebirla!
¡Ay de mí desventurada!

¡Oye madre, madre mia,
Este clamor de gemido
Que el desamparo me inspira!
Yo olvido, yo te perdono
Esa indolente apatía,
Mas penetre en tus entrañas
El eco de mi desdicha,
Y finalmente se muevan
A socorrerme con misas.
No te ecsijo que empuñando
Una gruesa disciplina
Te ensangrientes las espaldas
Por abrirme al cielo via.
Solo pido que te acuerdes
De las penas de tu hijita
Y por mi alivio á los pobres
Des alguna limosnilla
De los frutos y las rentas
De aquella envidiada finca
Que mi papá me dejara
Y en mi muerte te hizo rica.
Acuérdate que hace un lustro
Que no me das la comida.
(¡Otro tanto hace que gimo
En esa mazmorra umbría!)
Acuérdate que hace un lustro
Que por mí no te fatigas
Y que todos tus desvelos
Se llevan mis hermanitas.
Haz tambien, te lo suplico,
Que ellas por su hermana pidan,
Que rueguen por mí á la Vírgen,
Que oye con gusto á las niñas.
¡Ay, tal vez ya no se acuerdan
Que la cuna les mecia
Y sus llantos acallaba
como que era mayorcita!
Yo desde aquí me desvivo
Por su salud, por su dicha,
Porque no pierdan el lustre
De su inocencia nativa;
Por ellas son mis suspiros,

Mis plegarias repetidas,
Y por tí, madre adorada,
Por tí con santa porfia,
A Dios pido que en su cielo,
Te dé su gloria divina.
Te la dará, dulce madre,
Pues como á esposa afligida
No puede negarme nada
Su ternura compasiva,
Nada de cuanto le pido
Para mi cara familia,
Mientras nada obtener puedo
Que sea para mí misma.
¿Qué solaz, qué suave encanto
No es pensar que en mi desdicha
Te soy mil veces mas útil
Que cuando feliz vivia?
Si hubiese Dios dilatado
De mi ecsistencia los dias,
¡Ay! tal vez no pocos de ellos
Te hubieran sido de acibar.
¡A! quién sabe si un esposo
Ingrato me tocaria,
Que con amargos disgustos
Te envenenara la vida,
Y á fuerza de sinsabores
Te abriera la tumba impía!
Yo en un mundo de inconstancia,
De ingratitud y perfidia
Y seductores engaños,
¡Ay! tal vez olvidaria
La obligacion de quererte.
Y aunque en tu amor derretida
Constante fuera en ser tuya;
¿De cuánto te serviria
Contra el enojo del cielo
Una muger desvalida?. . . .
Mas ahora en el purgatorio
Aunque víctima y cautiva,
Tengo á mi Dios por esposo,
Y es mio cuanto le pida,
Su riqueza y poderío,

Su inmensa sabiduría,
Su inmensa misericordia,
Su Providencia infinita.
Todo con mi Dios lo puedo
Y para tí, madre mia,
Todo para tí lo pido,
Aunque insensible me olvidas.
¿Y no han de ablandarse nunca
Y corresponderme finas
Esas entrañas de madre
En que yo fuí concebida?

Los Niños es tambien otra poesía de un género sumamente sencillo y delicado: el corazon del poeta se exhala en ternísimos versos, como la flor de la mañana en suavísimos aromas.

LOS NIÑOS.

El amor entrañable
Que tienes á los niños,
Aunque no lo dijeras
Se conoce, Dios mio.
¿De dónde ha de venirles
Sino de tí el hechizo
Con que del mundo entero
Se roban el cariño?
Derramas en sus frentes
El prodigioso rio
De tu gracia divina
En el santo bautismo.
Les envias un ángel
Que es su primer amigo,
Para que haga las veces
De tu amor infinito.
Y el hombre mas adusto
Sonríese festivo
Y respira dulzura
Cuando se acerca á un niño.
Nadie me lo ha contado

Pues mil veces lo he visto
Sin ir lejos: la prueba
La tengo yo en mí mismo.
  Señor, ¿por qué negarlo?
Soy seco y desabrido,
Tanto que á muchas gentes
Con mi insulsez fastidio.
¡Sin embargo, en mi pecho
Cuánto amor á los niños
Encendiste y fomentas
Con tu soplo divino!
  No hay en el mundo nada
Tan amable y tan lindo,
Tan gracioso y tan dulce
Como un tierno niñito.
Por eso nos pintaban
En los tiempos antiguos
Al amor los poetas
En figura de niño.
  Y á los ángeles ponen
Aun hoy por eso mismo
Pintores y poetas
En forma de unos niños.
  Y á ellos mismos les damos
El nombre de angelitos;
Lo son por la inocencia
De que los has vestido.
  Ni la muger conoce
El que abriga escondido
Tesoro de ternura
Hasta que tiene un niño:
  Entonces se descubre
En el gran regocijo
Que le causa la vista
De su recien nacido;
  Los dolores del parto
Y su mortal peligro,
Entonces los bendice
Y los echa en olvido.
  Tú, Señor, tú le has dado
Ese anhelo tan vivo
De consagrarse entera

Al bienestar del niño.
Tú haces hervir su pecho
En néctar esquisito,
Que dulcemente fluya
A la boca del niño:
Néctar del todo ageno
Al humano artificio
Que vivifica y nutre
Y acalla el ay del niño.
El grande sacramento
Que Santo al amor hizo
Lo instituiste sábio
Para bien de los niños.
¡Ellos son la corona
De los esposos finos!
¡Ellos el dulce blanco
De sus tiernos suspiros!

¡Ay! los tristes casados
Que carecen de niños
Sienten dentro del alma
Un inmenso vacío.

¡Ay! si teme la esposa
El furor del marido,
¡Cuánto, cuánto le duele
El no tener un niño!
¡Ay! ve que otras dichosas
El varonil rugido
Acallan, colocando
Entre los dos al niño.

Hasta la misma muerte
Se envidia al infantillo,
Pues volar á tu seno
Es la muerte del niño.

¡O Dios, si yo pudiera
Por medio de un prodigio
Aunque es cosa inaudita
Volverme otra vez niño!

Mas lo que yo no puedo
Tú lo hiciste, Dios mio,
Por robarnos el alma
Con las gracias de niño.

¿Dónde hay mayor delicia
Que verte pequeñito
En brazos de tu madre
O gracioso Dios niño?

Posteriormente ha publicado el Sr. de Berriozabal varias composiciones sueltas en prosa y en verso, todas de poca estension y relativas á objetos religiosos. Despues de haber tributado al distinguido escritor los elogios merecidos, justo es que nos detengamos un momento en ecsaminar si la direccion que ha dado últimamente á sus talentos poéticos es la mas acertada para llenar las esperanzas que en sus primeros años hiciera concebir. Desde luego convendremos en que jamas se emplea mejor la poesía, jamas versa sobre objetos mas propios, que cuando se ocupa en asuntos de religion. La poesía, así como la música y la pintura, nació en los templos, y para los templos debe reservar sus acentos mas bellos y sublimes. Así es que aplaudimos que el Sr. de Berriozabal dedique su talento poético y su estremada facilidad de versificar á los asuntos de religion y piedad, desafiando con santa osadía la sonrisa del incrédulo. Sin embargo, opinamos que sin dejar de ocuparse en tan dignos objetos, antes al contrario, al mismo tiempo que se ocupase en ellos, podria hacer en el género y estilo de sus trabajos algunas modificaciones, con las que tal vez con mas rapidez y derechura, podria llegar al mismo fin que se propone, que es, contribuir al triunfo de la religion y á la propagacion del espíritu de piedad.

Por un conjunto de causas que seria inoportuno enumerar, hay en este siglo un hecho que se podrá calificar de distintas maneras pero que es imposible desconocer; hablamos de cierta tibieza, de cierta indiferencia, de cierto sabor filosófico que se encuentra aun en muchas personas que profesan sinceramente las creencias religiosas. La atmósfera en que vivimos nos contagia de tal suerte, que se pegan sin advertirlo muchos de los males de que ella está impregnada; y así es que al mismo tiempo que ciertos hombres rechazan la impiedad, y no quieren de ninguna manera abandonar la fé de sus padres, son sin embargo tan flacos cuando se trata de hacer frente á la incredulidad, que ni aun se atreven á manifestar su fé, sino revistiéndola con el manto de las convicciones filosóficas. Esto ha producido, que las discusiones religiosas no sean aceptables á muchas personas, si no llevan un carácter eminentemente filosófico, y que ponga á las buenas doctrinas al abrigo de los tiros de la impiedad, suministrando armas para que la filosofia pueda á su vez ser rechazada con otra filosofia. Esto será un mal tan gra-

ve como se quiera; pero es un hecho positivo, evidente, palpable, y del que conviene no desentenderse cuando se escribe en defensa de la religion.

Claro es que si tal sucede en las graves discusiones religiosas, mucho mas se habrá de verificar en la literatura; la cual, dirigiéndose en buena parte á la fantasía y al corazon, puede prescindir mucho menos de la disposicion en que se hallan así aquella como éste por la influencia del espíritu del siglo. Dejamos aparte las obras que sean propiamente de piedad, en las que es preciso andar con sumo tiento, aun cuando se trate de las innovaciones mas pequeñas; pues que éstas no se comprenden comunmente bajo el nombre de *literarias*, ya que pertenecen á un órden superior, y merecen dictados mas graves y augustos. Pero las obras que sean propiamente de literatura religiosa, no alcanzarán en este siglo mucha nombradía, ni podrán ejercer grande influencia en los espíritus, si no llevan ese barniz filosófico de que hemos hablado, si el escritor no muestra á menudo que conoce y siente profundamente el siglo en que vive. Ese conocimiento y ese sentimiento, sean en hora buena para reprobar y condenar; pero es preciso que ecsistan, es necesario que resalten en todas las páginas de la obra; su ausencia es un vacío que con nada se llena. No basta espresar convicciones profundas, no basta derramar en abundancia los afectos; es necesario que esas convicciones se presenten de tal suerte, que se deje conocer que en su formacion ó conservacion, se han tenido presentes las doctrinas del siglo; es indispensable que esos afectos no procedan de un corazon aislado, por tierno, por delicado que sea, sino que salgan de un corazon, que aun cuando se mantenga íntegro y puro, deje entrever que se ha conservado así, á pesar de haber sufrido el soplo disolvente de la época.

Deseariamos, pues, que el Sr. de Berriozabal, sin disminuir en nada su piadoso fervor y tierno ascetismo, aprovechase las bellas cualidades de su talento poético, dedicándose á trabajar en el sentido indicado, é imprimiendo á sus composiciones un sello filosófico, que se hermanase con la pureza de la doctrina y la santidad de los afectos; quisiéramos que sus composiciones no sirviesen tan solo de pábulo á la devocion de las almas piadosas, sino que el tibio, el incrédulo, el indiferente, encontrasen en ellas pensamientos fuertes que escitasen vivamente su atencion, y los convidasen á meditar afectos enérgicos, que sacudiendo hondamente su corazon, hiciesen resonar á sus oidos el zumbido de una eternidad que viene en pos de un tiempo que pasa; quisiéramos que al encontrarse los hombres sin fé, con un escritor que la tiene tan viva, los hombres sin amor ni es-

peranza, con quien canta tan hermosamente los consuelos y dulzuras de una alma que espera y ama, sintiesen que el poeta al fijar sus miradas en el cielo, no se olvida de las miserias de la tierra, que las conoce, que participa de ellas, que las compadece vivamente, que al despedirse para unas regiones de paz y bienandanza, dice un tierno adios á los desgraciados, que ciegos de orgullo ó enflaquecidos por otras pasiones, continúan arrastrándose por este suelo de infortunio, esperando con insensata indiferencia la formidable hora en que un Dios indignado venga á pedirles cuenta de haber vivido largos años, sin cuidarse de conocer su orígen, de haber mirado cuál se avanzaba hácia ellos la muerte, sin preguntar lo que habia mas allá del sepulcro.

Y no cabe decir que cada escritor tiene su talento particular, y que es inútil y aun dañoso el empeño de dislocarle: el Sr. de Berriozabal no carece de las dotes necesarias para emprender la carrera que le hemos indicado; que de ellas no puede carecer quien ha traducido tan magníficamente algunas de las poesías de Lamartine, quien sabe imitar tan atinadamente el lenguaje de todas las ideas y sentimientos; quien sabe encontrar palabras para el *Angel* al apartarse del *Globo* destruido, para la *Soledad*, para la *Desesperacion*, para *Lord Byron*.

Nos hemos atrevido á dirigir al Sr. de Berriozabal esta amistosa escitacion, no precisamente por atender á su gloria literaria, sino porque consideramos que con el mal sesgo que va tomando la literatura, con las infinitas traducciones de que se inunda la España, urge sobre manera que los amigos de la religion y de la moral, salgan al palenque con armas bien templadas, y procuren atajar el daño que se está haciendo á las creencias de la nacion, y la brecha que se está abriendo á las costumbres. Aquí se puede aplicar muy bien aquello de que la mies es mucha y los operarios son pocos; y ciertamente que el Sr. de Berriozabal con su gusto severo y acrisolado, su instruccion vasta y variada, su castellano puro y castizo, su estilo correcto, su versificacion hermosa y fácil, su corazon delicado, y su fantasía galana y brillante, seria uno de los que aventajadamente pudieran contribuir á una obra en que se interesa la religion, se interesa la patria, se interesa la gloria literaria del pais, si hemos de ser algo mas que miserables imitadores de los estrangeros, si no hemos de contentarnos con prostituir la dignidad y magestuosa gracia de nuestra lengua, cubriendo con sus galas los monstruosos engendros que nos vienen de allende el Pirineo.

PIO IX.

I.

Novedad y grandor del espectáculo.

El pontificado de Pio IX ha puesto en espectativa al mundo: pocos acontecimientos habrán llamado la atencion con mas viveza, ni agitado los ánimos tan profundamente, ni convidado á reflecsiones mas graves, ni abierto mas ancho campo á conjeturas y pronósticos. El universo católico acaba de oir la nueva de luto: "¡el Papa ha muerto! . . . ." y un instante despues, llega la de regocijo: "ya tenemos Papa;" *Papam habemus*. . . . Mientras los gobiernos de Europa piensan en las eventualidades de la eleccion futura, se hallan sorprendidos con la noticia de que la eleccion se ha hecho ya. La influencia del embajador francés en el Cónclave, es una vulgaridad: Rossi no sabia siquiera cuáles eran los deseos de Luis Felipe; antes que recibiese credenciales ni instrucciones de ninguna clase, la eleccion se habia consumado; el gobierno de las Tullerías fué sorprendido por la noticia de la eleccion, lo mismo que el último de los parisienses. La uniformidad, la prontitud, todo es singular en esta eleccion; nadie tuvo parte en ella, sino los que debian tenerla; el Cónclave, por un movimiento espontáneo, enteramente libre, se fija en brevísimo tiempo, y la capital del orbe cristiano, aclama al Cardenal Mastai-Ferreti, con el nombre de Pio IX.

¿Qué hará el nuevo Papa? Su primer acto político es la amnistía; y resuena por toda la Europa un grito de aplauso á la clemencia del Pontífice. Los presos que recobran la libertad, los condenados que alcanzan el perdon, los emigrados que respiran de nuevo el aire de la patria, ensalzan alborozados la mano bienhechora que les dispensa el beneficio; los católicos ven con mucha complacencia ese acto de bondad paternal, en el que es padre de todos los fieles; el liberalismo saluda la amnistía como la aurora de la libertad; y la masa del pueblo, que antes de estraviarse se apasiona por las ideas generosas, victorea con entusiasmo y delirio al Papa, que perdona y olvida. Roma empieza á presentar un aspecto nuevo; hay un movimiento desusado, hay agitacion, circulan noticias sobre reformas, sobre libertad, sobre proyectos de un sistema que cambie la faz de los negocios; y el orbe entero aplica atento oido al sordo rumor que se levanta en la capital del orbe cristiano. Roma, la ciudad de los grandes destinos, de los acontecimientos estraordinarios; Roma, la clave de las mudanzas profundas en la marcha de las naciones, Roma se agita; Roma, el corazon del orbe, se prepara á cosas nuevas: ¿qué nuevos destinos le aguardan al mundo?

Poco despues, la prensa se ensancha, y aunque bajo la censura, obtiene inesperada latitud; el P. Ventura ensalza desde el púlpito las doctrinas políticas de O'Connell, y sus calurosas palabras se imprimen en Roma con permiso de la autoridad. Se convoca un consejo de Estado, se establece una municipalidad en la capital, y para complemento, el gobierno pone las armas en manos del pueblo, organizando rápidamente la guardia cívica.

A un cambio tan repentino y profundo en el mismo centro de la Italia, y promovido por un Papa, toda la península italiana se conmueve: los fuertes latidos del corazon se hacen sentir hasta las estremidades: desde la Calabria hasta Venecia y Turin, resuenan entusiastas víctores al Papa y á la independencia de la Italia: en las asonadas, el grito de los amotinados es *viva Pio IX;* y el himno de Pio IX es sù cántico de libertad. El duque de Toscana es arrastrado por la corriente democrática; el de Luca, atribulado, va, viene, no sabe qué hacerse, y acaba por abdicar; la corte de Nápoles se inquieta; Cárlos Alberto observa; el Austria estiende y refuerza su cordon de bayonetas, y mientras espera ulteriores acontecimientos, se apodera de Ferrara. El gobierno pontificio protesta, y el gabinete de Viena, ese gabinete que poco antes miraban algunos como el necesario apoyo de la corte de Roma, se halla en discordancia con ella; en Roma se habla y escribe contra el Austria, y se toma una actitud tal, que no puede menos de desagradar al alto protector.

Entre tanto, la diplomacia europea se pone en movimiento; todas las regiones políticas se agitan; todos los periódicos liberales, religiosos ó impíos, se declaran altamente por el Papa; como si la palabra ultramontanismo fuese á convertirse en sinónimo de progreso y libertad.

Preciso es confesar que hay en este espectáculo una novedad que asombra, una complicacion que aturde. una magnitud que anonada; hay algo que entusiasma y que arredra. La historia con sus lecciones. la esperiencia con sus desengaños, el porvenir con sus nubes, la sociedad con sus necesidades, la revolucion con sus ecsigencias, lo antiguo que se cae á pedazos, lo nuevo que lo invade, que avanza, que á veces se desborda con raudales de llama, todo se agolpa á la mente; y el ánimo conmovido, agitado, fluctuante, se pregunta: ¿qué sucede? ¿qué sucederá?

Vano seria empeñarse en desconocerlo: estamos asistiendo á uno de los acontecimientos mas graves, mas trascendentales de que hay ejemplo en los fastos de la historia: el objeto es grande, colosal, inmenso; guardémonos de creerle pequeño. Quizás se pueda emplear aquí un dicho del conde de Maistre: esto no es un acontecimiento, es una época. Meditemos sobre ella sin prevencion, sin pasiones, con amor de la verdad; preguntemos á la razon, consultemos á la historia, atendamos á la esperiencia, sí, pero guardémonos de ecsagerar el argumento de analogía; la dificultad no está solo en ver las semejanzas; mas costoso suele ser el descubrir las diferencias: si en dos paises el cielo se enturbia, y el trueno retumba, y los relámpagos inflaman el horizonte, no es difícil ver que entre los fenómenos hay semejanza; la dificultad está en discernir si las disposiciones atmosféricas son las mismas; si es el mismo el viento que sopla; si hay en ambas el genio del mal esparciendo la desolacion y la muerte, ó si en una de ellas está el genio del bien, permitiendo la agitacion para refrescar y purificar la atmósfera con una lluvia vivificante.

II.

El hombre.

¿Quién es Pio IX? ¿Cuáles son sus dotes personales?—Se nos dirá tal vez, ¿y qué importan aquí las cualidades del hombre?—¡Ah!

mucho importan, si no se han de borrar las páginas de la historia. Todos los grandes acontecimientos, buenos ó malos, están ligados con las cualidades personales de algunos hombres: cuando el cielo quiere derramar sobre la tierra el tesoro de sus bendiciones ó la copa de su indignacion, se levantan hombres á propósito: ora brilla el genio, ora la santidad, ora un gran carácter, quizás el cielo permite que el criminal se encumbre, ó que el débil empuñe riendas que no puede manejar. Para transformar el Oriente, se presenta Alejandro el Grande; para convertir la república romana en imperio, César y Augusto: para verle perecer, Augústulo; para esclarecer el caos de la barbarie, Carlomagno: para oponer un dique á la corrupcion universal, San Gregorio VII y San Bernardo: para descubrir un nuevo mundo, Cristóbal Colon: para fundar el poderío de la monarquía de Felipe II, Isabel, Fernando, Cisneros; para la de Luis XIV. Enrique IV, Richelieu; para morir con ella, el bueno y débil Luis XVI; para la revolucion inglesa, Cromwel, para la de los Estados-Unidos, Washington: para estraviar las ideas en religion, Voltaire; para ecsaltar los ánimos en política, Rousseau; para impulsar la revolucion, Mirabeau; para dominarla, Napoleon. No son, pues, diferentes las cualidades personales del Pontífice; momentos críticos vendrán en que todo dependerá de ellas; y aun ahora no se puede conocer bien la significacion de muchos actos, si no se atiende á ellas. Las cosas dominan á veces á las personas; pero no es raro tampoco el que las personas dominen á las cosas: como las personas que se hallan en tan elevada altura representan grandes instituciones, sus cualidades en sí mismas son grandes cosas, y ejercen mucha influencia en bien ó en mal de los pueblos. Fijemos la vista sobre la historia de España: ¿no es cierto, y muy cierto, que en la marcha de los acontecimientos han influido sobremanera el carácter, las debilidades, los defectos de algunas personas?

¿Quién es Pio IX? ¿Es conocido acaso como hombre de principios sanos, pero acomodaticios, de alma tibia, de costumbres flojas, amante de la aura popular, de carácter débil, fácil de ser llevado por la astucia á hondos precipicios? No: el Papa no es nada de eso; Pio IX, no tal como le pudieran pintar la lisonja ó el respeto, sino tal como le pinta la verdad, tal como le pintan los que le conocen, y deben conocerle muy bien, es un hombre digno bajo todos conceptos del alto puesto que ocupa; Pio IX es hombre de costumbres severas, de piedad sincera y profunda, de caridad ardiente. Sacerdote antes que político, Pontífice antes que rey, consagra largo tiempo á la oracion, é implora las bendiciones del cielo sobre la Iglesia encomendada á su pastoral solicitud, y sobre los pueblos encarga-

dos á su gobierno temporal. La piedad que atesora orando en secreto *in abscondito*, rebosa cuando se manifiesta en público; y los pueblos admirados y enternecidos, le ven celebrar los divinos misterios con edificante fervor, predicar con penetrante uncion la divina palabra, repartir con su propia mano el pan eucarístico, visitar la casa del pobre, consolar al afligido y manifestarse en todo y en todas partes, digno vicario de aquel que pasó sobre la tierra *haciendo bien*.

El entusiasmo que escita en Roma y sus Estados, comprende á todas las clases, á los hombres de todas las ideas: sin duda que los incrédulos, con designio siniestro, mezclan sus aplausos con los de la multitud; pero ésta ama, venera, adora al Papa, porque ve un Pontífice modelo de todas las virtudes; porque sabe que su perdon es hijo, no de cálculos de interés ni de ansia de aplausos, sino de clemencia y caridad; porque sabe que sus reformas no nacen de prurito de innovacion, sino de amor al bien; porque sabe que su afabilidad no es un medio para hacerse popular, sino fruto de humildad y de modestia; porque sabe que la sencillez en su persona, las economías en su servidumbre, no dimanan de codicia, sino del ardiente deseo de socorrer á los pobres y aliviar á los pueblos.

Este es su presente, ¿cuál es su pasado? En sus primeros años, despues de haber tenido alguna inclinacion á la carrera militar, noble profesion que ejerce algo de fascinador sobre los corazones de gran temple, se consagra, por fin, al estado eclesiástico, y empieza sus tareas dedicándose al cuidado de los jóvenes en un hospicio. Desea recibir las sagradas órdenes, pero una enfermedad cruel, la epilepsía, le cierra el camino. El jóven Mastai-Ferreti, no se desalienta; seguro de su vocacion, busca en la fé divina los recursos que no habia de encontrar en la ciencia del hombre; su remedio es la oracion; ora con insistencia, invoca con amor y confianza á la *Consoladora de los afligidos*, y la epilepsía desaparece. Se ordena de sacerdote, y conforme á su vocacion de caridad, se halla á la cabeza de un hospicio. ¡Qué bello es el encontrar siempre entre niños huérfanos, entre pobres y desvalidos, al jóven destinado para ser un dia el vicario de aquel que dijo: dejad que los niños se me acerquen, y que se complacia en verse rodeado de pobres, de enfermos, de infortunados de todas clases, para derramar palabras de amor seguidas de consuelo y remedio!

Despues de haberse inspirado, no bajo doradas techumbres, no entre el fausto y los placeres, sino á la vista del espectáculo mas grave é instructivo á que el hombre puede asistir, cual es el infortunio de sus semejantes, el jóven Mastai-Ferreti va á recibir nue-

vas inspiraciones: su celo por la gloria de Dios, su caridad para con los hombres, le asocia á una mision destinada á tierras lejanas. Atraviesa el Mediterráneo y el Océano; terribles y repetidas tempestades ponen en inminente peligro el frágil bergantin; y el jóven que acaba de asistir á las miserias de la humanidad en la oscuridad de un hospicio, es llamado ahora á correr grandes riesgos, á presenciar esos espectáculos pavorosos y sublimes, en que el débil hombre, luchando contra las fuerzas colosales de la naturaleza, desfallece una y otra vez, y arrodillado sobre una endeble tabla, invoca por la intercesion de la *Estrella de los mares*, al que domeña los aquilones y disipa las borrascas.

Hay en los grandes espectáculos de la naturaleza, algo que dilata y fortalece el alma; y cuando á ellos se une la vista de naciones diversas, de civilizaciones varias, de usos y costumbres diferentes, el espíritu adquiere cierta amplitud que influye de una manera favorable sobre el entendimiento y el corazon, ensanchando las ideas y elevando los sentimientos. Por esto agrada sobre manera el ver al jóven misionero destinado á sentarse en la Cátedra de San Pedro, surcar la inmensidad del Océano; admirar los magníficos rios, las soberbias cordilleras de América; atravesar aquellos bosques, aquellas llanuras, donde una naturaleza rica, fecunda, abandonada á sí misma, ostenta con lujosa profusion los tesoros de su seno en la abundancia, variedad y hermosura de sus plantas y animales; correr peligros entre los salvages, dormir en pobres chozas ó acostarse á campo raso, y pasar la nache bajo aquel esplendente horizonte que sorprende al viagero en las regiones australes. La Providencia, que destinaba al jóven Mastai-Ferreti á reinar sobre un pueblo y á gobernar á la Iglesia universal, le conducia por la mano, haciéndole visitar varias naciones, y contemplar las maravillas de la creacion. Restituido á Roma, y estimado por Leon XII, es promovido al obispado de Spoleto; despues al de Imola; y elevado finalmente á la dignidad de Cardenal por el venerable Pontífice su antecesor, Gregorio XVI.

El Papa, segun noticias de personas que le conocen bien, reune dos cualidades: mucha sensibilidad, y completo imperio sobre sí mismo: de aquí una grande igualdad de ánimo que conserva en todas las vicisitudes. Estas son precisamente las dos cualidades que forman los grandes caractéres, esos caractéres tan raros en el mundo. Sensibilidad, porque el hombre sin corazon, es frio, es flojo, es incapaz de grandes acciones, y suele propender al egoismo. Cuando el sentimiento falta, la mente no es fecunda, los objetos se ven mal, porque se miran desde un punto mezquino; lo grande se achica, y lo pequeño se convierte en fantasmas; en lugar de las emocio-

nes nobles y generosas, hay las miserables pasiones del amor propio, del miedo que retrocede ante los objetos de vastas dimensiones, y procura reducirlo todo á las proporciones estrechas del apocado espectador: con un corazon seco, no se sienten los males de la humanidad, ni las necesidades que ellos crean: no se siente la sublimidad del sacrificio, no se ama á los hombres con ese amor vivo, profundo, activo, eficaz, que no se contenta con palabras estériles, que hace el bien arrostrando todo linage de dificultades, que no piensa ni en la maledicencia ni en la ingratitud. y que inmola la vida, y si es necesario, algo mas caro que la vida, el buen nombre, para hacer el bien de sus semejantes. Sensibilidad que la han tenido muy delicada todos los grandes bienhechores del género humano; que tambien la tuvo en alto grado Jesucristo, el que se compadece tan tiernamente de las turbas, *misereor super turbam*, que llora á la vista del sepulcro de Lázaro, que llora sobre las desgracias de Jerusalén, que en el huerto de Gethzemaní, abrumado con una tristeza mortal, riega la tierra con sudor de sangre. Imperio sobre sí mismo: que sin esto el corazon es llevado por todos los vientos, y la flaqueza de la carne dañaria á la prontitud del espíritu; imperio completo, tranquilo, que nace de un alto temple de alma, de la fijeza en las ideas, de la premeditacion en los designios, y sobre todo, de la rectitud de intencion, del testimonio de la buena conciencia. Entonces, cuando se reunen estas cualidades, hay irresistible energía en la accion, y firmeza incontrastable en la resistencia: entonces se verifica de una manera amplia, sublime, el tipo del poeta: el varon justo, á quien no conmueven ni los clamores de las turbas, ni el semblante airado de los tiranos.

En la conducta de Pio IX se refleja ese carácter: la empresa que ha acometido es tan árdua, se halla tan erizada de peligros, requiere tal combinacion de valor y de prudencia, de suavidad y de firmeza, ecsige atencion tan simultánea á tantos, tan variados, tan grandes objetos; puede contar con tantos embarazos, con tales ingratitudes, con tal copia de sinsabores, de pesares, de amarguras, que el solo intentarla, el concebirla, revela una grande alma.

III.

El Pontífice.

Lejos de que Pio IX se haya alucinado sobre el espíritu de la época, desconociendo los elementos de disolucion que en diversos

sentidos y en todas partes se agitan, manifiesta en sus palabras y en sus obras que profundamente penetrado de la gravedad de los males presentes, y del peligro de otros que amenazan, se propone esforzarse por prevenir estos y remediar aquellos. En su alocucion en el Consistorio secreto de 27 de Julio de 1846, da las gracias á los Cardenales por la eleccion; pero se duele de que se hayan fijado en él sin merecerlo, "especialmente en estos tiempos, en verdad muy calamitosos para la Iglesia y el Estado." En sus letras apostólicas para el Jubileo universal, en 20 de Noviembre del mismo año, señala como motivo de esta gracia "lo dificultoso de los tiempos y de las cosas," por lo cual cree serle "sobremanera necesario el ausilio divino, para apartar de la grey del Señor las ocultas asechanzas que por todas partes la rodean."

Pero donde resalta y brilla con todo su esplendor el celo y la alta prevision del Sumo Pontífice, es en su admirable Encíclica á todos los Patriarcas, Primados, Arzobipos y Obispos, dada en Roma el dia 9 de Noviembre de 1846. Lejos de que el Papa abrigase el indigno pensamiento de rebajar en nada á su venerable predecesor, aprovecha la ocasion para tributarle el homenage de un profundo respeto. "He aquí, dice, que sin pensarlo ni imaginarlo siquiera, por muerte de nuestro esclarecidísimo predecesor Gregorio XVI, *cuya memoria y cuyos ilustres y gloriosos hechos admirará ciertamente la posteridad, esculpidos con caractéres de oro en los fastos de la Iglesia*, fuimos por los secretos designios de la Providencia elevados al Sumo Pontificado, no sin la mayor turbacion y estremecimiento de nuestro espíritu."

El Pontífice manifiesta en seguida la causa de esa turbacion y estremecimiento, diciendo: "si siempre se ha mirado y debe justamente mirarse como muy pesada y peligrosa la carga del ministerio apostólico, ahora en estos tiempos tan calamitosos para la república cristiana, es mucho mas temible."

Como si el Santo Pontífice hubiese previsto que algunos habian de recelar que le engañasen los impíos, y no conociese bastante sus inícuas arterías, traza con superior elocuencia el siguiente cuadro. "A ninguno de vosotros se oculta, venerables hermanos, que en nuestros aciagos dias se fragua contra todo lo que al catolicismo pertenece, la guerra mas cruda y espantosa, por esos hombres que unidos entre sí con sociedad nefanda, no pudiendo sufrir la sana doctrina, y apartando de la verdad sus oidos, se esfuerzan en sacar de las tinieblas toda especie de opiniones estravagantes, y esagerándolas con todo ahinco, procuran estenderlas y diseminarlas entre el pueblo. Llénanos de horror y de la mas cruel amargura, el

considerar tantos y tan monstruosos errores, tantos y tan varios artificios para dañar, tantas asechanzas, tantas maquinaciones con que estos enemigos de la verdad y de la luz, y consumados maestros en el arte de engañar, procuran estinguir en todas las almas el amor de la piedad, de la justicia, de la honestidad, corromper las costumbres, perturbar todos los derechos divinos y humanos, combatir y trastornar la religion católica y la sociedad civil, y hasta si fuera posible, arrancarlas de raiz." No es dable trazar con mas elocuencia y energía los males y los peligros de la época, ni pintar con mas fuertes colores los designios de la impiedad. Sin embargo, el Papa continúa el cuadro aumentando si cabe el horror de lo que acababa de describir. "Sabeis, venerables hermanos, que estos furiosos enemigos del nombre cristiano, miserablemente arrebatados por el ciego ímpetu de frenética impiedad, han llevado á tal punto la temeridad de opinar, que con inaudita audacia, *abriendo su boca con blasfemias contra Dios*, no se avergüenzan de enseñar pública y paladinamente que los sacrosantos misterios de nuestra religion, son falsos é inventados por los hombres, y que la doctrina de la Iglesia católica se opone á la ventura y bienestar de la sociedad, ni temen rechazar al mismo Cristo y Dios; y para alucinar mas fácilmente á los pueblos y engañar á los incautos é ignorantes, é inducirlos en sus errores, pretenden que solo ellos conocen los caminos de la prosperidad; ni vacilan en arrogarse el título de filósofos, cual si la filosofía, cuyo único objeto es investigar las verdades naturales, debiese rechazar lo que el mismo Dios, supremo y clementísimo criador de toda la naturaleza, se ha dignado revelar á los hombres por un singular beneficio de su misericordia, para que alcancen la felicidad y la salvacion."

Continúa el Pontífice esponiendo y refutando esos errores, habla del temerario y sacrílego atrevimiento de los que quisieran aplicar el progreso á la religion, cual si fuese una invencion filosófica que por medios humanos pudiera perfeccionarse; indica rápidamente los motivos de credibilidad, encarga á los Obispos que con toda solicitud y esmero se opongan á los que con intento abominable pretenden, á pretesto de humano progreso, destruir la fé y sujetarla impiamente á la razon, y luego añade: "Por otra parte, bien sabeis, venerables hermanos, los demas monstruosos errores y engaños con que los hijos de este siglo intentan combatir con la mayor tenacidad la religion católica, la divina autoridad y las leyes de la Iglesia, y conculcar los derechos de la potestad así sagrada como civil. A esto se dirigen los nefandos proyectos contra esta Romana Cátedra de San Pedro, en la que Jesucristo puso el inespugnable funda-

mento de su Iglesia; á esto las sociedades secretas, salidas de las tinieblas para ruina y destruccion de la religion y de los Estados, anatematizadas repetidas veces por los romanos Pontífices nuestros predecesores en sus letras apostólicas, que Nos, con la plenitud de nuestra potestad apostólica, confirmamos y mandamos que se cumplan con la mayor escrupulosidad." Condena en seguida las sociedades bíblicas, el indiferentismo en materia de religion, defiende el celibato del clero, llama al comunismo nefanda doctrina sobremanera opuesta al derecho natural, destructora de todas las propiedades, de todos los derechos, y de la misma sociedad humana; ni se olvida de amonestar á los Obispos y á los fieles para que se guarden de las tenebrosas asechanzas de los que, vestidos con piel de oveja siendo rapaces lobos, se introducen bajo la mentida y fraudulenta capa de una piedad mas pura, de una virtud y conducta mas austera, é insinuándose blandamente y atrayendo con dulzura y suavidad, encadenan y ocultamente matan, y con terror apartan de todo culto religioso á los hombres, y dan muerte y descuartizan á las ovejas del Señor. Finalmente, se lamenta de "esa peste de volúmenes y folletos que por do quiera circulan, en los que se enseña á pecar, y que compuestos con seductor artificio y engaño, y esparcidos no sin grandes dispendios por todas partes para ruina del pueblo cristiano, diseminan por do quiera doctrinas pestilentes, depravan especialmente el ánimo de los incautos, y causan á la religion los mayores daños. De ese aluvion de errores que por todas partes se estiendé, de *esa desenfrenada licencia de pensar, hablar y escribir*, provienen la degeneracion de las costumbres, el desprecio de la santísima religion de Cristo, la impugnacion de la magestad en el culto divino, los atentados contra la potestad de esta Silla apostólica, los ataques contra la Iglesia y la torpe servidumbre á que se ve reducida su autoridad, la conculcacion de los derechos episcopales, la violacion de la santidad del matrimonio, el enflaquecimiento de toda clase de gobiernos, y tantos otros daños sufridos por la religion y la sociedad civil, que á Nos, como á vosotros, venerables hermanos, nos obligan á derramar lágrimas."

Contra tantos y tan graves males y peligros, recuerda con San Leon que es gran piedad poner de manifiesto los ocultos manejos de los impíos, y abatir y vencer en ellos al mismo diablo á quien sirven. Ruega y exhorta á que por todos los medios posibles se descubran al pueblo fiel la multitud de asechanzas, falacias, errores, fraudes y maquinaciones de los enemigos, que se le aparte "cuidadosamente de la lectura de los malos libros, que se le haga huir de las sectas y sociedades de los impíos como de la serpiente,"

y añade: "cuidad de inculcar al pueblo cristiano la debida obediencia y sumision á los príncipes y potestades, enseñándole, segun el Apóstol, que toda potestad viene de Dios; que los que á ella resisten, resisten á lo ordenado por Dios y se hacen reos de condenacion; y que por tanto nadie puede, sin pecado, violar el precepto de obedecer á esta potestad, á no ser cuando mandase algo que fuese contrario á las leyes de Dios y de la Iglesia."

Despues de inculcar á los pueblos sus deberes, recuerda tambien á los príncipes la obligacion en que están de defender la integridad y libertad de la Iglesia; y que Nos, dice, sosteniendo la causa de la Iglesia, sostenemos tambien la de su reino para que posean en paz sus dominios. Esta libertad de la Iglesia es uno de los pensamientos que dominan, por decirlo así, al Pontífice. Roma no olvidará en mucho tiempo el espectáculo que se le ofreció el dia último de la octava de la Epifanía en la iglesia de San Andrés cuando en vez del padre Ventura á quien esperaba, vió subir al púlpito al mismo Papa, y dirigirle una homilía que rebosaba de la uncion mas tierna y penetrante; no olvidará la profunda impresion que causó en toda la concurrencia, cuando el Papa, lleno de fervor, esclamó: "Sí, Dios mio, yo que no ceso de orar por este pueblo fiel, os le recomiendo de nuevo: echad sobre él una mirada de misericordia, volved á él vuestros ojos misericordiosos. *Respice, Domine, de cœlo.* Venid, Señor, y visitad esta viña que vuestra diestra plantó, y que regásteis y fecundásteis con vuestra sangre, y cuyo cuidado me habeis encomendado. *Visita vineam istam, quam plantavit dextera tua.* Pero Señor, que esta visita no sea una visita de justicia, no sea una visita para castigar á los malos colonos, sino una visita de misericordia que los convierta y los salve. Visitadla, Señor, y al visitarla, *apartad de ella esa mano de hierro que la oprime.*"

El Papa se propone reformar las órdenes religiosas, imitando á sus predecesores que lo hicieron tambien segun lo dictaba la prudencia, con arreglo á las circunstancias y á las necesidades de los tiempos. Con este objeto ha dirigido una carta encíclica á todos los Generales, Abades, Provinciales y demas superiores de dichas órdenes; y otra á todos los Patriarcas, Arzobispos y Obispos. Ambas son dignas de un Papa: en ambas respira el amor á los institutos religiosos, el deseo de conservarlos y aumentarlos por medio de una reforma. Difícil es encontrar en ninguna parte una apología mas completa y elocuente de la que se halla en las breves cláusulas de ambas encíclicas. Dirigiéndose á los superiores de las órdenes les habla de este modo. "Amados hijos varones religiosos: sa-

lud y bendicion apostólica.—Tan luego como por los secretos designios de la Divina Providencia fuimos encargados del gobierno de la Iglesia universal, deseamos vivamente entre la multitud de cuidados y desvelos de nuestro ministerio apostólico, manifestar á vuestras religiosas familias el *singular afecto* de nuestro amor paternal, ampararlas con *todas nuestras fuerzas*, escudarlas, defenderlas, y procurar con todo nuestro poder su mayor bien y esplendor. Ellas, en efecto, fundadas por varones santísimos, inspirados por el Divino Espíritu para procurar la mayor gloria de Dios Omnipotente, y confirmadas por esta Silla apostólica, constituyen con su diversidad de formas aquella hermosísima variedad que admirablemente circunda la Iglesia, y componen aquellas escogidas legiones ausiliares de Cristo, que tanto sirvieron siempre, adornaron y defendieron así al cristianismo como á la sociedad civil: porque llamados sus individuos por un singular beneficio de Dios á la profesion de los consejos de la sabiduría evangélica, y reputándolo todo como detrimento por la eminente ciencia de Jesucristo, despreciando con ánimo esforzado é invicto todo lo terreno, y mirando únicamente á las cosas celestiales, se los vió *siempre* insistir en estas esclarecidas obras, con lo cual *merecieron bien de la Iglesia católica y de los Estados.* No hay en verdad quien ignore ó pueda ignorar, que las familias y órdenes religiosas, ya desde los primeros dias de su institucion brillaron por la multitud de varones, que insignes por su copiosa erudicion y vasto saber en todas las ciencias, radiantes de gloria por su santidad y todo género de virtudes, ilustres ademas por sus honrosas dignidades, abrasados en ardiente amor de Dios y de los hombres, y hechos un espectáculo á los ojos del mundo, de los ángeles y de los hombres, no tenian otro placer que consagrarse dia y noche, y con el mayor afan y ahinco, á la meditacion de las cosas divinas, llevar en su cuerpo la mortificacion de Jesus, propagar la fé católica y la doctrina desde el Oriente hasta el Ocaso, y pelear valerosamente por ella; sufrir con gusto las mortificaciones, tormentos y suplicios de todas especies hasta perder su propia vida; sacar á los pueblos rudos y bárbaros de los errores, de la ferocidad de costumbres y del cieno de los vicios, y atraerlos á la luz de la verdad evangélica, á la práctica de toda virtud y á la vida civil; cultivar la literatura, las ciencias y las artes, defenderlas y salvarlas de su ruina; formar maduramente en la piedad y buenas costumbres los tiernos entendimientos de los jóvenes, y sus corazones, blandos todavía como la cera, é imbuirlos en sanas doctrinas y trae á la senda de la salud á los que yerran. Ni es esto todo, pues con sus entrañas de misericordia no hay género alguno de caridad he-

róica que no hayan practicado hasta con peligro de su propia vida, para ofrecer con el mayor amor todos los ausilos de la beneficencia cristiana á los cautivos y presos, á los enfermos y agonizantes, á todos los pobres miserables y desgraciados, mitigar su dolor, y proveer por todos los medios posibles á todas sus necesidades.

"De aquí es que los Padres y Doctores de la Iglesia tributaron *justísimamente* los mayores elogios á los que profesaban la perfeccion evangélica, y pelearon denodadamente contra sus impugnadores, quienes *temerariamente proclaman que son inútiles estos sagrados institutos y perjudiciales á la sociedad.*"

Con tal predileccion mira Pio IX á los institutos religiosos: al reformarlos, se propone su conservacion y prosperidad; y para lograrlo se dirige á los superiores de los mismos, y á todos los Obispos del mundo católico, nombrando ademas una congregacion de Cardenales ilustres por su sabiduría y virtudes, de la cual forman parte algunos que pertenecen á órdenes religiosas. Dichosos estos institutos cuando son reformados con tan santa intencion, con tan ardiente celo, con tantas precauciones, con tantas garantías de acierto, y sobre todo, bajo la accion de una autoridad tan legítima y competente como es la del Vicario de Jesucristo. ¿Qué mas pueden desear las ovejas que estar encomendadas á la solicitud de su pastor? No sufrirán violencias los religiosos, no esperimentarán despojos, no verán sus bienes en manos inmorales, y distraidos de los objetos piadosos. Lo que ha hecho el Papa hasta ahora indica lo que hará en adelante: dos conventos ha suprimido, uno el de San Alejo en Roma, del órden de los Gerónimos, porque desde la muerte del último abad solo habian quedado dos religiosos; y otro en Narni por razones análogas: pues bien, las rentas del primero han sido aplicadas á los clérigos regulares del órden de los Somascos, que se dedican á la educacion de la juventud, con la carga empero de proveer á la subsistencia de dichos dos religiosos durante su vida; las del otro han servido para aumentar la dotacion del Obispo de aquella ciudad. ¡Felices reformas las que se hacen de una manera tan suave, por medios tan legítimos, con intencion tan santa, y con tal espíritu de justicia!

No hablaria siquiera de las villanas calumnias, de las necias vulgaridades que se han propalado sobre las conspiraciones de los jesuitas contra Pio IX, y el ódio de Pio IX á los jesuitas, si no fuera necesario recordar dos documentos que han llamado de una manera especial la atencion pública. El uno es la escelente carta del padre Roothaam, general de la Compañía, al *Correo francés* en que al rechazar la calumnia y esplicar la posicion de su órden con res-

pecto á la variedad de las formas políticas, asegura que Pio IX desde su elevacion no ha cesado de dar á la Compañía de Jesus prendas de su benévolo y paternal afecto, y dice que para los jesuitas su deber como súbditos de los Estados romanos será tanto mas fácil de cumplir, "cuanto que el Santo Pontífice que hoy ocupa la Cátedra de San Pedro, reune al sagrado carácter de que se halla revestido. todas las virtudes que la Iglesia honra, todas las grandes cualidades que el mundo admira." El otro documento es la carta de Su Santidad al padre Perrone, en la que al manifestar cuán grato le ha sido que aquel sábio jesuita le dedicase el opúsculo titulado, *Disquisicion teológica sobre la Inmaculada Concepcion de la Vírgen María*, elogia la religion, la piedad, el talento, la ciencia del autor, y luego intercala un párrafo en que hace en breves palabras la apología de aquella órden: "Lo que es muy propio de un individuo de esta ínclita Compañía que tiene la satisfaccion de haber contado en su seno á tantos varones insignes por la pureza de costumbres, por el brillo de la santidad, por el saber en todos ramos, y muy beneméritos de la religion y de la sociedad civil." Así habla Pio IX: así aprovecha la oportunidad para responder á los que le suponian enemigo de los jesuitas.

La conducta del Papa está anunciando que bajo su pontificado será defendida con vigor la autoridad y la libertad de la Iglesia, sin consideracion á injustas ecsigencias de las potestades de la tierra. El pulso y detenimiento con que se procede en los asuntos de la Iglesia española, es una prueba del espíritu que preside á los actos del Pontífice; pero no es solo en una nacion de segundo órden donde Pio IX está dando pruebas de firmeza enlazada con prudencia; el negocio de los colegios mistos en Irlanda manifiesta claramente que cuando está de por medio la religion, Pio IX no reconoce diferencia entre la flaqueza de España y el poderío de la Gran Bretaña. La Inglaterra ha dado á Pio IX muestras de simpatía, enviando á Lord Minto para tantear un arreglo sobre el establecimiento de relaciones diplomáticas: los periódicos ministeriales ingleses han colmado de elogios al Santo Padre; todo estaba indicando las disposiciones mas propicias hácia la Santa Sede; ¡qué ocasion para vacilar! ¡qué razones tan especiosas podian fundarse en lo imperioso de las circunstancias, en la conveniencia de hacer un sacrificio para evitar mayores males! Hasta se trataba de una materia en que se hallaban divididos los pareceres de los Obispos. ¡Qué motivos para mostrarse condescendiente! Sin embargo, el Papa no ha vacilado en disgustar á la Inglaterra: la Congregacion de la Propaganda ha opinado en contra de los colegios mistos. y el Papa ha

aprobado esta decision, y la ha confirmado con su autoridad. Mientras protege el Santo Padre la libertad de la Iglesia de Irlanda, estiende su paternal solicitud á las de Dinamarca, Suecia y Noruega, enviando, segun dicen, á Monseñor Rossi, prelado romano, para procurar la emancipacion de los católicos.

En medio de tantas solicitudes, el infatigable Pontífice, devorado por el celo de la gloria del Señor, asiste á las solemnidades religiosas, dirige su palabra á los fieles, visita hospitales y demas establecimientos de beneficencia, los conventos de religiosos y de religiosas, acude á celebrar en iglesias particulares, distribuye la Sagrada Eucaristía á los alumnos de un seminario, y mientras en su encíclica de 25 de Marzo levanta su augusta voz para escitar la caridad del mundo en favor de la desgraciada Irlanda, habiendo dado antes el ejemplo socorriendo á los pobres irlandeses con mil escudos de su bolsillo particular, ampara al padre de familia, al huérfano, á la viuda, con aquellos rasgos de caridad que han hecho derramar lágrimas de ternura á todos los corazones sensibles.

Así, no es de estrañar, pues, que Pio IX haya escitado un entusiasmo tan universal. No es todo ficcion, no es todo amaños de la impiedad para arrastrarle á un abismo: hay mucho de eso ciertamente, pero no es todo eso; hay otra cosa: las naciones en masa no fingen; y pocos ejemplos hay en la historia moderna de un lenguaje de tanta veneracion, de tanto amor, de tanto entusiasmo, como el que está resonando en todas partes por el actual Pontífice. No hay un periódico donde no venga escrito su nombre; no hay un sitio donde no se encuentre su retrato. Y qué, ¿serán tambien ficciones inícuas las palabras de los pastores de la Iglesia? ¿Lo serán las del Cardenal de Bonald, del Arzobispo de Paris y de otros ilustres prelados? ¿Quién no se ha conmovido al leer las elocuentes palabras del Cardenal Arzobispo de Cambrai el dia de su solemne entrada en su metrópoli? Se oye frecuentemente espresarse con entusiasmo á personas distinguidas que han tenido la dicha de hablar con Pio IX; pero no cabe encontrar palabras mas sentidas ni mas tiernas que las que acaba de pronunciar el Cardenal Arzobispo de Cambrai. "Esperais de mí, dice, mis amados hermanos, que os diga alguna cosa de la peregrinacion que acabo de hacer mas allá de las playas de la Francia. . . . .
. . . .

"Nos hemos apresurado, muy amados hermanos, á pronunciar un nombre que está ya en todos los labios, y que vuestros corazones han repetido mil veces: Nos le hemos visto al muy amado Pio IX. Pio IX el grande, mas grande que toda alabanza, el mas

generoso de los príncipes, el mas piadoso de los Pontífices: entre todos los monumentos de Roma, el mas digno de ser contemplado; él, á quien el pueblo romano bendice, en quien fija sus ojos toda la Italia; él, á quien toda la Europa admira; él, á quien saludan tantas esperanzas, y á quien rodea un inmenso amor. Le hemos visto. . . . ¡Cómo espresaros las emociones de aquella primera audiencia, en que trémulos de temor y de ternura, nos hemos hallado en presencia de la caridad y de la dulzura del Salvador mismo! En sus ojos, ¡qué espresion de bondad! ¡Qué suavidad en su palabra! ¡Qué serena magestad en su fisonomía! Representaos una de esas figuras angelicales de Bruno y de Bernard, en que el pincel mas delicado se ha complacido en derramar todas las gracias de una virtud celeste. ¡Ah, si vosotros hubiéseis podido verle como Nos le hemos visto! Aquella calma de su frente, sin embargo de estar rodeada de tantas solicitudes; la confianza de su mirada cuando la fija sobre la imágen del divino Crucifijo que tiene siempre delante; aquella benignidad, aquella mansedumbre esparcidas en sus labios: no, no hay espíritu tan rebelde que no hubiese confesado la fé, no hay rodilla que no se hubiese doblado, no hay lengua que no hubiese esclamado: ¡Santo Padre, vos sois verdaderamente el Vicario del Hijo de Dios!"

IV.

Empresa de Pio IX.

¿Cuál es la empresa? Conceder á la época lo justo y conveniente, negándole lo injusto y dañoso; mejorar la condicion de los pueblos, sin precipitarlos en la anarquía; prevenir la revolucion por medio de la reforma, quitándole á la impiedad motivos, ya que no es dable impedir que tome pretestos; privar de fuerza sus declamaciones, haciéndolas huecas por la absoluta falta de razon; cimentar un órden político y administrativo que se sostenga por sí propio, sin necesidad de bayonetas estrangeras; desarrollar en los Estados pontificios un espíritu público, que los prepare para atravesar sin

trastorno las profundas vicisitudes que ha de sufrir la Europa; hacer posible la duracion de la soberanía temporal de la Santa Sede, no obstante la transformacion de las ideas y costumbres de los pueblos; en una palabra, resolver para lo presente el problema que sus antecesores han resuelto cada cual para su tiempo respectivo; conservar la union de la supremacía espiritual con la soberanía temporal, es decir, una condicion que no podria faltar, sin gravísimos inconvenientes para el ejercicio de la autoridad pontificia. y por consiguiente sin gravísimos males para la Iglesia universal.

Esta es la empresa de Pio IX; al menos tal la concibo en mi humilde opinion; empresa, sí, lo confieso, sembrada de dificultades, erizada de riesgos, rodeada de abismos: el problema es mas complicado de lo que parece; no se le resuelve, ni cantando un himno como los patriotas italianos, ni invocando el amparo de las bayonetas austriacas. La situacion de la Italia, las condiciones especiales á que están sometidos los Estados pontificios, el carácter de la civilizacion moderna, el curso de las ideas, el espíritu de la época, todo se combina para producir por un lado necesidades, y embarazar al mismo tiempo la satisfaccion de ellas, suscitando obstáculos y creando peligros. Dícese que el Pontífice, en medio de su calma, pasa ratos amargos; esto abona su prevision: pocos hombres se han visto en unas circunstancias mas críticas. Y estas no es verdad que las haya producido él ni sus venerables antecesores; son hijas de la naturaleza de las cosas, de la marcha de las ideas y de los acontecimientos; son condiciones inseparables de una de esas grandes evoluciones que hace el género humano en la serie de los tiempos; uno de esos periodos á que la Providencia sujeta al mundo para hacerle pasar á un nuevo estado que el débil hombre presiente, pero que no alcanza á prever.

Como quiera, no conviene apocar el espíritu con ideas estrechas ó sentimientos poco elevados: la prevision es una gran cualidad, pero el miedo ecsagera; señálense en buen hora los peligros, pero no nos sobresaltemos fácilmente por cada noticia que llegue de un pequeño motin. Vivimos en una época de agitacion, de zozobra; es preciso resignarse á ello: somos navegantes en mar inquieto; en vano nos prometeriamos bonanzas muy permanentes: ora terribles borrascas, ora fuertes marejadas, rara vez completa calma, escepto en aquellos momentos que preceden á tremenda tempestad.

Cuando se reflecsiona sobre lo presente y lo porvenir, no con las prevenciones del espíritu de partido, ni con sueños de vanas utopias, ni con el apocamiento que liga el ánimo á un pequeño círculo de espacio y tiempo, sino con la luz de una sana filosofía, la enseñan-

za de la historia, y sobre todo con la fé en el entendimiento y la esperanza en el corazon, se descubre algo de sorprendente y sublime en la marcha de la humanidad, descollando entre los objetos mas dignos de contemplacion, el poder espiritual y el dominio temporal de la Santa Sede. En los temores que tan fácilmente asaltan el ánimo del débil mortal, en aquellas ansiedades con que nos angustia la vista de un suceso turbulento, la historia desenvuelve sus magníficas páginas y nos consuela y tranquiliza. ¿Dónde está el imperio de los señores del mundo, que enviaban al suplicio á los santos Pontífices de los tres primeros siglos? No ecsiste; y el Pontificado permanece. ¿Dónde está el imperio de aquellos reyes bárbaros que talan, devastan, incendian la Italia y Roma? No ecsiste. ¿Dónde está el imperio de los sucesores de Carlomagno, que ora apoyan, ora combaten á la Santa Sede? No ecsiste; y el dominio temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde está la obra revolucionaria de Arnaldo de Brescia y su restablecimiento de la antigua república en Roma? Disipóse como el humo; y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde están esas repúblicas de Italia que se prometian la inmortalidad á la sombra de la libertad y de la independencia? No ecsisten; y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde están las fundaciones políticas, los establecimientos dinásticos de Cárlos V, de Francisco I, de Felipe II y sus sucesores? Se disiparon; y la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía. ¿Dónde están las obras de los generales de la república francesa, dónde las de Napoleon, las repúblicas, los reinos, las confederaciones que diseñaba con la punta de la espada el irresistible vencedor? No ecsisten; y la soberanía temporal de los sucesores de Pio VI y Pio VII dura todavía. Esto en Italia: ¿y qué ha sucedido en el resto del mundo? ¿Pueden contarse las formas políticas que han caducado, las dinastías que han perecido, los reyes que han sucumbido, las repúblicas que han perdido su libertad, las nacionalidades que han muerto, los imperios que se han desplomado? Y sin embargo, en Roma, combatida por el error, las pasiones y los potentados, dura la Santa Sede; en Roma, asolada por los bárbaros, tomada por los emperadores de Alemania, asaltada por las tropas de Cárlos V, sometida por la república francesa, sojuzgada por Napoleon, agitada por los carbonarios, en esa Roma, la soberanía temporal de la Santa Sede dura todavía.

Grande enseñanza para no aplicar á Roma el argumento de analogía sin mucha cautela, sin numerosas correcciones; grande enseñanza que domina el ánimo y lo pone sobre sí, para considerar que hay en Roma algo singular, que hace fallar los cálculos de la polí-

tica humana; grande, convincente enseñanza, pues no se funda en utopias sino en hechos, los que pareciendo un hermoso sueño de una fantasía poética, son una incontestable realidad histórica.

V.

La independencia de la Italia.

El malestar de la Italia, sea cual fuere su causa, es un hecho que se manifestaba por la necesidad de la proteccion austriaca para sostener el órden: un pais que necesita de proteccion estrangera, está enfermo; sus fuerzas vitales no le bastan, pues que ha menester de las agenas. Hace ya muchos años que al hablar de la Italia, se vuelven instintivamente los ojos hácia el Austria, no precisamente por lo que posee, sino por lo que protege: hay, pues, en el fondo de los espíritus una conviccion de que la Italia no se basta á sí propia. Este es un hecho fundamental en la presente cuestion: es la clave para esplicar los nobles esfuerzos de Pio IX. La política del Papa no afecta solo á sus Estados, influye en toda la Italia: Pio IX debe haberlo previsto.

La Italia es el pais clásico de la agitacion; nunca ha podido constituirse bien. Durante el imperio romano, tenia cierta unidad facticia; mas bien que unidad era la union producida por una mano de hierro que comprime: sus municipios no dejaban de conservar antiguas diferencias, que debian manifestarse tan pronto como cayera el trono de los Césares. Envuelta la península italiana en el cataclismo universal de la irrupcion bárbara, siguió durante algunos siglos la suerte de los demas paises de Europa, en cuanto á ser destrozada por la guerra intestina, y atormentada por las invasiones estrangeras; pero mientras la Europa se encaminaba á formar nacionalidades fuertes y poderosas, la península italiana se fraccionaba y cubria su suelo de diminutos principados y pequeñas repúblicas. La Italia ha tenido bastante espíritu de nacionalidad para no ser estrangera; pero demasiado poco para crear esas grandes unidades que ve-

mos en Austria, Francia, Inglaterra, España, y últimamente en Prusia y Rusia. Así, los que piensan ahora en la unidad italiana, se entregan á un sueño desmentido por la historia: lo que no han creado catorce siglos, no lo crearán las sociedades secretas. La España, la Francia, el Austria, se han disputado con torrentes de sangre los pedazos de aquel pais siempre descoyuntado; pudiendo asegurarse, que á no haber ecsistido la soberanía temporal del Romano Pontífice, la Italia hubiera perdido hasta ese rastro de nacionalidad que tantas veces no ha tenido mas vínculo que la lengua y el nombre.

No es, pues, de estrañar que la Italia se agite fácilmente; esto ha sucedido en todas épocas. Afortunadamente los disturbios de Toscana, Módena y Luca, no tienen la importancia de los disturbios de Paris: sin aplicar aquello de la *tempestad en un vaso de agua*, y sin desconocer la importancia que esto puede entrañar, es preciso no ecsagerar los peligros. Si ha de haber en Europa una nueva conflagracion, de otros puntos es probable que salga: la propaganda italiana se agitará en un círculo pequeño, si no viene á favorecerla un rompimiento de hostilidades entre las grandes potencias de Europa.

Cerdeña, Estados Pontificios, Nápoles, he aquí los tres puntos donde conviene tener la vista fija; una perturbacion profunda en alguno de ellos, tendria ya consecuencias graves: con tal que los soberanos de esos tres paises sean dueños del movimiento, no hay que temer; el dia en que sucediera lo contrario, ya es preciso resignarse á complicaciones peligrosas.

Los Estados limítrofes con el Austria, sufrirán siempre mas ó menos, la compresion de esta potencia; cuando eso faltase por una guerra desgraciada en el Rhin ú otra causa, quedarian por de pronto entregados á la anarquía, para pasar *inmediatamente* bajo el dominio ó protectorado de la Francia ó de la Inglaterra. Todas las alharacas de independencia y de libertad italiana en tiempo de la república y del imperio, no eran mas que un homenage de sumision al Directorio ó al emperador; lo mismo sucederia ahora; la duda solo está en si á un mariscal austriaco le sucederia uno francés, ó un almirante inglés. La Cerdeña, los Estados Pontificios y Nápoles, seguirian la misma suerte el dia en que cayesen sus actuales gobiernos; las vicisitudes serian mas profundas, pero el resultado fuera el mismo: no hay para aquellos paises esperanza de libertad, ni siquiera de independencia, el dia en que rompan los cetros que los rigen; y tal es la fuerza de las cosas, que despues de los mas grandes trastornos, habrian de volver á una situacion semejante á la que tienen ahora: en pos de torrentes de sangre, vendria otro tratado de Viena recogiendo los trozos dispersos, y pegándolos de nuevo.

Reconociendo estas verdades, no puede tampoco desconocerse otra, y es, que los gobiernos de Italia procederian muy mal, si contando demasiado con el apóyo del Austria, no procurasen estar dispuestos para acontecimientos que pueden afectar las relaciones de las grandes potencias. El Austria, estando en paz la Europa, y no oponiéndose ni la Francia ni la Inglaterra, puede, con sus regimientos, garantizar la seguridad de los gobiernos italianos: los cálculos en este punto están acordes con la esperiencia; pero si falta una cualquiera de estas condiciones, el Austria queda paralizada, ó cuando menos muy impedida. Los tiempos de la república y del imperio, nos han dejado instructivas lecciones sobre lo que pudiera ser el Austria si sobrevinieran grandes conflictos: la España, sin las pretensiones de gran potencia, no se humilló como el Austria ante las águilas del capitan del siglo.

Aun prescindiendo de semejantes eventualidades, es preciso convenir en que todo gobierno cuya seguridad estriba en el apoyo estrangero, se ve forzado á condescendencias humillantes, es flojo y abandonado en su administracion, imitando la conducta de los particulares, que con la seguridad de la munificencia agena, se olvidan del trabajo, caen en la desidia, y al fin se degradan. Por esto son siempre fatales las protecciones estrangeras; y á veces le seria menos dañoso á un pais el perder del todo su independencia, el convertirse en provincia de otro imperio, que el estar sometido á esa accion bastarda, que no se siente impulsada hácia el bien por ningun motivo, y que tiene muchos para hacer el mal, sin ningun género de responsabilidad. Pobres soberanos los que tienen que ofrecerse á sus pueblos bajo la egida de otros soberanos; pobres monarcas los que tienen que sufrir reconvenciones como si fueran meros prefectos, y ni siquiera pueden como éstos, tener el consuelo de reclamar claridad y precision en las instrucciones, y medios para ejecútarlas.

Así, pues, el trabajar por emanciparse de toda influencia estraña, el colocarse en tal situacion, que no se necesite de su apoyo, es para todo soberano una tarea dignísima, una tarea que le aconsejan de consuno su decoro, su honra, el bien de sus pueblos, su propio interés y hasta su seguridad en un porvenir mas ó menos cercano. Si el Papa ha querido proceder de modo que no quedase ni motivo ni pretesto para mirarle como un protegido del Austria; si el Papa ha querido prevenir que en adelante no hubiese necesidad de que penetrasen en sus Estados los ejércitos austriacos para restablecer el órden; si el Papa, á mas de esa alta prevision política, se ha sentido animado del sentimiento de nacionalidad italiana, no hay corazon generoso que no deba aplaudirle, no hay alma noble que no de-

ba felicitarle; en este hidalgo pensamiento se habrá conformado el Papa con el de sus predecesores, quienes al propio tiempo que defendian las prerogativas de la Iglesia, defendian tambien la independencia de la Italia.

Los revolucionarios en sus asonadas, proclaman la independencia; pero este pretesto se funda en un hecho, cual es, la oposicion de los italianos á la dominacion estrangera. Es preciso esforzarse por dirigir ese espíritu, y no tratar de sofocarle; primero, porque esto seria muy poco noble; segundo, porque es imposible. Los pueblos son sumamente susceptibles en este punto, y con razon; ¡ay de las naciones donde faltara semejante susceptibilidad! habrian muerto. Hablando á españoles, no hay necesidad de encarecer lo que vale el sentimiento de la independencia: tambien los españoles rechazarian con indignacion, no solo la dominacion material, sino la influencia preponderante. Nuestros padres lucharon durante seis años con el capitan del siglo, por no aceptar de sus manos un rey; la susceptibilidad de la península italiana en punto á independencia, en ninguna parte será mejor comprendida que en la península española: sentimos perfectamente lo que debe de significar para un italiano la palabra de *adicto al Austria*, nosotros que tan hondamente sentimos lo que espresa la palabra *afrancesado*.

VI.

El gobierno pontificio y las altas potencias.

El desarrollo de un espíritu público que por sí solo y sin ausilio de las bayonetas estrangeras, baste á contener una revolucion y á sostener el gobierno temporal del Pontífice, es un pensamiento digno de un Papa, y ademas, es un pensamiento necesario. Será posible que Pio IX tropiece con tales dificultades interiores y esteriores, que no lo llegue á realizar como él desea: pero si su empresa no puede ser llevada á cabo ahora, lo será en lo venidero, otro Pontífice intentará lo mismo que Pio IX, y al fin uno de ellos lo conseguirá.

Fiar la suerte temporal de la Santa Sede al protectorado del Austria ni de otra potencia, es un error grave: es dormirse tranquilamente al borde de un abismo. Repetidas veces ha esperimentado Roma lo que hacia notar Conzalvi antes de la eleccion de Pio VII: que todas las potencias de que se habia esperado apoyo, no ofrecian al estado eclesiástico sino amigos inciertos ó indignos aliados; y tiene ahora aplicacion, y en adelante la tendrá mas, lo que á continuacion añadia aquel hombre célebre: que convenia buscar una nueva fuerza en todos los recursos que no faltan jamas á un soberano como el Papa, padre comun de los fieles.

La Santa Sede no puede fiar su porvenir temporal á las potencias del Norte; en ellas no hay suficiente garantía ni de fuerza ni de buena voluntad. No de fuerza, porque el núcleo de esta se halla demasiado lejos del punto que necesitaria proteccion; no de buena voluntad, porque aun suponiendo imposible un nuevo José II en el trono de Austria, no se puede perder de vista que el rey de Prusia es protestante, y el emperador de Rusia cismático; y que ambos gobiernos han dado pruebas recientes, públicas, estrepitosas, de su espíritu de oposicion á la religion católica.

La política de Pio IX no ha debido agradar al Austria; pero será difícil persuadir á los hombres pensadores, que el desagrado de aquella potencia sea un justo motivo de reprobacion. Esto, aunque prescindamos de todo sentimiento de nacionalidad é independencia, y atendamos únicamente al interés de la propia conservacion por parte del gobierno pontificio.

La clave de la política del Norte no está en Austria ni en Prusia, sino en Rusia; y esta última potencia no tiene ciertamente contraidos méritos con la Santa Sede. Mientras se conserve el *statu quo* en Europa, el protectorado del Austria, aunque humillante, podria ser verdadero; el dia de un conflicto europeo, este protectorado no significa nada: la Rusia se presentaria lo que es en realidad: la única potencia continental que puede arrostrar las iras de una revolucion en Francia, y todas las vicisitudes de una conflagracion europea. Vencidas la Prusia y el Austria, y en revolucion la Alemania y la Italia, todavía la Rusia permaneciera en pié: con su poderosa marina en el mar Báltico y el Negro, con sus numerosos ejércitos, con sus tesoros de la Siberia, con sus pueblos bárbaros de que dispone con tanta inteligencia, con su inmenso territorio, con sus vallas de nieve, sepultura del mayor y mejor ejército de los tiempos modernos, la Rusia podria hacer frente á todos los conflictos europeos; y si en último apuro se aliase con los Estados-Unidos, podria desafiar desde sus nieves la cólera de todas las potencias coligadas,

inclusa la Inglaterra. Comparad ese poder con el del Austria, cuya capital puede tomar en pocas marchas un ejército francés; en cuyos alrededores de Italia y de Alemania prenderia en un instante el fuego de la revolucion, y ved si es preciso pensar en algo mas que en el Austria, y si es cuerdo entregarse tranquilo á todas las eventualidades, cuyo último desenlace, si hubiera de ser feliz, seria principalmente debido á la prepotencia del Czar.

En el terreno de la diplomacia y de la dominacion política, la Rusia prepondera en el continente de una manera tal, que bajo este aspecto el equilibrio europeo no ecsistiria si no hubiese el contrapeso de la Inglaterra. Pero fuera del campo diplomático y político, es decir, fuera de la accion ejercida por los gobiernos, hay el campo de las ideas, que se modifican en todas partes con rapidez, que influyen ya mucho en la política y en la diplomacia, y que indudablemente influirán mucho mas en lo venidero. Bajo este aspecto la fuerza no se halla en la Rusia, sino en la Alemania y en la Francia; siendo esta última la encargada del papel de propagandista. Idioma que se habla, ó al menos se entiende en todas partes; facilidad y brillo de espresion; arte de popularizar las ideas mas abstractas, hiriendo la fantasía con imágenes seductoras é interesando el corazon con toques delicados; el talento de la sátira, el arte de alabar ó deprimir ecsageradamente, estas son las cualidades de que dispone la Francia, esa Grecia de los tiempos modernos. Si un dia nuevos macedonios ó romanos la humillasen con sus conquistas, ella venceria á sus vencedores inoculándoles sus ideas: y el gigante del Norte, adormecido en los brazos de su bella esclava, empezaria á recorrer el periodo de todos los poderes del mundo: despues del apogeo, la decadencia, y al fin la muerte. Ahora mismo la cultura rusa es ya la cultura francesa; la nobleza rusa ha participado mucho de la influencia francesa, y si los efectos no se hacen sentir en la política, es porque hay un pueblo intacto en su inmensa mayoría, y la nobleza resiste á la accion disolvente porque tiene delante de sí el campo en que se forman y conservan las aristocracias poderosas, la conquista.

En el porvenir de Europa hay dos luchas, la de los gobiernos y la de las ideas: en aquella descuellan la Inglaterra y la Rusia, potencias anticatólicas; en esta sobresale la propaganda francesa, plagada de volterianismo con disfraces modernos. ¿Qué se infiere de aquí? Lo que se infiere es, que no conviene contar con apoyo estrangero; que es preciso desenvolver las fuerzas propias; que es necesario no ligar la suerte con la de ningun poder político; que es urgente tomar una actitud en que las vicisitudes políticas de Euro-

pa hallen menos cosas que conmover, aprovechando cuerdamente lo que haya de bueno en el espíritu moderno para dar á las ideas una direccion justa y preparar á los hechos una transformacion pacífica.

¡Ay de los gobiernos que se duerman! ¡Ay de los pueblos que ellos gobiernen! ¡Ay de las instituciones cuyos custodios no vigilen para irlas acomodando á las necesidades de la época! El mundo marcha; quien se quiera parar será aplastado, y el mundo continuará marchando. La religion y la moral son eternas; ellas no perecerán: cuando los hombres crean haber pulverizado los cimientos del magnífico edificio, verán que el edificio no se desploma, porque está pendiente del cielo; la corriente de los siglos arrebatará lo terreno, pero lo celeste durará. Mas entre tanto, ¿quién es capaz de abarcar las oscilaciones, los trastornos que cambiarán la faz del mundo? ¿Quién no prevé las oleadas en que tendrá que flotar aquella navecilla que no puede perecer? ¡Ah! cuando la historia nos muestra las revoluciones de ideas, de costumbres, de instituciones que nos han precedido; cuando la esperiencia de todos los dias nos hace palpar el cambio profundo que en todas partes se está realizando, la mente se abruma y anonada al pensar en los inmensos acontecimientos que se amontonan en el porvenir; y entonces, lejos, sí, lejos de estrañar, de ver con disgusto que un Papa, para prevenir mayores riesgos, arrostre otros menores, se admira uno de la sabiduría misteriosa que asiste siempre á la Santa Sede, y que se manifiesta soberanamente en los momentos mas críticos y terribles: entonces, lejos de esperimentar despego por el Santo Pontífice que ocupa la Cátedra de San Pedro, se levanta el corazon al cielo para implorar sobre Pio IX luz y fortaleza.

VII.

Las concesiones.

Sin duda que lo mas seguro para el momento era dejar las cosas *in statu quo;* pero el Papa no habrá olvidado que si bien las innovaciones han perdido á muchos gobiernos, tambien los ha perdido la tenacidad en la inaccion, que contenta con lo presente no se cuida del porvenir; de la inaccion, que por no sufrir hoy la molestia de

una brisa, se espone á sufrir mañana los horrores de una tormenta.

Concesiones. . . . . nada mas vago que esta palabra; la concesion puede ser un acto de prudencia ó de temeridad, de fuerza ó de flaqueza, de valor ó de miedo: segun las circunstancias, se deberá calificar la concesion; confundirlas todas en una clase, seria discurrir con una pequeñez lastimosa. En política es peligrosa toda concesion que viene en pos de ecsigencias: aunque en sí misma fuera buena, trae consigo un gran mal, que es el desvirtuar á la autoridad, arrastrándola á remolque de los revoltosos. Por esta causa no hubiera procedido bien el rey de Nápoles concediendo ahora: en tales casos, ceder es suicidarse; está en peligro el órden público, la primera necesidad social; si la autoridad cede en medio del desórden y por el desórden, arroja el cetro en medio de la calle, para que las turbas lo conculquen y lo hagan pedazos. Mas el conceder, previniendo la ecsigencia, obrando con espontaneidad y con absoluta libertad, es ejercer uno de los actos mas propios de un gobierno sábio, es satisfacer una necesidad antes que se convierta en ecsigencia, esto es, antes que se manifieste en hechos que harian funesta su satisfaccion.

Y he aquí una esplicacion bien sencilla de la diferencia de conducta entre Gregorio XVI y Pio IX: á Gregorio XVI se le ecsigieron innovaciones con las armas en la mano; se las ecsigieron tambien los estrangeros, ora indirectamente por consejos cuya publicidad los hacia inútiles, ora por la ocupacion de Ancona, amenazando con hacer sentir en Italia los efectos de la revolucion de 1830. Así es que en Gregorio XVI las concesiones habrian sido mucho mas peligrosas, porque se las hubiera mirado, no como obra de buena voluntad, sino como producto de necesidad y flaqueza. Las victorias que precedieron al congreso de Viena aseguraron por algun tiempo el órden de Europa; pero no tan sólidamente que, á mas de otros disturbios, no ocurriesen las revoluciones de España, Piamonte, y Nápoles, y que la Francia no presentase evidentes síntomas de un trastorno en un porvenir poco lejano. La revolucion de 1830 vino á conmover de nuevo á la Europa; siguiéronla de cerca el levantamiento de la Bélgica, disturbios en Cassel, Dresde y otros paises de Alemania, la sublevacion de la Polonia, las insurrecciones de Bolonia y otros puntos de los Estados Pontificios; flotó en Italia la bandera tricolor enarbolada por las tropas francesas en la ocupacion de Ancona; la Francia siguió agitándose vivamente durante cuatro años; en la península española ardian la guerra civil y la revolucion: con ese espectáculo, con estas condiciones, con tales precedentes, habiendo tenido que superar tales dificultades, que vencer tan

grandes peligros, ved si no era muy arriesgado el dar el mismo Pontífice una nueva direccion á la política, y si no se habria mirado como humillacion hija de flaqueza, lo que hubiera sido resultado de una política prudente y de un corazon bondadoso.

Ademas, hay otra razon para que Gregorio XVI en sus últimos años no tratase de innovar: esta es una de aquellas obras que requieren largo tiempo; el Papa octogenario hacia muy bien en dejar este cuidado á su sucesor.

Pio IX lo ha hecho todo por inspiracion propia, sin ningun impulso ageno, ni esterior ni interior; y por esto, despues de una política de resistencia, ha podido inaugurar una política de reformas. Las que ha hecho el Pontífice son graves, indudablemente; mayores de lo que nos hubiéramos atrevido á esperar, es cierto; están sujetas á peligros, es indisputable; pero ¿puede decirse que sean demasiadas, que pongan en peligro el trono pontificio, que amenacen trastornar la península italiana?

Cuando se hace un bien es necesario contar con los males que consigo trae; era imposible modificar la política en ninguno de los Estados de Italia, sin que resultase alguna agitacion en mayor ó menor escala. Esta susceptibilidad algunos la mirarian como razon bastante para no alterar nada; otros podrian ver en ella un motivo para reformar. Cuando un pais se halla en estado de susceptibilidad tan delicada, señal es que está enfermizo: con salud completa no se padecen fácilmente accesos de convulsion.

En esos momentos críticos en que un paso mal dado puede acarrear graves consecuencias, lo primero que ocurre al instinto de conservacion es no moverse en ningun sentido, mantener con rigor el *statu quo*, amenazar con la muerte á quien ose perturbarle, intimidar con la sospecha á quien aconseje la reforma. Ademas, en las revoluciones modernas hay tan terribles escarmientos: la palabra de reforma ha sido tantas veces sinónima de destruccion; la de libertad, de licencia, que se concibe muy bien la alarma que estos nombres puedan inspirar; se concibe muy bien que ocurra la idea de encerrarse inecsorablemente en un sistema, de no salir de allí ni por ecsigencias ni sin ellas, de no hacer nada que los perturbadores hayan de aplaudir, para no llegar á nada de que puedan abusar. Se sabe de antemano que con nada se han de contentar ciertos hombres, no concederles, pues, nada para que no se envalentonen; se sabe que procurarán estraviar los sentimientos mas generosos del pueblo, no hacer, pues, nada que pueda dar vuelo á esos sentimientos; se sabe que han de abusar de los nombres mas sagrados, no emplearlos, pues, en ningun sentido; se sabe que si se abre una ven-

tana para respirar, han de querer una brecha; cerrar, pues, todas las puertas herméticamente; se sabe que si se encienden mas luces para alumbrar, querrán teas para incendiar; no aumentar, pues, la luz de ninguna manera, y resignarse á la pálida claridad de un panteon para evitar las llamaradas de un incendio.

Esto dice el instinto de conservacion: esto dice tambien la indignacion, justa si se mantiene en los debidos límites, y escusable hasta en sus estravíos, cuando se ve ese designio de destruir en nombre de la reforma, de oprimir en nombre de la libertad, de verter sangre en nombre de la humanidad, de dilapidar en nombre de la economía, de propagar el error en nombre de la ilustracion, de corromper la moral en nombre de los mas nobles sentimientos, de pagar con ingratitud todos los beneficios, de sumir en un piélago de desastres á los pueblos incautos, de condenar al ostracismo y hasta de llevar al cadalso á los soberanos bondadosos. Indignacion justa cuando se mantiene en los debidos límites, y escusable hasta en sus estravíos, cuando se ve á ciertos hombres que buscan afanosos donde hay un error que sostener, una maldad que justificar, una injusticia que defender, para acudir presurosos, y profanando los santos nombres de humanidad y libertad, combatir toda libertad que no sea licencia, atacar toda buena accion que no lleve el sello de impiedad, mofarse hasta del heroismo si no consiente el baldon de entrar en inícua alianza contra lo que hay de mas santo en la tierra y en el cielo. Esto dice la indignacion; pero ¿qué dice la razon?

En la vida de las sociedades como en la de los individuos, en el trato privado como en el manejo de los negocios públicos, es preciso resignarse á encontrar siempre una mezcla de bien y de mal: el abuso cercano al uso, ingratitud al lado del beneficio, ecsigencias desmesuradas en compañía de pretensiones justas, ilusos arrastrados por los inícuos, riesgos al lado de esperanzas, necesidades junto con inconvenientes, lo peor en los confines de lo mejor. Tal es la sociedad, tal es el individuo; esto nos recuerda la historia, esto nos muestra la esperiencia; pero ¿dejaremos de hacer beneficios por no hallar ingratitud, renunciaremos á toda amistad por no tropezar con la perfidia, abandonaremos el trato de los hombres y los negocios de la vida, por evitar la iniquidad y las debilidades de los hombres y no sufrir los contratiempos de las cosas? Y quien esto hiciese, ¿no deberia recordar que él tambien es hombre, y que á su vez abunda de miserias, no le faltan debilidades, y quizás no está esento de injusticia? ¿No deberia considerar que en queriendo evitar todo mal, se cae á veces en males mayores? ¿No deberia reflecsionar que si los malos son los mas, será difícil resistirles por mu-

cho tiempo, y que si no lo son, no hay inconveniente en unirse á los buenos para hacer con ellos el bien, y resistir á los malos? ¿No debiera reflecsionar que el modo seguro de que los pretestos se hagan poderosos, es dejarles que se conviertan en verdaderos motivos, y que el seguro camino de agravar el mal, es no pensar en aplicarle remedio, no poner el dedo en la llaga por temor de irritarla, y que se corre peligro de levantar contra sí á los mismos buenos, abriendo campo á ilusiones peligrosas, con dejar intactos los abusos por temor de perder el uso legítimo?

VIII.

Sistema de resistencia absoluta.

La absoluta resistencia á toda idea de libertad, se podrá defender en teoría como el único medio de salvacion para las naciones: pero ello es que esta teoría se halla en contradicion con los hechos. Empeñarse en que el sistema de Austria ó de Rusia es la sola esperanza de la sociedad, es desahuciar al género humano; porque el mundo no va por el camino de Metternich ni de Nicolás. Echad la vista sobre el mapa; ved la estension que ocupan las naciones civilizadas, y notad lo que le queda á la política de una resistencia absoluta. No se trata de saber si hay en esto un bien ó un mal, sino lo que hay. La América entera ha abrazado los sistemas de libertad; en todo aquel inmenso continente no hay mas que un solo monarca, y este de poca importancia, y todavía con gobierno representativo: el emperador del Brasil, el hijo de D. Pedro. Toda la América está cubierta de repúblicas. En Europa hay formas de libertad política en Portugal, España, Francia, Bélgica, Holanda, Gran Bretaña, Suecia, Suiza, en muchos puntos de la Confederacion Germánica, y se han empezado á ensayar en la misma Prusia. ¿A qué se reduce el dominio de las formas de absoluta resistencia? Esto en el espacio; ¿qué sucede en el tiempo? Ved qué formas habia en muchos de aquellos paises ochenta años atras, y notareis la asombrosa rapidez con que las trasformaciones se han hecho: siendo el tiempo tan poco y el espacio recorrido tan grande, ¡cuánta debe ser la ve-

locidad del movimiento! Así, pues, no seria muy acertada la opinion de quien hiciera descansar el porvenir del mundo sobre la política de Metternich.

No es así, no, mil veces no: hay algo en la marcha de los acontecimientos, que no cabe en moldes tan mezquinos; hay algo en la corriente de las ideas que pasa por entre las vallas de bayonetas; hay algo en la agitacion presente y en los secretos del porvenir que no se encierra en las carteras diplomáticas. Es preciso no contar demasiado con los medios represivos, porque la esperiencia los muestra débiles; á ideas es necesario oponer ideas, á sentimientos, sentimientos, á espíritu público, espíritu público, á la abundancia de mal, abundancia de bien, á constancia en disolver, constancia en unir, á tenacidad en trastornar, perseverancia en organizar. Lúchese en buen hora con las armas cuando sea preciso; pero sin olvidar nunca la fuerza de la palabra y de la pluma; sin olvidar que los discursos y los escritos han trastornado mas imperios que todos los ejércitos; que los estragos de la revolucion francesa fueron precedidos de las palabras de fuego de Reusseau y de Voltaire; que los triunfos de Napoleon sobre las monarquías antiguas, fueron precedidos de la lógica de Sieyes y la elocuencia de Mirabeau.

Pues qué, ¿no proceden con arreglo á esa política previsora los mas adheridos á lo que habia de venerando y santo en la sociedad antigua? Su lenguaje político, ¿es acaso el de 1814 y 1823? La política del conde de Montemolin, ¿es la política de D. Cárlos? Los manifiestos del jóven príncipe, ¿son los manifiestos de Portugal en en 1833, y de las provincias del Norte en los años posteriores? Los discursos del ilustre proscripto en los convites de Inglaterra, ¿contienen acaso el espíritu de la Gaceta de Oñate y demas escritos de aquella época? Los partidarios del duque de Burdeos en Francia, hablan, por ventura, el lenguaje de Luis XIV, ni siquiera de Cárlos X? El mismo D. Miguel de Portugal, ¿no usa un lenguaje diverso del de los tiempos de su reinado? ¿Qué significa ese homenage tributado á la libertad, á las reformas, á la tolerancia, al progreso? Todos los que lo hacen, ¿son débiles ó ciegos? Entonces, ¿dónde están los fuertes y que tienen vista? ¿Por qué no han salido á torcer la marcha del género humano? ¿por qué no salen? ¿por qué no han revelado, por qué no revelan al mundo sus secretos? ¿por qué no le cubren con su egida? ¿Cómo es que en tantos paises, tantos y tan poderosos intereses no han podido defenderse de esa invasion del espíritu moderno? Se dirá que porque no se ha sabido. Pero entonces, ¿qué pensariamos de instituciones que han carecido de lo que mas necesita toda institucion, que es un buen escudo? ¿qué de

los hombres formados á su sombra y encargados de su custodia y defensa? Grandes efectos suponen grandes causas; efectos universales requieren causas universales: cuando tantos tropiezan, fuertes obstáculos habrá; cuando tantos sucumben, recio será el golpe que sufren; cuando tantos son arrebatados, muy poderosa será la corriente.

IX.

La religion y la libertad.

Por ese espíritu de libertad que invade el mundo civilizado, y se dilata por todas partes como un rio que se desborda, ¿hemos de temer que perezca la religion? No. La alianza del altar y del trono absoluto, podia ser necesaria al trono, pero no lo era al altar. En los Estados-Unidos la religion progresa bajo las formas republicanas; en la Gran-Bretaña ha hecho increibles adelantos á proporcion que se ha desenvuelto la libertad; y si bien es cierto que en otros paises ha sufrido considerables quebrantos, no creemos que estos deban atribuirse todos á la ruina del trono absoluto. Durante los últimos sesenta años, la religion ha sufrido mucho en Francia, pero es bien seguro que sus heridas estaban abiertas antes, y esas heridas las habia recibido en tiempo de un gobierno absoluto: la religion no tiene que lamentarse tanto ni de Luis Felipe ni de Napoleon, como de Luis XV, y de su favorita Madama de Ponpaduor.

El espiritu de oposicion á la Santa Sede, ¿no fueron monarcas absolutos los que le fomentaron en la misma Italia? Los que tanto contristaron el corazon de Clemente XIII y de otros Papas, ¿de quién eran ministros sino de príncipes absolutos en los reinos mas poderosos de Europa? Pero han reconocido su error, se nos dirá: no se trata de eso, sino de sus obras y de los resulrados: como quiera, lo cierto es que sin esos tronos, que se creian omnipotentes, el altar se conserva. Una palabra del Sumo Pontífice todavía conmueve el mundo en ambos hemisferios; y el poder de Luis XV y de

Cárlos III, se ha hundido en América y en Europa; despues de largas catástrofes en sus imperios y familias, sus coronas conservan apenas sombra de lo que fueron, y algunos de sus infortunados descendientes, vagan abrumados de infortunio por tierra estrangera.

Guardémonos de equiparar cosas tan diferentes: en la historia del mundo las formas absolutas ocupan unas breves páginas; la religion llena los fastos de los siglos. Los que temieran por la causa de la religion al ver que se han desplomado en unas partes, y en otras bambolean las formas absolutas, habrian reflecsionado bien poco sobre la enseñanza de la historia. ¿De qué tiempo datan esas formas, tales como las conocemos en Europa? Del siglo XVI. Llegan á su apogeo en el XVII, y empiezan á caer en el XVIII; estos son los hechos. Por el contrario, la religion cristiana progresa bajo la espada de los emperadores gentiles; se estiende entre las dificultades y hasta persecuciones que le suscitan algunos emperadores cristianos; permanece en pié en el cataclismo de la invasion bárbara, y sojuzga á los invasores por su ascendiente moral; se conserva mientras el feudalismo y las invasiones sarracenas destrozan la Europa; sufre un quebranto con el protestantismo, pero en cambio se estiende por las Indias orientales y occidentales; sale pura del crisol de la persecucion en la revolucion francesa, y al mismo tiempo se propaga en Inglaterra y en los Estados-Unidos á la sombra de la libertad.

No se alcanza porqué se han de atribuir todos los males de la religion á las formas representativas; indudablemente se les pueden hacer en nuestra historia cargos muy graves; pero es preciso convenir en que muchas veces se les han achacado culpas que no habian cometido. Desde 1833, si el gobierno de Madrid hubiese sido absoluto, *salvas las demas condiciones*, quizás hubiera hecho mas daño; y es harto probable que en la cadena de providencias que empezó en la restriccion de las facultades de los Obispos para ordenar, y acababa en el proyecto de Alonso, se hubiera ido mas allá. Aun últimamente, ¿hay alguno que hubiese deseado á ciertos hombres ministros de un rey absoluto, sin córtes ni prensa? Las complicaciones de los últimos tiempos ¿hubieran sido menos peligrosas bajo un ministerio de un rey absoluto?

La accion de un gobierno no depende únicamente de las formas, sino del espíritu que á él preside: mientras la Inglaterra emancipa á los católicos, mientras las repúblicas de América piden misioneros, mientras los Estados-Unidos dejan en amplia libertad á los fieles, la Rusia comete aquellos atentados de que tan sentidamente se lamentó en una alocucion Gregorio XVI. La democracia es funes-

ta cuando está falta de religion y de moral; pero es todavía mas temible que la anarquía un monarca absoluto, cuyo gobierno adolezca del mismo vicio. La incredulidad sabe muy bien servir á los reyes absolutos y tomarlos por instrumento. Las formas nada le importan. Los incrédulos aplaudirán á la república como al despotismo: segun los casos y las circunstancias, emitirán su voto en la convencion ó en un consejo de regalistas; ensalzarán los derechos imprescriptibles del pueblo, ó los del monarca; declamarán contra los tiranos ó contra los que quieren usurpar las prerogativas de la magestad; se harán partidarios de la independencia de las naciones, ó se burlarán cínicamente de la muerte de un gran pueblo; llorarán sobre su tumba, ó insultarán su última agonía. ¡Cuánto no se lamentan ahora de la suerte de la Polonia los discípulos de Voltaire! Y sin embargo, la historia nos dice que mientras Clemente XIII en 30 de Abril de 1769, escribia á Luis XV, á Cárlos III y José II, exhortándolos á que salvasen la Polonia, Voltaire en sus cartas al rey de Prusia y á la emperatriz de Rusia, se mofaba de los males de aquel pais, adulaba bajamente á los soberanos que se proponian matar su nacionalidad, y lo que es mas singular, cubria de befa y escarnio á los caballeros franceses que habian ido á pelear por la independencia polaca.

En las formas políticas no hay nada que sea esencial á la religion: todas le ofrecen sus inconvenientes y sus ventajas. La proteccion de los reyes absolutos le produce un bien, cual es el ampararla contra los perturbadores violentos; pero esa misma proteccion degenera en usurpaciones escandalosas: testigo el abuso que se ha hecho de las regalías. La tolerancia de las formas libres, la daña con la licencia, que estravia las ideas y corrompe las costumbres; pero en cambio la deja mas espedita en el ejercicio de sus funciones augustas: testigo la Bélgica, la Inglaterra y los Estados-Unidos; testigo esa misma Francia, donde se halla solo en las formas liberales la esperanza, ya que no la realidad, de derribar un dia el monopolio universitario. Es preciso, pues, no ligar con demasiada intimidad unas cosas con otras, no apocarse el espíritu con ideas pusilánimes, y no lanzar un *¡ay!* de espanto á cada paredon que se desploma en los antiguos edificios del mundo político. Todo lo humano envejece; todo se reduce á polvo; los mismos cielos y la tierra pasarán; lo que no pasará es la palabra de Dios.

Por estas razones considero como una empresa, peligrosa sí, pero noble, digna de una alma grande, el hacer á su tiempo las debidas reformas, manifestando que no se teme el movimiento de la época, para atraer á todos los espíritus nobles, persuadiéndoles que en la

religion no hay nada que se oponga al buen órden de la administracion, al progreso material, al desarrollo de la inteligencia, al ejercicio de la libertad política; que entre las formas humanas que caducan y se arrumban, no debe ser *contada la religion católica;* y que ella, con sus dogmas, su moral, su gerarquía, su autoridad, puede permanecer ilesa en medio de las vicisitudes de los imperios; que puede plantar la cruz sobre el palacio de los Césares, como sobre las asambleas populares; que puede ungir á un monarca bajo las bóvedas de un templo gótico, ó bendecir un camino de hierro: que puede ser heróica bajo la coraza de un cruzado, ó la humilde toca de una hermana de la caridad; que puede defender á un rey contra las huestes de Napoleon, ó la *libertad republicana en las banderas* del Sonderbund.

X.

Reformas políticas y administrativas.

He aquí cuál habrá sido el pensamiento del Pontífice. Se decia que el Papa no podia *perdonar sin destruir su poder* temporal, pues una amnistía completa: se decia que la administracion de Roma no podia mejorarse bajo el dominio eclesiástico, pues que un Papa la reforme, y que en esta reforma sus ausiliares sean eclesiásticos; que no podia fiarse del pueblo, pues las armas al pueblo; que no podia tolerar que se desenvolviese en sus Estados el espíritu público, pues mayor latitud á la imprenta: que solo podia mantener el órden con el apoyo estrangero, pues nada de estrangero; que no podia permitir que la capital se agitase por la intervencion en los negocios administrativos, pues á la capital una municipalidad; que no podia dejar que influyese en el gobierno la opinion del pais, pues al pais una consulta de Estado.

La amnistía no habrá quien se atreva á combatirla en la region de los principios; ya porque esto seria poco noble, ya tambien porque es doctrina corriente entre los publicistas, y confirmada por las

lecciones de la historia, que este es un medio necesario para poner fin á las discordias civiles. En cuanto á su oportunidad, no cabe hallarla mejor que la inauguracion de un nuevo pontificado; por lo tocante á su latitud, basta leer sus artículos para convencerse de que por la generosidad no se olvidaba la prudencia.

Se dirá tal vez que en España la amnistía de 1832 fué seguida de un cambio completo en el personal del gobierno, y luego de una revolucion, y que es temible suceda lo mismo en Roma, pues que causas semejantes producen efectos semejantes: este argumento vale lo mismo que los siguientes: dos individuos salen á tomar el sol, el uno ha muerto de las resultas, luego tambien morirá el otro: dos hombres beben de *un mismo licor, el uno se ha embriagado*, luego tambien se embriagará el otro: el frio de Abril hizo grandes daños á la cosecha, luego tambien los hará el frio de Enero: en Sevilla perjudica á la salud el llevar mucho abrigo, luego sucederá lo mismo en San Petesburgo.

Los argumentos de paridad valen poco cuando hay muchas diferencias entre los puntos comparados: y estas diferencias son tantas en el caso presente, que hacen olvidar la semejanza. Aquí habia cuestion dinástica; en Roma no. Aquí era inevitable la guerra civil: en Roma no. Aquí habia regencia; en Roma no. Aquí se daba la amnistía como un llamamiento al partido liberal, para que viniese á defender á Isabel contra los carlistas; en Roma no. Aquí fué la amnistía una seña por la cual hasta tomó un nombre propio *el partido preponderante*; en Roma *no*. Aquí, en el mismo testo se adulaba á los amnistiados; en Roma no. ¿Se quieren mas diferencias? Señalaré una que incluye varias, á las cuales no es necesario descender. En España, y en época tan difícil, gobernaba una princesa, Doña Maria Cristina, que por su juventud, secso y demas circunstancias, podia ser fácilmente engañada por errados consejos; en Roma es un Papa, y con las altas cualidades de Pio IX. Esta es una diferencia importante.

Al establecer la guardia cívica, el Papa no se *ha* conformado con la opinion de los que reprueban absolutamente el armar al pueblo; pero esta reprobacion, aunque se puede defender con buenas razones, no deja de estar sujeta á dificultades. ¿Quién condena el armamento, los monárquicos ó los liberales? Si los monárquicos, ¿por qué aplaudian al armamento de los voluntarios realistas? Si los liberales, ¿por qué aplaudian el de la milicia nacional?—Todo depende de las circunstancias, del modo y del objeto.—Sea en buen hora; pero conceded al menos que la cuestion no es de principios sino de prudencia; y cuando ecsamineis lo hecho en Roma, ecsaminadlo

como cuestion de prudencia, y no de principios.—Pero la guardia cívica es un elemento revolucionario.—¿Y quién os lo ha dicho? ¿Cómo lo sabeis? A larga distancia, sin conocimiento del pais, ¿veis vosotros lo que el Papa no ve? ¿Habeis estudiado el reglamento? ¿Habeis ecsaminado á fondo el espíritu de las clases entre las cuales se distribuyen las armas? ¿Estais seguros de que en vez de un elemento de revolucion no podrá ser un medio de contenerla?—No: pero juzgamos por analogía: ved lo que ha sucedido en España.—¡Ah! ¿no oponeis mas que esto? Me recordais la semejanza, he aquí las diferencias. Pio IX no arma la milicia como un recurso de guerra civil. Pio IX no arma la milicia cediendo á representaciones de generales en mando. Pio IX no arma la milicia despues del desarme de otra milicia, cuya sangre corrió en las calles de Madrid.—Pero hay algo de semejante en la agitacion, en la alegría de los liberales, en los aplausos de los revolucionarios.—Sí; pero notad las diferencias. Aquí la reina Cristina, con su amnistía y demas, hacia una alianza con el partido liberal, para que sostuviese su regencia y el trono de Doña Isabel II contra D. Cárlos; Pio IX no lo hace, pues no tiene rival. Aquí se empezó por destituciones en masa, por persecuciones; en Roma no. Aquí se cometieron tropelías, aquí se asesinó atrozmente; en Roma no. Aquí, desencadenadas las pasiones, no se daba satisfaccion á la justicia; en Roma, un perdido da una bofetada á un jesuita, y el Papa, á mas de encargar á los tribunales la vindicta, hace llamar al ofendido, le abraza, y da así una prueba pública y solemne de amor á la justicia. ¿Hubo en Madrid quien hiciese algo semejante por las santas víctimas de las casas de los jesuitas, de San Francisco, de Santo Tomás, de la Merced? Aquí. . . . . pero basta, no conviene continuar el parangon; esto nos traeria demasiado lejos, y nos empeñaria en las cuestiones políticas; solo añadiremos que al lado de la semejanza se pueden señalar tantas diferencias, que los temores que nacen de aquella se olvidan con las esperanzas que estas inspiran. Nótese un hecho. En Francia, en España, en todas partes donde ha habido revolucion, á los pocos meses de haberse emprendido marcha nueva, ya el gobierno no era dueño del movimiento; ya era arrastrado con violencia: en Francia Luis XVI, ya era mas bien un prisionero que un rey; en España la regencia de Doña Cristina, estaba á merced de los partidos: hace año y medio que en Roma hay marcha nueva, movimiento, vivas; y sin embargo, el gobierno del Papa es completamente dueño de la situacion; no ha sufrido el Pontífice un solo desacato, no ha visto una sola vez despreciada su voz, ni conculcada su autoridad.

El reglamento de la guardia cívica de 30 de Julio de 1847, tiene mucha amplitud: baste decir que es obligatoria para todos los ciudadanos de 21 hasta 60 años; que la activa comprende á los artesanos con tienda abierta; y la de matrícula de reserva, que deberá incorporarse con la activa en caso de necesidad y con órden del gobierno, no escluye á nadie. Esto es muy democrático; ciertamente. ¿Será revolucionario? no es tan cierto. No ha habido institucion mas democrática que los voluntarios realistas de España, y *tampoco ha habido un baluarte mas firme contra las tentativas revolucionarias*: testigo la esperiencia de los diez años.

Pero esta latitud no se ha establecido sin precauciones. Son escluidos los que no puedan probar con documentos una irreprensible conducta pública y privada, y ademas, conocida adhesion al gobierno pontificio. ¿Y quién forma el alistamiento? *Una comision nombrada* por el gobierno. En los distritos de Roma nombra las comisiones la misma secretaría de Estado; en las provincias, los legados y delegados. La presidencia de estas comisiones, pertenece siempre al primer magistrado ó á su legítimo representante. El servicio es personal; no puede haberle *mercenario*, orígen de inconvenientes gravísimos; solo se permite la sustitucion de un pariente por otro pariente. Todos los oficiales de estado mayor, y hasta los capitanes de las compañías, son nombrados directamente por Su Santidad. En cuanto á los gefes inferiores, se forman ternas por eleccion de los mismos milicianos; siendo notable que para los cabos, quien escoge de la terna es el capitan; para los sargentos, el oficial comandante superior donde haya muchos batallones, ó el consejo de gobierno donde solo haya un batallon; para los subtenientes y tenientes, quien elige es el mismo Papa, que ademas se reserva hacer renovar la eleccion cuando lo considere oportuno. Por manera, que en último resultado, todo está bajo la inmediata vigilancia y autoridad del gobierno. Si á esto se añade que la guardia cívica no puede deliberar, pedir, ni aun reunirse sin permiso de la autoridad, y que la contravencion es considerada como un delito contra la seguridad pública, que en todas partes depende de la autoridad, y que en Roma está sujeta directamente á la secretaría de Estado, se inferirá que seria menester mucha imprevision y hasta torpeza por parte del gobierno para que semejante institucion pudiera convertirse en un elemento revolucionario.

El consejo y senado de Roma, creados por el *motu propio* de 1.º de Octubre de 1847, no son una institucion política, son una mera municipalidad. El Papa lo dice en el preámbulo terminantemente: su objeto es el dar á Roma el esplendor antíguo de su represen-

tacion *comunal*, con un consejo que delibere y una magistratura que ejecute las resoluciones en aquellos ramos de administracion *municipal* que puedan convenirle. En esto, y salvas las diferencias entre una capital y las poblaciones subalternas, no se hace mas que instituir en Roma lo mismo que hay en el resto de los Estados Pontificios: por manera que se previene y manda sean aplicables á Roma las leyes y costumbres vigentes en la organizacion y arreglo de las otras municipalidades del Estado.

Es de notar que el consejo ó cuerpo municipal deliberante, debe en su primera instalacion ser nombrado por el mismo Papa; escepto los cuatro diputados para representar á los cuerpos eclesiásticos, lugares pios y otros establecimientos públicos, los cuales serán nombrados, mitad por el Cardenal Vicario, mitad por la autoridad gubernativa. De suerte, que en la primera instalacion, todo está en manos del Pontífice. En lo sucesivo, el nombramiento de los miembros será hecho por el mismo consejo, ó bien en el modo que se establecerá por las nuevas leyes sobre organizacion municipal, salva siempre la aprobacion superior, á tenor de las leyes generales.

A mas de las precauciones que se toman con respecto á los elegibles, la presidencia del consejo corresponde á la autoridad gubernativa: las reuniones ordinarias son tres al año, y no puede haber convocacion estraordinaria sino en los casos y en el modo que se practica en las otras municipalidades del Estado, y cuando el soberano quiera.

La magistratura ó cuerpo municipal ejecutivo, está formado de un senador, que es su cabeza, y de ocho conservadores: esta magistratura se denomina y constituye el senado romano. El consejo nombra á la magistratura de entre los individuos de su propio seno, con arreglo á las condiciones establecidas en la ley; pero el senador es escogido por el Papa sobre una terna que se le presenta de entre los consejeros de mas alto mérito, de mayor renta, y de mas elevada condicion.

En el *motu propio* se determinan las atribuciones de dichos cuerpos, y en ninguna de ellas se encuentra nada de político. Todo es de pura administracion, en lo cual es regular obtenga no pocas ventajas Roma y su comarca.

No se alcanza qué es lo que se puede objetar á una medida, que á una ciudad como Roma, la dota de un *ayuntamiento*.

El cuerpo verdaderamente político, es el instituido por el *motu propio* de 15 de Octubre de 1847. Su nombre es *Consulta di Stato*. Este cuerpo no se parece en nada á los congresos y cámaras de otras partes: le podemos llamar en castellano *Consulta de Estado*,

para dejarle un nombre característico; aunque atendidas sus atribuciones, no habria inconveniente en darle la denominacion comun de Consejo de Estado. He aquí las principales disposiciones.

La Consulta de Estado se compone: 1.° De un Cardenal presidente, que toma el título de Cardenal presidente de la Consulta de Estado. 2.° De un Prelado vice-presidente. 3.° De veinticuatro consultores de Estado, repartidos en el modo decretado ya, esto es, cuatro por Roma y su comarca, dos por la provincia de Bolonia, y uno por cada una de las otras provincias.

El número de los individuos *veinticuatro*, es una poderosa garantía de que este cuerpo no degenerará fácilmente en una asamblea revolucionaria.

El nombramiento del Cardenal presidente y el del Prelado vicepresidente, pertenece á Su Santidad; igualmente es el Papa quien nombra á los consultores, sobre ternas de candidatos que mandan á la secretaría de Estado los respectivos consejos provinciales por medio del presidente de la provincia. Estas ternas son formadas por los consejos provinciales, sobre otras tantas ternas que les trasmiten los consejos comunales de la Provincia, y en cuya formacion se toman muchas precauciones con respecto á las cualidades de los elegibles: entre varios otros requisitos, se necesitan 30 años cumplidos y ser de recomendable conducta. El oficio de consultor de Estado, dura cinco años; su renovacion se hace por quintas partes en cada año. No hay inconveniente en ser reelegido; pero entre la segunda eleccion y la tercera, debe pasar al menos un quinquenio. Si un consultor de Estado en el tiempo de su eleccion no es empleado del gobierno y recibe despues un empleo, cesa inmediatamente de ser consultor, y hay lugar á nueva eleccion.

La Consulta de Estado se divide en secciones, y se reune ó en ellas ó en junta general: las secciones son cuatro: primera, de legislacion; segunda, de hacienda; tercera, de administracion interna, comercio, industria y agricultura; cuarta, fuerza armada, trabajos públicos, cárceles, casas de correccion y de castigo. El Cardenal presidente, ó en su ausencia el vice-presidente, tomadas las órdenes del soberano, distribuye al principio de cada año á los consultores en las secciones respectivas. Las juntas generales son presididas por el cardenal ó por el Prelado: cada seccion nombra su presidente particular: cuando algunas de éstas tuvieren un asunto comun, pueden discutir y deliberar juntas, prévia autorizacion del Cardenal ó del Prelado vice-presidente; y en este caso la presidencia de las secciones reunidas, corresponde al Prelado.

La Consulta de Estado es instituida para *coadyuvar á la admi-*

nistracion pública, y por lo mismo será *oida* en los negocios gubernativos de interés general del Estado, ó especial de una ó mas provincias; en la formacion y modificacion de las leyes y reglamentos administrativos, en la creacion y amortizacion de la deuda, en el ecsámen de los presupuestos, de los aranceles, de los tratados de comercio, y en la revision y reforma de la actual organizacion de los consejos comunales y provinciales. Las deliberaciones de la Consulta son *consultivas*. La direccion de ellas pertenece al Cardenal presidente, quien *determina y pone* las cuestiones que se han de resolver. Cada miembro toma la palabra segun el órden de su asiento. Nadie puede tomarla cuando no le corresponde, si no obtiene la autorizacion del presidente. La mayoría de votos hace legítima la deliberacion: en caso de empate, el voto del presidente es decisivo.

Hay un secretario general que asiste á las reuniones generales de la Consulta, y redacta el proceso verbal en que se contienen los nombres de los consultores presentes, los negocios puestos á discusion, un estracto de las opiniones emitidas y los términos precisos de la deliberacion. Los negocios discutidos tanto en junta general como en las secciones, son llevados al consejo de ministros, y de allí, así el voto motivado de la Consulta como de los ministros, con los respectivos procesos verbales, son elevados á la consideracion del Papa por órgano y con relacion del Cardenal secretario de Estado. El Pontífice se reserva consultar á todo el colegio de Cardenales, siempre que vea que se trate de asuntos de interés muy grave.

Claro es que las dificultades que puede haber en una institucion semejante, han de ofrecerse en su primera convocacion: pues bien; el gobierno pontificio, con esta mira, ha puesto un artículo que le deja en la mas amplia libertad, dándole tiempo para tomar todas las precauciones que juzgue necesarias: los inconvenientes que pudiera presentar la eleccion establecida en este *motu propio*, se aplazan para el mes de Octubre de 1849 previniéndose que los reunidos el 15 de Noviembre del presente año (1847), se mantendrán en ejercicio hasta fin de Octubre de 1849, en que tendrá lugar la primera eleccion y nombramiento de los nuevos consultores. La renovacion se hará por quintas partes, y *por suerte* en el primer quinquenio: en seguida cada cual seguirá el turno segun la fecha de su propia eleccion.

Junto á la Consulta de Estado hay un cuerpo que se puede mirar como un plantel de empleados públicos: estos son los que se llaman oidores de la Consulta de Estado. Los hay de primera y de segunda clase: su número es solo de veinticuatro. Para aspirar al

nombramiento de oidor de segunda clase. se necesita la edad de veintiun años, y ser licenciado en filosofia ó en derecho. El nombramiento *pertenece al soberano* sobre ternas formadas por la Consulta. Para ser nombrado oidor de primera clase. se necesita haber desempeñado laudablemente el oficio de oidor de segunda. á lo menos por dos años. Los de primera clase, transcurridos cuatro años de servicio nunca interrumpido (en los cuales se cuentan los dos años de oidor de segunda clase), si le hubieren ejercido con esactitud, laboriosidad y buena conducta. tienen derecho á un empleo ú oficio correspondiente á su edad, esperiencia y disposiciones, debiendo ser preferidos á los demas pretendientes. Los oidores serán repartidos en las secciones por el Cardenal presidente ó el Prelado vice-presidente. Los de primera clase podrán ser facultados por los presidentes de las secciones para asistir á ellas, y aun ser nombrados relatores y secretarios de las mismas. No podrán tener este encargo los oidores de segunda clase, quienes son considerados como ausiliares de los de primera. El oficio de oidor es gratuito. debiendo servir para instruir á los jóvenes y hacerlos aptos para el buen desempeño de los empleos gubernativos.

La institucion de la Consulta de Estado es un modelo de sabiduría y prudencia. Se establece un conducto legal para que suba á la region del gobierno la influencia de la opinion pública, y llegue á los oidos del soberano la voz de las necesidades de los pueblos: pero se conserva íntegra. intacta. la plena soberanía del Papa. Así lo consigna en varias partes el *motu propio:* así lo ha repetido el Pontífice en su alocucion á los consultores. Lo que en este. como en otros actos, se ha propuesto Pio IX, él mismo lo dice: "Acercar mi pueblo á mi persona para unirlo á mí. y conocer por mí mismo sus necesidades y satisfacerlas. . . . . A este fin he reunido en derredor mio una Consulta permanente, para *oir* su dictámen en mis *soberanas* resoluciones."

No ha querido el Papa que sobre este particular quedase la menor duda; y así añade: "El que crea otra cosa del concurso de este cuerpo, se equivoca muchísimo. Sí, en gran manera se engañará el que en la Consulta piense ver sus propias utopias y el gérmen de una institucion que es incompatible con la soberanía pontificia."

El Papa en la misma alocucion habla con dignidad, pero con firmeza, contra "los que no teniendo nada que perder, aman los trastornos y las sediciones, y *abusan* de las concesiones que se hacen." en lo cual manifiesta conocer bien el terreno en que se halla. Si alguno insistiera, pues, sobre la posibilidad del abuso, no haria mas que repetir lo que Pio IX ha dicho ya: y en verdad que no seria

gran descubrimiento el de anunciarnos que se intentará abusar. Hay previsiones que por lo vulgares, no merecen tal nombre; y el manifestarlas con énfasis mereceria un dictado que no es preciso escribir.

Cuando se concede algo, nunca falta quien pide mas; en la variedad de los pensamientos, deseos, intereses, ilusiones, pasiones, miserias, maldades de los hombres, es imposible gobernar dejándolos satisfechos á todos; y por lo mismo es imposible tambien, que cuando se hacen cambios no haya inquietud y agitacion. Mas por esto, ¿será preciso condenarse á no cambiar nada? En tal caso seria preciso condenarse á un sistema completamente estacionario: á uno de esos sistemas que tarde ó temprano disipa cual polvo el huracan de las revoluciones.

En lo tocante á la prensa, sabido es que la ley es sumamente cuerda; y para calmar los temores inspirados por el abuso, basta saber que el gobierno se ha reservado plena libertad de proceder como considere conveniente, por el mero hecho de conservar la prévia censura. A pesar de todo, es indudable que este será uno de los puntos que mas dificultades ofrezcan al gobierno pontificio; pero es preciso resignarse á esas dificultades que nacen de la misma naturaleza de las cosas, y ver cómo se pueden disminuir los inconvenientes, ya que no sea dable destruirlos. El pensamiento y su espresion son cosas tan indefinibles, tan varias, toman tal diversidad de formas, que muy dificilmente se las somete á reglas. En esta parte, lo mas sencillo es ahogar toda palabra escrita, y reservarse el gobierno para sí solo el derecho de hablar por medio de un periódico oficial; pero ¡ah! que lo mas sencillo no es siempre lo mas discreto, y sobre todo, lo mas durable. En la inmensa espansion, en la fuerza que han tomado las ideas en las sociedades modernas, cuando todo el mundo lee, y razona, y disputa, y alaba, y censura, el privilegio esclusivo de los gobiernos en materia de escribir sobre los asuntos públicos, es una empresa harto difícil: este privilegio podrá ser, si se quiere, una cosa escelente; pero ello es que ecsiste ya en pocas partes del mundo, y que está amenazado de desaparecer en todas. Si alguno pretendiere que solo en esos pocos paises hay verdadera prudencia, que en todos los demas se yerra, se podria replicar que esto equivale á espedir á la mayor parte de las naciones civilizadas el título de imprudentes; lo cual, á mas de ser bastante atrevido, es del todo inútil: el género humano sigue su camino, sin cuidarse mucho de protestas impotentes.

XI.

La reforma, ¿degenerará en revolucion?

La política de Pio IX no puede atribuirse á escesivo candor, si no se quiere que esta palabra signifique candorosa cortedad: creer que el Papa no haya previsto la agitacion que se ha manifestado en Roma y en toda la Italia, mayormente cuando este hecho se presentó desde la inauguracion de su pontificado, seria hacerle ciego, pues que no habria visto lo que estaba delante de sus ojos. Ademas, fuera necesario suponer igualmente ciegos á Gizzi, á Ferreti, á cuantos Cardenales, prelados y demas personas notables han influido en la nueva direccion de los negocios. Suponer que no se han previsto los riesgos que esta agitacion traia consigo, cuando esta prevision es tan fácil, tan óbvia, tan vulgar, es imaginarse que en Roma se sabe muy poco en este punto; y precisamente en materia de mesura, de prevision, de circunspeccion, siempre ha sido citada la corte de Roma como singular modelo: sus enemigos la llaman refinadamente astuta; los hombres imparciales, prudente y previsora. ¿Solo ahora habria perdido de repente la vista, y no veria lo que todos vemos? Hay argumentos que por probar demasiado no prueban nada.—¿No conoce el Papa, dirá alguno, lo que de ahí puede resultar?—¿No conoce V., le responderemos, que cuando V. lo conoce, debe haberlo conocido el Papa?—¡Pero es candoroso!.....—¿Qué significa esta palabra? ¿Que tiene candor sin prudencia? Si esto se se significa, dígase que el Papa es un hombre de buena voluntad y de escasas luces; que lo mismo son sus consejeros; y que no siendo el Pontífice un hombre nuevo, sino conocido de antemano por los altos puestos que habia ocupado en la Iglesia, fué bien imprudente el Sacro Colegio, que en tiempos tan azarosos, en circunstancias tan críticas, se fijó con tal espontaneidad, con tanta prontitud, en la persona del Cardenal Mastai-Ferreti, para elevarle al Sumo Pontificado.

¿Se cree que la mayoría de los súbditos del Papa están por el órden, ó no? Si lo segundo, se declara que el Papa reina sobre un pueblo de quien no puede recabar obediencia sino por medio de la fuerza; si lo primero, entonces ¿por qué hemos de desesperar de que el Papa, apoyado en esta mayoría, uniéndola íntimamente á su per-

sona, pueda llevar á cabo prudentes reformas sin trastornar el Estado ni menoscabar su autoridad soberana? Hay dificultades, hay peligros, ciertamente; hay revoltosos que procurarán abusar, es indudable; pero el gobierno pontificio tiene muchos y poderosos elementos de que disponer; y el medio seguro de aprovecharlos es darles él propio la direccion que convenga segun las necesidades de los tiempos.

El gobierno pontificio, al arrostrar las dificultades, habrá contado con los recursos que tiene para vencerlas; al dar el impulso habrá medido las fuerzas de que dispone para moderarle; al prever las tentativas de los malévolos para estraviar la opinion, habrá reflecsionado sobre los medios de evitar el estravío ilustrándola y rectificándola. En Roma, como en todas partes, se agitarán los perturbadores; pero aquella capital y todos los Estados Pontificios, á mas de la *afeccion especialísima que profesan á los Papas, tienen* un interés propio y muy grande en oponerse á proyectos insensatos que se encaminen á destruir la soberanía temporal del Pontífice, ó entregarla á merced de los anarquistas. ¿Qué seria la ciudad de Roma si le faltase la soberanía del Papa? Abandonada á la ambicion y á la codicia de los aventureros de todos las paises, lloraria bien pronto con lágrimas de sangre la caida de su autoridad paterdal, á cuya sombra ha vivido durante tantos siglos. La separacion entre la potestad temporal y la espiritual, como ecsiste en otras partes, es un sueño irrealizable en los Estados Pontificios: tal es la fuerza de las cosas, que el dia en que una revolucion destruyese la soberanía temporal del Papa, éste quedaria reducido ó al cautiverio ó á la proscripcion. Creer que en Roma es posible un Papa ejerciendo solamente las funciones de Pontífice, á la vista de un príncipe ó de un senado encargados del gobierno temporal, es desconocer completamente la naturaleza del hombre y de la sociedad, es olvidar la constante marcha de los acontecimientos humanos. En todos los paises del mundo, un rey destronado es un rey cautivo ó proscripto: un rey destronado en completa libertad en su propio pais, en vista de su sucesor, es un imposible: pues bien, mas imposible fuera todavía en Roma un Papa ejerciendo libremente las funciones del Supremo Pontificado, estendiendo su autoridad sobre la Iglesia universal, recibiendo los homenages de todo el orbe católico, y este Papa, rodeado del Sacro Colegio, rodeado de las congregaciones, rodeado de las instituciones indispensables para la espedicion de los negocios eclesiásticos, en presencia de un gobierno que acabara de levantarse sobre las ruinas de la autoridad temporal de la Santa Sede. Esto es un imposible, que se conoce á primera vista, que se

siente, y que produce la certeza de que un Papa destronado seria un Papa cautivo ó proscripto.

En esta verdad, que no puede ser desconocida á los súbditos de la Santa Sede, y muy particularmente á los romanos, se encontrará un poderoso elemento de órden para un gobierno que sepa aprovecharla. La ciudad de Roma con todos sus Estados, debe recordar lo que ha sufrido cuando se ha quebrantado por nacionales ó estrangeros la autoridad temporal de los Papas, y por ahí conocer lo que sufriria si esto se repitiera. A mas de los escarmientos recientes se hayan otros antiguos.

En medio del caos en que estaba sumida la Italia en los siglos medios, ardian las enemistades entre los pueblos, resultando con frecuencia luchas sangrientas. En este caso se hallaban los de Roma y de Tívoli; por manera, que habiendo sido vencidos estos últimos, el Papa Inocencio II tuvo que contener á los romanos para que no saqueasen la poblacion vencida y no degollasen á sus habitantes. Los romanos se indignan, se sublevan contra el Papa, suben al Capitolio, juran restablecer la antigua república y crean un senado, al cual encargan del gobierno, dejando reducido al Papa á lo puramente espiritual. Triunfante despues de una lucha sangrienta, el pueblo roba, mata, destruye edificios, asesina á un Cardenal en la calle. Siguieron las turbulencias con un carácter horrible; y hasta se dice que Lucio II murió de resultas de una pedrada recibida en un motin mientras trataba de apaciguar al pueblo alborotado. El famoso Arnaldo de Brescia, que tenia notable semejanza con los demagogos modernos, se presentó luego en Roma para dar impulso á la revolucion: restableciéronse las leyes y las dignidades de la antigua república; hasta se reconstruyó el Capitolio; pero todo esto acabó como acabar debia semejante locura: el cansancio de la anarquía y de la profanacion se apoderó de los mismos rebeldes, y el pueblo abrió las puertas al Papa y le reinstaló en su autoridad antes que llegase á Roma el emperador Conrado.

Cuando Clemente V, de nacion francés, trasladó á Aviñon la Silla Pontificia, quedó Roma en el mayor desamparo. Gregorio XI volvió á Roma no sin haber trabajado en ello dos célebres italianos, el Petrarca y Santa Catalina de Sena. El primero escribió una carta sobre este asunto á Benedicto XII, y la segunda fué en persona á Aviñon é instó á Gregorio para que lo realizase.

No hay necesidad de recordar lo que á fines del pasado siglo y principios del presente, sufrieron Roma y toda la Italia durante la república y el imperio: á mas de la anarquía, guerras y devastacion de todas clases, perdió aquel pais innumerables preciosidades artís-

ticas que los conquistadores se apresuraban á trasladar á Paris: así cuidaban estos de la gloria de la Italia; así restituian á Roma su antiguo esplendor.

Cuando en un pais hay tantos y tan graves intereses que se oponen á una revolucion, y de esta no se puede esperar ni libertad ni independencia, sino anarquía y servidumbre, un gobierno establecido y dueño del movimiento, tiene en su mano muchos y poderosos recursos para dirigir la opinion, calmar las pasiones y dominar á los revoltosos. Para esto se necesitan prevision y firmeza; ¿por qué hemos de suponer en el gobierno pontificio imprevision y flojedad? Los actuales miembros de la *Consulta* han sido escogidos por el gobierno; ¿qué razon hay para creer que se ha hecho una eleccion errada? Antes de la nueva han de trascurrir dos años; ¿por qué no podrá el gobierno descubrir los inconvenientes que la institucion ofrezca y precaverse á tiempo? La guardia cívica está por ahora subordinada, ¿qué obstáculos hay á que el gobierno la vigile en sus tendencias y procure purgarla de los elementos peligrosos, convirtiéndola en una fuerza monárquica, en vez de permitir que degenere en milicia revolucionaria? La prensa propende al esceso, es verdad: pero un gobierno que no ha consignado el principio de la libertad y que conserva todavía la censura prévia, ¿por qué deberá ser tan poco avisado que no conozca los graves peligros que por este lado le amenazan, y no acuda á prevenirlos? El espíritu público está conmovido; pero con el ascendiente moral del Papa, ya por su dignidad, ya por sus cualidades personales, ¿por qué no será posible que se desenvuelva lo que hay de bueno en ese espíritu, y que los elementos monárquicos y religiosos se sobrepongan á los revolucionarios é impíos? Esto es tanto mas asequible, cuanto que no ha habido en los Estados Pontificios ninguna ruptura entre el soberano y los elementos buenos; cuanto que así la posicion de estos como la de aquel, ecsigen imperiosamente que se evite el que la haya; cuanto que seria preciso suponer ciego al soberano, ciegos á los hombres de buena voluntad, si todos de consuno no trabajasen por impedirlo. Hay motivos para temer, mas tampoco faltan para esperar. Si se objeta lo sucedido en otros paises, repetiré lo dicho ya: cuando recordeis la semejanza, no olvideis la diferencia.

XII.

Dificultades esteriores.

Quizá sean mas graves para el gobierno pontificio las dificultades esteriores que las interiores. Los príncipes de Italia y la diplomacia de las altas potencias, le suscitarán tal vez mayores obstáculos que los revoltosos de su propio pais.

No es fácil que todos los soberanos de Italia se mantengan en el punto de cordura y firmeza reclamado por lo crítico de las circunstancias; no es imposible que unos cedan demasiado y otros se pongan en actitud de desconfianza con respecto á la política de Roma. Ambos estremos serian dañosos: la flojedad, fomentando el desórden, embarazaria el progreso de las reformas; la desconfianza quebrantaria lo que mas necesitan actualmente los príncipes italianos: la union. La unidad de la Italia es una utopia irrealizable; si una revolucion la constituyese por un momento bajo una sola autoridad, esta obra duraria brevísimo tiempo: un grande imperio no se improvisa. Pero si la unidad es una utopia, no lo es la nacionalidad que se avenga con la multiplicidad de gobiernos, que se emancipe de la influencia estrangera, y que promueva un especial desarrollo de aquella península, como lo están reclamando su posicion topográfica, la comunidad de idioma y el espíritu de los pueblos. Esa alianza de los gobiernos italianos, puede descansar sobre bases que afiancen recíprocamente la seguridad; y sin que tengan precision de tomar por tipo la Confederacion Germánica, pueden escoger de ella lo que consideren conveniente, como ya parecen intentarlo algunos de ellos en la union aduanera.

La revolucion veria con mucha complacencia que se introdujese desconfianza entre los príncipes italianos; nada le conviene tanto como la discordia; y esta le será mas fácil promoverla si consigue que de aquellos soberanos, unos representen el principio de reforma, otros un sistema estacionario. Por flaca que sea la nacionalidad italiana, es sin embargo, una realidad: hay vínculos entre los pueblos en toda aquella península: hay, no unidad de vida, pero sí comunicacion en las funciones vitales; es preciso conservar la armonía; de lo contrario resultarán graves perturbaciones. El desacuerdo puede ser fomentado, ya por la perfidia, ya por la imprudencia: ambas llevarian á la perdicion.

Si algun gobierno italiano se creyera mas seguro que el pontificio, padeceria una ilusion peligrosa. A pesar de las dificultades interiores con que pueda luchar el gobierno del Papa, no hay ninguno en Italia que disponga de iguales recursos morales, los que bien empleados, producirian efectos admirables aun en el órden político; pero hay ademas otra razon todavía mas grave en pro de la seguridad de la soberanía temporal del Sumo Pontífice: esta razon es su necesidad, la que se opondria á la ruina de aquel gobierno, y que en caso de una catástrofe lo volveria á levantar. No puede decirse otro tanto de los otros principados de Italia: esto debe hacerlos prudentes y apartarlos de caminos peligrosos, uniéndolos mas íntimamente con el gobierno pontificio.

La soberanía temporal del Papa se liga con los mas sagrados intereses del mundo católico, y afecta gravemente las relaciones internacionales de todos los gobiernos. Recientes son los conflictos que consigo traia el cautiverio de Pio VII; y estos conflictos serian igualmente graves, si el Papa fuese cautivo de un gobierno revolucionario. Ademas, un gobierno semejante, débil por su orígen y por todas sus circunstancias, tendria necesidad de un amparo estrangero, y esto suscitaria gravísimas complicaciones entre las grandes potencias de Europa. Ninguna de ellas, ni católica, ni cismática, ni protestante, consentiria un protectorado cuya accion se pudiera estender hasta violentar en sus palabras y actos, al que con un acto ó con una palabra ejerce tan grande influencia en todos los puntos del universo. Así, pues, la cuestion política de Roma, es de una gravedad mayor que la de otro pais cualquiera: la desaparicion de un gobierno ó de una nacionalidad de Italia, produciria siempre dificultades graves, mas no de tal magnitud que no se vean arreglos posibles; pero la de la soberanía temporal de la Santa Sede, dejaria un vacío que no se alcanza cómo se pueda llenar, y produciria una perturbacion tal en el mundo político, que no se remediaria sino con la restauracion del poder caido. Si estuviéramos condenados á presenciar acontecimientos semejantes á los de principios del siglo actual, desde luego se podria pronosticar otra restauracion: hay casos en que el esceso del mal, produce por necesidad el remedio. Los Estados Pontificios son pequeños en el mapa, pero la importancia de su conservacion es mayor que la de ninguna potencia europea, sin esceptuar las de primer órden: el profundo trastorno que resultaria de la desapiricion de una de ellas, no es comparable con el que dimanaria de la ruina de la autoridad temporal del Papa.

Estas consideraciones manifiestan que ningun gobierno italiano puede contar con tantos medios de conservacion ni tanta seguridad

de restauracion como el pontificio; y ademas, indican que las intrigas de la diplomacia europea, hallarán aquí un límite que no pueden traspasar fácilmente. Cada dia se van creando nuevos y poderosos intereses que saldrian perjudicados con un conflicto europeo; por cuya razon, la diplomacia de las altas potencias se hace mas conciliadora, y se halla menos dispuesta á correr en busca de aventuras que puedan turbar la paz general. De aquí nace otra esperanza consoladora, cual es, el que los gobiernos que creyesen tener un interés momentáneo en que las reformas de Italia no siguiesen un curso pacífico y degenerasen en revolucion, ó hiciesen precisa la reaccion, se contendrán á la vista de los peligros que á ellos y á toda la Europa pudiera acarrear la perturbacion de la Italia.

Las condiciones de la diplomacia europea, pueden sufrir una modificacion profunda, si á la muerte de Luis Felipe se altera el órden de cosas que prevalece en Francia desde 1830. Mas si esto sucede, lejos de que la política de Pio IX haya de producir malas consecuencias, precisamente se ve en ella una esperanza para la Italia. En efecto: si suponemos que estalla una revolucion en Francia, continuando la península italiana sujeta á un sistema de resistencia absoluta, y sin mas alianzas esteriores que la de Austria, ¿será posible lisonjearse de que los gobiernos puedan resistir al ímpetu revolucionario? Cuando el Austria haya de hacer frente en el Rhin, ¿no tendrá que ser débil en el Pó? Entonces los gobiernos italianos no tendrian ya oportunidad para reformar; las concesiones serian humillaciones, porque ardiendo en Francia la revolucion, no seria dable persuadir que el motivo de la reforma fuese otro que el miedo. Por el contrario, si antes de la muerte de Luis Felipe los gobiernos de Italia, desplegando los recursos propios, se han colocado en posicion menos ligada con el Austria; si han hecho en sus dominios las reformas que crean necesarias ó convenientes, atendido el espíritu de la época, entonces su situacion es mucho menos difícil: porque ó continúa el *statu quo* europeo, ó no; si continúa, las reformas no serán peligrosas, pues la propaganda revolucionaria tendrá contra sí el obstáculo de la paz general; si no continúa, los príncipes podrán mas fácilmente dirigir el movimiento, supuesto que ellos mismos lo habrán empezado, y por consiguiente habrán escogido las condiciones del impulso, tomando, ademas, las precauciones que les aconseja su seguridad propia y la tranquilidad de sus pueblos. Para comprender la diferencia entre las dos situaciones, baste considerar el efecto que ahora produciria en Roma la noticia de una revolucion en Paris: es cierto que no causaria la impresion de susto para unos, y de envalentonamiento para otros, que hubiera causa-

do en otras circunstancias. Las transiciones repentinas son peligrosas; la habilidad de los gobiernos consiste en hacer transformaciones para evitar trastornos; lo que está significado en un dicho tan ingenioso en la espresion, como profundo en su contenido: "¿quereis evitar revoluciones? haced evoluciones."

XIII.

Conclusion.

Voy á concluir, presentando á la consideracion del lector algunas reflecsiones, que reasumiendo las ideas emitidas, den á la cuestion un horizonte mas vasto.

El protestantismo torció el curso de la civilizacion europea: sin esa calamidad, la Europa seria muy diferente de lo que es; pero las cosas es preciso considerarlas, no tales como debieran ser, sino como son, y la Europa es lo que la han hecho los siglos anteriores. Dos principios fundamentales se hallan en el seno del protestantismo: el espíritu privado en materias de fé, y la supremacía religiosa atribuida á la potestad civil. El primer principio conducia á la impiedad: empezando en Lutero, termina en Voltaire. El segundo se planteó desde luego sin disfraz en Alemania y en Inglaterra, y contribuyó á desenvolver en los paises católicos un espíritu regalista de mal género, que se agitaba ya mas ó menos desde tiempos muy antiguos: este desarrollo llegó á su mas alto punto en la inconcebible coalicion de príncipes que en el siglo pasado causó tantas amarguras á la Santa Sede.

Precisamente á la misma época daba sus últimos frutos la semilla del protestantismo: en vez de la democracia religiosa, se presentaba en la arena una demagogia impía. Estalló la revolucion francesa; siguióla Napoleon: los potentados de la tierra se vieron hundidos en el polvo, y entonces palparon que no estaba en la religion el peligro para los gobiernos. El notable preámbulo del tratado de la *Santa Alianza*, es una proclamacion de este desengaño, algo tardío por cierto, que ademas no se ha tenido muy presente en lo su-

cesivo. No obstante, aquellos acontecimientos estraordinarios hicieron esperar que en adelante habria verdadera alianza entre la religion y la política. Desgraciadamente los males del mundo no se remedian con un papel, ni los gobiernos renuncian á sus instintos con firmar un tratado. Si algunos llegaron á persuadirse que la religion católica podia esperar mucho de semejantes pasos, debieron desengañarse bien pronto. Desde luego se pudo notar que el Papa, el gefe del catolicismo, no era uno de los firmantes: no se contaba con el Vicario de Jesucristo. En el congreso de Viena, las notas y las protestas del Cardenal Consalvi, no impidieron que las altas potencias hiciesen lo que bien les pareció con respecto á los derechos temporales de las iglesias de Alemania: la proteccion prometida por el emperador de Austria á los diputados de varias diócesis, no produjo resultado. El congreso, sin consideracion á que la inmensa mayoría de los Paises-Bajos era católica, los entregó á una familia protestante, la casa de Orange; lo que dió pié á despóticos atropellos ya desde principios de 1815, y promovió gravísimos conflictos de conciencia, que contribuyeron mucho á la revolucion de la Bélgica en 1830. En cuanto al Papa, si bien recobraba sus posesiones, no alcanzó á impedir que el Austria se reservase el derecho de guarnicion en las plazas de Ferrara y de Comachio: en este punto fueron tambien inútiles las protestas del Cardenal Consalvi.

Estos hechos eran harto significativos para indicar cuál era el espíritu que presidia á las decisiones del congreso: la Santa Alianza no era tan santa como algunos pudieran creer. Los hechos posteriores fueron correspondiendo á los primeros indicios: el emperador de Rusia acababa apenas de salvar sus dominios de las manos de Napoleon, y ya recelaba que el catolicismo se los hiciese perder: en Enero de 1816, alarmado por algunas conversiones, da un ukase en que lanza de su imperio á los juisitas; y en 1820, mientras la demagogia perturba de nuevo el Mediodia de Europa, el autócrata se ocupa en perseguir mas crudamente á esos religiosos, mandándoles salir de sus Estados, y prohibiéndoles para siempre el que vuelvan á ellos bajo cualquier pretesto. No hay necesidad de recordar lo sucedido despues, lo cual prueba lo que puede esperarse de semejantes alianzas. Ademas, que bien pronto la revolucion francesa en 1830, vino á destruir la obra de 1815, y á cambiar radicalmente la situacion política y diplomática de Europa. Con aquel suceso se disipaban muchas esperanzas, es verdad; pero Dios, permitiéndolo, queria manifestar á los reyes, que para salvar la religion, no necesitaba de las potestades de la tierra.

La propaganda de Paris, quiso perturbar la Italia, y muy parti-

cularmente los Estados Pontificios. Lo crítico y nuevo de las circunstancias, ecsigia prudencia y firmeza: Gregorio XVI fué prudente y firme: firme contra los revoltosos; prudente en sus relaciones con el gobierno de Luis Felipe. La política de su pontificado debia llenar un objeto, y lo llenó: este objeto era conservar la paz en sus dominios, y evitar un conflicto con el nuevo poder salido de las barricadas de Paris. Los acontecimientos se multiplicaron y agravaron de tal suerte, que no fué posible mas que conservar y esperar: el Papa, haciendo concesiones inmediatamente despues de la revolucion de Julio, hubiera parecido un satélite de las Tullerías: esto era indigno, y ademas muy peligroso. Entre tanto, Gregorio XVI va tocando al fin de su carrera: muere, y le sucede Pio IX. Este Pontífice no se encuentra con la Europa de la Santa Alianza, sino con la Europa de la revolucion de Julio. En el Norte y en el Mediodia se han realizado mudanzas profundas: la religion puede esperar muy poco de la política; y en el porvenir, el poder temporal de la Santa Sede no debe contar con las potencias del Norte; en la Italia hay cierto malestar; con la proteccion del Austria, se hace frente á los peligros presentes; pero este medio está sujeto á inconvenientes graves, y sobre todo, es solo interino. El nuevo Papa, por su edad y robustez, puede prometerse largos años de pontificado: se pregunta á sí propio si es bueno dejar las cosas como están; si no seria mejor prepararse para lo venidero, tratando de dirigir el espíritu de la época: el resultado es una política nueva.

El Sumo Pontífice, antes que rey es Vicario de Jesucristo; es gefe de la Iglesia; Pio IX empieza dando en su persona el ejemplo de todas las virtudes, y emprendiendo reformas eclesiásticas. Todo indica que Pio IX será un Papa reformador en muchos sentidos, esto le honra sobremanera: el cristianismo tambien fué una gran reforma, pues produjo un cambio profundo en las ideas, en las costumbres, en las instituciones, en el individuo, en la sociedad, mudando completamente la faz del mundo. La Iglesia ha sido siempre reformadora: los concilios son una serie de asambleas reformadoras; sus decretos son códigos de reformas; en lo cual se halla uno de los caractéres que la distinguen de las instituciones humanas. Estas, cuando el mal progresa hasta cierto punto, no tienen fuerza para curarse á sí propias; la enfermedad se agrava y al fin desfallecen y mueren: por el contrario, la Iglesia, sean cuales fueren los males, puede curarlos; está dotada de alta sabiduría para conocer los remedios, y de una fuerza vital poderosa para soportarlos y aprovecharlos. Este es el distintivo de los seres robustos; esta es una prueba de que la Iglesia vivirá hasta la consumacion de los siglos.

Ved lo que sucede en todas las épocas críticas: á cada necesidad una sublime inspiracion; un hombre para ejecutar.

El mundo civilizado es inteligente, rico, poderoso; pero está enfermo; le falta moral, le faltan creencias; la impiedad trabaja por establecer un funesto divorcio entre la religion y el progreso material é intelectual, divorcio que amenaza el porvenir de las sociedades modernas. El cristianismo, á mas de traer á los hombres la salud eterna, salvó al mundo de una ruina completa; solo él puede salvarle segunda vez de los males que le amenazan. No le salvarán esos diplomáticos, que no alcanzan á prevenir ni á curar los males de su propio pais; no le salvarán los reyes que las revoluciones llevan como leve paja; no le salvarán esos demagogos que esparcen por do quiera sangre y ruinas; solo puede salvarle el enlace del espíritu de progreso con la religion; y este enlace no se operará nunca si la empresa no es dirigida por un Pontífice. Bien hace, pues, muy bien hace Pio IX en intentarlo: muy bien hace en mostrarse reformador, que siempre lo ha sido la Iglesia, y tambien lo fué Jesucristo; muy bien hace en tener una política espansiva, que espansivo es el cristianismo, espansiva es la caridad evangélica; muy bien hace en no ser pusilánime, en no espantarse á la vista de las dificultades y peligros, que animosos fueron sus mas grandes predecesores; muy bien hace en predicar á los pueblos la obediencia á los príncipes, pero sin confiar demasiado en las potestades de la tierra para defender á la Iglesia en lo espiritual y lo temporal, que unas veces no quieren, otras no pueden; muy bien hace en dar á las ideas importancia, que ellas deciden tarde ó temprano de los destinos del mundo, y á los entendimientos y á los corazones se han dirigido siempre los predicadores del cristianismo; muy bien hace en querer manifestar que la religion no está reñida con la variedad de sistemas de gobierno, en no quererla ligar inseparablemente con ninguna forma política, que esas formas caducan, y pasan, y se cambian á manera de trages, segun los tiempos y paises.

No conviene dejarse alucinar por el grito de libertad, pero tambien es preciso guardarse de otra ilusion, cual es, el que á la sombra de las palabras, órden social, conservacion de las monarquías, se cobijen intereses bastardos ó fiero despotismo. En Polonia, en Bélgica, en Irlanda, se agita la propaganda revolucionaria, es cierto; algunos invocarán la religion solo como un medio de conmover á los pueblos, es verdad; ¿pero deberemos decir por eso que la razon esté siempre de la parte contraria? ¿Seremos justos si nos ponemos siempre en favor de los rusos en Polonia, de la casa de Orange en Bélgica, de los ultratorys en Irlanda? Porque la Rusia represente en el Norte

una fuerza antirevolucionaria, el dominio de Holanda sobre Bélgica recuerde un artículo del tratado de Viena, y los ultratorys un elemento conservador en la Gran-Bretaña, ¿estaremos siempre por ellos, y con ellos, y contra los hombres y las cosas que les desagraden? No se trata, no, de ilusiones, que en los tiempos actuales ya no hay lugar á ellas; se trata de ver que si bien con los nombres de libertad y progreso se espresa muy á menudo licencia y ruina, tambien sucede alguna vez, que con las palabras de autoridad y conservacion legal, se significan opresion y esplotacion: testigo la Irlanda esplotada; testigos los católicos de Rusia y Polonia tan duramente oprimidos.

La anarquía es una cosa horrible, pero no es bello, por cierto el despotismo; la revolucion destruyendo, ofrece un espectáculo desastroso; pero el poder oprimiendo, presenta tambien un cuadro repugnante. La religion no necesita trastornar ni oprimir: lo que ella hace es ordenar y aliviar: quiere que los pueblos obedezcan, pero les procura un yugo suave y una carga leve. Los hombres religiosos no deben entusiasmarse por una causa, solo porque oigan los gritos de libertad y fraternidad; pero tampoco deben hacerlo porque oigan órden y conservacion. Lo que debemos buscar y amar siempre y en todo, es la verdad y el bien.

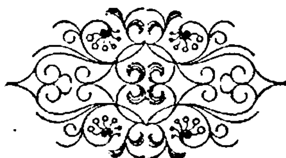
El humano linage, aun en su vida sobre la tierra, es conducido por la Providencia á un término misterioso, y por caminos ignorados: quien desconozca la transformacion que en todas partes se realiza, no ve lo que tiene delante; querer asirse únicamente de las formas pasadas, es confiar en el apoyo de un leve arbusto al bajar por una peligrosa pendiente. Respetemos lo pasado, pero no creamos que con nuestro estéril deseo lo podamos restaurar; y al interesarnos por los restos de lo que fué, no llevemos la ecsageracion hasta el punto de maldecir todo lo presente y lo venidero. ¿Pues qué? ¿No fué nuevo algun dia lo que ahora pasa? ¿No ocupó en otros tiempos el lugar de cosas que á su vez pasaron tambien? La vida del género humano ¿no envuelve una transformacion continua? La historia ¿es acaso mas que una serie de magníficos lienzos, en que se nos ofrecen á cada paso las novedades mas asombrosas, las mudanzas mas sorprendentes? Guardemos intactas las verdades eternas; estemos seguros de que no perecerán las cosas, cuya duracion estriba en promesas divinas; pero lo demas, mirémoslo como es, perecedero: y al ver colosales construcciones, obra de la mano del hombre, recordemos aquellas palabras de Jesucristo: "¿Ves esas grandes construcciones? no quedará piedra sobre piedra."

A la vista de la conducta de Pio IX, el genio del mal, siempre

atento á los medios de impedir el bien, aprovecha sagaz el momento, y hace resonar por todas partes la voz impía: "el Papa está conmigo." En vano lo desmienten las virtudes, las palabras solemnes del Pontífice: el genio del mal repite con maligno placer: "el Papa está conmigo." El Papa, despues de haber predicado desde su primera encíclica la obligacion de obedecer á las potestades legítimas, rechaza en una alocucion á los que toman su nombre en los disturbios, asegurando que con esto se hace una *gravísima injuria á su persona y á su suprema dignidad;* á pesar de esto, el genio del mal, sonriéndose malignamente, repite: "el Papa está conmigo." ¿Y por qué esa insistencia? Porque le conviene alarmar á los fieles; le conviene hacerlos desconfiar de su pastor; le conviene inspirarles desvío hácia su padre; le conviene establecer un cisma de nueva especie en que algunos católicos quieran ser mas católicos que el Vicario de Jesucristo; y que los amantes del órden y de la paz en los Estados, miren como perturbador de la paz y del órden al que representa á Dios sobre la tierra; al que representa al divino Salvador, en cuyo nacimiento cantaron los ángeles: ¡paz en la tierra á los hombres! . . . . Porque le conviene seducir á algunos, y despues de haberlos hecho desconfiar del Pontífice y mirar con recelo su conducta, y manifestar descontento, entonces volverse contra ellos y decirles: "¿y qué? Si no podeis tolerar las reformas, aunque sean hechas por el Papa, ¿cómo se os creerá cuando hableis de ellas? Si no podeis sufrir un sistema mas lato en política, aun cuando lo establezca el Papa, ¿cómo se os creerá cuando hableis de libertad bien entendida?" ¡Pero ah! los fieles no serán tan incautos que caigan en esas redes; los prelados de la Iglesia han conocido el amaño, y han levantado su voz augusta. En Francia, en Bélgica, en Alemania, en Inglaterra, en América y en otras partes, se hacen manifestaciones en favor del Papa; los Obispos rechazan con indignacion la idea de que el Papa está solo: el Cardenal Arzobispo de Leon, llama calumnia y asercion injusta y mentirosa, al dicho del que acusó á los Obispos y al clero de que se habian pronunciado contra el Papa, y de querer entorpecer y poner obstáculos á su marcha. "El clero, mis amados hermanos, dice el ilustre Cardenal, *se asocia enteramente al pensamiento fecundo y santamente liberal de Pio IX.* Contempla con santo orgullo y sincero gozo, la lucha gloriosa de su augusto gefe contra todos los abusos, contra la pusilanimidad de los unos, y el pérfido envalentonamiento de los otros; contra la timidez, que retrocede ante todos los obstáculos, y la audacia, que todo quiere intentarlo.

El que esto escribe no representa nada ni en el clero ni en el pue-

blo de España; es únicamente un individuo que emite su opinion; pero está seguro de que su corazon no le engaña al creer que los españoles, así del pueblo como del clero, no se diferenciarán en este punto del pueblo y del clero de los demas paises católicos. La fé en las divinas promesas les comunicará confianza de que el Papa acierte hasta en lo temporal; aunque sin confundir lo divino con lo humano, no dejarán de ver que aquí lo humano está muy cerca de lo divino, y no podrán pensar que en la augusta *Cátedra* de donde se han derramado tantos beneficios sobre la sociedad, aun en lo puramente civil, esté sentado un Pontífice que haya de perturbar el mundo: mucho menos cuando es cierto, constante, público, que este Pontífice está dotado de todas las virtudes que la Iglesia venera. Asistamos, pues, con calma y confianza á ese grande espectáculo; no nos desalentemos por la noticia de pasageras contrariedades; dilatemos la vista por el espacio y el tiempo; no nos limitemos á un punto; no veamos solo el dia de hoy; recordemos la historia y pensemos en el porvenir; no nos fijemos solo en Nápoles, Módena y Austria, consideremos la civilizacion moderna en toda su amplitud, en toda su variedad; no nos amilane un peligro ni un mal, reflecsionando que la humanidad no progresa sin lucha ni se mejora sin dolores; y unidos de corazon con la Iglesia, que ora sin intermision por el Papa en todos los ángulos del universo, confiemos que Dios le dará luz y fortaleza, y que las dificultades, los peligros, los males, se compensarán con los bienes en que será fecunda la obra comenzada por Pio IX.



ESCRITOS POLITICOS *

DE

D. JAIME BALMES.

INTRODUCCION.

En momentos de cansancio y disgusto todos condenan el hablar de política, pero nadie habla de otra cosa; y es que la política nos interesa á todos porque se roza con todo. No hablemos de política, sea en buen hora; mas ha de ser con la condicion de encontrar materias esentas. Los asuntos religiosos se resienten de la política; testigo la historia de los últimos años: las ciencias y la literatura se resienten de la política; testigos, á mas de otras cosas, los planes y reglamentos que varían con los ministerios: la agricultura, la industria y el comercio se resienten de la política; testigos las chispas de

* A las repetidas súplicas de personas de respeto y erudicion vasta, entre las cuales podriamos citar nombres distinguidos, nos hemos resuelto á dar á luz en esta Coleccion los escritos mas notables del Sr. *Balmes*, publicados sueltos ó en el *Pensamiento de la Nacion*, periódico que dirigió y redactó en Madrid con aplauso universal. Estos escritos, que en su mayor parte versan sobre acontecimientos del dia, son, sin embargo, de un interés difícil de comprender sin haberlos leido. El Sr. *Balmes*, dotado de un talento superior y considerando las cuestiones mas ávidas bajo el punto de vista político-social, manifestó en estos escritos la universalidad de sus conocimientos, y fué el *Pensamiento de la Nacion* en España un ilustrado consejero, que consultaban todos los hombres pensadores, y cuya opinion siguió mil veces el mismo gobierno, sin embargo de la oposicion que le hacia. Para la mejor inteligencia de estos artículos, los acompañaremos con notas aclaratorias, que siempre procuraremos sean breves. (Nota del Editor.)

guerra civil, las cuestiones de aranceles, la inseguridad de los capitales, la bolsa: las diversiones públicas se resienten de la política; testigos el teatro y hasta la plaza de toros: la tranquilidad pública se resiente de la política; testigos los hechos: la paz doméstica se resiente de la política; testigos los espiados, los encarcelados, los deportados; testigo la zozobra de los medrosos que no pasan una noche sin soñar qué oyen el tambor de la milicia nacional.

los políticos fuesen una academia de aficionados que se solazaran discutiendo, bien podriamos olvidarlos; pero ocupan alternativamente las sillas del mando, disponen de la fuerza pública, resuelven altas cuestiones que afectan á lo actual y á lo venidero, imponen tributos, y lo que es mas, los recaudan; no es dable prescindir de lo que hacen y dicen, porque á todos nos tocan sus obras y palabras. "No quiero pensar en política:" así hablan algunos; pero la dificultad está en que los sucesos os forzarán á ello: si el edificio arde, no vale el permanecer tranquilo en un departamento imitando al literato, á quien avisaron de que habia fuego en la casa, y respondió muy sereno: "decídselo á mi muger, ella es la que cuida de los asuntos caseros."

Pero bien, se replicará: ¿de qué sirve el ocuparnos de cosas que no tienen remedio? De todos modos la nacion se pierde; lo mejor es resignarse. Esto seria tolerable si la nacion pudiese morir; el desamparar á un enfermo aunque desahuciado, es cruel; pero al fin se concibe como un acto de desesperacion; mas la España no se muere, ni se puede morir; las naciones no tienen el consuelo de morirse cuando quieran; la España se halla en tales circunstancias, intelectuales, morales y topográficas, que si hubiese de llegar un dia tan desventurado en que pudiera desear la suerte de la Polonia, en vano invocaria la muerte, estaria condenada como Prometeo á sufrir el tormento de la vida.

Pero no se entristezca el lector, semejante caso no llegará: este no es un pais privado de esperanza, siquiera digan lo contrario no pocos de los mismos que nos han conducido al estado actual. No es estraño que no tengamos órden y sosiego; lo estraño es, cómo no son mucho mayores los trastornos: al pueblo que mas admireis, colocadle por un momento en nuestras circunstancias, y los acontecimientos serán indudablemente mas deplorables que los que vemos en España. Séame permitido abstenerme de una reseña; basta la indicacion, el lector reflecsionará.

El ocuparse mucho de política suele ser para los pueblos un mal grave; pero cuando atraviesan una revolucion, este mal es necesario: tampoco es bueno para la salud el pensar mucho en las enfer-

medades; pero si atormentan y ponen en peligro la vida, cómo evitar el ocuparse de ellas? Ademas, no es fácil que los pueblos salgan de semejante malestar, mientras les falte el conocimiento del orígen, naturaleza y remedio de sus males; una opinion pública, fija, cabal, esacta, sobre la verdadera situacion de las cosas. Si antes la hubiésemos tenido, antes habriamos mejorado; y si actualmente se puede tener alguna esperanza, es porque esta opinion ecsiste, y mayor de lo que se cree. ¿Dónde está? ¿por qué no se manifiesta? Porque necesita circunstancias á propósito; dejad que algun acontecimiento las produzca y palpareis el resultado. Por de pronto se puede asegurar que si se repitieran sucesos análogos á los de años anteriores, el desenlace seria muy diferente: los manifiestos no serian tan eficaces como en otras épocas; los que creen que nadie aprende nada y que siempre se pueden repetir los mismos dramas, esperimentarian que hay en el pais un pensamiento mas independiente de lo que ellos se figuran. El público es mas ilustrado que antes: los actores célebres no deben olvidarlo; se conoce el valor de las cosas, y sobre todo, el de los hombres; si se diesen nuevas funciones, podrian acabar por silbidos.

Para los trabajos políticos es una prueba dura el ser publicados en coleccion: y cuenta que aquí se prescinde de mérito literario, se trata únicamente de la verdad y del acierto: ¿qué importa un poco mas ó menos de aliño, cuando está de por medio lo mas grande y sagrado de la sociedad? Un escrito político escita mas interés, si versa sobre un asunto del momento; pero el grado de interés no es el mejor barómetro: se le juzga con mas tino leyéndole cuando las circunstancias han cambiado: los faltos de verdad, ganan con el olvido. ¿A qué ir mas lejos? Si fuera posible reunir en coleccion lo mas notable que se ha dicho y escrito desde 1843, ¡cuántos tendrian que bajar los ojos abrumados de vergüenza!

Madrid, 27 de Mayo de 1847.



CONSIDERACIONES POLITICAS

SOBRE LA

SITUACION DE ESPAÑA.*

PROLOGO.

Cuando las pasiones rugen con feroz bravura, cuando los partidos se disputan la arena con tanto encarnizamiento, difícil es que puedan hacerse escuchar, ni siquiera oir, los templados acentos de la razon é imparcialidad. Esta consideracion me ha hecho caer repetidas veces la pluma de la mano, y hubiera sucumbido al desaliento, á no reflecsionar que mi escrito tenia un mérito que nunca deja de producir buen efecto, porque ejerce poderoso ascendiente sobre el entendimiento y el corazon: este mérito consiste en ser la sencilla espresion de convicciones profundas, el eco fiel de sentimientos generosos y puros.

Quien se complazca en denuestos contra las personas y en calificaciones odiosas de las opiniones, no lo busque aquí: yo respeto demasiado á los hombres para que me atreva á insultarlos, y sé contemplar con serena calma el vasto círculo en que giran las opiniones, porque no tengo la necia presuncion de que puedan ser verdaderas solamente las mias. No es esto decir que en medio de opiniones dignas de respeto, no vea estravíos lamentables, y hasta monstruosos delirios; mas en tal caso aborrezco el error, no al que yerra, y me inspiran compasion el estraviado y el delirante.

---

* Este opúsculo se escribió al terminarse la guerra civil, y se imprimió en Barcelona en Agosto de 1840.

Como no me propongo escribir una historia, ni siquiera un resúmen, y sí únicamente presentar algunas reflecsiones que me ha sugerido la atenta observacion de nuestras vicisitudes, no me veré precisado por lo comun á descender al ecsámen de hechos particulares, terreno donde tan difícil es caminar por el sendero de la verdad, sin que se den por ofendidas personas determinadas; ora sea porque se las haya de presentar como culpables, si no se quieren vulnerar los derechos de la razon y de la justicia, ora porque habiéndose de poner en claro su falta de tino ó de prevision, haya de sentirse lastimado su amor propio.

Estraño á todos los partidos, y esento de ódios y rencores, no pronunciaré una sola palabra que pueda escitar la discordia ni provocar la venganza; y sea cual fuere el resultado de tantos vaivenes como agitan á esta nacion desventurada, siempre podré decir con la entera satisfaccion de una conciencia tranquila: "No has pisado el linde prescrito por la ley, no has ecsasperado los animos, no has atizado el incendio, no has contribuido á que se vertiera una gota de sangre, ni á que se derramara una sola lágrima."

CAPITULO I.

Tenemos ya la paz, es decir, que ha cesado ya la efusion de sangre; pero la verdadera paz, aquella paz en que á la sombra del imperio de la ley, y bajo el benéfico influjo de una política elevada, leal, cuerda y previsora, se reparan las grandes injusticias, se protegen los intereses legítimos, se calman las pasiones, se concilian los ánimos, borrando de esta manera la sangrienta huella de la discordia, asentando sobre firme y anchurosa basa el sosiego de la nacion, y derramando la semilla de su prosperidad y grandeza; esta paz, esta verdadera paz, ¿la tendremos?

Fatigado el corazon con tan larga cadena de infortunios, y lastimado con tantos padecimientos, como que busca un instante de reposo y consuelo, abriéndose de buen grado á lisonjeras esperanzas; pero la mente, recordando tan amargos desengaños, tímida y suspicaz á fuerza de escarmientos, da en torno de sí una escudriñadora mirada, recuerda lo pasado, compáralo con lo presente, y cotejando

tiempos con tiempos, hombres con hombres, cosas con cosas, deslinda y aprecia sus semejanzas y sus diferencias, esforzándose por penetrar en la oscuridad del porvenir. Y éste, ¿cual será? ¿qué esperanzas nos alientan? ¿qué peligros nos amenazan? ¿qué males nos aquejan? ¿qué circunstancias nos rodean?

Meditemos profundamente sobre nuestra situacion, sin hacernos gratas ilusiones que se disipen en breve; conozcamos á fondo nuestros males, los que no pueden ser remediados si no son conocidos; pero guardémonos tambien de ecsagerarlos y de esparcir de esta manera el desaliento y la desesperacion. El corazon del hombre necesita resortes, y en medio del infortunio es poderoso resorte la esperanza; y si todos los hombres de bien llegasen á perderla, ¿qué seria de nosotros?

Pero qué, se me dirá, ¿soñais todavía en un porvenir de ventura? Treinta años de calamidades ¿no bastan para desalentar al hombre mas animoso? A esto responderé que si la sociedad española no ha de perecer, su reorganizacion es una necesidad, y una necesidad de un modo ú otro se satisface. Por lo demas, nadie se figure que yo sueño en un porvenir venturoso, y que vengo á presentar un cuadro agradable, llenando de falsedad su fondo y deslumbrando la vista con mentidos colores; el curso del escrito convencerá al lector de lo contrario; la realidad es muy triste, y así las pinceladas halagüeñas serán muy pocas; en su mayor parte serán sombrías, y cuando la verdad ecsigiere que sean negras, negras serán. He aquí una prueba:

La reina está en minoría, la constitucion es reciente; grandes y antiguas instituciones, ó han desaparecido del todo, ó han sufrido considerable menoscabo: la administracion está completamente desorganizada, la legislacion es un caos, el déficit un abismo, la guerra civil ha dejado en pos de sí horribles regueros de sangre y de ceniza, las revueltas y los escándalos han esparcido por do quiera abundante gérmen de inmoralidad y desórden; siguen enconados los ánimos, alarmadas las conciencias, en choque las opiniones, en lucha grandes intereses; á la vista de la espaciosa arena que van á presentar las delicadas y trascendentales cuestiones que deben resolverse cuanto antes, están ya en maligno acecho las pasiones criminales, con sus fines perversos, sus miras mezquinas, sus palabras falaces y sus medios aleves; y para colmo de infortunio, merced á tan recios sacudimientos como ha sufrido la nacion por espacio de siete años, cuanto abriga de mas abyecto y dañino la sociedad, sobrenada ahora en su superficie, como en tiempos calurosos hormiguean en un lago cenagoso y revuelto enjambres de reptiles y de insectos.

La razon, de acuerdo con la esperiencia, ha puesto fuera de duda las grandes ventajas, mejor diremos, la necesidad de la sucesion hereditaria en las monarquías; pero este escelente sistema adolece, por desgracia, de un achaque gravísimo, y que no es posible evitar de ninguna manera; que en las cosas humanas no cabe perfeccion cumplida, ni es dable alcanzar grandes bienes sin tropezar al propio tiempo en considerables inconvenientes: hablo de las minorías.

Durante este espacio, que aun en las épocas tranquilas en que las sociedades recorren derroteros bonancibles, es siempre trabajoso para las naciones, sirve de medio para evitar, ó al menos disminuir los males, todo cuanto contribuye á que se acerque á la realidad la respetable y necesaria ficcion legal de que el trono está ocupado, cuando en rigor podria decirse que se halla vacante. De esta manera se alcanza en lo posible el objeto que se propone la ley de sucesion hereditaria, cual es, asegurar invariabilidad y consistencia al supremo poder del Estado, poniéndole en cuanto cabe, fuera del torbellino de las visicitudes humanas, y cerrando sin esperanza la puerta á las locas pasiones de los hombres.

En llenar mas ó menos cumplidamente tamaño objeto, influyen la calidad de las personas de que se echa mano para ejercer la regencia, y las instituciones que rodean el trono. Por lo que toca á personas, es siempre importante que sea una sola, si posible fuere de real estirpe, y la que ofrezca menos sospechas de miras interesadas, y menos eventualidades de cesacion ó amovilidad; es decir, aquella en que mas se verifique que la institucion pasagera se parezca á la permanente, la dignidad del mando á la magestad del trono, el regente al rey.

Cuando la historia estime en su justo valor las causas que han concurrido á sostener el trono de Isabel, cuando se le preguntará cómo fué posible que no se hundiera un trono combatido por tantos y tan poderosos elementos, y no pereciese con él una causa que en su propio seno abrigaba tantos gérmenes de muerte, entre otros muchos hechos, indicará uno en el que no se ha reparado bastante, y al que se haya tal vez atribuido por algunos una influencia muy diversa. Este hecho es, que durante la guerra no ha cambiado nunca de manos la regencia, siendo notable que en tantos trastornos políticos como se han sucedido durante el largo espacio de tan porfiada lucha, un instinto de conservacion atinadamente combinado con la caballerosa generosidad del carácter español, se ha opuesto siempre en este punto á la insolencia y á las tramas de las pasiones y partidos.

Ni hay por qué mentar enfáticamente la juventud y el sexo; es-

to habria podido ser un pretesto para la ambicion, ó un tropiezo para miope política; pero ¿se ha pensado bastante en que si las riendas del mando se hubieran escapado por un momento de las manos de la augusta viuda, en el torbellino que arrebataba, cambiaba y transformaba todas las instituciones religiosas, políticas y civiles, una vez sujetada la regencia á accion tan varia, tan activa y desorganizadora, habria perdido de golpe toda su estabilidad, se hubiera franqueado la puerta á la ambicion, y convertido el supremo poder en mudable empleo, hubiera sido el blanco de todos los ataques, siendo entonces escalado tan alto puesto de la propia manera que lo han sido los ministerios? Y á buen seguro que si ahora hemos visto al poder siempre flaco, y á veces casi ahogado, hubiéramos presenciado entonces una perenne disolucion en el centro del mando, y combinándose esta con tantos elementos disolventes como á la sazon desplegaban su energía, herida de muerte la causa de la reina en los órganos mas vitales, se hubiera completado quizás la disolucion que tan adelantada estuvo ya repetidas veces, y se hubiera allanado el camino al triunfo de D. Cárlos.



CAPITULO II.



Con respecto á la debilidad del poder, ya que acabo de tocar materia tan grave, diré en pocas palabras lo que pienso. Mucho se ha hablado sobre este punto, y á la verdad no sin motivo; porque efectivamente esta debilidad es la enfermedad radical de que adolecemos tiempo ha, y de que podriamos todavía adolecer por largo espacio. Se han culpado estas ó aquellas personas, se han señalado como causas estos ó aquellos sistemas; pero prescindiendo de la mayor ó menor verdad que en todo eso pueda encontrarse, me parece que para ver las cosas en su verdadero punto de vista, es menester levantarse á mayor altura.

En efecto, la historia enseña y la razon demuestra que para debilitarse en gran manera el poder, basta una minoría ó una guerra de sucesion, ó una revolucion. Cualquiera de estas tres causas, aunque obre enteramente sola, es suficiente para producir tan funesto

efecto; porque bien claro es que la revolucion se dirige en derechura á combatir al poder en su esencia, atacando principalmente al ser moral que llamamos autoridad, gobierno; y las minorías, y las guerras de sucesion, por solo llevar consigo la eventualidad de mudanzas, ó personales ó dinásticas, producen por necesidad el que durante tal espacio no alcance el poder la necesaria firmeza.

Si esto es una verdad, que nadie podrá negarme, ni disputarme siquiera, ¿qué debia suceder en nuestro desgraciado pais, cuando por un conjunto de circunstancias infaustas hemos tenido que sufrir á la vez una minoría, una guerra de sucesion y una revolucion; y esa minoría muy larga, y esa guerra de sucesion muy tenaz, y esa revolucion muy profunda? ¿Cómo era posible que el poder no fuera débil en estremo, y no se le viera repetidas veces ahogado, desfallecido, moribundo? No, no es estraño; lo que sí es muy admirable, lo que hace el mas alto honor á la sensatez española, es que haya *podido conservarse* de un modo ú otro, aunque á veces no fuera mas que un mero simulacro.

Desde la muerte de Fernando, el poder fué débil, y por necesidad, porque desde entonces empezaron la minoría, la guerra de sucesion y la revolucion. ¿La revolucion? Sí, la revolucion; y anda muy equivocado quien señale su primer periodo al año 35. ¿Qué son las revoluciones sino grandes trastornos en que se hunden las antiguas instituciones? y desde que bajó al sepulcro el monarca, ¿no empezaron á temblar vivamente, y con recio sacudimiento, todas nuestras instituciones antiguas? ¿y no podrá decirse que desde entonces comenzó la revolucion? A contar desde el fallecimiento del rey, ¿qué fué el ministerio de Cea sino un penoso combate, ó mas bien una angustiosa agonía? Su caida y la de su sistema, ¿fué acaso otra cosa que la ruina de un edificio, bajo cuyos cimientos abrió el terremoto anchurosas hendiduras?

El Sr. Martinez de la Rosa al ocupar el espinoso puesto que la caida del Sr. Cea habia dejado vacante, se propuso entrar en el camino de las reformas, orillando el abismo de las revoluciones: así lo espresaba de continuo en sus discursos, y así lo deseaba sin duda su corazon. Pero ¡vanos esfuerzos! el ministro clamaba por las reformas, conjuraba sin cesar la revolucion, negaba que la revolucion ecsistiese; pero la revolucion ecsistia, y estaba allí, y empezaba á levantar su mano de hierro, y á desenvolver sus formas colosales, y con asombro del ministro se iba estendiendo y agigantando cual la terrible sombra á los ojos de Edipo: ella era la que le combatía, acosaba, agobiaba en aquella tribuna, donde la fuerza y gravedad de las circunstancias le arrancaban aquellos magníficos dis-

cursos, aquellas brillantes improvisaciones, que si producian escaso efecto político, servian, cuando menos, para cimentar mas y mas su bien sentada reputacion de literato ilustre, de orador elocuente.

Pero se me dirá: ¿acaso con el estatuto ecsistia ya la revolucion? ¿las revoluciones no van de abajo arriba? y el estatuto ¿no vino de arriba abajo? mas yo afirmo, y con entera seguridad, y estoy cierto que todos los hombres sensatos convendrán conmigo, que el estatuto vino en cierto modo tambien de abajo, porque el gobierno fué arrastrado á publicarle, por aquella fuerza terrible que empezaba á llevar rodando delante de sí cuanto se le oponia. Con el estatuto se verificó un cambio político, y gravísimo, y muy radical, ¿y se hubiera dado este paso, ó al menos no se hubiera aplazado para mas tarde, á no ser por la apremiadora fuerza de las circunstancias? yo apelo confiadamente á la buena fé del hombre que se hallaba á la sazon al frente de los negocios públicos; estoy seguro que su conciencia le responderá que no.

Lo que sucedió en el año 35 y siguientes, nadie lo ignora: la revolucion que ya ecsistia antes, se llamó entonces con su verdadero nombre, y prosiguió estrepitosamente su camino. El poder continuó débil, como era muy natural; y por mas cargos que se puedan hacer á los hombres que desde aquella época empuñaron sucesivamente las riendas del mando, me parece que seria injusto achacarles el que fueron únicamente ellos quienes debilitaron el poder. Es preciso hacer justicia, ellos le heredaron muy débil, casi nulo. Esta debilidad se ha ido prolongando con mas ó menos vicisitudes, con síntomas mas ó menos alarmantes, y ¡doloroso es decirlo! continúa aún; porque es mas claro que la luz del dia, que ese ser moral que se llama gobierno, pues que yo prescindo enteramente de personas, está muy lejos de tener toda aquella fuerza que necesita para llenanar el alto objeto á que está destinado. ¿Y esta fuerza la adquirirá? Continuemos reflecsionando.

CAPITULO III.

Si se quiere que alcance á llenar su objeto un gobierno aplicable á grandes masas, es menester que se le asegure siempre un gran

caudal de fuerza; y como ésta, si ha de ser provechosa y duradera, es inseparable de la estabilidad, será muy difícil que sea fuerte un gobierno que esté sujeto con sobrada frecuencia á modificaciones y mudanzas. Resulta de aquí, que si en una minoría las instituciones que rodean el trono, y que forman como su valla, llevaren en su propia naturaleza el gérmen de continua variacion y vivo movimiento, se complican mas y mas las dificultades, abriéndose ancho campo para manifestar su tacto y prevision, los verdaderos hombres de estado.

Cuando una ley fundamental cuenta largo espacio de duracion, como por ejemplo la constitucion inglesa, es como un árbol antiguo que tiene ya en el suelo asiento anchuroso, y raices profundas y dilatadas: robusta entonces por sí misma, venerable por su antigüedad, nutrida con el jugo del propio terreno, aviénese muy naturalmente con las ideas, usos y costumbres de los pueblos, y trabada fuertemente con todo el sistema de legislacion y con las demas instituciones, no solo es bastante para resistir á los empujes de los partidos que se agitan en torno de ella, sino que comunica á cuanto la rodea su propia consistencia y firmeza. No sucede así en tratándose de una constitucion reciente, pues por mas que se le haya dado el carácter de inviolabilidad con la deliberacion de un cuerpo legislativo, con la sancion del monarca, con la religion del juramento y con la publicacion solemne, es, sin embargo, imposible que inspire de repente á los pueblos aquella profunda veneracion, obra de largo tiempo, hija del hábito, no de un mandato, emanada de los sentimientos del corazon mas bien que de las reflecsiones: y como es claro que no ha tenido todavía lugar de proporcionar beneficios sensibles, no se ha grangeado aquella viva gratitud que engendra amor y escita entusiasmo.

Débil, como todo lo recien nacido, infunde con su flaqueza recelos á sus amigos y esperanzas á sus adversarios; y si para colmo de infortunio hubiere corrido la sangre al tiempo de su formacion, si en su misma cuna hubiere sido necesario defenderla con las armas en la mano, y si hubiere presentado á la luz del dia en medio de una atmósfera sobrecargada de elementos de discordia, anda acompañado su nombre de recuerdos desagradables, y es menester que quien se encargue del timon del Estado, emplee mucha sagacidad y cordura para calmar la ecsasperacion de los ánimos, y disipar temores y desconfianzas (1).

Estas son las causas de que entre nosotros tomen ciertas cuestio-

(1) Los hechos han confirmado la prevision: la constitucion de 1837 ha sido reemplazada por la de 1845.

nes tan alta importancia, elevándose, digámoslo así, á la altura misma de la constitucion. Siempre se oyen inculpaciones de que se atenta contra la constitucion, siempre se está gritando que peligra la constitucion, y en las discusiones del congreso sobre la ley de *ayuntamientos*, hemos visto con cuánto empeño se ha tratado de traer la cuestion al terreno de la ley fundamental. Prescindiré de la mayor ó menor sinceridad que mediaria en semejantes cargos, pues no ignoro que los partidos echan mano del primer objeto que se ofrece, con tal que puedan herir á sus adversarios; pero ciertamente que no usarian de tal argumento, si no conocieran que es arma que puede fácilmente lastimar. Hagamos la contraprueba: por acalorada que fuera una contienda parlamentaria, ¿se verificaria esto en Inglaterra, ni aun en Francia? seguramente que no: y ¿por qué? porque en Inglaterra la ley *fundamental cuenta siglos* de duracion; y en Francia, aunque no suceda así, no deja el gobierno representativo de estar bastante arraigado, y aun la carta, en la forma que actualmente tiene, data desde el año de 1830, es decir, que no es ni con mucho tan reciente con la española.

La prensa periódica, de acuerdo con la tribuna parlamentaria, están reclamando de continuo que se pongan en armonía con la constitucion las demas leyes, dando en cuanto cabe la misma direccion á la educacion é instruccion de los pueblos; y en esto, al paso que espresan una necesidad, si es que se quiere asegurar á la ley fundamental alguna consistencia, recuerdan empero un hecho bien doloroso, aunque evidente, y es, que se ha de emprender nada menos que la delicada obra de cambiar buena parte del sistema de legislacion, y de variar las ideas y costumbres de la nacion española. Un escritor profundo ha comparado la constitucion de un Estado á la complecsion del individuo, así como la administracion al régimen de vida; y bien claro es que si dable fuera cambiar de repente la complecsion de un individuo, como para ello hubiera sido necesario alterar la naturaleza, proporcion y curso de los humores, variando ó modificando la construccion de los órganos vitales, seria indispensable andar á los principios con mucho tiento en el régimen, para que la salud y hasta la vida del paciente no corrieran peligros muy inminentes.

No dudo que en esta parte convendrán conmigo todos los hombres de estado, y por viva que sea su fé en los principios y sistemas que sirvieron de base y norma para la formacion del código fundamental, por firme que sea su conviccion de que se hizo de ellos una aplicacion juiciosa y acertada, por mas esperanzas que alimenten de los beneficios que de la constitucion puede reportar la nacion espa-

ñola, no podrán menos de confesar que atendida la naturaleza y organizacion de los poderes por ella creados, y el estado de nuestras ideas y costumbres, podrian sobrevenir violentos choques, terribles tormentas, lamentables catástrofes, si por infaustas combinaciones acaeciere que la direccion de los negocios públicos quedase encomendada por algun tiempo á manos poco hábiles, ó á merced de la maligna inspiracion de intenciones siniestras.

Es cierto que en ninguno de los paises de Europa, aun de los mas acostumbrados á la libertad política, no se halla una constitucion tan popular como la nuestra. Este hecho lleva consigo la necesidad de que las leyes orgánicas estén llenas de prevision y cordura, y de que el régimen administrativo sea vigoroso y severo. Esta asercion la estrañarán aquellos que piensan que proporcionar y armonizar todos los ramos con la constitucion, es sinónimo de ensanchar; pero no lo juzgarán así los que saben, que cuando una constitucion pone en juego muchos agentes, que de suyo entrañan gran fuerza, es necesario que las leyes orgánicas y administrativas regulen y templen el movimiento, formándole como un carril para que no se desvie de la direccion conveniente, y no produzca sacudimientos y trastornos. Si esto pareciese estraño á algunos lectores, si no alcanzaren á concebir cómo una constitucion popular puede ecsigir un régimen severo, les preguntaré, ¿dónde se necesita mas vigilancia, mas inteligencia, mas buen órden, en los carruajes comunes, ó en los de vapor?

Ahora bien, supongamos que un gobierno desatentado se olvidase de estas verdades, y que teniendo cerca de sí unos cuerpos colegisladores formados á propósito, se nos dieran un dia leyes imprudentes sobre elecciones de senadores y diputados, sobre diputaciones provinciales y ayuntamientos, sobre milicia nacional, libertad de imprenta, derecho de asociacion, de peticion etc., etc., ¿qué podria suceder? Subirán al poder hombres de diferentes opiniones, se harán quizás nuevos ensayos; pero dejemos andar el tiempo, que en ciertos puntos capitales habrán al fin de ponerse de acuerdo todos los partidos, si quieren que el gobierno pueda gobernar.

No me gustaria á mí ahora el ver en nuestros gobernantes al frívolo hablador, que teniendo á la vista una nueva máquina de vistosa construccion, de complicados y poderosos resortes, y de muy vivo movimiento, se complace en ponderar la magnitud de las fuerzas motrices, la elegancia de las combinaciones, la variedad de los juegos, y la finura y primores en la elaboracion de los productos, esforzándose por arrancar los aplausos de espectadores superficiales, con ofrecer á su vista algunos ensayos brillantes y tal vez peli-

grosos; no, mas bien quisiera descubrir en ellos al práctico hábil y juicioso, que encargado de la direccion de los trabajos á que se destinan las funciones de la costosa máquina, se rodea de ausiliares inteligentes y reposados, da con gran tiento el primer impulso para asegurarse del punto en que debe graduarse á fin de que tengan los movimientos la conveniente regularidad, apartando cuidadosamente de todo el contorno al inocente niño, al jóven fogoso, al trabajador mal conceptuado, previniendo de esta manera que por ignorancia, precipitacion ó malicia, no suceda alguna desgracia que acarree perjuicios de considerable cuantía.

Todas las formas de gobierno necesitan cierto grado de elasticidad, á fin de que sin perder nada de su naturaleza, puedan acomodarse á la incesante variedad que transforma y altera todas las cosas humanas; lo que es sobrado rígido, si se ha de manejar mucho, lastima; y ademas, lo que no se puede doblegar corre riesgo de quebrantarse; pero sobre todo, las instituciones liberales son de suyo muy flecsibles, muy á propósito para que pueda echarse mano de ellas en los sentidos mas opuestos; por manera, que la misma institucion que es hoy un arma de partido, podrá ser mañana un escelente medio de gobierno, y la misma que podria servir de sólido andamio para construir toda clase de edificios, se la verá tal vez convertida en máquina de guerra para socavar hondos cimientos y derribar robustos muros. Y no es que yo desconozca la diferencia que va de unas á otras, ni se me oculte que algunas envuelven en sí propias grandes peligros, así como otras están como erizadas de precauciones saludables; pero no es raro que el curso de los sucesos venga á desmentir las previsiones del hombre, y que por mas que se esfuerce no pueda señorear las circunstancias, impidiendo que se falsee lastimosamente la institucion, y que se haga de ella un uso del todo contrario á su primitivo destino.

No olvidemos una verdad que está escrita á cada paso en toda la historia del humano linage. Lo que falta por lo comun al hombre y á la sociedad, no son buenas reglas, sino su aplicacion; no son buenas leyes, sino su cumplimiento; no son buenas instituciones, sino su genuina realizacion. La mano del hombre es terrible para estropear y falsear: dejadle que toque una cosa cualquiera, ó la quebranta ó la tuerce. Por esto cuando se trata de ecsaminar el mérito de una institucion, no tanto se la debe mirar en sí, como en las garantías que ofrece de no ser falseada: no son las mejores instituciones las que entrañan mas perfeccion, sino las que llevan mejor escudo. Los hombres que hayan estudiado la historia, comprenderán este pensamiento, y harán fácilmente numerosas aplica-

ciones; esta es una verdad luminosa que esclarece sobremanera el horizonte de la filosofia de la historia, y es una guia que puede servir de mucho en los intrincados senderos de la práctica.

Las nuevas instituciones políticas, se falsean mas ó menos en todas las revoluciones; pero la española en particular, ha ofrecido en este punto ejemplos tan sigulares, que bien puede asegurarse no hay otra que pueda disputarle la ventaja. Por no estenderme demasiado, me ceñiré á un solo ejemplo. ¿Qué puede haber de mas amplio en pro de las facultades populares, que la constitucion de 1812? ¿Qué código le lleva la delantera en asentar y aplicar doctrinas democráticas, en consignar derechos, en disposiciones á propósito para revolver las masas y llamarlas á tomar parte en materias de gobierno? Y sin embargo, está fuera de duda para todo hombre imparcial y entendido, que nunca fué menos consultada la voluntad del pueblo español, y nunca fué menor su influencia en los negocios públicos, que en las breves épocas en que ha estado en vigor aquel código. Que si alguno quisiere contradecirme en este punto, solo le diré que dé una ojeada á las sesiones de cortes, colecciones de decretos; en una palabra, á casi todos los documentos de la época, y que reflecsione un momento si hay allí algo que se parezca á las ideas y costumbres del pueblo español, tal como se hallaba entonces; y abandono con entera confianza la resolucion al juicio de mi adversario, si es que quiera mantenerse en el terreno de la buena fé.

Aquí no se trata de opiniones, sino de hechos; aquí no se ecsamina si el pueblo pensaba bien ó mal pensando así, sino únicamente si pensaba así.

¡Ay de la nacion en que esto se verifica, si no se acude muy pronto con eficaz remedio! La ley fundamental ofrece entonces todos sus inconvenientes sin contrapesarlos con ninguna ventaja; puesta en las inmorales manos de turbulentas facciones, se la ve cual Proteo, tomar todas las formas para acomodarse á lo que ecsigen intenciones siniestras; y víctimas los pueblos de las pasiones é intereses de una escasa porcion de ilusos ó de malvados, se cansan al fin de padecer y callar, se ecsasperan, claman, hasta que apurado el sufrimiento, apelan á la fuerza, se traba encarnizada lucha entre los gobernantes y gobernados, y se derraman copiosos torrentes de sangre y de lágrimas.

CAPITULO IV.

Apreciar hasta qué punto puedan amenazarnos los indicados peligros, investigar cuáles son los medios mas á propósito para precavernos de ellos, determinar con atinado acierto la oportunidad de aplicacion, no dejando pasar ocasiones que á esto se brinden, es tarea que seguramente en la actualidad debe traer ocupados á nuestros hombres de estado. Como quiera, siempre temo que medidas desatentadas no vengan á complicar nuestra enmarañada situacion, temor que se acrecienta mas cuando se repara en la tan increible como comun ignorancia de nuestras cosas, defecto de que con frecuencia han adolecido no pocos de los hombres, que á todo trance se han empeñado en dirigirnos.

Ha llegado á ser proverbial la espresion de que *España es el pais de las anomalías;* pero traducido el proverbio á lenguaje mas esacto, deberia decirse que España es una nacion muy poco conocida. ¿Somos acaso nosotros una absurda escepcion de aquel principio, de que los efectos son proporcionales con sus causas? Si los resultados desmienten con frecuencia las conjeturas y pronósticos que aventuran sobre nuestras cosas políticos aventajados, señal es que ellos se han colocado en un punto de vista falso; apelar luego á las palabras de *estrañeza*, *anomalía*, *escepcion bárbara*, y otras semejantes, podrá ser un plausible velo para la ignorancia presuntuosa y sonrojada; pero nunca dejará de ser un conjunto de palabras vacías de sentido.

El esplicar los fenómenos sin tomarse la pena de ecsaminarlos de cerca, es método que á la verdad espone á tremendos chascos; pero en cambio tiene el aliciente de ser el mas cómodo, mas amplio, menos sujeto á trabas y embarazos. Recogidos los datos en paises imaginarios, colocada la cuestion en un terreno ideal, campea á las mil maravillas el brillante talento de un escritor; á falta de sólidos cimientos se brindan para llenar el vacío las ingeniosas hipótesis, y levántanse sobre ellas magníficos y elegantes castillos: como el pintor no tiene que consultar otro tipo que el que se ha creado él propio allá en su mente, multiplica á su placer los puntos de vista, los varía, los engrandece y hermosea; traza cuadros, caracteriza las fisonomías, representa los trages, y manejando en todas materias el

pincel con inimitable maestría, estiende sobre el lienzo mil prodigios y primores.

Achaque es este del entendimiento humano, y achaque bien rebelde debe de ser cuando en todas las ciencias cuesta tanto trabajo desarraigarle. Mucho tiempo habia transcurrido desde que un filósofo juicioso y profundo habia advertido á los físicos que para hablar de la naturaleza era necesario observarla antes con detenimiento; pero los físicos continuaban escribiendo voluminosas obras, sin curarse de consultar la esperiencia. En esta parte se ha remediado mucho el daño, y los resultados han satisfecho el trabajo con usura; por lo que toca á otras ciencias, y entre ellas la política, empiézase tambien á sentir la necesidad de la observacion de los hechos; pero este método, como el mas trabajoso, es poco seguido; siendo cosa de ver cuál se maneja la política, de improviso, al acaso, á manera de recreacion y esparcimiento. Que si por fortuna la cuestion es española, entonces sale de madre la osadía y no conoce límites el desacuerdo; esta es tierra puesta á saco, todo es del primer ocupante, todo el mundo tiene amplia facultad de manosear, trastrocar, malbaratar, llevarse todo cuanto le viniere en gana, y aun favoreciendo como de paso á los dueños con algun epíteto mal sonante.

Treinta años de inquietud y de revueltas, tanta huella de sangre y tantos montones de ruinas, manifiestan bien á las claras que hay en España alguna gravísima causa de enfermedad: causa profundamente arraigada, ya que es tan duradera; causa poderosa y muy dañina, cuando se ha señalado con tan terribles estragos. No es menos evidente que los remedios hasta ahora empleados para combatirla, ó han sido mal escogidos ó al menos mal aplicados; puesto que no solo no ha desaparecido el mal, pero ni siquiera ha menguado en fuerza; antes al contrario, ha ido tomando siempre creces, presentando en cada época de su nuevo desarrollo, síntomas mas alarmantes y destrozos mas terribles. O se ha de cortar el mal en su raiz, ó la nacion perecerá; ninguna sociedad puede subsistir en un estado de continuos vaivenes y trastornos; por la propia razon que muere el individuo mas robusto, si se prolongan por mucho tiempo la convulsion y el delirio.

Creese por lo comun que se ha dicho alguna cosa de provecho, cuando se ha observado que luchan tiempo ha en España los dos principios que tienen dividida la Europa: esto es una verdad, pero verdad estéril; porque en política, como en todo lo demas que ha de llegar á la práctica, no basta un hecho general, sino que son menester hechos precisos, determinados, con sus calidades y circunstan-

cias peculiares y características; de otra manera tendránse quizá fecundos temas para espaciarse en vagos discursos, no datos para resolver un problema.

Un estado tan complicado y espinoso como el actual de España, es siempre efecto de muchas causas de distintos órdenes, contribuyendo á que unas pongan mas ó menos de lo suyo que las otras, mil y mil circunstancias diferentes, y á veces imperceptibles; por lo cual seria inútil empeño el de asignar un hecho único, del cual dimanen todos los males. Pero no es imposible por lo comun el señalar una causa que descuella sobre las demas, que forma como el centro del sistema, que estiende á todas las otras su influencia, comunicándoles en cuanto cabe su índole y carácter. Una larga y rebelde enfermedad rara vez debe su orígen y duracion á una sola causa; pero hay siempre una que reclama con preferencia la atencion y los cuidados del facultativo.

En España hay revoluciones, hay revueltas, hay guerras civiles parecidas á las que ha habido en otros paises; en España se invocan los mismos nombres que se han invocado en otras partes; pero ¿cuál es la causa de que con tales semejanzas coincidan tan capitales diferencias en los resultados, burlando las previsiones que se fundan en las analogías? Para apreciar en su justo valor un fenómeno político, es necesario asistir, por decirlo así, á su nacimiento, indagar las causas que le han engendrado, seguirle luego en su desarrollo, observando cuáles son los elementos que le nutren y avivan, cuáles le enflaquecen y amortiguan; y de este modo ya no será tan difícil medir su estension en la actualidad, determinar su forma é indicar su tendencia. Así, y solo así, se llegará á formar de él una idea cabal y esacta, una idea á propósito para suministrar reglas fijas, precisas, aplicables desde luego para prevenir nuevos males, atajar el progreso de los presentes, enmendar yerros y enderezar la torcida conducta. A tan importante objeto voy á dedicar algunos capítulos, no con vagas generalidades, sino con un severo ecsámen de los hechos.

CAPITULO V.

Por causas que no es ahora oportuno ecsaminar, ni siquiera indicar, y en cuyo número y calificacion andarian, como es natural,

muy discordes las opiniones, encontróse España por largo espacio á contar desde el primer tercio del siglo XVI, en una posicion escepcional, que la mantenia como separada de casi todo el resto de Europa. Innovaciones religiosas con su correspondiente acompañamiento de porfiadas y sangrientas guerras civiles, cambios y trastornos políticos, acaloradas controversias sobre las materias mas altas y delicadas, trascendentales revoluciones en las ideas filosóficas; he aquí el cuadro que ofrecian las naciones europeas: entre tanto la España permanecia en sosiego y tranquila, sin que el tener á sus inmediaciones tanta agitacion, tanta efervescencia, tantas convulsiones y sacudimientos, alcanzase ni aun á estremecerla.

Estinguida con la muerte de Cárlos II la dinastía austriaca, y escogidos los campos españoles como arena donde habian de luchar las rivalidades é intereses de las potencias europeas, hallóse empeñado el pais en una guerra de sucesion larga y encarnizada; é inundado de ejércitos de tan estrañas naciones, puesto en íntima y perenne comunicacion con la Francia, que entonces como ahora podia llamarse el corazon de Europa, conducido por el resultado de los sucesos á participar mucho de su influencia, y afectado de aquel calor y agitacion, que mas ó menos son siempre el dejo de prolongados sacudimientos, era imposible que no esperimentase ya por de pronto considerable mudanza, gérmen y preludio de un nuevo porvenir. Así aconteció en efecto, bastando para palpar el cambio comparar el reinado de Cárlos II con los de Felipe V y de Fernando VI.

Verdad es que solo se perciben á primera vista algunas reformas administrativas, y el comienzo de una nueva era literaria; pero ¿quién ignora las delicadas é íntimas relaciones con que en la sociedad se enlazan todos los ramos, aun los mas distantes y diferentes? Cabalmente á la sazon tomaba en Europa la ciencia humana un carácter peligroso; porque estraviada de su objeto y olvidada de su orígen, se habia apartado de su nativa direccion, y pretendia arrogarse facultades ilegítimas. Rica con la pingüe herencia que le habian transmitido los siglos anteriores, ufana con sus adquisiciones recientes, engreida con la consideracion y los aplausos que se le prodigaban en todas partes, escudada con la proteccion que le grangeaba su mérito, reclamando la gratitud de la sociedad por los beneficios que le dispensaba, é inspirando afecto y confianza con su aspecto de candor, sus modales pacíficos y sus palabras de beneficencia; deslumbrándose á sí propia con los brillantes atavíos elaborados por sus manos, y con que sabia presentarse tan vistosamente engalanada; sufrió lo que sufre la debilidad cuando con vi-

vo sacudimiento se la eleva á ecsagerada altura, se desvaneció: y tomando entonces el desvanecimiento del orgullo por el fuego de inspiracion creatriz, confundiendo el destemplado latido de un corazon fogoso, con el sentimiento de la robustez y verdadera fuerza, lanzaba en torno de sí una desdeñosa mirada, y concebia el mas osado y el mas insensato de los proyectos: era nada menos que derribar cuanto llevaba el sello del tiempo, y alzar sobre sus ruinas monumentos improvisados por el pensamiento del hombre. A proporcion que se iban reuniendo medios de ataque y se trabajaba en debilitar los que los adversarios podian emplear en su defensa, aumentábase mas y mas la osadía en manifestar el proyecto, por manera que muy anteriormente á su ejecucion, estaba ya cubierto apenas con velo muy transparente.

Pero por mas que así se verificase en una nacion vecina, no podia suceder lo mismo en España, donde las circunstancias eran muy diferentes. Las instituciones ya fuertes de suyo, y robustecidas ademas con el tiempo; los hábitos arraigados profundamente; el grado de estraordinaria consistencia y firmeza que habian adquirido las ideas, natural efecto de haber permanecido por largo tiempo en un estado invariable: todas estas causas trabadas por naturaleza entre sí, y favorecidas ademas por el carácter nacional, amigo de lo grave y severo, formaban un muro de bronce que apenas alcanzaran á estremecer los recios golpes que combatian sus cimientos.

Al contemplar el trono de Cárlos III rodeado de poder y magestad, ornado é iluminado con el esplendoroso círculo que en su torno formaban las letras y las ciencias, que celebraban sus recientes adelantos con el alborozo propio de la mocedad, vense ya serpear en las gradas del sólio algunas centellas, activas, vivísimas, que en sus formas, movimientos y colores, manifestaban los elementos que le servian de pábulo; y á buen seguro que el cándido monarca las tomaria por uno de tantos deslumbradores reflejos, lanzados por el oro y pedrería de su rica diadema.

A la propia sazon se verificaban en varios puntos de Europa acontecimientos singulares: y al observar la tendencia y medidas de varios gobiernos, pudiera decirse que influia en sus deliberaciones una inspiracion en cuyo carácter no habian ellos reparado bastante. Ahora que aquella época se va ya alejando de nosotros, que han descendido al sepulcro los personages que en ella figuraron, y que el sucesivo desarrollo de tantos y tan colosales acontecimientos ha puesto en claro la naturaleza de las causas, mostrando el carácter, las afinidades y las tendencias de las doctrinas, y presentando en toda su estension el resultado de algunos actos, es ciertamente

curioso, y no escaso de provecho, el volver los ojos hácia aquellos tiempos, y encontrarse á cada paso con datos preciosos y documentos interesantes.

Construíase entonces una gran máquina de guerra, reuníanse abundantes preparativos para el gigantesco ataque con que se trataba de embestir todas las instituciones que llevasen el sello de los siglos; estos trabajos, que naturalmente debian llevar consigo tan variadas combinaciones, tantos esfuerzos y movimientos, despliegan á los ojos del atento observador una escena grandiosa, interesante, y que hasta de vez en cuando haria asomar en los labios una ligera sonrisa, si en tratándose de herir los grandes intereses de la sociedad, la misma gravedad de la materia no inspirase severo sobrecejo. Intenciones inocentes ayudando miras perversas; espresiones sencillas é incautas viniendo en apoyo de palabras preñadas de maligno sentido, y la sesga mirada, la media palabra de insidiosos directores, confundiéndose con el aire distraido del operario que atiende apenas al objeto que lleva en sus manos; tales son los contrastes que ofrece aquel cuadro. Los dos poderes, blanco principal del ataque, inspeccionan tambien las obras; y cuando uno de ellos indica el peligro, aconseja la precaucion y sugiere los preservativos y remedios, es cosa de ver la astucia profunda con que se procura atajar el eco de su voz, é impedir que se le escuche, para que sus saludables avisos no entorpezcan el curso de los trabajos, y no espongan á contingencias el resultado de la empresa.

Divide y reinarás, repetia secretamente, pero sin cesar, el genio del mal que dirigia esta obra; y siguiendo puntualmente su consejo, se despertaban sagazmente antiguas rivalidades, se avivaba la suspicacia, se abultaban y creaban peligros, se nutrian y enconaban con prolongadas disputas los resentimientos y rencores: lográndose de esta manera enflaquecer á los adversarios con disenciones vivas, y ofreciendo una distraccion ruidosa y deslumbradora que no dejaba percibir, como era menester, la gravedad é inminencia del riesgo. Entre tanto, íbanse amontonando los combustibles para el incendio y esplosion que debia ser la seña y el principio de la ejecucion del proyecto; y el espíritu del siglo, encaminado por manos hábiles y mal intencionadas, soplaba sobre el peligroso monton con su aliento abrasador y robusto.

Reventó por fin la revolucion francesa, ese acontecimiento único en los fastos de la historia, verdadero mónstruo por su magnitud, por sus formas, por su carácter y resultados; y á impulsos de tan recio sacudimiento, temblaron á la vez todos los tronos é instituciones antiguas, como en la erupcion de un volcán se estremece la

tierra á largo trecho y bambolean los mas sólidos edificios. Verificado tamaño suceso, era ya imposible que la Europa permaneciese en el mismo estado que antes; debia precisamente cambiar de faz en muchos sentidos; y por tanto era menester que los gobiernos pensasen muy seriamente sobre el partido que debian tomar, para dirigir con acierto los pueblos en el nuevo rumbo por donde iban á encaminarse.

No bastaba una confederacion para ahogar en su orígen el incendio: el écsito era aventurado; y teniéndose ademas que luchar con ideas, sabido es que no es dable vencerlas con la sola fuerza de las armas. Un triunfo momentáneo podrá lisonjear con esperanzas halagüeñas; pero tarde ó temprano vendrá á disiparlas el tiempo cargado de amargos desengaños y escarmientos dolorosos.

Era mas considerable la mudanza de posicion, y por tanto mas grave el peligro de trastornos y calamidades, en una sociedad que se hubiera hallado durante tres siglos fuera del círculo de movimiento que llevaba revueltas, ó cuando menos inquietas y agitadas, á las otras naciones: en tal caso el gobierno que se hallase al frente de ella, necesitaba reunir en sumo grado la prevision y la altura de las miras, combinándolo todo atinadamente con un gran caudal de prudencia y firmeza. No es necesario recordar si á la sazon era tanta nuestra dicha: y desgraciadamente ni el trono conservaba aquel puro esplendor, aquella elevacion magestuosa que le grangea la veneracion y acatamiento de los pueblos.

CAPITULO VI.

El atronador y espantoso ruido de los gritos de un pueblo en delirio; el estrépito del choque de sus armas contra las armas de la Europa entera; la palabra de fuego de tantos tribunos, que encomendada al papel circulaba rápidamente en todas direcciones; el presenciar, aun cuando fuera al través del polvo y humareda del combate, la escena que á la sazon presentaba la Francia; eran causas sobrado activas y poderosas para que no fecundaran la semilla de innovaciones sembrada ya de antemano en nuestro pais. Era

mucha la trabazon de las antiguas ideas é instituciones; era grande la firmeza que habian adquirido con el transcurso del tiempo; pero ¿cómo podian resistir á una conflagracion tan espantosa, capaz de derretir los mas duros metales? Muy difícil era que ya por de pronto no sufriese considerable menoscabo el antiguo apego á la estabilidad, y que no sintiesen muchas cabezas una fermentacion á propósito para concebir nuevos y atrevidos proyectos.

Sentada la revolucion francesa sobre un horrible tablado bañado de sangre y rodeada de montones de víctimas palpitantes, inspiraba espanto y horror al verla levantar con nervudo y ensangrentado brazo aquel hacha descomunal que en pocos momentos habia hecho astillas todas las puertas y vallas, y arrojado al suelo augustas cabezas; y este espectáculo, tan á propósito para enagenarle la voluntad hasta de sus mas celosos partidarios, causaba en el ánimo de los pueblos una reaccion saludable. Pero habia en cambio que antes de entregarse á tan inauditos escesos, se habia presentado como un tribunal fundado por la filosofia, y creado con el fin de abrir una residencia general de todas las creencias y poderes; ejecutando puntualmente las astutas inspiraciones de su maligna madre la filosofia del siglo XVIII, se habia erigido como en protector *nato* de todo cuanto tuviese inclinacion á sacudir el yugo de la autoridad religiosa ó política, y dispertaba por consiguiente vivas simpatías en cuantos abrigasen miras análogas, ó siquiera ideas, que por secretas afinidades, se dirigiesen con mas ó menos determinacion y viveza hácia el mismo polo.

Bien claro es que semejante influencia debia sentirse tambien en España; mas á pesar de todo eso, tal era el estado de las ideas y costumbres de la nacion, que no solo no se habia estendido á las masas el espíritu de novedad, pero ni en ninguna clase habia alcanzado siquiera á formar un partido, que por sí solo pudiera ser temible. Si hubiera sido dable prevenir un sacudimiento tan estraordinario como el de 1808 (1), probablemente se habria aplazado para época mas distante todo género de capitales innovaciones.

Mas ó menos tarde, hubiera cambiado la nacion de rumbo, porque así lo hacia necesario la situacion de Europa: pero sin entrar ahora en conjeturas sobre lo que entonces habria sucedido, es tanto lo que ha padecido esta nacion desgraciada, que puede muy bien asegurarse, que peor suerte de la que nos ha cabido, difícilmente podiamos sufrirla.

Oyóse entre tanto el grito de alarma, y el pueblo español, solo,

(1) La guerra de la independencia contra Napoleon.—(*Nota del editor.*)

sin rey, sin gobierno, sin caudillos, se levantó como un atleta y se arrojó con brioso denuedo sobre las numerosas y aguerridas legiones que inundaban ya sus campos, y ocupaban sus principales ciudades y fortalezas: y este pueblo, era el mismo pueblo á quien apellidaran flaco, aletargado y envilecido; y aquellas eran las legiones del hombre á quien servian de rodillas los entusiastas de la igualdad, y á cuya mirada temblaban medrosamente los altos potentados de Europa. ¡Pueblo grande y generoso tan ilustre como infortunado! tanto valor y heroismo debian sacarte airoso de la demanda, y quebrantar las cadenas que aherrojaban la Europa; pero debian ser para tí el comienzo de una larga cadena de desastres; así queria permitirlo la Providencia, é iban á acometer la empresa de labrar tu desgracia, el ciego orgullo y miras mezquinas y villanas.

Un suceso de tal naturaleza y tamaño, nunca pasa sin graves resultados para el pais en que se verifica: lo terrible del peligro, la sorpresa, la repentina desaparicion del rey y de todo gobierno, la consiguiente relajacion de los lazos sociales, el desórden y la confusion que de suyo ya llevaban tales circunstancias, los medios que debian de emplearse por los agentes del invasor, procurando la disolucion para facilitar la conquista; claro es que tantas causas reunidas creaban una escelente oportunidad para que fermentase todo linage de ideas y campeasen á su talante variedad de proyectos.

Muy natural era tambien que todos los elementos que tenian mas ó menos antipatía con los dominantes á la sazon en el pais, salieran de aquel estado de invisibilidad é ineficacia en que los mantenia su separacion y aislamiento; y que obedeciendo á las leyes de sus afinidades, se buscasen, se pusiesen en contacto, y como heterogéneos *con respecto á la masa de la nacion*, se segregasen de ella, desprendiéndose en porcion separada donde pudieran manifestar su cantidad y naturaleza. Reflecsionando sobre esta crisis de nuestra historia, y sobre los efectos que produjo en España la entrada del ejército francés y la sacudida del alzamiento, he pensado varias veces en lo que sucede cuando un líquido contiene en disolucion un considerable número de moléculas que pertenecen á otras materias: en cesando la causa que las mantenia separadas, se buscan, se aprocsiman, se reunen y se depositan en el fondo del vaso: y observan los químicos que la cristalizacion se decide con un movimiento brusco ó la presencia de un cuerpo estraño.

Trazar ni siquiera en bosquejo los sucesos que luego se verificaron, no lo consienten los límites de este escrito, ni lo necesita tampoco el objeto: los recuerdos son bien recientes, los documentos auténticos, y á buen seguro que los efectos son palpables. Bastará

decir que se abrió en la prensa una cátedra de la escuela apellidada del siglo XVIII; que en la tribuna resonó un mezquino eco de los oradores de la asamblea constituyente; y para que nada faltase en la semejanza para acabar de envenenarlo todo, salieron tambien á campaña los discípulos de Port-Royal: por manera que las palabras fueron un remedo, los medios y procedimientos una imitacion, y las instituciones una copia. Yo refiero lo que hallo escrito; ahí está la historia que sale en mi abono, con sus colecciones de periódicos, de sesiones de cortes, de leyes, de decretos, de proyectos, y sobre todo, ahí está el sepulcro de la famosa constitucion de 1812: observad su fisonomía y allí encontrareis en bien señalados rasgos cuál era su orígen, cuál su genio; ó si os place mas, dad una mirada á los trofeos que rodean su tumba: ellos os recordarán sus hazañas.

En una nacion que en sus ideas, costumbres y usos, era entonces, y no podia menos de serlo, altamente monárquica, erigir en ley fundamental una constitucion esencialmente democrática; en una nacion altamente religiosa, prodigar abiertamente á la religon la sátira, el escarnio; en una nacion tan grave y severa, sustituir á la sesuda gravedad de los consejos castellanos la precipitacion y el mas desatentado desacuerdo; y todo esto de repente, sin mediar ninguna gradacion que pudiera influir en las ideas y costumbres; ¿qué debia suceder? ¡Ah! Lo que sucede siempre que se encaran de improviso dos enemigos irreconciliables: debia empezar la lucha, y encarnizada, y duradera, resultando de aquí el sumirse la nacion en un piélago de revueltas, de sangre y de lágrimas. Tan singular concurso de circunstancias no se verificó en Francia ni en las revoluciones de otros paises; y he aquí el orígen de tantas anomalías como se notan en nuestras prolongadas convulsiones; he aquí por qué es muy impertinente el traer á comparacion la revolucion de Francia, cuando se trate de esplicar lo que ha sucedido y está sucediendo entre nosotros. En Francia tenia la revolucion el mismo espíritu, iguales tendencias; pero el elemento donde obraban era muy diferente. En Francia habia tambien monarquía absoluta y religion católica; pero sobre la Francia habian pasado ya las guerras civiles de los hugonotes; la Francia habia visto ya la libertad de culto mas ó menos establecida, habia oido las ruidosas controversias sobre puntos capitales de dogma, habia presenciado las escandalosas desavenencias del altivo Luis XIV con el Papa, habia recibido las inspiraciones de la escuela de Port-Royal, habia visto la época de la regencia, y finalmente, habia sentido por largo tiempo el influjo de la escuela de Voltaire, como una de aquellas constela-

ciones malignas que vienen á desenvolver los dañinos elementos de una atmósfera preñada de enfermedades y tormentas. ¿Qué tiene que ver semejante situacion con la de España? No niego que la revolucion francesa sea un gran libro donde haya mucho que aprender para los reyes y los pueblos; pero cuenta con fiar demasiado en semejanzas, que si bien suelen servir mucho á la poesía y á la declamacion, por lo comun son débiles para cimientos de ciencia, y el confiar sobrado en ellas es arriesgado en la práctica.

Esta es la diferencia capital entre nuestra revolucion y la francesa: la Francia estaba preparada, la España no. La revolucion francesa era hija en gran parte de una escuela que por antonomasia se ha llamado francesa, y ya se ve que este solo nombre indica bastante que sus doctrinas no eran nuevas para la Francia. La revolucion española fué hija de la misma escuela; escuela que lejos de hallarse aclimatada en nuestro suelo, lo tenia todo contra sí; y solo pudo penetrar entre nosotros y hacer aplicaciones de sus sistemas, en medio de la confusion y trastorno que consigo trajo la guerra de la independencia, en medio de la distraccion en que se hallaban los pueblos: lo diré en una palabra, aquello fué una *verdadera sorpresa*.

CAPITULO VII.

Coloquémonos en este punto de vista, único verdadero, y entonces podremos fácilmente esplicar las anomalías que ha presentado nuestra revolucion: anomalías que han causado tanta novedad porque se ha olvidado que no se trataba simplemente de una revolucion, sino una revolucion en España.

Si se considera cual merece este hecho, no será difícil esplicar por qué en el año 14 desapareció como de un soplo la constitucion; por qué habiendo revivido algun tiempo despues, bastó que se columbrase en la cima del Pirineo una bandera para que corriese á encerrarse en los muros de la ciudad que la habia visto nacer; se esplicará tambien cómo pereció luego completamente á la sola vista de un ejército bisoño que maniobraba en parada; ni se estrañará tampoco que se malograsen todas las tentativas hechas despues pa-

ra restablecerla: eran teas arrojadas en una atmósfera que no las alimentaba, desfallecian al entrar en ella y se apagaban.

De la propia causa ha dimanado una singularidad muy notable, y que ha distinguido de un modo muy particular la revolucion de España de la de Francia. En Francia, vimos la revolucion primero sojuzgada por su protector y vencida despues por los ejércitos de Europa; pero si bien se mira, la revolucion no ha desaparecido jamas completamente: testigos los sucesos últimos, pues que ha sobrevivido en algunas instituciones que eran sus hijas, y en el respeto que se ha profesado á todos los hechos que habia consumado. En España las épocas de constitucion han pasado como un meteoro: se han oido truenos, se han visto relámpagos, se han presenciado catástrofes; pero la constitucion ha desaparecido en breve, el órden de cosas antiguo se ha restablecido completamente, se han allanado los sulcos y las escavaciones, se ha derribado cuanto se edificara de nuevo, y en cuanto cabe en la naturaleza de las cosas, todo ha quedado como si no hubiese ocurrido novedad alguna.

Y notaré de paso que teniendo presentes las anteriores observaciones, no es difícil esplicar lo que á algunos causa tanta estrañeza, y es que en España no se respetan los hechos. "Mirad las otras naciones, dicen, allí en siendo consumado un hecho, se le respeta, entre nosotros no; y esta es la causa de que andaremos sin cesar girando por un círculo de reacciones." Observacion que parece esacta á primera vista y que encierra, no obstante, un error muy grave. Abrid la historia, consultad la espériencia, y vereis que en todos los grandes cambios políticos, los hechos consumados por el adversario son respetedos, si pueden hacerse respetar; es decir, si están sostenidos ó por una opinion muy general, ó por intereses que no sea posible atacar de frente. Esto no se ha verificado en España, y he aquí el orígen de la diferencia. ¿Quereis mas? Figuraos que por una causa cualquiera se consumara en Inglaterra, en Francia, en Alemania, un hecho contrario á la opinion dominante ó á los intereses mas prepotentes: ¿se respetaria? No: vosotros mismos diriais al verlo: esto es violento, no puede durar, caerá.

A buen seguro que mas provechoso hubiera sido reflecsionar sobre las lecciones que de sí arrojaba la célebre década, que no abandonarse á vanas declamaciones espaciándose en pomposos discursos en que se tronaba contra la opresion y tiranía. Cuando se pinta á una nacion como la española, gimiendo por espacio de diez años bajo la planta del despotismo y forcejando por recobrar su libertad, seria necesario no olvidar que es esta aquella misma nacion que humilló el orgullo del vencedor de Europa, y que si tan de ma-

la gana hubiera sufrido el gobierno de Fernando, es bien cierto que no hubieran bastado á contenerla las escasas fuerzas militares de que podia disponer el gabinete de Madrid. *Sí, y es muy importante* decirlo con toda claridad: un gobierno no puede subsistir por espacio de diez años en pacífica posesion del mando, si este es tan contrario como se ha querido suponer, á la voluntad de la mayoría de la nacion. Dígase lo que se quiera, este es el resultado de los hechos, lo demas son palabras.

Cabalmente en la época de 1820 á 1823, el gobierno representativo, tal como se hallaba en España, tenia en contra de sí hasta cierto punto el mismo espíritu del siglo; circunstancia que acrecentando su debilidad y aislamiento, debia aumentar su violencia, sus delirios y oscilaciones, contribuir á su mas pronta ruina, y diferir su restablecimiento, una vez se le hubiera derrocado. Los escesos de la revolucion francesa y las dilatadas guerras que de ella resultaron, habian ofrecido lecciones de saludable escarmiento: la Francia empezaba á entender lo que significaban ciertas palabras; los gobiernos habian conocido la necesidad de abroquelarse contra nuevas tentativas; y ademas se desplegaba en todas partes un gran movimiento industrial y mercantil, que disipaba en las cabezas esa manía de renovar en los tiempos modernos las turbulencias de las antiguas repúblicas. La ciencia conocia tambien sus yerros, y empezaba á confesarlos paladinamente: echaba ya de ver que asentar la sociedad sobre las ruinas de toda religion y de toda moral, era un imposible: y que el crear las asambleas de los representantes de los pueblos en tal forma que estuvieran en lucha continua con el gobierno, era zapar el edificio social en su misma basa, era inocular en las venas de las naciones un elemento de eterna inquietud, de malestar y de muerte. Por eso iba perdiendo terreno la escuela de Voltaire, se iban desacreditando rápidamente las constituciones de un solo cuerpo legislativo, se confesaba la necesidad de robustecer el poder real; no se confiaba ya tanto en la sabiduría de las asambleas, y se conocia cuán funesto habia de ser á la tranquilidad de las naciones presentarles á la cima del edificio social un rey maniatado, y rodeado continuamente de suspicaces y descomedidos celadores.

Pero por descaminadas que hubiesen andado en España las ideas liberales, y por mas fuerte oposicion que hubieran encontrado en el pais sus ensayos, no habia dejado de formarse un núcleo mas ó menos homogéneo, en cuyo torno se apiñaban insensiblemente todas las ideas y simpatías que no estaban conformes con las miras y marcha del gobierno. Desde la revolucion francesa las ideas ha-

bian sufrido en Europa muchas modificaciones en buen sentido; pero á cualquiera que tenga algun conocimiento de la historia política y literaria de aquella época, se le alcanzará fácilmente que ni aun el sistema de los gobiernos absolutos estaba en armonía con el sistema del gobierno español, y que la direccion que se daba á las ideas en España era muy diferente del curso general que tenian en el resto de Europa. La lectura de los periódicos estrangeros, la de tantas obras cuya circulacion mas ó menos clandestina era imposible evitar; los recuerdos, los resentimientos, el menoscabo de intereses, eran causas sobrado poderosas para que no mantuvieran una fermentacion secreta que tenia al gobierno en cuidado y zozobra.

No quiero decir que fuera fácil ni casi posible una revolucion que estallase repentinamente, porque el gobierno tenia muchos medios para impedirlo, y como escarmentado, andaba suspicaz y receloso; pero sí que una vez provocado un movimiento grave en un sentido cualquiera, no habia de ser obra fácil el atajar su progreso. Verificada en Francia la revolucion de 1830, se complicaba mucho la situacion; porque aun cuando presentase un carácter muy diferente de la de 1789, y no abrigase proyectos de propaganda, separaba no obstante á la Francia de la Santa Alianza; y las revoluciones de otros paises, ya que no pudieran prometerse de ella ejércitos ausiliares, tampoco tenian que temerlos enemigos. Esta sola circunstancia era de mucho peso; porque se ha podido conocer por esperiencia, que las revoluciones por mas enemigo que les sea el pais en que estallan, por mas débiles que sean para establecerse completamente, son sin embargo bastante fuertes para que no alcance fácilmente á derribarlas el solo ímpetu de las sublevaciones contrarevolucionarias.

Seguia en el mando el partido realista; pero su lenguaje y procederes indicaban bien á las claras los peligros de que se veia amenazado; pudiendo decirse que los partidos estaban como dos ejércitos, prontos á acometerse á la primera señal de combate.

El nacimiento de la princesa de Asturias vino á cambiar la faz de los negocios; y escluido del trono el príncipe en cuyas ideas y sentimientos tenian depositadas muchos realistas sus mayores esperanzas, hallábase una gran parte de estos separada del trono; y era bien fácil prever, que si el príncipe escluido tratase de sostener sus prentensiones con las armas en la mano, se aprestarian gustosos á combatir en su defensa: ellos serian el escudo y apoyo de las pretensiones dinásticas, y estas á su vez les servirian de título y bandera.

Así con la guerra de sucesion se complicó la de principios; así convirtió cada rama en representante de un principio, y esto fué por

un encadenamiento de hechos tan estraordinario, y al mismo tiempo tan natural, que para producirle ni evitarle apenas podian servir de nada las previsiones del hombre. Cuando han pasado los sucesos, cuando se ha visto su desarrollo y enlace, entonces es fácil decir lo que se habria podido hacer para prevenir estos ó aquellos males, y proporcionar estos ó aquellos bienes; pero ¿quién penetra el porvenir cuando está cubierto con velo tupido, cuando los sucesos están como arrollados en los hondos arcanos de la Providencia? Que la muerte de una reina, el casamiento de un rey, el nacimiento de una princesa, la enfermedad del monarca, la apariencia de su muerte, la prolongacion de su ecsistencia por un año mas, todo, absolutamente todo, hubiese de combinarse del modo mas á propósito para que por necesidad se ligase la cuestion de principios á la cuestian de personas, ¿quién podia columbrarlo? ¿Y qué consecuencias? ¿quién es capaz de medirlas? Cuando se han verificado tan colosales acontecimientos, cuando se divisan tantos otros en el confin del horizonte, ¿qué hombre pensador al fijar su vista en la régia carroza, puede contemplar sin asombro aquel augusto grupo, donde hay una muger (1) que recuerda una historia, donde hay una niña (2) que encierra un porvenir?

Complicadas de esta manera las cuestiones, creábase con la muerte del rey una situacion tan grave, tan difícil, que para salir airoso el hombre que dirigiera los negocios públicos, no podian bastar los mas grandes talentos. No hacia poco salvando por de pronto la causa que tenia encomendada, y orillando la dificultad ya que no fuera posible resolverla. Bien se penetró de lo crítico de la posicion el hábil ministro que á la sazon estaba al frente de los negocios, y conociendo que en semejantes momentos conviene sobremanera ganar tiempo por poco que sea, publicó su célebre manifiesto, que puede mirarse como uno de los mayores obstáculos que impidieron el triunfo de D. Cárlos.

Al Sr. Cea no podia ocultarse que el trono de Isabel estaba sobre el cráter de un volcan, cuya erupcion á duras penas podia contenerse; y así es que aun cuando es muy probable que él no creia posible por mucho tiempo el cumplimiento esacto y puntual del contenido del manifiesto, vió no obstante que era de la mayor importancia el separar en cuanto cabia la causa de D. Cárlos de los intereses que tan gratos y preciosos eran para la mayor parte de los es-

---

(1) Doña Maria Cristina de Borbon, noble reina, de quien mas adelante tendremos ocasion de hablar mas estensamente.

(2) Doña Isabel II, actual reina de España, é hija de Cristina y Fernando VII.—(*Nota del editor.*)

pañoles. Vió que convenia altamente dejarlos al menos en incierta espectativa: entre tanto íbase prestando homenage al trono de la reina, los ánimos se dividian sobre la mayor ó menor probabilidad de los peligros del porvenir, ganábase tiempo, creábanse compromisos, empeñábanse palabras, y al cabo de poco ya el hermano de Fernando debia presentarse de hecho, no como rival que lucha con otro rival para ocupar un trono que la muerte del monarca habia dejado vacante, sino como un pretendiente que tiene ya en contra de sí un gobierno establecido y reconocido en todo el ámbito de un reino.

Sintióse el efecto de la medida de Cea en todas partes, conteniéndose enteramente la esplosion en unas, debilitándose en otras, y no presentando aquel carácter de universalidad que tanto realce le hubiera dado á los ojos de las otras naciones. A pesar de la poca seguridad que ofrecian semejantes garantías, fueron bastantes sin embargo para minorar en mucho el movimiento que se hubiera pronunciado en todas las provincias; ¿y quién ignora los poderosos elementos de que para el efecto podia disponerse?

El célebre manifiesto del 3 de Octubre, ha sido para los adversarios de Cea un tema de agrias reconvenciones; pero los que asi han hablado tendrian seguramente muy poco conocida la nacion española. Si á la muerte del rey hubiese manifestado el gobierno la menor tendencia á instituciones liberales, si hubiera cometido el error de iniciar la efervescencia del momento con algun acto en que el trono se hubiese comprometido á concesiones alarmantes, la esplosion, ya de sí muy fuerte, hubierá sido mucho mas terrible, como mas estensa, vigorosa y repentina; y si como no es creible, una mano poderosa no hubiera volado á sofocarla, tal vez el trono de Isabel se habria hundido para siempre.

Pues qué, se me dirá, ¿era este un buen medio para prevenir la guerra civil? no: ¿creyó el ministro que fuese bastante su medida? seguramente que no; pero no ignoraba que en crisis semejantes todo lo que es capaz de disminuir la violencia de la esplosion, todo lo que pueda amainar el furor de las pasiones, todo lo que pueda causar alguna ilusion aun momentánea, todo debe aprovecharse con cuidado; pues de esta manera, aun cuando no se consiga desarmar al adversario, siempre se esparce la division, ó al menos la indecision en sus filas; ventajas que en momentos tan preciosos y fugaces, obtienen el lugar de repetidas victorias. ¿Quién sabe lo que hubiera sucedido si con un manifiesto imprudente se hubiese corrido el velo, y se hubieran presentado en perspectiva las negras y preñadas nubes de que estaba cargado el horizonte político? ¿si los temo-

res y zozobras de que estaban poseidos tantos ánimos se hubieran podido justificar con un acto auténtico, con la gaceta en la mano? Los hombres que tanto han declamado contra el manifiesto, tal vez hubieran tributado sus elogios al ministro, pero quizás habrian tenido que hacerlo desde los muros de Cádiz ó Barcelona.

Bien recientes están los hechos, y ellos dicen de una manera elocuente cuáles fueron las principales causas de que se encendiese mas y mas la guerra civil. ¿Quereis saber en qué estado se halla esta guerra, hasta qué punto están enardecidas ó adormecidas las pasiones, los pasos de adelanto ó de retroceso que da la causa de D. Cárlos, y la mayor ó menor probabilidad de su triunfo? Para apreciar todo eso en su justo valor, teneis á la mano un escelente barómetro, manejable por una regla muy sencilla: siempre la mejora de la causa de D. Cárlos, está en razon directa de la ecsageracion de ideas y violencia de medidas del gobierno de Madrid.

CAPITULO VIII.

La rápida ojeada que acabamós de echar sobre nuestra historia, deberia bastar para convencerse de cuán profundas raices tenia en el pais el principio que alimentaba la guerra á favor de D. Cárlos; pero si esto no fuera suficiente, bastará notar un hecho que se ha verificado constantemente en todos los puntos de la península donde ha llegado á trabarse la lucha. Los partidarios de D. Cárlos han podido siempre maniobrar con todo desembarazo, escogiendo para el efecto aquella unidad militar que mas bien les ha parecido. Una division, un batallon, una compañía, un individuo, todo han podido siempre emplearlo en sus operaciones. Un carlista con su fusil recorria sin peligro una grande estension de pais, llegaba hasta tocar los muros de los puntos fortificados; cuando las tropas de la reina para hacer una marcha de algunas leguas con seguridad, necesitaban reunirse en número considerable, y segun el terreno y las circunstancias, era menester un ejército entero. Acampábanse siete ú ocho mil carlistas en pais tan pobre y pelado como las rocas que los rodeaban, y vivian allí muchos meses; y un ejército de la reina ha-

bia de regresar á un punto fortificado en acabándose la provision de los morrales: una derrota con dispersion, era siempre mortal á una division de la reina: los carlistas las tenian de continuo, y sin riesgo de la fuerza principal, sin bajas siquiera.

Los generales que han hecho la guerra durante este periodo, pueden decir si no es verdad que encontraban en muchas partes una resistencia sorda, pero poderosa, una fuerza secreta que desvirtuaba todos sus triunfos, que agravaba hasta el estremo todas sus derrotas; al paso que daba nueva vida á las nacientes bandas de carlistas, siempre dispersadas y nunca esterminadas. Aun prescindiendo de los tiempos y lugares en que los partidarios de D. Cárlos llegaron á formar un verdadero ejército, ¿quién podrá negarme que siempre y donde quiera, que á fuerza de energía de carácter de algun caudillo, llegaba á penetrar en aquellos pelotones alguna subordinacion y disciplina, formando no mas que una sombra de cuerpos militares, las ventajas de parte del enemigo no fueran incalculables, bastando apenas toda la pericia militar para detenerlos en su ímpetu, y huir el cuerpo á sus amañosos golpes?

Mucho se ha hablado del espíritu de vandalismo, de rapiña y de pillage, señalando todo esto como causa del engrosamiento de las filas carlistas, y de que sus operaciones llevaran ventajas al ejército de la reina. Claro es que entre los carlistas no faltarian hombres perdidos, que so color de pelear por D. Cárlos, tratarian de vivir á sus anchuras: esto sucede en toda clase de insurrecciones; pero si á hecho semejante se le quiere dar una importancia escesiva, si se pretende tomarle como clave para esplicar lo que solo puede esplicarse por causas políticas, me parece que en refutar estas ideas se interesan dos cosas: el honor de los militares y el honor del pais; porque si los carlistas no eran mas que bandas de ladrones y foragidos, ¿cómo es que los ejércitos no podian destruirlos? Se me dirá que el pais los protegia; pero entonces yo preguntaré si el pais es algun establecimiento de ladrones, pues que tanta proteccion habria dispensado á gavillas de ladrones.

No he conocido de cerca á los habitantes de otras provincias donde la insurreccion habia tomado cuerpo, pero sí á los moradores de las montañas de Cataluña; y emplazo á todo hombre que los haya tratado, para que me diga si dejan nada que desear su aficion al trabajo, su honradez y su aversion al latrocinio y al pillage.

Todo esto, que para mí es mas claro que la luz del dia, manifiesta que la causa de D. Cárlos se hallaba ligada con un principio que ha sobrevivido á los esfuerzos que mas de treinta años ha se están haciendo para estirparle; y que á juzgar por los efectos, debia de ser

muy fuerte, pues que ha sostenido la guerra por espacio de siete años, y contra un gobierno establecido, dueño de todas las ciudades y fortalezas, y aliado con la Francia y la Inglaterra. Se dirá que este principio no ha prevalecido, y que el écsito de la guerra no le ha sido favorable; pero esto no prueba que el principio no fuera muy fuerte, sino únicamente que su adversario habrá dispuesto de mas medios. Pero aun hay mas, y es la manera singular con que ha terminado la guerra; manera que no es del caso ecsaminar ahora, porque es sobrado reciente, pero que bien de bulto manifieeta la terrible dificultad que habia en dar fin á la contienda, con la sola fuerza de las armas. Los consejeros de D. Cárlos, que conocian los poderosos elementos con que contaba su causa, creyeron que siendo difícil derribar el gobierno de Madrid por medio de un golpe militar, no era prudente aventurarle; y pensaron que dando lugar el tiempo y dejando que obrasen los elementos disolventes, que tantas veces amenazaron de muerte la causa de la reina, andarian madurándose las cosas, y podríase por fin conseguir el triunfo. Este pensamiento era fundado hasta cierto punto; pero en cambio, á fuerza de calcular la posicion enemiga, olvidaron la propia; y este olvido los ha echado á perder á ellos y á su causa.

El genio de Zumalacarregui habia formado el ejército de las provincias, y habia comprendido muy bien que la posicion era escelente para un centro de organizacion, para una base de operaciones, y para un abrigo y refugio en las derrotas. Pero muerto Zumalacarregui, no parece sino que los consejeros de D. Cárlos se figuraron que situacion semejante era prolongable indefinidamente; y así es que convirtieron á las provincias en una gran fortaleza, guarnecida por treinta mil hombres. Aun cuando no les bubiera inspirado recelos la afluencia de tantos estrangeros que con varios títulos y pretestos inundaban aquel campo; las entradas y salidas de tantos oficiales como concurrian allí de todas partes, y cuya conducta era imposible vigilar escrupulosamente; el cansancio del pais agobiado con tantas cargas y hasta con la presencia de tanta gente; el mal efecto que debia de producir el regreso de esas espediciones siempre á medias, siempre malogradas; aun cuando hubieran querido prescindir de todo esto, ¿cómo pudieron olvidar que un ejército en inaccion y cercado por todas partes, es preciso que se debilite y al fin perezca, por la misma ley que enfermaria y moriria un individuo, si mantuviera su cuerpo en una misma posicion, y en una atmósfera *reducida y ahogada?*

De esta manera han conseguido que su causa haya perecido de tal modo, que ni siquiera se le ha dejado el honor de sucumbir en

una batalla general y decisiva; nada de eso, sino que se ha disuelto, ha muerto de gangrena; y al presentarse fugitivo D. Cárlos en pais estrangero, no ha tenido el consuelo de hablar aquel lenguaje que ennoblece la desgracia de una gran derrota: "la suerte de las armas me ha sido adversa, he visto perecer á mis valientes en porfiado combate, y vengo á pediros un asilo en nombre del infortunio." Que no basta, no, para encubrir el verdadero aspecto de las cosas, el llamar traidor á Maroto; pues que si no hubiese habido mucha predisposicion de ánimos, si el mal no hubiera tenido raices muy profundas, no hubiera este general podido llevar adelante sus planes. Medió aquí sin duda el plan de un hombre; plan llevado á cabo con una audacia increible; pero medió tambien algo mas: el gérmen de muerte estaba entrañado por la misma naturaleza de las cosas: de otra suerte, ¿cómo se esplica el que en veintidos dias, casi sin una accion, desaparezca un ejército de treinta mil aguerridos combatientes, apoyados en la opinion del pais, tan decidida por espacio de seis años, atrincherados en plazas de armas, en fuertes respetables, en posiciones y cordilleras inaccesibles, y todo esto teniendo á su frente á su rey, protestando contra la traicion del general, y escitando á los soldados y á los paisanos á continuar en la lucha?

Es menester confesarlo: los consejeros de D. Cárlos han guiado muy mal á este príncipe: ellos le hicieron olvidar su verdadera posicion; ellos quisieron que fuera un rey, cuando no era menester que figurase sino como el primero de sus soldados; convirtieron en corte lo que no debia ser mas que un cuartel general; sobrevinieron las intrigas, cambiáronse tambien ministerios, mudóse repetidas veces de política, es decir, que en una causa que por sus principios, por sus elementos, por su misma posicion, tenia á la mano el medio mas poderoso de victoria, cual es la *unidad*, se introdujo el cisma y la mas encarnizada discordia; hasta que llegadas las cosas al estremo, concibió Maroto el plan mas osado que pudo caber en cabeza alguna: abrió la escena en Estella y la cerró en Vergara.

Pero aunque sea verdad que los representantes de un principio no hayan sabido llenar la mision que se les habia encomendado, no se sigue que el principio ya no ecsista: podrá perder fuerza como principio político, es decir, en cuanto era el apoyo de una determinada forma de gobierno, ó se proponia entronizar una familia; pero como principio moral y social, el principio vive aún: es el mismo que ha combatido siete años; aun hay mas, es imposible sofocarle, porque está arraigado profundamente en el pais, y sus ramificaciones son estensas, su contestura es robusta, y es preciso respetarle, haciéndole entrar con justas modificaciones como un elemento de go-

bierno. Conviene no hacerse ilusion con la vista de grandes ejércitos sobre las armas, de caudillos ilustres que marchan á su frente; estos ejércitos se disolverán, porque política y económicamente es imposible su duracion por largo tiempo; esos caudillos pasarán tambien, ó bajarán al sepulcro de aquí á pocos años, ó reducidos á su vida privada tendrán en los negocios públicos la mera influencia de ciudadanos distinguidos; en una palaba, sean cuales fueren los sucesos que por de pronto se verifiquen, pasado cierto tiempo, la suerte de la nacion española ha de quedar encomendada á sus leyes y á sus instituciones: y ¡ay de nosotros! si no acertamos á que sean bastante sábias y poderosas para llenar los altos objetos á que deben estar destinadas.

La guerra que acaba de terminar, era profundamente social y política; esta es una verdad que conviene mucho no olvidar para en adelante, y que se ha presentado muy de bulto en todo el curso de los sucesos. Por esta causa un militar, que no hubiera sido mas que militar, no habria servido para nada; y así es que han sobresalido mas aquellos militares que al propio tiempo han sido mas políticos.

CAPITULO IX.

Cuando se contempla á esa nacion grande y generosa tan agobiada de infortunios, tan sedienta de encontrar el verdadero camino que la conduzca á la felicidad, ó que al menos le proporcione algun descanso y reposo para cicatrizar sus heridas; cuando se oye tanta gritería de partidos que se disputan el mando, el rugido feroz de las pasiones provocando discordias y sangre; en medio de tanto desórden, pregúntase á sí mismo el observador, ¿quién se encargará de sacar á puerto esa nave tan combatida? ¿quién reorganizará esta sociedad disuelta? ¿serán los hombres ó las instituciones? Es menester notar que median en esta parte diferencias muy capitales: tiempos y circunstancias hay en que las mismas instituciones guian á los hombres; pero tambien hay tiempos y circunstancias en que los hombres han de guiar las instituciones. Esto último se verifica despues de una revolucion, porque entonces son las instituciones de-

masiado débiles, y desgraciadamente nosotros nos hallamos en este caso.

¿Y quiénes serán estos hombres, y cuál ha de ser su sistema? Creen algunos que han formulado ya un sistema de gobierno cuando han pronunciado *Constitucion de* 1837; mayormente si pueden añadir el que se desenvuelva la constitucion conforme á su espíritu y hasta sus últimas consecuencias. No negaré que en cierto modo tenga la constitucion su espíritu propio, y que puedan señalarse algunas consecuencias que hayan de mirarse como suyas; sin embargo, para convencerse de cuán general, cuán vago, cuán inútil para la práctica es todo esto, si se considera solo y aislado, bastará observar que la constitucion es de sí muy flecsible, propiedad que aunque en cierto modo pueda mirarse como una perfeccion, no deja por ello de hacerla capaz de servir para cuanto se quiera, si no se echara mano de las precauciones necesarias. La ley electoral, la de ayuntamientos, diputaciones provinciales, libertad de imprenta, milicia nacional, derecho de asociacion, de peticion y otras muchas, son susceptibles de arreglarse sobre infinita variedad de bases, sin tocar en lo mas mínimo á la constitucion. ¿Y quién no repara en la inmensa escala de esas graduaciones? ¿quién no ve que esta escala comprende desde el sistema del estatuto real hasta el de la constitucion de 1812? Entregad la constitucion al Sr. Martinez de la Rosa; y sin faltar á su juramento, sin quebrantar ni escatimar la constitucion vigente, se valdrá de ella para conducir la nacion al sistema del estatuto: entregadla al Sr. Argüelles, y tambien sin ser quebrantada la constitucion de 1837, veráse la nacion conducida al sistema del año 12. Esto no tiene réplica: y si se quisiera una prueba mas de la verdad y esactitud de estas observaciones, ahí está una muy palpable y reciente: los debates del congreso sobre la ley de ayuntamientos.

Indica todo eso cuán escaso significado tiene la palabra *espíritu*, aplicada á esta materia, pues cada cual la interpretará á su modo: lo mismo puede decirse con respecto á lo que se llama consecuencias, pues que siendo estas tan varias y tan opuestas como hemos visto, equivale á decir que necesarias y determinadas no tiene ninguna.

Pero qué, ¿no hay en la constitucion algun principio dominante? ¿El monárquico ó el democrático? Los monárquicos dicen que es menester desenvolverla en un sentido monárquico, pues que el principio dominante en ella es la monarquía; pero los democráticos responderán que es necesario desenvolverla en un sentido democrático, pues que su principio dominante es la democracia: y si se les pi-

den pruebas de ello, sabrán recordar la época en que se formó, los hechos que la precedieron, el orígen de las cortes constituyentes, y sobre todo, las opiniones políticas de los hombres que la formaron; podrán decir: "nosotros somos democráticos, nosotros la hicimos, ¿cómo será, pues, posible que la hiciéramos monárquica? Eso hubiera sido abjurar nuestras ideas, derribar nuestros sistemas, dar por el pié á todos nuestros planes y proyectos, reducir á la nulidad nuestro partido; en una palabra, suicidarnos."

¿Quién resuelve esta cuestion? ¿quién termina la contienda? ¿cuál diremos que es el principio dominante, el monárquico ó el democrático? Si he de hablar ingenuamente, diré que ninguno: ambos están en combinacion, ambos entran en cantidad considerable, pero ninguno domina; y segun sea el curso de las cosas, podrá desenvolverse mas ó menos uno ú otro, y desvirtuar á su adversario. Esto á primera vista puede parecer estraño, mayormente á aquellos hombres á quienes no se les cae jamas de la boca la palabra de *teorías constitucionales*, y que hablan del espíritu y consecuencias de las constituciones, como de cosa determinada, fija, incapaz de tomarse en diferentes sentidos; pero me parece que hay en esto una equivocacion grave, que resulta de no comprender á fondo lo que son las formas políticas, y de no distinguir paises, tiempos y demas circunstancias. Suele llamarse ley fundamental la que determina las formas políticas; la palabra *fundamental*, induce á algunos á creer que las constituciones son lo mas fundamental que hay en un pais. No puede negarse que con respecto á las instituciones civiles, son las formas políticas un verdadero fundamento; pero estas á su vez han de asentarse sobre otro cimiento formado de aquella masa, digámoslo así, en cuya composicion entran las ideas y costumbres del pais, y aquellas instituciones que por antonomasia se apellidan sociales.

Aclaradas estas ideas, que son de la mayor importancia, si algo se ha de entender en estas materias, pasaré á observar la diferencia que debe mediar entre paises y paises, y entre tiempos y tiempos; y de esta manera quedará manifiesto cómo es que en una constitucion que en un pais pudiera decirse que tiene un espíritu fijo y determinado, en otro le tenga sumamente vario, ó mejor diremos, indeterminado y vago. Cuando una constitucion es antigua, se halla en armonía con las ideas y costumbres del pais, con las instituciones que se llaman sociales, y con las otras que se denominan civiles. Como es evidente que en todo este conjunto entra la organizacion general de una sociedad en todos los ramos, y tambien las opiniones dominantes sobre las materias de interés social, es claro

que encierra mucho de determinado y fijo en las ideas, mucho de aplicado á la práctica; y entonces es imposible que no se pueda señalar un principio dominante, un elemento que entre en mayor cantidad y fuerza, y por consiguiente un carácter propio y distintivo de aquella sociedad. He aquí el espíritu de su constitucion, el cual no será otro que el mismo del pais; porque allí, como todo habrá nacido de un mismo orígen, todo habrá marchado en armonía; ó si es que allá en tiempos antiguos hubiera habido violencias, choques y hasta catástrofes, el trascurso de los años habrá borrado la huella de las antiguas discordias; y calmada la efervescencia, olvidados los rencores y aquietadas las oscilaciones de los antiguos sacudimientos, todo estará á nivel, todo en equilibrio, ocupando cada cosa el lugar que por su naturaleza le corresponde. Pero muy al reves sucede cuando una constitucion es nueva, porque entonces hay que disponer el suelo mismo sobre que debe asentarse; y ademas es menester ponerla en proporcion y armonía con lo demas, que por su naturaleza debe estribar sobre ella. Puede suceder que las ideas y costumbres de un pais y sus instituciones, se hallen en estado muy diferente del de otros paises en que haya constituciones mas ó menos semejantes; y entonces crece la dificultad de atinar en el verdadero punto para conciliar estremos opuestos. Porque si se quiere acomodar la constitucion al estado social del pais, parecerá que se la falsea; y si se le quiere dar un desarrollo conforme al estado social de otros paises, donde hay constituciones semejantes, entonces se chocará con la sociedad, y serán inevitables males de la mayor cuantía.

Aun cuando los gobernantes penetrándose de los peligros que siempre llevan consigo aquellas innovaciones, que estén en oposicion con el estado de la sociedad, traten de ceñirse esclusivamente á la parte civil y administrativa, estendiéndolo, digámoslo así, solo por aquel lado los efectos de la constitucion, y dejando intacto todo lo relativo á materias propiamente sociales, no se evita, sin embargo, el riesgo, como á primera vista pudiera parecer. Y esto no es solamente por el roce que tienen con las materias sociales las civiles y administrativas, sino, y principalmente, porque tal es el estado de las opiniones, que lo que para unos es puramente objeto de leyes muy secundarias, es en concepto de otros profundamente social, y de la mayor gravedad é importancia.

No será difícil encontrar ejemplos: el arreglo del clero, es en concepto de algunos, objeto de una ley secundaria; como otra cosa cualquiera; segun ellos, no se necesita mas que calcular el número de ministros, la distribucion de parroquias y obispados, la dotacion del culto y clero, todo conforme á las necesidades del pais y en armo-

nía con las instituciones políticas y civiles; sujetar estos datos al ecsámen de una comision, formar un proyecto, hacerle pasar por los trámites de las leyes comunes, y obligar á someterse al nuevo arreglo, tanto al clero como á los pueblos. Cosa por cierto bien sencilla; ni mas ni menos que quien arregla el sistema municipal ó cualquier otro ramo; y sin embargo, los hombres sensatos y que llevan mas alto sus miras, sean cuales fueren sus ideas religiosas, están acordes en que no se puede andar por ese camino; y todos los hombres verdaderamente católicos, están íntimamente persuadidos de que un proceder semejante seria un atentado sacrílego contra el santuario; y si menester fuere, sabrian arrostrar la persecucion antes que someterse á disposiciones que violasen el sagrado de su conciencia.

Aun hay mas: hemos visto ya repetidas veces discutirse la famosa cuestion sobre diezmos: en sentir de unos, solo se trata de una contribucion; el problema es puramente económico, y está muy lejos de levantarse á tal altura que pueda rozarse con los grandes intereses de la sociedad; pero á juicio de otros, no se trata solamente de una contribucion, pues que no miran el diezmo como tal, sino como verdadera propiedad; no es cuestion puramente económica, sino que es altamente política, religiosa y legal; como que ademas de rozarse con el sistema de contribuciones, enlázase con el sagrado derecho de propiedad, con las ideas religiosas, con las leyes canónicas y civiles, hasta con el derecho de gentes, á causa de los concordatos, que si se los quiere mirar despojados de todo carácter religioso, al menos se les habrá de considerar como tratados entre gobierno y gobierno. Por manera, que cuando uno consultará únicamente obras de economía política, otro revolverá los códigos civiles y eclesiásticos, preguntará á los jurisconsultos, estudiará el derecho de gentes, ecsaminará lo que vale la palabra propiedad, y hasta pedirá á su corazon que le diga lo que se entiede por buena fé.

He aquí cómo una misma cuestion puede ser colocada en muy diversos terrenos, y mirada bajo aspectos muy diferentes: he aquí cómo lo que para unos será únicamente objeto de cálculo, ó cuando mas de oportunidad y prudencia, será para otros objeto de política, de religion, de alto derecho, de buena fé: he aquí la demostracion mas concluyente de los gravísimos riesgos que hay de cometer errores muy funestos, atacando el corazon de la sociedad, cuando solo parecia tocarse á su superficie; y he aquí finalmente lo que dará mucho que entender á todos los filósofos, á todos los políticos, á todos los hombres de estado, que traten de resolver el problema que con tanta urgencia y apremio se ha de resolver en España: *armonizarlo todo sin pasar por nuevos trastornos.*

CAPITULO X.

Todo cuanto llevo espuesto, sirve á demostrar lo crítico de nuestra posicion, pues manifiesta que nuestras instituciones no pueden guiar á nuestros hombres, sino que éstos han de guiar á aquellas; resultando de aquí que pueden ser muy diferentes los caminos que sigamos, segun lo sean los sistemas que sirvan de norma á nuestros gobernantes; y que están esos sistemas distribuidos en una inmensa escala, sin que pueda decirse que ninguno de los grados de ella se halla fuera de los límites marcados por la constitucion. Ahora se ha de señalar el punto de esa escala, se ha de fijar la graduacion, y esta es la causa porque los partidos procuran con tantos esfuerzos apoderarse de la direccion de los negocios, para desenvolver cada cual la constitucion conforme á sus respectivas opiniones, y á propósito de sus miras. La nave ha de hacerse á la vela, los rumbos que pueden seguirse son muy diferentes; ¿qué estraño, pues, que cada partido quiera ser el piloto? Infiérese tambien que nos hallamos en aquellas circunstancias en que se necesitan mucho los hombres, porque no bastan las cosas: y esto es cabalmente lo que presenta mas triste y nebuloso el porvenir.

¿Qué les pediremos á los hombres, cuando si ellos nos responden sinceramente, habrán de confesarnos que son tan insuficientes y tan débiles como las cosas? ó si no, ¿dónde se hallan, en qué filas se encuentran, á qué partido pertenecen los que poseen el pensamiento poderoso, capaz de dominar tamañas circunstancias, bastante benéfico para curar nuestros males, bastante fecundo para producir nuestra prosperidad y ventura? Revolucionarios, progresistas, moderados: tales son los nombres de que se glorían, ó que se dan unos á otros los partidos que en la actualidad se disputan la arena, dejando aparte los apodos con que se motejan. En esta serie de nombres que significan los partidos principales, podrian intercalarse muchas otras denominaciones, que espresan varias clases en que se subdivide cada uno de ellos; subdivision que no es de estrañar, porque tal es el estado de las cosas, y de tal modo se han debido fraccionar los partidos, que no es de admirar que se haya presentado á la vez tanta variedad de matices. Al principio de nuestra revolucion, es decir, durante la guerra de la independencia, por mas que á primera vista no se descubrieran mas que los dos grandes bandos

de realistas y liberales, no dejaban ya de divisarse los gérmenes de nuevas divisiones; gérmenes que para su desarrollo solo esperaban la accion del tiempo. Andando éste, se han ido presentando las subdivisiones, hasta llegar al estremo de que así como hombres que se glorían de pertenecer al partido de la monarquía pura, representan sistemas tan diferentes y tan distantes, como el del Obispo de Leon (1) y el de Cea Bermudez, así entre los liberales, aun limitándonos á los que figuraron desde mucho tiempo, y á la sola clasificacion de progresistas y moderados, se ven opiniones tan opuestas, como son las de Argüelles (2) y Martinez de la Rosa.

Dando una mirada sobre la actual situacion de esos partidos, lo primero que se echa de ver es su debilidad estrema, su postracion completa; todos claman, todos se agitan, todos pretenden ser fuertes, todos se creen capaces de dirigir los destinos de la nacion; pero todos son flacos, todos se estremecen á la sola vista de sus adversarios. ¡Cosa notable! el principio político que defendian, acaba de triunfar, y parece que no saben qué hacerse de la victoria. ¿Qué indica esto? ¿no indica que todos entrañan mucho de falso, y que ninguno se ha levantado á bastante altura para comprender y dirigir á la nacion española?

Empecemos por los revolucionarios. ¿Qué significa la palabra *revolucion*, aplicada á nuestra situacion actual? ¿Qué es lo que se quiere revolver? ¿Qué es lo que no se halla revuelto? ¿Se quiere todavía destruir mas? y entonces puede preguntarse, ¿qué es lo que ha quedado en pié? ¿Quién puede pedir ahora la revolucion? ¿Será la ciencia política? Pero esta ciencia ha visto deshojar muchas de sus ilusiones, ha palpado lo funesto de muchas de sus teorías, y por esto se ha declarado enemiga de la revolucion: ¿será el pueblo, cuando tan repetidas veces ha manifestado su voluntad de una manera tan inequívoca, tan terminante? ¿serán los intereses del pueblo, cuando durante la revolucion no ha sentido el menor alivio, antes al contrario, se han agravado escesivamente sus males? ¿quiérense formas políticas mas populares, cuando la constitucion de 1837 es la mas popular de Europa?

Digámoslo de una vez: la revolucion en España no tiene en su apoyo, ni ideas, ni intereses; carece de motivo, de pretesto; y si se hiciera, ni objeto tendria contra el cual pudiese dirigirse; á no ser

---

(1) Ministro varias veces de D. Cárlos, y entusiasta partidario de la monarquía absoluta.

(2) Argüelles fué uno de los diputados mas elocuentes de las cortes españolas en 1810, y que mas contribuyeron con la mágica de su palabra, á los trastornos políticos de la península.—(*Nota del editor.*)

que se pensase en aplicar teorías, cuyo solo nombre haria estremecer la Europa. Cuando hay privilegios antiguos, instituciones antiguas, entonces, si se hace la revolucion, sabemos á dónde se dirige, será á la destruccion de aquellos privilegios é instituciones; si el estado de la opinion ó el poderío de algunos nuevos intereses ecsige el establecimiento de nuevos formas políticas, entonces sabremos á dónde va la revolucion; va á conquistar el terreno que se disputa, va á promover y asegurar el triunfo de las nuevas ideas, á asegurar influencia en el gobierno á aquellos intereses, que eran ya de antemano poderosos en la sociedad. Pero si privilegios é instituciones, y todo lo antiguo se ha echado por el suelo, si las formas políticas son muy amplias y populares, si no hay una idea que no tenga su espresion libre, si no hay un nuevo interés que no esté representado, entonces ¿qué objeto tendrá la revolucion? ¿qué se propondrá destruir? ¿qué conquistar? ¿qué establecer?

Si se tratara de una revolucion en Francia ó en otra nacion que pueda contar con poderosa influencia sobre el resto de Europa, y cuya organizacion social la tuviera dispuesta para uno de aquellos grandes sacudimientos, en que masas inmensas se levantan como las olas de la mar, y acometen furiosas todo lo que ecsiste, sea gobierno, sean clases, sea propiedad, sea la contestura de los mas sagrados lazos sociales y domésticos, entonces todavía fuera comprensible la revolucion: diriamos que van á realizarse allí los delirios de Saint Simon ó del abate de Lamenais: diriamos que allí se harán los primeros ensayos, y que la fuerza material de que dispone aquella nacion, se empleará en seguida para regenerar á los otros pueblos. Pero en España, donde ni se ha presentado, ni se presentará todavía en mucho tiempo, el problema que se llama del *pauperismo*, con todas las dificultades y peligros que entraña para otras naciones; en España, donde las masas propiamente tales, son profundamente religiosas y enemigas de innovaciones; en España (1), que ejerce tan poca influencia en el resto de Europa, que figura en un órden secundario en la línea de las potencias, y que dispone de tan escasos medios para hacer triunfar las ideas que ella adoptase, ¿qué pude significar, vuelvo á repetir, qué puede significar la revolucion? No puede ser mas que una época de motines pasageros, de trastornos, de violencias y desgracias; pero sin producir ningun resultado, ni político, ni social, sin asegurar el triunfo de una idea, de un siste-

(1) El Sr. Balmes escribió este folleto en la época sin duda mas calamitosa para España, y no es de estrañar, por lo mismo, estas sentidas palabras que se le escaparon á la vista de inmensos infortunios, y que algunos podrian interpretar de una manera poco favorable á España.—(*Nota del editor.*)

ma, ni la preponderancia de un nuevo interés; en una palabra, solo puede ser la repeticion de aquel estado de incertidumbre, de zozobra, de agitacion; que hemos ya presenciado otras veces, teniéndose al fin que volver al sendero que poco antes se habia abandonado.

CAPITULO XI.

Tanta es la verdad de estas aserciones, tal la evidencia con que saltan á los ojos, que salvas algunas escepciones muy raras, apenas se encuentra quien se atreva á defender lo contrario. Todos los hombres que por una ú otra causa desean todavía innovaciones, se han agrupado en torno de una nueva bandera; y aun es de notar, que bajo ella se apiñan tambien algunos que desean de veras la revolucion, pero que no se atraven á llamarla por su *nombre*, ni juzgan prudente presentarse solos en campaña. Esta nueva bandera se llama del *progreso;* y á veces, como para prevenir dificultades y disipar sospechas, se ha unido al nombre de *progreso* un epíteto muy inocente, muy cuerdo, que saliera, digámoslo así, por fiador de su compañero; formándose de esta manera la espresion: *progreso legal.* Llamo nueva á esta bandera, no porque yo la juzgue nueva, sino únicamente porque se ha presentado bajo nueva forma; puesto que no es nueva sino muy vieja, gastada por el tiempo, y no tiene de nuevo sino que se ha escrito en ella un nombre nuevo.

Es menester confesar que no ha sido malo el ardid, y que si el partido que se empeña en denominarse progresista pudiera apropiarse este nombre, y hacer olvidar el de *ecsaltado*, habria ganado no poco en el cambio. Eso de ecsaltado es muy mal sonante; porque legislador ecsaltado, ministro ecsaltado, hombre de estado ecsaltado, magistrado ecsaltado, hombre público de un órden cualquiera, y ecsaltado, son palabras que encierran estrañeza, repugnancia; porque suponen falta de tino y cordura, prendas altamente necesarias en materias de gobierno. Pero progreso, y sobre todo progreso legal, ya es otra cosa muy diferente: esto espresa, no una pasion en efervescencia, sino un pensamiento, y pensamiento brillante, deslumbrador, una idea generosa y activa, dirigida, empero, por la jus-

ticia y templada por la prudencia. Bien se deja entender que hablo yo del significado de esta espresion, por lo que ella debiera significar segun su verdadero sentido antes de ser como insignia arrastrada por el cieno de los partidos, antes de haber pasado por la terrible pluma de escritores como Abenamar. En las revoluciones todo se aja, todo se mancilla, todo se disloca, y no es lo que menos sufre el diccionario de la lengua.

Sea como fuere, y prescindiendo de las nuevas significaciones que se hayan dado á la palabra progreso, procuraré analizarla tal como es en sí, porque juzgo de la mayor importancia el no dejarla en circulacion con cuño ambiguo, pues solo de esta manera se puede apreciar la mayor ó menor justicia con que se la apropian los partidos.

Progresar es marchar hácia adelante; y si esto se ha de aplicar á la sociedad en sentido razonable, solo puede significar *marchar hácia la perfeccion.* Cuando la sociedad se perfecciona, progresa; cuando pierde de su perfeccion, retrograda: para saber si hay progreso ó no, toda la cuestion está en si hay nueva perfeccion ó no; pues aunque la palabra progreso suele tomarse por algunos como sinónima de tendencia democrática, para ser esto admisible, seria necesario probar que las leyes é instituciones son tanto mas perfectas cuanto mas democráticas; y que la perfeccion de la sociedad consiste en el absoluto predominio de la democracia: proposicion insostenible, porque con la historia y la filosofía se puede demostrar que no ecsiste tal dependencia ni enlace; y que segun las circunstancias, podrá la perfeccion de la sociedad ecsigir con respecto al elemento democrático, ahora un sistema de restriccion, y despues quizás un sistema de ensanche.

Ecsistia el feudalismo, poderoso, dominante, y con él los males que eran su necesaria consecuencia: comenzó el desarrollo de las municipalidades, es decir, del elemento popular, ¿era esto un progreso? sí; porque tendia á mejorar la condicion del pueblo, neutralizaba y desvirtuaba la escesiva fuerza del feudalismo, prestaba apoyo al poder de los reyes, á la sazon tan débil, y allanaba el camino para gobiernos mas regulares, mas justos, mas á propósito para la seguridad y felicidad pública. Desenvuelto el sistema municipal, y combinado con los inquietos y turbulentos restos del feudalismo, germinaba por todas partes la anarquía; entonces se manifestó una viva tendencia á centralizar el poder, á robustecer los tronos; y como consecuencia necesaria, se cercenó y limitó el poder de las municipalidades. He aquí una tendencia antidemocrática; y sin embargo, ¿quién duda que fué un progreso? ¿quién duda que naciones

de la estension y organizacian de las europeas, necesitaban un poder central, grande y fuerte, para que pudieran protegerse y fomentarse los grandes intereses de las sociedades? He aquí dos tendencias opuestas: la una favoreciendo al poder real, la otra al elemento popular; y ambas dignas del nombre de progreso, porque ambas conducian á la perfeccion de la sociedad.

Ciñámonos á un ejemplo mas reciente: la Francia, despues de haberse precipitado sin freno por el camino de la revolucion, pagaba su ligereza y fogosidad hallándose sumida en la anarquía mas espantosa. Preséntase Napoleon, da en torno de sí una sagaz y penetrante mirada, conoce la oportunidad, la aprovecha, levanta su mano de hierro, sojuzga la revolucion, la concentra en su persona, y se sienta sobre el trono de Carlomagno. Se restringió la libertad, todas las formas políticas perdieron su democracia, estableciose la monarquía mas absoluta, el despotismo en toda su estension; y sin embargo, ¿no fué aquello un progreso, y progreso grande para la Francia? ¿podia dejar de ser un progreso el salir del caos? Se robusteció el poder, se establecieron los hábitos de obediencia, se organizó y vigorizó la administracion, se formaron los códigos, se fomentó la industria y comercio. Pero Napoleon lo hacia todo á caballo, porque era de aquellos monarcas que no se pueden apear; y veinte años de guerras tenian fatigada la Francia é indignada la Europa; la Francia se habia acostumbrado á seguir el carril de un gobierno regular: Napoleon no era ya necesario, su nombre no era ya tan mágico, y se empezaba á conocer y á sentir, que una nacion tan grande, valia demasiado para ser el instrumento y la víctima de la ambicion de un hombre. Fermentaron muchas cabezas, se llevaba con impaciencia el yugo de tanto despotismo, la Francia se acordaba de sus derechos, queria ser mas respetada, mas consultada, propendia de nuevo á otras formas, y ó miraba con indiferencia la caida de Napoleon, ó la precipitaba: he aquí otra tendencia opuesta, y no obstante tendencia de progreso; porque progreso era restituir á la Francia su dignidad, y restañar la sangre que corria á torrentes.

Presentada la cosa bajo este punto de vista, salta á los ojos que para saber si un sistema que se apellida de progreso, conviene ó no á la sociedad, es menester ecsaminar si se toma esta palabra en su acepcion genuina; es decir, si con aquel sistema se camina hácia la perfeccion. ¿Y qué se entiende en España por progreso, tomando esta palabra en un sentido que no signifique revolucion? ¿qué es lo que espresa? Antes de determinarlo, ecsaminemos cuáles son sus doctrinas, cuáles sus hechos. Se ofrece esplicar alguna prerogati-

va de la corona, concederle algun derecho, estender alguna de sus facultades, ¿á qué parte se inclinarán los progresistas? No es dudoso: á la que limite y restrinja. Se trata de alguna clase antigua, tal como el clero ó los restos de la nobleza, ¿qué harán los progresistas? combatirla. Estos dos hechos que aparecen siempre como dominantes en la conducta de este partido, indican bien á las claras que es hijo de aquella escuela cuyos principios fundamentales eran, mirar con suspicacia y desconfianza el poder, y profesar una profunda aversion á aquellas clases que en la antigua organizacion social formaban las dos principales gerarquías. A consecuencia de tales principios, natural es que propenda en sus doctrinas y en sus hechos á favorecer el elemento democrático; y de aquí ese apelar siempre al pueblo, invocar siempre la autoridad del pueblo señalándole como orígen de todos los poderes, y llamándole á tomar parte en todos los negocios. Sin embargo, aunque á primera vista parezca ese partido esencialmente democrático, mirada la cosa en el fondo, descubre una singularidad digna de esplicarse. Cuando los progresistas invocan el pueblo, invocan solamente aquel pueblo que participa de sus ideas y que favorece sus miras; pero si el genuino desarrollo del elemento popular los contraría, entonces se oponen á este desarrollo con todas sus fuerzas, no quieren seguir hasta las últimas consecuencias el espíritu democrático de sus principios.

Tachados son de inconsecuencia los progresistas por semejante conducta; rechazan ellos la acusacion, señalando, como es natural, varias razones, segun lo ecsige la cuestion que se ventila; pero me parece que harto mejor se defenderian aceptando francamente el cargo, y haciendo notar que tal inconsecuencia es resultado de una ley general, que estiende su dominacion sobre todos los partidos. Aquí llamo muy particularmente la atencion del lector, porque voy á esponer una doctrina muy á propósito para señalar las causas de fenómenos estraños.

CAPITULO XII.

Ecsaminando á fondo la historia y consultando la esperiencia, se puede notar que las revoluciones, las restauraciones, y en general todos los grandes hechos políticos, aunque presenten decidida ten-

dencia á ciertas formas políticas, aunque parezcan animados de un principio esclusivamente político, no es, sin embargo, así: la cuestion en la superficie es política, pero en el fondo es social; el ruido se mete en las formas, pero la vista está fija en objetos que afectan el corazon de la sociedad. Se suele decir que las formas políticas deben ser consideradas como un medio, y que es una equivocacion el mirarlas como un fin; pues bien, esta doctrina que se enseña como un adelanto, es ya conocida de muy antiguo, si no con toda la claridad teórica, al menos en confuso, y sobre todo, es sentida vivamente, y lo que es mas, es siempre realizada.

Este es un hecho que esplica muchas inconsecuencias de las revoluciones, restauraciones, partidos, en una palabra, de todo lo tocante á política. La cosa es muy sencilla: los encargados de la propagacion de ciertas ideas, de la conservacion, proteccion y fomento de ciertos intereses, juzgan que les es conveniente esta ó aquella forma política, este ó aquel sistema político, y en consecuencia los ensalzan, los proclaman, y procuran de todos modos establecerlos y asegurarles predominio. Tanto es el ruido, tantas las protestas, que la cuestion política llega á parecer la dominante; y entonces las ideas y los intereses que han de medrar al abrigo de aquellas formas ó sistemas, quedan como involucrados, ocultos, apenas se divisan. Pero ¿quereis descubrir el secreto? Es muy fácil: observad atentamente la marcha de los sucesos, y bien pronto la incesante movilidad de las cosas humanas y la estrema variedad de los objetos que se tocan, se rozan y complican en la sociedad, os ofrecerán ocasion oportuna.

Por mas grande que sea la prevision de los que comunican el primer movimiento y señalan su direccion, las formas ó sistemas políticos, escogidos como el instrumento mas adaptado, no siempre llenan el objeto á que están destinados. ¿Qué hacer entonces? La eleccion es dudosa; lo menos principal debe ceder á lo mas principal, la institucion política se adultera; si esto no basta, se la quebranta; y hasta se abjuran los principios políticos en que se habia cimentado. La historia y la esperiencia confirman esta doctrina.

No consiente el género del escrito esplayarse en las numerosas aplicaciones que de tamaña verdad podrian hacerse; pero como quiera no he de dejarla sin algun ejemplo; porque tal me parece su importancia, es tan luminosa para comprender fenómenos muy singulares, ilustra de tal modo la verdadera situacion de España, que no será tiempo perdido el que gastemos en aclararla.

Nadie ignora el profundo arraigo que tienen en Iglaterra las formas, los sistemas, y hasta los hábitos de libertad política; y sin em-

bargo, esta libertad se ha visto por mucho tiempo limitada, comprimida, en tratando de un principio que estaba en oposicion con otro principio que se habia señoreado de la sociedad inglesa: la posteridad preguntará con admiracion: ¿cómo era posible que en Inglaterra, en esa Inglaterra que ha llegado á obtener el título de pais clásico de la libertad, hubiese ya transcurrido el primer tercio del siglo XIX, y todavía fueran menester grandes esfuerzos para obtener la *emancipacion* de los católicos? ¿Quién creyera que el principio político que tan arraigado, tan dominante estaba en el pais, estuviese constreñido por tanto tiempo, impedido de estenderse, privado de un desarrollo que le era tan natural y tan propio? Y sin embargo, la estrañeza no es difícil de esplicar, si se recuerda la verdad que acabo de establecer y se la aplica á la Gran Bretaña.

Observando el curso de las revoluciones de ese pais, se nota que ha tomado en ellas mucha parte y ejercido poderoso influjo el principio protestante. Triunfó este principio, apoderóse de la sociedad inglesa; no tan solo estableciendo el predominio de las ideas que eran su consecuencia, sino ligándose con muchos y grandes intereses materiales. En el Catolicismo veia su adversario mas temible: este era un rival lleno de vida y robustez por su misma naturaleza, poderoso en muchas regiones del globo, y que una vez introducido en la arena, podia disputar el terreno con probabilidades de victoria. Y esta es la razon porque en tratándose de los católicos, no se ha querido que el principio político dominante diera sus consecuencias, se le ha desnaturalizado; y si el espíritu del siglo y el imperio de las circunstancias han recabado alguna medida favorable á los católicos, no se los pierde por eso de vista, no se levanta la mano que comprime á esa Irlanda, cuyo grito de indignacion resuena tan enérgicamente por boca de su famoso representante.

Ya que viene como á la mano, desvaneceré de paso el error en que podrian estar algunos creyendo que el principio de libertad política ha sido contrario de los católicos, porque ellos eran el apoyo como si dijéramos *nato*, del despotismo. La voz mas robusta y atronadora que se oye en Europa invocando la libertad, sale de Irlanda; ¿y por qué? Porque en Inglaterra el trono y la aristocracia están íntimamente ligados con el protestantismo; nueva confirmacion, prueba evidente de que las formas y sistemas políticos figuran como secundarios, como instrumentos con respecto á las grandes ideas é intereses que afectan el mismo corazon de la sociedad.

Aduciré todavía otro ejemplo: sabido es que la escuela que se propuso en el siglo pasado hacer un cambio radical en la organizacion social de Europa, dirigia con preferencia sus tiros contra el objeto

que miraba como uno de sus principales obstáculos. Era el clero: y así es que todas las miras de aquella escuela se dirigian siempre á quebrantar su poder, á disminuir su influencia, á despojarle de todo brillo, á dejarle sin representacion, y á que los pueblos cesasen de prestarle veneracion y obediencia. Sabido es tambien que esta escuela, por principios, por intereses, y por todo linage de afinidades, se hermanaba íntimamente con todo cuanto tendia á disminuir el poder de los reyes. No habia estallado la revolucion francesa, la monarquía en Europa era todavía muy robusta; y esta institucion que disponia de tanta fuerza y que estaba rodeada de tanto prestigio, era un instrumento escelente para derribar ó desmoronar clases ó corporaciones, que con el tiempo habian adquirido gran consistencia y poderío. Olvidáronse entonces los derechos de ciudadano, los límites del poder real, las consideraciones debidas al hombre; en una palabra, todo lo que formaba la divisa de aquella escuela filosófica. Se trata del clero: entonces los reyes lo son todo; las clases, los individuos no son nada; el derecho de propiedad, la libertad individual, todo desaparece bajo la mano de los reyes, todo se hunde en presencia del trono, para que los hechos se subordinen al pensamiento principal y dominante. Es decir, que á trueque de hacer triunfar su idea principal, el espíritu innovador se olvida de las secundarias, á saber, de las políticas; ya no es amiga de la libertad, apela al poder de los reyes, les concede toda clase de facultades, no señala límites á la estension de su poder, proclama el despotismo.

Estalla la revolucion, créase un terrible poder para derribar; entonces los tronos desaparecen, el pueblo lo es todo; porque así conviene para el triunfo de aquel mismo pensamiento que habia sujetado á su direccion el mismo poder de los reyes. La revolucion peligra por sus propios escesos, se necesita un hombre que personificándola en sí propio, pueda asegurar el triunfo de las nuevas ideas y garantizar la seguridad de los nuevos intereses: ahí está Napoleon. La libertad desaparece, el despotismo mas puro se entroniza, pero no importa: este hombre por su orígen, por su posicion y por todas sus circunstancias, no puede favorecer el órden social antiguo: él representa el nuevo órden de cosas, él sacará vencedora la revolucion; despues de haberla impedido el suicidarse, la organizará, la regularizará, la cubrirá de gloria en cien combates; él consumará el hecho que espresa el pensamiento dominante de la revolucion: operar un cambio profundo, radical, en el corazon de la sociedad. ¿Veis qué diferencia de fases? Pues todo marchaba al mismo fin, todo se dirigia á derribar para siempre la organizacion social antigua, á asegurar el nuevo órden de cosas fundado en los principios de la

escuela dominante: se cambiaba de formas políticas, se echaba mano de varios principios políticos, es decir, se mudaba el instrumento; el instrumento es cosa indiferente, lo que conviene es que sirva, y que sirva bien. Esta es la causa porque Napoleon se encontró rodeado de firmísimos apoyos, y fué aplaudido con vivo entusiasmo no solo por parte de aquellos que le agradecian el que por de pronto sacase la Francia del caos, no solo de aquellos que se arrobaban de entusiasmo á la vista de sus grandes hazañas, sino tambien de los que llevaban mas allá sus miras, y que parece debian tener menos simpatías con el despotismo del dictador; he aquí por qué apenas encontrareis á uno que sea enemigo de la organizacion social antigua y partidario del nuevo órden de cosas creado por las revoluciones, que no pronuncie con respeto, con vivo interés, con entusiasmo, el nombre de Napoleon.

Los hechos que acabo de citar manifiestan hasta la evidencia que las formas y sistemas políticos son siempre instrumentos de ideas é intereses sociales; que si dejan de serlo, se reducen á un mero simulacro, son una máquina que no sirve, un objeto que no puede escitar sino un interés débil y pasagero. Si reflecsionamos un instante, encontraremos la razon de esto en el mismo corazon humano. Lo que mueve al hombre, lo que le estimula para obrar, lo que le comunica actividad y energía, cual se necesitan para consumar grandes hechos políticos, es aquello que le afecta de cerca, que está en continuas relaciones, en contacto con su ecsistencia. Es á veces una idea grande que le señorea y sojuzga, que sin cesar está presente á su alma, que bajo misterioso velo le manifiesta su orígen y le señala su destino; es quizá un interés material que se le ofrece como el único recurso para satisfacer sus necesidades; será un tenor de vida en que pueda hacer mas amplio y libre uso de sus facultades, ó que sea mas conforme á sus gustos é inclinaciones; pero siempre es menester que sea alguna cosa que no se separe de él, que sea como la atmósfera que le rodea, como el aire que respira; nunca será bastante una influencia interrumpida por largos trechos, y que ademas solo llegue á tocarle de un modo débil é indirecto. Las formas políticas por mas latas que se supongan y por mas operarios que requieran, es bien claro que para el movimiento ordinario de la máquina, han de necesitar un número de brazos que con respecto á la generalidad de la nacion ha de ser siempre muy escaso; y si bien es verdad que llega de tiempo en tiempo el uso de los derechos políticos, que se estiende á mucho mayor número de ciudadanos; pero esto es á trechos distantes, solo de vez en cuando; y ademas el ciudadano, aunque en este acto esperimente algo

que lisonjea su amor propio, vuelve luego á entrar en la oscuridad de las ocupaciones domésticas, hallándose escluido de la arena política, donde ve que unos pocos encuentran gloria y provecho.

Así es que la aficion á las formas puramente políticas ha de ser siempre muy pasagera, si estas no se miran como el apoyo de ciertas ideas é intereses; los entusiastas puramente políticos son muy pocos; y si penetramos en el corazon de un hombre, sea cual fuere el color político á que pertenezca, encontraremos la razon de sus opiniones ó aficiones políticas, ó bien en ciertas ideas suyas que afectan de cerca al individuo, la familia ó á las relaciones que forman como la trama de la sociedad; ó bien en ciertos intereses de que no puede prescindir, y que por una ú otra causa se habrán vinculado con tal ó cual sistema.

Esta doctrina, en cuya verdad han de convenir los hombres de todas opiniones, esplica las anomalías que presentan á cada paso los partidos políticos. Están dominados de una idea principal, la que tiene bajo su direccion la idea política que han adoptado; viene un caso de lucha, la idea política ha de ceder, porque es de un órden secundario; y como á fuerza de meter ruido habia figurado como principal, hace mas visible la contradiccion y deja en su desnudez la apostasía. Claro es que de esta regla no podia esceptuarse el partido llamado progresista: todas sus opiniones y simpatías están por los sistemas populares; pero no puede desentenderse de su pensamiento dominante, cual es comunicar al individuo y á la sociedad aquellas ideas y sistemas que son la norma de la escuela á que ha debido su orígen. No es menester preguntar si las ideas y sentimientos de una gran parte del pueblo español están en favor de esa escuela: basta recordar cuál ha sido su educacion, cuál su conducta durante los treinta años de nuestras revueltas; basta traer á la memoria hechos bien recientes, y sobre todo, basta dar una mirada á tanta sangre que está todavía humeando. Un señor diputado cuyas opiniones son bien conocidas, el Sr. Sancho, dijo que el actual congreso era una minoría con respecto á la generalidad de la nacion: y cuenta que no lo dijo porque el congreso fuera moderado, sino que se espresaba así para significar que aun las ideas de este congreso eran mas adelantadas que las dominantes en la generalidad de la nacion. Si esto se verifica con respecto á las ideas de los hombres del actual congreso, ¿qué será con relacion á otros que tanto mas se apartan de las ideas, sentimientos y costumbres del pueblo español?

Resulta de lo espuesto hasta aquí, que el partido progresista ó habrá de abjurar sus ideas sociales, ó nunca podrá desenvolver en Es-

paña de un modo franco y genuino, sus principios políticos. Estos son muy latos, muy populares; pues bien, que apele al pueblo, al verdadero pueblo, y este condenará sus sistemas. Los gefes de este partido lo conocen muy bien; y para eludir semejante compromiso, habrán de procurar que bastardeen instituciones políticas que ellos mismos ensalzan; habrán de apelar al pueblo; pero temerosos de su fallo cuidarán de que en su mayor parte no se interese en la contienda: he aquí una posicion eminentemente falsa, que por necesidad habrá de acarrear gravísimos males, y presentar á cada paso complicaciones muy difíciles. Cuando se trate de elecciones de diputados y senadores, se verán precisados á defender la eleccion por provincias y á combatir la que se haga por partidos; porque solo de esta manera podrán arrastrar la cuestion á la arena donde de vez en cuando pueden contar con probabilidades de victoria; cuando de armamentos, invocarán las clasificaciones, las escepciones, con variados pretestos; pero en realidad para que las armas no vayan á parar con abundancia á manos de aquel pueblo que no los ayuda; en una palabra, siempre habrán de procurar que el elemento democrático no se desarrolle sino en ciertos puntos y bajo condiciones determinadas; es decir, que incurrirán á cada paso en una contradiccion, abjurando sus propios principios y desvirtuando sus instituciones.

Pero quiero prescindir de todo esto, quiero suponer que la generalidad del pueblo estuviera de su parte, y que pudiesen desenvolver sus sistemas con toda estension, sin ningun recelo de suicidarse. Ni aun en tal caso, ¿podria convenirnos esa escuela que mira siempre con desconfianza el poder, que profesa aversion á las gerarquías antiguas, que dando una ecsagerada importancia á la libertad individual se olvida de asegurar cual conviene el órden público; de esa escuela que ve siempre al individuo, nunca á la sociedad?

No cumpliria á mi propósito entrar en cuestion sobre tantos puntos como se han controvertido y se controvierten aûn respecto á semejantes materias; pero diré dos palabras sobre los objetos mas capitales. Es una verdad evidente, y en que convienen en la actualidad todos los publicistas, que sea cual fuere el porvenir que haya de caber á las formas políticas de las sociedades europeas, por ahora, y atendida la organizacion de estas sociedades, necesitan un poder central, robusto y fuerte. Es cierto tambien que este poder en Europa es sinónimo de poder real, y esta es la razon porque todas las naciones de Europa, aun aquellas que se rigen por instituciones mas liberales, miran el trono como la principal salvaguardia, como el paladion de los grandes intereses de la sociedad: ¿qué bienes,

pues, podrá traernos un sistema que tan fácilmente se alarma por cualquiera estension de las facultades de la corona, y que siempre es de parecer de limitarlas y cercenarlas?

Otro de los principios dominantes del progreso, es el reducirlo todo al individuo; es esa aversion, ese horror á todo lo que es clase; ese temor de que adquiera preponderancia aquella que está encargada de la educacion religiosa y moral de los pueblos. Estas tendencias ¿á dónde se encaminan? ¿es acaso á satisfacer alguna de las grandes necesidades de la sociedad? ¿á qué ese prurito de igualarlo todo, de nivelarlo todo? Cuando es mas claro que la luz del dia que si algun grave peligro amenaza á las sociedades modernas, no es por la prepotencia de las gerarquías, sino porque á fuerza de individualizarlo todo, la sociedad ha quedado como pulverizada.

CAPITULO XIII.

Se ha formado entre nosotros un partido que cuenta entre sus miembros una parte muy selecta de la nacion; que apellidándose con distintos nombres y presentándose con formas mas ó menos constantes, ha ejercido mucha influencia en los negocios de nuestra patria; y que al parecer alimenta una conviccion profunda de que solo él es capaz de sacar la España á puerto seguro, y de labrar su prosperidad y grandeza. Pronunciando sin cesar las palabras *moderacion*, *oportunidad*, *tino y lentitud en las reformas*, *sin descuidar el afianzamiento de la libertad*, se halla persuadido de que posee la feliz combinacion de las dotes que se necesitan para gobernar bien en la presente época: como son, vasto saber, buena voluntad y un gran fondo de prevision y cordura.

No trato de rebajar en nada el mérito de estos hombres; pero séame permitido preguntarles, ¿cómo es que hayan presentado el estraño fenómeno de parecer fuertes mientras estaban por subir al poder, mientras combatian á sus adversarios, mostrándose luego vacilantes, flacos, incapaces de dominar las circunstancias así que han empuñado las riendas del mando? ¿cómo es esto posible? ¿no se han

aprovechado de las amargas lecciones que ha recibido la Europa por espacio de medio siglo? ¿cuál, pues, podrá ser la causa? ¿será la guerra? ¿serán circunstancias pasageras, pero inevitables? No negaré que haya sido mucha la influencia de estas causas para producir semejante efecto; pero la mas radical, la mas profunda, la mas eficaz, es otra muy diferente: es que los moderados han estado por lo comun en una posicion muy falsa, no se han levantado á bastante altura para comprender la verdadera situacion de España; y así es que sus palabras no han tenido un eco universal en la nacion española, y sus sistemas han encontrado, cuando no abierta resistencia, al menos una inercia invencible.

En esta última época, no han faltado hombres de ese partido que han levantado muy alto la voz para señalar la senda del bien, y que aunque pertenezcan á las ideas de moderacion, han mostrado, no obstante que habian meditado sériamente sobre la nacion española, arrojándose con noble resolucion á señalar los yerros que habian cometido sus propios amigos. Así es que observando atentamente el curso de las ideas, se nota que va formándose un nuevo partido moderado; y que si bien su nombre es el mismo, su bandera es diferente de la que habian enarbolado algunos de los moderados antiguos. Aun hay mas: y es tambien muy de notar que se van aprocsimando los viejos moderados á los nuevos, hecho que es muy fácil percibir en el lenguaje que han empleado de algun tiempo á esta parte.

Y á la verdad ¿cómo era posible que hombres de tan claro entendimiento, pudieran desconocer que mientras su sistema llevara el sello, aunque retocado, de una escuela muy aborrecida en España, no era posible que encontrase en la generalidad de la nacion ni apoyo ni simpatías? Los escesos de la revolucion francesa, dieron orígen á una nueva escuela, que si bien recibia muchas de sus inspiraciones de la del siglo XVIII, habia tomado por divisa: *escarmiento, desengaño.* Para esta escuela, los principios de la del siglo XVIII eran escelentes, sus miras muy altas y generosas; solo que tuvo la desgracia de ser demasiado amiga de teorías, de cuidar poco del ecsámen de los hechos, y sobre todo, los hombres encargados de realizarla, fueron hombres de mucho estudio, pero de ninguna práctica; y así es que si brillaron en el gabinete como sábios, cometieron gravísimos yerros cuando se vieron convertidos en hombres de gobierno. Como esta escuela ha estado muy en boga en Francia, puesto que algunos de los hombres mas célebres de esta nacion, ó la han fundado, ó han tomado en ella sus lecciones; como las vicisitudes de nuestra patria han arrojado frecuentemente á

paises estraños á los hombres que figuraron desde un principio en el partido liberal; como nuestras revoluciones y restauraciones han tenido alguna semejanza con las de Francia, no es estraño que á muchos de nuestros hombres los hayan deslumbrado aquellas doctrinas; mayormente cuando la instruccion de algunos de ellos fué bajo las inspiraciones de la filosofia del siglo XVIII, y no eran tampoco para desconocidos y olvidados, los desengaños y escarmientos que en tanta abundancia habian podido recogerse en la península.

En Francia puede ser mas ó menos peligrosa esta doctrina, podrá dar mas ó menos resultados, bien que al fin por necesidad se irá debilitando, á causa del gérmen de muerte que entraña en su seno; pero en España es inaplicable, encuentra siempre resistencia; y si hubiera empeño en seguirla, no haria mas que prolongar nuestra inquietud y desdichas. En ciertas épocas hemos visto que el sistema moderado podia formularse en estos términos: esto es *bueno* pero no *oportuno:* y la generalidad de la nacion que pensaba que ni era *oportuno* ni era *bueno*, oia con recelo semejantes palabras, y miraba á los moderados con aversion, ó cuando menos con suspicaz desconfianza.

Si estos hombres quieren dominar el porvenir de la nacion, si quieren que se les encomiende el curar los males de nuestra patria y labrar su prosperidad y ventura, es menester que se despojen completamente de las preocupaciones que les inspiraron sus primeros maestros; preocupaciones que los ciegan todavía, aun cuando les parece que han abandonado enteramente la enseñanza recibida en la escuela del siglo XVIII. Es menester que no muestren tanto apego á sus primeros recuerdos, tanto interés por ciertos principios, tanta esquivez hácia lo que á estos principios se opone; y que ecsaminen con cuidado su corazon, para ver si quizá algunas veces obedecerá á la influencia de antiguos rencores, fomentados y agriados mas y mas por las privaciones y padecimientos que les han acarreado las vicisitudes políticas.

No bastan ya, no, esos sistemas indecisos y flacos, que no parece sino que tratan de transigir con las pasiones de todos los bandos, y que al fin no consiguen otra cosa que ser odiados de todos, viéndose en la necesidad de sucumbir al primer choque: ¿tantas y tan costosas esperiencias no pueden ya haber desengañado? Los escesos de la revolucion le han enagenado muchas voluntades, y han ido separando de la lista de sus fautores á todos los hombres mas notables por sus talentos, por su saber y demas calidades; únanse de una vez con franqueza, con entera cordialidad, á la nacion española; abandónese ese lenguaje irritante, que sea cual fuere el comedi-

miento con que venia involucrado, al fin podia traducirse: *respeto tu religion, porque conozco que eres un fanático; no te doy mas grados de libertad, porque eres brutal y abusarias de ella;* muéstrese mas respeto á las creencias de ese pueblo, religioso, sí, católico, sí; pero noble, pero grande, pero generoso; haya seguridad de que no se erigirá en derecho la injusticia, que en lugar de la libertad no se pondrá la licencia, que con mil vanos pretestos no se falsearán las instituciones; llámese bien al bien, y mal al mal; y esto sin paliativos ni rodeos, y á buen seguro que no es ingrata la nacion española, para no reconocer los beneficios, no es tan poco entendida que no alcance á distinguir el verdadero mérito, ni tan falta de hidalguía, que no quiera tributarle la consideracion merecida (1).

CAPITULO XIV.

No hay otro medio: los hombres que han de gobernar la nacion, es menester que respeten altamente los principios que ella respeta; de otra manera, no hay que esperar remedio á nuestros males. Cuando una nacion ha estado por largo tiempo esclusivamente sujeta á la influencia de algun principio, llévale siempre grabado en el corazon, y espresado en su fisonomía; así como un individuo apenas puede despojarse en toda su vida, de las ideas, costumbres y modales que se le han comunicado en la infancia. El principio monárquico, y aun mas el católico, han tenido por largo tiempo bajo su influencia á la nacion española; y he aquí la razon de la gran fuerza que tienen en España estos dos principios; he aquí por qué han sobrevivido á tantos trastornos, por qué han resistido á tantos elementos disolventes como los han atacado; he aquí, por fin, la causa de que despues de siete años de la mas desecha borrasca, cuando parece que ambos debieran haber naufragado y descendido al fondo del abismo, vuelven á presentarse todavía sobre la superficie del piélago, la monarquía y la religion católica, ofreciendo una tabla de salvacion, y consolando el alma con lisonjeras esperanzas. Ob-

(1) Siete años han trascurrido desde que se escribió este capítulo: el partido moderado se ha visto en la desgracia y en la prosperidad: el público sabe lo que arrojan los hechos; júzguese por ellos.

servad si no el curso de las ideas, escuchad esa voz que se levanta por los cuatro ángulos de la península, para que se robustezca sin demora el poder, para que nada pierda el trono de su esplendor y magestad, para que se respete la religion católica, para que se asegure la subsistencia á sus ministros, y no se les disputen las consideraciones y la veneracion que por su alto ministerio les son debidas. ¿Qué significa todo eso, sino que vuelven á tomar su ascendiente aquellos mismos principios, que aun cuando parecieran casi ahogados por el torbellino de las pasiones y partidos, conservaban no obstante su vida en el fondo de los corazones, único asilo que les habia quedado? Estos dos principios son como los dos polos, en torno de los cuales debe girar la nacion española. Si se la saca de aquí, será sacarla de su quicio; yerro tanto menos perdonable cuando se reunen para prevenirle las lecciones de nuestra historia, y de bien reciente y dolorosa esperiencia.

Admitida, como ha de serlo por los hombres de todas opiniones, la fuerza que en España tienen los dos principios, el monárquico y el religioso, conviene notar ademas, que el religioso escede mucho al monárquico en firmeza y energía. Esta diferencia, que podria ya esplicarse atendiendo solo á los objetos sobre que versan esos principios, y á las relaciones que tienen con el corazon humano, fúndase con respecto á España en hechos propios y característicos. La religion católica ha sido desde Recaredo, la única religion de los españoles, y bajo su principal y casi esclusiva influencia, se han formado nuestras ideas, nuestros hábitos, nuestras costumbres, nuestras instituciones, nuestras leyes; en una palabra, todo cuanto tenemos y todo cuanto somos. Así es que en España las únicas ideas religiosas, son las católicas, los únicos sentimientos religiosos, son los católicos, y que el principio católico es fuerte, enérgico, esclusivo, incapaz de ceder terreno á ninguno de sus adversarios. En España no hay como en otras naciones, aquel sentimiento medio religioso, medio filosófico y literario, que se alimenta de las vaguedades del protestantismo, y de las inspiraciones de la filosofía, y que no esperimentando ni choques ni resistencia, y acercándose ya de suyo al frio indiferentismo, carece de suspicacia, como de calor y de fuerza. En España hay convicciones católicas muy vigorosas, sentimientos católicos muy profundos; y como ademas, la introduccion repentina de la filosofía de Voltaire hizo que se hallasen encaradas de golpe sin ningun preservativo, la religion católica y la impiedad, ha resultado que entre nosotros los sentimientos católicos son recelosos, suspicaces, se alarman con mucha facilidad, porque se les ha dado demasiado motivo para hacerlo.

Es menester no perder nunca de vista esas verdades, pues que ellas indican que por lo que toca á materias religiosas, no cabe en España transaccion, sino que es menester que el Catolicismo sea respetado y acatado en toda la estension de la palabra. No se verifica lo mismo con respecto á la forma de la monarquía; pues que si bien es verdad que el principio monárquico es muy robusto en España, y que aun tomado en el sentido absoluto no deja de tener, como es evidente, numerosos partidarios, sin embargo, no me parece que hay en esta parte tanta fijeza de ideas, tanto apego á determinadas formas, que la generalidad de los españoles no se acomodase de buen grado á las instituciones políticas que han sido combatidas con tanta tenacidad. La preponderancia del principio religioso sobre el monárquico, no se estrañará si se observa que este no se ha presentado bajo la misma forma en todos los periodos de nuestra historia, ni en todas las provincias de cuya agregacion se ha formado el reino. Las leyes de Castilla, de Navarra, de Aragon, de Valencia, de Cataluña; las colecciones de fueros, privilegios y libertades; la memoria de sucesos ruidosos, los restos bastante notables de antiguos usos, recuerdan todavía á los españoles que la monarquía no ha sido siempre entre nosotros tan absoluta é ilimitada como en tiempo de Cárlos III. No negaré que la monarquía absoluta estuviera profundamente arraigada, y que los hábitos de la nacion se le hubiesen completamente acomodado: observaré, no obstante, que bastaron las escandalosas escenas del reinado de Cárlos IV, para que el pueblo español escuchase sin alarmarse mucho, al principio de la guerra de la independencia, que era conveniente poner cortapisas á la autoridad del poder supremo, para que no abusase de su fuerza en contra de los verdaderos intereses de la nacion: y tengo para mí, que si los hombres del año 12 se hubieran convencido que la nacion española estaba fatigada de la tiranía de los privados, pero que no queria en cambio la tiranía filosófica, con todo el séquito de las teorías descabelladas de la escuela del siglo XVIII, y de la asamblea constituyente, no hubieran encontrado tan tenaz resistencia, ni hubiéramos visto nuestra desgraciada patria anegada en un piélago de sangre y de lágrimas.

Ahí está el orígen de nuestros males: en ese muro de division què se ha levantado entre la religion y la política, en haberse hecho el nombre de novedad sinónimo de irreligion, el de reforma sinónimo de destruccion, el de libertad, de licencia; y este pueblo grande y generoso, que á pesar de ser motejado de bárbaro por miserables habladores que no son capaces de conocerle, conserva un fondo de nobleza que pocas naciones sabrian imitar, ha dicho ya mas de una

vez: "si quereis la libertad, si quereis nuevas instituciones políticas, enhorabuena; hágase lo que se juzgue conveniente; pero si me engañais, conozco mi fuerza y sabré emplearla:" palabras terribles en boca de un pueblo como el español, que tiene tan vivo sentimiento de su fuerza, y que sabe echar mano de ella con tanto brio y energía, con tan heróica constancia. Yo no sé si se ha reparado en que este pueblo, á quien algunos han querido pintarnos tan indiferente, tan apático y tan abatido, es, sin embargo, el mas terriblemente tenaz é indócil cuando se le quiere manejar contra su voluntad, cuando se le quiere imponer la ley á la fuerza.

Todos los grandes ejércitos, todos los inmensos recursos, toda la habilidad y astucia del capitan del siglo, se estrellaron contra la firmeza y heroismo de los españoles. Las grandes naciones de Europa, esas naciones tan brillantes y poderosas, habian doblado humildemente su cerviz, y la tenian humillada bajo la planta del vencedor de Marengo, Austerliz y Jena; y los bisoños soldados españoles peleaban impertérritos con los veteranos imperiales, que venian orlados con los trofeos de la Europa vencida; y cuando las grandes capitales de Europa y sus mas inespugnables fortalezas se habian humillado ante los ejércitos franceses, contemplando sus triunfantes entradas con asombro y espanto, Zaragoza, Tarragona y Gerona, burlaban con su constancia y denuedo todos los esfuerzos del valor, de la esperiencia y del arte. Nadie ignora cuáles eran las grandes ideas que pusieron á la sazon en movimiento al pueblo español: *religion, patria y rey;* he aquí las palabras que circulaban por todas las bocas, he aquí lo que resonaba en todas partes, lo que se aclamaba en el combate, lo que se oia en los himnos de victoria, lo que daba aliento y esperanza en la adversa fortuna; he aquí lo que comunicaba á los españoles aquel brio y energía que les grangeó la admiracion de la Europa entera.

Cuando los pueblos están dominados de ideas tan grandiosas, adquieren aquel temple de alma necesario para salir airosos de las mayores empresas. Como ideas semejantes se ligan con todo lo mas caro que tiene el corazon del hombre, y con cuanto le inspira mas veneracion y acatamiento; la accion que de ellas resulta es irresistible, duradera, tenaz, á la prueba del tiempo: y si ha llegado á encrudecerse con el combate, es menester, ó respetar las ideas del pueblo ó aniquilarle. Los choques vivos, la compresion lenta y poderosa, no conseguirán mas que aumentar fa fuerza y elasticidad del resorte; éste gastará siempre el agente que le contraresta, y si una mano imprudente se le opone de golpe para detenerle del todo, esta mano será hecha pedazos.

CAPITULO XV.

En medio de la grande actividad y energía que distingue el carácter español, nótase con dolor que hay una inmensa masa de ciudadanos que se abstienen de tomar parte en los negocios públicos, limitándose á comunicar sus ideas y desahogar sus sentimientos en el seno de la amistad y de la confianza. Para convencerse de la verdad de este hecho, basta recordar lo que sucede casi siempre en toda clase de elecciones. No negaré que esta conducta haya acarreado gravísimos males; pero no me parece que deba buscarse la causa de tal comportamiento en algun defecto del carácter español; antes sí en las circunstancias particulares en que se ha encontrado nuestra patria.

Desde que sucumbieron las comunidades de Castilla en los campos de Villalar, escasa parte cupo por mucho tiempo á la nacion española en el manejo de sus negocios. Arrojados de las cortes el clero y la nobleza, falseada, ó mejor diremos, aniquilada de mil modos la representacion de los procuradores, cercenadas, escatimadas ú olvidadas por el desuso las amplias libertades de los pueblos de la corona de Aragon, concentráronse todos los poderes en el consejo de los reyes, sin que por largo espacio cuidase la nacion de otra cosa que de obedecer. Vino el año 12, é introdujéronse las formas representativas; y como estas se amoldaron enteramente á la constitucion compuesta por la asamblea constituyente, fué todo tan nuevo para el pueblo español, que en su generalidad apenas tomó, ni tomar pudo, parte alguna. En treinta años de guerras, disturbios y revueltas, son ya muy repetidos y sobrado costosos los escarmientos sufridos por los hombres que se arrojaron á figurar en uno ú otro sentido: unas reacciones se han sucedido á otras reacciones; unas violencias á otras violencias; y tantas emigraciones, persecuciones y patíbulos, han debido dejar en los ánimos una impresion profunda.

No habiéndose visto en toda esa época ningun gobierno que contase con estabilidad y firmeza, pues que hasta en los intervalos de paz aun se mantenia la actitud de quien siente temblar la tierra bajo sus plantas, ha debido cundir entre cuantos tuviesen algo que perder, cierto espíritu de concentracion dirigido esclusivamente á la conservacion de sus familias é intereses; resultando de aquí esa aver-

sion á figurar en público, ese miedo que se tiene á los compromisos políticos, y ese aislamiento en que se hallan unos con respecto á otros tantos ciudadanos, que por otra parte están muy acordes en sus opiniones.

Para que los hombres se reunan, es menester un punto de reunion, una enseña que los guie, un nombre que les sirva de seña, una cabeza inteligente que plantee y dirija la organizacion, y una mano robusta, capaz de empuñar la bandera, de enarbolarla, y de marchar con resolucion á su destino. Todo esto lo han tenido los partidos, pero no la nacion; é inclinándose ahora á unos y despues á otros, se ha visto al fin burlada de todos; sin que ninguno de ellos haya sido capaz, ni de hacer su dicha, ni de curar sus males, ni siquiera de asegurarle sosiego.

Quéjanse algunos de que no hay en España entusiasmo por la libertad, de que una parte del pueblo la combata, y otra la mire con indiferencia; y esta cantinela se repite sin cesar, mayormente en tiempo de elecciones; pero deberia reflecsionarse que los pueblos no pueden amar aquello que no les proporciona beneficios, y no beneficios imaginarios y de palabra, sino reales y positivos. Y pregunto yo: ¿cuáles son hasta ahora los beneficios que nos ha traido la libertad? Fuera de desear que se nos señalase uno solo, diciéndonos: "al pueblo se le ha aliviado de tal ó cual carga, tal ramo de industria ó de comercio ha progresado, tal ciencia ha dado algunos pasos, tal institucion ó establecimiento público ha recibido considerables mejoras:" yo creo que nadie podrá decírnoslo, y así es que no ha de parecer estraño que el pueblo español no se tome por las nuevas formas políticas el interés que algunos quisieran. Si las cortes no han de ser otra cosa que una arena donde luchen la ambicion y demas pasiones, ó cuando mas un liceo donde ostenten sus talentos y saber algunos oradores ilustres, sin que de tanto aparato descienda hasta los pueblos una sola gota de provecho, bien claro es que todos los hombres que no estuviesen interesados en figurar, dirian para sí: ¿de qué sirve todo eso? Si yo pago como antes, si yo trabajo como antes, si ademas, hallo menos proteccion para mis intereses, atendidas las revueltas que han sobrevenido cada vez que se ha tratado de libertad, ¿qué gano yo con ella? ¿por qué tengo que hacer costosos sacrificios para alcanzarla, si veo que en vez de dárseme libertad verdadera no se me da mas que un nombre?

Si no se consigue á fuerza de cordura y sabiduría inspirar la confianza necesaria para que desaparezca ese indiferentismo, no hay esperanza de ventura para esta desgraciada nacion. La razon es clara: las instituciones vigentes, son instituciones de representacion,

instituciones cuyo objeto es dar á la inteligencia y á la voluntad de la nacion, una influencia en los negocios públicos: mientras dure el indiferentismo, no tomarán parte en las elecciones una gran parte de los españoles, ó al menos lo harán con flojedad, con indiferencia, solo por condescender á los ruegos é instancias de algunos importunos. En tal caso, estará una gran parte de los españoles sin ser representados, ni en los ayuntamientos, ni en las diputaciones provinciales, ni en las cortes; es decir, que teniendo por la ley un gobierno de mayorías, en la práctica lo tendremos de minorías. Y siendo gobernada la nacion de un modo tan irregular, ¿qué podremos prometernos de bueno? En tiempo de elecciones, cuando se quiere conocer el desarrollo que va teniendo el espíritu electoral, se echa mano de un medio que, á mi juicio, puede inducir á equivocaciones muy graves: el medio consiste en contar el número de electores que han tomado parte en la eleccion, infiriendo que la eleccion es tanto mas genuina, cuanto mayor es el número de electores que han usado de su derecho. No diré que sea este un barómetro inútil; pero sí que su manejo requiere algunas consideraciones que no se pueden olvidar, so pena de que los resultados salgan muy diferentes de la realidad. Pueden darse circunstancias en que un partido despliegue una grande actividad, y que para alcanzar victoria, inste vivamente á la masa de ciudadanos indiferentes, y llegue á obtener que éstos, ó porque necesiten proteccion á causa de las circunstancias del tiempo, ó por pura condescendencia, se dejen como arrastrar hasta la urna para echar allí una lista que se les ha entregado, pero que ellos no han leido ni consultado tampoco con los hombres representantes de la opinion á que los votantes pertenecen. Cuando esto se verifique, el número de votos será crecido; y sin embargo, el pais no estará representado, porque los votos se habrán dado sin conviccion, sin voluntad, sin conocimiento siquiera. Deberia atenderse al número de votos, sí, pero no aisladamente, sino que deberian llevarse en cuenta las circunstancias en que se encuentra el pais; de otra manera no se podrá formar juicio cabal y esacto. Si quisiera insistir en la comparacion del barómetro, recordaria que para hacer buen uso de este instrumento cuando se le aplica á la medida de alturas, no basta mirar la elevacion del mercurio, sino que es necesario atender á la latitud del lugar y á la temperatura de la atmósfera. Quizás uno de los mejores indicios de que se va desarrollando el espíritu electoral, y de que las elecciones son genuinas, seria el ver que se hallan representadas las varias opiniones del pais, y que no está sin representante ninguna de aquellas de cuya ecsistencia no se puede dudar.

Si se quiere que las instituciones representativas no sean un fecundo semillero de males, es menester no perder nunca de vista la necesidad de hacer los mayores esfuerzos para que el pais sea representado legítimamente. Si esto pudiera alcanzarse tengo para *mí que no serian temibles para España ni aun las instituciones mas* latas; porque el pueblo español es de los mas sensatos del mundo. ¿Se quiere una prueba de gravedad y cordura de este pueblo? He aquí lo que sobre él referirá la historia: "Circunstancias aciagas entregaron á esa nacion desventurada á merced de las pasiones; repetidas veces vió cambiada su ley fundamental: la monarquía absoluta, el estatuto real, la espectativa de su reforma, la constitucion de 1812 y la de 1837, todo eso recorrió en brevísimo tiempo; y en medio de *una guerra de sucesion*, en *una minoría*, estando la nacion entera como una pirámide asentada sobre su vértice, resistióse siempre á las instigaciones de los perversos; y si bien hubo de presenciar que se cometian crímenes atroces, no se pudo recabar jamas de ella que los ayudase, ni los aprobase, ni que hiciera ninguno de aquellos terribles movimientos en que los pueblos se levantan en masa y se precipitan como una inmensa mole sobre las leyes é instituciones, aniquilando de un golpe el órden social, y ofreciendo aquellas horrorosas catástrofes de que nos presentan tan lamentables ejemplos algunas naciones vecinas." Esto dirá la historia, y la posteridad responderá que un tal pueblo era bien digno de mejor suerte.

CAPITULO XVI.

Hay entre nosotros un elemento de bien que si se aprovecha cual merece, puede producirnos inmensas ventajas: hablo de la *unidad religiosa*. No falta entre nosotros quien la haya combatido; ¿pero se ha pensado bastante en el hondo abismo en que nos sumiriamos si por desgracia llegásemos á perderla? ¿se ha pensado bastante en que tal es el estado de las sociedades modernas y tantas las fuerzas disolventes, que tal vez nos envidien esta dicha, este elemento de conservacion, los primeros políticos de Europa? El mal que aque-

ja á las sociedades modernas, la tremenda enfermedad que corroe sus entrañas y amenaza darles la muerte, es la falta de trabazon, de enlace, y el no saber siquiera de qué echar mano para remediarlo. Jamas se habia visto la sociedad con un desarrollo tan general, tan grande y tan simultáneo de fuerzas morales y físicas, jamas se habia visto tanta accion, tanto movimiento; pero observando atentamente la verdadera situacion de las cosas, sin dejarse fascinar por vanas apariencias, se nota la falta de un principio regulador, de una accion que encamine esa muchedumbre de fuerzas hácia el bien de la sociedad, impidiendo que tomen una direccion divergente y acaben por destrozarla y disolverla.

Los gobiernos son muy débiles cuando no están asentados sobre un sistema homogéneo y compacto de sábias instituciones; y cuando no obra sobre la sociedad algun principio robusto, que seguro del ascendiente que ejerce sobre los ánimos tome confiadamente á su cargo el porvenir, las escisiones y los choques, ó remediar el mal efecto si ya hubieren sobrevenido. Mayormente, cuando una nacion ha pasado tan largo espacio en una guerra sangrienta y atroz, aunque haya llegado á sosegarse, queda siempre con aquel dejo de malestar, resultado natural de enfermedades muy largas y crueles: y es necesario dilatado tiempo para que los lazos sociales vuelvan á recobrar aquella firmeza y suavidad, que formando, por decirlo así, el buen punto y sazon de la salud social y órden público, afianza la libertad bien entendida. El hábito de desobediencia y resistencia que con la guerra se ha hecho familiar; el espíritu de despotismo de que se resienten las autoridades, por aquella inclinacion natural que nos lleva á emplear un esceso de fuerza cuando contamos con grande resistencia; el tránsito repentino de la estremada violencia á la escesiva debilidad; la ferocidad que mas ó menos ha cundido por todas partes, creada por el continuo espectáculo de combates, de patíbulos, de asesinatos y de incendios; fomentada por la ecsasperacion de los ánimos, avivada por el choque de toda clase de opiniones é intereses, y sostenida, disculpada, legitimada y hasta consagrada con los nombres de virtud, de justicia y de heroismo, por aquella lógica ciega y cruel que en épocas tan desastrosas saben emplear los partidos; todas estas causas se reunen y se combinan de un modo terrible para producir un desórden moral, que reclama cuidados muy solícitos, muy cuerdos, si se quiere evitar el que degenere en un verdadero desórden físico. Es imposible cicatrizar de golpe todas las llagas, es imposible satisfacer todos los intereses vulnerados, es imposible lograr que vivan en pacífica comunion opiniones tan diferentes y tan opuestas, como que poco antes se peleaba por ellas

en las calles y en los campos; empiezan entonces á murmullar los resentimientos y rencores, sobrevienen las venganzas particulares, ecsígese que á ellos se prostituya la justicia pública, y ¡ay de la nacion que no echando mano de un principio moral, fuerte y poderoso no procura borrar suavemente la huella de los antiguos males, conciliando los ánimos y haciendo que transijan, cuando menos, las opiniones y los intereses que han sostenido la lucha!

Cabalmente en semejantes circunstancias, por mas fuerte que sea el gobierno, por el prestigio de grandes y recientes victorias, ó por disponer de poderosos recursos militares, tiene empero la desventaja de no inspirar entera confianza. Una gran parte de sus gobernados se consideran como vencidos, y aun cuando los proteja, se hallan en posicion semejante á los prisioneros en campo de batalla, que contemplan con cierto despecho al general enemigo, aunque esté recorriendo las filas de los vencedores, recomendando generosidad y buen comportamiento.

Al contemplar á esa nacion tan desgraciada, agobiada de tantos infortunios, desengañada de tantos sistemas, fastidiada de tantos, tan vários y errados gobiernos, fatigada de ser el instrumento, el juguete y la víctima de los intereses, pasiones y mezquindad de los partidos; al oirla clamar á voz en grito por órden, por gobierno; al verla cuál busca afanosa el equilibrio perdido y el sosiego de que tanto necesitan sus males, ensánchase suavemente el corazon y discurre la fantasía por un porvenir venturoso, al pensar en la dicha que nos cupiera si la Providencia nos deparase un buen gobierno. Un gobierno que aprovechándose de tantos elementos de bien como se hallan esparcidos entre nosotros, echando mano de tantos medios de accion como le rodean, se levantase con dignidad y nobleza sobre la infectada atmósfera de los partidos, se colocase al frente de la nacion española, se uniese estrechamente con ella en ideas y sentimientos, y mostrándole el verdadero camino de la dicha y de la prosperidad, le dijese: "Marchemos por este sendero, sígueme con entera confianza; tú me prestarás el apoyo de tu fuerza, y yo te corresponderé lealmente con mi direccion y mis desvelos."

Cuando sobreviene alguna de esas grandes crísis, como la en que se halla actualmente la nacion española, ofrécese una ocasion muy á propósito para conducir á un pueblo por el camino que mas le conviene. Es menester aprovechar la ocasion porque es fugaz; y ya hemos visto mas de una vez que por no haberla aprovechado nuestros gobiernos en las épocas críticas, se ha dejado en el seno de la nacion el gérmen de tantas catástrofes. Preocúpanse entonces los hombres superficiales con el restablecimiento de la paz y del ór-

den; sin advertir que una nacion conmovida hasta sus cimientos, no puede recobrar de un golpe el aplomo perdido. Sea enhorabuena que el pueblo sencillo se abandone con efusion al júbilo y alborozo á la sola llegada de una noticia que asegure el término de la guerra civil y parezca dar fin á la cadena de nuestras desgracias; pero los hombres pensadores deben mirar mas allá, deben recordar que á los políticos del año de 12 los sorprendieron los sucesos del año 14, que en pos de estos vino la revolucion de 1820, que en el año de 23 entraron los ejércitos de la Santa Alianza para derrocar la constitucion y entregar el mando á los realistas; y cuando parecia que estos afianzaban su poder arrebatando á los liberales toda esperanza, vino á ponerlos en alarma la revolucion francesa de 1830; y apenas se recobraban del primer susto, cuando el nacimiento de la princesa de Asturias, la enfermedad del rey, y luego su muerte, cambiaron enteramente la faz de las cosas, resonando por los cuatro ángulos de la península el grito de libertad.

¿Qué significa todo eso? Significa que si una nacion no halla en sus instituciones la sólida garantía de su tranquilidad, si tiene librada la suerte en la vida de alguna persona, si por no haberse acertado á ponerlo todo á plomo se la mantiene en una posicion violenta, nunca falta una circunstancia para causar un sacudimiento; y entonces se manifiesta de golpe la debilidad del edificio. Hasta ahora, preciso es confesarlo, ninguno de nuestros gobiernos ha acertado á cerrar el cráter de las revoluciones, y por eso se han reproducido sin cesar, y mas terribles cada vez, y se reproducirán en adelante si la máquina de gobierno no se asienta sobre una basa, que con su anchura y solidez pueda asegurarnos de que no bastará un empuje cualquiera para sumirnos en nuevas catástrofes. Si esto se hiciere, todos los sucesos que vayan verificándose, ya en España, ya en lo restante de Europa, no tendrán para nosotros mas importancia de la que esté comprendida en su esfera natural: de otra suerte un casamiento, una muerte, una guerra con una nacion cualquiera, un cambio político en un pueblo vecino, una desavenencia entre las grandes potencias; en una palabra, el suceso mas insignificante, tendrá en continua alarma al gobierno, pondrá en zozobra las instituciones y la dinastía; así continuará la nacion en aquella sorda inquietud que no deja consolidar nada ni prosperar nada, y sentiránse de vez en cuando aquellas oscilaciones que indican un terreno minado, y anuncian para mas tarde esplosiones espantosas. Lo diré de una vez, no habrá paz, sino treguas; se divisarán de continuo en el confin del horizonte la revolucion y la guerra civil; y no sé si puede imaginarse el término á donde podriamos ser conducidos, si

algun dia volviese á resonar entre nosotros el grito de guerra. Si no acertásemos á tener cordura, por cierto que no seria por falta de buenos maestros; ya que hemos tenido los mas escelentes que se conocen, cuales son la esperiencia y la desgracia.

CAPITULO XVII.

Despues de haber hecho una fiel pintura de nuestra situacion, traido á ecsámen todas las opiniones que se disputan la preponderancia, hecho como una residencia general de todos los partidos, y manifestado, segun me parece, hasta la evidencia con cuánta verdad decia en el prólogo que era *estraño á todos* ellos; despues de haber indicado las causas de nuestra revolucion, fijado su carácter y esplicado varias anomalías; despues de haber señalado varios escollos é indicado tambien un rumbo, no quiero soltar la pluma de la mano sin espresar claramente lo que pienso sobre las reglas generales á que debe ajustarse la conducta del gobierno. Lo diré con brevedad, pero liso y llano, sin rodeos ni embozo, porque estamos en el caso de hacerlo asi. Para poder decir algunas verdades sobre nuestra situacion, no es necesario haber mediado en los negocios públicos, lo que se necesita es haber observado y meditado. Aqui no se trata de negocios, sino de revoluciones; no de hechos encerrados en el secreto de un gabinete, sino de sucesos que tienen sus ramificaciones en toda la sociedad, que se presentan á la luz del dia; no son preciosidades ni objetos raros, patrimonio esclusivo de un museo, sino fenómenos grandes, ruidosos, pudiendo estudiarlos cualquiera que guste de observar la naturaleza. ¿Y quién nos asegura que algunos hechos no se vean mejor á una cierta distancia? Los mas grandes son como las figuras colosales, que para verlas en su verdadero punto de vista, es necesario retirarse hasta cierto trecho. Por lo demas, y aunque en cierto modo me proponga formular un sistema, daré otro testimonio solemne de que no me anima ningun espíritu de partido en la misma altura en que voy á poner la cuestion.

Dando una ojeada sobre la sociedad española, la institucion polí-

tica que mas alto descuella, la que se presenta en la cima como coronando el edificio, es la monarquía. Por lo que á esta toca, me parece, ó mejor diré, estoy profundamente convencido, de que es altamente necesario afirmarla, robustecerla, y de todos modos desenvolver la constitucion del Estado en sentido monárquico, *tanto como fuere posible.* Ya llevo demostrado que el principio monárquico es muy poderoso en la sociedad española, y que es menester respetarle si no se quiere arrojar la nacion en un círculo de vaivenes y trastornos; réstame ahora observar, que lejos de que los hombres de mando hayan de mirar esto como un obstáculo, han de considerarlo mas bien como el medio mas poderoso de gobierno. En efecto, el peligro que amenaza á las sociedades modernas no es la esclavitud, sino la anarquía: siendo conducidas á ella por dos causas, la una su misma organizacion material, y la otra su estado moral. Abolida enteramente la esclavitud, derribados hasta los restos del feudalismo, niveladas las antiguas gerarquías, y confundidas casi enteramente las clases, se presenta un cúmulo inmenso de fuerzas individuales que obran todas á la vez, de frente, en una misma línea; y que si no han de producir grandes trastornos, necesitan una accion directriz, rápida, vigorosa, acertada y al mismo tiempo muy suave. A ese estado se iban encaminando ya desde mucho tiempo las sociedades europeas; y como hay una Providencia que cuida de que se satisfagan las grandes necesidades, vemos en Europa la monarquía con varias formas, con mas ó menos poder, con mayor ó menor estension de facultades, pero presentándose siempre como una institucion tutelar y vivificante; reuniendo las condiciones de gobierno del mejor modo posible. Sí: la monarquía tal como se ha encontrado entre los pueblos cristianos; pero no en ninguna otra parte ha resuelto el difícil problema de gobernar grandes naciones donde fermentaba con vivo calor la inteligencia, donde bullia todo linage de pasiones, donde no habia el recurso de sacar de juego una parte de las fuerzas por medio de la esclavitud, sino formadas de millones de hombres, todos en su dignidad, todos libres.

Esta es la causa porque se ha visto á los pueblos europeos propender instintivamente hácia la monarquía, esforzándose por adquirirla cuando no la tenian, por consolidarla cuando vacilaba, por robustecerla cuando era débil, por estenderla cuando era demasiado circunscrita, y agitándose en terrible convulsion por restaurarla, si por algunos momentos la han llegado á perder. En Inglaterra hubo las revoluciones mas duraderas y profundas que imaginarse pueden; todas las ideas tuvieron su curso, todos los sistemas su aplicacion, todos los planes su ensayo; pero todo naufragó, y en medio de

la universal catástrofe volvió la monarquía á sobrenadar, volvió á establecerse y á consolidarse, y á pesar de la popularidad de las formas y de un espíritu de la mas amplia libertad, el trono se conserva en Inglaterra poderoso, brillante, rodeado de la veneracion y acatamiento de los pueblos. En Francia hemos presenciado el mismo fenómeno; y es bien singular que en ninguno de los pueblos mas notables de Europa, ninguna revolucion ha sido bastante para anonadar la monarquía.

A mas de las convicciones profundas que á favor de la monarquía han debido crear en Europa hechos tan grandes y palpables, y á mas de las costumbres que en el propio sentido han debido formarse en los pueblos, hay todavía algo mas: es el sentimiento monárquico, ese sentimiento que se hermana admirablemente con el de la propia dignidad, que pertenece esclusivamente á los pueblos cristianos, que nada tiene de comun con la abyecta humillacion de los esclavos de Oriente, que es un abundante semillero de pensamientos pundonorosos, un resorte para nobles acciones, que se enlaza íntimamente con el amor de la patria, y que hace llevaderos, suaves, dulces, los lazos de la obediencia. Este sentimiento no tiene solo por objeto la institucion de la monarquía, sino tambien la conservacion de las familias que ocupan el trono; circunstancia notable que da lugar á observaciones delicadas. La Europa moderna ha heredado de la vieja Europa una porcion de razas reales, de familias ilustres, cuya cuna está cubierta con la oscuridad de los tiempos: y esto que á primera vista podria parecer una cosa insignificante, y que á los ojos de una filosofia mezquina y seca, pudiera presentarse como un mal, ha produdido y produce beneficios inmensos. Las instituciones muy grandes no son para improvisadas; las personas que han de figurar en la cima es menester que estén como cubiertas con un velo misterioso. Por esta razon, y esceptuando el caso en que la Providencia lanza sobre la tierra algun genio para que se realicen estraordinarios destinos, un hombre comun no puede de repente convertirse en rey. No fué pequeña suerte para las provincias unidas el tener en su seno la casa de Orange, que bajo distintas formas pudiera en cierto modo reemplazar el trono; la Francia en la revolucion de 1830, al quedar el trono vacante por la espulsion de la primera rama, puede dar gracias á la Providencia por haberse encontrado con la casa de Orleans; y algunos pueblos de América ni hubieran sufrido tanto, ni tendrian á su vista un porvenir tan nebuloso, si al emanciparse de la dominacion europea hubieran tenido algunas familias que por su antigüedad é ilustre sangre, se hubiesen hallado como preparadas para ocupar un trono.

Sobre ellas se hubiera fijado naturalmente la vista; y en medio de los víctores á la independencia y á la libertad, se las hubiera colocado en la cima del poder, y se hubieran ahorrado torrentes de sangre. Estas son verdades, y verdades grandes que abisman al filósofo en meditacion profunda sobre los secretos del corazon del hombre, y sus íntimas relaciones con los destinos de la sociedad.

Este sentimiento monárquico, que ecsiste en todas las demas naciones de Europa, se halla tambien en España, y no como quiera, sino muy vivo, muy enérgico, como que está radicado en las ideas religiosas por tanto tiempo invariables, robustecido con la antigüedad, identificado con los hábitos y enlazado con los mas grandes recuerdos nacionales. Este mismo sentimiento, que tan vivo se manifiesta en todas partes donde puede espresarse el pueblo español, y que no han podido desarraigar los mayores trastornos, ha puesto á cubierto el trono en las azarosas épocas que ha recorrido esta nacion, haciendo que la revolucion española no se manchara con los horrendos crímenes de las de otros paises. No: en España no ha rodado sobre un cadalso la augusta cabeza de un rey; en España no se ha derramado una sola gota de sangre real; en España, en ese pueblo á quien se insulta llamándole bárbaro, no se encuentran como en Inglaterra y en Francia asesinos de reyes.

¡Qué hermoso contraste nos ofrece en este punto la historia de nuestra patria! Ved esa Francia donde se cuenta una larga serie de reyes asesinados alevosamente, serie terminada por el horroroso suplicio del infortunado Luis XVI; ved cuál despues de la restauracion no faltan todavía sicarios que manchan sus manos con la sangre de la real familia, y despues de la revolucion de 1830, asestan de continuo sus tiros contra el pecho de Luis Felipe. En Inglaterra, despues de los crímenes que nos recuerda su historia, ¿no hemos visto recientemente un atentado contra la vida de su jóven reina? era un loco. ¡Ah! en España no toma la locura esos temas. Entre muchas glorias del pueblo español, que no olvidará la historia, entre los hechos que consignará como pruebas evidentes de su generosidad é hidalguía, podrá referir que este era el pueblo mas valiente del mundo, el pueblo que en la guerra de la independencia y en la última de sucesion, ha mostrado un heroismo, que á no ser tan reciente, rayara en fabuloso, el pueblo que mas sabia despreciar sus haciendas y su vida; y en medio de una revolucion terrible, de una guerra de sucesion tan encarnizada, no se encontró jamas un hombre que levantara su mano parricida contra las augustas reinas, ni tampoco un asesino que vibrase su puñal contra el pecho del príncipe que sostenia sus pretensiones desde Estella.

Mediten sobre tales hechos los hombres que en adelante pueden influir en los destinos de la nacion, aprécienlos en su justo valor; y vean de no debilitar, de no desvirtuar de ninguna manera este sentimiento monárquico, que se conserva en el fondo de la sociedad española, como un poderoso preservativo de grandes males, como un precioso gérmen de grandes bienes. Ahora no hay ya el pretesto de que sean temibles las privanzas; ya no hay que decir que el trono pueda esclavizar; son imaginarios los temores de despotismo. El solo peligro que nos amenaza es la anarquía: sí, la anarquía, porque este es el escollo, el principal escollo en que pueden estrellarse las naciones modernas. Prescindiendo de circunstancias estraordinarias, y de consiguiente pasageras, ¿es acaso tan fácil esclavizar? aun en las naciones de Europa, que están bajo la monarquía absoluta, cuando se les aplica la palabra de esclavitud, se usa de una palabra sin significado, se las calumnia. En el estado actual de la sociedad europea, es demasiado grande el número de las cabezas que piensan, tienen sobrada fuerza las pasiones que bullen, sobrado ascendiente los intereses que figuran, imponen demasiado respeto millones de hombres que conocen y sienten su dignidad, para que un gobierno abuse mucho de su fuerza, y se arroje á esclavizar. ¿Y qué será en aquellos paises donde hay formas latas, donde en muchos sentidos tiene el poder real señalados sus lindes, donde está en vigor la libertad de imprenta, esa palanca colosal capaz de levantar el mundo? Consérvese, pues, el trono con toda magestad, no se ofusque su esplendor, no se escatimen sus prerogativas, no se le disputen mezquinamente sus facultades, desenvuélvase la constitucion en un sentido monárquico, y no se olvide que sin trono no tendriamos poder, y que sin poder no hay órden, sin órden no hay obediencia á las leyes, y sin obediencia á las leyes no hay libertad; porque la verdadera libertad consiste en ser esclavo de la ley.

Otra de las causas que conducen á los pueblos modernos á la anarquía, es su estado moral; es la anarquía de ideas, la duda: ese vértigo que ha herido tantas cabezas, esa confusion que reina en todas partes, que amenaza envolver en las tinieblas las ideas del bien y del mal, borrar todo rastro de moralidad, destrozar los cimientos de las sociedades, y quebrantar los lazos de las familias. De todo se duda, hasta de la duda misma: la impiedad no domina, la indiferencia no satisface, pero la fé tampoco prevalece: el principio del interés privado no triunfa, pero los grandes principios de la moral tampoco recobran el debido ascendiente. No es pequeña la porcion que de tan funesta anarquía ha cundido entre los españoles; pero es menester confesar que las doctrinas religiosas conservan to-

davía mucho poder, que el principio católico es muy robusto, que la impiedad no se ha estendido á las masas, y que en su generalidad el pueblo español todavía cree: ventaja imponderable que puede producir á la nacion los mayores beneficios.

En efecto: hay otros pueblos que despues de haber sufrido el disolvente influjo de todas las sectas, fatigados de agitarse por el torbellino de las revoluciones, buscan otra vez el apoyo de la religion; pero como en ellos el principio católico, ó habia perecido ó se hallaba muy debilitado, tienen el sentimiento religioso indefinido, vago, sin fé ni esperanza: sombra vana que abraza el hombre en medio de sus desengaños y escarmientos, tabla débil y resbaladiza, á que pretende asirse jadeando en medio de los horrores de un naufragio. En la nacion española no es así: la revolucion ha pasado por ella; pero el catolicismo vive aún, con sus principios fijos é invariables, con sus convicciones robustas, con sus altos pensamientos, con aquel lenguaje de seguridad que revela al hombre con toda certeza su orígen y su destino, con aquel ademan magestuoso que le marca la línea de sus deberes. Ahí está, en medio de esa sociedad disuelta, conservándose como columna en pié, en medio de un campo de ruinas. ¡Ay de nosotros si llegásemos á perder esa alhaja preciosa, si llegásemos á desasirnos de esa áncora, sola que puede salvarnos en tan desecha tormenta, si perdiéramos de vista ese faro que esclarece un horizonte de tinieblas!

¿Y qué debe hacer el gobierno con respecto á la religion? ¿qué es lo que se le pide? Sus deberes son claros; no es menester indicarlos; y lo que se le pide es bien poca cosa: *que no destruya*. Respete el sagrado de las conciencias, aplicando á este objeto el mismo principio de libertad; respete los derechos del clero como se respetan los de los otros ciudadanos; no consienta que en las universidades y demas establecimientos de enseñanza, se abran cátedras de impiedad ó de otras sectas anticatólicas; no tolere que la prensa pervierta ni corrompa; y lo demas ya irá marchando por sí mismo, que la obra de Dios no necesita de la débil mano del hombre.

¿No se ha dicho que debia reformarse el clero? ¿no se ha dicho que el clero era enemigo de reformas, porque medraba al abrigo de los abusos? pues hágase la prueba: imagínese un plan, un arreglo cualquiera, sobre los gastos de culto, sobre la manutencion de los ministros, sobre los puntos mas delicados de disciplina; pero hágase todo en la debida forma, con la debida autorizacion del Sumo Pontífice; sepa el clero que puede adherirse al nuevo arreglo, sin faltar á sus sagrados deberes; entonces se verá si el clero español tiene esa ciega terquedad que se ha querido suponer, y si obra por

conviccion ó por miras interesadas. ¿Es posible que todo se haya disculpado, que los mayores crímenes se hayan atribuido á ciertas teorías de suyo estraviadoras, que se haya siempre alegado la inesperiencia, la fogosidad, las ilusiones, es decir, que se haya siempre procurado poner á cubierto la moral del hombre y respetado su intencion, y solo en tratando del clero se haya tenido el empeño de presentarle sin convicciones, suponiendo que obraba por meros intereses?

Con mucho tiento es menester que ande el gobierno siempre que trate de tocar semejantes materias: un yerro en este punto seria inescusable. Ya no estamos en aquellas épocas en que se alarmaba fácilmente á los monarcas y á los pueblos, poniéndoles á la vista como un espantajo el engrandecimiento del poder de la curia romana; ya no hay ni pretesto siquiera para hablar de ecsageradas pretensiones de la corte de Roma; solo se trata del Catolicismo, de los derechos inherentes á la cátedra de San Pedro, de puntos de disciplina acatados en toda la Iglesia católica.

En Francia, ¿no triunfó la revolucion? ¿no es Luis Felipe el monarca de Julio? Y véase no obstante, si se trata allí de entrometerse en el sagrado de las conciencias: véase cómo no prevalece allí aquel espíritu pequeño y rencilloso, inspirado por el maligno aliento de los discípulos de Port-Royal, ó por el mal humor y desabrimiento de canonistas ilusos. Y es que allí se ha palpado que es una desgracia inmensa el subordinar las altas miras de un gobierno á las miserables miras de algunos sectarios; el ser un gobierno el instrumento de la ambicion de unos pocos hombres, el eco del resentimiento de algunas personas que se creen agraviadas; es que allí se ha conocido que un gobierno pierde su dignidad, su influencia, se rodea de embarazos, de obstáculos, de compromisos, al momento que so pretesto de conservar y estender prerogativas, se hace esclavo de las inspiraciones de un puñado de disidentes; pero que nada pierde de su elevacion, nada de su poder, nada ha de sufrir de humillante, cuando respeta las augustas prerogativas de aquel que en nombre de Dios ejerce su vigilancia pastoral por los los cuatro ángulos de la tierra.

Esta es la política grande, generosa, digna de un gobierno que se halla al frente de una nacion como la española. ¡Qué pequeños, qué niños parecen aquellos hombres que en el siglo actual, despues de la conflagracion espantosa que ha puesto la Europa á pique de disolverse, hacen resonar todavía aquel acento rencoroso que es ahora un palpable anacronismo! Disimuláralo yo á la caducidad que se alimenta de viejos y gastados recuerdos, al orgullo herido que

mira cómo se levanta lozana una nueva generacion á cuya altura no puede encumbrarse, al mérito falso y postizo que por estraña casualidad, y como por sorpresa, se hubiese apoderado del título de verdadero; pero á la verdadera sabiduría, al verdadero talento, al hombre que sea capaz de ser grande entre los grandes, que no haya de temer los sistemas francos y generosos, que no haya de cimentar su reputacion sobre circunstancias escepcionales, que para figurar y medrar no necesite las épocas de rencillas y disenciones, que no haya de conservar su nombradía como débil pantalla sostenida por los partidos, solo por ciertas miras y quizás con burlona sonrisa; á este tal no se le consintiera, no se le perdonara: tú te olvidas de quién eres, le diria, te oscureces, te achicas.

Fijados ya los dos puntos capitales que nunca debe perder de vista el gobierno, indicado con toda claridad el espíritu que en esta parte debe presidir á su conducta, observaré que lo primero que debe hacer el gobierno, es salir cuanto antes sea posible del terreno de la política. ¿Qué? ¿os parece esto una paradoja? Escuchad. Las naciones que tienen gobierno representativo, mayormente si es desde poco tiempo, adolecen por lo comun de una falta, y es el tratar demasiado de política: siempre están con los ojos sobre el gobierno, siempre sobre las formas políticas, asemejándose al que se entretuviera siempre en contemplar y retocar una máquina, y no cuidase cual debe de la elaboracion de las manufacturas. Este es un mal muy grave que es preciso remediar, ó á lo menos disminuir; no conviene ocuparse tanto en esto, bien así como andaria mal encaminado quien hablase continuamente de su complecsion, de su construccion orgánica, del régimen de vida que le conviene, y descuidara el cumplir sus obligaciones, olvidando sus tareas y no mirando por sus intereses.

El tratar demasiado de política, el hablar siempre de constitucion, de leyes electorales, diputaciones, ayuntamientos, &c., &c., tiene el inconveniente de que hace fermentar los partidos, da orígen á otros nuevos, escita recuerdos desagradables, divide los ánimos, provoca disturbios y trastornos, y despertando la ambicion, franquea la puerta para que hombres indignos puedan subir á los altos puestos del Estado. Es de la mayor importancia penetrarse de estas verdades: afortunadamente no puede decirse que no se sepa en qué pasar el tiempo: el arreglo de la hacienda, la formacion de los códigos, de buenos planes de educacion y enseñanza, los establecimientos de beneficencia, el fomento de la agricultura, industria y comercio, ofrecen por cierto espaciosa arena donde podrán campear el talento, el saber y la esperiencia. Conviene, pues, lo mas pron-

to posible, corriendo, digámoslo así, salir del terreno político y pasar á ocuparse de otras materias donde puedan realizarse mejoras positivas, prácticas que desciendan hasta aquella parte del pueblo que trabaja, paga, sufre y calla: es menester mas práctica, mas positivismo; basta ya de esas cuestiones que tan á propósito son para tenernos en continuo sacudimiento, en ese sacudimiento que hace sobrenadar en la superficie lo mas vano, lo mas ligero, que hay entre nosotros, mientras está oculto en el fondo todo lo que hay de mas grave y precioso. Y á la verdad, ¿quién no se pasma al ver tantos hombres improvisados, mientras yacen en la oscuridad tantos otros por muchos títulos respetables?

Ni ecsiste en España como en otras partes un cuerpo de nobleza, que por su posicion y circunstancias, pueda ejercer mucho influjo sobre los destinos de la nacion; ni la ley fundamental le reconoce como cuerpo político, ni el espíritu del siglo está en tal sentido, ni las costumbres de España, quizá las mas populares y niveladas de Europa, se avendrian con una aristocracia que solo contara con títulos de nacimiento; sin embargo, entre nosotros, como en todas partes, no deja de haber una considerable porcion de ciudadanos que por la íntima fuerza de las cosas se levantan con muy justos títulos sobre el nivel de sus compatricios. La propiedad muy cuantiosa, con tal que no recuerde una fortuna improvisada con malas artes; la capacidad estraordinaria, ó á lo menos muy distinguida: los grandes servicios hechos al Estado, ó el haber ocupado por largo tiempo los puestos mas eminentes, y tambien un nacimiento de antigua é ilustre alcurnia, son circunstancias que por mas que se diga, rodean á la persona de cierto esplendor y le grangean la confianza y el respeto de los pueblos. Una ley en cuya formacion hayan ellos intervenido, un decreto donde se lea su firma, una alocucion, un proyecto donde figure su nombre, adquiere á los ojos del público cierto realce que no deja de contribuir en gran manera á que los resultados en beneficio del pro-comun sean mas prontos, mas amplios y mas cumplidos.

Por desgracia en la actualidad, como sucede siempre despues de grandes revueltas, se hallan oscurecidas, ajadas, las reputaciones, y apenas se nota que figuren tantos hombres, que sin duda parece que tienen á ello algun derecho. En una nacion como la española, ¿será posible que no se halle una porcion numerosa de hombres, que habiendo encanecido en distinguidos puestos, hayan recogido un respetable caudal de saber y de esperiencia? ¿No conocemos á muchos? ¿no habrá varios otros en quienes nadie piensa á causa de haberse ellos mismos condenado de propósito á la oscuridad, ó de

haber sido envueltos en ella despues de arrumbados por tan continuados vaivenes? Esta es una especie de aristocracia que yo desearia que se respetase; este es un cadáver que se habria de reanimar despreciando á miserables habladores que todo lo tachan de trasto viejo é inútil, que sin miramientos de ninguna clase prodigan á los hombres mas respetables todo linage de apodos. Tengo esperanzas en la generacion que entra; pero tampoco quisiera que dejáramos de aprovecharnos de la que pasa; porque las canas infunden mucho respeto, porque algunos hombres que se llaman gastados, precisamente han de haber conocido el pueblo español, á quien han podido estudiar por largo tiempo, y es escelente maestro una larga esperiencia. En una nacion bien arreglada todo se aprovecha, todo sirve, y en circunstancias como las nuestras todo se necesita.

¿Cuándo saldremos de este círculo de reacciones, causándose con cada una de ellas la caida de millares de hombres que se quedan sin pan, y que de consiguiente están siempre preparados para empeñarse en promover una nueva reaccion por el sencillo motivo de que con ella encontrarán de comer? ¿cuándo se dejará tiempo á los hombres que ocupan los puestos para enterarse siquiera de los negocios mas comunes? Con esa inconstancia, con esa movilidad, con esos sacudimientos tan recios, ¿cómo queremos que nada prospere, que nada se arraigue?

Triste es á la verdad nuestra situacion, triste perspectiva nos ofrece el porvenir; pero una esperanza debe alentarnos. Hay en el fondo de nuestra sociedad algunos elementos de vida, ellos se mueven, rebullen, ¿y por qué no podrian nuevamente fecundar nuestro suelo? Si este es el terreno clásico de las anomalías, ¿por qué no podremos esperar una anomalía feliz, anomalía que tendria su orígen en esos elementos de vida, que aunque ofuscados y casi perdidos de vista, no dejan de hallarse entre nosotros en bastante abundancia?

No olvide nunca el gobierno que nuestras discordias intestinas son profundamente sociales; no olvide que bajo la contienda política hay lucha de ideas é intereses que afectan lo mas íntimo de la sociedad, y que ésta no se cambia en poco tiempo, sino con el transcurso de muchos años y con el influjo de poderosas causas. La violencia, la precipitacion, el espíritu reaccionario con que se ha obrado en España de tantos años á esta parte, confundiéndose monstruosamente las ideas y encarándose de golpe los sistemas mas opuestos, ha producido una situacion tan singular y estraordinaria, una confusion tal, que apenas se atina cómo será posible introducir en ese caos el órden y concierto. De una poblacion á otra poco distante, de un pais á otro su limítrofe, de una clase á otra clase, se no-

tan en las ideas y costumbres diferencias tan enormes, que no parece sino que se pasa de repente de una nacion á otra la mas estraña del mundo. Mas ó menos, sucede algo semejante en todas partes; pero tanto como entre nosotros en ninguna; porque ni han mediado causas para ello, ni se ve que así lo indique el curso de los sucesos. Aquí hay todas las opiniones, todas las escuelas, hombres de todos los siglos: españoles que pertenecen al tiempo de Cárlos II, tropiezan frecuentemente con partidarios de la convencion. Y no obstante, si ha de haber gobierno, si ha de haber nacion, es necesario arreglarlo todo, armonizarlo todo, ver cómo se puede conseguir que vivan en paz, sin chocarse y sin hacerse mil pedazos, enemigos tan violentos é irreconciliables.

Cuando las naciones se hallan en situacion tan difícil y espinosa, cuando es tan estraordinaria la complicacion de las circunstancias, son muy vanos los planes de los hombres; y es preciso escuchar con suma desconfianza las promesas y los consejos de los partidos. El único medio que queda al gobierno es aprovechar por de pronto todo lo que puede servir, es cuidar de que no se destruya mas; y para la marcha sucesiva no adoptar esclusivamente este ó aquel sistema, sino apelar á los grandes principios conservadores de la sociedad, á aquellos principios que no son esclusivamente de ninguna escuela, que no son nuevos, sino antiguos como el mundo, ecsistentes desde la eternidad en el tipo de toda perfeccion, comunicados á las sociedades como un soplo de vida. No han variado estos, no han desaparecido de la sociedad española: circulan por ella como su sangre, conservándole la escasa vida que le resta despues de tantos padecimientos. *Razon, justicia, buena fé;* estas son las palabras que debe escribir el gobierno en su bandera, este es el polo que nunca debe perder de vista: y en seguida levantar velas con entera confianza, y arrostrar los bramidos de las pasiones que se agitan en su torno. Dejar á los partidos que clamen; bien pronto parecerán miserables insensatos que se arrojan al mar en pos de un navío para detenerle en su marcha. Gritarán, prodigarán dicterios y amenazas; pero la nave proseguirá magestuosamente su camino: ellos tendrán que volverse á la orilla, y murmullando de despecho desaparecerán de la escena. Que no es el acaso, no, quien rige los destinos del mundo: Dios vela sobre la suerte de los individuos y y de las naciones, y su benéfica y omnipotente mirada suele fijarse sobre el infortunio.

LA PRENSA.

Las luchas de la prensa periódica, son una necesidad á que deben sujetarse todos los partidos, todas las opiniones. Que sea, como se ha dicho, la lepra de las sociedades modernas, ó que se la considere como uno de sus mas preciosos esmaltes; que se parezca, como se ha dicho tambien, á la lanza de Aquiles, curando con un estremo las heridas abiertas con el otro, ó que las deje sangrando, sirviendo solo á ecsasperarlas, lo cierto es que la prensa es un hecho, y un hecho indestructible. Con mas ó menos libertad, reina en Francia, en Bélgica, en Inglaterra, en los Estados-Unidos, y en gran parte del Continente de América; y con mas ó menos trabas ejerce influjo poderoso en los demas paises donde no ha podido conquistar todavía semejante predominio. En Alemania, á pesar de estar aquel pais bajo un sistema de represion, es, sin embargo la prensa una verdadera potencia; pues aparte la libertad con que se discuten las cuestiones literarias, científicas y religiosas, no dejan de pesar mucho en la balanza política, la opinion, las noticias, las declaraciones, y hasta las indicaciones de los periódicos.

Vuélvase la vista en todas direcciones, y en todas partes se observará el mismo hecho. Una asociacion política está incompleta, mejor diremos, desarmada, si no cuenta con un periódico que la defienda; un ministerio siente flaquear el terreno que pisa, si no alcanza á tener en su apoyo algunos órganos de la prensa; la diplomacia no puede preparar y ejecutar acertadamente una combinacion, si no posee un periódico que, segun las oportunidades, declare, indique, ceda, proteste, á manera de plenipotenciario sin credenciales

públicas, pero de autoridad reconocida; por la prensa insinúa un monarca sus voluntades; por la prensa se avisan los conspiradores; por la prensa se hacen los partidos sus declaraciones de guerra, su seña de rompimiento de hostilidades, sus treguas, sus reconciliaciones, sus alianzas; por la prensa ataca la calumnia, ó increpa la justicia; por la prensa se vindica la inocencia, ó desmiente sin rubor el crímen desvergonzado; á la prensa acuden las doctrinas disolventes y las conservadoras, las venenosas y las saludables; la prensa se encarga de la estadística del vicio y de los anales de la virtud; la prensa proclama la irreligion y la religion; de la prensa salen lecciones desesperantes y palabras consoladoras; de la prensa brotan el amor y el ódio, la paz y la guerra, la luz y las tinieblas, la verdad y el error, el bien y el mal.

¿Se compensa el daño con el provecho? ¿Se equilibran el bien y el mal? ¿Prepondera este ó aquel? ¿cuál de los dos? No tratamos de investigarlo; solo nos proponemos averiguar el hecho del inmenso poderío de la prensa periódica, para deducir algunas consecuencias con respecto á España.

Sea cual fuere la suerte que en las futuras vicisitudes haya de caber á la prensa periódica de España, es lo cierto, que actualmente disfruta de una libertad semejante á la de otros paises regidos por el sistema representativo; y que aun cuando los acontecimientos viniesen á ponerla muchas trabas, y hasta sujetarla á prévia censura, siempre quedaria con bastante latitud para ejercer poderosa influencia. Tal es el espíritu de las sociedades modernas, y que no ha dejado de introducirse y aclimatarse algun tanto entre nosotros. Empeñarse en contrariarle abiertamente, empleando un sistema de prevencion y represion semejante al de épocas anteriores, seria esponerse á conflictos, con poca esperanza de obtener buen resultado.

Infiérese de lo dicho, de que de hoy en adelante, sea cual fuere la doctrina que se profese, sistema que se defienda ó partido á que se pertenezca, es necesario resignarse á discutir en la prensa periódica. Esta nueva arena de combate, abierta por las naciones modernas, se halla abierta tambien en España. Se la podrá reducir, se la podrá sujetar á determinadas condiciones, se podrá fijar, por decirlo así, el género de armas; pero de un modo ó de otro, será necesario aceptarla, entrar en ella y luchar. La doctrina y el sistema que cuenten con mejores adalides, tendrán sobre sus rivales gran ventaja; y los triunfos que en ella se alcancen, ó las derrotas que se sufran, tarde ó temprano producirán sus efectos en el órden social y político. A las ensangrentadas lizas, han sucedido las columnas de los periódicos; á las lanzas, las plumas: antes era necesario batirse, ahora es indispensable escribir.

Hemos indicado que las vicisitudes futuras, podrian muy bien limitar en gran manera el uso de la prensa periódica, mayormente en asuntos políticos; y esto lo consideramos tanto mas posible, cuanto que esta prensa se halla en España muy distante de haberse convertido en una verdadera necesidad para lo general de la nacion. Se escribe mucho, es cierto; y tampoco cabe duda que ha crecido en gran manera la aficion á leer; pero nada de esto se halla, ni con mucho, tan arraigado como en otros paises, donde, sin embargo, no disfruta la prensa mas libertad que en España (1). Así es que conceptuamos, no solo posible, sino tambien probable, que esta libertad sufra entre nosotros nuevas restricciones; el ensayo de Gonzalez Bravo no será el último.

Como quiera, con mas ó menos libertad habrá periódicos, y estará, por tanto, abierta la liza á que se verán precisadas á descender todas las opiniones.

La prensa periódica, que con este ó aquel título, ha defendido la causa de la revolucion, ha llenado cumplidamente la mision de que estaba encargada: su objeto era destruir, y ha destruido. Pero esa arma tan poderosa, no debia quedar esclusivamente en manos de la revolucion; y al frente de la prensa revolucionaria, ha comenzado sus trabajos la prensa reparadora, la que sin desconocer el espíritu de la época, sostiene los grandes principios tutelares de nuestra sociedad: la religion y la monarquía. Menester es confesar, que por efecto de diversas circunstancias no ha llegado todavía al punto que conviene y que es de esperar, atendida la fuerza y vigor que puede recibir de esa misma sociedad á la cual ha de dirigir su palabra. Cuando los escritores se encuentran solos, cuando notan que sus doctrinas no hallan apoyo ni simpatía, natural es que se desanimen; y no es estraño que despues de haberse esforzado inútilmente durante algun tiempo, acaben por abandonar un campo infecundo; pero cuando las doctrinas están en armonía con las de la nacion, cuando el escritor está seguro de que la palabra que encomienda al papel, hará vibrar dentro de poco millones de corazones, entonces la conviccion propia, segura de su eficacia sobre las demas, se espresa con mas calor, y las mismas resistencias que pueden encontrarse al paso, sirven para aumentar su brio y energía. En este caso se hallarán en España los sostenedores de los principios monárquicos y religiosos; mas para lograr plenamente su objeto, es menester que no desconozcan su verdadera posicion, y no se hagan ilusiones que podrian ser dañosas á su causa.

(1) Las oportunas observaciones del Sr. Balmes, son perfectamente aplicables á México.—(*Nota del editor.*)

En España hay espíritu monárquico, y este espíritu es muy vivo, muy poderoso, y solo destructible con el trascurso de muchos siglos, si es que algun dia se haya de destruir. Un pueblo que como el español, ha vivido bajo el imperio monárquico durante tantos siglos; que bajo este imperio ha combatido por espacio de ochocientos años contra la media luna, que ha descubierto nuevos mundos, y que ha sido una de las primeras potencias de Europa; que ha renovado y vivificado su entusiasmo con el grito de viva el rey, en una guerra inmortal como la de la independencia, no puede menos de ser eminentemente monárquico. Esto es verdad; verdad que no deben perder nunca de vista los escritores públicos, y de la cual pueden sacar mucho partido los sostenedores de las buenas doctrinas. Pero al lado de esta verdad, ecsisten tambien otras verdades que no deben ser desatendidas.

Es necesario guardarse de un error en que mas de una vez se ha caido, y es el creer que la monarquía debe ser defendida en la prensa con el mismo tono que en 1814 y en 1823; cada época ecsige su lenguaje, y á esta ecsigencia no faltan los partidos impunemente. Una de las armas que con mas habilidad han empleado los amigos de la revolucion, ha sido inculpar la ecsageracion de sus adversarios: esta arma es menester quitársela, y el medio seguro para eso, es no ser ecsagerado. Cuando la ecsageracion no ecsiste en la realidad, en vano se empeñan los adversarios en achacarla: engañan á algunos incautos con huecas declamaciones; pero el público lee y juzga: si no hay ecsageracion sino razon, el público dice: "aquí hay razon y no ecsageracion." Para obtener esta justicia, basta esperar algun tiempo: las declamaciones cansan, la sátira se embota, los apodos inspiran disgusto; lo que permanece es la razon; quien la tiene de su parte, triunfa.

La ecsageracion mata muchas causas, y á esta ecsageracion están sujetas aun las que mas se distinguen por la verdad de sus principios, la bondad de su fin y la rectitud de sus medios. La ecsageracion tiene tambien otro inconveniente gravísimo, y es que á la sombra de ella se ocultan los pérfidos, y se dan importancia los nulos. Las declamaciones violentas, las ponderaciones sin tasa, las invectivas, las alabanzas hiperbólicas, son trabajos que desempeñan con gusto los que quieren perder una causa; así como por otro lado se encargan fácilmente de esta tarea los nulos, por no ser cosa que ecsija mucho talento. Lo que sí lo ecsige, y ademas largos estudios, es el colocar las cuestiones en su verdadero terreno, el presentarlas bajo su verdadero punto de vista, y el encontrar, esplicar y defender su verdadera resolucion.

Esto es lo que hace mas bello, mas sólido y seguro el triunfo de las causas, lo que las salva cuando están en peligro, lo que hasta las resucita despues de muertas. Una teoría política acompañada de buena fé, robustecida con el apoyo de los hechos, desenvuelta con claridad y defendida con firmeza, acaba por abrirse paso al través de todas las resistencias, mayormente si los escritores poseen las cualidades de estilo y buen tono, cuya falta achica algun tanto las verdades mas grandes, y deslustra las mas bellas.

Así, aplicando estas reglas á la defensa de los principios monárquicos, se echa de ver que ha de producir escaso efecto en la época actual, el estasiarse á cada paso por la bondad paternal de los monarcas, el pintar con facticio entusiasmo los siglos de oro que nos han proporcionado el echar á los novadores toda la culpa de nuestros males, y empeñarse en que los gobiernos de los reyes no hicieron mas que buenas obras y milagros; el recordar de continuo los felices tiempos de la escelente administracion que tenia las arcas repletas de oro, y en que dichosos en lo interior, poderosos en lo esterior, respetados en todo el mundo, éramos los españoles la admiracion y la envidia de cuantos pueblos habitan la redondez de la tierra. Esto no convence, porque á vuelta de muchas verdades encierra muchos errores; esto no convence, porque manifiesta en el escritor mas pasion que conviccion; esto no convence, porque si el lector no es muy rudo ó muy poco avisado, no podrá menos de recordar lo que habrá leido en la historia, y lo que quizás habrá visto con sus propios ojos.

Defiéndase la monarquía como una institucion necesaria en Europa, y muy particularmente en España; recuérdense y encómiense los beneficios que ha proporcionado á los pueblos; preséntesela como un emblema de nuestra nacionalidad é independencia; tráiganse á la memoria sus gloriosas hazañas en las cuatro partes de la tierra; defiéndasela contra las injustas acusaciones de los demagogos, y no se permita que manos impuras profanen las cenizas de grandes monarcas; cotéjese la benignidad del imperio de los reyes, con la crueldad del despotismo anárquico; hágase todo esto enhorabuena, que todo esto se puede y se debe hacer; mas para ejecutarlo con buen resultado, para desarmar á los que combaten el poder monárquico, é inspirar confianza á los que desconfian de él, es necesario ser veraz, ser sincero, ser franco; no ponerse en contradiccion con la evidencia de los hechos. Para rechazar con buen ésito las calumnias, es necesario confesar la verdad de los cargos justos; y para hacer apreciar el bien, no poner mas del que hay en la realidad: donde hubo un bien, decir que le hubo, y decirlo tal como fué; don-

de hubo un mal, confesar que le hubo: obstinarse en defender un incidente, en que por precision se ha de salir condenado, no es propio de abogados hábiles; y el sostener una cosa en que se sabe que no hay razon, es contrario á la buena fé.

Grande y venturoso fué el reinado de los reyes católicos, grandes fueron tambien los de Cárlos V y Felipe II, aunque ya no tan venturosos; pero desde que descendió al sepulcro el fundador del Escorial, ¿qué se hicieron el grandor y la ventura? ¿No se echó á perder con espantosa celeridad la mas rica y magnífica herencia que legara á sus hijos ningun monarca? En tiempo de Cárlos II, ¿dónde estaba la España de los reyes católicos? ¿Qué inconveniente hay en reconocer estas verdades? Con negarlas ¿dejarán de ser verdades, y verdades tan conocidas? Esto no daña á la institucion, pues no hay institucion humana con la cual no se haya incurrido en errores, que haya estado esenta de abusos.

El escritor que desea defender con buen écsito la monarquía, es preciso que tenga la imparcialidad y la entereza necesarias para decir la verdad á la monarquía misma. El primer efecto de la adulacion es inutilizar al escritor, previniendo contra él á los lectores. Háblese de los monarcas difuntos con respetuosa justicia y de los vivientes con respeto justo; nada mas. Cuando así se proceda, cuando no se empleen demasiado en la discusion las fórmulas de la corte, ni se arrobe á cada momento el menguado escritor á la vista de la elevada sabiduría y de la bondad paternal de los soberanos, entonces, al defenderlos, tendrá derecho á ser oido, de otra manera, no.

Pasen en buen hora los revolucionarios del insulto á la mas villana lisonja, y de la lisonja al insulto, segun los monarcas les complazcan ó les disgusten; levanten sobre todos los soberanos al que acaba de quebrantar su cetro para entregarle á las manos de los demagogos, y luego cubran de lodo é ignominia á ese mismo soberano tan pronto como deje de serles acepto ó necesario; esta es su historia, este su interés; pero los hombres que defienden á la monarquía por conviccion, jamas deben llevar su respeto hasta las bajas humillaciones, ni su justa severidad hasta el insultante atrevimiento. Casos hay en que conviene hablar, y entonces la entereza y la rectitud encuentran siempre un lenguaje decoroso, mesurado, digno de ellas, y digno de las personas á quienes se dirige. Casos hay tambien en que no conviene hablar, porque hay asuntos que no se tocan sin mancharse ni se miran sin rubor; y entonces nada hay mas espresivo que la elocuencia del silencio.

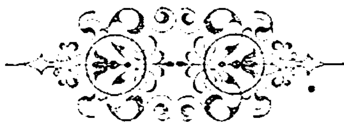
Ocasiones se le presentarán al escritor para reprender lo que en su interior condena; en todos los paises del mundo las cosas presen-

tes tienen semejantes en las pasadas; y una pincelada valiente y oportuna sobre un pasage de la historia, es fácilmente interpretada por el lector como una mirada severa contra los imitadores del mal.

Hay en la historia de las naciones épocas desgraciadas en que es preciso ser muy monárquico para no dejar de serlo; en que es necesario tener muy arraigada la monarquía en las convicciones para que no caiga del corazon. En tales casos no han sido los buenos defensores de la monarquía los que la han defendido con lisonjas y mentiras: ¡débil escudo!..... Lo han sido, sí, los que despues de haber aconsejado á los pueblos la sumision debida, hablándoles en nombre de la religion, de la paz y de los intereses públicos, han sabido volverse hácia los reyes increpando sus estravíos y desmanes con respetuosa firmeza.

En todo buena fé, en todo verdad, en todo el valor de manifestar las convicciones con decoro, pero sin timidez: he aquí las primeras cualidades de la prensa sostenedora de los buenos principios: la mala fé, la mentira, la adulacion, la pusilanimidad, son cosas indignas de ella, son gérmenes malignos que esterilizan, que matan la buena semilla que se pueda esparcir.

El halagar las pasiones, el escribir contra lo que dicta la conciencia por obtener el pasagero aplauso de las turbas ó la mirada benévola del poderoso, es una falta que cuesta cara á los escritores, echando á perder la misma causa que se proponen sustentar. Quien escribe para el público, debe oir sin duda á todo el mundo para no hacerse ilusiones que le oculten la realidad de las cosas; debe recibir con gratitud los consejos, no solo de los mas entendidos que él, sino aun de los que le parezcan muy inferiores á él: que de todos los puntos se recibe alguna luz, y aun de los mismos necios pueden aprovecharse consejos atinados; pero el escritor necesita tener convicciones propias, criterio propio, sentimientos propios; juzgar por sí mismo despues de haber oido á los demas; no inspirarse jamas en las pasiones del momento, sino meditar escribiendo y escribir meditando.



¿Y DESPUES?*

I.

Los sucesos se precipitan, el desenlace se acerca: el dedo misterioso ¿habrá escrito en la pared las palabras fatídicas? Mientras los vencedores entonan ya el himno del triunfo, y los pueblos se entregan al entusiasmo y alborozo, necesario es dar una mirada al porvenir preguntando: *¿y despues?* Porque despues de haber derribado, es necesario construir: despues de removidos los obstáculos y limpiado el terreno, es indispensable levantar un edificio sólido, regular, acomodado á su objeto, para que dentro de poco tiempo no se vea la nacion en la triste necesidad de derribarle tambien. Que semejantes derribos salen muy caros; y una nacion no puede subsistir en medio de tan crueles alternativas. La administracion se disloca y trastorna lastimosamente, la hacienda se dilapida, la disciplina militar se relaja, el pueblo se acostumbra á la insurreccion, la autoridad se envilece, las ambiciones se despliegan, y con el tiempo.... ¡Ah! las fronteras y las playas españolas, han oido un doloroso adios de tantos y tan diferentes proscritos!.... En el curso de las revoluciones, el observador filósofo descubre un fatal encadenamiento de sucesos formidables; el hombre religioso una serie de espiaciones tremendas: ¿habremos llegado al último eslabon? Dios no nos ha revelado sus arcanos.

II.

Un viagero que abandonó hace muchos años el pacífico techo de la casa paterna, sufre una larga cadena de vicisitudes é infortunios;

---

* Las reflecsiones que siguen se escribieron á mediados de Julio de 1843, y se publicaron en Barcelona.

con malos encuentros en la tierra y tempestades en la mar, salva con trabajo su ecsistencia merced á su complecsion robusta, á su constancia invencible, á su intrepidez: por fin, habiendo superado los peligros de la mas deshecha tormenta, se halla arrojado sobre una playa solitaria; allí, despues de haber recogido á duras penas algunos restos de su antigua fortuna, se concentra, medita, echa una ojeada sobre los caprichos de su suerte, recorre con plácida melancolía los azares de su vida, acabando por preguntarse: *¿y ahora?*

¡Cuántos cambios, cuántos trastornos desde la muerte de Fernando! La monarquía pura, el estatuto, la constitucion de 1812, la de 1837, dos regencias, diversos sistemas, innumerables ministerios. . . . Se ha destruido todo lo antiguo: ¿dónde están las creencias nuevas? ¿Se ha mejorado la administracion del reino ni de las colonias? ¿ha dado un paso nuestra hacienda? ¿se gloría de un adelanto la instruccion pública? ¿Y continuaríamos en tanta mezquindad de pensamiento, en tanta nulidad de ejecucion? Hay un gran pueblo que solo espera una voz para levantarse y hacer prodigios, reconquistando su primitivo grandor; pero esta voz le ha faltado, anda errante, sin guia. ¿Quién se lo dará?

III.

Todavía ecsiste el trono: ¿cómo se ha salvado?

Tal vez los huracanes se desencadenan y barren los bosques de pinos y de encinas; la lluvia cae á torrentes; los riachuelos se convierten en rios, y los rios en mares, las comarcas se inundan, los viejos castillos bambolean, y la vivienda del labrador es arrebatada por la corriente como pequeña góndola que el pescador se olvidara de amarrar á la orilla; una cuna va flotando sobre las aguas, y en aquella cuna hay un niño que duerme tan traquilo como en el regazo de su madre. Así, al fijar la vista sobre las tormentas de la revolucion española, nos hemos figurado á la inocente Isabel, respetada por las borrascas, mecida por la tempestad.

¡Poesía! ¡Oh! poesía, sealo; pero en esa poesía se abriga un hecho histórico y social de la mas alta importancia; en esa poesía viene espresado el fenómeno que revela uno de los mas poderosos sentimientos que se albergan en el corazon de los españoles; en esa poesía está la clave de la situacion, nuestra estrella política: quien la pierda de vista, sumirá el pais en nuevos abismos; quien se guie por ella, lo salvará.

Se lo habiamos dicho, y no lo escucharon; así lo esperábamos, porque bien sabiamos que "cuando las pasiones rugen con feroz bra-

vura, cuando los partidos se disputan la arena con tanto encarnizamiento, difícil es que puedan hacerse escuchar ni siquiera oir los templados acentos de la razon y de la imparcialidad." Mas ¿qué importaba? lo que convenia era decir la verdad: las palabras desoidas tenian un seguro garante que debia justificarlas: *el tiempo.* Para acertar, no siempre es necesario ser profeta: fundad vuestras convicciones sobre principios eternos, y sea vuestra lengua el órgano fiel de vuestro espíritu: este es un talisman muy sencillo, pero seguro.

IV.

A los tribunos de los pasados tiempos, á los paladines de la libertad, se les apareció una vision aterradora. Han salido corriendo de la mansion sombría. Azorados, fuera de sí, gritando: lo vimos, lo vimos! He aquí lo que refieren. Al hombre á quien levantaran hasta la cumbre del poder, al hombre á quien desposaran con la diosa *libertad*, le sorprendieron. . . . habia destrozado á su consorte. Rodeado de los miembros palpitantes de la víctima, desgarrando hojas del pacto que se creyera sagrado, revoloteaban sobre su cabeza genios maléficos, que es fama le fueron enviados de la region de las nieblas. Inquieto, agitado, atormentado por un pensamiento terrible, cuentan que estaba acechando con ávida y devorante mirada, el régio dosel á cuya sombra dormia la inocencia. Recuerdan que son españoles; se horrorizan al ver que el sangriento espectáculo les hace algunas señas, como invitándoles á ser cómplices en la obra nefanda: entonces se estremecen, dan un grito, y qué grito? *¿Dios salve la libertad, Dios salve la constitucion?* . . . . No . . . . *Dios salve el pais, Dios salve á la reina!*

Antes hablábais como hombres de partido, entonces hablásteis como españoles: la nacion oyó el grito, no se curó de quién lo daba. "¿Ois? dijo; nos venden á los estrangeros, la reina está en peligro, corramos; Dios salve el pais, Dios salve á la reina!" El leon de Bailén ha sacudido su melena, y el viento de las bonanzas y del cielo sereno, no disipa mas pronto la huella de la tempestad.

¡Qué cuadro para los corazones generosos! ¡qué leccion para los hombres políticos!

V.

Hemos visto muchos alzamientos; pero ¿quién se atreverá á decir: "yo he visto otro como el presente?" ¿Quién habrá visto mezclados, confundidos, al hombre de las ciudades con el hombre de los campos, al morador de las campiñas feraces, con el habitante de las

hórridas montañas? Solo se vió tamaño entusiasmo en la inmortal lucha contra el capitan del siglo; y es que entonces se gritó tambien: ¡nos arrebatan la independencia! ¡nos han robado el rey! Tambien entonces se decia: "talaremos vuestros campos, destruiremos vuestros hogares:" "*¡qué importa!* contestaba el generoso español: nuestros hogares están en nuestro carazon; nuestra patria estará allí, donde podamos vivir con independencia." Tambien ahora se ha dicho: "incendiaremos vuestras riquezas, arrazaremos vuestra capital, y el entusiasmo ha respondido: pegad fuego á las mechas ¡qué tardais! . . . . ¡Dios salve al pais, Dios salve á la reina!

VI.

Todos saben ahora lo que no quieren; pocos saben bien lo que quieren: en lo primero no hay discordancia, en lo segundo sí; pero en el fondo de todos los espíritus honrados y sinceros, se agita un deseo, que presentado bajo mil formas, y revestido de diferentes colores, viene á parar á una misma cosa: á la satisfaccion de una necesidad que todo el mundo siente, aunque no se la esplique: *gobierno.*

¿Sabeis lo que significa la situacion actual? Os alucinais mucho si pensais que hay entusiasmo por estas ó aquellas personas, que hay predileccion por uno ú otro sistema; la situacion actual, esa agitacion que con tanta fuerza se dirige á derribar lo ecsistente, es la espresion del profundo malestar en que la nacion se encuentra, es la condenacion de todos los ensayos que se han hecho hasta aquí. Hombres apellidados de gobierno, á vosotros os tocaba enseñar á la nacion su camino; pero ella ha tenido que enseñároslo á vosotros: ¿qué? ¿os atrevereis á negarlo, ni á dudarlo siquiera? Ved ahí la prueba. Hasta ahora habiais adoptado nombres esclusivos, os habíais envanecido con ellos cual con nobles blasones: y la nacion acaba de decir: "no quiero mas dictados propios, no quiero otro que el de *españoles*," el mas lato que se habia oido hasta aquí, era el de *liberales*. Cotejad y juzgad.

"Pero nosotros, direis, hemos levantado esta bandera de reconciliacion, y la nacion acogiéndola con entusiasmo, ha sido dirigida por nosotros:" no es verdad; antes que vosotros enarboláseis la enseña, el hermoso nombre de reconciliacion estaba escrito en todos los corazones generosos, se albergaba en todos los entendimientos pensadores, y se agitaba en el seno de las masas, haciéndolas mas dóciles y suaves, como el aura benéfica que aplaca y estiende sobre su lecho las olas alborotadas. En una revolucion reciente, que quizás no esté bien juzgada, se notó este fenómeno de un modo admirable. La sangre habia corrido en abundancia, los enemigos es-

taban á la vista, las intrigas contra el movimiento eran mas claras que la luz del dia; todo, al parecer, debia contribuir á ecsasperar los ánimos, á irritar los enconos, á crear una situacion suspicaz y perseguidora; y sin embargo, solo se habló de *españolismo*, de *reconciliacion*, de *union:* comparad el Noviembre de 1842, con el Noviembre de 1841.

VII.

No nos hacemos ilusiones con la palabra *reconciliacion:* creemos que espresa un sentimiento hermoso, un pensamiento de alta polítitica; pero no un sistema de gobierno; y quien la adopte por bandera diciendo que basta predicar la *fraternidad* para hacer una obra maestra de política, bien puede asegurarse, que ó procede de mala fé, ó que vive en las poéticas regiones de la fantasía.

El esclusivismo es aborrecido, los partidos son detestados por su perversidad, ó despreciados por su impotencia; los nombres con que procuraban engalanarse á sí propios ó denigrar á sus adversarios, van cayendo en desuso, son mirados como enseña gastada por el tiempo, manchada ademas con polvo y sangre; pero no deja por esto de ecsistir la diferencia de opiniones, la oposicion de intereses; y estos y aquellas saldrán de nuevo á la arena, tan pronto como hayan derribado al que miran como enemigo comun. De aquí la necesidad de pensar en el porvenir, de no fiar la reconciliacion á sentimientos que por generosos, no dejan de amortiguarse tan pronto como desaparecen las circunstancias que los inflaman. Conviene escogitar un sistema que ofrezca garantías de proteccion á todo lo bueno, á todo lo legítimo; conviene aprovechar los primeros momentos, porque la ocasion pasa como un relámpago. Los hombres políticos no deben confiar en esas reconciliaciones de teatro, que se ejecutan entre los aplausos de una entusiasmada asamblea, los brindis de un banquete y las orquestas de un festin. Hállanse tal vez frente á frente ejércitos enemigos; algunos soldados salen de las opuestas filas, se adelantan unos hácia otros, se saludan, se estrechan la mano, se abrazan, comen, beben, danzan en la mas perfecta armonía; ¿sabeis lo que vale tanta cordialidad? un momento despues, cada cual vuelve á estar en su puesto; en toda la línea resuena un recio *quién vive!* y el fuego se rompe, y la refriega se empeña, y la batalla se hace general, y los mismos hombres que se abrazaban, se disparan con encarnizamiento el plomo mortífero, ó se pasan á cuchillo. Fiaos en apariencias (1).

(1) Para juzgar si hubo acierto en la prevision, recuérdese lo siguiente: Revolucion centralista, Olózaga proscrito, Cortina y Madoz en la cárcel, Lopez buscado por la justicia, fusilamientos de Alicante, Hecho y Ansó, Barcelona, Logroño, Galicia, etc.

VIII.

Es preciso no perder de vista que en la actualidad (téngase presente que no hablamos de la nacion sino de los partidos) hay *coalicion*, lo que es muy diferente de *fusion;* los coligados pueden tener muy bien largas cuentas que liquidar; el reservarlas para despues, no es lo mismo que darlas por saldadas.

"¿Pero no veis, se nos dirá, qué actividad está desplegando la *coalicion*? ¿os parece que ha trabajado poco? No por cierto; ¿mas no veis de qué se trataba? ¿no veis qué clase de trabajo es el que os alucina? Muy torpe fuera ó muy corto de vista, quien creyese que van á levantar algun grande edificio los cuerpos de ingenieros, de zapadores y de artilleros, cuando construyen baterías.

IX.

Si quereis comprender á fondo una situacion, ecsaminad tambien á fondo el estado de las opiniones, indagad todavía mas á fondo, qué intereses juegan, y cuál es su posicion respectiva; atended, en fin, á los medios de que disponen los campos opuestos; juzgad por los datos que sobre estos estremos recojais: lo demas son bellas palabras que el tiempo cuida de desmentir con hechos bien feos. Esto es triste, desconsolador: pero la realidad suele serlo tanto! . . . . . Por lo demas, si álguien gustare de correr sin tino por un camino hermosamente tapizado, es un deber advertirle el abismo que pueden encontrar sus piés. Las víctimas iban al sacrificio coronadas de flores.

X.

Hay en España un hombre que durante el curso de la revolucion ha representado un papel singular. Siempre en las cortes, siempre en los círculos políticos, siempre en las filas ó á la cabeza de partidos ruidosos. Se han sucedido innumerables ministerios, se han librado para escalarlos reñidas batallas, ora en el parlamento, ora en las calles y plazas; una secretaría del despacho ha sido el bello sueño de todas las ambiciones; varias oportunidades se han ofrecido á este hombre para sentarse en una de las codiciadas sillas, que mas de una vez hubiera podido ser la de la presidencia. A pesar de todo, este hombre no ha querido ser ministro. ¿Será por no querer abandonar el puesto de tribuno? no; pues ha sabido resignarse á perder la popularidad, á eclipsarse por algun tiempo, no haciendo reso-

nar su voz sino de vez en cuando, como para impedir que la posicion de sus rivales no prescribiese. ¿Será porque desprecie los puestos elevados, y no quiera percibir nada del erario? no: largo espacio ha estado ocupando uno, en el cual el brillo de la categoría compite con el emolumento del sueldo.

Se ha dicho que este hombre está dotado de un gran talento; es bien posible que así sea, y nos inclinamos á otorgárselo; no por sus discursos parlamentarios, en los que aun juzgando favorablemente, no le conocemos superioridad con respecto á muchos otros; no por su táctica en las negociaciones, pues no sabemos que hasta ahora haya llevado á cabo ninguna que merezca la pena de anotarse en los fastos diplomáticos; no por la voz y fama pública, pues sabemos que en materias de reputacion, sobre todo, por breve tiempo, no faltan numerosos ejemplos de usurpaciones: talento político, se lo reconocemos en no haber querido ser ministro. Siéndolo, es preciso *gobernar;* y cuando el *gobernar* es muy difícil, el *descrédito* es inminente. Este será sin duda el pensamiento dominante del Sr. Olózaga: habrá dicho para sí: "tienes reputacion de hombre de gobierno; el *mejor medio* de conservarla, es no ponerla á prueba." El penetrarse de la verdadera situacion de las cosas, el conocerla con claridad, con limpieza, es uno de los caractéres distintivos del talento: estas calidades las ha manifestado el Sr. Olózaga en su obstinado alejamiento de las sillas ministeriales: si semejante conducta es una señal de franqueza y desprendimiento, esto es otra cuestion.

El derribar en España, suele ser muy fácil; pero no lo es tanto el acertar en el mómento oportuno. El Sr. Olózaga no carece de tacto en esta parte: en ciertas ocasiones, su aparicion en la escena ha tenido algo de fatídico. Todos sabemos la historia de los años pasados: cuando ahora dió el famoso grito: ¡Dios salve el pais, Dios salve á la reina! Espartero y sus amigos debieron comprender perfectamente lo que aquello significaba.

En los dias de crísis, se dijo que Olózaga era el hombre de la situacion; y su nombre andaba *siempre al lado del de Lopez:* seria curioso saber los pormenores de la negociacion entre los caudillos de las fracciones del congreso. Como quiera, siempre es muy notable que un ministerio Lopez-Caballero, encontrase un ardiente defensor en el Sr. Olózaga. ¿Seria posible que en las entrevistas con Espartero se hubiese convencido de que el ministerio debia ser de breve duracion, y que el programa no tendria mas efecto que el de una gran palanca?

Se entenderá mejor la verdadera posicion del Sr. Olózaga, si se observa que el Sr. Sancho, quien en las filas del progreso comparte

con él la nombradía de hombre de gobierno, ha seguido una línea de conducta bastante parecida. La oposicion siempre, el ministerio nunca. La presidencia del consejo para D. Antonio Gonzalez ú otro cualquiera; las embajadas de Lóndres y de Paris, para Sancho y Olózaga. Esta conducta es sagaz, y sobre todo muy cómoda; pero los hombres de todos los partidos, deberian saber tambien á qué atenerse. Nuevas complicaciones sobrevendrán, para las que conviene estar en guarda. "Señores embajadores, seria menester decirles, ó gobernad, ó dejad gobernar; el criticar es muy fácil; el ejecutar no tanto; aquello de Talleyrand: *servidor fiel, pero reservándose el derecho de mudar al amo*, no queremos que se aclimate en España."

XI.

Se habla mucho del *despotismo*, de la *tiranía* de Espartero, se pinta con fuertes colores la opresion en que gemia el pueblo, se habla de infracciones de la constitucion, de ataques á la libertad de imprenta, de planes ambiciosos, de designios encubiertos, de venta de las colonias, de sacrificio de la industria: cuando venga la historia con su calmosa imparcialidad, buscando una calificacion con que caracterizar la época de la regencia única, no hallará en la figura de Espartero aquellos rasgos terribles, pero grandes, que suelen distinguir á los hombres de fortuna que se apellidan *déspotas* y *tiranos*. El carácter dominante de la regencia única, no ha sido la tiranía, sino la *impotencia gubernativa*. Nada de osadía, nada de arrojo; el valor que segun es fama tenia Epartero como soldado, no lo ha tenido como gobernante.

A esta impotencia gubernativa, deberá Espartero su caida; y en el peligro inminente en que se halla de verse precisado á buscar un asilo en pais estrangero, puede agradecer su desgracia á los hombres que le han rodeado en su fortuna. Consejeros hay escelentes para ayudar á subir al poder, pues para esto basta *intrigar;* logrado el objeto, es necesario *gobernar:* cosas por cierto muy diferentes.

El espíritu de pandilla, lleva consigo la impotencia gubernativa; y esta impotencia fomenta á su vez el espíritu de pandilla. Quien no gobierna, no tiene ni tener puede el apoyo de la nacion: el instinto de conservacion propia, hace buscar ese apoyo que se echa de menos; y de aquí el pandillage que es una compañía de seguros mútuos: la fórmula del contrato es: "apóyame y te dejaré hacer." Pacto sencillo, pero peligroso.

Dicen que en España todo ha de ser anómalo; y ciertamente que lo ha sido hasta el estremo la regencia única. Creemos que este

periodo es realmente original, al menos no es conocido el tipo. Un general que por un conjunto de circunstancias afortunadas, logra colocarse á la cabeza de una gran nacion, contando con medios tan poderosos como supone el haber lanzado á tierras estrangeras á la gobernadora del reino, viuda del rey y madre de la reina; este general, repetimos, inaugurar la época de su mando con un ministerio que se presenta á las cortes diciendo que quiere gobernar con ellas, y solo con ellas, sufriendo en seguida repetidas humillaciones, hasta que al fin no dándose por entendido, se le dijo: "anda que no te queremos;" este general continuar con paliativos, como prolongando las horas de la agonía; y por fin, en el momento crítico, decisivo, al sonar la hora de la insurreccion, dar golpes de estado tan estupendos, como nombrar un ministerio Mendizabal-Becerra, resignarse á no cobrar contribuciones, abolir los derechos de puertas, y acabar con la prensa de la oposicion, *no admitiendo al franqueo;* todo esto conjunto es incomprensible, parece un absurdo. Algun periódico ministerial habló de *gobierno á caballo;* mejor hubiera dicho *gobierno en cama.*

XII.

Hace diez años que todos nuestros gobiernos adolecen del mismo mal: *la impotencia.* Todos han caido bajo el dictado de *tiránicos;* y en realidad, mas bien podian llamarse *débiles.* Y es cierto que tiranizaban en pequeño, que oprimian á su modo, que á veces hasta hacian un esfuerzo algo alarmante; pero todo era facticio. Sentian que se estaban muriendo de languidez, y era muy natural que se irritasen un poco contra los que les entonaban el canto fúnebre, y con mofa y sarcasmo les mostraban la tumba. Del mismo modo perecerán en adelante todos los gobiernos que imiten semejante conducta. Si en vez de colocarse á la cabeza de la nacion, se hacen gefes de partido; si en vez de apellidar vagos nombres, no invocan la ley y la justicia; si en vez de fomentar ambiciones, alhagando servilmente al primero que ofrece apoyo, no trazan con mano fuerte un círculo del cual no permitan á nadie salir, y en el que se encierren ellos mismos; si en vez de contar con propios actos merecedores de la aprobacion y del aplauso, cuentan con la fidelidad y decision de este ó aquel general, con el respeto que impone tal ó cual fortaleza, con el ausilio parlamentario de este ó aquel orador, perecerán como sus antecesores, perecerán bajo la ecsecracion y el desprecio público.

XIII.

Imagínanse algunos que el medio de prevenir los levantamientos y perpetuarse en el poder, es lisonjear á los pueblos con palabras

blandas, humildes, que mas bien que órdenes parezcan súplicas. Grave error: los pueblos no sufren el ser oprimidos; pero tampoco quieren un gobierno que les hable de rodillas: las humiliaciones rastreras les hacen creer que hay traicion y perfidia; y cuando no, piensan con razon que es incapaz de mandar quien no abriga el sentimiento de la dignidad propia.

Pertrechémonos en el terreno de la ley, dicen otros; con la ley seremos fuertes, sin la ley caeremos." Esto es una verdad; pero susceptible de sentido mezquino, miserable, que lejos de producir la salvacion causará la ruina. Hablais sin duda de la ley fundamental; y bien, hemos visto caer gobiernos que la respetaron; mas diremos, ninguno ha caido por haber faltado á su letra. "Pero faltaron á su espíritu." ¿Cuál es este espíritu? El respetar las mayorías; Cristina fué echada por haberse conformado á la voluntad de las mayorías parlamentarias; Espartero es derribado por haberlas desoido: ¿á qué se reducen, pues, las mayorías? ¿Sabeis cuál será el gobierno que las tendrá en su favor, no facticias, no aparentes, no prontas á caer al primer golpe? Será el que se apoye en principios é intereses verdaderamente nacionales, que arregle la administracion, que saque del caos la hacienda, que afiance el órden, que afirme el poder cerrando para siempre el cráter de las revoluciones. Mientras todos los destinos de la nacion estén á merced de un corto número de hombres que distribuidos en las capitales puedan con facilidad ponerse de acuerdo para promover nuevas insurrecciones, mientras la masa de la nacion sea mirada con desden, tratada como ilota, vedándosele de diferentes maneras el tomar parte en los negocios que le interesan, y esto cuando se pronuncian incesantemente las palabres *libertad, igualdad;* mientras no se procure que entren como elemento de gobierno opiniones razonables é intereses legítimos que hasta aquí han llevado un sello de condenacion inapelable, por la sencilla razon de que esta política era necesaria para sostener y fomentar el esclusivismo; mientras, repetimos, se siga esta deplorable línea de conducta, los gobiernos caerán, ó combatidos por la voluntad nacional, ó abandonados por ella. En el primer caso, el levantamiento será poderoso por su fuerza intrínseca; en el segundo lo será por no haber quien lo contrareste.

En ambas suposiciones, el resultado será fatal para los gobernantes.

XIV.

Se habla mucho de la *constitucion verdad;* si esto significa algo, espresará sin duda *cumplimiento esacto de lo que la constitucion*

prescribe. Mas como quiera que ahora se distingue *entre la letra y el espíritu* de la ley fundamental, y entre el *testo y las prácticas,* como ademas se ha dicho, que *dentro la constitucion se puede perder el pais,* y como se ha establecido por principio que las mayorías pueden ser *facticias,* si la cosa no se remedia, lleva camino de hacerse mas difícil el acierto que el descifrar los enigmas del Esfinge.

Si os apartais de la letra de la ley se os dirá que la infringís; si os ateneis estrictamente á sus palabras, se os achacará que cumpliéndola la falseais; ¿cómo será posible gobernar? Aclaremos las ideas ateniéndonos á los últimos sucesos.

Supongamos que en las últimas elecciones el ministerio hubiese llevado la mejor parte, logrando una mayoría tan indulgente que le hubiese absuelto del bombardeo, de la *erogacion* de los doce millones y de las demas medidas arbitrarias; viniendo por fin á declarar solemnemente que el gabinete merecia la confianza de las cortes, y que aquellos hombres eran los verdaderos salvadores de la patria. El gefe del Estado, conformándose con el voto de los cuerpos legisladores y conservando á su lado á los ministros, hubiera seguido las prácticas parlamentarias, observado la ley de las mayorías, y atenídose rigorosamente á la constitucion. Supongamos ademas que mientras ministros y diputados se habrian dado recíprocamente gracias y enhorabuenas, algunos hombres de cabeza ardiente y corazon audaz, se hubiesen presentado en Cataluña y dando el grito de alarma hubiesen levantado una nueva bandera: á pesar de las *mayorías* y de las *prácticas,* ¿os parece si habrian encontrado simpatías? Creemos firmemente que las mismas que ahora; y estará con nosotros quien conozca la opinion del pais. ¿Qué significa esto? Una cosa muy sencilla. Significa que sobre las mayorías, sobre las prácticas, sobre la constitucion, está la evidencia de los hechos.

Hagamos la contraprueba. Demos que un congreso corrompido y un ministerio apoyado por él, ambos dominados por pasiones innobles y vendidos al oro estrangero, se hubiesen propuesto sacrificar nuestras colonias á la ambicion inglesa; demos que Espartero resistiéndose á tamaña vileza hubiese disuelto las cortes, pero que por un fatal concurso de circunstancias hubiese prevalecido la intriga, presentándose de nuevo en los escaños del congreso los mismos hombres apoyando con el mismo calor á los ministros traidores. Si entonces Espartero dejándose de rodeos y contemplaciones hubiese disuelto de nuevo las cortes, y dispersado con una compañía de granaderos á los diputados renitentes; si levantando su voz hubiese dicho al pais: "Se me quiere forzar á ser traidor, se quiere

que venda á los estrangeros la independencia de la nacion; los traidores, abusando de la constitucion, se han parapetado en ella, yo no he tenido otro medio de salvar la patria que pasar por encima de la ley;" ¿pensais que el pais se hubiera sublevado para castigar semejante acto de dictadura? Es evidente que no: y ¿por qué? Por la misma razon arriba indicada; porque sobre las leyes escritas y las prácticas mas arraigadas, están la conveniencia pública y los principios de eterna justicia.

"Entonces, ¿qué se habrá hecho de la *legalidad?*" No lo sabemos; tiempo hace que la estamos buscando; apenas descubrimos su huella en ninguna parte: al parecer habrá seguido el camino de Astrea. En los tiempos que corren es gracioso oir que se habla de legalidad. Van ya largos años que la situacion es *estraordinaria;* y bajo mil formas diferentes, á la sombra de distintos velos, siempre las cuestiones vienen á decidirse en el terreno de las medidas *escepcionales.* La escepcion se ha elevado á regla. Ni es probable que de semejante estado salgamos tan pronto como fuera de desear. Bermudez cayó legalmente, merced á indicaciones que podian hacerse respetar; Martinez de la Rosa sucumbió bajo la legalidad de los amagos del levantamiento y de las insinuaciones del puñal; Toreno fué derribado con la legalidad de la insurreccion; Isturiz, en fuerza de la legalidad, tuvo que salvarse disfrazado de correo, y con él vino á tierra el estatuto revisado y por revisar; Mendizabal dejó legalmente su silla, porque los sables le hicieron una seña desagradable; Castro se embarcó legalmente por una significativa renuncia apoyada por cien mil bayonetas; y dejando mil otros incidentes que se han visto en el gran drama, á la hora en que escribimos estas líneas estarán sobre Madrid los ejércitos pronunciados; si Espartero no ha tomado el camino de la emigracion, estará tambien allí con el resto de sus fuerzas, y se probará la legalidad con lo certero de las descargas y lo recio de los sablazos.

Asombro nos causaba la candidez de ciertos hombres que consideraban posible un desenlace legal y tranquilo. No fuera poca fortuna que á tanto alcanzase la situacion venidera. Van ya nueve años que la España está en revolucion: las revoluciones, para cambiar la organizacion del pais, comienzan saliendo del terreno de la ley, y ninguna termina en el terreno de la ley. Ahí esta la historia. ¿Quereis columbrar el porvenir? Dad una ojeada sobre ese suelo volcanizado, y recordad que la escelsa huérfana que ocupa el trono no llega todavía á los trece años.

REFLECSIONES SUELTAS.

Posibilidad de los pronosticos politicos.

Se ha disputado sobre la posibilidad de la certeza en algunas ciencias, ocupando entre las dudosas un lugar especial la politica, que por la muchedumbre de datos que ha de tener presentes y la variedad y movilidad de los mismos, parece estar privada de toda demostracion, y condenada á limitarse á meras conjeturas. Aunque esto sea verdad en muchos casos, no lo es con tanta generalidad como algunos creen: en política, como en todo, se puede calcular, unas veces con probabilidad de acierto, otras con certeza poco menos que absoluta. Para esto es preciso tener el golpe de vista bastante seguro para no alucinarse con respecto á la estension del horizonte, sobre el cual se quieren aventurar los pronósticos; no empeñarse en determinar el *modo* de un suceso, cuando solo se le puede conocer en su *sustancia;* no lisonjearse de caracterizarle individualmente, cuando solo se le puede señalar en globo, en un conjunto que no deja ver claros los lineamientos particulares, pero que dice lo suficiente para formar juicio de una época; sobre todo, poseer la severa imparcialidad y el fino discernimiento que se necesitan para recoger datos y apreciarlos de la manera conveniente.

Diferencias entre datos y noticias.

Confunden muchos los *datos* políticos con las *noticias*, tomada esta última palabra en su aceptacion mas *pobre*, cual es la que se refiere á intentos ó gestiones de personas determinadas. Entre los

que padecen semejante confusion, se cuentan no pocos que tienen pretensiones al título de políticos y aun de hombres de Estado. La vanidad es inseparable compañera de la necedad.

Valor de las noticias.

Las noticias no deben ser recogidas sino en cuanto contribuyen á formar cabal concepto de los datos: son, por decirlo así, valores infinitesimales, que deben entrar en el cálculo para llegar al valor integral.

La imparcialidad.

La imparcialidad en recoger y apreciar los datos no se obtiene con solo desearla: es un resultado del talento, del espíritu de observacion, de la conveniente disposicion de ánimo, y muy especialmente de la *fuerza* de carácter.

Cualidad rara.

¿*Fuerza* de carácter para eso? ¿De qué sirve la fuerza en tales casos?..... Así hablará quien no haya reflecsionado que para pensar bien se necesita sostener continuamente batallas interiores en casi todas las materias, pero muy particularmente en la política. Si el corazon es animoso, espera demasiado, lo cree todo: lo que falta al hecho, se suple con el caudal del valor; si es tímido, desconfia de todo, mayormente al asomar siquiera remotamente algun peligro personal: las cosas son grandes, y el miedo las achica; ó son pequeñas y el miedo las agranda.

Criterio de los tontos.

Téngase en cuenta que solo hablamos aquí de entendimientos claros y de hombres que se llaman avisados y juiciosos; pues que si tratáramos de los tontos, semejantes observaciones estarian de mas. Estos por lo comun suelen tener un criterio mas seguro: creen todo lo que agrada, con lo cual se forman una pequeña bienaventuranza donde viven dormitando, hasta que el edificio se viene abajo y los aplasta en sus ruinas.

Juicio de los hombres.

Es muy difícil el clasificar bien á los hombres para apreciar debidamente el valor de su criterio político. Para esta operacion, cuyos resultados son de mucha importancia en los cálculos políticos, es necesario despojar á los hombres juzgados, de todo lo accesorio:

esto es, de todo aquello que no sirve de nada para la autoridad crítica. Las calidades *inconducentes* y las *apariencias* engañan mucho.

El hombre ocupa un *alto* puesto.—No es mala circunstancia: estando mas alto, verá quizás mas objetos; pero tambien es posible que los vea mas en confuso. Falta saber si su vista es muy larga y clara.

Es anciano.—Escelente calidad: la esperiencia es madre de la ciencia. Pero es necesario no perder de vista las observaciones siguientes. Si ha sido muy vano toda su vida, es peligroso que lo sea mas ahora: con los años se agravan las dolencias morales como las físicas. Siendo muy vano, será muy necio. La vanidad dimana muchas veces de necedad; pero en cambio, tambien la necedad es hija de la vanidad. Si se trata de empresas atrevidas, contad con su opinion negativa: á la timidez la llamará prudencia. Lo *árduo* será para él un sinónimo de *imposible*.

Ha envejecido en los negocios públicos.—Falta saber cómo los ha manejado.

Está muy metido en interioridades.—Por lo mismo, á vuelta de algunos conocimientos, podrá ser muy parcial creyendo que hace milagros, mientras desbarra soberanamente.

Es cortesano: en cosas de la corte está al corriente de los últimos pormenores.—Escelente para coadyuvar á una intriga; nulo para los negocios de gobierno, para la verdadera diplomacia, para todo lo grande.

Es un fácil hablador.—Hay cabezas que son máquinas de puras palabras. El lector los conoce en España: no hay necesidad de señalarlos.

Es un militar.—¿Se trata de guerra?—Pero es impetuoso.—Tambien lo es un caballo.—Es firme.—¿Qué cosa mas firme que una peña?

Es hombre muy callado.—No hay silencio como el de una estátua.

Es un escelente literato.—¿Se trata de literatura?

Es un sábio.—¿En qué ciencia?

Ha leido y estudiado mucho.—¿Qué libros? ¿de qué modo? ¿con qué talento? ¿para qué objeto? ¿con qué resultado? Ahora es oportuno todo lo francés.

Un pédant enivré de sa vaine science,
Tout hérissé de Grec, tout bouffi d'arrogance,
Et qui de mille auteurs, retenus mot pour mot,
Dans sa tète entassés, n'a souvent fait qu'un sot.

Ha viajado mucho.—¿Quién mas viagero que los coches?

Es muy condecorado.—Falta saber si ha merecido las condecoraciones y por qué.

En el mando se ha hecho respetar mucho.—Nada mas respetable que la boca de un cañon.

Tiene muy buenas confidencias: todo lo sabe.—Es muy peligroso que confunda la *política* con la *policía.*

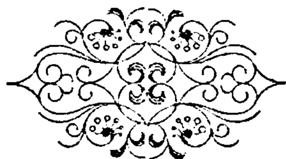
Es muy vivo.—La mucha vivacidad no es el mejor indicio de talento. ¿Quién mas vivo que una ardilla?

Es muy condescendiente: con todos priva.—Los reptiles se distinguen por su flecsibilidad.

Es sumamente misterioso: nadie lo entiende.—¿Por qué huye de la luz? Oculta, ó su pequeñez ó su maldad.

Es franco en estremo: no tiene secreto, todo lo dice.—Solo las arcas vacías pueden estar *siempre* abiertas.

Es muy cumplido y puntual en todo.—Escelente para maestro de ceremonias.



SOLEMNIDAD RELIGIOSA

EN

LA INAUGURACION DEL CAMINO DE HIERRO

—DE—

ESTRASBURGO A BASILEA.



Muy llena de vida es menester que se halle una institucion, que resistiendo á los embates de las revoluciones y á la accion roedora de los siglos, se conserva siempre la misma, siempre inmutable, presentándose mas lozana cuando se la creia débil y moribunda, mostrándose jóven y rebosando de salud, cuando se la juzgaba vieja, gastada, decrépita, al borde del sepulcro. Estas reflecsiones nos ocurren naturalmente al ver cómo se entrelaza lentamente la religion católica con la nueva organizacion social de los pueblos europeos, cómo se infiltra por decirlo así, en los elementos que van á ejercer mayor predominio; y cómo todo cuanto hay en la civilizacion moderna, de grande, de útil y de bello, vuelve á ponerse bajo su sombra tutelar como pidiendo á su magestad sublimes inspiraciones de grandor, como buscando en su arrimo una parte de aquella solidez con que ella permanece intacta en medio del torrente de los tiempos. Está realizándose en Europa un hecho que no debe pasar desapercibido, y es la costumbre que se introduce de celebrar la inauguracion de los grandes artefactos industriales y mercantiles con una solemnidad religiosa. ¿Se bota al agua algun barco de vapor, se inaugura un nuevo canal, un camino de hierro? La bendicion del sacerdote consagra la nueva empresa, y el inmenso concurso que acude á presenciar la fiesta solemne, se mantiene en respe-

tuoso silencio, mientras el mediador entre el cielo y la tierra invoca sobre la obra del pensamiento y de la actividad del hombre, la proteccion del que crió el universo.

Podriamos citar varios hechos, pero nos limitaremos al que acaba de verificarse en Francia, en Mulhouse, en la inauguracion del camino de hierro de Estrasburgo á Basilea el dia 19 del prócsimo pasado Setiembre. El concurso era de lo mas brillante, habiendo acudido á él personas de la mayor distincion, entre ellos el ministro de trabajos públicos. Ofició el obispo católico, hombre muy estimado y venerado en el pais por sus virtudes y sabiduría, siendo notable que durante la ceremonia religiosa reinó el órden mas respetuoso, el mas profundo recogimiento, no obstante de que la mayor parte de los concurrentes eran protestantes. Hemos leido la descripcion de la fiesta en una carta escrita á un periódico de Paris por un testigo ocular, y creemos que no disgustará á nuestros lectores el que les presentemos algunos párrafos de ella, relativos á la nueva situacion en que se encuentra el Catolicismo, intercalando las reflecsiones que nos vayan ocurriendo. Hace el autor algunas observaciones sobre lo interesante de un espectáculo, en que se veia á la Iglesia católica tendiendo á la industria una mano protectora; el hermoso contraste de una cruz al lado de una máquina de vapor, y una numerosa concurrencia, en su mayor parte protestante, recibiendo silenciosamente la bendicion dada por un obispo católico, y con todas las formas de la liturgia romana; y luego continúa: "Nos parece que de algun tiempo á esta parte se prepara dignamente la Iglesia católica á recobrar el terreno que habia perdido, y que está á punto de reconciliarse con las tendencias novadoras de la época; y cuenta, que no es un espíritu nuevo el que la anima; su espíritu es uno, eterno, incapaz de modificacion y progreso; espíritu inmutable, porque es la misma perfeccion. El que ha dicho: "ama á tu prójimo como á tí mismo" ha dicho la última palabra de Dios. Por lo que toca á la Iglesia, solo puede tratarse de una nueva manifestacion de su antiguo espíritu."

Habla en seguida el autor de la enemistad que habian concebido contra la Iglesia una parte de las clases depositarias de la actividad material é intelectual de los pueblos civilizados, y pasando en seguida á pintar la actitud en que se mantenia la Iglesia durante esos dias de tribulacion, admira su serenidad en medio de la tormenta, y la esactitud de los pronósticos que hacia á los pueblos, cuando al ver que se estraviaban del camino de la verdad, les advertia la insensatez de desvariados proyectos y la vanidad de criminales esfuerzos. Copiaremos este interesante trozo.

"La Iglesia aguardaba con paciencia el fin de la borrasca, ¿qué le importaban los clamores de los tiempos, teniendo para sí la eternidad? Aguardaba, porque sabia, y lo habia anunciado de antemano, que al cabo del laberinto filosófico, encontrando las naciones el abismo de la nada, retrocederian con espanto. Aguardaba, envuelta en su manto, sentada sobre la roca de las edades. Á la vista del volcan que bramaba, de las olas que venian espumantes á estrellarse contra la Santa Sede, el Soberano Pontífice, es decir, un hombre anciano, consumido por los años, que solo podia esperar algunos dias mas sobre la tierra, permanecia no obstante sereno, como animado por la certeza de señorear con un solo gesto los elementos desencadenados. Y ni uno solo de los titanes podia mirarle sin bajar los ojos; tan imponente es la fé, tanta es la magestad que el sentimiento de la eternidad imprime en la frente de los mas débiles! El momento pronosticado á un siglo mofador é incrédulo ha llegado ya; nuestras naciones, que saliendo presuntuosamente del camino sacudiendo el polvo de sus piés, y riendo con la risa de la burla, se habian lanzado en el dédalo de la filosofía escéptica, imaginándose que al estremo de sus vueltas y revueltas descubririan un paraiso terrestre, han encontrado que el laberinto no tenia salida; y helas aquí que vuelven atras." Brillantes pinceladas que trazan en brevísimo cuadro la historia de un siglo. La ilusion de un paraiso terrestre adonde debia dirigirse la humanidad por el laberinto de la filosofía; el laberinto no tenia salida.... las naciones vuelven atras con el desengaño en el entendimiento y la tristeza en el corazon.... he aquí la historia de un siglo á esta parte. ¿Y á dónde se dirigirán los hombres? ¿cuál será su guia en el nuevo camino? El faro inestinguible resplandece todavía; el Catolicismo no ha muerto, los hombres le dirigen una mirada como esplorando su voluntad, y el Catolicismo les tiende sus brazos; y se preparan para los hombres nuevos dias de felicidad, y para la Iglesia católica nuevos dias de gloria. "El antiguo tronco de Jessé, continúa el autor de la carta, está á punto de reverdecer; su sávia es siempre la misma, siempre nueva, es la inmortal sávia de la caridad; vivifica diferentes ramos segun la variedad de los tiempos, y el ramo de la industria le deberá tambien sus flores."

El clero francés dirige su atencion y sus esfuerzos hácia la industria: leed las pastorales de sus prelados mas sábios y piadosos, escuchad las predicaciones de sus apóstoles mas elocuentes, todos convidan al hombre al trabajo, como á un manantial de moralidad; todos honran y ecsaltan el decente bienestar que libra de crueles cuidados, y de las siniestras inspiraciones de la miseria. La Iglesia

acoge cada dia mas en el círculo de sus solemnidades las fiestas industriales. Ved si no en Nancy al obispo inaugurando los bateles de vapor del Mosa y del Meurthe, en Estrasburgo al coadjutor bendiciendo el canal de l'Ill, y los barcos de vapor del Rhin á su entrada en la ciudad, y en Burdeos al arzobispo presidiendo á la abertura del canal de Landes y del camino de hierro de La Teste."

La filosofía del siglo de Voltaire se ha llevado á la verdad tremenda burla. Segun ella, á medida que los hombres adelantarian en el conocimiento de la naturaleza, se habian de ir olvidando mas y mas de su autor; las verdades geométricas y químicas habian de acabar con las verdades morales. Afortunadamente, la Providencia vela sobre el linage humano, y si permite momentos de delirio, envia en seguida un rayo de luz para apartarle de caminos insensatos. Los hombres vuelven hácia la religion su vista desolada, y los ministros de la Iglesia católica, de aquella religion que en el lenguaje de los pretendidos filósofos era la eterna enemiga de los hombres, el eterno obstáculo para todo adelanto, presiden y consagran con las augustas ceremonias del culto romano, las fiestas que tienen por objeto la inauguracion de aquellos grandes artefactos, que han nacido del progreso de las ciencias naturales. "Y no se diga, prosigue el autor de la carta, que en esto se aparta el Catolicismo de su línea, y rompe con sus tradiciones. No, esto no es verdad, porque las fiestas de la agricultura, que tambien es una industria, las solemnizó la Iglesia desde su orígen, rodeándolas de todas sus pompas, y consagrándolas con interesantes oraciones. Lo que se ha mudado es el siglo, haciéndose manufacturero, cubriendo la tierra de canales, de caminos de hierro, de barcos de vapor; y la Iglesia no hace mas que estender á las manufacturas, y á todas estas útiles creaciones del hombre, lo que antes habia hecho para la agricultura."

Esta luminosa reflecsion puede aplicarse á la conducta de la Iglesia en todas épocas. Ella no se muda, pero sí que se mudan los hombres y las circunstancias; y conforme lo ecsigen las nuevas necesidades que se van ofreciendo, ella modifica su disciplina y sus ceremonias. La inflecsibilidad absoluta solo la tiene en el dogma; en esto nunca transige, porque la verdad es *una*, y por consiguiente no puede ser objeto de transacciones. En lo demas, es en estremo condescendiente. Nunca se ha visto religion que la igualase en sublimidad de doctrina y en pureza de moral; pero tampoco en la prudencia de su legislacion, en hacerse cargo de que trata con hombres; es pura como un ángel, pero indulgente como una madre.

Al verla que tiende sobre la industria su velo protector, llénase

de entusiasmo el autor de la carta, y dice: "felicitámosla por ello, y dámosle las gracias con entusiasmo, porque sabemos los sufrimientos y los peligros que envuelve para todos el sistema manufacturero, cuando le falta un pensamiento religioso que advierta á los unos que todos los hombres son hermanos, como hijos de un mismo Dios; y á los otros que la sumision es una gran virtud, agradable al Señor, y que cuando el hombre sabe obedecer se hace digno de mandar.

Llamamos la atencion de los lectores sobre la semejanza de estas observaciones, con las que hemos emitido en el artículo sobre el *bienestar del mayor número*, y sobre los peligros que amenazan á la sociedad por su nueva organizacion, si no se procura que á su rápido desarrollo presidan las ideas religiosas; si no se cuida de que ese vivo movimiento industrial y mercantil que se despierta por todas partes, esté regulado por una mano cuerda, que le evite los estravíos á que por su misma naturaleza se halla tan espuesto. No lo dudemos; el desarrollo industrial y mercantil, que tantos bienes puede traer á la sociedad, está preñado de azares y trastornos, que producirán desastrosas revoluciones sociales, y que al fin no mejorarán el estado de las clases mas numerosas, si la religion no le dirige. Y la religion que ha de presidir á esta grande obra, es el Catolicismo; oigamos ó si no al autor citado.

"En la Europa meridional, no hay medio en religion, entre el Catolicismo y un filosofismo egoista, corruptor y subversivo; y el sistema manufacturero sin la intervencion de la religion, ó será una palanca de anarquía brutal, ó el instrumento de una opresion degradante. A la sombra de la religion, al contrario, servirá para constituir *sólidamente la libertad práctica, de que están sedientas* las poblaciones, y creando inmensas riquezas, y repartiéndolas equitativamente, dotará el mundo de los elementos materiales de la igualdad orgánica; porque la ley de Cristo siempre fué ley de emancipacion, al mismo tiempo que de disciplina. Y la igualdad proporcional aquí en este mundo, ¿qué es sino una imágen terrena de la igualdad de la otra vida, tal como el cristianismo la ofrece á los hombres en esperanza?

Si quereis convenceros de que reapareciendo activamente en la escena del mundo el Catolicismo, está al presente como lo estuvo en lo pasado, animado del amor de la libertad humana, volved á leer el reciente breve del Soberano Pontífice en favor de la abolicion de la esclavitud, breve demasiadamente poco notado, en medio del ruido que hace nuestra mecánica parlamentaria. Brillante prueba de que el impulso á que hoy cede el clero, es eminentemente gerárquico, y que la religion está en pié, conforme á las leyes de equi-

librio: es decir, la cabeza arriba y los piés abajo. ¿Podemos decir otro tanto de nuestra política perfeccionada?"

He aquí cómo se piensa en Europa acerca del porvenir del Catolicismo; he aquí cómo lejos de creérsele muerto, se le mira como el único elemento capaz de preservar la sociedad de los males con que le amenaza su nueva organizacion, sin cegar empero ninguna de las fuentes de la prosperidad de las naciones. No ignoramos que al lado de esos filósofos juiciosos y previsores rebullen sectas insensatas que pretenden que el Catolicismo es impotente para regenerar la sociedad; pero sabemos tambien que estas sectas con todos sus esfuerzos y delirios no han llegado todavía á formular un pensamiento social, que sea, no diremos susceptible de completa aplicacion, pero ni siquiera de ensayo. Entre tanto sigan desvaneciéndose en sus proyectos insensatos los fundadores de nuevas sectas; agote la filosofía todos sus recursos; el Catolicismo lo ha pronosticado, y su pronóstico se cumplirá; la humanidad fuera de la religion andará siempre por un laberinto; no le encontrará salida, y si se la encuentra, será para un abismo.

Desgraciadamente ya no necesitamos salir de nuestro pais para saber en qué consiste este profundo sentimiento, en que el alma se encuentra fatigada de teorías y de vanas palabras; en que gastada y aburrida á fuerza de escándalos, de escarmientos y desengaños, se desalienta, y se abate en la mayor postracion, volviendo afligida la vista á la religion, para pedirle un rayo de luz en tantas tinieblas, una gota de consuelo en medio de tanta amargura. Y no hablamos, no, en el interés de los partidos; no hablamos, no, con la atencion fija en estos ó aquellos hombres: cuando contemplamos la sociedad desde la altura de las verdades religiosas, los hombres y los partidos desaparecen á nuestros ojos; solo vemos la causa de la humanidad, de esa humanidad encaminada á su destino por los senderos inesplicables que le ha señalado la Providencia. Y cuando abogamos por la conservacion del Catolicismo en España, cuando le sostenemos con nuestras débiles fuerzas contra los tiros de sus enemigos, es porque obedecemos al doble impulso de nuestras creencias religiosas y de nuestras convicciones sociales; es porque nos duele en el alma de que no se aproveche ese precioso elemento de regeneracion, único que puede curar nuestros males, único que puede preservarnos de la disolucion que de muchos años acá nos amenaza; es porque le miramos como un luminoso faro que podria sacarnos á puerto en la desecha borrasca.

MISCELANEA.

Pensamientos sobre literatura, filosofia, politica y religion.

La ciencia es una antorcha que suele servir para ver la ecsistencia de abismos, no para penetrar su fondo.

No está la dificultad en *conocer* sino en *advertir*.

Buenas son las instituciones, pero se las falsea; lo mas precioso de ellas es un buen escudo.

Entendemos mas por intuicion que por discurso: la intuicion clara y viva, es el carácter del genio.

Tomamos la osadía por señal de fuerza, por eso nos amilana.

Hay sábios de profesion, y los hay de genio: así sucede en todo.

Pensamiento, imágen, sentimiento, sensacion, cosas muy distintas en sí y en sus objetos; pero andan á veces en delicado contacto, y se toma la una por la otra.

"*Pensamiento desleido.*" He aquí una imágen esacta y bella; mas me gusta el ingrediente solo.

Hay genio de entendimiento, como de fantasía y sensibilidad; no siempre andan juntos.

Un genio se inclinará al sistema de las ideas innatas.

Se habla mucho de equilibrios políticos: equilibrio no le hay donde hay movimiento.

Hay muchos aficionados á la música, y pocos músicos: lo mismo sucede con respecto á la poesía.

En las bellas letras y artes, hay mucho de natural; pero de convencional hay mas de lo que creemos.

Muchos no quieren fé, ni aun en religion, y la fé abunda tanto, aun en las ciencias! . . . . . .

Hay bastantes cabezas que son libros y hasta bibliotecas; pero pocas inteligencias.

Los que han puesto á sus obras el nombre de personages célebres, conocian bien al hombre.

Quien estrañe los delirios del reinado de la *Diosa Razon*, poco ha estudiado el carácter de la razon humana.

El comun de los hombres entiende tanto en política, en guerra y otras cosas semejantes, como en el cálculo infinitesimal; pero en este se usa un lenguaje peculiar, y no usual, y en aquellas ciencias no. Esta es una de las causas de que todos hablen de lo primero y no de lo segundo.

A la razon la daña no pocas veces el sentimiento, y muchísimas otras le hace gran falta.

Por todas partes hay belleza, armonía: el caso está en percibirla. Nuestro corazon es un magnífico instrumento: solo que se ha de afinar y tocar.

Un genio de imaginacion es como la naturaleza, produce sus bellezas: la imaginacion de los otros es un lienzo mas ó menos apto para la pintura.

Primores, y siempre primores, no es propio de una causa grande; la naturaleza prodiga sus riquezas tal vez con aparente desconcierto.

La naturaleza, sin la señal de la mano del hombre, es mas sublime.

Con dificultad entiende los preceptos de pensar bien, quien no piensa ya bien: es círculo de mala salida.

El dar reglas secas de lógica á un niño, me parece una teoría de andar, esplicada al niño que está en andadores.

Para aprender bien una lengua, es poca cosa la gramática.

El pensar es un misterio, el hablar es un misterio, el hombre un abismo.

Mucho nos gustan las cámaras oscuras, los daguerreotipos, y no recordamos que nuestra cabeza es el mejor daguerreotipo del mundo.

Me parece que ha de ser un gusto el conocer desde la otra vida lo que vale nuestro saber actual.

No basta conocer la moral, es menester *sentirla*, y con frecuencia: la religion católica muestra en esto, como en todo, su alta sabiduría.

Las pasiones á veces nos estravian, nos evilecen ó corrompen; á veces nos guian, nos inspiran, nos elevan.

El mundo dice: "engríete, si quieres, de tu mérito, pero has de ocultar profundamente tu engreimiento:" aquí habria delicadas reflecsiones que hacer sobre la humildad cristiana.

El hombre tiene necesidad de amar: y la base de la religion es el amor.

Estamos sedientos de saber, de conocer la verdad, y el premio que promete la religion, es el conocimiento de una verdad infinita.

Los pueblos niños despliegan imaginacion; los bárbaros, pasiones fuertes; los cultos (mientras siguen un sendero regular) ingenio; los cultos y en revolucion, todo

La propagacion de las Hermanas de la Caridad, seria un gran bien para la humanidad y para rehabilitar la religion en la opinion de los pueblos.

El divorcio de la religion y de la política, es un imposible; la razon lo convence, la esperiencia lo atestigua.

Si dijéramos que el único resorte del corazon del hombre es el propio interés, se seguirá que la religion ha dado tambien en el blanco.

El poder social ha perdido de su fuerza, la religion de su ascendiente, y he aquí que vuelven á presentarse el duelo y el suicidio.

Cuando el corazon necesita una doctrina, el entendimiento se la presta, aunque sea fingiéndola.

Un genio es una fábrica, un erudito un almacen.

En el estudio de la sociedad, aun tal como le tenemos con todo su aparato de análisis, debe de haber bastante poesía.

Una buena lógica, seria un vasto tratado de todo el hombre.

La universalidad, viveza y energía del movimiento de la primera cruzada, prueba la ecsistencia de un espíritu público: los pueblos tenian escasa comunicacion; pues ¿quién le habia creado?

En el respeto por las cosas antiguas, hay algun misterio.

Lo que se llama pasiones políticas, suelen ser pasiones comunes.

"La civilizacion es el vapor." ¡Qué absurdo! esto define á algunos economistas.

Donde no hay cristianismo, la muger está esclavizada: esto será tal vez que allí se cumple con mas rigor el castigo. "Sub viri, etc. etc."

Muy difícil ha sido siempre, y siempre lo será, bajo un gobierno cualquiera, el castigo de aquellos crímenes que ó proceden de la ecsageracion de los principios en que el gobierno estriba, ó al menos la llevan por máscara. Esto tiene raices profundas en el mismo corazon del hombre, en su entendimiento y en la organizacion que en tal caso tienen casi por necesidad el gobierno y sus dependencias. ¡A cuántos gobiernos eso mata!

En cada crísis social nace un genio: la España está en crísis: ¿dónde está el genio?

Las sociedades modernas con la abolicion de la esclavitud y con otros medios, han adquirido un fondo inagotable de movilidad: las instituciones fijas y robustas eran, pues, mas necesarias que nunca.

Quien se interesa mucho por las formas políticas, mostrándose

muy entusiasta de este ó aquel sistema, ó es ambicioso ó poco entendido.

La ciencia moderna mira las cosas muy en globo; y hace bien, porque las cosas no ecsisten clasificadas sino en globo: la dificultad está en la debilidad del entendimiento humano. Los grandes talentos son poco clasificadores, y poco á propósito para componer obras elementales. Este carácter, ó rumbo ó espíritu de la ciencia, aumenta las dificultades de un buen plan de instruccion, y la dificultad de encontrar buenos profesores.

En tiempo en que no sea mucha la fuerza de las ideas, pueden estas hallarse en discordancia con las cosas; cuando las ideas tienen mucho influjo, no.

Todos los partidos quisieran que el gobierno fuera una espresion de sus opiniones y un sosten de sus intereses: así es que todos quisieran influencia en el gobierno: es decir, que todos quisieran gobierno representativo si estuvieran seguros de alcanzar mayoría. ¡Qué verdad mas palpable! ¡Y cuán pocos piensan en ella! "mandad, disponed como querais; yo ni quiero intervenir en ello, ni aconsejaros siquiera, aun en las cosas que á mí me atañen; aun en lo tocante á mi dinero," no está en la naturaleza del hombre.

La sociedad necesita ahora mucho de la religion, por esto no podrá mostrársele esquiva.

No es lo mismo conocer la sana moral, que el sentirla vivamente; y va mucho de sentirla hasta con entusiasmo, á practicarla cual se debe.

Bien y mal, he aquí unas palabras de mal definir.

Talento, ¡qué palabra tan vaga! Sus definiciones y clasificaciones darian lugar á una grande obra.

Hay espíritu de asociacion, pero es un espíritu débil, le falta aliento, y solo la religion puede dárselo.

Decís que el cristianismo ha civilizado el mundo; esto es decir que el cristianismo es una verdad.

Todo lo que está en contacto con las necesidades del hombre, progresa; porque la necesidad es muy vivo acicate; y por esto en la época actual progresarán las ciencias relativas á la sociedad, porque los sábios ocupan la silla de mando. En el siglo pasado, estas ciencias habian sufrido un horrible estravío, y sin embargo, se creia que habian adelantado; ¿y por qué? porque el hombre público gobernaba y el sábio soñaba en su gabinete: unid en una estas dos personas, y vereis cómo se remedia el mal: esto esplica el cambio de ideas despues de la revolucion franceaa. y tambien varios fenómenos muy estraños.

Un curso de oratoria bien entendido, seria un escelente curso de lógica.

A los niños se les enseña la retórica y la poesía: ¡pobres niños! y luego la lógica ¡pobres niños!

En tanto como se habla del espíritu de provincialismo en España, no sé que hasta ahora se haya fijado su carácter, ni aun probado su ecsistencia.

¿Hay en España verdadera nacionalidad? Sí ó no: en qué consiste, sus causas, sus indicios; he aquí apuntado el objeto de una estensa obra.

Arte de pensar y arte de no errar, y tambien de no dejarse engañar, son cosas muy diferentes: la primera quizás no ecsiste ni ecsistir puede; la segunda es difícil, pero no imposible.

Un viage bien hecho, es tarea muy árdua.

Si bien se mira, la única religion de los pueblos civilizados, es el cristianismo: esto dice mucho.

Los mayores estravíos, á veces proceden de abandonarse demasiado al sentimiento: las cuestiones sobre el suicidio, pena de muerte, formas políticas, y otras semejantes, son un buen ejemplo. Bueno es escuchar el sentimiento; pero si no se anda con prudencia en eso, bien pronto la verdad en muchas materias será tan varia, como la organizacion y como las afecciones de nuestro cuerpo.

Hay en el fondo de nuestra alma una luz superior á todas las afecciones de momento, una luz que es comun á todos los hombres y que es luz en todos tiempos; esto, á mas de ser un aviso para no errar en muchas cuestiones, nos suministra una robusta prueba de que el alma no es el resultado de la organizacion.

No es fácil opinar contra los propios intereses: éstos arrastran las opiniones.

Bueno es el análisis; pero miradas las partes á veces, no se conoce por eso el todo: si desmontamos una máquina, la mayor parte de los hombres no sabrán para qué sirven las piezas.

Las clases sábias pervirtieron las ignorantes; ahora parece que tratan de enmendar el yerro, pero la cosa es difícil.

Por costumbre miramos el derecho de testar como incuestionable: á la primera ojeada filosófica parece que tiemblan sus cimientos, pero ahondando mas, se encuentran razones profundas y delicadas de esta legislacion.

Es bien notable que una filosofia que apenas se acuerda de la religion sino como de un hecho humano, esté siempre poseida del *pensamiento que preside á los destinos de la humanidad.* Diríase que teme descubrir á Dios, y que Dios se le aparece en medio de una nube en el curso de sus investigaciones.

Se quiere popularizar la ciencia, y jamas habia andado por regiones tan encumbradas.

La historia no debe olvidar un hecho que quizás pocos han notado. Un hombre queria evitar la revolucion francesa por medio de una reforma, y este hombre era el que se sujetó humildemente al juicio del Papa: era Fenelon.

Podríase hacer una escelente obra sobre las modificaciones que serian convenientes en la instruccion del clero, á causa de la nueva organizacion y nuevas necesidades de la sociedad: allí se podria discutir muy bien si es útil ó nocivo el separar la teología de las universidades, encerrándola en los colegios.

Economía política. . . . Tambien debiera haber *economía moral*.

El precepto contra las usuras es profundamente económico, pues que de suyo tiende á destruir *zánganos*, lo que es muy favorable á la produccion.

Dice Destutt-Traci (t. 2. p. 219, Econ. pol.): "En materias algo difíciles, la práctica es provisionalmente bastante razonable mucho tiempo antes que lo sea la teoría, y puede suplir muy bien por ella." Sobre este particular pueden hacerse muchas reflecsiones.

Casi siempre se habla, se aplaude, se critica por costumbre, y sobre todo por autoridad agena.

Las imaginaciones muy fuertes y la sensibilidad muy viva, no son los mejores amigos de la lógica.

Conviene ver lo que hay: no mas de lo que hay: un hombre que se desvanece por debilidad de cabeza ú otras causas, en el mismo instante que cierra los ojos á la luz, figúrase quizás que ve brillantísimas centellas, galanos colores y esquisitos matices.

Hay cierta manía de análisis que lleva á confundirlo todo, y hay cierto espíritu de ecsagerada imparcialidad que hace á los hombres muy parciales; estas son enfermedades de difícil curacion.

Hay talentos claros, porque son superficiales; son como un arroyuelo de escasa profundidad: enturbiada un poco el agua, todavía se distinguen la arena y piedrecitas del fondo.

Hay talentos profundos pero claros: son una grande antorcha que todo lo alumbra.

El ingenio suple á veces el genio: es como el agua que nos ofrece una gran profundidad, reflejándonos la inmensidad del firmamento.

Hay en el mundo un vacío; los genios, si le padecen, lo sienten mas, porque lo tienen mas grande.

Hay entendimientos que parecen naturalmente falsos; siempre tienen la desgracia de verlo todo al reves. Guardaos de disputar con ellos.

Ois tal vez un solemne despropósito acompañado de una satisfaccion admirable: ¿por qué os cansais en refutarle, y en hacer entrar en razon á su autor? quien lo ha dicho tan cumplido, no es capaz de comprender la refutacion.

Desde la locura rematada á la cordura perfecta, hay una escala de muchos grados: el mundo está distribuido en ellos. Los estremos son pocos.

La prensa comenzó dando á luz la Biblia, y ha descendido hasta el lenguaje de las verduleras; como la música nació en los templos, y ha bajado hasta las tabernas.

Los poetas ramplones no desacreditan á Homero y Virgilio; una miserable sonata de mandurria, nada quita á Rossini ni á Mozar; y los prodigios de Miguel Angel y de Rafael, no se destruyen por los mamarrachos de patios y esquinas.

La lengua no es el lenguaje; Gines de Pasamonte hablaba la misma lengua del Gran Gonzalo y de Fray Luis de Leon; y las mugeres del rastro la misma lengua, pero no el lenguaje de Santa Teresa; los órganos de Marat la misma que Fenelon.

En el mismo Capitolio triunfó el heroismo y el parricidio.

La revolucion francesa fundió los elementos de la Francia como metales en crisol, la convencion sacó la masa informe; Napoleon la elaboró, cinceló y pulió. Generalmente hay homogeneidad; las diferencias que se notan, son como las vetas de metales que no ligan.

En Francia el gobierno representativo es la representacion de la administracion, salvo el derecho de clamar.

Si la prensa fuese el órgano de la opinion pública, en Francia el gobierno estaria siempre en abierta oposicion con esta.

En política como en religion, el entusiasmo supone la fé, la pura razon enfria.

En España no debe haber tolerancia religiosa ó de cultos, porque no se tolera lo que no ecsiste. No hay disidentes. Hay incrédulos: las personas de estos cumplidamente se toleran. Culto no tienen.

El poder es violento cuando es débil.

Sanson es la imágen del hombre: poder y debilidad.

La monarquía hereditaria es una especie de insaculacion. La perfeccion de la prudencia consiste en desconfiar de sí misma. El vicio radical de ciertas escuelas políticas, consiste en el olvido de esta regla. Fundan la sociedad en un pacto y pretenden gobernarla con sola la razon.

Dido, pidiendo al rey Jarbas la permision de comprar tanto terreno como podria rodear con una piel de buey, y cortándola despues en tan delgadas tiras que ciñeron espacio capaz de compren-

der una ciudad; es un hermoso emblema de la política astuta de los pueblos comerciantes.

Se ha dicho que Constantino trasladando á Bizancio la silla del imperio, lo enflaqueció; ¿no podria decirse que lo conservó, al menos en Oriente, construyendo una última trinchera contra la irrupcion de los bárbaros?

Hay reputaciones que se parecen á los cadáveres que se conservan enteros en una caja bien cerrada: en dándoles el aire se convierten en polvo.

La sátira se embota, la razon no.

El pensamiento falso espresado con una imágen brillante, es una muger fea cubierta con hermoso velo.

Los hombres ensalzados por los pueblos como emblema de libertad, suelen tener la humorada de Marco Antonio, que desposado con Minerva por el voto de los atenienses, se hizo pagar el dote que á tan noble consorte correspondia.

Los ambiciosos marchan á la tiranía, al lado de la imágen de la libertad, como Pisistrato á la fortaleza de Aténas, al lado de la gallarda doncella que representaba á Minerva.

Conviene aprender las reglas y acostumbrarse á ellas como los músicos al compás: despues lo llevan sin advertirlo.

Los hombres son como las figuras de barro: conviene que se sequen en el molde; del contrario no toman la forma.

Pobre cabeza donde no hay presidente: este falta á los hombres sin carácter.

La parte inteligente de una nacion ha de estar en movimiento y dirigir; pero ¿y si está loca ó va errada? ¡á cuántos individuos no no pierde una cabeza, un pensamiento falso! Virtud, salud, fortuna, honor; todo lo echa á perder. He aquí la sociedad, con la inteligencia en estravio.

¿Qué me importa un artículo fulminante contra una esaccion, mientras miro en casa los soldados del apremio?

Estamos los españoles en medio del mar, es menester acostumbrarse á las tormentas.

El pueblo comprende mas pronto el lenguaje de las pasiones que el de la razon.

La sociedad actual es una muger delante de un espejo.

En la actualidad todo se hace por acto reflejo.

La inteligencia es la luz que guia, la moral la ley que arregla y armoniza, la felicidad el término y el premio.

Una política ciega no atiende siquiera á los hechos consumados, una política injusta los acepta y consolida, la justicia y la prudencia no quieren ni uno ni otro.

Dos hombres que no se entienden son dos instrumentos que no están en armonía.

Se dice que la verdad nunca daña, lo niego.

Un hombre con pereza es un relox sin cuerda.

Tenemos un nuevo pauperismo, los jóvenes ilustrados.

España es un pueblo nuevo, aquí podrian hacerse grandes ensayos.

En Cataluña tenemos la civilizacion española y la cultura francesa.

Las sociedades no se mueven con la risa, sino con los intereses y la conviccion.

Nuestros padres abundaban en buen sentido, nosotros en razon. ¿La verdad de qué parte está?

¿Se nos pretenderá dar la centralizacion francesa, el eclecticismo filosófico, la civilizacion vapor?

De la impotencia gubernativa nace el pandillage.

Quien no gobierna no tiene el apoyo de la nacion; el instinto de conservacion hace buscar un apoyo; y de aquí el pandillage que es una compañía de *seguros mútuos.* Apoyadme y yo os dejaré hacer. Es sencillo pero peligroso.

Para conservarse los grandes partidos como los grandes hombres, gobiernan; los mezquinos intrigan; los malvados corrompen; los osados oprimen.

Para constituir la dictadura completa son menester: 1.° Genio en el candidato. 2.° Disolucion *social* y política. 3.° Ausencia é imposibilidad del gobierno *legal.* 4.° Fuerza é influencia *esterior* en la nacion.

Para mandar sirven los ambiciosos, mas no los vanos.

¿Quereis apreciar la fuerza de una situacion? Ved qué ideas é intereses representa.

¿Quereis otra señal mas sencilla? Ved qué hombres figuran en ella.

¿Qué valdria el respeto al trono si tuviésemos la anarquía? La tempestad no dejaria de serlo por llevar respetuosamente en sus alas una niña dormida.

Mientras los cuerpos *políticos* hayan de arreglar todas las cuestiones *políticas*, no saldremos jamas de la *política,* es decir, del *malestar*.

Los poderes nacidos de una revolucion, tienen por el mismo hecho facultades discrecionales; su blanco y norma es la conveniencia pública; su límite la razon y la moral. ¡Cuántas cosas ilegales son legítimas y cuántas cosas ilegítimas son legales!

Observan los químicos, que los cuerpos que tienen poca afinidad

aunque puedan combinarse de diferentes maneras, dan un compuesto en que se notan las propiedades de los componentes: en una combinacion de agua y azúcar, ó de agua y sal, se descubren siempre las del azúcar y del agua, y las de esta y de la sal. Este fenómeno lo recordamos al pensar en ciertas fusiones políticas. Vendaos los ojos, que no veais el líquido, tocadle con la punta de la lengua, y direis luego: "aquí hay agua, aquí azúcar, aquí sal."

Hay ciertas soluciones en que los cuerpos no quedan mezclados sino mientras dura el calor: en enfriándose el líquido, se verifica la separacion. No hay que hacer caso de ciertas mezclas, de cierta homogeneidad aparente: dejad que se enfrie el líquido.

Cuando un partido político carece de convicciones, está privado de vida; entonces es como los cuerpos inorgánicos que no se *nutren* sino que crecen por *agregacion* ó *yuxtaposicion*, en tal caso son incapaces de modificarse. Combinadlos con otro cuerpo cualquiera, siempre se separan y efectúan la *cristalizacion*. Como se presentaban antes, se presentarán despues; si alguna vez los habeis medido, sabed que será la misma su figura; para conocer sus ángulos, no necesitais aplicar de nuevo el *goniómetro;* sin peligro de error podeis serviros de la medida vieja.

No os alucine el ver que un metal ha perdido su dureza y que corre y circula como los otros líquidos: ¿no veis que está espuesto á una temperatura muy elevada? Dejad que esta baje, el metal volverá á su estado primitivo.

Para mantener en fusion dos cuerpos que se repelen, es necesario un tercero que prepondere sobre la accion de cada uno de ellos, que absorviéndolos los *una*. He aquí una imágen bastante fiel del poder monárquico.

La monarquía hereditaria es una especie de aplicacion del sistema de la suerte. ¡Tanto teme la sociedad el poner en movimiento muchas voluntades en un negocio de importancia! No se fia ni de los candidatos ni de los electores.

Se dice que la repeticion de una idea, la gasta: la asercion es muy dudosa: una insigne falsedad, una solemne estravagancia, inculcadas de continuo y con serenidad, producen no pocas veces un efecto sorprendente.

Se suele decir el *calor de la conviccion;* ¡cuán á menudo podria decirse la *conviccion del calor!*

Hay hombres que no pueden sostener su reputacion sino ocultos tras una mampara; salen á las tablas; se ve que era el *mons parturiens;* el público los silva: ¿quién tiene la culpa?

Quizás ahora se hace justicia á los hombres mucho mas pronto

que antes. La razon es porque un siglo de ahora es mas que diez siglos anteriores. La posteridad se anticipa, llega ya en vida de quien apela á su fallo.

Hobbes decia que si hubiese leido tanto como otros, seria tan ignorante como ellos: esta es una ecsageracion que encierra un significado profundo.

Conocemos mas los libros que las cosas; y el ser sábio consiste en saber cosas y no libros.

La educacion es al hombre lo que el molde al barro: le da la forma.

La inconsecuencia natural al hombre, produce grandes males y grandes bienes. ¿Cómo? un hombre religioso consecuente seria un modelo: he aquí los males de la inconsecuencia: un impío consecuente observaria una conducta monstruosa; he aquí un bien de la inconsecuencia.

Tambien hay vanidad en la pretension de no ser vano.

La vanidad es la molicie del orgullo.

El orgullo será con frecuencia vano si no ejerce gran dominio sobre sí mismo. Y como este dominio es muy difícil sin virtud sólida, los orgullosos son vanos con mas frecuencia de lo que ellos creen.

Una niña que en la edad de la hermosura y de las ilusiones se consagra al servicio de los enfermos, muestra mas grandor de ánimo que todos los conquistadores del mundo.

Bienaventurados los que lloran. dijo Jesucristo: ¡qué palabra! ¡y en qué siglo! Ella por sí sola anunciaba á la humanidad un nuevo porvenir.

El alma con las pasiones ecsaltadas es el cuerpo en calentura. Tirita de frio, y tal vez el ambiente está ardiendo; se abrasa, y la atmósfera está helada. Lo primero que debiéramos hacer en un caso semejante es no juzgar de nada.

La perfeccion del disimulo consiste en encubrirle.

La condescendencia habitual no está reñida con una gran firmeza de carácter. Esta es una cualidad preciosa que conviene economizar.

No hay nada mas insulso que la pretension de ser gracioso.

A los hombres grandes se los llama con solo su nombre, á secas. Esto es muy significativo. Es que la idea principal no necesita ni consiente accesorios.

La afectacion es intolerable; y la peor es la afectacion de la naturalidad.

Los hombres que alaban siempre, son ó simples ó bajos; los que no alaban nunca, ó son imbéciles ó envidiosos.

Los hombres grandes son sencillos y los medianos son ampulosos, por la misma razon que los cobardes son bravatones y los valientes no.

Suele distinguirse entre la honradez política y la honradez privada; á quien no ha manejado con delicadeza los negocios particulares, no le fiara yo la hacienda pública. Hay mayor cebo y menor peligro.

Hay objetos que no se ven si no se sienten; y no se ven bien si se sienten demasiado. El sentimiento en tal caso es una especie de lente; es difícil acertar en la graduacion mas adecuada.

Si se combinan en un mismo sugeto la riqueza, la ignorancia, la inmoralidad, la presuncion, y la falta de educacion, el resultado es una cosa intolerable.

Cuando un objeto está presente sentimos su nada; por esto preferimos vivir de recuerdos y esperanzas.

No es tolerante quien no tolera la intolerancia.

Muchos hombres ecsageran sus fuerzas; pero tambien los hay que no las conocen; ¡qué fortuna para ellos y para los demas si hubiera quien se las revelase!

En la sociedad hay muchos hombres dislocados; podrian ser útiles y no hacen mas que dañar ó embarazar.

Si hubiese un medio seguro de descubrir las disposiciones particulares de cada uno, no es posible decir hasta qué punto se multiplicarian las fuerzas de la humanidad.

De un pensamiento espresado secamente, á otro cubierto con una imágen feliz, va la misma diferencia que de una bala tirada con la mano á otra disparada con un fusil.

Cuando uno recuerda lo que era la Europa cinco siglos atras, la imaginacion se asombra al pensar lo que será de aquí á cinco siglos.

El porvenir de las naciones civilizadas entraña acontecimientos tan colosales y mudanzas tan profundas, que probablemente nosotros no nos formamos de ello ninguna idea, ni somos capaces de formárnosla.

El medio para deshacerse de un hombre amante de contradecir, es callar y escuchar reposadamente. Atacará primero lo que habeis dicho, luego lo que pensará que quereis decir; esto es, vuestras opiniones reales ó presuntas; pero al fin se cansa y se aburre, fastidiado de una víctima que se hace el muerto.

Esos hombres eternos impugnadores de todo, son como las balas de cañon; derriban una muralla de mucho espesor y muy recia, y pierden la fuerza en encontrando algunos colchones.

Para las cosas grandes y árduas se necesitan, combinacion sose-

gada, voluntad decidida, accion vigorosa; cabeza de hielo, corazon de fuego, mano de hierro.

La religion es la mejor filosofia de la historia.

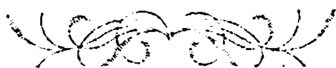
Los perezosos suelen ser grandes proyectistas; así estando faltos de realidad se engañan con ilusiones; y ademas el trabajar solo en proyecto se aviene muy bien con el no hacer nada; suma felicidad del perezoso.

El adelanto de la maquinaria va reclamando cada dia establecimientos mayores, estos traen la acumalacion de la riqueza; de la acumulacion resulta la miseria del mayor número; detener á la humanidad en su carrera, es imposible; ¿á dónde vamos á parar? El entendimiento se abruma y el corazon se contrista. ¿Cómo se resuelve el problema? ¿Será que la Providencia tenga reservado para lo venidero algun arcano venturoso, pero que la prole de Adan no haya de alcanzarle sino despues de mucho sufrimiento, como tantas veces le ha sucedido?

Al ver cómo perecen á millones los individuos, cómo sufren inesplicables padecimientos generaciones enteras, tal vez durante largos siglos, para obtener el triunfo de una idea ó el arraigo de una institucion, saltan á la vista dos verdades: primera, que el destino del individuo humano no acaba en la tierra; segunda, que ese ser que llamamos humanidad, está subordinado á los designios de una Providencia.

Si la Inglaterra desapareciese del mapa de Europa, resultaria un desquilibrio que haria imposible la paz europea.

Creen algunos que la Europa no puede ya pasar por conflictos semejantes al de la irrupcion de los bárbaros del Norte ó de los árabes; pero tal vez no han reflecsionado bastante sobre lo que de sí podria dar el Asia gobernada por la Rusia. Mehemed-Alí con sus ensayos en pequeño ha evidenciado que el Oriente es susceptible de grandes revoluciones.



BALMES

CONSIDERADO

COMO HOMBRE CIENTIFICO Y COMO LITERATO.

Balmes, como dice un escritor ilustre, ha hecho brillar entre nosotros un hermoso reflejo del antiguo saber, mezclado con las lumbreras nacientes de la escuela moderna. El teólogo profundo ha sido un matemático consumado; el jurisconsulto sutil, un publicista eminente; el dialéctico diestro un escritor penetrante. Balmes es admirable en todo; bajo el aspecto religioso, que preside las creencias y moraliza á los hombres; bajo el aspecto social que establece en qué consiste la verdadera civilizacion; bajo el aspecto político, que es el estudio de las instituciones por las que han de gobernarse los Estados; y bajo el aspecto filosófico, que es el que domina en los entendimientos, produciendo adelantos en las ciencias cuando es bien dirigido; pero retrazándolas y ocasionando desvaríos trascendentales en el individuo, y horribles trastornos en la sociedad cuando está fundado en el error. Bajo todos estos aspectos, Balmes se nos ha presentado como un gigante, cuya cabeza sobresalia entre todos sus mas distinguidos contemporáneos. Nosotros, sin embargo, solo vamos á considerarle como hombre científico en general; es decir, vamos á esplicar, tal como nosotros lo comprendemos, en qué consistia su pasmosa superioridad; descendiendo despues á enumerar algunos de los otros ramos, en que ademas de los antes citados, lució sus privilegiadas dotes, y á considerarle tambien como hombre de letras.

Nada hay tan difícil como el generalizar: pocos hombres tienen este distinguido talento. Quien haya de generalizar es preciso tenga gran comprension para penetrar las cuestiones, memoria para re-

cordar otras con que compararlas, juicio para determinar las semejanzas y las diferencias que de la comparacion resultan. Le es necesario ademas un gran caudal de profundos y muy diversos conocimientos para utilizarse de todos, y que los recuerdos históricos vengan á comprobar un hecho político ó una proposicion social; que las verdades matemáticas y las ciencias naturales vengan en apoyo de una verdad teológica ó de una proposicion filosófica. Hay hombres que tienen en alto grado la percepcion, el juicio ó la memoria, y penetran las cuestiones ó juzgan bien cuando se les presenta un punto difícil, ó recuerdan cuanto han oido ó leido; estos hombres podrán ser útiles en las ciencias; pero ninguno será distinguido por sus adelantamientos en ellas. Para esto se ecsige mas que comprension, mas que juicios, mas que recuerdos; ecsige que las teorías científicas se reduzcan al menor número de reglas ó proposiciones, y serán tanto mejores, cuanto en menor número reunan mas caudal de teoría. Mas esto no lo harán jamas los hombres notables en algun ramo, en alguna facultad intelectual: será preciso que el que á tal empresa aspire, sea lo que por reunir un gran desarrollo de todas sus facultades intelectuales, pudiéramos llamar un *talento* con el cual pueda "percibir lo comun en lo vario, reducir lo múltiplo á la unidad." *Balmes en tal concepto era un talento*; pero en Balmes habia otra cosa mas. Balmes, aunque toda su vida la habia pasado estudiando, no tenia tiempo para haber aprendido tanto como sabia: en Balmes habia esa intuicion, carácter esclusivo del genio con que veia sin esfuerzo lo que otros no veian sino con gran trabajo, "el tener á la vista el objeto inundado de luz cuando los demas están en tinieblas." Esto era lo que le hacia decir que *veia intuitivamente* cosas de que los demas apenas podiamos darnos cuenta: por esto sin duda decia, que podia estampar de un golpe en la pared un artículo sobre cualquier cuestion, sirviéndole solo de trabajo dictar y corregir.

Por su talento comprendia con rapidez las cuestiones mas difíciles, y las consideraba tales como eran bajo su verdadero punto de vista: como genio las resolvia con la mayor presteza, allanando las dificultades, encontrando el principio en que se fundaban, que solia ser muchas veces la resolucion de otras muchas cuestiones.

Como profundo filósofo poseia la clave de todas las ciencias; y de aquí la amplitud que con poco trabajo pudo dar á sus variados conocimientos. La filosofia y su talento le hacian generalizar: para los detalles de cada ramo acudia á sus conocimientos especiales. *De esta manera, con su inmenso* caudal de ciencia *teológica* pudo resolver muchas cuestiones de la filosofia, y escribir con profunda

solidez muchas Cartas al escéptico: con el estudio que él mismo ejecutó por sí de la *historia*, pudo hacer inmortal su nombre puesto al frente de esa grande y filosófica obra que nos ha legado en el *Protestantismo*, luciendo en los correspondientes tratados sus conocimientos especiales; de *cánones* en el tratado de la esclavitud, de ciencia social en una gran parte de sus páginas: con sus estudios en *economía política* pudo escribir con perfeccion muchos puntos de las *Observaciones sobre los bienes del clero;* con sus estudios *políticos* presentó un sistema completo de gobierno en una parte del *Protestantismo* y en el *Pensamiento:* con sus vastos conocimientos *religiosos* nos dejó tratados perfectos de religion esparcidos en sus diversas obras: con su profunda ciencia *moral* escribió la *Etica:* con sus sólidos estudios del *derecho* pudo brillar en los artículos que dedicó á esta clase de cuestiones; con su ciencia *matemática* ilustró su *Filosofía fundamental*, poniendo en contribucion aquella ciencia que muchos han creido conducia á la impiedad, en apoyo de la filosofía cristiana.

Ademas de dominar todas estas ciencias, Balmes poseia los elementos de otras varias que recayendo en un hombre tan filósofo y tan pensador, eran suficientes para presentarle, cuando de ellas trataba, como un hombre profundo: de este modo escribió la *Estética*, uniendo como era indispensable, á la parte filosófica la *fisiológica;* de este modo escribió de *frenología* en la *Sociedad* y en la *Psicología;* de este modo cuando le convenia aplicaba con oportunidad sus conocimientos *físicos* y *químicos*.

A todo este caudal de ciencia, reunia, como era natural, el don de la *crítica* y el *sentimiento de lo bello*, que le constituian en eminente literato. De su *crítica* científica pruebas distinguidas tiene dadas en su gran obra de controversia religioso-social con M. Guizot; de controversia filosófica con Condillac, Kant, Schelling, Cousin; de controversia política con todos los periódicos y en todos los actos y documentos políticos que juzgaba; de controversia económica en los artículos que dedicó en la *Sociedad* á la crítica de la *Revista* del Sr. D. Ramon de la Sagra.

No se dedicó mucho á probar sus fuerzas en la *crítica* puramente *literaria;* pero nos dejó brillantes muestras en el análisis que hizo del *Espíritu de las obras de Bonald* por el Sr. D. José Ferrer y Subirana, en el de las obras de D. Juan Manuel de Berriozabal, y en el juicio de las obras del P. Mariana, en que, como era de esperar, ocupó la mayor parte de la brillante biografía que consagró al célebre jesuita en la *Civilizacion*.

Pero aun cuando no hubiera escrito ninguna de estas críticas, pa-

ra acreditarle literato hubiera bastado su inapreciable artículo sobre la *originalidad*, capaz por sí solo de dar á su autor una alta reputacion, por la brillantez con que traza la historia filosófica de nuestra literatura, y por el elevado criterio con que juzga sin particularizarse del mérito de los trabajos literarios. Nos habiamos propuesto no citar en este escrito párrafo alguno; pero no queremos dejar de consignar el juicio que en el artículo de que hablamos emitió Balmes en apoyo de la originalidad sobre el *Quijote*, ese gran libro de que con razon se enorgullece España.

. . . .

"Al renacer las letras en Europa, elevóse el ingenio español al mas alto punto de esplendor: el brillo de nuestra literatura parecia competir con el grandor y brillo de aquel imperio, en que no se ponia jamas el sol; pero si fijamos profundamente nuestra atencion sobre los mas bellos florones de nuestro siglo de oro, veremos que son aquellos cabalmente en que el autor se olvidaba, por decirlo así, de su erudicion, y en que movido por alguna circunstancia grandiosa ó abandonándose á los sentimientos recibidos de los objetos que le rodeaban, daba rienda suelta al vuelo de su fantasía y á las inspiraciones de su corazon, desatando su alma como en plateados raudales, en las espresiones de nuestra hermosísima lengua. Dando un paso mas, y cuando nos acercamos á la época de decadencia, nos encontramos con un hombre inmortal, honor del genio español, y hasta del espíritu humano, con Cervantes. Pues bien, ¿dónde es mas bello, mas rico, mas interesante? ¿Es allí donde pone en boca de su discreto loco, ó de otros actores, alguna de aquellas pláticas en que se encuentra como derramada la erudicion antigua y el saber de griegos y romanos, ó allí donde da libre curso á su fantasía recordando solo que es español, soldado, cristiano y enamorado? ¿allí donde nos describe los usos y costumbres del pais, donde nos retrata los caractéres, donde satiriza los vicios y las ridiculeces, donde Cervantes se olvida que haya leido, y solo se encomienda en brazos de su genio festivo, de su vista perspicaz, de su razon juiciosa, de su discrecion finísima, de su corazon delicado, de su portentosa fantasía? Dígalo quien le haya leido una y mil veces, siempre con el mas vivo interés, hallando siempre frescura y novedad, perdiendo á cada paso la gravedad de buen ó mal grado, merced al inagotable ingenio del escritor. Allí hay la originalidad con todo su mérito, con todo su interés, con todos sus atractivos, con toda su belleza: allí hay el genio en todo su candor, en toda su naturalidad, sin los atavíos de una afectacion pueril, sin el fárrago de una erudicion pesada, sin la monótona gravedad de una razon fria que

quiere pasar plaza de una completa madurez, adquirida en los largos trabajos del gabinete. Cervantes se espacía libremente, salta como una mariposa por entre ramajes y florestas, susurra como la abeja en torno del cáliz de la flor, y forma el sabroso jugo de una lectura que jamas cansa. ¡Qué grato es entonces encontrarse con aquellos ligeros descuidos, con aquellos olvidos que muestran la espresion, el derramamiento del genio, que libre de trabas, conduce rápidamente la pluma sin reparar siquiera lo que ha escrito, que esparce las bellezas sin advertirlo, sin ufanarse, sin pretensiones de literato ni erudito! ¡Ah! ¡ojalá que nuestros escritores no hubiesen desnaturalizado su genio con su manía de ser retóricos, y que en vez de pretender ser oradores ó poetas de profesion y arte, de acreditarse de cultos, hubiesen ensanchado mas y mas la vasta esfera en que se espaciaron los escritores del siglo de oro, pidiendo sus recuerdos á los héroes de Covadonga y de Clavijo, á las leyendas de los árabes, y formando esa literatura semi-oriental á que tan bien se brindaba nuestro suelo, nuestro clima, nuestras tradiciones, nuestros usos y costumbres, y hasta el dejo arábigo de nuestra propia lengua!"

Pocos hombres tienen como Balmes tan desarrollado el sentimiento ó la idea de lo bello; no se emiten tantísimas bellezas como tiene aglomeradas en sus obras sin poseer en un grado estremado aquella delicada cualidad. Cuando en lo sucesivo deseen los retóricos presentar en sus tratados ejemplos de todas las figuras que hermosean un escrito, podrán hallarse numerosos en cada una de las obras de Balmes. En sus primeros trabajos no dejan de hallarse lunares; abundan los galicismos y las faltas respecto de nuestra gramática; esto no es de estrañar atendiendo á que entonces no habia salido jamas de su pais, en el que los giros de su dialecto tienen tanta semejanza con los del idioma francés.

En la *Sociedad* escribió una historia muy razonada de Espartero, en la que le consideró por sus cualidades personales, como general, como pretendiente á la regencia y como regente; ventilando las cuestiones de dictadura, la de Roma en tiempo de su regencia, la del levantamiento de Barcelona hasta su caida como regente y su fuga á Inglaterra. En este trabajo puso en evidencia sus brillantes talentos como historiador, dió pruebas del conocimiento esactísimo y minucioso que tenia de todos los episodios de la última guerra civil y de los sucesos políticos hasta la mayoría de la reina; juzgando todos los acontecimientos con el aplomo, imparcialidad y lucidez que le eran naturales. Esta historia es interesantísima, y mas de una vez deberá ser consultada por los que quieran escribir con acierto sobre nuestra última revolucion.

Balmes, cuya opinion favorable sobre la poesía se ha podido comprender por la abundancia con que la derramó en todas sus obras, principalmente en el *Protestantismo*, ensayó tambien este ramo de la amena literatura con sujecion al metro, escribiendo una coleccion de poesías que podia formar un buen tomo. Yo he tenido el placer de leer algunas, y noté en ellas las circunstancias que eran de esperar del ilustre poeta; originalidad en las formas y en los asuntos, abundancia de pensamientos elevados, riqueza de imágenes, propiedad poética en la espresion, armoniosa cadencia en los versos. Las que me llamaron sobre todo la atencion, fueron el *Reo de muerte* por la mucha originalidad en el metro, profunda filosofia en el pensamiento; los *Sueños de un poeta* por la esquisita sensibilidad de Balmes y la espresion de los misterios del corazon embellecidos con raudales de poesía; y en fin, en los *Cien siglos despues* me pareció descubrir al genio, que no satisfecho con pensar en el dia de hoy, intenta penetrar en lo que habrá mucho despues de mañana. Sin embargo, las poesías de Balmes tienen un defecto que su autor reconoció cuando al pedirme mi opinion sobre ellas, se la dí con la libertad que su modestia inspiraba: abusa de los superlativos y de los advervios, circunstancias que rebajan algun tanto las bellezas de aquellas composiciones, y que al reconocerlo le hizo formar el propósito de no publicarlas, no obstante los ruegos de algunas personas, entre ellas el Sr. de Berriozabal.—"En poesía, me dijo, no hay término medio; no las publico."

Otra obra ha dejado Balmes comenzada y condenada á permanecer en el olvido; obra de un órden distinto á todas las que minuciosamente hemos ecsaminado. Esta es la *novela*. En esta obra que empezó á escribir movido por el noble sentimiento de intentar destruir los terribles efectos de las novelas francesas con armas del mismo género, iba á desarrollar un plan vastísimo. Pensaba poner en accion todos los principios con que en sus obras filosóficas habia conquistado tan alto renombre, para conseguir de este modo generalizar sus doctrinas en todos los secsos, edades y condiciones. La idea religiosa, la política y la social puestas en accion, siendo los protagonistas un *Monge* y un *Proscrito*, que era el título que anticipadamente habia dado á su obra. Por no esponerme á alguna inesactitud no trazaré aquí el plan de ella con todos sus episodios: tuve la inadvertencia de no incluirlos minuciosamente entre los apuntes que formaba para esta obra, cuando me los refirió detalladamente; diré, sin embargo, el pensamiento que queria desarrollar.

La reaccion política de 1823 hizo emigrar de España á un per-

sonage afiliado en el partido liberal por evitar la muerte á que estaba condenado y de que pudo librarse huyendo de la prision. Al llegar al estrangero pidió hospitalidad en un monasterio que habia en despoblado, donde encontró un recibimiento altamente caritativo. Sus ideas sobre los monges eran bastante desfavorables á estos. Los consideraba como hombres muy egoistas, víctimas unos de la ignorancia, otros del fanatismo é incapaces de ideas elevadas en provecho de la humanidad. Pero el encargado de acompañarle los dias que allí permaneciera, fué un monge anciano (1) que habia estado largo tiempo en diferentes misiones y que reunia á la ciencia del hombre de estudio, la esperiencia de la edad pasada entre el infortunio, entre las pasiones, entre hombres de todas las clases de la sociedad y de muchos paises, y la tolerancia del misionero que tiene que recoger los frutos espirituales á fuerza de caridad para atraer á los que van fuera del buen camino, con la mansedumbre del apóstol.

El monge debiendo contestar á los argumentos del proscrito en materias religiosas, debia probar con los resultados la escelencia de la religion; he aquí la idea religiosa. En la descripcion de las misiones, de los planes, de los misioneros que llevan la ilustracion á paises incultos, debia presentar el verdadero aspecto de la civilizacion, en lo que pensaba estenderse bastante cotejando las costumbres de diferentes paises, con variados proyectos para el perfeccionamiento social que no adoleciesen de los errores de los que emite Eugenio Sue en sus inmundas obras, por basarlas en principios destructores de la sociedad. He aquí la idea social. La comparacion de épocas con épocas, y sistemas con sistemas, y las escenas con un amigo del proscrito, darian lugar al desarrollo del sistema político, en el que bosquejaria la historia de la revolucion: he aquí la idea política.

Conociendo las cualidades de Balmes y el espíritu del siglo que sabia inocular en todos sus escritos, aun en los mas religiosos, habia que esperar que estas cuestiones fuesen presentadas de un modo interesante aun para los mismos escépticos: sabiendo el estudio que tenia hecho de la revolucion, era de creer trazaria con verdad y con interés la historia de nuestras discordias, juzgando á veces con una sola palabra á los personages de ella; y sabiendo cuánto alcanzaba en ciencia social, debia esperarse trazaria magníficos pro-

(1) Algunos creerán ver en esto un plagio del hermoso libro *El Evangelio en triunfo*; sin embargo, fácil será notar por lo que me resta que decir, que en la novela proyectada por Balmes, la idea religiosa era tal vez la parte que menos hubiera ocupado en la obra, siendo así que esta es la que constituye todo el asunto de la del señor Olavide.

yectos en que se realizaran las utopias de los socialistas, que son utopias por faltarles la sólida base que Balmes desde luego les hubiera dado. De la variedad de sus conocimientos, de su amenidad, de su belleza de estilo, era de esperar que el monge hubiera sido una gran creacion.

Interesantes episodios hubieran amenizado esta obra en que Balmes pensaba haber hecho un esfuerzo de imaginacion. La revolucion le hubiera suministrado escenas palpitantes; los peligros de los misioneros hubieran movido el corazon al referir los sublimes sentimientos de los que arrostran el martirio por llevar á tierras lejanas la verdad del Evangelio; mas para que la relacion de aquellos sucesos de tanta importancia y trascendencia para la sociedad, hubiesen escitado mas el interés del bello secso, y éste tuviera personages por cuya suerte interesarse con el vivo sentimiento con que se afecta el tierno corazon de la muger, hubiera presentado bajo todas sus fases el amor conyugal en la esposa del proscrito; el filial en el de una hija suya, el paternal, haciéndole mas simpático por la ausencia forzosa, presentando despues el premio de una amistad sincera en el enlace de su hija con un jóven de elevados sentimientos, compañero inseparable suyo en la desgracia. Completaria el cuadro con episodios entre gente de la ínfima clase, dependientes de los personages que figuraran en la novela, los cuales amenizasen con sus sencillas ocurrencias sobre el modo de resolver las cuestiones que no pudiesen tener cabida al lado de los personages sublimes.

Tal era el pensamiento de la obra, la mayor parte de cuyas escenas me refirió de un modo tal, que revelaba la fé con que pensaba en este ensayo. Su viage á Paris el año de 1845, le hizo con ánimo de escribirla; pero, como ya tengo dicho, entonces se dedicó esclusivamente á la filosofia. Cuando la resolucion de las régias bodas, volvió á pensar en ella, mirándola como un medio de distraer su entendimiento de ideas tristes; pero luchaba con el temor de que apareciese impropio de su estado tal clase de trabajos, y temia ademas, la competencia que en las descripciones y en los diálogos tenia que sufrir con los novelistas franceses. A pesar de todo, mas tarde ó mas temprano hubiera llegado á terminarla, á juzgar por el entusiasmo con que pensaba en el plan.

El historiador de Balmes no necesita comentar las ideas que juzga, porque sus comentarios se muestran en ellas mismas: basta enumerar; en la enumeracion está el juicio. Sin embargo, ademas de cuanto hemos dicho al tratar de cada una de sus obras, apuntaremos algunas observaciones generales que no creemos inoportunas.

Balmes manifiesta en todos sus escritos cuanto se promete de las

instituciones.—Nada son las grandes ideas si les falta una institucion que las represente; nada son los grandes pensamientos si les falta unidad de accion.—Estas palabras salian de su boca frecuentemente, como espresion de la importancia que daba á las instituciones y á la unidad. Páginas elocuentísimas tiene escritas sobre este punto en casi todas sus obras, sobresaliendo estraordinariamente en las reflecsiones político-filosóficas que insertó en la *Sociedad*, sobre las que nunca llamaremos bastante la atencion del lector; pero aquel dia comenzó á discurrir sobre las razones que tenia en apoyo de su opinion, presentando para confirmarlas, ejemplos de personages que representasen la unidad científica, la política, la gubernativa. Jamas le oí tan elocuente, jamas me produjeron tal impresion de asombro sus brillantes improvisaciones; Balmes se dejó dominar por el entusiasmo, y durante el paseo, pronunció un magnífico discurso sobre este punto; parecia un hombre inspirado.—Nunca, me dijo, he sentido tanto como ahora la fuerza de la unidad.—No dudo que mas de una vez habrá recordado aquella tarde deliciosa, como yo no la olvidaré en mi vida. Es probable que entre sus manuscritos haya quedado alguna página sobre esta cuestion; al separarnos me aseguró iba á hacer algunas apuntaciones.

Es notable el uso que hacia de toda clase de ciencias cuando queria presentar ejemplos que aclarasen sus doctrinas. Todas las manejaba, de todas sacaba partido para lo que le convenia, y en medio de que sus principales estudios los habia hecho en ciencias filosóficas, religiosas y morales, llama mucho la atencion la seguridad y esactitud con que principalmente en la *Filosofía elemental* usaba ejemplos de las ciencias físicas.

Siempre era profundamente filosófico; pero toda su ciencia se deslizaba de su pluma naturalmente, y sin percibirlo apenas el lector: y como por otra parte carecia de la altisonancia con que otros tratan de aparentar lo que les falta, parecia á veces que no habia en sus obras la profundidad que realmente en sí tienen. Esto dimanaba que Balmes conocia no necesitaba fingir lo que naturalmente tenia, saber y elocuencia; y de la claridad con que concebia y espresaba sus pensamientos.

El cuidado con que no dejaba pasar una proposicion aunque fuera incidental, sin probarla completamente, lo debe á sus estudios escolásticos, y á la precision de las mateméticas. Su método consistia en ecsaminar todas las cosas bajo el punto de vista de la razon y de los hechos. Su sistema en las discusiones, era el siguiente: Presentar la cuestion con la mayor claridad, dar cuenta con la mayor lealtad y esactitud de las opiniones contrarias, esponer la suya,

combatir con sólidos razonamientos las de sus antagonistas, y defender la que él presentaba. Aquí se ve el método de las escuelas; pero adornado por la belleza del estilo de Balmes, presentando los silogismos sin que se conociesen ínterin no se meditaba sobre ello. Para los enemigos de las formas antiguas, esto será un defecto; pero ¿quién negará su utilidad cuando se palpan los buenos resultados que da en la polémica, y la claridad que establece en el ecsámen de las cuestiones? Esto lo aprendió en las obras de Santo Tomás; y preciso es conocer que le ha dado un inmensa superioridad sobre los escritores contemporáneos, puesto que unia á la profundidad de ideas y á la belleza de estilo, la solidez del raciocinio.

Se comprende muy bien cómo adquirió este hábito. Cinco años seguidos estudiando esclusivamente á Santo Tomás, pasando despues al estudio del derecho romano por Vinio, despues al de cánones, y *amenizando*, decia él con gracia, estos sérios trabajos, con el estudio de las matemáticas, que enseñó despues por espacio de cuatro años, dieron una estraordinaria solidez á su entendimiento; á lo cual contribuyeron bastante su vida retirada, su continua abstraccion, sus severísimas costumbres, su comida frugal, y la meditacion profunda á que se entregaba. Aquella práctica de pensar, le hizo contraer tal hábito, que cuando habia meditado algunas horas sobre una cuestion de que no podia darse cuenta esacta ó resolver satisfactoriamente, se le fijaba de tal modo, que le era imposible apartarla de sí; necesitando entregarse á una lectura que le interesara muchísimo para que desapareciera, ó esperar á que lo consiguiera el sueño. Esto le sucedió muchas veces cuando estudiaba matemáticas, y últimamente cuando escribia la filosofía.

Muchos años hacia que meditaba mucho mas que leia. Esto no era estraño: poseia con perfeccion los elementos de las ciencias que habia estudiado, los habia profundizado mucho; así, no tenia necesidad de acudir mas que á los principios fijos que profesaba, y ecsaminando por ellos las cuestiones sobre que tenia que emitir su opinion, con las modificaciones que el tiempo ó las circunstancias le dictaban, podia juzgar con acierto.

Su estraordinario mérito era debido, parte á sus dotes naturales, parte á la instruccion que adquirió, parte al trabajo que empleó en formarse su estilo. Teniendo rectitud de juicio, buscó instruccion; en seguida se cuidó de las formas. La profundidad con que ecsaminaba todas las cuestiones, la estension con que las trataba en todas sus relaciones, en todas sus circunstancias, debian hacerle confuso, á no haber tenido esa claridad que tanto le distinguia, y el cuidado con que procuraba atesorar en sus escritos las razones y los

hechos, de modo que constituyese una elocuencia que parecia brotaba á raudales, una vez que reunia solidez de principios, claridad en las ideas, esactitud en las deducciones, naturalidad en la espresion, propiedad en las palabras.

Por todas estas razones se comprenderá que su estilo no podia parecerse á otro, porque no todos reunen la variedad y abundancia de conocimientos con que Balmes enriquecia sus escritos; así es que por el ausilio que le daban todas las ciencias, por la sublime sencillez de su método, por la elegancia y propiedad de las palabras, por la grande elocuencia de sus periodos, puede decirse que el estilo de Balmes era suyo, propiamente suyo; estilo que no será fácil imite quien no reuna todas las distinguidas dotes del que lo creó.

Vamos ya á dejar al sábio despues de haber intentado darle á conocer tal como nosotros le conocimos y comprendemos. Algunos nos creerán parciales en el tributo de admiracion que le hemos rendido: á los que así nos juzguen, les recomendamos que vuelvan la vista atras, y consideren la gravedad de las cuestiones bajo cuyo aspecto le hemos estudiado, que ecsaminen de nuevo los planes de todas las obras, y que lean una y otra vez sus preciosos fragmentos. Si se califican de resolucion difícil las cuestiones religiosas, sociales, políticas y filosóficas; si convienen en que los planes de cada una de las obras comprendidas en las respectivas secciones, son completa y perfectamente trazados, y si fijan su atencion en el mérito de los párrafos que hemos insertado como muestras de su desempeño, no dejarán de concedernos tambien, que quien escribe con tanta elocuencia en cada una de las materias sobre que versan sus obras, trazadas con hábil maestría, y quien es tan general que trata con tan grande elevacion las mas graves cuestiones de las ciencias mas difíciles, preciso es que sea un genio distinguido, que á Dios plugo viviese en el siglo XIX para contrastar y recompensar en parte las revoluciones, las guerras, la miseria, las pestes, que hacen de nuestro siglo uno de las mas terribles en la historia del mundo.



INDICE

DE LOS

ESCRITOS CONTENIDOS EN ESTA COLECCION.

PAG.

ESCRITOS POLITICOS.

